

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial del 3 de Abril de 1981



“JUVENTUD Y CULTURA POLÍTICA EN EL PERÚ: EL CASO DE LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS DE LIMA”

TESIS

Que para obtener el grado de
MAESTRO EN SOCIOLOGÍA

Presenta

CÉSAR RODOLFO NUREÑA ARIAS

Director: Dr. Manolo Vela Castañeda

Lector: Dra. Helena María Varela Guinot

Dr. Ángel Darío Salinas Figueredo

México, D. F.

2015

TABLA DE CONTENIDOS

	Páginas
Resumen / Abstract	5
Reconocimientos	7
I. INTRODUCCIÓN	8
1.1. El problema de investigación y el camino trazado	8
Planteamiento del problema y las preguntas de investigación	8
Justificaciones	11
Objetivos	13
Estructura de la tesis	14
1.2. El caso: San Marcos y sus estudiantes	15
La Universidad	15
Los jóvenes sanmarquinos	17
1.3. La metodología	22
Presupuestos epistemológicos	22
Estrategias y técnicas de investigación	26
Técnicas de análisis	29
Aspectos éticos	30
II. MARCO TEÓRICO	32
2.1. Jóvenes, estudiantes, poder y política	32
El surgimiento de la “juventud” moderna	33
La juventud como objeto de teorización académica	34
Juventud, poder, relaciones intergeneracionales y condición estudiantil	38
2.2. Culturas e identidades juveniles contemporáneas	40
2.3. Socialización política	42
Teorías y conceptos de socialización	42
Primeras aproximaciones al concepto de socialización política	44
Socialización política: enfoques y categorías de análisis	45
2.4. Cultura política y participación	49
Sobre el concepto de cultura política	49
Juventud, cultura política y participación	51
2.5. Esquema de análisis	57
III. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA: JUVENTUD Y POLÍTICA EN EL PERÚ DEL SIGLO XX	60
3.1. La etapa auroral	60
3.2. “Partidos militares” y política en las sombras, indigenismo y masificación	64

3.3. Tierra, anhelos de justicia social y el camino de Cuba	66
3.4. La revolución desde arriba	69
3.5. Los jóvenes en el Yenán andino (la voluntad desbordada)	75
3.6. Democracia es igual a caos (las colas de pescado)	81
3.7. Dictadura, antipolítica y nuevas apuestas por la democracia	84
3.8. Los eternos retornos: recurrencias e influencias en la larga duración	89
IV. EL CAMPO POLÍTICO EN LA UNMSM	92
4.1. Participación estudiantil en el gobierno de la Universidad	93
Imágenes y percepciones sobre la Asamblea y el Consejo universitarios	93
Los estudiantes en las más altas instancias del gobierno universitario	95
Lógica clientelar y contexto nacional e histórico	102
4.2. Política estudiantil: espacios, organizaciones y relaciones	107
El paisaje social y político sanmarquino	107
Ingreso a la Universidad y estímulos políticos: “Hacer algo nuevo, romper con lo viejo”	109
Organizaciones y tendencias políticas	113
Política gremial: “bases”, centros de estudiantes y centros federados	121
Participación estudiantil y cogobierno en las facultades	123
Rigidez estructural, desmovilización y desprestigio focalizado de la política	126
Análisis estadístico: variables asociadas con el alejamiento de la política	136
V. TRAYECTORIAS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA	139
5.1. Herencias y recompensas en los más intensos compromisos políticos	140
5.2. La política como aventura individual: búsqueda de sentido, identidad y participación	143
Análisis de los casos	143
Examen comparativo	155
5.3. Las apuestas por vías alternativas: crítica social, agendas temáticas y causas efímeras	157
Análisis de los casos	157
Examen comparativo	171
5.4. Modelo teórico explicativo: interés en la política, adopción de identidades políticas y vocación participativa	173
5.5. Abstencionismo, indiferencia y rechazo a la política	179
VI. SENTIDOS, VALORES Y CULTURAS POLÍTICAS	191
6.1. “Conciencia social” y participación	191
Conciencia social, solidaridad y problematización de la realidad	191
“Esta es San Marcos, consciente y combativa”	193
Sentidos y motivos de la acción política: justicia social, derechos y desarrollo personal	197
6.2. Entre la apertura y la cerrazón	204
6.3. Concepciones y prácticas en torno al poder y la política (configuraciones de cultura política)	215
Modelo 1: Dirección centralizada y búsqueda de grandes transformaciones sociales	215

Modelo 2: Organización horizontal y construcción del poder desde la participación	225
Modelo 3: La visión liberal-participativa, institucionalista y meritocrática	231
Modelo 4: Participación exclusiva en agendas temáticas, fragmentadas o efímeras	236
Modelo 5: El camino tecnocrático y la promoción personal	243
Modelo 6: La política basada en dones, redes, reciprocidad y redistribución	248
Modelo 7: Del desinterés al aprovechamiento coyuntural e instrumental de la política	255
Modelos en acción: confluencias y divergencias entre distintas pautas de cultura política (análisis de las elecciones para la FUSM)	258
6.6. Exclusiones y desigualdades	263
Clasificaciones y “argollas”: clase, etnia, raza, origen regional, educación y edad	263
Saber, poder y control de la información	269
VII. CONCLUSIONES	275
Referencias bibliográficas	284
Tablas y figuras	
Tabla 1. Muestra de estudiantes de la UNMSM por sexo, según áreas de estudio, 2012	19
Tabla 2. Percepción de los estudiantes sobre el ingreso económico mensual de sus hogares, según áreas de estudio (en porcentajes), 2012	21
Tabla 3. Interés y participación estudiantil en la política, según áreas de estudio, UNMSM, 2012	108
Tabla 4. Factores asociados a las opiniones negativas sobre las organizaciones políticas estudiantiles	138
Tabla 5. Interés y participación estudiantil en la política (estimación referencial), UNMSM, 2012	181
Tabla 6. Sentido de acción colectiva y actitudes hacia la organización y la participación, UNMSM, 2012	195
Tabla 7. Percepciones de los estudiantes sobre problemas en las instancias académicas y de gobierno de la Universidad, UNMSM, 2012 (variables seleccionadas)	200
Tabla 8. Actitudes y sentidos asociados a la idea de “apertura”, UNMSM, 2012	211
Figura 1. Esquema de análisis para el estudio de la cultura política	59
Figura 2. Opinión de los estudiantes sobre las principales instancias de gobierno de la UNMSM y sus representantes estudiantiles, 2012	94
Figura 3. Opinión de los alumnos sobre las organizaciones políticas estudiantiles de la UNMSM	121
Figura 4. Características asociadas a distintos niveles de interés en la política en la UNMSM	190
Anexos	
1. Facultades y escuelas académico-profesionales de la UNMSM	293
2. Guía de entrevistas	294
3. Cuestionario del estudio sobre juventud y política en la UNMSM, diciembre del 2012	296

Juventud y cultura política en el Perú: el caso de los estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima / César Rodolfo Nureña Arias

RESUMEN

El objetivo general de esta tesis fue explorar el modo en que surgen y se manifiestan las ideas y prácticas que dan forma a diversas culturas políticas entre los estudiantes de la UNMSM. Para esto se realizó un estudio etnográfico (2014-2015) que incluyó entrevistas a alumnos e informantes clave, observación de la vida cotidiana y política universitaria y revisión de fuentes impresas y electrónicas. Se analizó además la base de datos de una encuesta sobre política realizada en el 2012 a 470 estudiantes de la UNMSM. Un primer conjunto de hallazgos concierne al campo político en la Universidad, donde un mayoritario interés en la política (sobre todo en las áreas de Ciencias Sociales y Letras) confluye con elementos del sistema político universitario que desalientan la participación, sobre todo por la presencia de un orden clientelar (manejado por autoridades) que bloquea la participación estudiantil autónoma en varias instancias de representación. En las elites políticas estudiantiles, tal exclusión genera muchas veces desmovilización, radicalización, asimilación en redes clientelares y/o confinamiento de la acción política en ámbitos muy restringidos. Todo esto contribuye a la desmovilización en gruesos sectores del alumnado, motivada por el quiebre de las expectativas de mejora y la deslegitimación de actores y discursos políticos. Esto, sin embargo, no implica un desinterés en la política ni tampoco una desmovilización fuera del espacio estudiantil, configurándose así un fenómeno de desencanto político focalizado en la Universidad. Un segundo conjunto de hallazgos apunta a los factores de la socialización que definen distintas actitudes hacia la política y diversas formas de involucramiento en ella. Tenemos así que el activismo más intenso se asocia con “herencias” de socialización familiar (modelos de roles, lecturas, discursos políticos y otras influencias cercanas) que prefiguran en algunos jóvenes la adopción de ciertas identidades políticas, el deseo de participación y la persistencia en el activismo, que se desarrolla en posiciones altas y con múltiples recompensas o logros. En los itinerarios de otros jóvenes, la vocación política surge y se desarrolla como una “aventura” personal definida por la agencia y la voluntad individuales. Resaltan aquí distintos factores contextuales y coyunturales (medios, pares, familia, entornos educativos, inequidades, hechos históricos, entre otros) que desencadenan experiencias de incertidumbre graduales, constantes o súbitas y también crisis valorativas y quiebres de sentido que impulsan a los individuos en la búsqueda de explicaciones y que generan a veces cambios radicales en sus ideas, propiciando con todo esto la asimilación de discursos e identidades políticas que le dan un nuevo orden a sus visiones del mundo y los incitan a actuar políticamente, aunque con vaivenes en los compromisos de participación y con menos recompensas que en la pauta anterior. Por otro lado, entre quienes manifiestan tener poco o ningún interés en la política y la participación se presentan rasgos de personalidad muy asociados con la socialización familiar, en los que resaltan los valores y convicciones dirigidos al éxito y el ascenso social mediante el “trabajo duro” y tendencias a la “obediencia” y a “seguir las normas”. En el último conjunto de resultados se describen y analizan las distintas pautas de cultura política presentes en la Universidad. En un plano general, los valores y sentidos más ampliamente difundidos remiten a la noción de que las personas deberían mostrar una “conciencia social”, actuar sobre la realidad preferentemente de manera organizada y tener actitudes de tolerancia y respeto por las diferencias (cuestiones que sin embargo muchos reconocen como carencias en el medio universitario). Más allá de esas nociones generales, fue posible identificar siete distintos modelos o patrones de cultura política en el campo sanmarquino (presentados como tipos ideales): 1) la dirección centralizada de la acción participativa; 2) la construcción del poder popular desde la participación y organización horizontal; 3) la visión liberal-participativa, institucionalista y meritocrática; 4) la participación exclusiva en agendas temáticas, fragmentadas o efímeras; 5) la tecnocracia y la promoción personal; 6) la política basada en dones, redes, reciprocidad y redistribución; y 7) el aprovechamiento instrumental y coyuntural de la política. Estos patrones de cultura política se desenvuelven en el escenario sanmarquino a veces como tipos puros pero más comúnmente bajo formas mixtas o superpuestas. Todos estos elementos, procesos y modelos hallados en la Universidad se relacionan con el contexto mayor de la sociedad peruana, ya sea porque reflejan situaciones que se dan en la política nacional, o porque se encuentran atravesados por factores sociales, políticos y culturales del devenir histórico peruano, tanto en el sistema político universitario como en las vidas de los estudiantes.

Youth and political culture in Peru: the students of the Universidad Nacional Mayor de San Marcos of Lima / César Rodolfo Nureña Arias

ABSTRACT

The general aim of this thesis was to explore the origins and manifestations of ideas and practices associated with diverse political cultures among the UNMSM's students. During 2014 and 2015, an ethnographic study was carried out including interviews with students and key informants, observation of everyday life and politics in the University and review of print and electronic sources. In addition, a database resulting from a survey on politics applied to 470 students in 2012 was analyzed. A first set of findings concerns the University's political arena, where a majority interest in politics (especially in the areas of Social Sciences and Humanities) converges with elements of university political system that discourage the participation, particularly for the presence of a clientelistic order (conducted by authorities) that blocks the autonomous student participation in various representative bodies. In student political elites, that exclusion often generates demobilization, radicalization, assimilation into clientelistic networks and/or confinement of political projects in very restricted areas. And on a broader level, all of these contribute to the demobilization in large sectors of the student population, motivated by the breakdown of expectations for improvement and the delegitimization of actors and political options. This, however, does not imply a disinterest in politics nor a demobilization outside the university space, thereby constituting a phenomenon of political disenchantment focused on the University. A second set of findings refers to socialization factors that define different attitudes toward politics and various forms of involvement in it. Here we have that the more intense commitments of activism are associated with "heritages" of family socialization (role models, lectures, political and ideological discourses and other close influences) that prefigure in some youngs the adoption of certain political identities, the vocation for the participation and the persistence in activism, which develops in high positions and obtaining multiple awards or achievements. In other trajectories, the vocation for politics emerges and develops as a personal "adventure" with a greater presence of the agency and the individual will; here, different contextual and circumstantial factors (media, peers, family, education, inequalities, historical events, etc.) trigger gradual, constant or sudden experiences of uncertainty, valorative crisis and sense breaks that drive individuals in the search for explanations and sometimes generate radical changes in their ideas, all this promoting the assimilation of political identities and discourses that give a new order to their world views and call them for political action, albeit with fluctuations in the participation commitments and fewer rewards than in the previous pattern. Moreover, among those who say they have little or no interest in politics and participation there are personality traits closely associated with the family socialization, such as values and beliefs leading to economic success and social mobility through "hard work" and proclivity to obedience and to respect the "rules". In the last set of results are described and analyzed the different patterns of political culture present in the University. In general terms, the most accepted values and senses refer to the notion that people should show a "social conscience", act on reality preferably in organized ways and attitudes of tolerance and respect for differences (issues that, however, many recognize as absences in the University). Beyond these general notions, it was possible to identify seven different models or patterns of political culture present in San Marcos (described as ideal types): 1) the centralized conduction of participative action; 2) the construction of popular power from participation and horizontal organization; 3) the liberal-participative, institutionalist and meritocratic vision; 4) the exclusive participation in thematic, fragmented or ephemeral agendas; 5) the technocracy and the personal promotion; 6) the politics based on gifts, networks, reciprocity and redistribution; and 7) the instrumental and situational use of politics. These patterns of political culture develop in the university scene sometimes as pure types but most commonly in converging or overlapping ways. All these elements, processes and models found in the University relate to the larger context of Peruvian society, either because they reflect situations that occur in national politics, or because they are imbricated with social, political and cultural factors of Peruvian history, both at university political system as in the lives of students.

RECONOCIMIENTOS

La realización de esta tesis fue posible, en principio, gracias al generoso apoyo que recibí de parte del pueblo mexicano a través del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y de la beca de estudios de postgrado que me otorgó este organismo mediante un convenio con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Mi agradecimiento a México se extiende a la Universidad Iberoamericana, que además de concederme la Beca Ibero me ofreció excelentes condiciones para el trabajo académico y la oportunidad de compartir y discutir mi propuesta de investigación con profesores y compañeros tanto mexicanos como extranjeros. De entre los profesores debo mencionar especialmente a Manolo Vela, mi director de tesis, y a Helena Varela, Yerko Castro, Juan Carlos Alútiz y Carla Pederzini. Varios compañeros de la Maestría en Sociología y del Doctorado en Ciencias Sociales y Políticas leyeron mis avances y me brindaron valiosos comentarios para mejorar la tesis. Agradezco sobre todo los aportes de Gina Arias, Lázaro González, Giselle Torres, Sonja Perkič, Octavio Rivera y Felipe Amaya. También debo mencionar a Diana Rodríguez, colega mexicana a quien conocí en Lima y que me orientó y ayudó cuando iniciaba mis estudios en México. Durante mis estadías de investigación en Perú conté con la colaboración de numerosas personas de dentro y fuera de la UNMSM. Fabiola Yeckting facilitó los arreglos administrativos para el trabajo de campo en Lima y Harold Hernández asumió la posición de asesor local para el estudio, brindándome la oportunidad de discutir con él mis ideas y avances. También recibí una cálida acogida en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, que mediante un intercambio con la Universidad Iberoamericana hizo posible mi presencia en Lima en las últimas etapas de la etnografía. Incluso desde antes de iniciar el proyecto recibí el aliento y muestras de apoyo de muchas personas, varias de las cuales estuvieron de una u otra forma cerca del proyecto a lo largo de su desarrollo, como Julio Corcuera, Iván Ramírez, Diego Salazar, Rommel Ruiz y René Gallarreta (con quienes trabajé en la Secretaría Nacional de la Juventud de Perú). Doris León y Cecilia Caparachín estuvieron también siempre cerca y al tanto de mis progresos, al igual que mi familia. Jürgen Golte, por su parte, ha sido constantemente un modelo y sus ideas una inacabable fuente de inspiración para mi trabajo en todas sus etapas. En ese sentido, su contribución excede largamente cualquier muestra de gratitud de mi parte. Y finalmente, pero no menos importante, está el agradecimiento que le debo a todos los miembros de la comunidad universitaria sanmarquina que me ofrecieron los datos con los cuales elaboré esta tesis, tanto a aquellos que compartieron conmigo su tiempo, historias y opiniones en las entrevistas, como también a quienes, aún sin saberlo probablemente, aportaron de múltiples formas a su realización, toda vez que durante la labor etnográfica me permitieron conocer variados aspectos de los temas que me propuse investigar. Es precisamente a esta comunidad a la que dedico el trabajo que presento a continuación.

I. INTRODUCCIÓN

1.1. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN Y EL CAMINO TRAZADO

Planteamiento del problema y las preguntas de investigación

En esta investigación ensayo una aproximación al mundo de las relaciones entre juventud y política en el Perú. Exploro en particular la formación y el despliegue de las orientaciones de pensamiento y acción que dan forma a diferentes culturas políticas entre los jóvenes, enfocándome en un grupo específico, el de los estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) de Lima. Por un lado, el estudio apunta a describir y caracterizar las distintas formas que asume la cultura política en el medio estudiantil; y por otra parte, busca alcanzar una comprensión del modo en que estos jóvenes adoptan y reproducen las ideas, los discursos y las prácticas que se asocian con dichas culturas políticas, analizando sus biografías individuales y su socialización política.

Las relaciones contemporáneas entre juventud y política en el Perú se vinculan con diversos fenómenos y procesos sociopolíticos nacionales e internacionales. Respecto a los factores internos, varios autores coinciden en señalar la presencia en el país de relaciones y actitudes autoritarias en la cultura política y en variados ámbitos de la vida social de los peruanos a lo largo de la historia (Flores Galindo, 1999; Portocarrero, Ubillúz & Vich, 2010).

Otro gran tema, ligado al anterior, es el de la fragilidad institucional en la sociedad peruana, que se expresa en la fragmentación y debilidad de los partidos y en general del poder político en el país (Vergara, 2012). Esta característica se evidencia por ejemplo en el elevado número de golpes de Estado y en la preponderancia de gobiernos militares y dictaduras civiles en la mayor parte de sus casi dos siglos de historia republicana, pero también en la precariedad de su sistema y desarrollo políticos bajo regímenes democráticos.

Estas tendencias se han dado en el Perú en un contexto de muy profundas inequidades sociales y económicas. Sobre este punto, una contribución importante de varios autores que han estudiado el tema desde las Ciencias Sociales ha sido el insistir en el carácter complejo de las desigualdades en el país, enfatizando que no se trata solo de un problema económico o de distribución de ingresos, sino de un fenómeno multidimensional, persistente y de larga data (Cotler & Cuenca, 2011; Degregori, 2004), en el que las determinaciones económicas y de clase social aparecen fuertemente imbricadas con las diferencias étnicas y raciales, la educación, el poder político, las inequidades de género, las brechas territoriales (rural-urbanas y entre Lima y otras regiones), las relaciones inter-generacionales, entre otros aspectos.

Así también, el devenir actual de la política en el Perú, desde las dos últimas décadas del Siglo XX en adelante, discurre en una trayectoria marcada en buena medida por el estallido y las secuelas de un importante fenómeno de violencia política: la guerra entre el grupo maoísta Sendero Luminoso y el

Estado peruano, ocurrida entre 1980 y 1992. Si bien el país ha conocido numerosos episodios de violencia política a lo largo de su historia, éste en particular, por su magnitud y crudeza, ha definido de formas significativas el rumbo de la política peruana en los últimos tiempos, introduciendo o profundizando factores como la deslegitimación del sistema político (Klaren, 2004) y –notablemente– de las opciones e ideas de izquierda (Adianzén, 2012); las polarizaciones y conflictos asociados a las responsabilidades de los actores sociales protagonistas de la guerra; la estigmatización de la participación política juvenil, sobre todo en los años noventa; y el impacto de la violencia política en las universidades públicas (CVR, 2003c; Gamarra, 2012; Sandoval, 2012), entre otros.

Pero más allá de todos estos elementos, la relación entre juventud y política en el Perú de hoy se desarrolla en un ambiente local atravesado por influencias socioeconómicas y culturales del contexto internacional, algo que ocurre de maneras más acentuadas que en otras épocas por la expansión del proceso de globalización especialmente desde los años noventa del Siglo XX. Esto, además de tener repercusiones en las estructuras económicas y políticas nacionales, se ha reflejado también de múltiples formas en la sociedad y la cultura, especialmente de los jóvenes, por ejemplo en la adopción y proliferación de nuevos valores, aspiraciones e identidades (Golte & León, 2010), y en las actitudes hacia la política y la participación (Nureña, 2014; Venturo Schultz, 2001).

Existen desde luego otros temas que podría seguir incluyendo en esta problematización (y que serán materia de análisis en otras secciones de esta tesis), pero por lo pronto deseo resaltar los señalados hasta aquí para plantear la necesidad de explorar si estos sucesos y tendencias de la historia peruana han intervenido o se manifiestan, o de qué modo lo han hecho, o en qué medida, en la cultura política de los jóvenes peruanos del Siglo XXI. Como veremos más en detalle al revisar la literatura académica sobre el tema, varios autores han expuesto apreciaciones o hallazgos de investigación en los que la cultura política de los jóvenes peruanos de fines del siglo pasado e inicios del actual aparece influida o moldeada por los procesos que he reseñado. Así, algunos estudios e informes muestran cómo, en esos años, se extendieron ampliamente entre los jóvenes actitudes de rechazo a la política o de alejamiento de las instituciones y los movimientos sociales clásicos, reacciones que aparecen asociadas con la violencia política, la debilidad de los partidos políticos y posturas autoritarias desde el Estado (como la militarización de universidades públicas y la represión del activismo político bajo el gobierno de A. Fujimori) (CVR, 2003c; Ponce, 2002; Yalle Quincho, 2008), pero también con tendencias epocales e internacionales, como la expansión del neoliberalismo en América Latina y el proceso de globalización económica y cultural (Gamarra, 2010; Rodríguez, 2013).

No obstante, en el plano nacional, las posturas estatales autoritarias en los años noventa motivaron que un importante sector de jóvenes se articulara en torno a valores y banderas como la democracia, los derechos humanos y las libertades civiles y políticas, ya sea en movimientos sociales anti-dictadura (Montoya, 2006) o bajo otras formas de participación, como el activismo en agendas temáticas

(etnicidad, género, medio ambiente, derechos sexuales, etc.), acciones mediáticas y de micropolítica y la crítica social a través del arte y la cultura. Si bien es cierto que algunos de estos valores y formas de activismo existían ya en épocas pasadas, antes su presencia era mucho menor en comparación con los sentidos y modalidades de la participación juvenil predominantes desde inicios del Siglo XX hasta más o menos los años ochenta, cuando se levantaban otras banderas y reivindicaciones: de clase, justicia social, redistribución de tierras, derechos laborales y revolución social. En general, se trataba de reclamos que muchas veces apuntaban a cambios estructurales de gran envergadura. En tal sentido, por su gran difusión en la actualidad, la defensa de valores democrático-liberales, el activismo mediático y en agendas fragmentadas o la crítica cultural emergen como una novedad de la cultura política juvenil contemporánea, conviviendo con los estilos y valores políticos clásicos y a veces desplazándolos. En todo caso, el panorama en este campo es muy diverso, y actualmente se sabe poco aún sobre las trayectorias y motivaciones que llevan a los jóvenes peruanos a acoger determinados valores y adscribirse a ciertas identidades sociales y políticas, y se conoce poco también sobre cómo influyen las condiciones y los factores sociales que prevalecen hoy en el Perú en la configuración de distintas culturas políticas.

En el caso de los estudiantes de la UNMSM, una reciente encuesta sobre cultura política (Nureña, Ramírez & Salazar, 2014) encontró que más de la mitad de ellos tenían algún grado de interés en la política, aunque la participación efectiva reportada se daba más en asociaciones de tipo académico y cultural, y muy escasamente en organizaciones políticas. Dicho estudio halló que estos jóvenes, en su mayoría, valoraban nociones como el diálogo, la libertad de expresión, los derechos civiles y la tolerancia, y que los derechos, las libertades y la posibilidad de participar políticamente y elegir a sus representantes se encuentran en la base de un considerable respaldo a la democracia como forma de gobierno. Sin embargo, la misma encuesta encontró que existía un sector, más activo políticamente pero minoritario, que tendía a asumir la política más como conflicto, lucha o ejercicio del poder; que alrededor de una quinta parte de los encuestados podía tolerar o aceptar el uso de la fuerza como método para el logro de objetivos políticos; y que igual proporción de jóvenes apoyaría regímenes autoritarios de gobierno “bajo ciertas circunstancias”.

De cualquier forma, la figura actual es distinta de la que han presentado otros estudios que ofrecen información sobre la cultura política estudiantil en la UNMSM de los años noventa e inicios de los 2000, que describen un ambiente político dominado por la “indiferencia”, el “desencanto”, el abstencionismo, el “apoliticismo”, la “desmovilización” política y el repliegue de la participación organizada, coincidiendo los autores en que esto se debía en gran medida a la represión gubernamental (CVR, 2003b; Ponce, 2002; Yalle Quincho, 2008). Entonces, el contraste con la situación actual invita a la formulación de una serie de preguntas, como: cuáles pueden ser los factores que definen las nuevas y diversas posturas con respecto a la política en este espacio; cómo y bajo qué condiciones e influencias los jóvenes asimilan sus ideas, valores y discursos políticos; y de qué forma los expresan en sus actitudes y

prácticas políticas. En otras palabras, cómo se generan y configuran las distintas culturas políticas entre los estudiantes de la UNMSM.

Justificación

Un primer conjunto de justificaciones, de orden teórico y metodológico, se relaciona con los vacíos y limitaciones en el conocimiento existente sobre el tema en que se centra esta tesis. Luego de revisar la bibliografía disponible, encuentro que existe poca información sobre las trayectorias y motivaciones que actualmente llevan a los jóvenes peruanos a adoptar ciertos valores, identidades o ideologías políticas, o sobre cómo se expresan políticamente estas ideas y adscripciones.

Muchos estudios recientes sobre cultura política –no solo en el Perú– están basados en datos de encuestas de opinión y mediciones estadísticas sobre temas como el “respaldo a la democracia”, la “cultura cívica”, la participación electoral o la ubicación de los sujetos en el espectro de “izquierda” y “derecha”. Entre estos trabajos está el estudio sobre cultura política en la UNMSM que cité en el acápite previo (Nureña, Ramírez & Salazar, 2014).¹ Si bien hay que reconocer la utilidad de tales mediciones, considero sin embargo que se echan en falta miradas más cualitativas que ayuden a dar sentido a las descripciones y regularidades estadísticas integrando en los análisis las perspectivas de los actores, sus trayectorias de socialización y la formación de sus identidades políticas.

Existen valiosos ensayos e investigaciones que, con diversas estrategias metodológicas (primando las cualitativas) se han ocupado de la cultura política de los jóvenes peruanos o temas relacionados, ya sea sobre la juventud en general, los universitarios o específicamente acerca de los sanmarquinos. No obstante, casi todos estos trabajos corresponden a décadas pasadas: los años sesenta y setenta, de fuerte radicalización política antes de la irrupción de Sendero Luminoso; los ochenta, en un contexto de guerra y grave crisis política y económica; los noventa, de fuerte represión y distanciamiento juvenil de la política; o inicios de los años 2000, muy influidos por las secuelas de la guerra y los procesos políticos que condujeron a la recuperación de la democracia.² Los análisis más recientes suelen abordar solo aspectos parciales, específicos o coyunturales de la cultura política juvenil, a veces desde acercamientos más ensayísticos al tema.³

En buena parte de la literatura disponible, el interés de los autores se ha enfocado en la cultura política y las formas de participación juvenil más ligadas a las elites políticas, las organizaciones y los movimientos sociales.⁴ En ese sentido, escasea la información sobre cómo ven, experimentan y evalúan la política otros sectores más amplios de jóvenes, los que no participan activamente en grupos o reclamos

¹ Al respecto, véase también el estudio sobre cultura política en el Perú de Carrión, Zárate & Seligson (2012).

² Algunos estudios que considero representativos de estas décadas son los de Lynch (1990), Cotler (1986), Degregori (2010, 2011b), la CVR (2003b, c), Venturo Schultz (2001), Tanaka (2005), Ponce (2002), Montoya (1993, 2001), Gamarra (2010) y Grompone (1991).

³ Una excepción a esta tendencia es la tesis de Chávez (2014) sobre estudiantes universitarios de Iquitos. Entre los trabajos más recientes están los de Gamarra (2015), Montoya (2015), Sandoval (2012) y Salas (2014), entre otros.

⁴ Por ejemplo, los estudios de Yalle Quincho (2008), Degregori (2010), Lynch (1990), Montoya (2001) y Chávez (2014).

políticos o los que se expresan por otras vías. Aunque para la UNMSM y otros ámbitos disponemos de algunas informaciones sobre ellos, éstas provienen generalmente de estudios basados en encuestas (menos frecuentes y más superficiales, pero de mayor alcance).⁵ En contraste, ofrezco aquí una mirada que abarca distintas culturas políticas, tanto las de quienes se involucran en colectivos y movimientos políticos como las de aquellos que no lo hacen.

Luego, está también la relación entre la agencia política de los jóvenes y las estructuras socioeconómicas o culturales en que se inscriben sus acciones. En ciertas épocas, varios investigadores han tratado de vincular ambas dimensiones,⁶ pero la tendencia predominante ha sido el privilegiar uno u otro ángulo, sobre todo porque la mayoría de estudios se basan en datos o bien cuantitativos o bien cualitativos. En cambio, en la aproximación que propongo aquí trato de vincular el ámbito de la acción social y sus manifestaciones con los marcos estructurales, valiéndome para ello de una triangulación de datos de entrevistas, observaciones etnográficas y resultados de encuestas, y apreciando además las discontinuidades y regularidades históricas, culturales y estructurales en las actuales configuraciones de la cultura política visibles entre los sanmarquinos. En este mismo sentido, el estudio pretende echar luces sobre los cambios y continuidades en las prácticas e ideas políticas de los jóvenes peruanos de hoy, en comparación con las de quienes protagonizaron diversos procesos sociopolíticos a lo largo del Siglo XX.

En suma, esta investigación busca contribuir con nuevas evidencias a las discusiones y la construcción de teorías sobre la relación entre juventud y política, no solo en el Perú, sino también apuntando a que los resultados sirvan para la realización de análisis comparativos sobre los roles desempeñados por los jóvenes en el curso que vienen tomando diversas transformaciones sociales y políticas en las sociedades contemporáneas.

Por otro lado, esta tesis se justifica igualmente por consideraciones prácticas y políticas. Existe en el país una amplia variedad de problemas sociales cuya superación pasa, de una forma u otra, por la búsqueda e implementación de soluciones en el terreno político. No obstante, si las instituciones y el campo político se encuentran en una situación tan precaria (tan atravesadas de autoritarismo, fragilidad institucional, inequidades, secuelas de la violencia política, etc.), entonces poco pueden hacer, o hacer bien, para articular respuestas a los problemas y las demandas de la población, y esto –a su vez– retroalimenta y profundiza la deslegitimación del sistema político. Frente a tal situación –y como enseña la historia–, las reacciones de los peruanos pueden adoptar múltiples formas: inercia política y salidas individuales, socavándose así la ya débil cohesión social; respaldo a opciones autoritarias y antidemocráticas; o voluntades de ruptura radical y violenta con todo lo existente hasta hoy.

Siendo así las cosas, un mayor entendimiento acerca de la política y la juventud puede ayudar, por un lado, a la formulación de alternativas de reajuste y democratización del sistema político, y por otra

⁵ Véase Flores Barboza (1993), Nureña, Ramírez & Salazar (2014) y SENAJU (2012).

⁶ Las investigaciones de Lynch (1990) y Cotler (1987) son buenos ejemplos de esto.

parte a proponer maneras de integrar mejor a los jóvenes en los esfuerzos de renovación de la política en el país. Así, los hallazgos de la tesis podrían contribuir, por ejemplo, al diseño de estrategias para fortalecer los espacios de participación política juvenil; democratizar las estructuras políticas de los partidos, las universidades y otros ámbitos; facilitar la construcción de consensos políticos; enriquecer los proyectos nacionales integrando las perspectivas políticas e intelectuales de los universitarios; mejorar el desempeño del sistema educativo, entre otras varias alternativas.

Para terminar este segmento de justificaciones, debo agregar algunas que remiten al plano más personal y a mi experiencia de haber estudiado en la UNMSM. En el Perú circula una frase que todos los sanmarquinos han oído o repetido alguna vez, y que no por haberse vuelto un *cliché* deja de ser cierta: “San Marcos es el Perú”. Y efectivamente, esta idea sintetiza bastante bien lo que cualquier miembro de esta comunidad académica encuentra en la Universidad: “un Perú en chiquito”, donde se ven reflejadas a escala micro la diversidad cultural y lingüística, los problemas y brechas sociales, las potencialidades y el sistema político del país. Así pues, el rectorado, el Consejo Universitario, la Asamblea Universitaria, las organizaciones políticas y los estudiantes de la UNMSM aparecen en este medio como una reproducción sorprendentemente fiel de –en el mismo orden– la presidencia del país, el poder ejecutivo, el parlamento, los partidos políticos y la población peruana, con los mismos rasgos de autoritarismo, fragilidad institucional, desigualdad, etc. De igual forma, al interior de esta Universidad se han ido reflejando y replicando los más importantes procesos sociales de la historia peruana. Por ejemplo, es el mismo espacio donde, ya a mediados del Siglo XX, el escritor Alfredo Bryce Echenique, un aristócrata descendiente de un presidente peruano y del último virrey español, se sentaba a estudiar al lado del “cholo” Tulio Loza, un comediante popular nacido en una de las provincias más pobres del país. Y es el lugar donde yo personalmente compartí las aulas con otros descendientes de aristócratas y con compañeros indígenas que viajaban por más de una semana para llegar a Lima desde sus pueblos de origen. Por estas y otras razones, considero que difícilmente podría encontrar un mejor caso de estudio que la UNMSM y sus estudiantes para analizar temas como la cultura y la política entre los jóvenes peruanos.

Objetivos

Del problema y las preguntas de investigación que he formulado emerge, como objetivo general de esta tesis, el de explorar el modo en que surgen y se manifiestan las ideas y prácticas que dan forma a diversas culturas políticas entre los estudiantes de la UNMSM. Para alcanzar este objetivo, me planteo a un nivel más específico:

- ❖ Caracterizar el contexto social e institucional en que se desenvuelve la actividad política en la UNMSM, así como sus lógicas de funcionamiento.
- ❖ Analizar, en la trayectoria de socialización política de los jóvenes sanmarquinos, la manera en que construyen sus identidades, ideas y valores políticos.

- ❖ Examinar los discursos de los jóvenes en torno al poder y la política, en su relación con las influencias de su socialización temprana, del entorno social y político universitario y de otros factores significativos.
- ❖ Describir las prácticas y formas de participación política de los estudiantes.
- ❖ Identificar los factores sociales, culturales, históricos y coyunturales que intervienen en la formación y/o reproducción de ideas y prácticas políticas en la Universidad.

Estructura de la tesis

A continuación, en este mismo capítulo introductorio, presento el caso de estudio, ofreciendo una caracterización de la UNMSM y sus estudiantes. Luego, en la parte metodológica, propongo algunos conceptos que tomo de las tradiciones epistemológicas más relevantes de las Ciencias Sociales (hermenéutica, positivismo y marxismo), para exponer el modo en que los empleo como herramientas analíticas en el abordaje del caso de estudio. Seguidamente, muestro el diseño de las estrategias de investigación empleadas, que incluyen técnicas de recolección y análisis de datos cualitativos y procedimientos estadísticos, antes de hacer unos comentarios sobre los aspectos éticos del estudio.

El segundo capítulo está dedicado a la revisión de la literatura académica sobre juventud y política, culturas e identidades contemporáneas, socialización política, participación y cultura política. Esta revisión constituye la base del esquema analítico propuesto para el estudio del caso seleccionado. En el tercer capítulo hago un recuento histórico de la participación juvenil en la política peruana a lo largo del Siglo XX, que finalizo con un balance de las tendencias que juzgo más significativas en la relación entre juventud y política, vistas desde una perspectiva de larga duración.

El campo político de la UNMSM es materia del cuarto capítulo. Aquí empiezo a describir el contexto social, estructural y normativo en el que discurren las acciones de los estudiantes, su vida cotidiana y sus relaciones con el marco político institucional. Este campo aparece en el estudio desempeñando principalmente dos funciones: por un lado, es el escenario en que se despliegan la agencia y los discursos políticos; y otra parte, es también en sí mismo un elemento forjador de nuevas ideas y prácticas, además de dinámicas específicas que dan forma a los fenómenos políticos.

En el quinto capítulo examino los factores e influencias que intervienen en los procesos de socialización política de los estudiantes. Así, analizando sus trayectorias de vida, muestro cómo nace en ellos el interés en la acción colectiva, de qué forma asumen determinadas identidades políticas y cómo se involucran en la participación. Seguidamente, podremos ver en el sexto capítulo las distintas pautas y configuraciones de cultura política que se despliegan en la Universidad, en dimensiones como la participación, los valores y las variadas formas en que los jóvenes conciben el poder y la política.

Finalmente, en las conclusiones del estudio resumo y discuto los principales hallazgos del estudio en función de las preguntas y los objetivos planteados en esta Introducción.

1.2. EL CASO: SAN MARCOS Y SUS ESTUDIANTES

La Universidad

Los orígenes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos se remontan al año de 1548, con los Estudios Generales del Convento de Santo Domingo de Lima, ciudad sede del gobierno del Virreinato del Perú y metrópoli sudamericana del imperio español en América. La Universidad se establece el 12 de mayo de 1551 como Real Universidad de la Ciudad de los Reyes, por decreto del emperador Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico. Oficialmente, es la primera universidad del Perú y la más antigua de América.⁷

Durante gran parte del periodo virreinal (1534-1824), la Universidad fue el principal centro intelectual y de enseñanza superior en esta vasta región de América del Sur, funcionando bajo el modelo universitario medieval europeo vigente en esa época, alternándose en su conducción rectores laicos y clérigos. Por una bula papal de Pío V de 1571, la institución pasó a llamarse Real y Pontificia Universidad de la Ciudad de los Reyes de Lima, y poco después Real y Pontificia Universidad de San Marcos. Las primeras áreas de estudio fueron Teología, Artes (Ciencias), Letras y Leyes, integrándose más tarde los estudios de Medicina. Ya desde el Siglo XVI, San Marcos era un espacio secular y autónomo, en el que sus miembros gozaban de privilegios reales y papales que los exceptuaban de censuras.

La Universidad mantuvo desde sus inicios una cercanía con el poder político y religioso, y muchos de sus integrantes y egresados desempeñaron importantes funciones como parte de la elite intelectual y política virreinal. No obstante, hacia fines del Siglo XVIII San Marcos fue adoptando rasgos del modelo boloñés de enseñanza superior, en el que se concebía a la universidad como un medio de gran libertad. Esto, combinado con un ambiente de mayor secularización, permitió la difusión de ideas de la Ilustración europea y la aparición de posturas críticas respecto al orden colonial. Es así que, cuando se iniciaba el Siglo XIX, ya se habían perfilado en la Universidad las formulaciones teóricas e ideológicas de la emancipación peruana del poder español, que se diseminaban en Lima y otras partes del Virreinato.

Esta evolución de las ideas en San Marcos la llevó a cumplir un papel protagónico en el proceso independentista y en la conformación de la República que estaba por nacer. En 1820 llegó al país el general argentino José de San Martín al frente de su ejército libertador, luego de vencer a las fuerzas realistas en su país y en Chile. Al año siguiente, cuando el virrey deja Lima para retirarse a los Andes con su ejército, San Martín proclama en esta ciudad la Independencia del Perú, establece un protectorado y convoca después a elecciones para un Congreso constituyente. El primer parlamento peruano se instaló en 1822 en la capilla de la Universidad de San Marcos, teniendo como presidente de las juntas

⁷ Existe al respecto una vieja controversia. En esa época existía también la Universidad de Santo Tomás de Aquino en la República Dominicana, pero la corona española la reconoció legalmente recién en 1558.

preparatorias a Toribio Rodríguez de Mendoza, rector de esta casa de estudios en ese momento. Los representantes elegidos fueron también profesores y egresados sanmarquinos en su gran mayoría (54 de 64).⁸ Se trataba de los más destacados líderes renovadores e intelectuales peruanos de esa época, quienes redactaron la primera Constitución del país (promulgada en 1823). Mientras esto ocurría, se aproximaba también desde el norte la corriente emancipadora liderada por Simón Bolívar, que con su ejército venció finalmente la resistencia española en el Perú y consolidó así la independencia peruana y sudamericana. Por sus méritos militares, políticos y legislativos, los libertadores San Martín y Bolívar estuvieron entre los primeros personajes que recibieron el título de doctor *Honoris Causa* de la Universidad.⁹

En adelante, la Universidad continuó siendo el principal centro intelectual y científico del país. Dejó de ser “Real y Pontificia” y pasó a ser “Nacional” y “Mayor”.¹⁰ Pero también cumplió una función relevante en el terreno político, pues muchos sanmarquinos pasaron a ocupar elevados cargos en el gobierno de la nueva República peruana, incluyendo a varios presidentes y numerosos legisladores y altos funcionarios.

Desde inicios del Siglo XX, San Marcos fue un gran epicentro de debate político y de la gestación de las tendencias ideológicas y culturales que más han influido en el rumbo de la historia peruana contemporánea. No pocos sanmarquinos formaron parte de las elites oligárquicas que gobernaban el país, pero, por otro lado, muchos de sus estudiantes y profesores intervinieron en la formulación de proyectos reformistas, democratizadores y revolucionarios, y en la organización de movimientos sociales que vinculaban a jóvenes intelectuales de Lima con trabajadores de sectores populares y de clase media, estudiantes y campesinos de la capital y otras partes del país. En este siglo, el Perú fue escenario de grandes y rápidas transformaciones sociales, siendo tal vez la más importante el cambio ocurrido en su perfil demográfico hacia mediados de ese periodo, con las migraciones masivas de poblaciones rurales y provincianas hacia las ciudades y especialmente a Lima. Este proceso se reflejó también en San Marcos con la ampliación del ingreso de nuevos estudiantes y el cambio en su composición social: su población, que antes provenía en su mayoría de las clases media y alta limeñas, pasó a ser predominantemente de sectores medios, populares y provincianos, con una creciente presencia de mujeres.

La Universidad se convirtió así en un medio donde se desplegaban los anhelos de ascenso social de estas nuevas capas de jóvenes urbanos, que al mismo tiempo se formaban en un entorno en el que se

⁸ “Universidad Nacional Mayor de San Marcos”. Wikipedia.org.

⁹ Al recibir esta condecoración, Simón Bolívar dijo en su discurso: “Señores, al pisar los umbrales de este Santuario de las Ciencias yo me sentí sobrecogido de respeto y de temor y al verme ya en el seno mismo de los sabios varones de la célebre Universidad de San Marcos yo me veo humillado entre hombres envejecidos en las tareas de profundas y útiles meditaciones, y elevados con tanta justicia al alto rango que ocupan en el orbe científico. Desnudo de conocimiento y sin mérito alguno vuestra bondad me condecora gratuitamente con una distinción que es el término y la recompensa de años enteros de estudios continuos. [...] Señores: Yo marcaré para siempre este día tan hermoso de mi vida. Yo no olvidaré jamás que pertenezco a la sabia Academia de San Marcos. Yo procuraré acercarme a sus dignos miembros, y cuantos minutos me pertenezcan después de llenar los deberes a que estoy contraído por ahora, los emplearé en hacer esfuerzos para llegar si no a la cumbre de las ciencias en que vosotros os halláis, al menos en imitaros.” (*loc cit.*)

¹⁰ La cualidad de “Mayor” se debe a que San Marcos tenía la facultad de aprobar y dirigir la creación de nuevas universidades en el Perú republicano, rol que tenía a su cargo ya desde la época colonial en los territorios comprendidos por el Virreinato.

había desarrollado ya una tradición contestataria frente al poder oligárquico y a las enormes inequidades sociales del país, y no eran indiferentes ante las tendencias políticas e ideológicas del contexto mundial (Guerra Fría, luchas emancipatorias y anticoloniales, procesos revolucionarios y la instauración de nuevos gobiernos socialistas y comunistas en Cuba, Asia, África y el Este de Europa).

Los anhelos de ascenso social y las voluntades de cambio de muchos jóvenes sanmarquinos chocaron entonces con las rígidas estructuras sociales y políticas del país. El resultado fue una fuerte radicalización política en la Universidad en la segunda mitad del Siglo XX. Esto, a su vez, propició que las elites y el Estado peruanos se fueran alejando de San Marcos (y en general de las universidades públicas) y alentaran la creación de universidades privadas. Este distanciamiento fue aprovechado cada vez más por varios grupos radicales de izquierda que ya desde antes veían a la Universidad como un terreno ideal para la concreción de sus proyectos revolucionarios, la propagación de sus doctrinas y el reclutamiento de nuevos miembros.

Cuando la violencia política estalló en el Perú en 1980, San Marcos y otras universidades públicas se convirtieron en importantes focos de la represión estatal. De este modo se precarizó aún más su posición, llegándose incluso, en los años noventa, a la militarización de sus instalaciones y a la designación de autoridades desde el poder político. Esto último sucedió bajo el gobierno autoritario de Alberto Fujimori (1990-2000). No obstante, hacia el final de este régimen, los jóvenes sanmarquinos participaron activamente, junto a otros grupos sociales y políticos, en un extenso movimiento social que condujo finalmente a la caída de Fujimori y al restablecimiento de la democracia en el país.

El nuevo presidente Constitucional, elegido por el Congreso en el 2001, fue Valentín Paniagua, un abogado cuzqueño y profesor sanmarquino que en ese año recibió también el título de doctor *Honoris Causa* de la Universidad.¹¹ Con el retorno del orden democrático se inició en San Marcos un proceso de lenta recuperación. Actualmente sigue siendo reconocida en la sociedad como una de las instituciones peruanas más antiguas e importantes, y es también uno de los principales centros de producción científica del Perú. Sin embargo, en varios aspectos no logra superar todavía los trastornos sufridos durante aquella segunda mitad del siglo pasado, sobre todo en cuestiones como la parte organizacional y sus relaciones con el Estado.

Los jóvenes sanmarquinos

En esta sección muestro algunos datos de un estudio que junto a unos colegas realicé a fines del año 2012 en la UNMSM, donde encuestamos a 470 estudiantes para conocer sus ideas y posturas acerca de diversos temas políticos y universitarios (Nureña, Ramírez & Salazar, 2014). La información sociodemográfica obtenida en ese estudio es hasta el momento la más actual disponible. Recorro entonces

¹¹ Ya como presidente, Paniagua manifestó al recibir este título: “Este es tal vez el único honor que ambicioné secretamente a lo largo de toda mi vida.”

a ella para ofrecer a continuación una síntesis de las características de los estudiantes de la UNMSM, e incluyo algunos datos del último censo universitario realizado en el Perú en el 2010 (INEI, 2011), además de observaciones recogidas antes y durante la realización de esta tesis.

Un primer e importante punto en esta caracterización concierne a cómo se incorporan los estudiantes a la comunidad académica de la UNMSM. Entre ellos, el ingreso a esta Universidad suele representar un considerable esfuerzo personal, económico y familiar. En la medición censal del 2010, tan solo el 31% de los alumnos reportaron que habían conseguido ingresar la primera vez que se presentaron a los exámenes de admisión, mientras que el 69% restante lo había logrado luego de dos, tres y hasta ocho intentos.¹²

Esta dificultad para ingresar a la UNMSM se relaciona con otros elementos. En el Perú, las limitaciones de la oferta educativa pública superior, sumadas a las deficiencias del sistema de enseñanza básica (pública o privada), hacen que la mayoría de los jóvenes que desean estudiar en universidades públicas (oficialmente gratuitas) tengan que recurrir a “academias pre-universitarias” privadas o a maestros particulares para prepararse con miras a las pruebas de admisión (80% en el país y 87% entre los sanmarquinos, según el INEI). La posibilidad de acceder a esta preparación funciona entonces como un primer filtro socioeconómico y educativo que tiende a favorecer el ingreso a la UNMSM de aquellos que pueden permitirse costear dicha preparación.¹³ Esto se superpone a las diferencias previas en la calidad de la educación que brindan los colegios estatales gratuitos y los colegios privados. Aunque en ambos casos la calidad es muy heterogénea, se reconoce por lo general que el desempeño del sistema público de educación básica tiene grandes deficiencias. A pesar de ello, en el 2010 el 63% de los estudiantes sanmarquinos reportaba haber estudiado la secundaria en colegios públicos, siendo una minoría los que provenían de colegios privados (INEI, 2011).

Otro gran filtro para el ingreso es el propio examen de admisión. En comparación con el resto de universidades del país, en la UNMSM se presenta la diferencia más alta entre el número de postulantes y el de ingresantes. Cada año, varias decenas de miles de jóvenes compiten por alcanzar alguna de las vacantes disponibles (alrededor de 4,500 en los últimos años). En algunas carreras, como Medicina, la relación entre postulantes e ingresantes puede llegar a ser de 45 a uno.¹⁴ Esta gran competencia se debe principalmente a que en la sociedad peruana se sigue reconociendo y valorando a la UNMSM como la mejor o una de las mejores universidades del país. En el 2010, el 87% de los estudiantes sanmarquinos manifestó que el prestigio de la UNMSM había sido el factor más importante en su decisión de postular a

¹² En otras universidades públicas peruanas, los estudiantes que dijeron haber ingresado en su primera postulación fueron el 43%, en tanto que en las universidades privadas los que ingresaron en el primer intento fueron el 93,4%.

¹³ En las últimas décadas es cada vez más frecuente que la preparación pre-universitaria sea parte de la oferta educativa de muchos colegios secundarios privados (restándole espacio a otros contenidos programados en la currícula). Incluso, la UNMSM y otras universidades manejan sus propios centros pre-universitarios, en los que ofrecen un número de vacantes para el “ingreso directo” a la Universidad de quienes puedan pagar la matrícula y aprueben una serie de evaluaciones.

¹⁴ Datos de setiembre del 2014.

esta Universidad. Esto contrasta con el 54% de los jóvenes de otras universidades que señalaron este criterio para la elección de sus centros de estudios, tanto públicos como privados (INEI, 2011).

La Universidad alberga actualmente a alrededor de 30 mil estudiantes.¹⁵ Según el INEI, en el 2010 casi la mitad de ellos (48,7%) tenían de 21 a 25 años de edad; el 28,3% tenía menos de 21 años, y el resto más de 25. En nuestro estudio del 2012, los hombres representaban el 57,7% de esta población y las mujeres el 42,3%. La Tabla 1 presenta lo que encontramos en ese año acerca de la distribución porcentual por sexos en relación con las cuatro grandes áreas académicas en que se agrupan las carreras que ofrece la Universidad: Ingenierías y Ciencias Básicas, Ciencias de la Salud, carreras Económico-Empresariales y Ciencias Sociales y Humanidades. Allí se pueden ver algunas diferencias internas en las proporciones de estudiantes de cada sexo en las distintas áreas.¹⁶ Se aprecia, por ejemplo, que la población de Ingenierías y Ciencias Básicas es comparativamente mayor que la de otras carreras y que está compuesta en gran medida por hombres (71,3%), mientras que en Ciencias de la Salud la población es más reducida y tiene una mayor presencia de mujeres (62,3%).

Tabla 1. Muestra de estudiantes de la UNMSM por sexo, según áreas de estudio, 2012.

Áreas académicas	Total	Hombres		Mujeres	
		N	%	N	%
Total	470	271	57,7 %	199	42,3 %
Cs. Básicas e Ingenierías	167	119	71,3 %	48	28,7 %
Cs. Soc. y Humanidades	127	70	55,1 %	57	44,9 %
Económico-Empresariales	99	53	53,5 %	46	46,5 %
Ciencias de la Salud	77	29	37,7 %	48	62,3 %

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa: 470 estudiantes. Elaboración propia.

En general, el importante número de mujeres estudiando actualmente en la UNMSM es reflejo de un proceso mayor que en las últimas décadas se ha manifestado en la creciente participación de las mujeres en variados ámbitos, como la política, el mundo profesional y la cultura. En ese sentido, la significativa presencia de estudiantes mujeres en la UNMSM, mayoritaria en algunas carreras, marca una diferencia notable con el panorama de la mayor parte del Siglo XX.

¹⁵ El censo universitario del 2010 reportó para la UNMSM una población estudiantil de pregrado de 28,645 alumnos (INEI, 2011). Considerando la tasa anual de crecimiento (2.1) y las ampliaciones del número de vacantes en los últimos años, se estima para el 2015 una población mayor a 30 mil estudiantes.

¹⁶ El diseño muestral de la encuesta del 2012 se realizó en base a los datos del censo universitario del 2010, y en su muestra de 470 estudiantes está representada casi exactamente la misma distribución por sexos y áreas académicas de la población total censada dos años atrás.

En nuestro estudio del 2012, los estudiantes reportaron mayoritariamente haber nacido en Lima (72,5%). Sin embargo, los nacidos en otras zonas del país, aun siendo una cuarta parte, le agregan un importante componente de diversidad a la población universitaria. También la mayoría (75%) manifestó tener padres oriundos de otros lugares del Perú, abarcando en sus orígenes a casi todas las regiones del país (ambos padres, 53,6%; y 25% al menos uno de ellos), y solo en una quinta parte dijeron que sus dos padres eran de Lima. En esto se nota también una clara diferencia entre los sanmarquinos de hoy y aquellos de –por ejemplo- los años setenta, cuando se registraba en esta Universidad una mayor presencia de alumnos nacidos fuera de Lima (Lynch, 1990). Asimismo, los estudiantes señalaron en un 62% que residían en las zonas norte, este y sur de la ciudad, precisamente las que más crecieron con las grandes migraciones de poblaciones andinas y provincianas hacia la capital del país durante la segunda mitad del Siglo XX. En cambio, solo el 31% indicó que vivía en los distritos antiguos, tradicionales y céntricos de la ciudad o en la provincia adyacente del Callao.

Con su presencia en la UNMSM, muchos de estos jóvenes parecen estar continuando un camino trazado y recorrido previamente por sus progenitores: el 64% señaló que sus padres tenían estudios superiores, ya sea técnicos o universitarios (33% y 31%, respectivamente), mientras que para las madres el porcentaje fue de 54% (32% y 22%, respectivamente). Pero en algunos otros casos, la Universidad aparece como una nueva vía de ascenso social, ya que alrededor del 30% de los estudiantes estarían superando el nivel educativo logrado por sus padres con formación básica (primaria o secundaria). Considerando que el acceso a la educación superior es en el Perú un muy valorado indicador de estatus social, se puede afirmar que la composición demográfica de los jóvenes sanmarquinos refleja en buena medida el proceso de integración y movilidad social ascendente de las poblaciones migrantes que hasta hace algunas décadas eran vistas por las elites limeñas como “urbano-marginales” y luego como sectores “emergentes” de la capital.

La encuesta del 2012 incluyó una pregunta sobre los ingresos mensuales aproximados de los hogares de los estudiantes. Sobre este punto (Tabla 2), casi la mitad de los ellos (48,9%) reportó que sus familias tenían ingresos económicos mensuales que se ubicaban por debajo de los 2,001 soles (770 USD; 1 dólar=2.6 soles aprox. en el 2012). Algo más de un tercio señaló que sus ingresos familiares fluctuaban entre los 2,001 y los 4,000 soles (de 770 a 1,538 USD); y un poco más de la décima parte declaró ingresos por sobre los 4,000 soles. En la tabla podemos ver una brecha en los ingresos declarados: muy pocos encuestados señalaron el rango que va de los 2,001 a los 3,000 soles, pero sí encontramos porcentajes significativos en los rangos ubicados por encima o debajo de esas cantidades (en todas las áreas académicas). Estos datos sugieren que habría una aparente brecha de desigualdad económica entre los estudiantes, aun cuando –globalmente- el promedio de los ingresos los coloca en el segmento socioeconómico que los economistas denominan como nivel o estrato “B”. Así también, hallamos diferencias entre los jóvenes que estudian distintas carreras. Por ejemplo, en el área Económico-

Empresarial hay un sector importante, cercano a la mitad de los encuestados (47,4%), que reportó ingresos familiares por encima de los 3,000 soles, mientras que en Ciencias Sociales y Humanidades y en Ciencias de la Salud los ingresos declarados eran significativamente menores.¹⁷

Tabla 2. Percepción de los estudiantes sobre el ingreso económico mensual de sus hogares, según áreas de estudio (en porcentajes).

Áreas de estudio	¿En qué rango se encuentra el ingreso económico mensual de su hogar? (en soles)							
	Total (%)	Hasta 1000	De 1001 a 2000	De 2001 a 3000	De 3001 a 4000	De 4001 a 5000	Más de 5000	No contesta
Total	100	26,2	22,8	4,5	30,9	8,9	3,2	3,6
Cs. Básicas e Ingenierías	100	25,7	25,1	2,4	32,9	6,6	3,6	3,6
Cs. Soc. y Humanidades	100	18,9	26,0	9,4	22,8	12,6	3,9	6,3
Económico-Empresariales	100	27,3	20,2	5,1	34,3	12,1	1,0	0,0
Ciencias de la Salud	100	37,7	15,6	0,0	35,1	3,9	3,9	3,9

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa: 470 estudiantes. Elaboración propia.

También en el aspecto económico, encontramos que algo más de las tres cuartas partes de los alumnos (76,2%) mencionaron que recibían el apoyo de sus núcleos familiares más próximos para financiar sus estudios (padres y hermanos), en tanto que solo una cuarta parte de ellos señaló que se costeaban los estudios de manera independiente (“autofinanciamiento”). Pero aquí se daban igualmente varias diferencias entre las áreas académicas. Por ejemplo, en Ciencias de la Salud la referencia al apoyo familiar llegó al 92,2%, mientras que el porcentaje se reducía al 65,4% en el caso de Ciencias Sociales/Humanidades, donde el autofinanciamiento se elevaba a un 37,8%, notablemente más que en otras áreas. Luego, el 30,2% de los sanmarquinos declaró que se encontraba trabajando para cuando se realizó la encuesta, lo cual fue más común entre los estudiantes de Ciencias Sociales y Humanidades (40,9%), en comparación con los de Ciencias de la Salud (13%).

Por otro lado, medimos también la frecuencia de uso de internet, hallando que este recurso tiene una gran importancia en la cotidianeidad de la mayoría de estudiantes, quienes en un 71% afirmaron que lo usan “todos los días”. Una proporción menor, la quinta parte de los encuestados, manifestó que usa

¹⁷ Aquí los resultados de nuestra encuesta del 2012 contrastan con los del censo universitario del 2010, que presenta menores niveles de ingresos familiares entre los estudiantes de la UNMSM. Esta diferencia podría deberse a sesgos derivados de las distintas metodologías empleadas en ambos estudios. En el nuestro empleamos cuestionarios anónimos auto-administrados que los encuestadores entregaban directamente a los alumnos, mientras que en el censo se usó un formulario accesible vía internet, que requería datos personales de identificación. Aquí me baso en la encuesta del 2012 porque considero que los cuestionarios anónimos pueden ser más útiles para recoger información como la de los ingresos. Si se les solicita datos de identificación (como en el censo), algunos encuestados –por diversas razones- podrían querer presentar a sus familias como más pudientes o más empobrecidas de lo que en verdad son (por ejemplo para acceder a ciertos servicios sociales).

internet “algunas veces a la semana”; muy pocos dijeron que lo usan solo “rara vez” (1%), mientras que ninguno dijo que no lo usa nunca.

En resumen, el perfil de estos estudiantes los ubica mayormente como jóvenes urbanos capitalinos, hijos de migrantes y procedentes de hogares de sectores medios educados, con altos niveles de conectividad electrónica (*i. e.* amplio acceso a información). Sin embargo, el reconocer este perfil predominante no debe llevar a perder de vista la gran diversidad social, cultural y económica al interior de la Universidad: por la socialización familiar en hogares con padres de prácticamente todo el país; por la presencia de un sector significativo de jóvenes nacidos fuera de Lima; por los antecedentes educativos propios y de los padres; y por las brechas de desigualdad económica y en las condiciones de vida (incluyendo el trabajo y el apoyo familiar), entre otras diferencias.

Pero a pesar de esa gran diversidad sociocultural, hay también algunos elementos que unifican a los sanmarquinos en torno a ciertos valores y situaciones. En el apartado previo veíamos el importante rol que la UNMSM ha desempeñado en la historia del Perú. Eso, por tanto, vincula el prestigio actual de la Universidad con una larguísima tradición que cada año motiva a decenas de miles de jóvenes a querer ingresar a esta institución, propósito que sus estudiantes lograron por lo general luego de realizar grandes esfuerzos y de competir más de una vez con muchos otros jóvenes que no pudieron alcanzar esa misma meta. Todo esto contribuye a que los estudiantes de esta Universidad desarrollen un marcado sentimiento de “identidad sanmarquina”, que se combina además con la autopercepción –tácita y a veces explícita– de que por sus méritos consiguieron formar parte de una elite privilegiada en el medio educativo peruano. Pero estos sentimientos pueden llegar a ser contradictorios. Luego de ingresar, muchos de ellos comienzan a percibir que la Universidad no funciona apropiadamente en varios aspectos (organizativos, académicos, políticos), y comparan su situación con la de quienes estudian en condiciones más favorables en las mejores universidades privadas; o encuentran además que en algunos sectores de la sociedad persisten aún viejos estereotipos que los representan como jóvenes “revoltosos” o proclives al radicalismo. Aun así, permanece en ellos ese sentido de comunidad y de identificación institucional, que – como veremos más adelante– tiene también sus implicancias en el campo político universitario.

1.3. LA METODOLOGÍA

Presupuestos epistemológicos

En esta investigación tomo en cuenta categorías analíticas y enfoques de investigación desarrollados en el marco de diversas tradiciones epistemológicas de las Ciencias Sociales. En relación con el estudio de la cultura política, considero en primer lugar un conjunto de categorías derivadas de la sociología hermenéutica, y concretamente de la propuesta de la sociología comprensiva de Max Weber. Su enfoque me resulta útil en el sentido de que esta tesis plantea una aproximación a las ideas, razones y motivaciones que guían la acción política de los estudiantes.

En su teoría de la acción, Weber propone un acercamiento en profundidad a los sentidos involucrados en las acciones de los individuos, reconociendo el carácter significativo de dichas acciones, para llegar a comprender los motivos y la racionalidad que entran en juego en los procesos que los conducen a asumir determinadas prácticas e ideas. Desde esta perspectiva, el esfuerzo analítico –en esta tesis– se dirige a intentar una “comprensión explicativa” de los fenómenos atendiendo a las conexiones de sentido que guían el desenvolvimiento político de los jóvenes, buscando la racionalidad de dichas acciones (la relación entre medios y fines) tanto mediante el análisis de sus discursos como a través de la observación directa de sus prácticas políticas. En otras palabras, esos fenómenos y conexiones de sentido dan forma a la racionalidad de las acciones de los individuos y remite a la relación entre los medios que emplean para lograr sus fines.

La propuesta de Weber resulta pertinente para este estudio porque permite también apreciar los comportamientos políticos individuales en su vinculación con los grupos en los que participan los sujetos. Para este autor, la acción social de un individuo es aquella en la que el significado involucrado se relaciona con otro sujeto o grupo. No se trata entonces de analizar la mera “conducta”, sino que se resalta el carácter relacional e intersubjetivo en los significados de las acciones. En ese sentido, el “individualismo metodológico” en el esquema de Weber no significa perder de vista ni el carácter social y compartido de la cultura política, ni tampoco las consecuencias inesperadas de las acciones. A propósito de esto, el autor plantea una distinción entre las intenciones y motivaciones de los sujetos, por un lado, y de otra parte el efecto agregado de sus acciones en el nivel social y cultural, que se puede extender también a la política, que él entiende como “la aspiración al poder (*Machtanteil*) o a una influencia en la distribución del poder” (Weber, 1964).

Si consideramos todo esto en función del análisis de la cultura política, tenemos que las actitudes y los comportamientos políticos pueden perfectamente ser entendidos como acciones significativas dotadas de sentidos que se derivan, en el caso de los estudiantes de la UNMSM, de sus sistemas de creencias, normas, tradiciones, valores y concepciones sobre la política, incluyendo los símbolos asociados a estos elementos. Como vemos, estamos ante instituciones sociales, ideas compartidas y otros factores eminentemente intersubjetivos. Y aquí podemos agregar que el análisis weberiano considera también las condiciones en que se desarrolla la acción: “el método de Weber no se dirige solo al individuo, sino *al actor bajo las condiciones que le impone su situación*, donde interesan las intenciones de los otros” (Boudon & Bourricaud, 1989, traducción libre, énfasis añadido).

Los aportes de Weber sobre la construcción de “tipos ideales” son también útiles para intentar captar la diversidad de formas que puede asumir la cultura política entre los jóvenes sanmarquinos. Los tipos ideales son conceptos generales (y no definiciones ni ideales normativos) con valor heurístico elaborados por medio de la abstracción de ciertas características identificables en los acercamientos o estudios previos sobre un tema, pero que son finalmente delineados con mayor precisión de acuerdo a los

datos que van surgiendo en el curso de la investigación. Así, por ejemplo, se puede plantear la existencia de una cultura política “liberal-participativa” como un tipo ideal en el que se inscriben los sujetos que valoran en la política aspectos como el diálogo, la tolerancia, la libertad de expresión y la participación. En este ejercicio de abstracción, el tipo ideal ayuda a evaluar el nivel de proximidad o alejamiento de los jóvenes con respecto a dicha construcción teórica. Del mismo modo, se pueden plantear otros tipos ideales para abarcar conceptualmente a quienes en sus ideas o prácticas políticas expresan otras actitudes o preferencias, como el rechazo a la política partidaria, o la inclinación por acciones colectivas relacionadas con agendas temáticas y específicas, etcétera. O igualmente es posible también establecer un *continuum* entre dos tipos ideales polares y opuestos, para ubicar a los individuos en función de su proximidad a uno u otro extremo. Siguiendo esta metodología, la comprensión de las acciones se logra mediante un proceso de construcción conceptual en el que se imputa a los agentes ciertos motivos o intenciones que son teóricamente probables en un contexto típico-ideal (Velasco Gómez, 2012).

Esta opción por un esquema hermenéutico weberiano no excluye, sin embargo, el empleo de algunas herramientas conceptuales y metodológicas desarrolladas en el marco de otros paradigmas sociológicos. El enfoque de Émile Durkheim, en particular, contribuye a un mejor entendimiento de la manera en que determinados valores, prácticas e ideas políticas, en tanto hechos sociales institucionalizados, adquieren el carácter de estructuras con realidad objetiva que terminan influyendo sobre el comportamiento político observable de los sujetos, y que desempeñan funciones vinculadas con la integración social y la cohesión interna de los grupos políticos, así como su reproducción y persistencia en el tiempo. El considerar esto en relación con un enfoque en la acción social conduce a buscar, por ejemplo, datos sobre los sentidos colectivos –tanto explícitos como implícitos– que circulan en las actividades y rituales políticos (como asambleas, eventos partidarios, etc.); las formas de transmisión de esos sentidos (discursos, símbolos, tradiciones); o los mecanismos sociales que emplean los grupos para integrar y socializar a sus nuevos miembros, motivarlos a emprender determinadas acciones, o reafirmar sus convicciones (formas de reclutamiento, formación política e ideológica, estructura organizativa).¹⁸

Por otro lado, tomo en cuenta también algunas contribuciones de la tradición epistemológica que va del Materialismo Histórico de Karl Marx a desarrollos como la Teoría Crítica de Jürgen Habermas y el Estructuralismo Constructivista de Pierre Bourdieu. Enfocar la idea de cultura política desde un ángulo dialéctico lleva a reconocer el rol que desempeñan las condiciones sociales e históricas, así como las posiciones de los sujetos y grupos sociales en el campo universitario, en su vinculación con las distintas formas que puede asumir la cultura política. En la perspectiva de Bourdieu (1997), un campo es un sector determinado de la actividad social, que puede entenderse también como un sistema de

¹⁸ No obstante, una limitación de la perspectiva durkheimiana para este estudio es que, si bien puede servir al propósito de analizar el funcionamiento interno de los grupos políticos y las acciones de sus integrantes, no presta igual servicio al momento de intentar entender ya no la estabilidad y la cohesión interna, sino el conflicto y la fragmentación política, muy comunes en el ámbito sanmarquino. Además, en este estudio se busca describir y analizar no solo la actividad política organizada, sino también a quienes, teniendo interés en la política, no se organizan, y a los que se muestran indiferentes o rechazan abiertamente la política.

posiciones sociales internamente estructurado en términos de relaciones de poder, en el que los individuos participantes entran en competencia, ponen en juego las habilidades de las que disponen y ensayan estrategias para apropiarse de ciertos beneficios específicos (o capitales) que pueden ser obtenidos en ese campo. Este preexiste a los sujetos que lo integran, mantiene una relativa autonomía con respecto a otros ámbitos de actividad y se define de acuerdo a sus propias reglas o principios. En este enfoque, las posiciones y relaciones objetivas de los participantes vienen determinadas por sus capitales específicos, sus trayectorias al interior del campo y sus capacidades para competir aplicando las reglas que rigen allí, incluyendo los *habitus* que han adquirido en su socialización previa, pero también los principios de valoración, juicio y acción adquiridos en el propio campo. Y así también, esta teoría contempla que los beneficios y aptitudes obtenidos en este espacio (el capital logrado) pueden servir como recursos para las luchas que se desarrollan dentro del mismo, y que marcan el carácter dinámico del sistema en tanto que los actores pugnan ya sea por reproducir el poder o por reestructurarlo según nuevas definiciones de legitimidad. Otro elemento importante de este esquema es que considera lógicas de acción social que pueden ser aplicadas ya sea de manera reflexiva por los actores involucrados, o que vienen orientadas por fuerzas sociales que trascienden la conciencia, como el *habitus* y las determinaciones estructurales.

El tipo de análisis que propongo aquí toma en cuenta el contexto sociohistórico, las situaciones concretas en que actúan los sujetos, las regularidades sociológicas asociadas a factores económicos y estructurales (recogiendo la mirada positivista de Durkheim), y también las relaciones de poder (y de otros tipos) entre personas y grupos en un campo político. Sin embargo, más allá de lo que pueda aportar la identificación de estos factores históricos, contextuales o estructurales, el énfasis en los sentidos de las acciones de los jóvenes apunta justamente a esclarecer aquellos fenómenos que escapan al marco interpretativo marxista, dado que las culturas políticas (que desde una visión clásica serían un fenómeno de la superestructura política e ideológica) no siempre ni necesariamente aparecen como el “reflejo” del ser social o las condiciones de vida de los sujetos. Antes bien, es preciso advertir que las acciones mismas pueden ir guiadas por motivaciones desligadas de la situación social o los intereses materiales (aunque esto no significa descartar por principio la posible influencia de determinaciones socioeconómicas). De este modo, estaremos mejor equipados conceptualmente para entender, por ejemplo, por qué una misma cultura política puede ser compartida por jóvenes de distintos orígenes y clases sociales, o qué lleva a que estudiantes con los mismos antecedentes y características tengan actitudes políticas muy diferentes.

Sobre este punto, la opción hermenéutica no entra en conflicto —en este trabajo— con la tradición de la Teoría Crítica en la vertiente desarrollada por Habermas, en el sentido de que este estudio busca también entender cómo se construyen, en el nivel microsociedad, los procesos de legitimación ideológica de ciertos órdenes sociales; y cómo se expresan en la Universidad los intereses técnicos, prácticos y emancipatorios vinculados a los actos de conocimiento (Habermas, 1990), tomando en cuenta que —sobre

todo en un medio universitario- el conocimiento mismo es una variable importante del poder. Asimismo, con respecto a la acción estratégica (política), Habermas sostiene que dicha forma de acción depende de la evaluación de posibles elecciones alternativas resultantes del cálculo complementado por valores y máximas (Habermas, 1987), lo cual se aproxima mucho en realidad a las ideas weberianas sobre la acción racional con arreglo a fines y valores (Weber, 1964).

Estrategias y técnicas de investigación

Este estudio es de tipo exploratorio, con un diseño principalmente etnográfico pero que incluye métodos cuantitativos como complemento. La parte etnográfica abarca un fuerte componente narrativo y biográfico. Aquí empleé técnicas de observación participante para describir las prácticas, interacciones y formas de participación y expresión política de los estudiantes, además del contexto social e institucional en que se desenvuelven la vida cotidiana universitaria y las actividades políticas (por ejemplo, eventos político-culturales, asambleas públicas, protestas, etc.). En esta etapa conformé algunas redes de contactos con personas y organizaciones políticas, identificando así a algunos actores clave que pude entrevistar y quienes me facilitaron el acceso a nuevos espacios e informantes. Inicié el trabajo de campo en junio del 2014 y lo terminé en septiembre del 2015, alternando durante algunos meses presencias directas en la UNMSM y otros lugares donde los estudiantes desarrollaban actividades sociales y políticas, con el recojo de información por otros medios, principalmente electrónicos, sobre todo durante periodos en los que me encontraba fuera de Lima.

Me propuse en un inicio realizar las observaciones y entrevistas en toda la Universidad, pero luego las dinámicas, los tiempos y las posibilidades del propio trabajo de campo, así como la misma densidad de la actividad política en la UNMSM, me llevaron a concentrarme más en las áreas de Ciencias Sociales, Derecho y Humanidades, de donde proviene la mayor parte de los entrevistados. No obstante, realicé también algunas observaciones en otros espacios (Ciencias de la Salud, carreras Económico-Empresariales e Ingenierías y Ciencias Básicas), donde contacté a algunos alumnos para entrevistarlos, aunque son una minoría en comparación con aquellos otros. Aun a pesar de este sesgo, logré captar una amplia diversidad de experiencias y situaciones, lo cual me permitió establecer diferencias, patrones y tendencias en las culturas políticas. La observación participante incluyó asimismo mi asistencia a asambleas; eventos culturales, académicos y políticos; reuniones sociales y festivas; manifestaciones políticas dentro y fuera de la Universidad; y un proceso electoral estudiantil.

Hice también un seguimiento de espacios y redes virtuales como Facebook, *blogs* y páginas de internet y las versiones web de varios medios informativos. Los datos obtenidos mediante la observación participante y el seguimiento de medios electrónicos fueron registrados en diarios de campo, archivos de computadora, fotografías y grabaciones de audio.

El componente narrativo-biográfico consistió en la recopilación y análisis de los discursos individuales de los jóvenes con respecto a sus vidas y visiones sobre la política, para lo cual conduje 24

entrevistas en profundidad semi-estructuradas (empleando la guía que presento como Anexo 2). De este modo logré una aproximación a (i) sus trayectorias personales de socialización política, incluyendo experiencias y eventos significativos en sus biografías (como sucesos coyunturales, el ingreso a la Universidad y a organizaciones, la participación en procesos políticos, entre otros); (ii) la adopción de valores, ideologías e identidades políticas (por ejemplo, aprendizajes, lecturas y la evolución de sus ideas políticas); y (iii) la manera en que interpretan, evalúan y otorgan sentido a los hechos políticos. Siendo que me interesaba en principio captar las variadas formas que puede asumir la cultura política en la UNMSM, seleccioné una muestra incidental –o por “conveniencia”– de máxima variabilidad; es decir, solicité entrevistas a jóvenes de ambos sexos, de distintas edades y con diversas orientaciones y actitudes hacia la política (jóvenes que se auto-refieren como de “derecha” y de “izquierda”, participantes activos e indiferentes, miembros de colectivos e independientes, dirigentes políticos, entre otros). Manejé los puntos contenidos en la guía de entrevistas de manera flexible; es decir, modifiqué las preguntas, agregé unas nuevas o dejé de lado otras dependiendo de si, en el curso de las entrevistas, razonablemente convenía incluir temas adicionales u obviar otros. El tamaño inicial proyectado de la muestra fue de 20 personas, pero determiné el número final (24) mediante el criterio de saturación y atendiendo a las posibilidades y los tiempos del trabajo de campo. Y aunque no puedo afirmar que alcancé realmente un “punto de redundancia” en los datos obtenidos mediante esta técnica, considero sin embargo que sí conseguí abarcar una suficiente cantidad y diversidad de perspectivas, lo que me permitió establecer distintas configuraciones de cultura política.

Como criterios de validez interna tomé en cuenta varias medidas orientadas a lograr cierto control sobre el proceso de recolección de datos. Para reducir la posibilidad de interferencias, inhibiciones y otros posibles inconvenientes en las entrevistas, las conduje individualmente, de manera anónima y confidencial y en espacios privados fijados de mutuo acuerdo con los informantes, luego de establecer –en la mayoría de los casos– algún nivel de interacción y confianza con ellos. Registré las entrevistas en audio, previo consentimiento verbal de los informantes y después de expresarles un compromiso de confidencialidad. Cada vez que me fue posible, contrasté la información ofrecida por los informantes con las observaciones etnográficas referidas a asuntos narrados por ellos. Con respecto a la validez externa, aun cuando en los estudios cualitativos es muy limitada la posibilidad de replicar el diseño o de lograr que los resultados sean “representativos” para otras poblaciones fuera de su ámbito original, considero no obstante que los hallazgos de esta investigación pueden servir para ilustrar procesos que bien podrían estar ocurriendo en otras universidades públicas peruanas, dadas las grandes semejanzas que existen entre ellas sobre todo en aspectos como la composición demográfica y las formas de organización y expresión política. Y por otro lado, en términos de fiabilidad del estudio, contemplé medidas como la contrastación entre los datos recogidos mediante entrevistas y las perspectivas y discursos de los sujetos que de manera natural se desenvolvían en el escenario analizado; la discusión y

validación de los instrumentos de recolección de datos con actores clave y especialistas; y el empleo de medios como la fotografía, el registro en audio y la transcripción literal de las grabaciones de audio a texto (incluyendo un minucioso control de calidad de este proceso).

Adicionalmente, incluí cinco entrevistas en profundidad y cuatro grupos de discusión (o grupos focales) realizados con estudiantes de Antropología, Sociología, Historia, Derecho y Ciencia Política de la UNMSM como parte del trabajo de investigación formativa previo a la implementación del “Proyecto Juventud y Política en la Universidad Peruana”, una iniciativa de investigación e intervención que diseñé y coordiné entre los años 2012 y 2013 mientras estaba a cargo de la Unidad de Investigación de la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Secretaría Nacional de la Juventud (SENAJU), un órgano del Ministerio de Educación de Perú.¹⁹

En esta tesis considero también un componente cuantitativo, que integro para complementar los hallazgos de la parte etnográfica en ciertos temas. La información cuantitativa corresponde a la base de datos resultante de un estudio que dirigí en el 2012 (en el marco del citado proyecto de la SENAJU) con el objetivo de conocer las opiniones y actitudes de los estudiantes de la UNMSM en relación con diversos aspectos de la política, la educación y la vida universitaria. Para esto, un grupo de colegas y yo (dos antropólogos, un politólogo y una especialista en estadística) diseñamos un cuestionario estructurado que validamos con el apoyo de algunos estudiantes y egresados de la Universidad (ver Anexo 3).²⁰ Planteamos asimismo un diseño muestral estratificado, tomando en cuenta los datos del último censo nacional universitario disponible (INEI, 2011), principalmente para reflejar en nuestra encuesta la distribución de los alumnos según áreas de estudio y sexo. A continuación, en diciembre del 2012, aplicamos el cuestionario (autoadministrado) a 490 estudiantes de pregrado seleccionados aleatoriamente. La información recopilada en papel fue ingresada manualmente a una hoja de cálculo de Excel, bajo la supervisión de la profesional de estadística miembro del equipo, quien luego evaluó caso por caso la consistencia y calidad de los datos. Así, nos quedamos finalmente con 470 encuestas. Por el diseño estadístico y el procedimiento de aleatorización, estos 470 casos constituyen una muestra representativa de la población estudiantil sanmarquina en el momento en que se realizó la encuesta. Adicionalmente, el muestreo estratificado permite mostrar resultados con niveles de inferencia relativos a sexos y a las cuatro grandes áreas académicas que señalé previamente. La base de datos contiene información para 135 variables, incluyendo: datos sociodemográficos, opiniones y actitudes sobre la política, orientaciones en el espectro de “derecha” e “izquierda”, valoraciones sobre instancias políticas y administrativas de la Universidad, participación e interés en la política, entre muchos otros temas.

¹⁹ Estos grupos focales y entrevistas se realizaron con la colaboración de Iván Ramírez (antropólogo) y Diego Salazar (politólogo), ambos egresados de la UNMSM.

²⁰ En el cuestionario empleamos algunas preguntas formuladas por el equipo de investigación, e incluimos otras tomadas de instrumentos empleados en estudios previos, como el Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP) de la Vanderbilt University (v. Carrión, Zárate & Seligson, 2012), el Latinobarómetro (www.latinobarometro.org), el Perfil del elector peruano (JNE, 2010) y el II Censo Nacional Universitario 2010 (INEI, 2011).

Técnicas de análisis

Para el análisis de los datos cualitativos registrados en notas de campo y en las transcripciones de entrevistas seguí procedimientos y criterios de Teoría Fundamentada (Strauss & Corbin, 1998), aunque adaptados a los objetivos de este estudio, a sus presupuestos epistemológicos, al esquema de análisis (propuesto en el Marco Teórico) y a una mirada comparativa enraizada en la tradición etnológica. El empleo de la Teoría Fundamentada consiste en construir conceptos, categorías y sub-categorías temáticas a partir de abstracciones que van surgiendo de la revisión de los datos. En mi caso, empleé este procedimiento al codificar la información, pero partiendo en principio del esquema de análisis previamente definido. Durante la codificación asigné etiquetas temáticas a cada segmento significativo que iba ubicando en los textos, incluyendo códigos nuevos para otras informaciones y conceptos que emergían en la revisión y que no había contemplado con anterioridad. Finalizada esta labor, realicé comparaciones sistemáticas de los casos en relación con temas específicos. Por ejemplo, si en los datos de entrevistas dos o más sujetos expresaban ideas muy similares en torno a un mismo tema, entonces trataba de examinar qué otros aspectos podían ellos tener en común, para establecer posibles relaciones o hipótesis acerca de esa similitud. Y si dos personas tenían posiciones o actitudes muy disímiles u opuestas, intentaba igualmente identificar en qué otros aspectos se diferenciaban o en qué se parecían. De este modo fui perfilando patrones o tendencias que luego pude agrupar bajo categorías más amplias, como en el caso de las distintas configuraciones de cultura política, agregando una propuesta de cómo se forman esos patrones y diferencias. En otros casos manejé la información a un nivel más descriptivo, formulando definiciones de la realidad social y política de la UNMSM basadas en las visiones de los sujetos y en las observaciones que recogí en el trabajo de campo. Para realizar esta tarea, organicé los datos del registro etnográfico y las transcripciones de entrevistas empleando el programa informático de administración de datos cualitativos Atlas.ti © versión 5.0 (Scientific Software Berlin).

Por otro lado, para el análisis de los datos cuantitativos (concretamente la base de datos del estudio de la SENAJU) utilicé técnicas de estadística descriptiva e inferencial. En este caso me valí del programa estadístico Stata © versión 13.0 (StataCorp, Texas). En el nivel descriptivo, el análisis consistió en la generación de gráficos y tablas de frecuencias y porcentajes, ya sea mostrando los resultados obtenidos para variables individuales, o presentando distribuciones resultantes del cruce de dos o más variables. Aquí debo enfatizar el carácter complementario de la información estadística empleada en esta tesis. Por ejemplo, al tocar el punto del interés de los jóvenes en la política nacional me baso principalmente en las observaciones etnográficas y –sobre todo– en los pormenores de los discursos expresados por los informantes entrevistados, pero agrego también información extraída de la base de datos cuantitativa para la variable “interés en la política nacional”, con el propósito de ofrecer una visión más amplia de cómo esos discursos individuales o grupales se inscriben en el panorama mayor del conjunto de la población estudiantil. En otros casos, más que referencias o datos numéricos puntuales,

incluyo tablas o gráficos. Pero luego, en aspectos específicos, y cuando se encontraban disponibles las variables pertinentes en la base de datos, ensayé algunos análisis de estadística inferencial para medir asociaciones entre variables y determinar la existencia de relaciones “causales” en un sentido estadístico. Para establecer la significancia estadística de las relaciones entre variables independientes y dependientes realicé análisis univariados o multivariados sustentados en la construcción de modelos de correlación y regresión logística, para testear hipótesis provenientes del análisis de datos etnográficos; es decir, medí la relación entre variables individuales o entre conjuntos de variables. Utilicé para tal efecto –según la naturaleza de las hipótesis- los comandos *correlate* (*corr*), *logit* y *probit* del Stata 13.0, construyendo para ello variables *dummy* (con datos expresados en ceros y unos). En estos casos específicos, determiné para los análisis un nivel de confianza de 95% y un valor de 0.05 para medir la significancia estadística.

Aspectos éticos

En el desarrollo de la parte etnográfica del estudio he observado las recomendaciones éticas generales propuestas en diversos manuales antropológicos (Sanchiz & Cantón, 1997; Lassiter, 2005; Mack *et al.*, 2005), relativas a la discreción durante la observación participante, el evitar perturbar el curso normal de las actividades de los sujetos y el cuidado de su privacidad. Como se contempla en esas mismas recomendaciones, la labor etnográfica no implica que el investigador deba anunciar siempre su presencia y sus propósitos en los lugares donde realiza el trabajo de campo. Esto, sin embargo, sí se sugiere en situaciones en las que hay miembros de la comunidad asumiendo posiciones oficiales o informales de autoridad. En mi caso, muchas veces tuve la oportunidad de asistir a reuniones o eventos abiertos a todo público, donde usualmente adopté una actitud pasiva y me limité a tomar notas “mentales” o escritas, o donde podía encender una grabadora de audio si veía que ésta era una práctica normal que otros realizaban sin necesidad de autorización (por ejemplo en conferencias académicas o actos culturales). En otras ocasiones, participé en reuniones o actos masivos a los que asistían también algunos dirigentes estudiantiles y otras personas que conocían de mi investigación porque les había manifestado previamente mis intereses o porque los había entrevistado. Las identidades de los participantes en estas reuniones no aparecen en este informe, salvo en aquellos casos en los que ellos mismos me lo permitieron o cuando se trata de informaciones obtenidas no por mí sino recogidas y divulgadas por medios de comunicación que entrevistaron a estudiantes de la UNMSM o cubrieron actos políticos masivos fuera de la Universidad.

Para las entrevistas en profundidad tomé varias medidas dirigidas a proteger la privacidad y confidencialidad de los informantes. Antes de realizar dichas entrevistas les expuse a todos ellos los objetivos de la investigación y les manifesté que su participación era voluntaria, que podían terminar la conversación en el momento en que lo quisieran, y que no estaban obligados a responder a todas las preguntas si no lo deseaban. Les indiqué además que las entrevistas eran anónimas y confidenciales, y solicité la autorización de cada uno antes de encender la grabadora de audio, asegurándoles que sus

declaraciones y narraciones servirían únicamente como un registro destinado a obtener transcripciones, y que no serían divulgadas fuera de mis análisis. También les ofrecí la oportunidad de hacerme preguntas o solicitarme aclaraciones antes de empezar las entrevistas, y solo las inicié luego de obtener el consentimiento verbal correspondiente, indicándoles en qué momento comenzaba a grabar y cuándo dejaba de hacerlo. Solo en una ocasión una joven me pidió que detenga la grabación para poder ofrecerme ciertas informaciones que ella consideraba muy sensibles (a lo cual por supuesto accedí).

En este reporte empleo nombres ficticios para reemplazar los nombres y las identidades reales de los informantes, excepto en los casos en que expresamente se me permitió usar nombres reales. He reemplazado igualmente los nombres de organizaciones por siglas ficticias cuando se trata de agrupaciones estudiantiles u otras que funcionan solo en el ámbito universitario, pero he mantenido los nombres verdaderos de organizaciones o partidos nacionales que operan dentro y/o fuera de la Universidad, debido a que considero que las actividades e ideas de estos últimos grupos suelen ser más conocidas y se encuentran sometidas a la crítica y el escrutinio públicos, algo que no siempre ni necesariamente ocurre con los grupos estudiantiles. Al realizar las transcripciones evité registrar nombres de otros estudiantes mencionados o señalados por sus acciones o ideas. Los archivos de computadora que contienen los datos de la investigación fueron guardados y nombrados con códigos alfanuméricos y fechas; es decir, tampoco muestran las identidades de los estudiantes. Estos datos fueron almacenados en una computadora con códigos de acceso que solo yo conozco. Finalmente, quienes participaron en los grupos de discusión, las entrevistas y la encuesta del año 2012 (en el marco del proyecto de la SENAJU) lo hicieron también de forma anónima, y la base de datos de aquella encuesta no incluye los nombres u otros datos de identificación de los entrevistados.

II. MARCO TEÓRICO

En este capítulo reviso la literatura académica que considero pertinente en relación con el caso de estudio, y que me sirve para proponer el esquema de análisis que presento al final. Dicho esquema me permite enfocar el esfuerzo de investigación en cinco aspectos principales: factores estructurales, culturales y del contexto político e histórico; agentes y entornos de socialización; factores relacionados con los individuos, la recepción de las influencias del entorno, la subjetividad política y la capacidad de agencia; y finalmente las configuraciones de cultura política que se expresan en acciones y discursos políticos. En las secciones que veremos a continuación examino una serie de estudios sobre las relaciones entre juventud y política, culturas juveniles, socialización política y cultura política y participación. De esta literatura extraigo diversos conceptos y enfoques de investigación que me permitieron abordar los hechos y fenómenos hallados en el trabajo de campo.

2.1. JÓVENES, ESTUDIANTES, PODER Y POLÍTICA

Conceptos como “jóvenes” o “juventud” están lejos de ser solo categorías etarias o biológicas, a pesar de que muy comúnmente suelen ser empleados con referencia a grupos de edad o a estadios de desarrollo psicosexual, como ocurre en estudios económicos, psicológicos y demográficos, en el manejo administrativo gubernamental y en muchos otros ámbitos. Por ejemplo, para el Estado peruano los “jóvenes” son la población de 15 a 29 años de edad, mientras que en otros países el rango puede variar. No obstante, incluso el establecimiento de esas demarcaciones empleadas con fines estadísticos, sociodemográficos o administrativos tienden a reflejar las distintas maneras en que cada sociedad concibe las fronteras entre niñez, juventud, adultez y vejez.

La categoría “jóvenes” es una construcción social y relacional cuyos sentidos actuales han evolucionado en función de diferentes contextos históricos y culturales, en cada uno de los cuales se la ha delimitado y entendido de múltiples maneras. La juventud, como fenómeno inscrito en las trayectorias vitales de los sujetos, ha sido reconocida desde tiempos muy antiguos.²¹ Sin embargo, aunque en muchos pueblos y periodos históricos se han formulado ideas y desarrollado instituciones en torno a los jóvenes, solo en épocas modernas la idea de “juventud” se volvió un tema de interés social y político en gran parte del mundo, además de una materia de teorización académica.

²¹ Carles Feixa nos habla por ejemplo de los “púberes” de las sociedades primitivas, los “efebos” en la antigüedad clásica, los “mozos” de sociedades campesinas preindustriales y los “muchachos” de la primera Revolución Industrial (Feixa, 1999).

El surgimiento de la “juventud” moderna

En su recuento de la historia política y teórica del concepto de juventud, Sandra Couto (2007) señala que el proceso de conformación de la juventud como grupo social definido se inició en Europa entre finales del Siglo XVIII y principios del XIX. Asimismo, Sven Mørch (1996) plantea que la conceptualización moderna de la juventud responde a condiciones sociales específicas resultantes de la emergencia del capitalismo.²² Tanto en la definición de este segmento social como en la teorización en torno a él intervinieron factores como la modernización y el afianzamiento de los Estados-nación, que establecieron instituciones y regulaciones específicas sobre los jóvenes (leyes laborales, expansión de la educación, reclutamiento en ejércitos nacionales modernos, etc.). En este contexto se fueron resquebrajando las condiciones que ataban el destino de niños y jóvenes a las predeterminaciones de sexo, estatus, economía familiar y leyes de herencia de las sociedades tradicionales. Con la modernización, se reorganizaron o establecieron las marcas que fijaron las fronteras contemporáneas entre niños, jóvenes y adultos. Así, los adolescentes y jóvenes comenzaron a verse expuestos a un conjunto de influencias competitivas y opuestas a los modelos de socialización familiares, comunitarios y tradicionales que antes promovían normas, ideas y hasta expectativas más rígidas y uniformes (Couto, 2007).

El desarrollo del Estado moderno confluyó con el proceso de industrialización en las sociedades europeas y con el avance del capitalismo en el mundo. Inicialmente en Europa, la industrialización introdujo preocupaciones por el lugar de los jóvenes en la diferenciación y organización de nuevas instituciones económicas y socializadoras, tanto en las elites como en los sectores obreros. Entre los jóvenes de las clases medias y altas se fueron ampliando los periodos de dependencia y educación formal, mientras que con la emigración de poblaciones rurales hacia las ciudades y la regulación del trabajo por tiempo y salario se iban generando gruesas capas urbanas de jóvenes considerablemente más libres y autónomos que sus pares de épocas anteriores, al tiempo que surgían iniciativas para controlar la delincuencia y formar trabajadores disciplinados y conformistas en la nueva clase obrera. No obstante, la eficacia de estas iniciativas fue limitada y variable de país en país. Pronto este nuevo proletariado urbano, y en ocasiones también los jóvenes de una elite cada vez más educada, comenzaron a ser vistos como amenazas potenciales al *statu quo*, sobre todo cuando se les vio protagonizando protestas por temas laborales o hasta movimientos revolucionarios.²³

Las preocupaciones de las elites sociales y políticas por la “indisciplina”, la “delincuencia” y las revueltas juveniles, que se expresaban a veces como “pánicos morales”, se tradujeron en el diseño e

²² Rossana Reguillo ubica la noción moderna de juventud incluso en épocas más tardías. Según ella, lo que hoy conocemos como juventud sería una “invención” de la posguerra, en el sentido de que surge del nuevo orden internacional aparecido hacia mediados del Siglo XX, “que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes, como sujetos de derecho y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo” (Reguillo, 2000).

²³ Couto (2007) menciona el caso de la gran participación juvenil en la experiencia de la Comuna de París de 1870, que motivó en Francia una fuerte toma de conciencia sobre el papel social y político que podían tener los jóvenes urbanos.

implementación de nuevas instituciones y mecanismos de control a lo largo del Siglo XIX: escuelas correccionales o “reformatorios”, legislación penal especial, tribunales para jóvenes, tratamientos psicológicos, entre otros (Couto, 2007). Otra respuesta fue la constitución de organizaciones juveniles patrocinadas por entidades oficiales, religiosas y de beneficencia que buscaban promover entre los jóvenes la disciplina, la obediencia y el respeto a los valores e instituciones de los adultos. Couto anota que en ese siglo se fundaron en toda Europa asociaciones llamadas por ejemplo “Juventud Obrera”, “Juventud Agrícola”, “Juventud Católica”, “Juventud Estudiante”, etcétera, seguidas por sus equivalentes femeninos.

Paralelamente, comenzaron a aparecer organizaciones independientes propiamente juveniles. La autoconciencia de los jóvenes como un grupo social definido se manifestó en principio en el ámbito de la enseñanza superior, con la formación de organizaciones y movimientos estudiantiles a lo largo del Siglo XIX, un proceso que era ya muy visible en otras partes del mundo a inicios del XX, sobre todo cuando estos gremios de estudiantes intervenían en movilizaciones políticas más amplias.²⁴ Asimismo, surgieron agrupaciones autónomas de jóvenes obreros que se organizaban generalmente para exigir derechos laborales y otros cambios sociales.

El periodo de entreguerras en Europa fue un momento clave para los jóvenes. Se les comenzó a ver desde las elites ya no solo como un grupo poblacional necesitado de ayuda, protección y disciplina, sino que proliferaron los discursos políticos que los mostraban como una “fuerza para la renovación y la regeneración” y les hacían llamados para que contribuyan a la recomposición de sus sociedades luego de la Gran Guerra.²⁵ Sin embargo, los horrores y transtornos originados por ese conflicto motivaron que muchos jóvenes le restaran legitimidad a sus mayores, viéndolos como parte de una generación que había fracasado luego de presentar el esfuerzo bélico como una cruzada por la civilización y el progreso.

Lo que se produjo entonces fue un aumento de la politización de la juventud y un crecimiento de las organizaciones juveniles autónomas, favorecidas además por las contradicciones de la sociedad industrial y de masas de la posguerra, dándose así las condiciones para el auge de movimientos comunistas, fascistas y de otras orientaciones, en los que muchas veces los jóvenes jugaron un rol destacado. En esta época se fundaron por ejemplo la Confederación Internacional de Estudiantes (1919) (en la que además de jóvenes europeos participaban también mexicanos y brasileños, y que fue reconocida oficialmente por la Sociedad de las Naciones), la Internacional Juvenil Socialista (1923), y se realizaron los primeros Congresos Mundiales de la Juventud (1936 y 1938). Este creciente protagonismo de los jóvenes generó en el primer tercio del Siglo XX un mayor interés académico por la “problemática” de los jóvenes y motivó la aparición de teorías modernas sobre la juventud.

²⁴ En el Perú, la Federación de Estudiantes se fundó en 1916. Poco después, el gremio estudiantil replicó localmente el movimiento latinoamericano de reforma universitaria iniciado en Argentina en 1918. En general, los estudiantes tuvieron un rol importante en la organización del movimiento antioligárquico surgido en el Perú de esos años.

²⁵ Este es por ejemplo el tono de la “Ley de Bienestar de la Juventud” de la República de Weimar de 1922 (Couto, 2007).

La juventud como objeto de teorización académica

Aun cuando ya en el Siglo XVIII había algunas obras sobre el carácter especial de la adolescencia y la juventud (por ejemplo en el *Émile* de Jean-Jacques Rousseau, de 1762), no fue sino hasta inicios del Siglo XX que los jóvenes se convirtieron en un objeto de estudio sistemático en el marco de la ciencia moderna. Uno de los primeros esfuerzos en este campo fue el de G. Stanley Hall, quien en 1904 publicó un tratado en el que, desde la psicología, presentaba una noción biológica de la juventud, enfocándose en los rasgos mentales y físicos de la pubertad y definiendo a la adolescencia (que para él se extendía de los 14 a los 24 años) como un periodo caracterizado por incertidumbres, confusiones y problemas emocionales que –según este autor– conducían comúnmente a desórdenes, neurosis y desviaciones que se expresaban en conductas crueles, criminales o egoístas (Hall, 1904). En adelante, muchos psicólogos, psicoanalistas y criminólogos continuaron reforzando este modelo, conceptualizando a esta etapa de la vida como un periodo no solo inherentemente problemático y difícil, sino también universal.

Algunos años después de la publicación del libro de Hall, y en buena medida como reacción a ese enfoque psicobiológico, surgen las primeras aproximaciones sociológicas y antropológicas al estudio de la juventud. En los años veinte, Margaret Mead dio a conocer los resultados de una etnografía realizada en islas del Pacífico Sur, con el libro titulado *Coming of age in Samoa* (1928), donde niega el carácter biológico de la juventud y la adolescencia, y refuta también que ésta última sea necesariamente un periodo tenso y conflictivo, destacando más bien el rol de los factores culturales en el desarrollo que lleva a la conformación de la juventud, oponiéndose también así a la idea de que la adolescencia sea una etapa biológica “universal”, como sostenían los psicólogos. Por la misma época, Frederick M. Trasher publicó por su parte un trabajo titulado *The Gang: a study of 1313 gangs in Chicago* (1927), en el que describe las pautas de solidaridad interna, la relación con el territorio y la creación de tradiciones culturales en las bandas o pandillas de jóvenes, asociando la delincuencia no con una supuesta “naturaleza” juvenil sino con procesos de desintegración social urbana. De esta forma, Trasher se oponía a los psicólogos y criminólogos que tendían a elaborar discursos patológicos sobre las conductas de los jóvenes. Y desde un ángulo más político, también en el marxismo se comenzó a reflexionar sobre el tema. Lenin había sido consciente del papel de la organización juvenil como fuerza de transformación social, en tanto que Antonio Gramsci consideraba que la educación de los jóvenes era un elemento fundamental en la reproducción de la hegemonía cultural, social y política.

En el mismo periodo, autores como José Ortega y Gasset y Karl Mannheim trabajaron el concepto de “generación”. Desde esta perspectiva, la adolescencia y el inicio de la adultez resultaban momentos claves para la formación de los criterios personales y una identidad propia, y esta podía ser no solo individual sino también compartida por otras personas. Esto permitió enfocar la mirada en los grupos coetáneos que se desenvuelven en circunstancias sociales e históricas parecidas y que desarrollan intereses e inquietudes comunes. Pero si bien esta idea fue muy sugerente y novedosa, no tardaron en

aparecer críticas a quienes empleaban teorías basadas en esa noción, debido sobre todo a que a veces tendían a ver a un grupo generacional como un todo homogéneo (Couto, 2007). Al respecto, Mannheim (1952) introdujo el concepto de “unidades generacionales” para definir y diferenciar a grupos específicos dentro de cada generación, negó que éstas sean fenómenos universales o decisivos en la historia, y resaltó la existencia de conflictos inter e intrageneracionales. Más adelante, otros autores se opondrían a la idea de las “unidades generacionales” argumentando que las creencias compartidas pueden a veces separar a una generación de otra, pero también unir a grupos de edad distintos, por lo que sería difícil establecer vínculos concretos que marquen los contornos de una generación (Hood-Williams, 1984).

Los estudios sobre la juventud continuaron durante y después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que en gran parte del mundo se impulsaban nuevas políticas dirigidas a este sector, como la ampliación de la educación obligatoria en los niveles básico y secundario y la reducción de la edad para ejercer el derecho al voto. En este contexto, hacia mediados del Siglo XX ganaron popularidad en las ciencias sociales los enfoques funcionalistas, como el del sociólogo estadounidense Talcott Parsons, que resaltaban los roles positivos de la juventud en la integración social y de las culturas juveniles como facilitadoras de la transición al mundo adulto (Parsons, 1942). No obstante, no pocos seguían representando a la juventud como un periodo de inseguridades y tensiones, y tampoco faltaban quienes veían en esas culturas una manifestación de las contradicciones entre los jóvenes y sus mayores.

Aun cuando las propuestas de Parsons se referían solo a las clases medias urbanas estadounidenses, su modelo fue empleado también por investigadores que lo extendían a todos los jóvenes y hablaban, luego de la Segunda Guerra Mundial, de una “cultura juvenil” diferenciada y hasta opuesta a la de los adultos. En esta línea, Samuel N. Eisenstadt (1956) se enfocó en los conflictos que afrontaban los jóvenes al ubicarse entre los valores familiares y otros predominantes en la sociedad. Luego, en medio del ambiente de renovación y cambio que se propagó en el mundo en los años sesenta y setenta, las culturas y los movimientos juveniles de protesta fueron interpretados por varios autores como manifestaciones de una situación de “anomia”, de falta de normas que promovieran un mayor compromiso de la juventud con el orden social. Es así que, en estas décadas, ganaron terreno enfoques psicosociológicos que recogían ideas de Hall y Sigmund Freud, confluían con el funcionalismo e intentaban explicar las tendencias contraculturales y protestas juveniles presentándolas como formas de resentimiento de los jóvenes hacia la autoridad paterna —en las vertientes neofreudianas especialmente—, o como indicadores de trastornos en el proceso de transición a la adultez. Desde estas perspectivas, la movilización estudiantil, por ejemplo, era apreciada como una fuerza ciega que impulsaba a los jóvenes a odiar a los mayores (Couto, 2007). Algo similar proponía Erik Erikson (1992 [c1968]), quien veía en las cambiantes condiciones de la sociedad moderna el origen de una “crisis de identidad” en los jóvenes, que se expresaría impulsivamente y de formas irracionales sobre la base de rasgos biológicos y psicológicos. Para este autor, las “psicopatologías” que encontraba en casos individuales serían “síntomas sociales” de

trastornos que promovían la adscripción de los jóvenes a bandas delincuenciales y pandillas, o que podrían ser capitalizadas por movimientos políticos radicales.

Estos puntos de vista funcionalistas, neofreudianos y psicobiológicos fueron objeto de numerosas y duras críticas. A Erikson específicamente se le cuestionó el que solo una pequeña minoría de individuos tendría las psicopatologías que él describía, y que no había demostrado que dichos problemas estén más presentes en los jóvenes que en otros grupos de edad (Couto, 2007). Por otro lado, las teorías freudianas que insistían en la supuesta universalidad del Complejo de Edipo no conseguían explicar porqué los jóvenes se radicalizaban en ciertos periodos históricos, mientras que se mostraban más pasivos en otras épocas (como en los años cincuenta), o porqué los de familias más acomodadas tendían hacia la movilización en mayor medida que los de las clases bajas. Además, en múltiples estudios se demostró que los estudiantes y otros jóvenes involucrados en protestas por lo general mantenían buenas relaciones con sus familias y que muchos de ellos coincidían en sus valores con los de sus padres (Couto, 2007; Eckhardt & Schriener, 1969). Algunos objetaron a los defensores de las aproximaciones psicológicas y parsonianas que éstos establecieran normas de conducta que concebían como universales, aun cuando se basaban sobre todo en sectores juveniles de clase media, blancos, heterosexuales y masculinos. Al extrapolar esos modelos a toda la juventud, sin tomar en cuenta el contexto sociocultural y creyendo que todos los jóvenes compartían un sustrato común determinado por la biología y la psicología, terminaban construyendo representaciones patológicas de los jóvenes y las culturas de la clase obrera, las minorías étnicas y otros que no se ajustaban a la teoría, o atribuían las desviaciones o los desórdenes al fracaso del proceso de socialización o a una supuesta anomia (Griffin, 1997).

Reaccionando frente a aquellas aproximaciones, aparecieron en los años setenta y ochenta diversas teorías de la reproducción social y cultural que enfatizaban aspectos como la clase y los valores compartidos entre jóvenes y adultos. En esta corriente, los investigadores se enfocaron en cómo persistían y se recreaban las desigualdades y las estructuras de poder a través de los grupos de edad, analizaron las relaciones entre clase y grupo étnico, y estudiaron las distribuciones de ventajas, desventajas y oportunidades en el acceso de los jóvenes a determinados recursos y experiencias, como el trabajo, la educación y el ocio. Estos enfoques mostraban que los jóvenes, a pesar de las características que pueden tener en común, se diferencian entre ellos por factores como las divisiones sociales y geográficas, y que aunque mantienen muchas veces fuertes conexiones con sus mayores, suelen experimentar sus situaciones y contextos de formas distintas (Hall & Jefferson, 1976; Murdock & McCron, 1976; Wallace & Jones, 1992).

Pero si bien estas teorías de la reproducción social y cultural representaron un avance respecto a las posturas psicobiológicas y funcionalistas, luego se señalaron también algunas de sus limitaciones. Se les ha criticado por ejemplo el que se concentraran en determinados grupos y tomaran poco en cuenta a los jóvenes más conformistas de algunos segmentos de la clase media, o que prestaran poco interés a

otras dimensiones de la vida social, como el género, la raza y el entorno familiar, que cumplen también una función en la reproducción de identidades y estructuras sociales (Couto, 2007). Estas críticas y otros planteamientos más contemporáneos han contribuido a ampliar el campo de los estudios de juventud, introduciendo miradas sobre las trayectorias de socialización de los jóvenes en relación con múltiples esferas, como el trabajo, la familia, los grupos de pares, los medios de comunicación, etcétera, y tratando de integrar analíticamente no solo procesos y estructuras, sino también los tiempos biográficos con los tiempos históricos. Sin embargo, en un contexto de proliferación de teorías posmodernas, se ha reconocido que en algunas corrientes deconstruccionistas se corre el peligro de terminar analizando más a los individuos que a los grupos sociales (Cohen, 1999).

Juventud, poder, relaciones intergeneracionales y condición estudiantil

Por el tema y los propósitos de esta tesis, considero valiosa la aproximación que ensaya Pierre Bourdieu al fenómeno juvenil, en la que resalta el carácter eminentemente político de las construcciones de conceptos referidos a juventud y vejez. En su texto “La juventud no es más que una palabra”, Bourdieu (2002) anota que “la frontera entre juventud y vejez en todas las sociedades es objeto de lucha”. En las relaciones intergeneracionales, cuando los viejos señalan a los jóvenes como “inmaduros” e “irresponsables”, lo que está en juego en el fondo es el deseo de mantener el control sobre el patrimonio y determinados privilegios y posiciones de poder. Y cuando los jóvenes se refieren a los viejos como “decadentes” y “acabados”, estarían así expresando una suerte de reclamo por el derecho a la sucesión y el acceso a esas posiciones y recursos.

Al igual que a los viejos les conviene enviar a los jóvenes a la juventud, a los jóvenes les conviene enviar a los viejos a la vejez. Hay periodos en los que la búsqueda de “lo nuevo” por la cual los “recién llegados” (que son por lo general los más jóvenes desde el punto de vista biológico) empujan a “los que ya llegaron” al pasado, a lo superado, a la muerte social (“está acabado”), se intensifica, y por ello mismo, aumentan de intensidad las luchas entre las generaciones; son los momentos en que chocan las trayectorias de los más jóvenes con las de los más viejos, en que los “jóvenes” aspiran “demasiado pronto” a la sucesión. Estos conflictos se evitan mientras los viejos consiguen regular el ritmo del ascenso de los más jóvenes, regular las carreras y los planes de estudio, controlar la rapidez con que se hace la carrera, frenar a los que no saben hacerlo, a los ambiciosos que quieren “correr antes de saber andar”, que “se empujan” (en realidad, casi nunca tienen necesidad de frenar a nadie, porque los “jóvenes” —que pueden tener 50 años— han interiorizado los límites, las edades modales, es decir, la edad en la que podrán “aspirar razonablemente” a un puesto; ni siquiera tienen la idea de solicitarlo antes de tiempo, antes de que “les llegue la hora”). Cuando se pierde “el sentido del límite”, aparecen conflictos sobre los límites de edad, los límites entre las edades, donde está en juego la transmisión del poder y de los privilegios entre las generaciones. (Bourdieu, 2002, p. 173).

Estas ideas ayudan a apreciar el carácter dinámico, variable, relacional (“siempre se es joven o viejo para alguien”) y político de la forma en que se establecen los límites entre juventud y vejez, y lleva también a considerar como elementos de análisis las representaciones y construcciones ideológicas asociadas a esos límites. Esta mirada nos conduce igualmente a advertir que las divisiones y la distribución del poder entre generaciones, además de ser objeto de manipulaciones (conscientes e inconscientes) por parte de actores sociales concretos, desempeñan un rol en la reproducción del poder y

el orden social. De manera similar a cómo se definen e imponen otros límites y divisiones, como los de clase y género, las clasificaciones etareas hacen parte de los mecanismos de producción de un orden que, para mantenerse, requiere que cada quién ocupe su lugar. Pero esto se manifiesta de forma diferenciada en distintas esferas. De acuerdo con el sociólogo francés: “cada campo tiene sus leyes específicas de envejecimiento: para saber cómo se definen las generaciones hay que conocer las leyes específicas de funcionamiento del campo, las apuestas de la lucha y cuáles son las divisiones que crea esta lucha”. Por eso, difícilmente se puede hablar de la juventud como una unidad social o como un grupo constituido alrededor de intereses comunes. Al analizar diferentes fracciones de la clase dominante de Francia, Bourdieu advierte que los estudiantes de distintos centros de enseñanza superior van mostrando más atributos propios de los adultos, viejos y “nobles” conforme se aproximan más al polo del poder; y así también, nota que los rasgos más “juveniles” (en la vestimenta y la presentación personal) son más visibles en quienes aspiran a convertirse en intelectuales, y en cambio van desapareciendo más rápidamente entre quienes se forman en carreras gerenciales. Y los universitarios en general, de diversas clases sociales, se distinguen en varios sentidos de los jóvenes de la misma edad que ya trabajan, y de los adolescentes que aún asisten a escuelas secundarias.

Vemos entonces que, además de los campos específicos en que se mueven los jóvenes, importan también sus condiciones de vida. Y algunos de ellos pueden encontrarse en una especie de “tierra de nadie social”, donde se les considera adultos para ciertas cosas y niños para otras, y donde se ven atrapados en una etapa que se reducirá o se prolongará (la llamada “moratoria”) de acuerdo a múltiples factores y condiciones estructurales: “entre... dos posiciones extremas, la del estudiante burgués y la del joven obrero que ni siquiera tuvo adolescencia, hoy existe toda clase de figuras intermedias.” De entre los factores estructurales que intervienen en las vidas y experiencias de los jóvenes contemporáneos, Bourdieu destaca la expansión del acceso a la enseñanza secundaria que se dio en la mayor parte del mundo desde mediados del Siglo XX en adelante. Con esto, buena parte de los jóvenes conoció el estatus temporal de “medio-niño, medio-adulto” que se suele llamar adolescencia. Así, tanto en las élites como en los sectores obreros y rurales,

... los estudiantes se encuentran, durante un periodo relativamente largo y a una edad en la que antes hubieran estado trabajando, en esas posiciones casi externas al universo social que definen la condición de adolescente. Parece que uno de los efectos más fuertes que tiene la situación del adolescente proviene de esta especie de existencia separada, que lo deja socialmente fuera de juego. Las escuelas del poder, y sobre todo las grandes escuelas, colocan a los jóvenes en recintos aislados del mundo, que son como espacios monásticos donde viven apartados, donde hacen ejercicios espirituales, retirados del mundo y dedicados por completo a prepararse para las más “elevadas funciones”. Allí hacen cosas enormemente gratuitas, esas que se hacen en la escuela, meros ejercicios. De unos años para acá, casi todos los jóvenes han tenido acceso a alguna forma más o menos cabal —y sobre todo más o menos larga— de esta experiencia; por corta o superficial que haya sido, se trata de una experiencia decisiva, ya que basta para provocar una ruptura más o menos profunda con el “cae por su peso” (p. 168).

Resulta entonces que la condición estudiantil produce un conjunto de experiencias compartidas entre los jóvenes que participan de ella, pero también los retiene en una suerte de limbo social, en el que

momentánea y simbólicamente quedan “fuera de juego” en las disputas por el poder. Además, en esa situación, los jóvenes pueden ser objeto de “uno de los efectos fundamentales de la escuela, que es la manipulación de las aspiraciones”. Bourdieu nos recuerda aquí que la escuela no solo brinda ciertos conocimientos, sino también “otorga títulos, es decir, derechos, y... con ello confiere aspiraciones”. No obstante, en el campo educativo se define un desfase entre las expectativas de los jóvenes y sus posibilidades reales de insertarse exitosamente en la sociedad y la economía. Mientras que se alienta en ellos la adhesión al sistema educativo, tales expectativas se cumplen diferencialmente de acuerdo a las clases sociales: algunos, apoyados en recursos materiales y culturales heredados, podrán realizar sus aspiraciones sin mayor problema, en tanto que otros afrontarán un camino más difícil, y no faltarán quienes caerán en la frustración y la desilusión. Así, en mayor o menor medida, dicho sistema contribuye a la reproducción de las estructuras y privilegios sociales. Como se puede apreciar, en este modelo confluyen las determinaciones de clase con aquellas derivadas del propio campo educativo, pues aún los estudiantes más desdichados terminan participando de una subcultura estudiantil que los integra en un mundo propiamente juvenil con contornos especiales, distintos de los del mundo familiar y laboral.

2.2. CULTURAS E IDENTIDADES JUVENILES CONTEMPORÁNEAS

Si bien -como hemos visto- el interés por la relación entre jóvenes y cultura estaba ya presente en los trabajos pioneros de Margaret Mead y Frederick M. Trasher hacia fines de los años veinte del siglo pasado, este tema se desarrolla con mayor amplitud más tardíamente, en la segunda mitad de ese siglo, cuando en la política y la academia surge un interés por comprender las nuevas tendencias juveniles progresistas y contraculturales, mientras que se profundizan las preocupaciones asociadas con la violencia urbana.²⁶ En efecto, en los años sesenta y setenta comenzaron ganar presencia en todo el mundo las manifestaciones sociales y políticas que giraban en torno a referentes culturales, identitarios y generacionales que reivindicaban temas como la etnicidad, el género, la diversidad sexual, el ecologismo, entre otros, mientras que los movimientos tradicionales de carácter clasista iban perdiendo cierta relevancia en muchos países. En cualquier caso, los jóvenes se posicionaron como actores destacados de los cambios sociales que se desarrollaron en esta época, marcada por sucesos como el Mayo del 68 francés, las guerrillas latinoamericanas de izquierda, y los movimientos juveniles pacifistas y contraculturales que crecieron en los Estados Unidos y Europa al calor de la Guerra de Vietnam y los procesos de descolonización en Asia y África.

Ese protagonismo social y político juvenil fue decayendo en las décadas de los años ochenta y noventa, junto a la importancia que tenían las formas de organización y movilización de corte más

²⁶ Según M. Bucholtz (2002), en la primera mitad del Siglo XX hubo en la antropología una tendencia a ver a la adolescencia como una etapa de vida y a discutir su rol en función de la integración a la adultez, obscureciéndose así la propia agencia de los jóvenes. En contraste, en la sociología los jóvenes fueron considerados más como un objeto de estudio en sí mismo, ya sea como sujetos adscritos a subculturas transgresoras (o “desviadas”) o como actores de resistencias basadas en criterios de clase.

clasista, las grandes utopías sociales y en general la participación política en sus formas clásicas. Los referentes identitarios y culturales, en cambio, fueron adquiriendo una relevancia cada vez mayor en las vidas de los jóvenes, un desarrollo concomitante con la progresiva difusión y acentuación de una cultura de consumo desde aquella época en adelante, alentada en un principio en y desde los centros económicos y de poder de las sociedades más industrializadas, y luego propagada a escala mundial por los medios de comunicación de masas, ya en el marco de un proceso de globalización económica y cultural que, luego de la caída del Muro de Berlín en 1989, se desenvuelve según pautas liberales y bajo la hegemonía de los Estados Unidos y algunos países de Europa Occidental.

La cultura mediática y de consumo se expande y alcanza niveles de sofisticación inéditos en la historia con el advenimiento de internet, los teléfonos móviles, el acceso creciente a las computadoras, los servicios de mensajería instantánea, la televisión por cable, los programas informáticos, y los soportes electrónicos para la diseminación de los productos de las industrias culturales y de entretenimiento (cine, música, juegos, etc.). Desde los años noventa, y más aún en lo que lleva de transcurrido el Siglo XXI, la globalización, los medios masivos, las tecnologías de información y comunicación y los valores asociados al consumo vienen teniendo impactos altamente significativos en prácticamente todos los países.²⁷

En lo que respecta a las culturas juveniles, tales factores han contribuido, por un lado, a la conformación de culturas transnacionales de masas que aproximan a jóvenes de gran parte del mundo en ciertos aspectos, como por ejemplo algunos valores, modas, figuras y símbolos (referentes artísticos, estéticos, deportivos, etc.); y por otro lado a la proliferación de nuevas y numerosas formas de identificación que resultan de las apropiaciones, resignificaciones y resistencias locales de los sujetos jóvenes frente a los mensajes y valores que reciben del entorno global, mediático y tecnológico. Desde luego, ya sea independientemente de los procesos ligados a la globalización, o en relación con ellos, están también otras identidades y culturas asociadas a tradiciones, historias, instituciones y contextos locales (culturas populares, identidades nacionales, regionales y étnicas, etc.).²⁸ Y están también las culturas que desafían los ordenamientos hegemónicos, vinculadas igualmente a procesos globales y locales, incluyendo las inequidades y los problemas urbanos.²⁹

²⁷ Para el caso de Europa, Wallace y Kovacheva (1996) sostienen que la amplia difusión de una cultura consumista entre los jóvenes ha contribuido a crear en ellos una nueva “conciencia generacional” que los define frente a otros grupos de edad. Manzano (2010), por su parte, observa cómo en la Argentina, ya desde los años sesenta, la juventud adoptaba también los valores del consumo y la “modernización sociocultural”, al tiempo que como grupo diferenciado se volvía cada vez más relevante para el resto de la sociedad, que veía en los jóvenes una “promesa de cambio”.

²⁸ Diversos autores se han interesado en cómo los jóvenes reproducen la etnicidad o las culturas tradicionales, como en el estudio de William Rea (1998) en comunidades nigerianas, donde este autor encontró que los jóvenes buscaban posicionarse favorablemente reforzando su identidad étnica tradicional, empleándola como un recurso y asociándose con personas mayores de las élites comunitarias; y se ha hablado también de “políticas de la identidad”, por ejemplo con referencia a las acciones de resistencia articuladas por estudiantes afroamericanos en los Estados Unidos (Miron & Lauria, 1995).

²⁹ Algunos académicos se han enfocado en las “subculturas” juveniles tratando de entender las “desviaciones” de los jóvenes con respecto a las normas sociales. Desde esta mirada, D. Matza analizó el radicalismo, la delincuencia y la bohemia en el mundo “subterráneo” de los jóvenes estadounidenses de los años cincuenta (Matza, 1961). Trabajos más actuales toman distancia de las visiones desviacionistas y analizan las transgresiones de los jóvenes desde el marxismo y las teorías posmodernas, como en el estudio sobre grupos *punk* y *skin heads* de Hans Skott-Myhre (2009).

2.3. SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

La socialización política es una dimensión clave a considerar en una exploración de cómo los jóvenes adoptan las ideas y valores que configuran determinadas culturas políticas. En esta sección reviso brevemente algunos antecedentes y primeros desarrollos en la investigación sobre socialización política en el Siglo XX, antes de hacer un recuento de algunas ideas que emergen de esos estudios y otros más contemporáneos, en la medida en que pueden servir a los propósitos de esta tesis.

Teorías y conceptos de socialización

El concepto de socialización alude a un proceso que ocurre a lo largo de las vidas de los individuos, proceso en el cual éstos van interiorizando normas, costumbres e ideas del medio social en que se desenvuelven, y van adquiriendo también los hábitos y habilidades necesarios para participar en su sociedad. Al respecto, J. Clausen (1968) sostiene que la socialización es el medio por el cual se logra la continuidad social y cultural. A veces, esta continuidad es entendida en términos “morales”, por ejemplo cuando las visiones de los individuos son influenciadas por los consensos sociales y tienden hacia lo que la sociedad encuentra aceptable o “normal”. Desde otras perspectivas, se concibe a la socialización más en términos de “aprendizaje”, o de adquisición de habilidades y experiencias que permiten a las personas integrarse como miembros de una sociedad (Encyclopædia Britannica, 2010; Macionis & Gerber, 2011).

Otros autores, principalmente desde la psicología, vinculan el concepto de socialización con la idea de “desarrollo” individual, como en el caso de K. Hurrelmann (1988), para quien la socialización es el resultado del procesamiento productivo y activo de realidades internas (corporales y mentales) y externas (circunstancias sociales y entorno físico) por parte de individuos que se desarrollan en tanto que consiguen enfrentarse con éxito a sus realidades, dependiendo de los recursos personales y sociales disponibles.

Para G. H. Mead, en cambio, la idea de socialización como desarrollo remite a la formación de un auto concepto en el individuo, es decir, de la conciencia de sí mismo y de su auto imagen, que no vienen dadas desde el nacimiento sino que se desarrollan con las experiencias sociales. Según Mead, dichas experiencias consisten básicamente en un intercambio de símbolos en el cual las personas tienden a buscar los significados de cada acción y a imaginar las intenciones de los demás, de tal suerte que los sujetos paulatinamente van tomando en cuenta los puntos de vista ajenos. Así, la clave del desarrollo del *self* y la identidad sería el aprendizaje de los roles de los otros, que en la infancia se daría por imitación y luego por el propio desempeño de los roles, antes de la etapa que Mead denomina del “otro generalizado”,

cuando el sujeto se guía por normas culturales y valores para evaluar a sus semejantes (Mead en Macionis & Gerber, 2011).³⁰

La idea de roles sociales ha sido importante también en algunas teorías sociológicas, como el enfoque funcionalista de Talcott Parsons, quien postulaba que la socialización es en esencia un proceso en el cual el individuo, como ser en relación, progresivamente se inserta en la vida social mediante la integración del rol (Parsons, 1988). Este autor consideraba que por medio de la socialización se lograba derivar la estructura de la personalidad individual de los sistemas sociales, las normas y los valores a los que estaban expuestos los niños y jóvenes; así, el sujeto, después de asimilar tales normas y valores, se constituiría como un adulto “perfectamente convencional” (Parsons, 1988; Parsons & Bales, 1955). A pesar de que a esta teoría se le ha criticado su énfasis en los elementos que favorecen el mantenimiento y la armonía del orden social por sobre los factores conflictivos o contradictorios, podemos rescatar de ella algunos aportes. Por ejemplo, el esquema de Parsons propone que la socialización se desarrolla en un proceso continuo que sigue etapas sucesivas, como la fase de “socialización primaria”, que tendría lugar tempranamente en la familia y culminaría con la formación de la personalidad a un nivel básico; y a continuación la “socialización secundaria”, que se realizaría a partir de la inserción en la escuela y con la atribución de una “competencia de rol”. Así también, en esta propuesta se identifican determinados agentes o “agencias de socialización”, con la familia y la escuela como los más relevantes, e incluyendo también a los grupos de pares y a los medios de comunicación, entre otros.

El concepto de agentes de socialización permite identificar además a muchos otros entornos, mecanismos e instituciones sociales que de un modo u otro, o en mayor o menor medida, intervienen en la conformación de personalidades y roles y en la adopción de ideas y valores. Aparte de los agentes ya señalados, o en relación con éstos, tenemos a las instituciones religiosas, los sistemas económicos, las organizaciones laborales, las instituciones políticas, los sistemas legales y penales y los entornos comunitarios. En este recuento es posible distinguir también ámbitos formales e informales de socialización, mientras que existen asimismo algunos mecanismos transversales que operan en varios contextos o agencias de socialización, como el aprendizaje y el lenguaje, teniendo éstos un papel significativo en la transmisión de conceptos, valores y referentes culturales (Ochs & Schieffelin, 1984).

Para los fines que persigue esta tesis, creo útil tomar en cuenta también el concepto de “socialización grupal”. Sobre este aspecto, J. Levine y R. Moreland (1994) han propuesto un modelo teórico para analizar los cambios en las trayectorias de los individuos en relación con los grupos. Estos autores plantean una secuencia de cinco estadios que atravesarían los sujetos que se adscriben a determinadas agrupaciones, y señalan que en cada una de esas fases la persona y el grupo se evalúan el uno al otro, en un proceso en el que se producen incrementos y declives en los “compromisos” de

³⁰ No obstante, cabe señalar que si bien la socialización es un proceso fundamental del desarrollo de los seres humanos y la vida en sociedad, se han identificado también algunos factores genéticos en ciertas pautas de conducta y personalidad. Al respecto, véase por ejemplo McGue *et al.* (1993).

socialización, en función de si el individuo se encuentra en una etapa prospectiva, de nuevo miembro, de integrante pleno, de marginal o de ex miembro.

En un primer momento, llamado de “investigación”, el sujeto adquiere cierta información sobre distintos grupos y los compara con el fin de determinar cuál se ajusta más a sus necesidades o preferencias, en tanto que el grupo estima el valor del miembro potencial con miras a su posible reclutamiento. Esta fase concluye con el ingreso del sujeto al grupo. El segundo estadio es propiamente el de socialización interna. Como nuevo miembro, el individuo comienza a conocer, aceptar y asimilar la cultura del grupo, sus normas, valores y perspectivas, mientras que el grupo adapta su respuesta al ingresante dependiendo de su desempeño inicial. A continuación se daría la fase de mantenimiento, en la que el grupo negocia con sus miembros las contribuciones que espera de ellos (negociación de rol). De acuerdo con el esquema, la mayoría de integrantes permanecen en esta etapa hasta el final de su membresía, y solo algunos se quedan insatisfechos con sus roles asignados o fracasan en el cumplimiento de las expectativas grupales. Si el individuo llega a este punto, denominado “divergencia”, el grupo puede actuar en el sentido de promover su resocialización, que sería una cuarta etapa, la cual podría tener dos resultados posibles: si las diferencias se resuelven, el sujeto divergente puede convertirse nuevamente en un miembro pleno (convergencia); de no ser así, o bien el grupo expulsa al sujeto, o bien este decide alejarse del colectivo (salida). En la última etapa, llamada “remembranza”, la persona que ha salido del grupo evoca los recuerdos de su participación y elabora el sentido de su alejamiento. Y si el grupo, por su parte, alcanza un consenso acerca de las razones que motivaron esa partida, las conclusiones de aquella experiencia pueden volverse parte de la tradición grupal.

Primeras aproximaciones al concepto de socialización política

En un repaso del desarrollo de los estudios sobre socialización política, C. Flanagan y L. R. Sherrod (1998) advierten ciertos vaivenes en el interés académico por las raíces de las identidades y actitudes políticas. Ellos señalan que en los años cincuenta del Siglo XX dicho interés se incrementó en Occidente junto a las preocupaciones por la estabilidad de los regímenes democráticos luego de la Segunda Guerra Mundial. Según estos autores, la investigación sobre el tema realizada en aquellos años reflejaba el “dogma” dominante de la época: que las rutas del desarrollo individual venían fijadas por las experiencias tempranas de vida (Brim & Kagan, 1980; Flanagan & Sherrod, 1998). Bajo este paradigma, los niños eran concebidos usualmente como participantes pasivos en el proceso de socialización política, y los trabajos se concentraban sobre todo en temas como el origen del difuso apoyo a los sistemas políticos, los procesos que fomentaban ese apoyo, y cómo éste podía transferirse entre generaciones. En general, el foco en la infancia temprana se debía a que entre los investigadores prevalecía la noción de que los niños idealizaban a las autoridades públicas como figuras paternas benevolentes y ponían su confianza en aquellos dirigentes (Easton & Dennis, 1969).

Más adelante, en los años sesenta y setenta, el interés en la socialización política en Occidente estuvo motivado por la convergencia de movimientos sociales que desafiaban el *statu quo*, nuevas preocupaciones por la estabilidad política y teorías sobre las diferencias intergeneracionales en las adscripciones y en la transmisión de los valores sociales. En los estudios de esta época los investigadores se enfocaron más en la adolescencia tardía y las primeras etapas de la adultez, resaltando los cambios en las actitudes políticas a lo largo de la vida y las influencias de los contextos históricos y sociopolíticos en los desarrollos individuales. Rescatando ideas de Karl Mannheim (1952) sobre las generaciones, varios autores identificaron un rango etario que va de los 14 a los 25 años aproximadamente como un periodo de gran apertura y flexibilidad, y sostuvieron que, debido a que los jóvenes no están completamente integrados a determinados roles y responsabilidades, ellos se ven libres para experimentar, buscar los rumbos de sus propias vidas y cuestionar las condiciones del orden social en que viven. Especialmente los psicólogos que trabajaron estos temas postularon que las maneras en que las personas enfrentan y resuelven los problemas sociales en aquel periodo resultarían claves para la consolidación de la identidad adulta, incluyendo aspectos como las actitudes hacia la política. Por ejemplo, en un estudio con activistas políticos estadounidenses de los años sesenta, Keniston (1968) describía el periodo de la adultez temprana como una etapa importante en las definiciones políticas de los sujetos. Para este autor, en la adolescencia las personas tendían a cuestionar la autoridad de sus padres, mientras que en la adultez temprana esos cuestionamientos se extendían a ámbitos más amplios de la sociedad. En general, los trabajos de este tipo enfatizaban el rol activo de los jóvenes en la evaluación y la crítica a sus realidades políticas y en la generación de cambios sociales.

Aunque luego de esos años decreció el interés en la socialización política, generalmente se acepta la “plasticidad” de las trayectorias de vida y la importancia de los factores contextuales en la definición de las orientaciones y actitudes políticas (Flanagan & Sherrod, 1998). Y en décadas más recientes, la emergencia del proceso de globalización ha introducido nuevos tópicos en el examen del tema. Quienes estudian la socialización política se interesan cada vez más por cómo se definen la ciudadanía y las identidades nacionales en contextos en los que se hacen más porosas las fronteras económicas y culturales de los estados nacionales, mientras que cobran relevancia otras formas de identificación (étnicas, regionales, supranacionales, etc.); de qué forma se desarrollan las lealtades y los valores políticos bajo los nuevos condicionamientos, como la desigual integración de las sociedades a la creciente globalización; qué factores intervienen en la “desafección política” que se viene registrando en gran parte del mundo, sobre todo entre los jóvenes; o cómo influye la diseminación a gran escala de los mensajes mediáticos y de consumo en las ideas políticas de las nuevas generaciones.

Socialización política: enfoques y categorías de análisis

En este acápite reviso diversos hallazgos de investigación recientes sobre socialización política, con el objetivo de extraer algunas ideas que pueden servir para el presente estudio: categorías analíticas,

factores o variables, hipótesis e ideas sobre mecanismos sociales que intervienen en la conformación de las ideas políticas de los jóvenes. Uno de los tópicos en los que se han enfocado los estudios sobre socialización política es cómo y por qué surgen en las personas el interés por la política, los compromisos cívicos y la vocación por la acción colectiva. Un elemento común entre varios autores que han explorado este tema es la noción de que las ideas y perspectivas políticas no aparecen súbitamente en la adultez, sino que son el producto de las relaciones sociales y actividades en las que se involucran las personas en el curso de sus trayectorias vitales (Vygotsky, 1978). Desde este enfoque, María Torres (2007) entrevistó a cuarenta jóvenes activistas políticos y comunitarios de Chicago, en los Estados Unidos (blancos, afroamericanos y latinos), para reconstruir desde sus narrativas el proceso que los llevó a interesarse por la actividad política. Con respecto al ámbito familiar, Torres encontró que en la mayoría de los casos estos jóvenes se habían criado en hogares en los que comúnmente se conversaba sobre temas políticos (aunque era muy poco frecuente que los padres hayan tenido compromisos políticos); pero además de esto, se trataba de familias en las que –según estos jóvenes– ellos podían expresar abiertamente sus ideas y ser escuchados, incluso cuando no siempre sus padres aprobaban su involucramiento en el activismo. Luego, en el ingreso a organizaciones intervenían diferentes actores, como pares, maestros y parientes; pero independientemente de cómo iniciaban su participación en colectivos, la única característica que tenían todos en común fue el sentirse muy valorados por al menos uno de sus padres. Sobre este hallazgo, la autora elabora la idea de que la orientación de estos jóvenes hacia la participación política se daría sobre la base de un fuerte sentido de “eficacia personal” construido en la socialización familiar, y sugiere por eso explorar los vínculos entre las condiciones y factores que hacen que los chicos se sientan valiosos en sus familias y cómo esto se traduciría en el sentimiento de que podrían ser valiosos y aceptados también en la esfera pública.³¹

Además del entorno familiar, Torres identificó en su estudio un conjunto de otras influencias en el desarrollo político de los jóvenes. La escuela intervenía por ejemplo ofreciendo a los chicos la posibilidad de participar y ejercer liderazgos en las organizaciones escolares: consejos estudiantiles, clubes de ciencia, y notablemente los clubes de debate; y también a través de determinados maestros. Por otro lado, las organizaciones juveniles comunitarias les brindaban un espacio para desarrollar habilidades y proyectos, y los ponía en contacto con otros jóvenes con intereses y vocaciones similares.³² Un factor adicional que reforzaba el compromiso político era el optimismo motivado por los logros y las victorias políticas alcanzadas tempranamente en las trayectorias de estos activistas.

Estos hallazgos son muy similares a los que Andolina y sus colaboradores (2003) habían mostrado previamente luego de realizar encuestas a más de 2,000 jóvenes también estadounidenses de 15

³¹ No obstante, en un estudio basado en encuestas a 2,600 adolescentes británicos a fines de los años ochenta se encontró una débil relación entre el involucramiento político y el sentido personal de autoeficacia (Bynner, Romney & Emler, 2003).

³² La autora sugiere que las organizaciones juveniles y comunitarias pueden cobrar mayor relevancia que el espacio educativo sobre todo en los casos de jóvenes que perciben a sus escuelas como instituciones represivas e ineficaces (*Op cit.*, p. 547).

a 25 años de edad. En sus análisis, estos investigadores encontraron que el tener oportunidades de participación y la posibilidad de discutir abiertamente sobre temas políticos en organizaciones, escuelas y hogares se correlacionaban positivamente con el involucramiento cívico (*civic engagement*) entre los encuestados, y que a esto contribuían también el tener mayores ingresos, el compromiso cívico de los padres y la intervención de maestros que alentaban la participación y la discusión de asuntos colectivos.

Varias otras investigaciones recientes coinciden en resaltar el importante rol del entorno y el clima familiar en la socialización política (Zeglovits & Zandonella, 2013), incluyendo los antecedentes de participación política entre los padres (Stockemer, 2012), las éticas de responsabilidad social transmitidas en la familia (Flanagan *et al.*, 1998) y la apertura en el tratamiento de asuntos políticos en el hogar (Dostie-Goulet, 2009). No obstante, algunos autores han puesto de relieve también las funciones que desempeñan otros ámbitos de relaciones sociales, además de ciertos factores estructurales. Por ejemplo, en su estudio sobre el desarrollo de intereses políticos, E. Dostie-Goulet (2009) analizó una serie de encuestas a casi 500 jóvenes canadienses para evaluar la influencia de diferentes agentes de socialización en sus inclinaciones hacia la actividad política, confirmando por un lado que los jóvenes más interesados en la participación suelen provenir de hogares donde se discute más sobre política, pero encontrando también, por otro lado, que las redes de amigos muchas veces pueden ser tan importantes como las familias en lo que respecta a la influencia o los cambios en los intereses políticos.³³

En un sentido similar apuntan los hallazgos de H. Gordon y J. Taft (2011), quienes basados en exploraciones cualitativas con activistas adolescentes de los Estados Unidos y América Latina sostienen que en los grupos de pares ocurren procesos de socialización e involucramiento políticos que tienen dinámicas propias y distintas a las que se dan en el medio familiar o en otros contextos. O los de C. Flanagan *et al.* (1998) sobre las experiencias de membresía en grupos, el voluntariado y el sentido de solidaridad estudiantil como componentes formativos del interés de jóvenes de varios países por objetivos relacionados con los asuntos públicos y la acción colectiva.³⁴ Así como ellos, también otros investigadores rastrean las motivaciones del involucramiento cívico en las experiencias de membresía grupal y los compromisos colectivos adquiridos durante la adolescencia (Verba, Schlozman & Brady, 1995; Youniss, McLellan & Yates, 1997). Sin embargo, algunos autores relativizan el rol de estos grupos y agentes de socialización y destacan, en cambio, la dimensión de los significados y valoraciones individuales como principales motivadores de la vocación por la actividad política. Este es el punto de vista de A. Quéniart (2008), quien luego de examinar los relatos de 50 jóvenes activistas canadienses sostiene que para todos ellos “la causa es más importante que el grupo”, y que en sus trayectorias de

³³ En lo concerniente a la escuela y los maestros, Dostie-Goulet halló que los contenidos de algunas materias (especialmente Historia) y las maneras en que se imparten a los alumnos pueden jugar un papel significativo en la formación de roles cívicos.

³⁴ En este estudio en siete países, Flanagan *et al.* (1998) encontraron también que las mujeres, comparadas con los hombres, eran más propensas a involucrarse en el voluntariado y a adoptar la ética de responsabilidad social que les inculcaban sus padres.

socialización política la participación en colectivos hacía parte de una búsqueda de “consistencia ética” en la cual trataban de otorgar significado a los valores individuales y colectivos a los que se adherían.

Esta disyuntiva sobre el mayor o menor peso que pueden tener los factores individuales o las relaciones sociales en la socialización política se podría superar desde aproximaciones que tratan de integrar ambos aspectos, como la propuesta de Hart, Atkins y Ford (1998), quienes postulan un modelo para analizar el desarrollo de la “identidad moral” (definida como un compromiso auto-consciente con líneas de acción que benefician a otros). En este esquema, las características más “estables” del individuo (sus actitudes sociales, concepciones sobre sí mismos y rasgos adquiridos en la socialización familiar) contribuyen de una manera particular a la formación de la identidad moral cuando la persona tiene “oportunidades para la exploración de la acción prosocial” (es decir, cuando existen relaciones y entornos favorables para desplegar acciones guiadas por un sentido del bien común). Al analizar datos de una encuesta a adolescentes estadounidenses de barrios pobres, estos autores encontraron evidencias de que la pobreza urbana se asociaba con fragilidades y carencias en el capital social (o las redes de relaciones), lo cual a su vez significaba menores oportunidades para el desarrollo de la identidad moral.

Se han realizado también estudios que se enfocan en ámbitos institucionales más amplios o distintos de la educación básica para identificar factores adicionales que intervienen en la socialización política. Aquí podemos ubicar el trabajo de D. Stockemer (2012), quien mediante una encuesta a 570 estudiantes universitarios canadienses encontró que ellos tenían altos niveles de interés y participación en la política, y que esto se correlacionaba positivamente con estudiar carreras más ligadas a temas sociales y políticos, mostrar mejores desempeños académicos, tener más años en la universidad y el solventar ellos mismos los costos de su educación, además de la participación de sus padres en asuntos políticos. En este caso vemos que en la universidad pueden desplegarse intereses que se van formando desde antes de ingresar en ella, pero también que el propio medio universitario puede operar como un factor de socialización política, aunque muchas veces este tema se ha analizado no tanto desde este concepto o con un enfoque procesual sino en relación con la agencia política de los jóvenes y su participación en organizaciones y movimientos estudiantiles y políticos, que muy frecuentemente les brindan espacios de reflexividad individual y colectiva, motivaciones y orientaciones para el cambio social (Rheingans & Hollands, 2013).

La socialización política que ocurre en el marco de las universidades y las organizaciones estudiantiles suele darse en relación con múltiples coyunturas y procesos históricos que pueden ser institucionales o de mayor alcance. El estudio de P. Konings (2002) sobre la radicalización y la violencia política entre estudiantes universitarios de Camerún a inicios de los años noventa muestra, por ejemplo, cómo estos fenómenos se vinculaban con los procesos de transición democrática y liberalización política que se desarrollaban en ese país en aquellos años. Según este autor, esa liberalización motivó que se redujera el reclutamiento de graduados universitarios en las entidades estatales, y también que los

estudiantes pudieran organizarse más libremente para expresar críticas sobre sus condiciones de estudio y sus frustraciones respecto a sus aspiraciones de movilidad social, generándose entonces estallidos de violencia tanto por el carácter poco dialogante de las autoridades universitarias como por las demarcaciones de orígenes étnicos y regionales de los propios estudiantes, quienes se dividieron entre “foráneos” (*strangers*) promotores de la oposición radical y “autóctonos” que apoyaban al régimen político y que formaron “milicias étnicas” para recuperar y afirmar el control sobre “su” universidad.

Las influencias de las coyunturas y cambios sociopolíticos estructurales sobre la formación de organizaciones y movimientos juveniles y la socialización política han sido analizadas también en otros contextos, dentro y fuera del medio universitario. Así, comparando distintos movimientos estudiantiles surgidos en los últimos años en América Latina y el Caribe se puede percibir una cierta tendencia a un mayor activismo juvenil bajo regímenes políticos de derecha (Rodríguez, 2013). En el caso de Austria, E. Zeglovits y M. Zandonella (2013) han registrado un aumento en el interés de los adolescentes por la política luego de que en ese país se redujera a 16 años la edad para ejercer el derecho al voto. Años atrás, en un estudio con adolescentes sudafricanos que se desarrolló antes y después de la eliminación del Apartheid en los años noventa, G. Finchilescu y A. Dawes (1998) advirtieron que las distintas condiciones de vida creadas por la segregación racial influían poderosamente sobre las diferentes actitudes de los adolescentes negros y blancos hacia las transformaciones sociopolíticas: mientras que los negros veían positivamente estos cambios, los blancos tendían a estar más “alienados” del proceso y los mestizos tenían actitudes negativas o ambivalentes, reflejándose todo esto en las orientaciones hacia la participación política.

A otro nivel, hay también quienes atribuyen un papel a ciertos aspectos culturales en la socialización política, como se aprecia en el trabajo de J. Whyte (1998), quien al analizar la importancia que los jóvenes daban a la política en Irlanda del Norte (midiendo variables como el interés en la participación y la relevancia de la política en el medio familiar, entre otras) encontró que sus visiones sobre el futuro estaban muy asociadas a sus percepciones sobre la justicia o injusticia del sistema político, las cuales a su vez aparecían mediadas por sentimientos de identidad nacional y adscripciones religiosas, siendo los jóvenes que se identificaban como británicos o irlandeses los que daban mayor importancia a la política, comparados con otros que se autoidentificaban como irlandeses del sur, católicos o protestantes.

2.4. CULTURA POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN

Sobre el concepto de cultura política

Según Dennis Kavanagh (1991), cultura política “es un término relativamente reciente para un antiguo concepto”. Ya desde la Grecia antigua, autores clásicos como Platón y Aristóteles reconocieron la importancia de las costumbres, las tradiciones, los modos de vida y las prácticas religiosas para explicar las diferencias políticas (Kavanagh, 1991; Pye, 1993). Sin embargo, no ha sido sino hasta épocas muy

recientes que se ha prestado atención de manera sistemática a tales elementos “culturales” en los estudios sobre la política realizados desde las ciencias sociales. De hecho, como refiere Margaret Somers (1995), fue solo después de la Segunda Guerra Mundial que se llegó a formalizar el concepto de cultura política en el ámbito académico, con lo cual surgieron importantes innovaciones en los estudios sobre el tema y fue posible apreciar que los valores políticos no eran solo meras categorías aleatorias de opinión, sino que se podía encontrar en ellos ciertos patrones coherentes, basados en características humanas psicológicamente identificables (Pye, 1993). Por ejemplo, en 1956, G. A. Almond y S. Verba publicaron uno de los trabajos más representativos de esta nueva tendencia, titulado *Comparative political systems*, en el que propusieron que “cada sistema político se encuentra inmerso en un patrón particular de orientación a la acción política”. Desde entonces, numerosos estudios han empleado el concepto de cultura política para describir y explicar las actitudes y diferencias políticas en diversos contextos.

Según L. Pye (1993), la cultura política involucra tanto las ideas como las normas operantes de un sistema político, e incluye las actitudes subjetivas y los sentimientos, así como los símbolos objetivos y credos que, en conjunto, gobiernan el comportamiento político y dotan de estructura y orden al proceso político. Pye reconoce que en cada país generalmente hay culturas políticas de las élites y de las masas, junto con subculturas regionales, ocupacionales, de clase, étnicas y de otros tipos. Por otro lado, y sin apartarse mucho realmente de lo que propone Pye, W. J. Raymond (1980) entiende por cultura política la conglomeración de sistemas de creencias (como la propia religión, los valores éticos o la filosofía política), valores políticos, concepciones de autoridad y de propósitos del gobierno, actitudes emocionales y percepciones del individuo con respecto a la política, y símbolos asociados al poder. Para Raymond, cada cultura política es un reflejo generalizado y aproximado de varias subculturas.

Estas dos definiciones tienen en realidad pocas diferencias y varios rasgos comunes. Ensayando una síntesis, podemos destacar tres componentes: (1) la cultura política se sostiene en determinados sistemas de creencias, concepciones y normas (y sus símbolos asociados), que pueden ser seculares o sagradas, y que incluyen los valores morales, las normas éticas y políticas, las costumbres y tradiciones y los credos religiosos; (2) tales ideas y símbolos operan para motivar en la gente ciertas actitudes, sentimientos y formas de percepción, que se pueden reflejar finalmente en el comportamiento político; y (3) la cultura política generalmente varía entre personas y grupos sociales, dependiendo de su procedencia (nacional, regional, etc.), sus distintas posiciones en la estructura social (élites, masas, ocupaciones, etc.), los niveles de agregación (nacional, subnacional o grupos más específicos), la etnia u otras diferencias. Sobre esto último, en particular, se puede agregar que el reconocimiento de tales diferencias (que permiten hablar más bien de culturas políticas, en plural) lleva implícita la idea de que las condiciones o adscripciones sociales, económicas, culturales o regionales de las personas ofrecen no solo el marco de distintos valores y formas de comportamiento políticos, sino que esas mismas condiciones pueden aparecer también como factores que generan o motivan esas diferencias.

Dicho esto, podemos apreciar ahora de manera un poco más clara la forma en que esos tres elementos se relacionan entre sí. En resumen, la cultura política se manifiesta en las actitudes, sentimientos y formas de percepción que pueden traducirse en comportamientos políticos objetivos, pero todo esto viene influido o motivado ya sea por los sistemas de creencias, las normas y los símbolos, por las condiciones materiales de vida, o por una combinación de ambos.

Juventud, cultura política y participación

Por las diversas variables que abarca, la cultura política es un concepto complejo y multidimensional. Como vimos en el acápite anterior, además de incluir aspectos de la subjetividad como valores, identidades, ideologías y actitudes, la cultura política está condicionada situacional e históricamente y se vincula con otras dimensiones de la vida social. En la investigación sobre el tema, muchos autores se han interesado por algunos de estos aspectos, mientras que generalmente son pocos los que han tratado de integrar sus diversos componentes.

Un tema común entre quienes estudian la cultura política de los jóvenes es el de la conciencia y los valores políticos. En esta línea se inscribe el trabajo etnográfico que Denise Blum (2011) realizó entre estudiantes cubanos a fines de los años noventa, donde explora cómo recibían los jóvenes, en diferentes épocas, la concepción socialista del “Hombre Nuevo” promovida por el régimen político a través del sistema educativo y las organizaciones juveniles. Desde la ideología estatal, inspirada en la lucha de los guerrilleros cubanos, se exhortaba a los jóvenes a adoptar los valores nacionalistas, patrióticos, anti-imperialistas y cooperativos que serían la base de una nueva moralidad que debía abarcar desde el compromiso político revolucionario hasta el estudio y la motivación para el trabajo, en oposición a la cultura de consumo capitalista. Según la autora, esta apuesta fue relativamente exitosa durante algunas décadas, pero luego se produjo una suerte de desconexión entre la ideología oficial y la realidad cuando, luego de que Cuba perdiera el apoyo que recibía de la Unión Soviética, el régimen abrió algunos espacios de la economía a las iniciativas privadas, con lo que comenzó a surgir entre los jóvenes una “doble conciencia” por su inmersión en un entorno que era socialista y capitalista al mismo tiempo. Este caso permite apreciar que un determinado patrón de cultura política no se presenta como una característica esencial de determinados sujetos, sino que éstos pueden transitar entre una u otra pauta cultural en función de sus necesidades e intereses individuales y de las transformaciones políticas y económicas. Asimismo, se puede advertir aquí que la cultura política puede moverse entre los valores alentados desde el sistema político y las realidades socioeconómicas, sin que haya una relación mecánica entre una u otra dimensión, como también muestran R. Rheingans y R. Hollands (2013), quienes en su estudio sobre la agencia política de los participantes en un movimiento universitario de protesta en el Reino Unido en el 2010 elaboran un argumento acerca de la mezcla de valores políticos “materialistas” y “posmaterialistas” entre estos jóvenes.

Estos temas son tratados también en la investigación de Julia Kwong (1994) sobre la relación entre los valores de los jóvenes y la ideología oficial en China en los años ochenta. Ella sostiene que muchos jóvenes chinos rechazaban los valores e ideales que les proponía el gobierno comunista y se orientaban, por el contrario, hacia el pragmatismo, el consumismo, el éxito individual y la admiración por Occidente, todo lo cual, sin embargo, no entraba en contradicción con su apoyo al régimen. En este caso vemos que el respaldo a un sistema político puede confluir, en la cultura política, con tendencias y valoraciones que no necesariamente coinciden con los modelos de pensamiento y acción impulsados desde el poder, y destaca igualmente la relativa independencia de las actitudes políticas (el respaldo a un sistema de partido único) respecto a aquellas valoraciones y tendencias más cercanas al mundo occidental. Este hallazgo se asemeja en algo al de L. Sharp (2002) entre los jóvenes de Madagascar luego de las luchas de descolonización ocurridas en los años setenta. En ese país, las generaciones que crecieron bajo los nuevos gobiernos socialistas y capitalistas autónomos del poder colonial francés ensayaban miradas críticas sobre los discursos de construcción nacional poscolonial y el pasado reciente de violencia política. Así, por ejemplo, muchos jóvenes rechazaban los intentos estatales por implantar el malgache como lengua franca del país, mientras que los más cercanos a las elites buscaban aprender el francés y asimilar hábitos sociales de otras culturas para reivindicar su estatus diferenciado.

Algunos autores intentan abarcar diversas variables para delinear diferencias en las culturas políticas de jóvenes que, en ciertos momentos históricos, comparten determinadas características, como el origen nacional, regional o étnico, o las tendencias políticas. Por ejemplo, Bynner y sus colegas (2003) han explorado, desde un enfoque cuantitativo, los elementos que intervenían en el desarrollo de identidades políticas, valores y actitudes entre jóvenes británicos de fines de los años ochenta, en función de si tendían al compromiso, la tolerancia o el conservadurismo. Con una aproximación metodológica similar, Raaijmakers, Verbogt y Vollebergh (1998) han analizado las relaciones entre el “razonamiento moral” y las creencias políticas de adolescentes y adultos jóvenes holandeses, empleando una escala que comprendía siete distintas actitudes políticas. De este modo, los autores lograron establecer una distinción entre las dimensiones económicas y culturales de las creencias políticas; encontraron asociaciones entre éstas y diferentes formas de razonamiento moral, pero solo en el dominio cultural; y advirtieron además que estas correlaciones se incrementaban durante la adolescencia con la edad y el nivel educativo.

Otros investigadores, en cambio, se han concentrado en grupos más acotados de jóvenes para tratar de explicar ciertos patrones más específicos de su cultura política en relación con sus características socioeconómicas. Ejemplo de ello es el trabajo de M. Carpini y L. Sigelman (1986), quienes analizaron datos demográficos de jóvenes estadounidenses (obtenidos en los años setenta e inicios de los ochenta) para evaluar qué tan certeras eran las representaciones mediáticas y políticas que mostraban a los *yuppies* (*young urban professionals*) como parte de una “nueva clase” y como una importante

fuerza política. Contra las imágenes que atribuían las tendencias liberales de los *yuppies* a la confluencia de su juventud, urbanidad y estatus profesional, Carpini y Sigelman sostienen que dicha orientación en la cultura política de estos jóvenes se debía a que, en general, en la sociedad estadounidense los jóvenes, las poblaciones urbanas y los profesionales suelen ser más liberales que otros segmentos sociales, y no a que la combinación de esas características dé como resultado un tipo político especial. Los autores alegan por eso que el fenómeno *yuppie* estaría sobredimensionado, aunque identificaron en él algunos rasgos distintivos: con respecto a la población general, los *yuppies* tenían una menor propensión a identificarse con un partido político o a apoyar los gastos gubernamentales en defensa, una mayor inclinación a respaldar el gasto público en programas sociales y una más alta valoración de la tolerancia política.

El trabajo de M. Torres (2007), citado en el apartado previo sobre socialización política, ofrece también una interesante caracterización de la cultura política de un grupo específico de jóvenes, especialmente por la manera en que relaciona los rasgos de los activistas de Chicago con una serie de factores estructurales, como la exclusión social asociada a criterios étnicos, económicos y generacionales. La autora muestra, entre otras cosas, que estas exclusiones dan forma a una “política de la identidad” construida alrededor de un auto reconocimiento de estos activistas como miembros de grupos que se encuentran en desventaja en la sociedad (especialmente en el caso de los afroamericanos y los latinos), y como un segmento social diferenciado compuesto por “jóvenes”: “la identificación con su grupo etario les ayuda a trascender las identificaciones étnicas y raciales particulares para crear una comunidad cohesionada”. Y esto, al mismo tiempo, influía en la conciencia del poder que les brinda el ser miembros de organizaciones. Además, sus acciones políticas se articulaban en cierto modo como una respuesta a las representaciones negativas y estereotipadas que se difunden en la sociedad acerca de ellos (como las imágenes que asocian a las juventudes latina y afroamericana con la delincuencia). Al respecto, Torres anota que tales representaciones, en lugar de crear obstáculos a su activismo, eran tomadas como una motivación para la acción política, la cual aparecía guiada por una lógica pragmática centrada en logros específicos. Otras características de la cultura política de estos jóvenes eran sus nociones de igualitarismo y tolerancia, la búsqueda de una mayor democratización de la sociedad, su distanciamiento de la política convencional y la presencia de referentes tanto locales como globales en sus acciones y discursos.

Por otro lado, la cultura política de los jóvenes se ha estudiado también desde miradas que examinan sus transformaciones a lo largo del tiempo, vinculándolas con cambios socioculturales más amplios, como en el caso de L. Black (2008), quien reconstruyó históricamente el proceso de politización de los llamados “Jóvenes Conservadores” (*Young Conservatives*) en la Gran Bretaña de los años cincuenta y sesenta. Este grupo se había formado como un club social y cultural, y en sus inicios sus miembros reivindicaban como una virtud su reputación “apolítica” y empleaban una retórica de servicio y ciudadanía para ganar nuevos adeptos; pero más adelante, cuando en los años sesenta cambió el ambiente social y cultural y comenzó a decaer la membresía en la organización, sus integrantes fueron adoptando

un perfil cada vez más “político” en un sentido convencional. La perspectiva de este autor es útil en tanto ayuda a analizar la relación dinámica entre la cultura política y los actores sociales, además de las condiciones sociohistóricas que propician cambios en las actitudes de los sujetos hacia la política.

Posiblemente el aspecto de la cultura política que más atención ha recibido por parte de los académicos sea el de la participación política y las formas que ésta adopta en diferentes realidades sociales e históricas. En relación con los jóvenes, numerosos estudios se han ocupado de este tema de una manera restringida que abarca tan solo la participación electoral. Así, L. Seagull (1971) se interesa, por ejemplo, por el impacto que tendrían los jóvenes en la política estadounidense por medio de las elecciones, considerando los cambios sociales de los años sesenta. Pero la mayoría de estos trabajos, por lo general más actuales, abordan la cuestión del declive en la participación electoral juvenil en las últimas décadas. R. Kimberlee (2002) ha revisado las explicaciones más comunes sobre este fenómeno en Gran Bretaña: las que se centran en los mismos jóvenes (con una tendencia a culparlos por los problemas actuales de la democracia), las que apuntan a la política y la ineficacia de las instituciones, las que hablan de valores juveniles alternativos y las que destacan ciertas tendencias generacionales. K. Edwards (2007), por su parte, luego de analizar el caso australiano, sostiene que los jóvenes mantienen un alto interés en la política, y que su ausentismo en las elecciones se explicaría más bien por el carácter rígido de las estructuras del sistema político; en tanto que M. Adsett (2003), sobre el mismo problema, nos habla de una “alienación” y marginalización política de los jóvenes en Canadá.

Yendo más allá de lo meramente electoral, muchos otros investigadores se han interesado por la participación social y política de la juventud en las democracias occidentales y su vinculación con asuntos como la ciudadanía y la “cultura cívica”. En esta línea de análisis, T. Hall, A. Coffey y H. Williamson (1999) han estudiado cómo el “trabajo identitario” de los jóvenes en relación con la ciudadanía involucra aspectos como las necesidades de espacio, ocio y autoafirmación personal. H. Matthews (2001), por su parte, ha examinado la manera en que las instituciones del sistema político británico alentaban la participación a través de “concejos juveniles”, mientras que B. Christens y T. Dolan (2011) han estudiado un proceso similar, pero organizado desde la sociedad civil. En relación con esto, T. Hall y su grupo (2000), al igual que J. Lopes, T. Benton y E. Cleaver (2009), han discutido el tema de los ideales de ciudadanía que desde la sociedad se intenta inculcar a los jóvenes. Luego, W. Gaiser y sus colegas (2003) han evaluado el nivel de satisfacción de los jóvenes alemanes con respecto a la democracia, encontrando un declive en los años noventa, después de las primeras etapas de la reunificación.

Los análisis sobre la participación juvenil incluyen también numerosos esfuerzos académicos ensayados por quienes han dirigido su atención a la agencia política de jóvenes que se involucran en organizaciones y movimientos sociales. Es el caso de los estudios realizados en América Latina sobre movimientos estudiantiles, política y cultura, relativos a jóvenes de países como México, Brasil, Colombia, Venezuela, Chile y Argentina (Alvarado & Vommaro, 2010). Otros trabajos actuales se

refieren al involucramiento de jóvenes en causas globales como la justicia internacional (Juris & Pleyers, 2009), cuestiones ambientales (Strandbu & Skogen, 2000), o temas de género (Briggs, 2008).

Los ámbitos de participación juvenil abarcan también a los medios virtuales, que vienen siendo materia de análisis de un buen número de investigaciones sobre todo de la última década. Al respecto, Rheingans & Hollands (2013) han mostrado, para el caso de los universitarios británicos, cómo éstos desarrollaban su actividad política y sus protestas tanto en espacios físicos como virtuales. Varios otros estudios indagan en los usos y significados de los recursos electrónicos en el activismo juvenil (internet, teléfonos celulares y redes sociales virtuales), que algunos ven como elementos que conforman un ámbito específico de acción política, con sus propias dinámicas y particularidades, mientras que otros tienden a concebirlos más como medios para la participación (Loader, 2007). Entre algunas ideas útiles que puedo extraer de esta nueva literatura están: las diferenciaciones entre distintas formas de participación política virtual, como las que T. Olsson (2008) establece entre activistas, potenciales votantes y consumidores, empleando la categoría de “productores” para resaltar las capacidades de los jóvenes en la producción de nuevos contenidos; el seguimiento que hace A. Harris (2008) de la forma en que los jóvenes construyen “comunidades participativas”, generando autoconcepciones particulares en este proceso, todo lo cual nos dice también algo sobre los límites de las visiones convencionales de ciudadanía; la noción de “consumismo político”, que J. Ward (2008) asocia con formas emergentes de ciudadanía no tradicional que se desarrollan en paralelo y muchas veces en relación con las formas clásicas de participación; y la formación de nuevas identidades políticas en el medio virtual, que P. Collin (2008) analiza no solo desde las iniciativas juveniles autónomas, sino tomando en cuenta también las políticas de promoción de la participación implementadas por gobiernos y organizaciones civiles, anotando que existe poca evidencia de que estos esfuerzos sirvan para efectivamente desafiar o transformar las estructuras económicas y políticas que colocan a ciertos grupos en desventaja frente a otros.

En la literatura académica sobre cultura política y participación podemos identificar también que, en los últimos años, ha surgido un debate en torno a las actitudes y orientaciones políticas de los jóvenes del siglo XXI. Este tema se vincula mucho con el de la disminución de la participación electoral y los cambios en la “cultura cívica” de los jóvenes en Occidente. Están, por un lado, quienes advierten la emergencia de sujetos “apolíticos” que tienden a la pasividad y la indiferencia, como H. Milner (2010), quien nos habla de una “evasión política” en la juventud, o A. Fernández Poncela (2003), que analiza la creciente distancia entre los jóvenes y la política en México; mientras que por otra parte se encuentran quienes, por el contrario, opinan que los jóvenes sí tienen interés en la política pero su participación se da bajo nuevas formas, muchas veces atípicas o “no convencionales” si se las considera desde un enfoque tradicional (Tereshchenko, 2010). Para S. Banaji (2008), el problema tiene que ver con que desde el *statu quo* usualmente se espera que los jóvenes se comporten políticamente de determinada manera, pero ellos

pueden ver las cosas de otro modo. Y aún podemos ubicar una postura ecléctica, en la que se afirma que ambas tendencias se dan en simultáneo (Farthing, 2010).

Algunos autores relacionan el supuesto desinterés juvenil por la política tradicional con la expansión de internet y las culturas de consumo (Milner, 2010; Ward, 2008), en tanto que otros destacan las maneras en que los medios electrónicos pueden alentar o facilitar el desarrollo de nuevas formas de participación e identidades políticas (Collin, 2008). En relación con esto último, A. Vromen (2003) ha elaborado una tipología de las formas de participación política juvenil en Australia, en la que incluye los modos que denomina “activista”, “comunitario”, “partidista” e “individualista”. Al respecto, hay quienes sostienen que determinadas causas políticas tienden a encajar con el tipo de participación más individualista, como parece estar ocurriendo entre muchos jóvenes noruegos (Ødegård & Berglund, 2008), o en el caso de un grupo de voluntarios de hospitales en la República Checa (Read, 2010).

Atendiendo a los objetivos de investigación de esta tesis, considero particularmente útiles dos enfoques que intentan superar la polarización en los paradigmas enfrentados en el debate sobre la participación juvenil. En una primera aproximación, formulada por Jorge Benedicto (2013) con base en un estudio reciente con jóvenes españoles, se sostiene que un entendimiento de las distintas actitudes de los jóvenes hacia la política pasa por vincular las “lógicas de politización” de los sujetos con las dinámicas de la sociedad moderna, para apreciar cómo los jóvenes atribuyen a la política múltiples significados. En esta visión, los cambios en la relación de los jóvenes con la política se deben, en primer lugar, a la “desinstitucionalización”, es decir, la pérdida de eficacia de las instituciones sociales y políticas que en el pasado servían para promover, transmitir y establecer los roles de los sujetos y su relación con la política. Sin la seguridad que antes ofrecía la acción socializadora de esas instituciones, los jóvenes se mueven ahora en un terreno de grandes incertidumbres, en el que se les presentan por delante numerosas trayectorias posibles. En este nuevo ambiente, la incertidumbre y la fragmentación se trasladan a las actitudes políticas. Siendo así, la relación con la política no sería ya un componente dado por sentado en los procesos de integración de los jóvenes a la vida adulta. En lugar de eso, la mayor o menor importancia de la política para los jóvenes dependería de la centralidad que éstos le puedan otorgar en sus propios proyectos de vida. Esto se vincula con la pérdida de relevancia de la esfera política, que va de la mano con un creciente proceso de individualización, debido en gran parte a que los jóvenes cuentan hoy con mayores recursos y competencias para orientarse ellos mismos en el mundo social sin depender de la intervención de las instituciones tradicionales u otros actores del sistema político.

En un segundo enfoque alternativo a la discusión sobre el involucramiento de los jóvenes en la política, Rys Farthing (2010), rescatando varias ideas de Ulrich Beck, parte de señalar que los jóvenes disfrutan hoy en día de mayores niveles de libertad que las generaciones previas, de tal suerte que lo que en ellos parece ser un rechazo a la política sería en realidad su manera de negociar las nuevas libertades de una sociedad que les presenta numerosos riesgos e incertidumbres. Así, no es solo que la política de

los jóvenes sea diferente, sino que viven en un nuevo tipo de sociedad. Desde una mirada crítica, perciben la falta de capacidad del Estado para promover verdaderos cambios sociales, controlar los riesgos o reducir las incertidumbres, y sería por eso que optan por nuevos estilos de participación (como la “micro-política” o las acciones “orientadas a causas”) que apuntan no al Estado, sino a resolver temas específicos de nuevas agendas políticas (sostenibilidad, igualdad, pobreza global, etc.) en las que encajan acciones intensivas e individuales o de pequeña escala, y que pueden trascender las fronteras nacionales. El Estado-nación deja de ser entonces el único referente de la acción política, que se dirige ahora a nuevas esferas de poder, como determinados agentes del mercado, ONGs, medios de comunicación y organismos económicos y políticos locales e internacionales. En este marco, la participación consiste en “realizar la política”, no en delegarla a los políticos; y el rechazo a la política tradicional puede ser visto como una actitud profundamente política, pues desafía el monopolio del poder imperante. Alejarse de las instituciones del sistema político sería, entonces, una forma de cuestionarlas y restarles legitimidad. Es por eso que, en la perspectiva de Farthing, los jóvenes aparecen simultáneamente como comprometidos con la política pero desvinculados de ella. En su propuesta de análisis resalta la necesidad de apreciar la diversidad en las alternativas y los valores políticos de los jóvenes, sus variadas formas de participación, las múltiples influencias sociales y culturales que pueden propiciar su participación, las instituciones o grupos a quienes va dirigida la acción, y la manera en que se construyen las nuevas agendas políticas.

Para precisar mejor esto último, creo pertinente considerar la distinción que diversos teóricos políticos establecen entre, por un lado, “lo político”, entendido como el conjunto de formas en que los sujetos, como miembros de una comunidad, imaginan, viven y valoran el orden social en el que se encuentran inmersos, incluyendo las formas en que actúan en este campo; y por otra parte “la política”, que sería la práctica institucionalizada en torno al poder, es decir, la cristalización (en actores, normas, estructuras) de un determinado orden derivado de las disputas por el poder que se dan en la sociedad (Lechner, 1994; Rancière, 1996). Esta diferenciación puede servir para analizar la cultura política de los jóvenes en tanto permite apreciar cómo esta cultura puede conformarse con referencia a ambos campos, con distintos énfasis en cada uno de ellos, como ocurre por ejemplo con aquellos jóvenes que según Farthing “aparecen simultáneamente como comprometidos con *la política* pero desvinculados de ella” (énfasis añadido), o con otros que sí se comprometen con la disputa del poder en el entorno institucional.

2.5. ESQUEMA DE ANÁLISIS

El esquema de análisis que presento a continuación sintetiza diversos elementos conceptuales revisados a lo largo de este capítulo y constituye una guía para la organización e interpretación de los datos obtenidos en este estudio. Este esquema incluye cinco puntos:

- a) Los factores estructurales, culturales y del contexto político e histórico.
- b) Los agentes y entornos de socialización.

- c) Los individuos, su recepción de las influencias del entorno y su capacidad de agencia.
- d) Los elementos subjetivos y actitudinales asociados con la política.
- e) Las configuraciones de cultura política que se expresan en acciones y discursos políticos.

El primer punto está referido al marco general en el que se desarrollan tanto los procesos políticos como las trayectorias individuales y colectivas, y abarca un conjunto de factores que aparecen como condicionamientos de base o procesuales y que generalmente anteceden a los sujetos o escapan a sus voluntades y decisiones. Considero aquí factores estructurales como los sistemas político y económico, los orígenes, la clase y las desigualdades sociales; aspectos culturales como la etnicidad, las influencias de la globalización y el mundo del consumo y las culturas nacionales, regionales y juveniles; y los procesos históricos locales e internacionales.

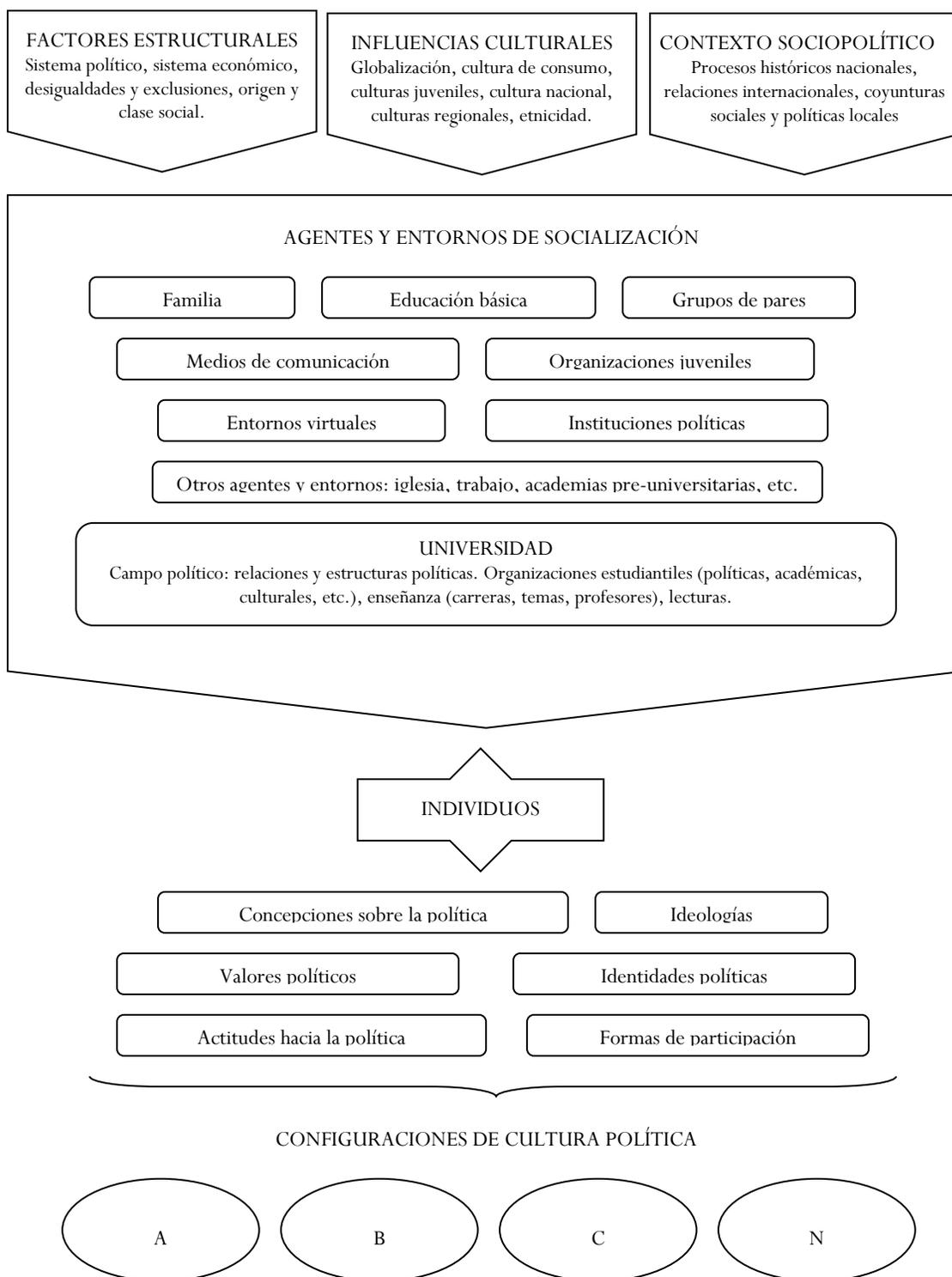
Todos estos procesos, influencias y contextos intervienen en las vidas de los jóvenes a través de múltiples mecanismos e instituciones sociales, de entre los que destacan diversos agentes y entornos de socialización (el segundo punto del esquema), principalmente: la familia, la educación recibida en el nivel básico (primaria y secundaria), los grupos de pares en el lugar de residencia u otros espacios, las organizaciones de jóvenes, las instituciones políticas, los medios de comunicación masiva, los entornos virtuales (internet e interacciones por vías electrónicas) y el medio universitario. Y este último, a su vez, presenta sus propios espacios, estructuras e instituciones de socialización política, definidos por la enseñanza, las organizaciones estudiantiles y las relaciones políticas al interior de la universidad.

El tercer elemento de análisis apunta a cómo se relacionan los individuos con las influencias de su socialización y las condiciones estructurales. Estas relaciones son concebidas aquí como bidireccionales; es decir, los sujetos reciben diversos mensajes e influencias, pero no los asimilan mecánicamente sino de manera selectiva y los procesan de acuerdo a necesidades particulares, como la adaptación al medio en que se desenvuelven y la interpretación del mundo social y los fenómenos políticos.

Como resultado de esta doble relación van apareciendo, en las trayectorias biográficas de los jóvenes, los elementos subjetivos y actitudinales que dan forma a sus culturas políticas (cuarto punto). Es así que estos jóvenes van adoptando ciertas identidades y valores políticos, van mostrando distintos niveles de interés en la política, definen sus concepciones sobre el poder, se aproximan a ciertas ideologías políticas y se alejan de otras, y se expresan políticamente por medio de discursos, actitudes y formas de participación.

El análisis de la diversidad de discursos, orientaciones valorativas y de conducta y formas de participación permite, por un lado, reconocer diferencias y similitudes entre los individuos en lo referente a sus modos de interpretar el poder y relacionarse con la política (estructuras e instituciones) y lo político (la vida y el orden colectivos), y por otro lado ayuda a identificar determinadas tendencias y pautas que se organizan de maneras particulares definiendo configuraciones distintas y específicas de cultura política (último punto de la enumeración), como se muestra en la Figura 1.

Figura 1. Esquema de análisis para el estudio de la cultura política.



III. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA: JUVENTUD Y POLÍTICA EN EL PERÚ DEL SIGLO XX

¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

Manuel González Prada, 1888.

Si bien en el Perú la presencia de jóvenes en la política puede ser rastreada a lo largo de todo el proceso que comienza con la fundación de la República a inicios del Siglo XIX, en esta sección me limitaré a tocar los puntos que considero más relevantes en relación con la participación juvenil en la historia peruana del Siglo XX, debido a que fue sobre todo a inicios de este periodo cuando empezaron a tomar forma las tendencias e ideas que más han venido influyendo hasta hoy en el devenir de la política en el país.

3.1. LA ETAPA AURORAL

Ubico un primer gran episodio de protagonismo juvenil en la política peruana en la coyuntura abierta en 1919 por el movimiento estudiantil en apoyo a la reforma universitaria, parte del movimiento latinoamericano que se inició el año previo en la Argentina con el llamado “Grito de Córdoba”. Los universitarios peruanos, organizados principalmente en la Universidad de San Marcos, exigían a sus autoridades y al Estado un conjunto de medidas para mejorar, modernizar y democratizar la enseñanza superior (libertad de cátedra, cogobierno, derecho a tachas docentes, entre otras). Pero más allá de las reformas y los logros que desde ese momento y en los años sucesivos obtuvo el movimiento estudiantil, este episodio es importante también porque marcó el inicio de un ciclo de gran dinamismo en la política peruana, que confluía a su vez con importantes sucesos en el escenario internacional. Además del movimiento universitario latinoamericano, estaban frescas en ese momento las experiencias de la Revolución Mexicana (1910), y más aún la Revolución Rusa (1917). En el plano económico, los cambios ocurridos en los mercados internacionales como consecuencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) determinaron caídas abruptas en la demanda de algodón, azúcar, caucho y lana, los principales productos peruanos de exportación en ese entonces. En el país, esto condujo a un gran aumento del desempleo y a una reducción en los salarios en haciendas agrícolas, fábricas textiles y otras áreas.

Poco antes de los reclamos por la reforma universitaria, algunos grupos de estudiantes sanmarquinos habían apoyado movilizaciones obreras por reivindicaciones laborales (jornada de ocho horas, derecho de asociación, etc.). Así, frente al creciente panorama de agitación y descontento social, se fue fortaleciendo la articulación entre el movimiento estudiantil y las organizaciones de trabajadores. Es entonces que comienzan a destacarse las jóvenes figuras de Víctor Raúl Haya de la Torre y de José

Carlos Mariátegui, quienes de múltiples maneras influyeron luego en la política nacional a lo largo de todo el Siglo XX.

Por sus orígenes provincianos y de clase media, Haya, Mariátegui y otros jóvenes políticos e intelectuales de la llamada “Generación del Centenario” se distinguían notablemente de sus predecesores, la “generación del novecientos”, integrada por intelectuales capitalinos de ascendencia aristocrática. A diferencia de estos últimos, el nuevo grupo se caracterizó por tener una perspectiva más nacional, un fuerte activismo político y un interés mayor por buscar en la historia y la cultura peruanas las claves de las soluciones a los problemas del país, entre los que destacaba la concentración del poder político en manos de una pequeña elite acaudalada y la postergación de los anhelos de mejora y cambio social que iban surgiendo en los nuevos sectores obreros, las clases medias urbanas y los campesinos indígenas.³⁵

Hasta esa época, la política local había estado dominada ya sea por caudillos militares o por partidos que funcionaban en esencia como pequeños clubes electorales manejados por unas pocas familias adineradas de linaje señorial. Por otro lado, desde fines del Siglo XIX se habían venido organizando algunos núcleos de obreros y artesanos inspirados por ideas anarco-sindicalistas, propagandizadas en el Perú por Manuel González Prada, un intelectual limeño que introdujo también en el debate público un discurso reivindicativo de las mayorías indígenas y de renovación generacional en la política.³⁶ Pero no fue sino hasta la segunda década del Siglo XX que estas tendencias ideológicas y organizativas de alcance limitado lograron articularse a mayor escala con la nueva intelectualidad joven de origen provinciano.

Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), por ejemplo, provenía de un hogar de clase media de la ciudad de Trujillo, en la costa norte del país, donde se vinculó tempranamente con los círculos intelectuales locales y con las organizaciones de obreros agrícolas en el contexto de la crisis azucarera. Luego inició sus estudios de Derecho en la Universidad de San Marcos, donde llegó a ser dirigente estudiantil y presidente de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP, fundada en 1916). Desde esa posición impulsó la creación de las Universidades Populares González Prada, en las que tanto él como otros estudiantes impartían charlas a los obreros y promovían debates sobre diversos temas sociales, culturales y políticos. Asimismo, como dirigente estudiantil viajó a otros países y se conectó con líderes latinoamericanos del movimiento reformista universitario, lo cual contribuyó en él a una ampliación de sus perspectivas críticas y al desarrollo de un pensamiento antiimperialista.

El activismo de Haya de la Torre en favor de la construcción de un frente común conformado por “trabajadores manuales e intelectuales” alcanzó un punto decisivo en mayo de 1923, con ocasión de una protesta obrero-estudiantil organizada en Lima y liderada por él contra la “consagración” del Perú a la imagen del “Sagrado Corazón de Jesús”, decretada por el presidente Augusto B. Leguía. En la protesta,

³⁵ Estos sectores, además de ver deterioradas sus condiciones de vida, se encontraban en su gran mayoría privados de derechos políticos. En esos tiempos tenían derecho al voto tan solo los hombres que sabían leer y escribir y los que poseían propiedades.

³⁶ En 1888, González Prada proclamó en un célebre discurso: “¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!” Este personaje inspiró en varios sentidos a Haya y Mariátegui, al punto que el historiador José L. Rénique (2007) lo ubica como el iniciador de una “tradicción radical” que se extiende a lo largo de todo el Siglo XX.

que logró el objetivo de hacer retroceder al gobierno en su decisión, perdieron la vida tres policías, un obrero y un estudiante. Estos luctuosos sucesos condujeron a que se afianzara aún más la unidad entre trabajadores y universitarios, pero también llevaron a que poco después, en ese mismo año, el gobierno decidiera arrestar al joven político para enviarlo deportado a Panamá. Desde allí, Haya se trasladó a México, donde tomó contacto con dirigentes y protagonistas de la Revolución Mexicana, y al año siguiente, en 1924, fundó en ese país la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), una iniciativa que buscaba, entre otras cosas, la solidaridad con los pueblos oprimidos del mundo, la nacionalización de tierras e industrias y la unidad política “indoamericana” frente al imperialismo estadounidense.³⁷ Seguidamente viaja por América, Europa y la Unión Soviética, y luego vuelve al Perú a inicios de los años treinta –una vez caído el régimen de Leguía por un golpe militar– para dedicarse de lleno a la política y a la conducción del Partido Aprista Peruano, el primer partido de masas del país, que originalmente impulsaba un programa radical de izquierda de corte nacionalista y antioligárquico que pretendía unir a obreros y campesinos bajo el liderazgo de las pequeñas burguesías nacionales.

La trayectoria de José Carlos Mariátegui (1894-1930) es igualmente notable en este periodo auroral en la política peruana moderna. Nació en Moquegua, al sur del país, y fue criado por su madre en un modesto hogar de Huacho, al norte de la capital. Sin haber concluido sus estudios básicos ingresó a trabajar como auxiliar de imprenta en un diario de Lima, donde se formó como periodista y pasó a escribir notas sociales y de actualidad en ese y otros medios. Por su dominio de diversos temas sociales, literarios y artísticos, a los que se había aproximado de manera autodidacta, llegó a formar parte de los núcleos bohemios de jóvenes intelectuales y artistas de vanguardia de Lima, con quienes inició algunos proyectos editoriales. Hacia 1918 mostraba ya un claro interés por los problemas del país, y al año siguiente funda el diario *La Razón*, desde donde comprometió su apoyo a las causas obreras y estudiantiles. Por su disgusto con la línea editorial de la publicación, el gobierno de Leguía la clausura, y, para acallar las posturas críticas de Mariátegui, lo envía a Europa con una “beca”, lo cual en la práctica constituyó una forma de exilio.

La estadía en Europa resultó determinante en la evolución intelectual y política del joven Mariátegui. En Francia, y principalmente en Italia, profundizó sus estudios, amplió su visión del mundo y se nutrió de una vasta cultura; asimismo, aprendió idiomas, se puso en contacto con las principales corrientes de pensamiento de la época y fue un agudo observador del devenir político europeo. Es también durante este periodo que define su vocación socialista, adopta el marxismo como método de análisis y en Italia se convierte en testigo privilegiado de sucesos como la división del Partido Socialista, la conformación del Partido Comunista (donde conoce a Antonio Gramsci) y el ascenso del fascismo.

³⁷ El APRA conformó comités inicialmente en México, Argentina y Bolivia, y aunque más allá del Perú no logró extenderse en la medida en que lo ideó Haya, hay quienes reconocen algunas relaciones entre el aprismo y el surgimiento de partidos como Acción Democrática de Venezuela (Martín, 1984) y el Socialista de Chile (Moraga Valle, 2009).

A su regreso al Perú, en 1923, Mariátegui vuelca sus esfuerzos a la organización política de los trabajadores y a la producción intelectual. Dictó conferencias en la Universidad Popular González Prada y –cuando Haya de la Torre fue deportado– asumió la dirección de la revista *Claridad*, el órgano de difusión de dicha universidad. Desde entonces se convirtió en una figura prominente de la política progresista, al punto que su casa en el Centro de Lima se volvió el principal lugar de reunión de los intelectuales y activistas políticos más destacados de esos tiempos. A pesar de su precaria salud (le amputaron una pierna en 1924 debido a una antigua lesión), trabajó intensamente en la producción de una interpretación original y marxista de la historia y la realidad peruanas, que fue la base de un programa político orientado al socialismo; desde su postura, éste debía ser el camino para liberar al país de la condición “semicolonial” y “semifeudal” en la que se encontraba, y para transformar las estructuras internas que relegaban a una posición desfavorable a la clase obrera y especialmente a la gran masa de campesinos indígenas, que en su visión eran la clave y el sustento de una nueva construcción nacional.³⁸ De este modo, Mariátegui revitalizó la discusión sobre el lugar de la población indígena en la historia, la cultura y la política peruanas, otorgándole un papel primordial en un nuevo programa antioligárquico de izquierda. Éste y otros temas fueron materia de un extenso debate en foros políticos y en la revista *Amauta*, creada por él en 1926. Dos años después funda el Partido Socialista Peruano, del cual fue el primer secretario general, y en 1929 la Confederación General de Trabajadores del Perú. En esos años crea también el periódico obrero *Labor* y publica su obra cumbre: los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lamentablemente, su salud se deteriora y muere en 1930, a los 35 años de edad.³⁹

En la última etapa de su vida, Mariátegui polemizó con Haya en torno a una serie de temas, incluyendo sus distintas visiones del país, el contenido de un gran proyecto revolucionario y el sujeto político que debía llevarlo adelante. Haya, por un lado, apostaba por una alianza pluriclasista de obreros, campesinos y clases medias que, liderada por éstas últimas, debería desarrollar un capitalismo nacionalista que liberaría al país del imperialismo. Mariátegui, por su parte, juzgaba que los obreros y campesinos, la clase trabajadora organizada, debían conducir al país hacia el socialismo, con lo que se haría frente en conjunto a los problemas de injusticia social y al imperialismo. Es así que, luego de una primera etapa de colaboración, sobrevino finalmente la ruptura entre estos dos personajes, que representaban a su vez las dos principales tendencias políticas progresistas de su época.

Como se puede apreciar hasta aquí, el proceso político peruano de inicios del Siglo XX tuvo un carácter marcadamente “juvenil”. Esto se nota en las edades de los principales líderes progresistas, en la participación estudiantil y también –aunque de modo menos explícito– en el activismo de los jóvenes del

³⁸ En palabras de Mariátegui: “El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas –la clase obrera– son indias en sus cuatro quintas partes. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano –ni sería siquiera socialismo– si no se solidarizase, primariamente, con las reivindicaciones indígenas” (Mariátegui, 1984).

³⁹ La mayoría de sus escritos fueron producidos en un lapso de siete años (1923-1930) y se publicaron luego en 16 tomos, lo cual nos da una idea de la envergadura de su trabajo intelectual, que desarrolló en paralelo a su labor de organización política. En los *Siete ensayos...*, Mariátegui aplica el método marxista para ofrecer un análisis original, pormenorizado y erudito de la historia y la cultura peruanas. El libro alcanzó fama mundial: se ha publicado en cientos de ediciones en por lo menos diez idiomas.

movimiento obrero. Sin duda, el factor generacional influyó en esa época, aún incluso en ausencia de una mayor elaboración conceptual alrededor de la categoría de “juventud”.

3.2. “PARTIDOS MILITARES” Y POLÍTICA EN LAS SOMBRAS, INDIGENISMO Y MASIFICACIÓN

Desde los años treinta a los cincuenta, el poder político en el Perú estuvo controlado a veces por militares que ascendieron a la presidencia del país mediante golpes de estado (Luis Sánchez Cerro, 1930-1933; Manuel Odría, 1948-1956) o por acuerdos políticos (Óscar R. Benavides, 1933-1939); y en otras ocasiones por civiles de la elite tradicional (Manuel Prado, 1939-1945 y 1956-1962; José L. Bustamante, 1945-1948). La participación política juvenil se desarrolló en estas décadas alrededor de los grupos de izquierda y en las universidades y círculos intelectuales. Estas agrupaciones, fundamentalmente apristas y comunistas, tuvieron cierta influencia en la política nacional, desarrollando una fuerte crítica del orden político y económico del país, y ocasionalmente –en el caso de los apristas- involucrándose en revueltas armadas fallidas; pero su proselitismo se vio bastante limitado debido a que durante la mayor parte de este periodo fueron objeto de persecución por parte del Estado, lo cual los obligó a la clandestinidad, que se convirtió para estas organizaciones en un *modus vivendi*, configurando sus prácticas políticas y una “mística” particular y duradera en su acción política. Por otro lado, el activismo juvenil se desarrolló también en las universidades y en otros espacios intelectuales de Lima y otras regiones del país, en parte vinculado a la gestión estatal, pero más comúnmente con la política clandestina de izquierda. En estos medios se profundizaron los debates sobre el orden oligárquico, la realidad social y económica del país, la construcción nacional y la condición del indio.⁴⁰

Considero que estos puntos merecen una atención especial por tres motivos principales. En primer lugar, porque desde ese entonces comienza a consolidarse en el Perú un movimiento indigenista (prefigurado por González Prada, Mariátegui y otros) que abarcó manifestaciones en la academia, la literatura, el arte y la política, con focos en diversos lugares del país. En segundo lugar, porque hacia mediados del Siglo XX esto confluyó con el que quizás sea el fenómeno social más importante de la historia peruana contemporánea: las grandes migraciones de poblaciones campesinas hacia las ciudades, y particularmente de provincianos de la sierra del país hacia Lima, proceso que, protagonizado en gran medida por jóvenes, transformó el rostro social de la capital y en general el perfil demográfico del país (Matos Mar, 2004). Y finalmente –pero no menos importante-, porque estos hechos, en su conjunto, sentaron las bases para una mayor y más marcada presencia de los sectores populares en la política nacional, generando una presión social que en los años sucesivos motivó cambios de gran envergadura en la estructura de la sociedad peruana.

⁴⁰ En su novela *Conversación en La Catedral*, Mario Vargas-Llosa ofrece la que probablemente sea la mejor y más vívida imagen de cómo se desarrollaba la política en y en torno a la Universidad de San Marcos en los años cincuenta, bajo la dictadura de Manuel Odría. Una parte del relato se basa en sus propias experiencias como estudiante de Letras en San Marcos, donde tuvo una breve aproximación a los círculos clandestinos comunistas.

Es interesante observar también la evolución del Partido Aprista en este periodo. Haya de la Torre fue sin duda un excelente organizador y logró cohesionar a sus seguidores de forma duradera y disciplinada. Pero en el aspecto ideológico, el aprismo fue adoptando una actitud fuertemente anticomunista. Reculando en sus posturas primigenias, se alió en 1956 con el sector civil oligárquico que asumió el gobierno en ese año (en lo que se conoció como “La Convivencia”), y más adelante también con el proyecto populista de derecha del ex dictador militar Manuel Odría (“La Super Convivencia”).⁴¹

El Partido Comunista Peruano (PCP, antes Partido Socialista), por su parte, tuvo escasa influencia en la política nacional. Su inicial ímpetu revolucionario se moderó por su adscripción a la Tercera Internacional y a la línea soviética de “coexistencia pacífica” con el capitalismo. Pero además, le fue difícil moverse en un ambiente donde predominaban los sentimientos anticomunistas, acentuados más aún por las doctrinas propagandizadas desde los Estados Unidos y la polarización internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello, los comunistas continuaron –al igual que los apristas– realizando labores de propaganda y organización en universidades y sindicatos obreros y campesinos.

Este escenario favoreció la aparición de nuevas organizaciones de centro izquierda hacia mediados de los años cincuenta. Una novedad en esta época y en dichos grupos fue lo que parece ser una mayor conciencia del rol de la “juventud”, como grupo generacional, en un desarrollo orientado a la conquista del poder y a la formulación de un renovado discurso nacionalista.

El caso de Fernando Belaúnde Terry (1912-2002) es ilustrativo de esta intervención juvenil en la política peruana. Nacido y criado en el seno de una familia acomodada y tradicionalmente ligada a la política, se educó en París y luego en los Estados Unidos, donde se graduó como arquitecto. Luego volvió al Perú y apoyó en 1944 (a los 32 años) la candidatura presidencial de José L. Bustamante, quien ganó las elecciones de 1945; es así que el joven Belaúnde ingresa al parlamento como diputado, posición que ocupa hasta 1948, cuando el gobierno de Bustamante es derrocado por un golpe militar encabezado por el general Manuel Odría. En esos años se vincula con otros jóvenes profesionales y políticos, principalmente de sectores de clase media de Lima y Arequipa (la principal ciudad del sur del país), quienes –al finalizar el régimen de Odría– conforman el Frente Nacional de Juventudes Democráticas (FNJD) y lanzan su candidatura para las elecciones presidenciales de 1956, en alianza con el Movimiento Social Progresista y el Partido Demócrata Cristiano, ambos fundados en ese año e integrados esencialmente por jóvenes del mismo perfil.

Belaúnde no ganó en esos comicios, pero obtuvo un considerable respaldo electoral. En los años siguientes se dedicó a recorrer el país “pueblo por pueblo”, a construir su partido, Acción Popular (sobre

⁴¹ El anticomunismo aprista no dejó de sorprender a muchos, puesto que Haya inicialmente se había inspirado en el marxismo, participó en la Primera Internacional y avizoraba un horizonte socialista posterior al desarrollo nacional capitalista. Pero también dejó de lado sus tesis antiimperialistas. Un claro indicador de ello fue, en 1950, su propuesta de enviar cinco mil combatientes apristas en apoyo a los Estados Unidos para la invasión de Corea (Manrique, 2009). Años atrás, en su polémica con Haya, Mariátegui recelaba de la propuesta aprista de que las pequeñas burguesías nacionales lideraran la tarea de transformación social del Perú, en parte porque en Italia fue testigo de cómo la postura revolucionaria de la clase media derivó en la base política del surgimiento del fascismo (Meseguer, citado en Klaren, 2004).

la base del FNJD), y a formular una propuesta de izquierda, no revolucionaria sino moderada, reformista, nacionalista y descentralizadora, que recogía tradiciones andinas y levantaba consignas como “el Perú como doctrina” y “la conquista del Perú por los peruanos”. Con estas banderas se presenta nuevamente a las elecciones presidenciales en 1962, quedando en segundo lugar detrás de Haya de la Torre y delante del ex dictador Odría. En esa coyuntura, los militares dan un golpe de estado, anulan las elecciones y convocan a unas nuevas en 1963, en las que finalmente Belaúnde obtiene la presidencia de la República.⁴²

3.3. TIERRA, ANHELOS DE JUSTICIA SOCIAL Y EL CAMINO DE CUBA

Belaúnde había ascendido al poder gracias al apoyo de importantes segmentos de la clase media, la izquierda y sectores populares en el campo, que vieron en él a un líder joven y de perfil tecnocrático capaz de emprender reformas modernizadoras y de justicia social. Un punto central de su programa era la promesa de una reforma agraria, un tema de especial relevancia debido a que en los años previos se habían producido levantamientos campesinos y tomas de tierras, sobre todo en los Andes, donde aún prevalecía un sistema que Mariátegui, años atrás, había caracterizado como “semifeudal”.

Las revueltas campesinas más sobresalientes de esos años ocurrieron en los valles de La Convención y Lares, en la selva del Cuzco, donde destacó la figura de Hugo Blanco (nacido en 1934), un político cuzqueño de filiación trotskista educado en la Argentina, quien a los 27 años ya encabezaba ese movimiento campesino, alcanzando tal posición gracias al liderazgo carismático que construyó en base a su propia inserción como trabajador agrícola y a su fluido dominio de la lengua quechua. Para 1962, los campesinos llegaron a ocupar la mayor parte de las tierras que trabajaban en esos valles, y que antes habían estado controladas por unos pocos hacendados dedicados a la producción de café.⁴³ La agitación alcanzó una envergadura tal que los militares golpistas de 1962 concedieron una reforma agraria focalizada en esa región. Se entiende por eso que hayan sido tan altas las expectativas sobre Belaúnde y su promesa de una reforma agraria nacional cuando llegó al poder al año siguiente. De hecho, con la noticia de su elección, otros campesinos de distintos lugares del país tomaron la iniciativa de ocupar también ellos las tierras que cultivaban y que se encontraban en manos de gamonales y hacendados.

Aquellos años fueron muy agitados en el terreno político por una suma de factores. En el plano internacional, acababa de producirse la Revolución Cubana (1959) y se desarrollaban luchas revolucionarias y de descolonización en varios países de Asia y África. Así también, la Guerra Fría entre

⁴² En las elecciones de 1962 ningún candidato logró la proporción de votos que estipulaba la Constitución para reconocer a un ganador, que entonces debía ser designado por el Congreso. Allí la correlación de fuerzas favorecía a Haya, quien acordó con Odría que éste último asumiría el poder, integrando a los apristas en el gobierno. Los militares anularon esas elecciones primordialmente por sus fuertes sentimientos antiapristas, motivados por diversos hechos de violencia armada en los que anteriormente estuvo involucrado el partido de Haya (como por ejemplo en Trujillo en 1932, donde unos apristas sublevados realizaron una masacre de numerosos oficiales militares, subalternos y policías a quienes habían tomado como prisioneros) (Klaren, 2004).

⁴³ Según Handelman (1975), Hugo Blanco inspiró a muchos jóvenes universitarios de antecedentes rurales de Cuzco, Huancayo y Ayacucho para ir al campo a promover una revolución agraria. Klaren (2004) anota además que el control de las tierras por parte de los terratenientes peruanos era el más extenso de 54 países analizados en un estudio de 1961.

los Estados Unidos y la Unión Soviética había determinado una polarización política e ideológica en las relaciones internacionales y al interior de los países en casi todo el mundo.

En el Perú se dio una convergencia entre esas tendencias mundiales y los procesos internos. Además de las revueltas campesinas y la persistencia de la “semifeudalidad” en el campo, en las ciudades las migraciones venían generando una creciente presión por reformas, con los nuevos sectores populares urbanos (compuestos mayoritariamente por jóvenes) viendo bloqueados sus anhelos de mejora y ascenso social debido al carácter cerrado del sistema político (Cotler, 1986).

Paralelamente, se producía una acelerada y masiva expansión del sistema educativo. El número de universidades pasó de seis en 1955 a unas 30 en 1968. En ese mismo periodo, el número de estudiantes universitarios se elevó de alrededor de 20 mil a cerca de 100 mil, con un cambio notorio en su composición social. Por ejemplo, mientras que hasta 1956 el 95% de la población de la Universidad de San Marcos correspondía a jóvenes de las clases media y alta, una década después más del 65% pertenecía a las clases baja y trabajadora y tenía un perfil más provinciano (Klaren, 2004). Esto favoreció entre los jóvenes el desarrollo de perspectivas críticas y una mayor conciencia política.

En la década de los sesenta, la participación de los jóvenes se decantó principalmente en el sentido de una visible radicalización política. Ésta se manifestó en general en diversos espacios, como las universidades públicas, los sindicatos y los partidos políticos.⁴⁴ Ya se vislumbraba algo de esto hacia fines de la década anterior. En el Partido Aprista, un grupo de jóvenes fue expulsado en 1959 por sus divergencias con el viraje derechista del partido. Dicho grupo, liderado por Luis de la Puente Uceda (nacido en 1926, hijo de un hacendado norteño), creó entonces el APRA Rebelde, que en 1962 pasaría a llamarse Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el germen de un proyecto armado.

El caso del Partido Comunista es también un buen ejemplo de cómo algunos sucesos y tendencias ideológicas internacionales se interrelacionaron con la política local. Hasta 1963, el partido se había mantenido unido, salvo por algunas pequeñas escisiones, como la separación de un grupo trotskista en 1946. Pero no fue sino hasta inicios de los años sesenta que sus tensiones internas desembocaron en notables divisiones. Frente al relativo inmovilismo de sus viejos líderes, muchos jóvenes comunistas asumieron posturas revolucionarias, se alejaron del partido y conformaron sus propios proyectos políticos. Es lo que ocurrió con Héctor Béjar, un joven sociólogo sanmarquino quien en 1956, a los 21 años de edad, formaba ya parte de la comisión política del PCP; pero luego, inspirado por el éxito de la Revolución Cubana, deja el partido y, junto a varios otros jóvenes comunistas descontentos, funda en

⁴⁴ La popularidad de Belaúnde se reflejó en las universidades cuando en 1959 sus partidarios (la izquierda “no marxista”) desplazaron a los apristas del control de la Federación de Estudiantes del Perú. Pero muchos de estos nuevos dirigentes pasaron a colaborar con el gobierno de Belaúnde en 1963. Entonces, la FEP llegó a ser dominada por jóvenes comunistas, que en algunos casos se habían apropiado de las violentas prácticas de las “fuerzas de choque” apristas (CVR, 2003b).

1962 el Ejército de Liberación Nacional (ELN) con la intención de reeditar la experiencia caribeña en los Andes peruanos.⁴⁵

Esto fue solo el prelude de lo que venía. En 1963, la ruptura entre los partidos comunistas chino y soviético intensificó las polémicas internas en el PCP, que sufrió un gran cisma al año siguiente, cuando el partido se divide en una facción “pro soviética” (PCP-Unidad) y otra “pro china” (PCP-Bandera Roja), esta última integrada sobre todo por jóvenes radicales. Esta vertiente maoísta se volvería a dividir luego, surgiendo de ella el PCP-Patria Roja (1969) y en Ayacucho el PCP-Sendero Luminoso (1970).

En la misma época aparecieron varios otros grupos de izquierda revolucionaria, integrados ya sea por disidentes de los partidos Aprista y Comunista, o por nuevos militantes sin relación previa con esas organizaciones. Entre los rasgos más importantes que tenían en común quienes se adscribían a este nuevo sector están su perfil eminentemente joven, su “heterodoxia ideológica” (pues se alejaban de los postulados chinos y soviéticos) (CVR, 2003f) y un vehemente discurso revolucionario. Se constituyó así una tendencia que reivindicaba la figura de Mariátegui y propugnaba un cambio radical desde las masas (Dammert en Adrianzén, 2012), y que poco después pasó a ser conocida como la “Nueva Izquierda”. Aquí podemos ubicar al ya mencionado MIR (antes APRA Rebelde). Otra organización representativa de esta vertiente fue Vanguardia Revolucionaria (VR), fundada en 1965 por jóvenes universitarios de clase media y de segmentos acomodados de la sociedad (provenientes del PCP, Acción Popular, el APRA y el trotskismo).⁴⁶

En algunos casos, el radicalismo político se tradujo en proyectos armados. En 1965, el MIR y el ELN iniciaron un movimiento guerrillero guiado por la teoría cubana del foco insurreccional: no había que esperar a que se den en el país todas las condiciones para la revolución, pues una vanguardia guerrillera podía crearlas operando en áreas rurales aisladas, ganando el respaldo campesino y extendiendo la revolución por todo el territorio nacional. Pero la influencia de la Revolución Cubana trascendía los aspectos teóricos o ideológicos, pues tanto el MIR como el ELN establecieron lazos con el nuevo gobierno cubano y recibieron entrenamiento guerrillero, apoyo material e incluso –en ciertos casos y momentos– directivas del “Che” Guevara (Lust, 2013; Rénique, 2006). A pesar de los intentos de los oficiales cubanos por unir a ambos grupos, sus discrepancias políticas los llevaron a actuar por separado: las columnas del MIR en Piura, Junín y Cuzco, y la del ELN en Ayacucho. Las fuerzas armadas respondieron rápida y eficazmente al desafío revolucionario, logrando derrotar a los alzados en armas en una masiva campaña de seis meses, en la que junto a muchos de sus camaradas murieron el líder del MIR,

⁴⁵ El ELN buscó establecer un primer foco guerrillero en el Perú en 1963, pero la iniciativa fracasó cuando sus militantes fueron descubiertos por la policía en la localidad amazónica de Puerto Maldonado. Allí murió el poeta sanmarquino Javier Heraud, a la edad de 21 años, convirtiéndose así en un ícono para las guerrillas que surgirían luego en 1965.

⁴⁶ Ricardo Letts (1981), fundador de VR, anota que en esos años se conformaron unas veinte organizaciones de izquierda, cuyos troncos originales fueron el PCP, VR, el MIR y el FIR (trotskista). Manuel Dammert agrega que los miembros de los comités centrales de los partidos de la nueva izquierda tenían en promedio unos 25 años de edad (en Adrianzén, 2012).

Luis De la Puente, y su lugarteniente en la selva central, Guillermo Lobatón. El comandante del ELN, Héctor Béjar, logró escapar de la represión militar luego de que su grupo sufriera importantes bajas.

Aunque el movimiento guerrillero se ganó la simpatía de otros grupos de izquierda y de algunos sectores de la población, esto no se materializó en apoyos efectivos. Los revolucionarios obtuvieron algún respaldo campesino, pero no en la medida de lo que esperaban, mientras que en las ciudades fue también muy limitada la ayuda que recibieron por parte de otros grupos de izquierda. Además de ello, fuera de sus propios errores tácticos y estratégicos, los guerrilleros enfrentaron a unas fuerzas armadas que ya se habían preparado bastante bien para la guerra antisubversiva. Pero independientemente de estos factores, estaba también el hecho de que el levantamiento armado se dirigió contra un gobierno elegido democráticamente, en el que Belaúnde mantenía aún un considerable arraigo popular.

Cabe mencionar aquí que la preparación antiguerrillera de las fuerzas armadas peruanas se había fortalecido con la cooperación militar de los Estados Unidos. En 1961, Fidel Castro había hecho un llamado para hacer de los Andes la “Sierra Maestra de América Latina”, y hechos como el levantamiento campesino en el Cuzco parecían hacer eco a esa convocatoria. El Perú se convirtió entonces, para los ojos estadounidenses, en un lugar clave para frenar posibles perturbaciones a sus intereses en el Hemisferio Sur. Los militares peruanos recibieron entrenamiento y recursos norteamericanos, lo que se inscribía en una estrategia mayor denominada Alianza para el Progreso, una iniciativa que los Estados Unidos establecieron en 1961 para implementar, a nivel latinoamericano, proyectos de desarrollo y de “acción cívica” que muchas veces se focalizaron en áreas concebidas como potenciales núcleos rebeldes. Parte de la receta de los estadounidenses para prevenir las apuestas revolucionarias en el Perú era promover una reforma agraria, tema en el que coincidían con el nuevo gobierno de Belaúnde, e incluso con algunos sectores progresistas de una elite terrateniente angustiada por la amenaza comunista.

Pero Belaúnde no pudo cumplir sus promesas de justicia social y de una reforma agraria, principalmente porque sus iniciativas fueron sistemáticamente bloqueadas en el parlamento por la coalición de derecha conformada por los apristas en alianza con los seguidores del ex dictador militar Odría. El estancamiento político coincidió en 1967 con un deterioro de la situación económica y con la creciente radicalización en la izquierda. Por otro lado, los sentimientos nacionalistas en el Ejército se vieron frustrados cuando Belaúnde fracasó en sus negociaciones con la estadounidense International Petroleum Company para que ésta devuelva al Perú los yacimientos petrolíferos que controlaba en el norte del país. En 1968, en medio de esta crítica coyuntura, los militares dan un golpe de estado.

3.4. LA REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA

El nuevo gobierno militar, encabezado por el general Juan Velasco Alvarado (1910-1977), fue en varios sentidos distinto de los que anteriormente habían intervenido en la política peruana. Sorprendentemente, asumió un discurso nacionalista de izquierda, se autoproclamó como Gobierno Revolucionario de las

Fuerzas Armadas y anunció un conjunto de cambios drásticos en favor de trabajadores y campesinos, incluyendo la tan ansiada reforma agraria.

Para entender esta postura es importante mencionar que muchos de los oficiales que integraban el gobierno se habían formado en el Centro de Altos Estudios Militares del Ejército (creado en 1950), donde además de aprender la doctrina militar se abocaron al estudio de la historia y los problemas del país, asimilando por ejemplo algunas de las propuestas formuladas años atrás por Mariátegui. Desde antes de asumir el poder, muchos de ellos observaban con preocupación el escenario de convulsión social en el campo y eran plenamente conscientes de la necesidad de profundos cambios en la estructura social y económica del país. Algunos de estos oficiales se habían aproximado incluso mucho más a esa realidad durante la campaña militar que sofocó el estallido guerrillero de 1965, y el mismo general Velasco conoció de primera mano esas inequidades, pues se había criado en un humilde hogar de Piura (cerca de la frontera con Ecuador). Es así que, ya en el gobierno, los líderes militares revolucionarios levantan las reivindicaciones populares e indígenas, amnistían a los guerrilleros y a otros dirigentes de izquierda que se encontraban presos, incorporan a varios de ellos al nuevo gobierno y con el apoyo de algunas fuerzas de izquierda (entre ellas el PCP-Unidad “pro soviético” y el Partido Demócrata Cristiano) se lanzan a la tarea de realizar una “revolución desde arriba”.⁴⁷

Bajo la conducción del general Velasco, el gobierno procede entonces a nacionalizar los yacimientos petrolíferos y otros sectores estratégicos de la economía, como la explotación minera, la producción de acero y los servicios públicos. Los militares iniciaron en 1969 la reforma agraria, expropiando las tierras que se encontraban en manos de terratenientes, y entregándolas a los campesinos bajo modelos cooperativistas inspirados en tradiciones de comunitarismo andino, con lo cual prácticamente quedó liquidado el poder terrateniente en el campo y en la política. También tomaron medidas para proteger la industria nacional, incrementar los derechos laborales, fortalecer los sindicatos y otorgar a los trabajadores una participación en la gestión de las empresas. Asimismo, desde los inicios y a lo largo de todo este proceso, reivindicaron la imagen y el lugar de los campesinos indígenas como protagonistas destacados del nuevo proyecto nacional, modernizador y desarrollista.⁴⁸

Aunque durante esta época ninguna de las organizaciones revolucionarias de izquierda volvió a tomar las armas luego de la fallida experiencia guerrillera de 1965, conforme pasaban los primeros años

⁴⁷ Manuel Dammert (en Adrianzén, 2012) destaca el hecho de que esto ocurría en el Perú mientras que en gran parte de América Latina se imponía una oleada de dictaduras militares “fascistas” y de derecha apoyadas por los Estados Unidos.

⁴⁸ En la retórica oficial del gobierno militar, el término “indígena” se fue dejando de lado para privilegiar lo “campesino”. Al respecto, debo señalar que en el Perú hay muy poca información sobre la participación de jóvenes indígenas en organizaciones y movimientos políticos. Ellos aparecen esporádicamente en algunos estudios o reportes, usualmente subsumidos bajo categorías genéricas como las de “campesinos” o poblaciones “rurales”, pero su presencia no suele ser objeto de mayor análisis. Asimismo, hay en esto algunas diferencias: si ya la cualidad de “indígenas” ha sido muy poco representada en los trabajos sobre política en poblaciones andinas, lo ha sido menos aún para los casos de amazónicos o afroperuanos. Y en general, tampoco se sabe mucho sobre movimientos sociales que impulsen reivindicaciones específicamente étnicas en el Siglo XX peruano. Estos vacíos posiblemente se deban a sesgos de investigación que invisibilizan el componente indígena en la política, a que las agendas académicas se han enfocado más en otras prioridades, o a que los movimientos políticos propiamente étnicos han sido muy pocos y de alcance muy limitado en este periodo.

del gobierno militar varios grupos maoístas y de la Nueva Izquierda (ambos con gran presencia juvenil) encendieron aún más su retórica radical, en buena medida para diferenciarse del gobierno y sus aliados, oponiéndose así a quienes en el discurso y en la práctica venían realizando el programa que los sectores progresistas habían impulsado desde las décadas anteriores. Entre otras cosas, los grupos políticos más radicales acusaban al régimen de tener un carácter dictatorial, autoritario y “fascista”. En el conjunto de la izquierda, la polarización entre los que apoyaban y los que atacaban al gobierno militar profundizó la fragmentación en un espacio ya de por sí bastante dividido. Simultáneamente, quienes se oponían al régimen se fueron distanciando de los sectores populares (que en gran medida apoyaban las políticas del gobierno), aislándose así del proceso que se encontraba en marcha y quedando sus organizaciones confinadas en algunos pequeños núcleos sindicales y sobre todo en las universidades públicas, que –por su relativa autonomía y su gran población popular y provinciana– les ofrecían condiciones favorables para la reproducción de sus organizaciones y para la difusión (focalizada) de sus posturas críticas.

Las universidades públicas venían siendo ya desde mucho antes un espacio de constante actividad política, en el que las opciones revolucionarias convivían con varias otras tendencias.⁴⁹ Pero en los años sesenta y setenta se convirtieron no solo en una candente arena de debate dominado por ideas radicales, sino también en un terreno de disputa entre diversas organizaciones que buscaban controlar sus estructuras académicas y administrativas para hacerlas instrumentales a sus fines partidarios. Nicolás Lynch ha descrito por ejemplo cómo se desenvolvía la vida política en la Universidad de San Marcos en los años setenta, cuando llevaba allí sus estudios de sociología. En el aspecto ideológico, cobraron gran arraigo las tesis guevaristas sobre la guerra de guerrillas y más aún las maoístas sobre la guerra popular prolongada “del campo a la ciudad”, estableciéndose en general las nociones de que “el poder nace del fusil” y que la violencia es un método legítimo de acción política (Lynch, 1990).⁵⁰ Prevalcían además una visión “clasista” de la realidad social peruana y una cultura política contenciosa, de lucha constante entre contrarios (“lucha de clases”, “lucha ideológica”, etc.). A todo esto contribuyeron interpretaciones simplificadas y dogmáticas del marxismo, un “marxismo de manual” alimentado por publicaciones llegadas principalmente desde la China comunista y la Unión Soviética (Degregori, 2011b). Bajo estos esquemas teóricos, la universidad terminó –según Lynch– convertida en un “templo a Mao Tse Tung”, y proliferaron en ella las prácticas autoritarias y violentas para imponer ideas o programas, alcanzar cargos directivos, o tomar el control administrativo de la universidad con fines partidarios y clientelares (CVR, 2003d). Situaciones como esta, que se replicaban también en otras universidades públicas,

⁴⁹ Uno de los episodios políticos más sonados de los años cincuenta, en el que participaron jóvenes, fue en 1958 la frustrada visita de Richard Nixon (en ese entonces vicepresidente de los Estados Unidos) a la Universidad de San Marcos. Los estudiantes organizaron un mítin antiimperialista, impidieron el ingreso de Nixon a la Universidad y le arrojaron piedras, huevos, basura y hasta escupitajos.

⁵⁰ Las tesis guevaristas, que destacaban el rol de las vanguardias armadas, tendían a ser asumidas sobre todo por estudiantes de clase media de origen urbano, mientras que la propuesta maoísta, que privilegiaba el papel del partido revolucionario en la conducción de las masas campesinas, encontraba más aceptación entre estudiantes de sectores populares, provincianos y de antecedentes rurales.

significaron un deterioro de la calidad educativa y una pérdida de la relevancia que hasta entonces había tenido la universidad como institución generadora de ideas y proyectos nacionales.

Pero quizás la consecuencia más importante de la radicalización política en las universidades públicas fue el abandono que sufrieron por parte del estado (CVR, 2003c; Ministerio de Educación, 2006). Siendo que de estas universidades emanaba una airada oposición “antifascista” contra el régimen militar, éste dejó de interesarse por invertir en su fortalecimiento justo en el momento en que se masificaba la matrícula de jóvenes de sectores populares que buscaban ascender socialmente a través de la educación.

Lo que pasaba en universidades y partidos ocurría también, con diferentes matices, en otros ámbitos de la sociedad. Un fenómeno singular es el de la aparición de vertientes radicales en el catolicismo, tanto orgánicamente, con sacerdotes que impulsaban ideas de cambio social, como en sectores confesionales laicos comprometidos con el activismo de izquierda. En el primer caso jugó un rol destacado la Oficina Nacional de Información Social (ONIS), un aparato eclesiástico que agrupaba a un núcleo de sacerdotes peruanos y extranjeros que incluía a Gustavo Gutiérrez. En 1968, Gutiérrez (nacido en Lima en 1928) y sus compañeros dieron a conocer un manifiesto en el que por primera vez un órgano de la iglesia peruana condenaba las injusticias sociales en el país (Ramírez Aguilar, 2014). Allí se perfilaban ya algunas de las ideas con las que Gutiérrez dio forma a la Teología de la Liberación, una propuesta cristiana que recoge nociones del marxismo y plantea en la iglesia una “opción preferencial por los pobres”, y que luego se convirtió en una corriente teológica de gran difusión en América Latina y gran parte del mundo. Durante su juventud, Gutiérrez había seguido estudios de Medicina y Letras en la Universidad de San Marcos. En esa época comenzó a militar en el grupo Acción Católica, antes de dirigirse a Europa, donde estudió Teología y se inclinó por las tendencias renovadoras que en los años sesenta llegaron a tener una importante presencia en la iglesia católica.⁵¹ En el Perú, esas tendencias y las ideas de Gutiérrez inspiraron a muchos otros sacerdotes a comprometerse con los pobres y marginados, tomándolos como una prioridad de su trabajo pastoral. Bajo el gobierno militar de Velasco, el grupo de la ONIS se convirtió en un actor público, colocándose políticamente a la izquierda del régimen: “los drásticos cambios sociales impuestos desde arriba eran públicamente considerados como necesarios, pero insuficientes, por los sacerdotes radicalizados” (Pásara, 1986). En su investigación sobre la ONIS, Michael G. Macaulay (1972) anota que no todos sus integrantes resultaron ser activos, sino que eran los jóvenes los más entusiastas y quienes se sentían más atraídos por este movimiento sacerdotal.⁵² Esta orientación en la iglesia venía teniendo consecuencias entre los cristianos miembros de partidos políticos. En 1966, un grupo del Partido Demócrata Cristiano, que discrepaba con la adopción de

⁵¹ En esa época, Paulo VI (papa de 1963 a 1978) había expresado su interés por tópicos como las migraciones, la miseria y los países del “tercer mundo”, recogiendo el espíritu del Concilio Vaticano II (1963-1965), mientras que la Conferencia del episcopado latinoamericano de Medellín (1968) llamaba a reflexionar sobre la problemática social y la pobreza.

⁵² Según Ramírez (2014), en su mejor momento la ONIS involucró en sus actividades a un 9% por ciento del clero en el Perú.

doctrinas marxistas en esta organización, se separó de ella para fundar el Partido Popular Cristiano (PPC), que más adelante sería por un buen tiempo la principal fuerza política de derecha del país.

La orientación socialista de la ONIS legitimó la participación política de muchos jóvenes católicos laicos ansiosos por intervenir en los procesos de cambio social. Aquí puedo citar como ejemplo el caso de Manuel Dammert (nacido en Lima en 1949), quien desde muy joven fue dirigente peruano y latinoamericano de la Juventud Estudiantil Católica. Luego participó en organizaciones de izquierda como el MIR y VR y desarrolló un fuerte activismo cuando estudiaba Sociología en la Universidad de San Marcos. En 1974, Dammert se aparta de VR y funda –a los 25 años– el Partido Comunista Revolucionario (PCR), junto a un grupo de jóvenes cristianos que desplegaban así una “doble militancia”, católica y de izquierda. El caso del PCR es quizás el que mejor ilustra cómo los jóvenes católicos radicales fueron conformando “bolsones partidarios dentro de la izquierda” (Pásara, 1986).⁵³ Pero así como ellos, también muchos otros integraron en su compromiso social las nociones marxistas y socialistas y trabajaron en comunidades populares “de base” a través de organizaciones eclesásticas.

Todos estos ánimos en partidos, iglesia, universidades y sectores populares se fueron encendiendo aún más conforme se complicaba el panorama sociopolítico del país. Los militares enfrentaban situaciones difíciles. La reforma agraria resultó ser un proceso enormemente complejo; avanzaba, pero con algunos tropiezos y de manera desigual. En muchos lugares los campesinos se beneficiaron de la redistribución de tierras, pero en algunos otros su situación mejoró poco o nada (por ejemplo en Ayacucho). Hacia 1973, una recesión internacional se combinó con factores internos para generar un deterioro de la economía nacional, y para 1975 el malestar social era ya visible en las calles. El gobierno venía respondiendo a las protestas de forma cada vez más autoritaria, hasta que en ese año el asunto se le fue de las manos cuando una huelga policial dejó a Lima sin protección, desencadenándose una serie de motines y saqueos, cuya represión causó 86 muertos. Y mientras que la confianza pública en el régimen se desmoronaba, otro tanto ocurría con la salud de Velasco, quien además venía perdiendo el respaldo de sus colegas de armas y se vio obligado a ceder el poder al general Francisco Morales Bermúdez, iniciándose así la “segunda fase” del gobierno militar (1975-1980).

Al asumir la conducción del gobierno, Morales Bermúdez comenzó a moderar –y eventualmente abandonar– el discurso revolucionario. Paulatinamente fue desmontando las reformas iniciadas por su antecesor. Presionado por el ala conservadora en las fuerzas armadas, pero también por exigencias del Fondo Monetario Internacional, implementó políticas liberales y de austeridad (reducción de la inversión social y los subsidios, entre otras) y recortó los derechos laborales, en un intento por estabilizar la economía en crisis.

⁵³ Pásara (1986) señala que en este medio, para salvar las incongruencias entre el marxismo y la fe cristiana, los jóvenes católicos debían mostrar una radicalidad a toda prueba, evitando así ser considerados como “revolucionarios de segunda clase”. En realidad, no les fue difícil efectuar una conjunción entre la utopía revolucionaria y la utopía cristiana que los alentaba a “transformar el mundo en el sentido de la Promesa del Reino [de los Cielos]”.

Como era de esperarse, el sector de izquierda que había colaborado con Velasco retiró su apoyo a los militares. De igual forma, el ya menguante respaldo popular al gobierno terminó por esfumarse, mientras que la situación económica empeoraba. En ese contexto, los partidos políticos de todas las tendencias se revitalizaron y le exigieron al régimen que abandone el poder y dé paso a la democracia. Desprestigiado y políticamente aislado, el gobierno cedió y en 1977 convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente, que fue seguida por los comicios de 1980 para elegir a un nuevo gobierno civil.

El descontento social se venía manifestando en masivas movilizaciones populares y violencia en las calles. Las protestas alcanzaron dimensiones inéditas en el país, alentadas por los gremios sindicales y numerosos grupos de izquierda (incluyendo a los universitarios), quienes organizaron dos exitosos paros nacionales en 1977 y 1978. Este momento fue clave para el variopinto sector de izquierda. A pesar de que para ese entonces se había casi generalizado entre sus organizaciones un ardoroso discurso revolucionario, éstas –por diversas razones– mayoritariamente decidieron participar en el proceso de transición pacífica a la democracia representativa, tejiendo algunas alianzas y presentándose a las elecciones para la Asamblea Constituyente.⁵⁴

Gracias a su reciente desempeño en las protestas contra el régimen, las organizaciones de izquierda alcanzaron una importante representación en la Asamblea, aunque divididos en cinco partidos. Los apristas, que se habían mantenido unidos en torno a su ya anciano líder Haya de la Torre, obtuvieron una ligera ventaja sobre las izquierdas, ubicándose en el “centro” del espectro político, mientras que la derecha, aglutinada en el PPC constituyó la tercera fuerza política, delante de algunas agrupaciones menores. Estos partidos, luego de culminar exitosamente la redacción del nuevo texto constitucional en 1979, se prepararon para las elecciones presidenciales del año siguiente.

El Partido Aprista se mostraba como el favorito para ganar las elecciones, pero su potencial quedó disminuido por el fallecimiento de Haya de la Torre en 1979.⁵⁵ La izquierda gozaba en ese momento de un creciente apoyo popular (poco antes había llegado a la Asamblea Constituyente con el 36 por ciento de los votos), pero su “crónica tendencia a dividirse” (Klaren, 2004) le impidió presentar una candidatura unificada, y compitió en las elecciones con siete diferentes listas (Adrianzén, 2012). Las preferencias electorales se inclinaron entonces a favor de Fernando Belaúnde, quien en 1968 había sido derrocado por los militares y volvía al país luego de su exilio para competir en los comicios con Acción Popular, esta vez al frente de una opción de centro derecha, logrando acceder nuevamente a la presidencia.⁵⁶

⁵⁴ Los grupos de izquierda clandestinos y revolucionarios enfrentaron grandes dilemas ante la perspectiva de pasar a la legalidad e integrarse a una democracia representativa. En varios casos, la “esquizofrenia doctrinaria” se resolvió en el sentido de asumir la legalidad como una estrategia de acumulación de fuerzas para una posterior toma del poder, aplicando la fórmula leninista de emplear las elecciones y los parlamentos como tribunas de agitación y propaganda (CVR, 2003b).

⁵⁵ La muerte de Haya minó las opciones electorales del aprismo debido a que su cohesión se sustentaba en gran parte en un culto a la personalidad de su líder, de modo tal que otros dirigentes apristas aparecían tan solo como sus “satélites” (Cotler, 1994).

⁵⁶ Acción Popular obtuvo el 45% de los votos, seguido por el aprismo con el 27%. Los partidos de izquierda, en su conjunto, alcanzaron tan solo el 14%, menos de la mitad de los votos que habían logrado para la Asamblea Constituyente (Wikipedia.org).

Al igual que en su primera elección, Belaúnde asumía el poder con enormes expectativas puestas sobre él: debía no solo estabilizar y mejorar la maltrecha economía, sino también demostrar que podía hacerlo en el marco del diseño institucional y democrático creado por la nueva Constitución. Pero mientras su gobierno comenzaba esta tarea, se iniciaba al mismo tiempo, en los Andes, lo que en adelante se convertiría en el mayor y más traumático baño de sangre que ha conocido el país en toda su historia republicana: la guerra revolucionaria emprendida por Sendero Luminoso contra el Estado peruano, en la que –como veremos a continuación– desempeñó un importante papel la presencia de jóvenes.

3.5. LOS JÓVENES EN EL YENÁN ANDINO (LA VOLUNTAD DESBORDADA)

El 17 de mayo de 1980, justo en la víspera de los comicios para la elección del nuevo gobierno democrático, un grupo de militantes de Sendero Luminoso quemó el material electoral llegado a una pequeña localidad de Ayacucho, en la sierra sur del país, dando inicio de este modo a la “guerra popular” que venían preparando desde 1977. El hecho pasó casi desapercibido en ese momento, y, una vez instalado el nuevo gobierno, éste le restó relevancia a las primeras acciones de Sendero en Ayacucho, Lima y otras regiones (detonaciones de bombas, robos de armas y explosivos, asesinatos, entre otras). E incluso cuando comenzaron a ser cada vez más frecuentes los ataques y muertes en estaciones policiales y otras agencias del Estado, Belaúnde prefirió mantener el asunto dentro del ámbito del manejo policial (pues por su experiencia con los militares era poco proclive a ampliar la autoridad de las fuerzas armadas). Ocurre entonces que Sendero comienza a expandirse rápidamente en Ayacucho y otras zonas adyacentes, sobre todo en las áreas rurales más depauperizadas.

Este nuevo desafío insurreccional constituyó una sorpresa para el gobierno y sus aparatos de seguridad, para los partidos y aun para los académicos (Degregori, 2011c). Pero conforme se agravaba la situación, surgió la necesidad de entender el fenómeno y ensayar respuestas. En lo que respecta a la formación y el desarrollo de Sendero Luminoso, podemos aproximarnos a su comprensión revisando la trayectoria de esta organización (indesligable de la biografía de su líder), integrando algunas piezas de la historia narrada hasta aquí, y considerando también el rol que jugaron los jóvenes en esta evolución.

Sin soslayar las causas sociales, históricas o estructurales que contribuyeron al estallido de la violencia política en 1980, no es inexacto afirmar que en su origen hay importantes factores asociados con la voluntad y las decisiones tomadas por Sendero Luminoso, y concretamente por su líder, Abimael Guzmán Reynoso. Guzmán (nacido en 1934) fue hijo de un comerciante de clase media radicado en Arequipa, su tierra natal. Tempranamente se interesó por el marxismo, y siendo muy joven (a los 20 años) decide afiliarse al PCP, cuando estudiaba Filosofía y Derecho en la Universidad Nacional de San Agustín. Desde entonces desarrolló una activa vida partidaria, que continuó en Ayacucho a partir de 1962, cuando (a los 28 años) se traslada a este lugar para trabajar como docente de Filosofía en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (UNSC). Allí muy pronto se destaca por su retórica marxista, y logra atraer a una animada audiencia compuesta por jóvenes ayacuchanos de sectores medios

y populares, muchos de ellos de antecedentes rurales, que en general –como buena parte de su generación en el Perú y el mundo– compartían grandes anhelos de cambio social (Gamarra, 2010). Y estos anhelos se veían aún más acentuados por la crónica situación de pobreza y desigualdad en Ayacucho, y por la histórica postergación de este espacio regional con respecto al ultra centralismo limeño.

En esos años se produjo la ruptura del PCP. Guzmán se alineó en el sector maoísta, el PCP-Bandera Roja, integrándose en la comisión militar del partido. También trabajó en la construcción del Comité Regional José Carlos Mariátegui, pero sobre todo en lo que luego se conocería como la “fracción roja”, un proyecto personal con el que pretendía fortalecer su posición con miras a tomar el control del partido (CVR, 2003d). En esa misma época viaja a China en dos ocasiones (1964 y 1967). Allí profundizó sus convicciones maoístas, se entrenó en los principios y tácticas de la guerra popular, y aprendió *in situ* cómo se desarrollaba el proceso de depuración ideológica emprendido durante la Revolución Cultural.

A fines de los años sesenta, Guzmán robustecía su “fracción roja” no solo atrayendo adeptos mediante la docencia, sino también maniobrando dentro de la UNSCH para ubicarse con sus colaboradores en posiciones administrativas que resultaban claves para la reproducción de su aparato partidario. Según Klaren (2004), de este modo usaba la Universidad “para reclutar, organizar y subsidiar la creación de una nueva vanguardia comunista”.

Por esta y otras razones, el gobierno comenzó a recortar el presupuesto de la Universidad, al tiempo que reducía también la inversión social en Ayacucho, generándose entre los estudiantes y la población un descontento que terminó siendo capitalizado por Guzmán y su grupo, que ya para ese entonces controlaban la federación estudiantil y se habían insertado exitosamente en organizaciones campesinas y barriales. Casi simultáneamente, en 1969, se produjo en Huamanga y en la vecina ciudad de Huanta un extenso movimiento por la “gratuidad de la enseñanza”, en respuesta a un decreto militar que eliminaba dicha gratuidad (un derecho desde 1953) para los estudiantes secundarios que desaprobaban las asignaturas. El gobierno tuvo que retroceder ante la magnitud de las protestas (en las que fallecieron algunas personas). Pero la coyuntura fue crítica para Guzmán porque en medio de las movilizaciones se acentuaron las discrepancias entre su “fracción roja” y los dirigentes del PCP-BR, quienes terminan expulsándolo del partido (Degregori, 2010).

Es entonces que Guzmán decide fundar en 1970 el PCP-Sendero Luminoso, con un pequeño pero cohesionado grupo de jóvenes. Dado que luego de la división el PCP-BR retuvo su influencia en las organizaciones barriales y campesinas de la zona, además de sus conexiones nacionales, Sendero quedó confinado principalmente en el medio ayacuchano, y casi exclusivamente en la UNSCH (Degregori, 2010). Aislado y recluido en la Universidad, durante 1970 y 1971 el pequeño grupo de Guzmán se entregó al estudio de las obras de Marx, Lenin, Mao y Mariátegui. Basado sobre todo en sus experiencias y estudios en la China comunista, Guzmán realizó una interpretación singular de la doctrina marxista clásica y peruana.

Como ya señalé, en los años veinte Mariátegui había descrito al Perú como un país “semifeudal” y “semicolonial”, y postulaba que los campesinos habrían de tener un papel central en una eventual revolución socialista, considerando que la mayor parte de la población del país se encontraba en el campo. Estas ideas eran muy similares a las que posteriormente expuso Mao, antes del inicio de la guerra popular en China (1927), cuando caracterizó la situación de ese país en su periodo pre revolucionario.

No obstante, había pasado ya medio siglo desde que Mariátegui ofreció aquel diagnóstico. El gobierno militar de Velasco había nacionalizado amplios sectores de la economía (desplazando a las fuerzas “coloniales” o imperialistas) y erradicado el poder de los terratenientes en el campo, mientras que las migraciones cambiaban radicalmente la distribución de la población rural y urbana, determinando un desdoblamiento del campo y una masificación en las ciudades. Asimismo, con el proceso de modernización que venía ya desde la época de Belaúnde, la expansión de las comunicaciones conectaba cada vez más a los campesinos con las influencias y los mercados urbanos e internacionales.

Pero Guzmán se aferró a la idea de que el Perú seguía siendo un país “semifeudal” y “semicolonial”, en parte por su lectura dogmática de los clásicos del marxismo, y en parte también por las convicciones que había adquirido antes, durante y después de su paso por China. Era, pues, necesario defender estas tesis para justificar la pertinencia de una guerra popular prolongada del campo a la ciudad (según el modelo chino), liderada por él y su partido, que debía empezar a organizarse como una “máquina de guerra”. Si bien surgieron en su propio grupo algunas discrepancias con esta postura, Guzmán pudo someterlas porque aplicaba hábilmente las técnicas de depuración ideológica que aprendió en China durante la Revolución Cultural. De esta forma, declaró la “validez universal” del principio de la guerra popular. La experiencia en China le había ofrecido además el modelo de Mao para la cohesión política e ideológica del partido revolucionario: el culto a la personalidad del líder. Guzmán establecería más adelante (por mandato partidario) la infalibilidad de sus decisiones y de su propio pensamiento, el “pensamiento Gonzalo”, fundamento de una nueva doctrina que era “la única científica”, una forma superior de ver la realidad, a la que solo él y su cúpula tenían acceso (Ramírez & Nureña, 2012).⁵⁷

Armados con su “ideología de guerra”, los senderistas dejaron el enclaustramiento intelectual y comenzaron la tarea organizativa y proselitista. En un principio trabajaron en la propia Universidad a través de las cátedras y empleando mecanismos clientelares. Por ejemplo, mediante el manejo administrativo de la vivienda y el comedor universitarios trataban de reclutar a los estudiantes más pobres (los más necesitados de estos servicios). Con especial énfasis se aplicaron al control del programa de Educación, de tal suerte que muchos nuevos maestros o bien recibían en su formación los conceptos senderistas sobre la revolución, o bien –además de eso– se sumaban a la causa de Guzmán. En cualquiera de los dos casos, actuaban como correas de transmisión entre el proyecto de Sendero y numerosas

⁵⁷ Luego Guzmán se autoproclamó también como el “presidente Gonzalo, cuarta espada del marxismo [al lado de Marx, Lenin y Mao], el más grande marxista-leninista-maoísta viviente, encarnación de 15 mil millones de años de evolución de la materia en movimiento” (citado en CVR, 2003a).

escuelas urbanas y rurales de primaria y secundaria, lo cual –nuevamente– contribuía ya sea a ampliar el reclutamiento o a preparar el terreno para la expansión de la presencia senderista, orgánica e ideológica, más allá de la Universidad.⁵⁸

Todo esto se desarrollaba en un terreno más que propicio para las intenciones de Guzmán. Como mencioné líneas arriba, Ayacucho era –y lo sigue siendo hasta hoy– una de las regiones más pobres del país. Su histórica subordinación con respecto a Lima y otros centros urbanos alimentaba justificados sentimientos de agravio e inequidad. Y para empeorar las cosas, la reforma agraria no había sido particularmente exitosa en esta región. Si bien muchos terratenientes perdieron el lugar privilegiado que antes tenían, el gobierno no logró sustituirlos por algún nuevo esquema económico y organizativo, dejando entonces un amplio vacío de poder en el campo ayacuchano (CVR, 2003a). Recordemos además que para esa época (1973-1975) la economía del país entraba en crisis y se incrementaba la agitación popular contra el régimen militar.

Pero hay otro factor que quizás ayude a comprender mejor cómo, en esos años, un proyecto tan dogmático como el de Sendero llegó a ser aceptado o al menos tolerado tanto por jóvenes urbanos y universitarios de clase media (el perfil de muchos de sus cuadros en los rangos medio y alto), como por otros de sectores populares y rurales. Un aspecto crucial de este fenómeno fue el de las altas expectativas que con el gobierno militar se habían generado en la sociedad y entre los jóvenes en particular. Por un lado, el discurso revolucionario del gobierno, diseminado a gran escala con la expansión de los medios de comunicación, prometía un mundo nuevo de modernidad, desarrollo y prosperidad, donde se resarcirían las inequidades y exclusiones que habían persistido a lo largo de la historia peruana. Pero por otra parte, los jóvenes ayacuchanos y de otras partes del país contrastaban esa promesa con sus condiciones reales de vida. Les habían persuadido de que la educación era el camino para el ascenso social, y se volcaron masivamente a colegios y universidades, pero pronto advirtieron que a pesar de tener estudios seguían siendo ninguneados y excluidos en la sociedad por sus orígenes sociales y sus rasgos étnicos, o simplemente porque un ayacuchano o un andino, aunque educados, continuaban siendo “menos” que un limeño o un costeño.

Entonces, muchos jóvenes iban a la universidad no solo para educarse en sus carreras. También estaban ávidos de explicaciones satisfactorias para sus problemas existenciales y para las contradicciones del país. Y las encontraban fácilmente, ya digeridas en los manuales de marxismo, a través de las clases o

⁵⁸ Según Carlos Tapia, en ese entonces profesor en la UNSCH: “Existía una verdadera dictadura hegemónica [de SL] al interior de la Universidad; el frente de defensa [de Ayacucho] opinaba sobre la contratación o comportamiento de sus profesores y autoridades. Se presionaba para que éstos participaran en las *minkas* [trabajo colectivo] para limpiar calles en las barriadas, se tomaba lista de quiénes asistían y quiénes no, etcétera. El portero de la Universidad era el encargado de enganchar a los profesores para la suscripción de la publicación *Pekín Informa*. ¡Ay de aquel profesor que se negaba a suscribirse! Cuando había un pedido estudiantil, el Consejo Universitario tenía que entrar a la sala de sesiones, entre dos filas de estudiantes que blandían sobre sus cabezas el libro rojo de Mao. A mí me quisieron tachar porque en mi curso de Economía Política había puesto como bibliografía un texto de Oskar Langue, al que consideraban revisionista.” (en Adrianzén, 2012).

en los discursos de diversos grupos que, al igual que Sendero, les brindaban además la solución definitiva: la guerra revolucionaria.⁵⁹

Mientras tanto, el Estado se alejaba de la universidad pública, desinteresándose por su desarrollo y reduciendo sus rentas. Las condiciones estaban dadas para la proliferación de propuestas radicales en este medio. Sin embargo, esto no significa que Sendero haya dominado completamente la UNSCH. Así como este grupo, varios otros levantaban también sus propias consignas revolucionarias y contra el régimen, incluyendo llamados a tomar las armas. Es así que, hacia mediados de los setentas, Sendero es desplazado en la UNSCH por otros grupos de izquierda. Frente a esta situación, Guzmán decide dejar la Universidad para concentrarse en el trabajo político en el campo con miras a la insurgencia armada.

Al parecer, Guzmán lo tenía todo ya planeado, pero no pudo prever el curso que tomaría la historia cuando la convulsión social obligó al gobierno militar a anunciar la transición a la democracia. Frente a esto, los numerosos grupos de izquierda, desde los más moderados hasta muchos de los que también se preparaban clandestinamente para la lucha armada, optaron masivamente por participar en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1977. Sendero quedó entonces como el único partido con intenciones bélicas serias, aunque casi nadie le prestó atención (para quienes lo conocían era un partido regional e irrelevante aislado en la UNSCH). Con todo, es de suponerse que Guzmán enfrentaba un dilema: no era lo mismo hacer la guerra contra un régimen militar “fascista”, que desafiar a un gobierno elegido democráticamente.

La solución de Sendero estuvo a tono con la manera en que previamente había construido su justificación para la guerra popular: definió a la transición democrática como “la tercera reestructuración del Estado burocrático-terrateniente”, y, para restarle legitimidad al nuevo régimen, planificó el “Inicio de la Lucha Armada” (ILA 1980) para un día antes de las elecciones presidenciales. El resto de la historia es más o menos conocida: el proyecto totalitario de Guzmán produjo alrededor de 76 mil muertos en una guerra que se prolongó hasta 1992, y preparó el camino para una nueva dictadura en los años noventa.⁶⁰

Para cuando Belaúnde decidió enviar a las fuerzas armadas a resolver el problema, éste ya se estaba volviendo inmanejable. Y los militares, sin saber bien a qué se enfrentaban, cometieron atropellos contra la población civil. De hecho, esto en parte entraba en los cálculos de Sendero, pues la estrategia maoísta de guerra popular conlleva mezclarse con la población civil, desafiar desde ahí a los aparatos

⁵⁹ Esto nos lleva también al tema de la transmisión del conocimiento. En un país y una región tan marcadamente desiguales y jerarquizados en su estructura social, la enseñanza tiende a ser igualmente jerárquica. Las relaciones de saber-poder se traducían en el hecho básico de que “el maestro enseña y el alumno aprende”, y no hay espacio para cuestionar la autoridad del que “sabe más” ni del autor clásico.

⁶⁰ Decía previamente que la decisión de Sendero tomó a muchos por sorpresa. La tímida respuesta inicial del gobierno de Belaúnde permitió su rápida expansión. Las izquierdas actuaron dubitativamente, y muchos en este sector veían la aventura senderista con cierto romanticismo (pues ellos mismos hablaban de revolución poco tiempo atrás). Sin embargo, a los pocos años quedaba ya poco de esa actitud condescendiente, cuando Sendero comenzó a asesinar e incluso dinamitar los cuerpos de muchos líderes y militantes de la nueva “izquierda legal”. Pero no solo a ellos: Sendero también asesinaba a dirigentes sindicales, líderes religiosos, autoridades locales y tradicionales e incluso cometía masacres contra comunidades enteras de indígenas y campesinos. En general, cualquiera que no compartiera sus ideas era un obstáculo para Guzmán, quien proclamó que había que “cruzar ríos de sangre” en una revolución que según él iba a costar “un millón de muertos”.

armados del Estado, y luego retirarse, esperando que la represión contra la población tenga el efecto de sumar apoyos a la revolución. Pero ocurrió lo contrario: cada vez más los campesinos decidían auto organizarse para luchar contra Sendero ya sea por su propia cuenta o aliados con las fuerzas armadas.

El gobierno de Belaúnde no tuvo logros sobresalientes, salvo por un importante programa de obras públicas. No obstante, también en este aspecto el país venía siendo duramente golpeado, pues Sendero Luminoso sabotó hasta donde pudo la infraestructura del país, destruyendo instalaciones agrícolas y de energía, puentes y carreteras, etc. En lo económico, el país continuó en crisis (en parte por las propias acciones de Sendero). Y políticamente, se mantuvo el esquema democrático, con una gran ampliación de las libertades civiles y políticas.

Pero este periodo fue también el de la gestación y el estallido de un nuevo proyecto armado: el del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Algunos pequeños grupos radicales de izquierda, integrados por protagonistas y simpatizantes del movimiento guerrillero de 1965 (principalmente del MIR y sus derivaciones), además de ex apristas y algunos jóvenes guevaristas de aparatos universitarios y sindicales, se organizaron desde 1980 para preparar una nueva insurgencia. Estos activistas veían que el escenario político del país seguía acalorado, y no eran indiferentes ante el hecho de que Sendero Luminoso se haya lanzado a la guerra. Pero su convicción para decidirse a tomar las armas estuvo influida sobre todo por el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, ocurrido en 1979 (CVR, 2003).⁶¹ Es así que, luego de una etapa de planificación, el MRTA comienza sus acciones en 1984 atacando algunos puestos policiales y realizando secuestros, asesinatos selectivos y labores de “propaganda armada”, aunque su presencia solo llegó a ser más visible luego de que Belaúnde terminara su mandato presidencial.

En este periodo menguó en algo la presencia juvenil en la política institucional, o al menos no se manifestó en el nivel masivo observado en los años y décadas anteriores. La izquierda, por ejemplo, pasó a ser liderada básicamente por veteranos de los procesos previos. Muchos de ellos, luego de su fiasco electoral de 1980, lograron asociarse en ese mismo año para participar en las elecciones municipales de 1983 agrupados como Izquierda Unida (IU). Representando en alguna medida la decepción popular respecto a Belaúnde, IU ganó los gobiernos municipales de gran parte del país, incluyendo la importante plaza de Lima con Alfonso Barrantes, un abogado de 55 años, ex presidente de la federación estudiantil de la Universidad de San Marcos. Los jóvenes participaron en esta evolución de la izquierda, pero asumiendo un rol más bien secundario. Sin embargo, se mantuvieron muy activos en ciertos espacios. Por ejemplo, en San Marcos la recomposición de la izquierda se reflejó en la formación de una alianza

⁶¹ Desde los años sesenta, ninguna insurgencia armada de izquierda logró ser exitosa en América Latina; pero en 1979 los sandinistas demostraron que sí era posible llegar al poder mediante una estrategia guerrillera, y en 1980 eran ya visibles las repercusiones de su victoria en Centroamérica y Colombia.

(Izquierda Unida-San Marcos) que desplazó en la Federación Universitaria al otrora poderoso y radical frente “antifascista” y contribuyó a frenar la expansión de Sendero Luminoso en este entorno.⁶²

Mientras tanto, también los apristas se beneficiaban del pobre desempeño de Belaúnde, obteniendo buena parte de los gobiernos municipales en 1983. Luego de la muerte de Haya, la conducción del partido quedó en manos de una “gerontocracia” (Tanaka, 2008) compuesta principalmente por líderes que habían sobrevivido a los periodos de clandestinidad de los años treinta a los cincuenta (la época de “Las Catacumbas”). No obstante, en estos años comenzó a sobresalir la carismática figura de Alan García Pérez, un joven diputado miembro del parlamento elegido en 1980.

3.6. DEMOCRACIA ES IGUAL A CAOS (LAS COLAS DE PESCADO)

Alan García (nacido en Lima en 1949), hijo de una pareja de militantes apristas de clase media, se había enrolado a los 17 años en la Federación Aprista Juvenil. Luego de estudiar Derecho en las universidades Católica y San Marcos, se dirigió a España y Francia para continuar con su formación. En 1978 volvió al Perú para colaborar con Haya de la Torre durante el proceso de transición a la democracia, convirtiéndose en el discípulo predilecto y secretario personal del líder aprista. García también fue parte del “buró de conjunciones”, un muy selecto grupo partidario conformado por jóvenes que tenían un acceso privilegiado y una fuerte cercanía a Haya.⁶³ Todo esto le valió para ingresar a la Asamblea Constituyente de 1977, a los 28 años de edad, como uno de los dos asambleístas más jóvenes, y después igualmente al nuevo parlamento en 1980. Por su performance en el Congreso y su creciente popularidad, logró hacerse de un lugar expectante en su partido, que lo elige como candidato presidencial para las elecciones de 1985.

Especialmente dotado para la oratoria, y proyectando la fresca imagen de un líder joven, carismático y renovador, Alan García compite en las elecciones con un discurso de centro izquierda reivindicativo de las clases trabajadoras. De esta forma consigue derrotar a las opciones de izquierda (A. Barrantes, IU) y derecha (L. Bedoya, PPC), alcanzando la presidencia de la República con tan solo 35 años de edad, y llevando al Partido Aprista al poder por primera vez desde su fundación en 1930.

De la gestión aprista en el gobierno (1985-1990) hay poco que decir. Al evaluarla globalmente, numerosos académicos coinciden en usar términos como “desastre”, “colapso” y “caos” (Cotler, 1997; Klaren, 2004; Tanaka, 2008). Con García, la ya delicada situación económica y política del país llegó a

⁶² No obstante, la violencia política se volvió experiencia cotidiana en esta Universidad: “Una noche de verano, sería 1983, Aníbal Quijano contaba detalles de cómo la radio había cambiado la vida cotidiana de los norteamericanos en los años treinta. Lo seguíamos con atención cuando se escuchó el primer estruendo de la dinamita en los extramuros de la Ciudad Universitaria. En menos de diez segundos hubo otros dos bombazos que nos cubrieron de sombras. La luz se fue de pronto, pero Quijano seguía allí. Imperturbable. Apenas un respiro, y continuó con esa exposición (magistral) que ningún senderista le podía estropear, y que ninguno de nosotros se quería perder. (...) Esa clase, a ratos estremecida por el sonido de la bala o la letanía senderista que subía amenazante desde el Patio de Letras, dictada en medio de un apagón, pero iluminada por la convicción de un maestro, puede dar una idea de la experiencia extraordinaria que fue para mí estudiar en San Marcos.” Mario Munive, “Una clase con Quijano”, *La República* (Lima), 9 May. 2007.

⁶³ Haya de la Torre había creado el “Buró Nacional de Conjunciones” en 1969, como una forma de relanzar al aprismo cuando su discurso y su programa quedaron minimizados por los del gobierno militar de Velasco.

extremos de horror. En lo económico, su torpe manejo de las finanzas produjo una inflación que en ese periodo alcanzó la alucinante cifra de 7,649 por ciento. Es decir, el valor del dinero se evaporaba – literalmente– de una noche a la mañana siguiente. El desempleo y subempleo llegaron al 70 por ciento en 1990, mientras que el hambre alcanzó niveles tales que se podía medir con los picos de elevación de las tasas de mortalidad infantil (Klaren, 2004).⁶⁴

En el plano político, uno de los principales beneficiados por la catastrófica gestión aprista fue Sendero Luminoso, que creció en tal magnitud que hacia 1988 Abimael Guzmán ya preparaba planes para un asalto final y definitivo sobre Lima. Sin embargo, para esa época ya se había generalizado en la sociedad peruana el rechazo a Sendero y su estrategia terrorista. En el campo, la alianza entre las fuerzas del Estado y los campesinos armados venía derrotando a los senderistas (cometiéndose muchas arbitrariedades contra la población civil por parte de ambos bandos), pero en Lima y otras ciudades crecía la sensación de zozobra por los constantes cortes de energía, las detonaciones de bombas, los asesinatos y –desde luego– el caos económico. En ambas áreas, Sendero proseguía su lucha principalmente con un puñado de estudiantes radicalizados captados en universidades públicas (CVR, 2003c), y con algunos jóvenes rurales pobres que habían adoptado la “utopía campesinista” de Guzmán en los primeros años de la guerra (Degregori, 2011a).⁶⁵

El panorama se agravaba con el crecimiento del MRTA. Bajo el gobierno de Alan García, el MRTA amplió sus acciones e hizo sentir su presencia en varias ciudades y zonas del campo (de manera importante en la selva central y norte del país). El MRTA estaba liderado por Víctor Polay Campos, un ex aprista quien tenía 31 años de edad cuando fundó este grupo en 1982. Polay había sido dirigente del Comando Universitario Aprista, y desde los 18 años era ya miembro del “buró de conjunciones” de Haya de la Torre. En los años setenta estuvo también en Europa, donde fue muy cercano a García.

El MRTA, al igual que Sendero Luminoso, se valió de las universidades para reclutar a jóvenes e integrarlos a la guerrilla (CVR, 2003c). En cierto momento tuvo también la iniciativa de coordinar su lucha con el grupo de Abimael Guzmán, pero muy pronto se encontró guerreando en dos frentes: con las fuerzas estatales y con Sendero. Ante las brutalidades que venían ocurriendo en el contexto de la violencia política, el MRTA hizo un llamado para que las partes en conflicto respeten los códigos de la guerra contenidos en las Convenciones de Ginebra (CVR, 2003e), pero cuando extendió su práctica de

⁶⁴ Klaren (2004) lo pone de este modo: “... largas filas de amas de casa hacían cola para conseguir huesos de vaca y pollo, grasa de cerdo y cabezas y colas de pescado. Los consumidores simplemente no podían comprar otras partes de los animales, que luego se malograban por falta de compradores.”

⁶⁵ Resulta sorprendente que Sendero Luminoso haya tenido un impacto tan grande en el país, considerando el reducido número de sus integrantes: 12 militantes en Ayacucho en el momento de su fundación, 520 personas (entre militantes y simpatizantes) cuando se inició la guerra, y alrededor de 2,700 en todo el país hacia 1990 (CVR, 2003c). Degregori (2011a) ha explicado cómo la promesa del poder le sirvió a Sendero para reclutar a jóvenes campesinos pobres de Ayacucho, donde operaba a través de maestros rurales. Según un testimonio recogido por este autor: “Decían que Ayacucho iba a ser zona liberada en 1985. Una famosa ilusión que han creado a los muchachos es que ya pues estamos en el 81, para el 85 va a ser una república independiente, ¿acaso no quieres ser un ministro?, ¿acaso no quieres ser un jefe militar? Ser algo, ¿no?” Lurgio Gavilán (2012) ha ofrecido el mejor testimonio disponible sobre la participación de jóvenes rurales en SL. Gavilán fue combatiente de este grupo a los 12 años, luego soldado del Ejército Peruano, después cura franciscano y actualmente es antropólogo.

asesinar y secuestrar civiles, sus diferencias con Sendero se hicieron borrosas para la sociedad. Carente de respaldo popular, y luego de cometer varios errores tácticos, el MRTA vio sus posibilidades seriamente melladas y comenzó a sufrir estrepitosas derrotas militares. Así, hacia 1990, el MRTA iba dejando de ser una amenaza importante para el Estado –si es que alguna vez lo fue. Incluso, sus discrepancias internas motivaron que algunos segmentos emerretistas empezaran a combatir entre ellos mismos.⁶⁶

Otra consecuencia política del calamitoso gobierno aprista fue el ascenso de la derecha. García ya venía encolerizando a este sector con las políticas populistas que impulsó desde el inicio de su régimen. En medio de la galopante inflación, decretaba controles de precios, congelaba el tipo de cambio del dólar y constantemente mandaba a imprimir billetes (en lo que se conoció como “La Maquinita”). Luego se ganó también la ojeriza de los organismos financieros internacionales cuando suspendió los pagos de la deuda externa, generando un aislamiento económico del país. Pero el acabóse vino en 1987 con su decisión de nacionalizar los bancos privados, enviando a los tanques del Ejército a ejecutar la medida.

Esto desencadenó una reacción furibunda tanto de la derecha partidaria como de miles de empresarios, comerciantes y ahorristas que infructuosamente trataban de retirar su dinero de los bancos. Las movilizaciones callejeras eran ya cosa de todos los días, pero con la estatización de la banca se produjo la manifestación de protesta de derecha más multitudinaria que había conocido la historia peruana, que fue liderada por el escritor Mario Vargas-Llosa (Klaren, 2004).

De ahí en adelante, todas las fuerzas de derecha, liberales y conservadoras, se aglutinaron en torno a Vargas Llosa y su nuevo Movimiento Libertad, incluyendo a una nueva generación de jóvenes liberales interesados en la política. El Movimiento Libertad se asoció en 1988 con Acción Popular y el PPC para formar la coalición Frente Democrático (Fredemo), que al año siguiente lanzó la candidatura del escritor para las elecciones presidenciales de 1990. Durante la campaña, el Fredemo fue obteniendo un masivo respaldo popular denunciando las arbitrariedades de García en el manejo económico, su ineficacia para responder a la amenaza senderista y los cada vez más frecuentes y bochornosos escándalos de corrupción de funcionarios y militantes apristas. Con miras a las elecciones, la izquierda era el único rival de peso en el horizonte.

Izquierda Unida se había fortalecido con la relativamente aceptable gestión que venían realizando sus cuadros en los municipios. Asimismo, la izquierda tenía ya experiencia en abanderar el descontento popular. Tan solo faltaba definir la candidatura para competir por el sillón presidencial. El entusiasmo era notorio en 1989 cuando IU organiza en Lima su primer congreso nacional con la impresionante cifra de 130 mil militantes inscritos “con carnet” (Adrianzén, 2012), algo nunca antes visto en la política peruana. Pero el desenlace fue dramático cuando afloró nuevamente la incurable vocación

⁶⁶ Una de las más graves derrotas del MRTA fue la ocurrida en 1989 cerca de la localidad de Molinos (en el centro del país), donde murieron alrededor de 60 de sus combatientes (una columna entera) por las balas del Ejército, cuando se transportaban en dos camiones. En esa época se producía también el fracaso sandinista en las elecciones nicaragüenses, otros movimientos guerrilleros iniciaban procesos de paz en Centroamérica y en Europa se desmoronaba el “socialismo realmente existente”.

por la fractura. La rivalidad entre revolucionarios y reformistas determinó la división de la izquierda, que terminó yendo a las elecciones con dos diferentes candidaturas, liquidando así sus posibilidades frente a la cohesionada fuerza del Fredemo.⁶⁷

En efecto, la coalición de derecha encabezada por Vargas-Llosa obtuvo en 1990 la más alta votación en las elecciones. Sin embargo, al no haber alcanzado el 50% más uno de los votos, el escritor debía ir a una “segunda vuelta” con el candidato que alcanzó el segundo lugar, Alberto Fujimori, un *outsider* que casi nadie conocía un año antes de los comicios.⁶⁸ En esa segunda ronda, las preferencias se inclinaron largamente por Fujimori, quien recibió el apoyo de algunos grupos de izquierda y (al menos tácitamente) del aprismo. Pero más allá de esto, Fujimori representó fundamentalmente el profundo hartazgo de la gente con la crisis económica, la violencia política y los “políticos tradicionales”.

3.7. DICTADURA, ANTIPOLÍTICA Y NUEVAS APUESTAS POR LA DEMOCRACIA

Fujimori llegó al gobierno prácticamente sin programa y sin partido (su bisoño grupo parlamentario era una pequeña minoría en el Congreso). El país se encontraba al borde del abismo, y el presidente decidió dar “un paso adelante” apropiándose del programa de la derecha y aplicando un *shock* económico liberal. La medida (anunciada por el ministro de economía con la histórica frase “¡que dios nos ayude!”) resultó traumática para la población, pero luego tuvo el efecto esperado de estabilizar la macroeconomía.

Pronto Fujimori se ganó la antipatía del parlamento. No formó alianzas, y además proyectaba un fuerte discurso antipartidos. Se produjo así un entrapamiento político, resuelto en 1992 cuando el presidente, asociado con los militares, da un golpe de Estado, que consistió en “disolver” el Congreso y tomar el control del Poder Judicial y otros organismos autónomos, en lo que se conoció como “El Autogolpe”. Con esto Fujimori no solo acrecentó su poder *de facto*, sino también su respaldo popular.⁶⁹ En adelante, usaría ese poder dictatorial para aplicar reformas económicas neoliberales y tecnocráticas, demonizar y silenciar a sus opositores, recortar derechos civiles y democráticos, perpetrar crímenes de lesa humanidad y cometer actos de corrupción junto a sus allegados.

Para cuando Fujimori daba su “autogolpe”, Sendero Luminoso seguía siendo derrotado en el campo. Pero sorprendentemente, Abimael Guzmán declaraba que la guerra había entrado en una fase de “equilibrio estratégico” y ordenaba multiplicar los ataques terroristas en Lima. Según él, de este modo se forzaría la intervención de las fuerzas del “imperialismo yanqui” en el país. Hacía esto para —en su

⁶⁷ En 1989, meses después de la división de IU, caía en Europa el Muro de Berlín. El abatimiento alcanzó entonces niveles dramáticos entre los izquierdistas peruanos. Uno de ellos, C. I. Degregori, dijo haberse sentido “como un ciudadano de la Atlántida luego del hundimiento de su continente”. Al año siguiente, lo que quedaba de IU se fragmentó aún más, y aunque sobrevivió por un corto tiempo, se puede fechar en 1989 el deceso del frente que en 1980 se había fundado con la misión de luchar “por la destrucción del Estado burgués y la conquista de un gobierno surgido de la acción revolucionaria de las masas” (citado en Adrianzén, 2012).

⁶⁸ Las opciones de izquierda alcanzaron cada una porcentajes irrisorios de un dígito. Juntas, no lograban superar siquiera al desacreditado Partido Aprista, que se ubicó en tercer lugar.

⁶⁹ Según una encuesta de esos días, el cierre del Congreso fue positivamente evaluado por más del 80 por ciento de los consultados, aunque con los años se ha puesto en entredicho si realmente la medida de Fujimori tuvo o no ese nivel de aceptación.

afiebrada mente- finalmente lograr el apoyo de la “burguesía nacional” a su revolución (CVR, 2003d). En estas elucubraciones se encontraba Guzmán cuando un pequeño grupo de detectives policiales lo captura, sin disparar un tiro, en una residencia limeña el 12 de setiembre de 1992.

Con la captura de Guzmán, Sendero implosionó. Muchos de sus seguidores no daban crédito a la realidad. No podían concebir que su líder invencible haya caído, y menos aún de ese modo: sin luchar. Cuando el gobierno lo presentó al mundo encerrado en una jaula y con un ridículo traje a rayas, los ya bastante mermados senderistas entraron en pánico y cayeron dominados por la esquizofrenia. Si la dirección del “presidente Gonzalo” era “infalible”, si era su “garantía de triunfo”, ¿cómo podrían continuar la guerra ahora que su jefe estaba en prisión? No podían. El grupo simplemente se desmoronó. Bastó la captura de su líder, aquel día de 1992, para que inmediatamente Sendero Luminoso deje de ser una amenaza para el país.⁷⁰

En este punto toca volver sobre los jóvenes. Ya no esta vez sobre los senderistas, sino sobre el impacto de Sendero en la política y la juventud peruana. Aquí es preciso señalar algunos elementos. En primer lugar, con el terrorismo se incubó en los años ochenta un generalizado y profundo sentimiento anticomunista, antimarxista y antipolítico en la población, sentimiento que contribuyó al crecimiento de la derecha (anticomunismo) y al posterior respaldo a Fujimori (discurso antipartidos). El resultado, palpable en los años noventa, fue por un lado una extendida estigmatización de la política en general, y de la participación de los jóvenes en particular, muy especialmente si se trataba de una cercanía o participación en la izquierda; y junto a esto, la reducción efectiva del involucramiento en política y la decadencia de la izquierda.

En segundo lugar, esa estigmatización se materializó en acciones gubernamentales concretas. Fujimori desarticuló los sindicatos, sometió a los partidos políticos e intervino militarmente las ya bastante alicaídas universidades públicas. En el caso de las universidades, antes Alan García había enviado allí esporádicamente a las fuerzas armadas y policiales, pues efectivamente había senderistas y emerretistas adoctrinando y reclutando a estudiantes. Pero hacia inicios de los años noventa la presencia subversiva era ya mínima, salvo alguna excepción. En la mayoría de los casos, los otros grupos políticos universitarios, sean o no de izquierda, radicales o moderados, habían arrinconado a Sendero a una posición marginal (CVR, 2003c). Aún así, en los primeros años de su gobierno Fujimori estableció bases militares en los campus de las más importantes universidades públicas en Lima, Ayacucho, Huancayo (en la sierra centro del país) y otras regiones. La medida fue aplaudida por gran parte de la sociedad, incluyendo a muchos estudiantes que reclamaban orden y paz en sus centros de estudios (CVR, 2003b).

Entonces reinó aparentemente la calma. Por ejemplo, la actividad político-partidaria quedó reducida a una mínima expresión en la Universidad de San Marcos. No obstante, en ésta y otras

⁷⁰ Algunos pequeños núcleos senderistas operaron por un breve lapso, y dos se internaron en la selva para continuar su propia lucha. Uno de ellos fue derrotado con el tiempo y el otro renegó de Guzmán y se dedicó al narcotráfico.

universidades aparecieron nuevas noticias y evidencias de secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones de estudiantes (CVR, 2003bc).⁷¹ La represión estatal caía sobre los jóvenes de izquierda de manera indiscriminada, aún a pesar de que muchos de ellos se habían enfrentado políticamente a los grupos subversivos dentro de la universidad. Para el Estado y los militares, cualquier joven marxista o de izquierda, o tan siquiera el que hiciera reclamos o activismo político, era un potencial “delincuente terrorista”. Así, incluso la izquierda legal se replegó y quedaron en actividad tan solo algunos minúsculos círculos clandestinos.

Esto que pasaba en las universidades se replicaba, en diferentes escalas y matices, en muchos otros espacios de la sociedad, donde el rechazo a la política se tradujo en una masiva desmovilización, especialmente de los jóvenes. Según Degregori (2001), los años de Fujimori fueron en el Perú “la década de la antipolítica”. Pero con esto no pretendo decir que el desprestigio y deterioro de la política sean solo obra de Fujimori, pues en ese declive confluyeron diversos factores internos y de alcance internacional.

Entre los aspectos internos está principalmente la ya mencionada crisis de los años ochenta con García y Sendero Luminoso, una situación de anomia (Neira, 1987; Tanaka, 1995) que desbarató no solo la política, sino también la confianza en la democracia como forma de gobierno, favoreciéndose la opción de un “hombre fuerte” y autoritario que trajera orden y seguridad. Esto se notó por ejemplo en el considerable respaldo popular del que gozó Fujimori hasta la segunda mitad de los años noventa.

Por otro lado, la despolitización de los jóvenes y la sociedad venía ocurriendo también en muchos otros países de América Latina y del mundo. Luego de la caída del Muro de Berlín en 1989, se propagaron la hegemonía de los Estados Unidos y las políticas neoliberales (especialmente en Latinoamérica). En numerosos países, estas políticas significaron una reducción sustancial de los aparatos estatales y sus funciones (desplazándose a la política en favor del manejo tecnocrático), y una mayor presencia del mercado como organizador y regulador de la vida social. Simultáneamente, la liberalización de los mercados y el comercio internacional socavaron los contornos nacionales de las economías, profundizándose así un proceso de globalización económica y cultural.

La globalización influyó de varias maneras en la juventud peruana: en sus aspiraciones, identidades y actitudes con respecto a la política y la participación. A través de los medios de comunicación (nuevos y tradicionales) se diseminó masivamente una cultura transnacional de consumo, que a su vez habría fomentado entre los jóvenes una “ética del individualismo” (Venturo, 2001). Sobrevino entonces una ruptura generacional cuando los nuevos valores de los jóvenes comenzaron a entrar en tensión con los de sus padres y abuelos (Golte & León, 2011). Mientras que la política y las apuestas colectivas habían fracasado en las generaciones previas, el neoliberalismo alentaba la búsqueda

⁷¹ En julio de 1992, un comando integrado por miembros del Ejército Peruano secuestró y ejecutó extrajudicialmente a un profesor y nueve estudiantes de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle (“La Cantuta”, Lima). Meses atrás, el mismo comando había perpetrado la llamada “Masacre de Barrios Altos” (Centro de Lima), donde murieron 15 civiles (a quienes se confundió con subversivos). Después se determinó que ese grupo de soldados actuaba bajo las órdenes de Fujimori. En el 2009, el expresidente fue condenado a 25 años de prisión por estos crímenes.

individual de soluciones a los propios asuntos. Además, la cultura mediática y de consumo abría las perspectivas de la juventud a un mundo más amplio, allende las fronteras del país, erosionándose así el sentido de lo nacional como referente de sus intereses y preocupaciones, con lo que mermó aún más el valor que antes se atribuía a la participación política.⁷²

Pero no todos los jóvenes caían en el letargo y la inmovilidad. Algunos sí se orientaban a la participación, pero lo hacían ya no en los partidos o movimientos sociales clásicos (estudiantiles, campesinos, obreros, guerrilleros), sino promoviendo nuevas agendas fragmentadas y focalizadas en temas específicos: feminismo, medio ambiente, derechos humanos y civiles, etc. Otros, por su parte, se movían en el terreno de la crítica social a través del arte y la cultura. Estos nuevos movimientos sociales y juveniles se caracterizaban por su conexión con tendencias, agendas y a veces fondos internacionales, y por el empleo de acciones de micropolítica y activismo mediático dirigidos a objetivos puntuales y muchas veces inmediatos. A propósito de esto último, un rasgo adicional e importante de estos movimientos y de esta época en general era la falta de narrativas, proyectos y horizontes de largo plazo, o –en otras palabras– la ausencia de grandes utopías sociales (Tanaka, 1995; Venturo, 2001).

Entretanto, el régimen fujimorista se iba desgastando. En sus primeras etapas había logrado estabilizar la macroeconomía, pero sus políticas neoliberales generaron mayores niveles de desigualdad, incrementándose la pobreza y la extrema pobreza. El autoritarismo dictatorial, los atropellos a los derechos humanos y el control (directo e indirecto) de los medios de comunicación se hacían cada vez más incompatibles con el nuevo espíritu liberal que se difundía entre la población. Con todo, Fujimori seguía gozando de un apreciable respaldo en los sectores populares y entre las elites militares y de derecha. Además, cosechaba un apoyo nacionalista por la guerra que en esas fechas enfrentaba al Perú con el Ecuador (en un viejo pleito territorial que más adelante se resolvería favorablemente para el Perú por la vía diplomática). Así, Fujimori consiguió reelegirse para un nuevo periodo de gobierno en los comicios presidenciales que organizó con organismos electorales controlados por su régimen.

Posteriormente, la situación económica se fue deteriorando y en 1998 el país entraba en una etapa de crisis y recesión. En ese contexto, la oposición a Fujimori creció al tiempo que se destapaban graves escándalos de corrupción gubernamental.⁷³ Poco a poco se conformó un movimiento social que levantaba banderas como el retorno de la democracia, los derechos humanos y las libertades civiles.

En este nuevo movimiento participaron activamente los estudiantes universitarios. En la Universidad de San Marcos, por ejemplo, las organizaciones se reactivaron y comenzaron a fortalecer sus

⁷² J. Golte sostiene (en Nureña, 2014) que “... el consumismo y los medios en cierto grado han desautorizado, como centros de influencia, a los colegios, la familia, la iglesia, etcétera, y eso marca un cambio radical en la socialización de los jóvenes. También han desautorizado a los partidos políticos (...). [Los jóvenes] Están mucho más expuestos a mensajes que les vienen del internet o de los medios masivos. Son mensajes que no tienen un referente nacional. Sus contenidos traen verdades de todas partes. Por lo tanto, hay una despolitización en el sentido de que las voluntades no apuntan a intereses dentro de la sociedad peruana.”

⁷³ La corrupción llegó a niveles inimaginados, involucrando incluso nexos con el narcotráfico. Por ejemplo, fueron apareciendo casos en los que la cocaína producida en la selva peruana era transportada en helicópteros del Ejército, y luego exportada en buques de la Marina de Guerra, aviones de la Fuerza Aérea y hasta valijas diplomáticas en el mismo avión presidencial.

vínculos con los dirigentes de otras universidades. En tal sentido, una novedad en este periodo fue la participación más orgánica de jóvenes alumnos de centros privados, como la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).⁷⁴ Así también, se extendieron los lazos entre el movimiento estudiantil y múltiples organizaciones civiles y de derechos humanos, dirigentes veteranos de diversas tiendas y tendencias políticas, grupos culturales, ciudadanos independientes y personajes mediáticos. En ese mismo año de 1998, Fujimori daba signos de querer permanecer en el poder por un nuevo periodo presidencial. Conforme se perfilaba su candidatura para las elecciones del año 2000, el movimiento social opositor se fue ampliando a todo el país, con manifestaciones de protesta que se hacían cada vez más frecuentes.

Llegado el momento de las elecciones, Fujimori compitió con otros ocho candidatos, de los cuales el más importante era Alejandro Toledo, un economista educado en los Estados Unidos que se había destacado por su discurso pro democrático y por su imagen personal de “indígena” o “cholo” exitoso. El día de las elecciones, las encuestas a “boca de urna” anunciadas por televisión (antes del conteo oficial) dieron la victoria a Toledo, con seis puntos porcentuales por encima de Fujimori; pero ese mismo día los medios se rectificaron y presentaron datos “oficiales” que daban como ganador a Fujimori, aunque debía ir a una “segunda vuelta” con Toledo. Éste denunció fraude y pidió a sus seguidores que votaran en blanco. Ya sin competidor, Fujimori fue elegido como presidente para el periodo del 2000 al 2005.

Toledo lanzó entonces una convocatoria a la población para que saliera a las calles. Los responsables de su campaña electoral se unieron a los dirigentes del movimiento social antifujimorista y organizaron la “Marcha de los Cuatro Suyos”.⁷⁵ Con motivo de esta manifestación se volcaron a Lima miles de personas de todo el país, mientras que en la capital se producía, por primera vez en la historia, una protesta pluriclasista, interregional, transgeneracional, multiétnica y pluripartidaria que el 27 de julio del 2000 reunía ya a alrededor de un cuarto de millón de personas en un gran mítin, donde se dejaban oír aclamaciones a Toledo como “Pachacútec” (el nombre del más grande emperador inca). Al día siguiente se celebraba la Independencia del Perú, y mientras que Fujimori se presentaba en el Congreso para asumir su nuevo mandato presidencial, el Centro de Lima se convertía en un campo de batalla. El número de protestantes posiblemente doblaba al alcanzado el día anterior, con los jóvenes al frente de la manifestación. Los aviones de guerra de la Fuerza Aérea sobrevolaban la capital, de la que se alzaban gruesas columnas de humo por incendios, bombas lacrimógenas y neumáticos quemados en barricadas.

Aquella jornada terminó con cientos de detenidos y heridos, además de algunas personas muertas durante el incendio y la destrucción del Banco de la Nación. El gobierno de Fujimori no tardó en atribuir la responsabilidad de las muertes y los desmanes a Toledo, aunque luego se supo que el incendio y las muertes habían sido planificados por Vladimiro Montesinos, un abogado sanmarquino y ex militar que se

⁷⁴ Décadas atrás, con el declive de San Marcos, la PUCP había pasado a ser uno de los principales espacios de reproducción de las élites peruanas. Al movimiento se sumaron después los estudiantes de otras universidades privadas, como la Universidad de Lima (de clase alta) y la de San Martín de Porres (de clase media), y también alumnos de secundaria.

⁷⁵ Los cuatro *suyos* eran las cuatro grandes divisiones administrativas del imperio incaico o *Tahuantinsuyo*, que en su apogeo logró extenderse hasta territorios que hoy corresponden a Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina.

desempeñaba como asesor de Fujimori y jefe del Servicio de Inteligencia. Desde esa posición, Montesinos controlaba, personalmente, a las Fuerzas Armadas y policiales, al Poder Judicial, a los parlamentarios fujimoristas y a muchos otros funcionarios de distintas ramas del gobierno, ejerciendo además su poder sobre empresarios, dueños de medios de comunicación, narcotraficantes, entre otros.

El gobierno estaba deslegitimado internamente, pero también en el exterior: la OEA calificó la elección de Fujimori como “irregular” y muy pocos mandatarios se presentaron en Lima el día de su nueva toma de posesión del cargo de presidente. Aun así, el gobierno continuó, hasta que poco después, en setiembre del año 2000, una televisora independiente de cable divulgó una videograbación en la que Montesinos le entregaba una fuerte suma de dinero a un parlamentario del partido de Toledo, con el fin de reclutarlo en las filas del fujimorismo. Esto generó un estallido de indignación en el país, y un pánico generalizado entre las muchísimas personas poderosas que habían recibido dinero e instrucciones de Montesinos en el mismo lugar donde se grabó aquel video (políticos y funcionarios, jueces, oficiales militares, empresarios y el propio presidente).

Montesinos decidió escapar del país, con varios millones de dólares que Fujimori le entregó como “compensación por tiempo de servicios”. El presidente montó entonces una gran operación policial, dio con la videoteca de su ex asesor, llenó algunas maletas y salió del país supuestamente para acudir a un evento internacional. Sin embargo, se dirigió al Japón, desde donde renunció (via fax) a la presidencia del Perú, y, amparándose en su doble nacionalidad, solicitó asilo alegando su condición de súbdito del Imperio Japonés.

Así terminó el régimen de Fujimori. A continuación se preparó el camino para una nueva transición a la democracia, sin más revueltas y por los cauces institucionales. El parlamento eligió como presidente del Congreso, y luego de la República, a Valentín Paniagua, un abogado cuzqueño y profesor sanmarquino miembro del partido Acción Popular, con el encargo de convocar a nuevas elecciones al año siguiente.⁷⁶ El ganador de esas elecciones fue finalmente Alejandro Toledo. En su discurso de toma de posesión del cargo de presidente de la República, Toledo propuso “una alianza a largo plazo con la juventud peruana”, y anunció como una de sus primeras medidas de gobierno la creación del Consejo Nacional de la Juventud, un nuevo organismo público con rango ministerial, en reconocimiento al importante papel desempeñado por los jóvenes en la recuperación de la democracia.

3.8. LOS ETERNOS RETORNOS: RECURRENCIAS E INFLUENCIAS EN LA LARGA DURACIÓN

En este relato he presentado una visión panorámica del lugar que han ocupado los jóvenes en la historia política peruana del Siglo XX. Llegados a este punto, podemos hacer abstracción de algunos elementos

⁷⁶ Antes, Paniagua había sido dirigente estudiantil en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco y en la Federación de Estudiantes del Perú.

que se presentan de manera recurrente en la narración, más allá de las coyunturas particulares de cada época. A continuación enumero los temas que juzgo más relevantes en esta historia (sin que la enumeración refleje necesariamente un orden de prioridad).

Un primer punto a considerar es el constante protagonismo juvenil en la política, que se mantiene elevado durante la mayor parte del siglo. Casi en todos los periodos encontramos a jóvenes, individual o colectivamente, interviniendo de maneras decisivas –para bien o para mal- en el rumbo de la historia política del país. Esto ha sido materia de análisis en algunos recuentos y estudios sobre la política peruana, aunque en los discursos de los mismos protagonistas su “juventud” raramente aparece como parte de un reconocimiento autoconsciente.

Como segundo elemento está el hecho de que las formas más visibles de participación se han ubicado en la parte del espectro político que va del centro a la izquierda, con picos en la extrema izquierda en varios momentos. Con esto no pretendo decir que no haya habido participación en la derecha (que sí la ha habido), sino solo que –haciendo sumas y restas- el balance general me lleva a proponer que aquella ha sido la tendencia predominante. En cierto modo, las formas en que se ha manifestado esta orientación parecen respaldar la idea de una “tradición radical” (Rénique, 2007) que se prolonga a lo largo de casi todo el siglo, con la figura de Mariátegui como parte de un eje ideológico asumido de distintas formas por los actores sociales de izquierda. Y en parte también vinculada con este personaje, la tendencia de izquierda viene acompañada de un sentimiento nacional anclado en motivos andinos e indigenistas, que se confunde a veces con reivindicaciones de lo “popular”, aunque –paradójicamente- casi no encontramos en esta historia demandas “étnicas” o movimientos sociales protagonizados por actores propiamente indígenas o reconocidos como tales.

El tercer aspecto que debo resaltar es la centralidad del ámbito educativo, y específicamente de la universidad pública, como epicentros del activismo político juvenil, incluyendo aquí el papel de los intelectuales, ya sea con la generación de proyectos nacionales y propuestas democratizadoras (democratizadoras en un sentido amplio, que abarca desde la justicia social hasta los derechos liberales), o en la gestación de voluntades de ruptura drástica con el orden imperante. En relación con esto, tenemos también –como cuarto factor- las relaciones entre el Estado y la universidad: en la segunda mitad del siglo, cuando por la masificación del estudiantado era más necesaria la presencia e inversión estatal en el fortalecimiento de las universidades públicas, el Estado se alejó de ellas y eventualmente las abandonó, creando un vacío de poder que terminó siendo capitalizado por apuestas radicales.

En quinto lugar, vemos que los jóvenes peruanos se desenvuelven en un escenario político caracterizado por una permanente fragilidad institucional. Acabo de mencionar el caso de las universidades, pero en la narración encontramos además una sucesión constante de golpes de Estado y quiebres institucionales de diversa índole. Y esto resulta endémico en el caso de los partidos políticos, sobre todo en los del campo de la izquierda. Es lo que Klaren (2004) describía como una “crónica

tendencia a dividirse”. Asimismo, la contraparte de esa fragilidad institucional parece ser el determinante papel que ciertos individuos en particular y sus decisiones personales han tenido en distintos momentos de este trayecto (Haya, Guzmán, García, Fujimori, etc.).

Un sexto punto, vinculado con el anterior, es la persistencia de relaciones verticales y autoritarias en la política, ya sea entre el Estado y la sociedad, en las elites políticas, o entre éstas y los grupos sociales que buscan representar. Algunos autores se han referido a esto aludiendo a la existencia de una “tradicón autoritaria” en la historia peruana (Flores Galindo, 1999; Portocarrero, Ubillúz & Vich, 2010), cuyas manifestaciones más visibles estarían por ejemplo en los ya mencionados golpes de Estado, pero también en la propensión a imponer voluntades, ideas y proyectos a toda costa y a todo costo (con Abimael Guzmán como el caso más extremo), o bajo otras modalidades (gamonalismo, “revolución desde arriba”, etc.).

No obstante, la idea de que existen en la política peruana “tradiciones” (autoritaria o radical) por sí sola podría prestarse a equívocos si es tomada en el sentido de que algunas esencias atemporales guían la acción política de los sujetos de la historia. Por eso, prefiero hablar más bien de relaciones autoritarias o prácticas políticas radicales para referirme a estas constantes en la trayectoria narrada. Quizás de este modo se pueda establecer mejor la manera en que dichas relaciones y prácticas emergen bajo condiciones sociales específicas, y esto me lleva al séptimo elemento en esta enumeración: la relación entre política y economía. Aquí las asociaciones remiten no solo a las crisis económicas periódicas, que aparecen motivando determinados ciclos de especial dinamismo político, sino en general a las estructuras de desigualdad que ofrecen el marco del proceso político (pobreza, conflictos de clase, postergación de sectores populares, distribución de tierras, inequidades entre Lima y provincias, etc.).

Y finalmente, como octavo punto, es notoria también la permanente vinculación entre la política nacional y los factores internacionales. Esta relación se da principalmente en tres planos: en lo económico, con las crisis externas y las políticas económicas (influencia del FMI, políticas neoliberales); en las relaciones internacionales (por ejemplo cuando el país se convierte en foco de interés geopolítico de los Estados Unidos); y en el terreno de las ideas, con las tendencias e influencias culturales e ideológicas, que como hemos visto han dado forma y sentido a muchas de las actuaciones políticas de los jóvenes.

Existen, por supuesto, otros factores que podría seguir señalando, pero considero éstos como los más relevantes desde una mirada amplia del proceso descrito.

IV. EL CAMPO POLÍTICO EN LA UNMSM

En este capítulo muestro los rasgos que juzgo más relevantes del campo político en la UNMSM, y ofrezco además una aproximación a la racionalidad del sistema en una suma de aspectos que involucran a las estructuras sociales e institucionales que ofrecen el marco de la actividad política, el entorno universitario, los actores que participan en él, sus visiones sobre la política y las relaciones que entablan entre ellos y con las estructuras políticas.

Para empezar, hay que tener en cuenta que la institución se rige formalmente por la Ley Universitaria y el Estatuto de la Universidad.⁷⁷ Ambas normas establecen las estructuras organizativas y el funcionamiento de los órganos de gobierno universitarios, que incluyen diversos mecanismos que permiten la participación estudiantil a ese nivel (cogobierno). El Estatuto de 1984 reconoce a los representantes estudiantiles (la tercera parte de los miembros o “tercios”) en los consejos de facultad, la Asamblea Universitaria (una suerte de “poder legislativo”) y el Consejo Universitario (órgano de dirección y ejecución), y también a organizaciones gremiales como los centros de estudiantes (a nivel de carreras), los centros federados (a nivel de facultades) y la Federación Universitaria de San Marcos (FUSM).⁷⁸ Este marco normativo contempla (teóricamente, como veremos más adelante) que los estudiantes, a través de sus representantes y organizaciones, participen en la toma de decisiones en diversos asuntos académicos y administrativos de la Universidad. Tales espacios institucionales constituyen entonces una primera gran esfera de la política estudiantil, compartida con los profesores.

En segundo lugar, está el ámbito de los grupos políticos estudiantiles que operan solo o principalmente en el espacio sanmarquino, con un amplio rango de agrupaciones identificadas con la “izquierda” y un sector variado de organizaciones de “centro” (o de perfil “pragmático”) y de “derecha” con límites borrosos entre estas últimas.

En tercer lugar tenemos a las agrupaciones universitarias vinculadas con diversos partidos políticos nacionales o externos a la UNMSM pero que tienen alguna presencia en este espacio. También estas organizaciones son diversas en sus tamaños y tendencias políticas, aunque se trata por lo general de núcleos pequeños que en su mayoría reivindican ideas de izquierda o centro izquierda.

Luego, hay también un buen número de colectivos organizados alrededor de una serie de temas específicos. Aquí podemos ubicar a los muchos grupos académicos conformados por alumnos de determinadas disciplinas, quienes organizan eventos relacionados con sus áreas de estudio o promueven

⁷⁷ Cuando inicié el trabajo de campo estaban vigentes la Ley Universitaria de 1983 y el Estatuto de la UNMSM de 1984, pero en el 2014 se promulgó una nueva Ley Universitaria, que establece que todas las universidades peruanas deben reformular sus estatutos adecuándolos a esta legislación y renovar a sus autoridades. Hacia fines del 2015, la UNMSM no había convocado aún a la Asamblea Estatutaria.

⁷⁸ La FUSM se restableció en julio del 2015 (mientras redactaba esta tesis), luego de estar inactiva desde 1989, cuando se disolvió a causa de una crisis interna (CVR, 2003b).

la publicación de libros o revistas. Pero las organizaciones enfocadas en ciertos intereses temáticos pueden abarcar varios otros tópicos, como derechos sexuales, feminismo, protección animal, derechos humanos, temas ambientales, etnicidad y culturas regionales, manifestaciones artísticas, deportes, religión, entre otros. Algunos realizan ciertas formas de activismo en sus áreas temáticas y otras no. De estos colectivos me ocuparé en los siguientes capítulos. En este análisis principalmente los espacios más “institucionales” de la política universitaria.

4.1. PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL EN EL GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD

Imágenes y percepciones sobre la Asamblea y el Consejo universitarios

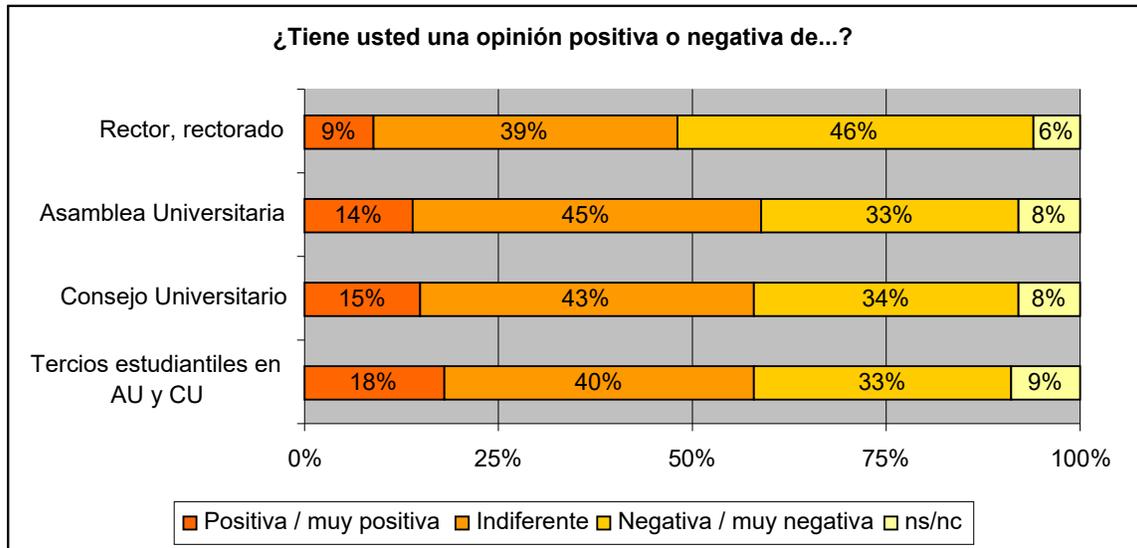
Para la mayoría de los estudiantes, la Asamblea y el Consejo universitarios, los máximos órganos de gobierno de la UNMSM junto con el rectorado, aparecen como instituciones distantes a las que se suele ver con recelo, suspicacia o al menos indiferencia. También mayoritariamente los alumnos desconocen quiénes son sus representantes en los tercios estudiantiles que participan en esas instancias.⁷⁹ A lo largo del trabajo de campo, cuando se mencionaba al CU, la AU y el rectorado, el sentido común reflejado en los discursos de los alumnos y no pocos profesores aludía casi siempre a “corrupción”, “clientelismo” y “autoritarismo” que –según afirmaban– involucrarían a dichos representantes y a diversas autoridades universitarias (conocidas popularmente como “La Mafia”), de quienes se decía además que son “mediocres”, en el sentido de que carecen de los méritos científicos o intelectuales que se esperaba en las personas que ocupan esos cargos. Estos señalamientos eran comunes en eventos políticos, publicaciones, medios virtuales y en la vida cotidiana.

Esas actitudes reprobatorias que comúnmente recogí en la etnografía coinciden con lo hallado en la encuesta a estudiantes sanmarquinos realizada en el 2012 (Figura 2), donde se aprecia que es significativamente alta la opinión “negativa” o “muy negativa” sobre el rectorado, la AU, el CU y los representantes estudiantiles en estos dos últimos organismos, mientras que la indiferencia sobre estas instituciones y representantes es también bastante alta.

En general, el gobierno universitario es percibido como un espacio en el que se comenten múltiples arbitrariedades. Al respecto, la base de datos de la encuesta citada muestra que el 64% de los estudiantes, casi las dos terceras partes, considera que sus autoridades universitarias son “poco” o “nada” democráticas. Asimismo, solo el 16% evalúa positivamente la “transparencia y honestidad” de estas autoridades, mientras que el 40% considera “malo” o “muy malo” su desempeño en este aspecto.

⁷⁹ El Estatuto de la UNMSM de 1984 establece en su artículo 111 que “Los delegados de los estudiantes a la AU y al CU se eligen anualmente mediante voto universal, directo, secreto y obligatorio por y entre los estudiantes de la universidad. El tercio estudiantil a la AU y CU lo integran por lo menos un representante de cada Facultad (...). Los delegados de los estudiantes al Consejo de Facultad son elegidos en las mismas condiciones por y entre los estudiantes de la respectiva facultad. El tercio estudiantil al CF considera cuando menos un representante de cada Escuela Académico-Profesional.”

Figura 2. Opinión de los estudiantes sobre las principales instancias de gobierno de la UNMSM y sus representantes estudiantiles.



Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes. Elaboración propia.

Aquí podemos preguntarnos a qué se deben estos juicios. Si se tratara de solo una percepción muy difundida que no necesariamente tiene un correlato empírico, algunas respuestas posibles serían que quienes enarbolan discursos de oposición a la gestión universitaria han sido muy eficaces; o quizás que se reproducen aquí las actitudes de rechazo a las autoridades políticas y administrativas que actualmente predominan en la sociedad peruana y entre los jóvenes en particular.⁸⁰ Pero esa imagen negativa puede tener explicaciones que apuntan en el sentido opuesto: ¿será quizás una evaluación colectiva que responde a un desempeño deficiente de tales autoridades y representantes? En este caso estaríamos ante instituciones que operan realmente de maneras que no se ajustan a cómo conciben los estudiantes la eficiencia, el buen gobierno y la democracia. Esta última alternativa es la que suscriben los entrevistados en su gran mayoría:

Yo en San Marcos siento que existe una lógica de falsa democracia; es la de... ni siquiera la delegativa pura, es la democracia de “pon tu voto en el ánfora y después, si los resultados me convienen, pues los valido, y si no me convienen, soy el rector, soy el decano y le doy vuelta y no convoco a sesión y no creo en nadie”. (Fabián, estudiante de Ciencias Sociales).

... ahora tenemos pues un entorno del que podemos decir lindura y media; *pucha*: corrupción, cargos vendidos, ¿no?... un rector que tiene tomada la universidad con decanos encargados, dinero que corre por aquí, por allá, desfalcos descomunales... con alianzas que se hacen y que nunca se ve el dinero, mil cosas que sabemos. (Rolando, estudiante de Ciencias Sociales).

⁸⁰ Entre los jóvenes peruanos hay bajísimos niveles de confianza en las instituciones políticas y de gobierno. En la primera Encuesta Nacional de la Juventud las categorías “poco” o “nada” de confianza en el Poder Ejecutivo, los gobiernos locales y los partidos políticos alcanzaron en conjunto porcentajes bastante altos (89%, 70% y 90%, respectivamente) (SENAJU, 2012).

Los estudiantes en las más altas instancias del gobierno universitario

Durante la etnografía tomé contacto con estudiantes que habían cumplido funciones de representación en la AU. De esta forma logré obtener una visión “desde adentro” de cómo se desarrolla la participación estudiantil en los órganos de gobierno universitario.⁸¹ Del análisis emerge una imagen en la que dicho sistema aparece como un aparato clientelar dominado por algunos grupos de autoridades y docentes que emplean diversas estrategias para alcanzar, mantener y reproducir el control sobre las estructuras político-administrativas y los recursos de la Universidad.⁸² Allí los representantes estudiantiles participan básicamente como actores que pueden facilitar u obstaculizar determinados procesos mediante la emisión de sus votos al momento de tomar decisiones, especialmente en asuntos relacionados con la elección de autoridades, la designación de cargos administrativos o la distribución de recursos.

Para tratar de controlar la orientación de las decisiones y los votos estudiantiles, varios de los sectores políticos docentes que participan en el sistema buscan establecer relaciones de tipo clientelar con los estudiantes “asambleístas” (miembros de la AU) o “consejeros” (integrantes del CU), empleando para ello a mediadores familiarizados con el ambiente sociopolítico de la UNMSM y especializados en su ordenamiento legal. Estos mediadores son popularmente conocidos en la UNMSM como “operadores políticos” (a quienes muchos identifican como “estudiantes eternos”).⁸³ Sus funciones incluyen la búsqueda y captación de estudiantes que podrían integrarse a los órganos de gobierno, la conformación de listas electorales para los tercios estudiantiles, la articulación de los representantes elegidos de acuerdo a los intereses de determinados sectores políticos docentes, la coordinación y el direccionamiento de los votos estudiantiles según ciertas consignas, y la redistribución de beneficios entre los delegados estudiantiles agrupados en torno a ellos.

Podemos tener una imagen detallada de cómo funciona este sistema recurriendo a los datos ofrecidos por algunos estudiantes ex “asambleístas” universitarios.⁸⁴ En principio –según las fuentes consultadas–, los operadores políticos exploran el ambiente político de determinada facultad para identificar a estudiantes “carismáticos” o que han alcanzado cierta popularidad por sus desempeños como representantes estudiantiles en sus respectivas escuelas. Luego de entablar algunas relaciones con ellos o con miembros de sus círculos políticos, les ofrecen la posibilidad de entrar a formar parte de las

⁸¹ La AU incluye a 38 delegados estudiantiles, 30 del “tercio mayoría” (de la lista ganadora en las elecciones) y ocho del “tercio minoría” (de la lista que alcanzó el segundo lugar). En el CU hay 13 estudiantes: 10 de “mayoría” y tres de “minoría”. En cualquier caso ocupan estos cargos por espacio de un año.

⁸² Las informaciones recogidas hacen referencia a por lo menos las dos últimas gestiones de gobierno, del año 2006 hasta el momento en que terminé este estudio. En el 2015 se divulgó en internet un informe-denuncia (Leblanc, s/f) que ofrece detalles sobre relaciones y actores políticos de ese periodo, que básicamente confirman lo mostrado en esta sección.

⁸³ De algunos operadores políticos se dice que estarían matriculados como estudiantes desde los años noventa, algo que pude constatar en varios casos.

⁸⁴ En la etnografía contacté a dos alumnos que habían sido representantes estudiantiles en la AU en los años previos al estudio: una persona de una carrera de Ingeniería y la otra de Letras. Con uno conversé directamente en una ocasión y luego mantuve algunas comunicaciones por vía electrónica; y con la segunda persona me reuní en varias oportunidades, incluyendo dos sesiones de entrevistas grabadas. Las informaciones y citas textuales que presento a continuación (en este acápite) corresponden principalmente a los datos ofrecidos por ellos, que fueron convalidados con otras fuentes.

instituciones del gobierno universitario: “... me ofreció ese mismo compañero –porque yo ya pertenecía a su grupo- (...) continuar a un nivel más amplio para poder trabajar. Me dice: ‘¿por qué no te vas a la Asamblea Universitaria?’ Este amigo me lo pintó bonito, me convenció...”

Habiendo comprometido la participación de estos alumnos, los operadores elaboran entonces las listas de candidatos a las elecciones para los cargos de representación estudiantil. Y paralelamente, realizan coordinaciones para tratar de asegurar que sus candidatos sean elegidos en los comicios. Por un lado, los preparan y asesoran durante la campaña electoral, y dirigen también los flujos de recursos necesarios para financiar la publicidad y otros gastos de dicha campaña, que –según diversas fuentes, incluyendo a una persona que participó en estos procesos- provienen usualmente de la misma Universidad y son procurados por determinadas autoridades o por docentes que aspiran a colocarse o mantenerse en los cargos más altos del sistema.

Los operadores políticos son los que manejan desde atrás, ¿no?, como títeres, a aquellos por quienes vas a votar, haciendo todas las coordinaciones con otras facultades para ver la cantidad de votos que puedes traer de tu facultad, y te dan todo el apoyo económico que necesites para la propaganda; te pueden ayudar en cómo debes estar en el debate para que estés bien presentado, a elegir a chicos que tengan más popularidad para formar las listas. Pero quien mueve atrás por otro tipo de cosas va a ser el operador (...). Y es más, él no solo coordina con los operadores de otras facultades, sino también directamente con el rector. [E: ¿Y el dinero que se mueve ahí...?] Viene del rector; porque posteriormente, si tú le apoyas, con pequeñas listas en las facultades, cada una de estas va a tener un representante a nivel de la Asamblea Universitaria. Ellos [los estudiantes elegidos para la AU] luego ¿qué van a darte? [a los grupos de docentes]: favorecerte en las elecciones por el rector, o elegirte como rector. Por eso te conviene tenerlos, que sean de tu grupo. Ese es el operador político, un intermediario en todo esto, y te facilita que la campaña esté bien; porque ¿de dónde sacas, pues? Campaña es dinero.

Por otro lado, los operadores coordinan también con grupos de docentes y estudiantes ubicados en la AU, quienes desde ahí pueden tener injerencia en la designación de los miembros del comité electoral, o con los propios integrantes de este organismo, para facilitar la elección de sus candidatos u obstaculizar la posibilidad de que resulten elegidos los que integran las listas rivales.

Este [grupo en la AU] que elige rectores y vicerrectores, después a fin de año elige al comité electoral... con un acuerdo del rector (...) y quienes entran ahí también son amigos de estos operadores políticos que formaron la lista de [candidatos a] asambleístas. Entonces, cuando tú formas tu lista de asambleístas, tú mismo ya sabes que cuando tienes al comité electoral, ¿ya cuánto tienes ahí ganado?, ¡un montón!, porque te pueden bajar a otras listas. Por eso lo estratégico de tener un asambleísta es eso (...). Por eso, cuando yo entré [a la AU] ya era seguro que iba a salir [elegida] la lista. [E: Ah, ¿ya sabían que iban a entrar?] Qué horrible, ¿no? [risas]. (...) Era casi en un setenta por ciento [de seguridad] (...). Porque si sabes que el rector te da el dinero para financiarte, uno es que tienes campaña, dos es porque tienes comité electoral, y tres porque abajo tienes coordinaciones con los consejos de facultad que tienen gente.

Como es de esperarse, con todas estas ventajas es altamente probable que los candidatos vinculados con las redes de los operadores políticos resulten ganadores en las elecciones, superando a otras listas de candidatos que carecen de este tipo de relaciones o disponen de menos recursos.⁸⁵

⁸⁵ La participación en las elecciones es obligatoria para los miembros de la comunidad universitaria. A los estudiantes que no se presentan a votar se les impone una multa, que aunque puede no ser mucho dinero, de no ser pagada implica un bloqueo en ciertos trámites administrativos que tarde o temprano tendrán que realizar.

Todo el proceso previo a la elección de los representantes estudiantiles marca el inicio de un sistema de reciprocidades. Habiendo recibido en esa etapa una serie de “favores fundacionales” (Auyero, 2000), los alumnos que ingresan a formar parte de los órganos de gobierno universitario quedan en deuda con quienes hicieron esto posible, con el operador político apareciendo ante ellos como la cara visible del sector docente que proveyó los recursos para la campaña electoral y facilitó su elección. De allí en adelante, estos alumnos reciben, muchas veces por intermedio de los mismos operadores, diversos dones o beneficios materiales y simbólicos adicionales que funcionan como estímulo y refuerzo de sus lealtades hacia determinado operador y su grupo político. Más allá de la “dieta” contemplada en las normas universitarias (200 soles por la asistencia a cada sesión de la AU = USD 66 aprox. en 2014), los representantes pueden recibir montos de dinero variables u otros beneficios tangibles dependiendo de los asuntos puntuales que estén en juego. Por ejemplo, en algunos eventos políticos a los que asistí, en los que participaban opositores a la gestión universitaria, se habló más de una vez de la entrega de computadoras (*laptops*), sumas de dinero y recursos para realizar viajes, y también de hechos confirmables como el otorgamiento de becas para estudiar en el extranjero y puestos de trabajo en la burocracia universitaria (a representantes y operadores). Un ex “asambleísta” respaldó los alegatos referidos a la entrega de beneficios a cambio de votos.

Por sus vínculos directos o indirectos con los sectores docentes mejor posicionados en la estructura administrativa, los representantes estudiantiles tienen ciertas ventajas para acceder a variados recursos de la Universidad, incluyendo el financiamiento de publicaciones o viajes de estudio, pero más comúnmente la disponibilidad de locales y equipos para la realización de eventos culturales o académicos. De esta forma, estos representantes pueden aparecer en sus escuelas o facultades, ante sus compañeros, como figuras que personifican en alguna medida la intermediación entre los recursos de la Universidad y un acceso privilegiado a estos bienes, con lo que pueden, a su vez, conformar sus propios círculos de influencia y bases de apoyo entre los estudiantes. En algunos casos, dichos representantes gestionan directamente la obtención de tales recursos, aunque en los relatos obtenidos figura casi siempre el operador político como intermediario: “... el operador político también sirve para ayudarte a que si necesitas un sitio para hacer una conferencia o algo, te ayuda. [Para conseguir...] Permisos. [E: ¿Locales, recursos de las facultades...?] Claro, sí. (...) auditorios...”.

Una vez había un evento, para que viajaran [sus compañeros] a un congreso...; y como asambleísta, como tienes contacto directo con el rectorado, se puede gestionar un apoyo financiero. [E: Para viajar.] Y se quiso hacer eso, pero el que lo estaba tramitando era mi operador.

Luego, la condición de representante estudiantil funciona también como un atributo que brinda ciertas prerrogativas asociadas con la propia ostentación del cargo, lo que permite recibir atenciones especiales (“un buen trato”) en la burocracia de la Universidad, sobre todo cuando se requieren recursos para la realización de actividades académicas. Pero esos privilegios no resultan solo de una apreciación simbólica del cargo. En el fondo, para las autoridades y otros encargados de la gestión universitaria,

dichos alumnos personifican esencialmente sus votos en los órganos de gobierno. En ese sentido, influir en los votos de los representantes estudiantiles significa tener una porción del poder necesario para dirigir la toma de decisiones institucionales, especialmente cuando esas decisiones involucran la elección de nuevas autoridades.

... los administrativos –es extraño- te abren las puertas, como si tú tuvieras algo, ¿no? (...) varios utilizan ese nombre para de frente hablar con decanos, pedir favores (...) porque hay decanos que quieren ser rectores. Entonces, si tienen a un asambleísta, piensan que tienen a varios... y el tener a varios es asegurarte votos.

... cuando yo gano, vi ese trato de varios administrativos, alumnos, profesores, que estaban enterados de que yo era asambleísta, cuando ya se acercaba la elección de nuestro señor rector. Todo el tiempo me llamaba mi operador (mi amigo se convirtió en mi operador), el que coordinaba directamente con otro operador político macro (...) a quien nosotros estábamos viendo era un operador exigente... y coordinaba directamente con el rector... con el que iba a ser rector. [E: ¿Que aspiraba a ser rector?] Claro. (...) podías venir con el operador atrás, pero... quienes íbamos a marcar [votar] éramos nosotros. Por eso un asambleísta nunca está solo, siempre está con su operador político.

Como nosotros éramos parte del *quorum*, si no estábamos todos nosotros no hay elección. Decían [los operadores políticos] “nosotros en la elección no vamos a elegir a rector y vicerrectores, vamos a elegir solo al rector; así que terminada la elección del rector lo saludan y se retiran.” Así, de frente. Entonces terminábamos de elegir al rector y había todo un desfile de asambleístas saliendo de la sesión sin haber terminado, para frustrar la elección [de los vicerrectores] y que se haga no sé realmente qué, pero se estaban haciendo acuerdos. ¡Todo es un teatro!, de verdad.

Tenemos aquí que la distribución de favores y recursos tiene como fin el aseguramiento del apoyo de los alumnos miembros de la AU a las iniciativas de los sectores docentes que controlan o buscan controlar las estructuras institucionales. Este apoyo se expresa fundamentalmente por medio del alineamiento de los votos estudiantiles en la AU de acuerdo a determinadas directivas que, transmitidas y coordinadas por los operadores políticos, se ejecutan en el sentido de tomar ciertas decisiones o impedir otras. Dichos votos vienen a ser entonces la moneda de cambio o los contra dones que cierran el círculo de reciprocidad.

Este esquema de poder clientelar se superpone al ordenamiento legal e institucional de la UNMSM, y sus objetivos apuntan tanto a la reproducción del mismo esquema como a la apropiación y redistribución de los recursos universitarios entre los actores políticos que logran controlar el sistema o parte de él. En teoría, la Ley Universitaria y el Estatuto regulan un manejo democrático, participativo y transparente de los procesos políticos y administrativos de la Universidad, en función de objetivos como la investigación, la formación profesional y la proyección social. Pero en la práctica real y concreta, dichos actores emplean diversas estrategias para manipular aquellas normas en su beneficio, o pasarlas por alto cuando constituyen un obstáculo a sus fines particulares. Al hablar sobre los fines de la Universidad contemplados en esas normas legales y universitarias con un ex miembro de la AU, éste me dijo: “eso va en el papel, el papel aguanta todo”.

Otro rasgo notable de este espacio es que la lógica dominante es eminentemente pragmática. A diferencia de otras esferas de la política sanmarquina, donde el pragmatismo confluye o convive con discursos ideológicos o de cambio social, los más altos órganos de gobierno aparecen como un espacio

bastante desideologizado, donde los principios, valores y discursos políticos, especialmente los que se asocian con posiciones de izquierda, pueden significar barreras para la articulación de intereses, mientras que quienes los sostienen son a veces objeto de estigmatización.

[Otros miembros de la AU] nos tildan a veces de “terrucos”, tanto a los de Sociales como a los de Letras, como si tuviéramos eso en común, un poco. [E: ¿Sientes que los miran así?] No nos lo dicen directamente... cuando conversaba con los compañeros de Sociales, no era nada del otro mundo hablar de esos aspectos [temas sociales, ideas de izquierda]. Pero, cuando con ese discurso te acercas a alguien de otra facultad puedes chocar: “oye, ¿qué está hablando...?”, tienen todavía temor. (...) Es extraño, porque yo pensé que cuando un joven entraba a la política estaba marcado por eso (...). Entonces digo, “si tengo gente que es contemporánea a mi edad y está ocupando un cargo de cogobierno en su universidad, debería también tener cierta tendencia de... [ideas políticas]”, pero no te encuentras con eso; al contrario. No son de derecha, pero no tienen un discurso hacia... la izquierda.

Las condiciones de posibilidad para el funcionamiento de este sistema clientelar vienen dadas por múltiples factores. En el nivel macrosocial, los más importantes son el alejamiento del Estado con respecto a las universidades públicas (al menos desde los años setenta) (Lynch, 1990; MINEDU, 2006), y también las formas en que se ha concebido y llevado a la práctica el régimen de autonomía universitaria. Ambos factores han confluído para que los procesos políticos y de gestión interna en la Universidad normalmente no sean materia de fiscalización o vigilancia estatal, con lo que sus actores políticos pueden desenvolverse más o menos libremente según sus propios intereses y reglas.

Pero a nivel interno, existen también varios elementos que contribuyen a mantener o fortalecer el sistema. Los datos obtenidos permiten reconocer algunos que involucran de una forma u otra a la participación estudiantil. Uno de estos elementos concierne a los distintos niveles de conocimiento que los actores políticos manejan sobre la compleja maraña legal y administrativa de la Universidad, pues mientras que muchos delegados estudiantiles tienen solo un escaso o muy limitado dominio de tales regulaciones, sobre todo cuando inician su trayectoria en el mundo político sanmarquino, los operadores políticos y sus patrocinadores, en cambio, se encuentran mucho más familiarizados con las reglas formales e informales del campo. Según un ex “asambleísta”, los operadores políticos “no solo saben cómo elegir a un decano, sino también la parte administrativa; por ejemplo, saben mucho de cómo es el contrato de trabajadores, las rentas que paga la Universidad, todo eso... es como un *modus vivendi*”.

Pero no se trata solo de una disparidad en el conocimiento de cómo funciona el aparato normativo y burocrático. Además de eso, los operadores políticos restringen, filtran y dosifican la información que los representantes estudiantiles reciben para desempeñar sus funciones y emitir sus votos; y también, para preservar su poder y control sobre los alumnos que forman parte de sus redes de influencia, tratan de aislarlos lo más posible de otras fuentes de información, que podrían ser por ejemplo los miembros de otras redes:

... hay varios [asambleístas] que nunca se enteraron bien de todo el manejo. Yo incluso la primera vez entendí a grandes rasgos cómo funcionaba; porque esa era la idea pues: no te daban información suficiente, y eso que tomaron decisiones importantes, como la elección del rector y los vicerrectores. Entonces te sientes preocupado porque ves que las cosas no andan bien, pero tampoco sabes cómo funcionan. (...) Entonces, ¿cómo terminas asumiendo el cargo?: como un saludo a la bandera. Vas, te informas muy poco, “ah, me dijo un amigo que conocí, que debería [votar] por tal y cual”.

... varios incluso de los consejeros de facultad no conocen quiénes son sus consejeros universitarios (...) Primero, no se conocen entre ellos; uno, porque son de listas rivales; dos, porque ahí se entienden los operadores políticos; ¿qué tanto les conviene a ellos que [otros] estén informados? [E: El operador tiene un interés en mantener las divisiones entre sectores rivales.] Claro. [E: Así él se asegura cierto control o influencia.] Sí, es cierto. [E: Y la gente de sectores distintos... si se comunican más, esto le resta poder al operador.] Claro, los operadores políticos siempre quieren tener la carta por la manga.

El manejo de la información se revela en este punto como un factor importante en tanto contribuye a definir al menos dos trayectorias divergentes en la participación estudiantil en estos órganos de gobierno. Una de esas trayectorias apunta al compromiso de algunos estudiantes en la reproducción de los poderes hegemónicos y el esquema clientelar, como puede ocurrir cuando van adquiriendo cierta experiencia y un mayor conocimiento del funcionamiento formal e informal de las estructuras institucionales, sumados a un fortalecimiento de sus lazos con los sectores políticos interesados en mantener su control sobre esas estructuras. Así, es posible que algunos estudiantes “asambleístas”, por sus desempeños o lealtad a sus redes, sean seleccionados para “competir” en nuevas elecciones, esta vez para entrar a formar parte del Consejo Universitario, desde donde pueden acceder a más información y recursos, pero también establecer nuevos vínculos políticos, de tal suerte que, en ciertos casos, llegarían incluso a convertirse en nuevos operadores políticos: “... otros asambleístas... te pueden, uno, absorber, porque pueden saber más que tú, y terminas favoreciéndolos; dos, como las reuniones de los asambleístas no son más seguidas, un consejero sí se puede dar cuenta porque se reúne más seguido y sabe cómo funcionan las cosas.”⁸⁶

Me dijeron que entre al Consejo Universitario, pero como había descuidado mis estudios preferí dejarlo y no ser, porque... eso es como una red. O sea, tú primero eres asambleísta, y varios de los que son asambleístas se hacen consejeros universitarios, porque terminan favoreciendo a los mismos operadores políticos; y así varios de los que han sido asambleístas se convierten en operadores políticos... porque vas teniendo relación con otros chicos.

En otra posible trayectoria, también la adquisición de un mayor conocimiento sobre cómo funciona el sistema puede servir a otros estudiantes para intentar desarrollar una participación algo más autónoma. Esto puede suceder, por ejemplo, cuando los representantes estudiantiles vinculados con grupos políticos distintos entran en contacto entre ellos, superando los intentos de sus operadores políticos por mantenerlos aislados unos de otros, y comienzan entonces a intercambiar información sobre los asuntos que están en juego en las disputas entre diferentes operadores y sus patrocinadores. Habiendo ya tomado conciencia de que su poder reside fundamentalmente en sus votos, y enterados de cómo se configuran los alineamientos políticos en la Universidad, estos alumnos pueden tratar de unirse, dejando de lado a sus operadores políticos o desafiándolos, para negociar directamente su “apoyo” (votos) a uno u otro grupo docente, oponerse a las líneas de acción trazadas por las autoridades universitarias o articular sus propias iniciativas:

En el segundo periodo que estuve como asambleísta (...) fue ya con una mayor iniciativa de ver cómo se hacen las cosas, cómo funcionan; tampoco voy a depender solo de mi operador y de la información que él

⁸⁶ Esta persona refiere que la AU tiene reuniones ordinarias tres veces al año, mientras que el CU se reúne dos veces al mes.

me pueda dar. Había gente más proactiva; por tanto, [algunos miembros su grupo] se encontraron con otros como ellos, y llegó un momento en que... nosotros los asambleístas sacamos un frente independiente, nos liberamos de los operadores.

... un día vi su nombre y le dije “¿tú eres asambleísta?”; y recién la conocí así. Ella había entrado por otra operadora política (...). Pasó que cuando yo... ya con saber cómo funcionaban las cosas, le decimos “mira, cuando hemos querido hacer algo...”. Entonces los asambleístas empezábamos a pedir reuniones más seguidas a los operadores (...) tener de verdad una vida activa; o sea, que no solamente seamos un nombre, ni una ubicación estratégica para conseguir cosas.

Es interesante notar que las rupturas en las redes de poder de los operadores y la búsqueda de autonomía por parte de los estudiantes vienen precedidas a veces por interferencias o bloqueos en las relaciones de reciprocidad. Este es por ejemplo el caso de un miembro de una red, quien antes de “liberarse” de su operador político había tenido problemas para acceder a fondos de la Universidad con los que esperaba financiar a sus compañeros un viaje de estudio:

Yo no sabía cómo funcionaba eso [solicitar dinero], pero tenía un amigo que era un operador de otra facultad, que me estuvo ayudando, pero el trámite no se pudo hacer. Estuve yendo un montón de veces y con ellos hablamos... (en ese tiempo yo no sabía que podía pedir reunión con el rector). Él [el operador] me dijo “no se puede por los trámites (...) tenías que haberlo hecho de otra manera”, eso me dijo. (...) Entonces los chicos [que viajaron con su propio dinero] se sintieron decepcionados (...). Pasada una semana me llama el director de mi escuela diciendo que me habían puesto una denuncia.

En medio de las tensiones y rupturas que surgen por esa búsqueda de autonomía, los operadores políticos pueden ensayar distintas estrategias para recomponer sus redes, intentar mantener su influencia sobre los representantes estudiantiles o inhibir sus acciones. Estas estrategias incluyen desde los ofrecimientos de nuevos beneficios hasta las amenazas: “Nos amenazaron incluso los mismos operadores, amenazaban a los asambleístas para que no dejaran de ser [de su grupo]: ‘Oye, no te olvides de que tal profesor es mi amigo; tu nota depende de tal.’”

... nos ofrecían cosas pequeñas. Como la mayoría de asambleístas organizaba eventos, tenían varias cosas, para que estuvieras tranquilo te decían “ah, te puedo conseguir algo”, muy pequeño, pero era solamente algo así como para que no te dieras cuenta... para que no hicieras mucha bulla.

Por cómo ha venido funcionando en la práctica el sistema de gobierno de la UNMSM, parece entonces que los juicios negativos que circulan en los sentidos comunes de los estudiantes, referidos a este ámbito, tienen un correlato en la realidad y ya de por sí nos ofrecen un primer acercamiento, aunque a grandes rasgos, a las formas en que –por oposición o contraste– mayoritariamente conciben lo que debería ser un buen gobierno: aquel que no presente los rasgos de “corrupción” y “clientelismo” que identifican en las más altas instancias de gestión universitaria. En ese sentido, los alegatos sobre el involucramiento de representantes estudiantiles en manejos “turbios” de la Universidad expresan también una brecha entre ellos y sus representados:

Son pocos los que entran [a la AU y el CU] con ese objetivo [representar los intereses estudiantiles], y varios los que entran sirviendo a un operador político (...). Entonces eso también se relaciona con... que los chicos nos ven totalmente mal, que “tú eres asambleísta y tú también estás en la corrupción”. No se identifican contigo para nada.

Yo he querido dar otra imagen de lo que es tener un cargo de Asamblea, pero veo en ellos [los estudiantes de su facultad] que el prejuicio de que un asambleísta no escapa de la corrupción era más fuerte (...) y yo también digo “¿cómo los puedo juzgar?” Así como ellos, una amiga me dijo “muchas gente piensa mal de ti”.

(...) [E: Está ya instalada esa imagen de que... están todos metidos en cosas turbias.] A pesar de que uno, ¿ves?, quiso hacer un trabajo, es mayor el prejuicio de querer señalar. Es difícil que entre en tu imaginario el hecho de que haya alguien que no haga eso. Ellos me imagino que se deben sentir conmigo con una persona que es así, entra ahí.

Pero la brecha se presenta también a otro nivel, pues el control que los sectores hegemónicos ejercen sobre las estructuras institucionales y sus mecanismos de acceso al poder (manejo de los comités electorales, uso de recursos de la Universidad para campañas electorales, etcétera) permite que quienes dominan este sistema corran con una amplia ventaja por sobre otros actores políticos. En concreto, aquellos que tienen el poder y los recursos para colocar en los tercios estudiantiles de la AU y el CU a estudiantes afines a sus intereses, incorporándolos de manera individual y segmentaria mediante operadores políticos, pueden desplazar de la competencia a las organizaciones políticas estudiantiles autónomas que se desenvuelven en las distintas facultades; y estos, por su parte, viéndose en desventaja y sin los recursos necesarios para entrar al sistema, tienden a dejar de lado una vocación por disputar el poder en esos niveles institucionales más altos: "... otras listas [estudiantiles] no han querido lanzarse [a las elecciones para la AU y el CU]; ¿por qué?, porque no tienen alianzas con los operadores políticos." Debido a esto, las iniciativas políticas autónomas de los estudiantes suelen quedar relegadas al terreno más restringido de las facultades o escuelas profesionales, donde pueden competir o no, dependiendo de sus capacidades, por los puestos de representación estudiantil en los Consejos de Facultad y los "comités asesores" que se ocupan de la gestión de sus escuelas, o también por la hegemonía a un nivel muy micro en los centros federados o centros de estudiantes.

Lógica clientelar y contexto nacional e histórico

En lo que respecta a la AU, el CU y el rectorado de la UNMSM, he caracterizado el sistema descrito como uno de tipo clientelar porque su lógica subyacente básica encaja en los modelos que muchos autores han delineado en numerosos estudios sobre clientelismo político. Según Robert Gay (1990), el clientelismo político "representa la distribución de recursos (o la promesa de esa distribución) por parte de titulares de puestos políticos o candidatos a ellos a cambio de apoyo político, principalmente –aunque no exclusivamente– bajo la forma de votos." Por su parte, Jonathan Fox (1994) concibe al clientelismo como una forma de control social y político y lo define como una "relación basada en la subordinación política a cambio de recompensas materiales". No obstante, si bien estas y otras definiciones ofrecen una idea general que permite categorizar lo apreciado en la UNMSM como un fenómeno de clientelismo, creo pertinente recoger la posición de Javier Auyero (2000), para quien resulta limitado reducir la noción de clientelismo a la imagen de un simple intercambio de favores por votos. Siguiendo a este autor, considero que para hablar de clientelismo (y entenderlo en nuestro caso concreto) puede ser más provechoso fijar la mirada en su lógica sociocultural, sus principios y mecanismos de reproducción, y las prácticas y perspectivas de los actores involucrados.

En los órganos de gobierno de la UNMSM encontramos múltiples paralelos con los hallazgos de otros trabajos que se ocupan de diversas formas contemporáneas de clientelismo (Auyero, 2000; Burgwald, 1996; Escobar, 1994; Fox, 1994; Vélez-Ibañez, 1983), pero también algunos rasgos singulares que podrían estar asociados con el hecho de que el espacio específico analizado aquí es un escenario micropolítico universitario, mientras que las investigaciones sobre clientelismo generalmente han abordado casos de otros tipos, como las dinámicas políticas en sectores populares urbanos y rurales, o las relaciones entre partidos o elites políticas y sus votantes a nivel nacional o local. En la Universidad vemos que se presenta la estructura piramidal que típicamente se describe en la literatura citada sobre clientelismo: personajes o grupos ubicados en las posiciones más altas de una jerarquía de poder, que figuran como patrocinadores o principales referentes políticos de una red compuesta, en un segundo nivel, por intermediarios políticos o *brokers*, quienes a su vez conforman y controlan sus propias redes de “clientes”, los cuales aparecen en el esquema como subordinados y, en mayor o menor medida, dependientes de los flujos de bienes, recursos e información que provienen de las instancias más altas de la pirámide, y cuya distribución es discrecionalmente regulada por los intermediarios y sus superiores en función de las lealtades políticas de los subordinados, expresadas finalmente en votos u otras formas de apoyo político.

Resulta clave en este esquema la posición del *broker* político, que en el caso sanmarquino sería el “operador político”. Se trata de una figura ya clásica en los trabajos sobre clientelismo (Silverman, 1977; Wolf, 1977), donde por lo común se le atribuye un conjunto de rasgos claramente identificables en San Marcos: es un mediador capaz de facilitar u obstruir los flujos de demandas, favores, bienes y servicios a y desde los votantes (Carlos & Anderson, 1981); y busca controlar las transacciones y colocarse como el único canal de comunicación entre la alta jerarquía y los clientes, acaparando y restringiendo la información al punto de crear intencionalmente la incertidumbre en los niveles más bajos de la pirámide clientelar, con el fin de construir, mantener o acrecentar su poder y control sobre su red (Auyero, 2000; Gould & Fernandez, 1989).

Precisamente, el operador político sanmarquino se presenta como el que puede “conseguir cosas” o “gestiona” el acceso a recursos valorados por los miembros de su red, pero también como alguien que monopoliza la información y trata de aislar a sus “clientes” de otras posibles fuentes de información (“no te dan la información suficiente”). En San Marcos advertimos, adicionalmente, al menos dos criterios que definen jerarquías entre operadores. Uno remite a la amplitud del ámbito de influencia, pues se habla de algunos operadores que se desenvuelven solo en determinadas facultades o escuelas profesionales, mientras que otros son operadores “macro”, se ubican más cerca del vértice de la pirámide y tienen un rango de acción mucho más extenso. Luego, hay también una diferencia basada en la experiencia, pericia y conocimientos acumulados: algunos operadores serían “estudiantes eternos” (“de antes, de los más antiguos”) ya bastante “recorridos” y duchos en el conocimiento de las reglas formales e informales del

sistema, pero de otros se dice que estarían iniciándose en esa función; estos últimos son, por ejemplo, los estudiantes “asambleístas” o “consejeros” que conforman sus propias redes y “se convierten” en operadores políticos (“te pueden absorber porque pueden saber más que tú, y terminas favoreciéndolos”).

Otra característica recurrente en los fenómenos de clientelismo, visible también en San Marcos, es que las transacciones adoptan la forma de relaciones de reciprocidad; es decir, vínculos personalizados del tipo en el que la entrega de un don genera en quien lo recibe la obligación moral de devolver o retribuir otro don similar o equivalente. Aquí la racionalidad de los intercambios no necesariamente es la de una lógica de maximización o cálculo económicos. Si, más que analizar la relación, examinamos la experiencia vivida de esa relación, resulta entonces que se debe al carácter recíproco del intercambio que las personas involucradas, sobre todo las que ocupan posiciones subordinadas, usualmente conciben su apoyo político a quienes dominan el sistema como una retribución a la que se sienten moralmente obligadas en virtud de los favores recibidos, quedando la transacción política revestida de sentidos que aluden a “solidaridad”, “confianza”, “amistad”, “gratitud”, “deber”, entre otros (Auyero, 2000; Gouldner, 1977; Roniger, 1990). En efecto, en la Universidad los operadores son descritos como “amigos” que “ayudan” a los miembros de sus redes a lograr objetivos (como ganar una elección) y obtener beneficios o recursos (“mi *amigo* se convirtió en mi operador político”, “el operador... es el que *te ayuda* a conseguir...”); mientras que, por otro lado, los votos que los estudiantes dan en retribución en la AU son presentados también como “ayudas” y “apoyos” (a un aspirante a rector “se le apoyó” para que llegue al cargo).

En contraste, los estudiantes que no pertenecen a estas redes, la gran mayoría, tienden a calificar esas transacciones como “corrupción”. Esta percepción general nos dice algo también del alcance de las redes y sus áreas de influencia, pues bajo el clientelismo la aceptación o legitimidad del sistema depende mucho de la capacidad de los *brockers* para repartir o facilitar el reparto de los dones, capacidad que es siempre limitada (Auyero, 2000). En lo que respecta a los delegados estudiantiles en la AU, se trata solo de 38 alumnos que conforman el “tercio”. Sin considerar a los profesores miembros de la AU, resulta entonces que el núcleo básico del sistema clientelar es bastante reducido. Por lo visto, los patrocinadores y operadores de las redes clientelares no necesitan extenderlas a sectores más amplios entre los más de 30 mil estudiantes, pues el control de un puñado de votos de delegados estudiantiles les asegura una posición ventajosa en la estructura institucional. Para lograr ese control no se requiere de una redistribución cotidiana de bienes y favores entre la masa de estudiantes, ya que basta con un trabajo intensivo en momentos de coyuntura electoral, incluyendo la inversión en campañas publicitarias y la injerencia en los organismos electorales.⁸⁷

Por debajo de ese núcleo básico conformado por autoridades-docentes, operadores políticos y representantes estudiantiles, estos últimos pueden establecer algunas redes de tipo clientelar con

⁸⁷ Una de las reformas que trae la nueva Ley Universitaria del 2014 es que las más altas autoridades de la Universidad deberán ser elegidas por voto universal, y ya no solo por los delegados miembros de la AU.

estudiantes de base, ubicándose como nuevos *brockers*. De hecho, en los relatos se menciona en varias ocasiones que los delegados buscan obtener (ellos mismos o por medio de operadores) recursos de la Universidad para sus compañeros de escuela o facultad. Sin embargo, al menos en los casos analizados, el peso y la presencia de estos delegados tienden a difuminarse en este nivel porque sus círculos de influencia suelen ser muy pequeños; porque, aún cuando puedan colocarse como intermediarios entre los recursos de la Universidad y los estudiantes, éstos tienen otras vías o alternativas para acceder a tales recursos (iniciar sus propias gestiones, recurrir a otros actores mejor posicionados, etc.); o porque su imagen pública suele estar muy deteriorada (“los chicos nos ven totalmente mal, que... ‘tú también estás en la corrupción’; no se identifican contigo para nada”).⁸⁸

Todo confluye entonces para que se produzca un alejamiento y enajenación por parte de la gran mayoría de estudiantes con respecto al gobierno de la Universidad y a sus representantes. Y vimos también que esa distancia no se produce únicamente por una evaluación negativa de esos niveles de gobierno, sino también porque el mismo sistema opera activamente en el sentido de bloquear o desalentar la participación estudiantil autónoma en ese ámbito, especialmente por su capacidad de dominio sobre los procesos electorales. A propósito, algunos autores han señalado que el clientelismo político tendría entre sus efectos la atomización y fragmentación del electorado (Rock, 1972; O'Donnell, 1992), algo que estaría ocurriendo en la UNMSM (y que examinaré más adelante).

El fenómeno de clientelismo que vemos en la Universidad de ningún modo es una singularidad histórica en el Perú. En sus aspectos esenciales, este caso presenta múltiples similitudes y paralelos con los esquemas de ejercicio y reproducción del poder político que han existido y que funcionan actualmente en variados ámbitos de la sociedad peruana. De hecho, al analizar los datos obtenidos sobre el gobierno de San Marcos, y al hacer abstracción de ellos, no pude pasar por alto cuánto se asemeja este sistema a los modelos sociológicos y antropológicos formulados para explicar las relaciones de dominación política en el Perú en los años sesenta del siglo XX. En esa época, Julio Cotler usaba la metáfora de un “triángulo sin base” para describir la articulación entre las elites peruanas y los sectores más pobres y excluidos. Según Cotler (1969, 2005), dichas elites se relacionaban con esos sectores por medio de estrategias clientelistas; de este modo se lograba articular a la sociedad verticalmente, pero los sectores populares (ubicados en la base del triángulo) carecían de mecanismos horizontales de articulación entre sí, con lo que se debilitaba su autonomía y su peso político, manteniéndose así el *statu quo*. No muy distinto es el modelo que Fernando Fuenzalida exponía también en esa época:

Podemos... concebir la sociedad peruana en los aspectos preindustriales de su estructura, como una sucesión de mediadores que, escalonándose y jerarquizándose, controlan ámbitos cada vez más restringidos de poder y se constituyen en filtros obligados en el sistema informativo.⁸⁹ Una imagen apropiada es la de un sistema arborescente en el que las unidades de cada nivel subordinado se conectan entre sí únicamente

⁸⁸ Aún así, no pocas veces logran reelegirse para nuevos periodos en la AU o para integrar el CU.

⁸⁹ La palabra “información” se emplea aquí como un signo formal de todo objeto material o ideal comunicable entre unidades del sistema (nota del autor).

por mediación de una instancia superior. (...) En la estructura resultante, los niveles inferiores se atomizan, mientras que los focos superiores se insertan en una escala mundial de mediaciones. El desarrollo predominante de las comunicaciones verticales y la atrofia, empo-brecimiento o ausencia de las horizontales y transversales, la mediación excluyente sin alternativas, es lo que caracteriza a esta sociedad: es una sociedad dominada o dependiente. (...) Por la relativa autonomía de cada mediador, la ley “se acata pero no se cumple”. O más bien, se aplica selectivamente según los intereses de quien se halla encargado de su representación (Fuenzalida, 1970).

Estas descripciones correspondían a una realidad social previa a la Reforma Agraria de 1969, cuando amplios sectores del campo peruano estaban dominados por una clase terrateniente compuesta por hacendados y *gamonales*. Estos últimos han sido objeto de diversos análisis en los que se habla de un modelo político denominado *gamonalismo* (Flores Galindo, 1988; Mariátegui, 1928; Poole, 1988). Creo pertinente tocar aquí este punto por las similitudes observables entre la figura típica ideal del gamonalismo peruano y el sistema clientelar sanmarquino. Así pues, desde fines del Siglo XIX y hasta la Reforma Agraria, se fue imponiendo en muchas zonas del Perú rural andino una estructura de poder local cuya figura central era el denominado gamonal. Por lo general, este término era empleado para designar a aquel personaje que, sin tener mayores antecedentes señoriales (diferenciándose en esto de los terratenientes de linaje aristocrático), solía construir su poder apropiándose de tierras ajenas (generalmente de indígenas), valiéndose para ello de argucias legales o de la violencia abierta. Pero el soporte del poder gamonal estaba no solo en el control de recursos y tierras propias o ajenas, sino principalmente en las redes clientelares que iba formando a su alrededor con sus allegados y subordinados, de entre los que destacaban los llamados “tinterillos”, que podían ser abogados u otros especialistas legales que actuaban también como mediadores en las redes clientelares. Este sistema de poder se caracterizaba, además, por la privatización y el monopolio de la política en aquellos espacios locales controlados por los gamonales, espacios en los que prevalecía además un pensamiento jerárquico y una lógica patrimonial. Para entender las condiciones del surgimiento y la reproducción de este esquema de poder, es importante mencionar que el gamonalismo clásico proliferó en aquellos espacios del país en los que aún no lograba imponerse el frágil e incipiente Estado republicano de aquella época. Es decir, *en ausencia del Estado*, el gamonalismo se erigía no solo como una forma más de poder local, sino como el sistema político que organizaba en la práctica la vida social, económica y política en el área dominada por el gamonal.

El modelo del gamonalismo incluye algunos elementos que aparecen en el caso sanmarquino y que no necesariamente se explican por la idea básica de clientelismo, como el patrimonialismo y la privatización de la política en un espacio local, la ausencia del poder estatal en ese espacio, la manipulación del aparato jurídico (“argucias legales”, o “la ley se acata pero no se cumple”, “el papel aguanta todo”), la especialización de los *brockers* en cuestiones legales (un paralelo entre el operador político y el “tinterillo”), y la falta de reconocimiento de la legitimidad de quienes detentan el poder por sus rasgos intrínsecos (un rector universitario sin méritos científicos o intelectuales es un poco como el gamonal que carece de atributos o antecedentes “señoriales”).

Para concluir esta parte, debo decir que tenemos aquí solo una mirada general del sistema de gobierno de la UNMSM, con énfasis en la participación estudiantil en dicho sistema. Existen varios aspectos a los que he podido aproximarme solo superficialmente y que merecerían desde luego un mayor examen. Pero más allá de cuán exactos puedan ser o no los detalles, considero importante destacar cómo lo apreciado en San Marcos se puede entender, en el plano teórico, desde los conceptos de clientelismo y relaciones de reciprocidad; y en el contexto histórico peruano, por su semejanza con pautas locales de dominación política propias de una sociedad “preindustrial” (Fuenzalida, 1970) que al parecer se reproducen actualmente no solo en la Universidad sino también en otros espacios. En este último sentido apuntan por ejemplo las impresiones que me ofreció un informante clave, egresado sanmarquino de ciencia política que había realizado una tesis sobre clientelismo:⁹⁰

... estoy conociendo a un montón de... no de políticos, sino de *brockers* en Ayacucho [región del sur andino del país]. Esos *brothers* que arman listas [electorales]... se me hizo interesante, ah. [E: Pero esa figura del *brocker*, tú que la has estudiado para tu tesis, ¿tiene analogías con el sistema de operadores políticos de acá de la Universidad?] Claro, ¡es lo mismo! El sistema es *exactamente* lo mismo. Es más: de aquí [de la Universidad] saqué la idea para estudiar afuera. De ver esta vaina, saco la idea para afuera. ¡Es la misma lógica! Eso de que “San Marcos es el Perú” es verdad [risas].

4.2. POLÍTICA ESTUDIANTIL: ESPACIOS, ORGANIZACIONES Y RELACIONES

El paisaje social y político sanmarquino

Para analizar el mundo sociopolítico de la UNMSM creo necesario echar primero una mirada a algunas realidades que condicionan varias de sus pautas, heterogeneidades y diferencias internas. Estas vienen definidas, en principio, por dos importantes factores: (1) las cuatro grandes áreas de estudio en que se agrupan sus 20 facultades y 62 escuelas académico-profesionales (Ciencias Básicas e Ingenierías, Ciencias Sociales y Humanidades, Ciencias Empresariales y Ciencias de la Salud; véase el Anexo 1); y (2) la distribución de esas facultades y escuelas, además de otros órganos académicos y administrativos, en los locales universitarios repartidos en diversos lugares de la ciudad de Lima. La mayoría de las facultades se encuentran en la Ciudad Universitaria de la UNMSM (en un extremo del Cercado de Lima, cerca de la provincia adyacente del Callao); las facultades de Medicina Humana y Farmacia y Bioquímica se ubican en el Centro de Lima en un local conocido como “San Fernando”, que tiene en sus cercanías a los locales de Obstetricia, Educación Física y una de las residencias universitarias; y la Facultad de Medicina Veterinaria en el distrito de San Borja. Todo esto determina –en la realidad, en las percepciones y aún en los perfiles sociopolíticos– una primera gran división entre quienes estudian en la “Ciudad Universitaria” y quienes lo hacen en “San Fernando” o en San Borja.

⁹⁰ Véase Salazar (2014). Por otro lado, Noelia Chávez (2014) ha estudiado el funcionamiento de los “circuitos políticos” y las redes clientelares en una universidad pública de la Amazonía peruana.

Luego, están también la distribución y las diferencias internas en la Ciudad Universitaria, pues hay una zona en la que físicamente se concentran la mayoría de los locales de las carreras de Ciencias Sociales y Humanidades junto a los de estudios empresariales (siendo esta zona el máximo teatro de la política estudiantil), en tanto que fuera de ese núcleo y en sus alrededores se ubican las facultades y escuelas de Ciencias Básicas e Ingenierías y algunas de Ciencias de la Salud.⁹¹

En todos estos espacios se desarrolla la vida estudiantil de la población que describí previamente en sus aspectos demográficos (en la sección 1.2), y que toca ahora caracterizar en sus formas de organización y sus relaciones con los elementos del entorno sociopolítico universitario. Un primer punto que propongo considerar aquí es la densidad de la actividad organizativa y del interés en la política en distintas áreas de estudios. Veamos al respecto la Tabla 3.

Tabla 3. Interés y participación estudiantil en la política, según áreas de estudio, UNMSM, 2012.

Variables	Total	Áreas académicas			
		Cs. Básicas e Ingenierías	Cs. Sociales y Humanidades	Cs. Empresariales	Cs. de la Salud
Interés por la política nacional					
Mucho interés	21%	15%	39%	17%	8%
Algo de interés	45%	41%	49%	46%	47%
Interés por la política en la Universidad*					
Mucho interés	13%	8%	24%	11%	9%
Algo de interés	35%	30%	44%	35%	36%
Nivel de información sobre la política en la U.					
Se considera muy informado	12%	9%	28%	7%	3%
Se considera medianamente informado	48%	43%	51%	50%	48%
Participación en organizaciones o actividades**					
En alguna organización política estudiantil	14%	12%	24%	9%	7%
En alguna asamblea estudiantil	27%	13%	54%	22%	21%
En marchas o huelgas	30%	19%	47%	18%	44%

* Interés en la política que se desarrolla al interior de la Universidad.

** En los últimos doce meses.

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes. Elaboración propia.

Comprobamos en esta tabla que entre los estudiantes el interés que manifiestan tener por la política nacional (las dos terceras partes de la población, sumando “mucho” y “algo” de interés) es significativamente mayor que el que reportan respecto a la política universitaria (poco menos de la

⁹¹ Además del rectorado, la Biblioteca Central, el estadio, el Comedor Universitario, la Residencia Universitaria, el Gimnasio, entre otros. Toda la Ciudad Universitaria se levanta sobre ruinas de edificios y otros restos prehispánicos.

mitad). Vemos también que en Ciencias Sociales y Letras (CSL)⁹² dicho interés es comparativamente más alto que en otras áreas, lo cual se acompaña de una mayor proporción de alumnos que se consideran informados sobre este campo político y más altos niveles de participación en organizaciones políticas estudiantiles, asambleas y manifestaciones de protesta.

Ingreso a la Universidad y estímulos políticos: “hacer algo nuevo, romper con lo viejo”

La distribución desigual de los niveles de interés en la política y la participación define de varias formas las experiencias de los jóvenes sanmarquinos incluso desde antes de iniciar sus estudios. De hecho, no pocos estudiantes, sobre todo entre los que ingresan a carreras de Ciencias Sociales y Humanidades, llegan a la Universidad ya con una vocación política e interesados en el activismo, mientras que muchos otros –la mayoría–, sea cual fuere la carrera elegida, también desde antes de ingresar acceden muy comúnmente a diversos discursos e imágenes sobre la UNMSM, a veces estereotipados y en otras ocasiones contradictorios, pero que generalmente coinciden en presentarla como una universidad “politizada”. Esta era por ejemplo la imagen que se había formado Joaquín antes de ingresar a Ciencias Sociales: “yo decía: ‘San Marcos, Sociales... me imagino que los debates serán intensos, profundos, involucrarán a profesores, estudiantes, la academia, la política’ ”. Esas expectativas eran muy similares a las de Adriana:

... cuando yo empezaba a decirle a mis profesores [de secundaria] que pensaba postular a la San Marcos, entonces era como que [decían]: “Pero, ¿San Marcos?, ¿estas segura?... (...) en la Facultad de Sociales todo el mundo está tirado en el suelo, borrachos, está todo lleno de pintas [en las paredes]”. (...) En cambio otros me decían: “Ah, no, San Marcos tiene calidad académica... los profesores son buenos y tienes que leer”. Entonces yo me hacía a la idea de las dos cosas: que era un espacio de debate, me imaginaba que había como ágoras, la gente hablando, debatiendo, hablando sobre política.

Estas imágenes sobre la UNMSM circulan también en las academias pre-universitarias donde los jóvenes se preparan para el examen de admisión, ya sea porque allí sus compañeros y profesores pueden hablarles sobre la Universidad, o también porque algunos grupos políticos de la UNMSM se aproximan a esas academias para realizar tareas de proselitismo dirigidas a los postulantes.

Ahora bien, los jóvenes que consiguen ingresar a la Universidad se encuentran efectivamente con un entorno donde la política está presente de varias maneras: en los discursos y performances de los activistas y grupos políticos; en los materiales de propaganda que presentan las ideas, programas y actividades de las organizaciones estudiantiles (carteles, paneles, vitrinas murales, “panfletos” y volantes, etc.); en reuniones y eventos políticos (asambleas, conferencias, actos proselitistas, protestas y movilizaciones, etc.); en actividades culturales que proyectan ideales de cambio social; y también muchas veces en las aulas y en la vida cotidiana.

... me gusta que con la gente de Sociales, en general, hablamos de temas sociales hasta en el baño, hasta borrachos, el constante debate una y otra vez, de intercambiar ideas, lo que me parece, esto o el otro, y eso

⁹² A lo largo de este texto empleo indistintamente los términos “Ciencias Sociales y Humanidades” y “Ciencias Sociales y Letras”. En cualquiera de los dos casos, esta designación incluye a Derecho y Educación, como se puede ver en el Anexo 1.

no lo he visto en otra universidad. Me he recorrido las universidades del interior, Villarreal y Católica también, era como que 'normal' (...) por ejemplo, era gente que veías en un *tono* [fiesta] *chupando* y jamás terminaban hablando de teoría sociológica, jamás (...). En San Marcos no. Me pasaba que todo el mundo estaba hablando de temas sociales todo el día, o del comedor [universitario], o de como está organizada la Facultad políticamente, y qué profesor deben *bajarse* y cuál no... (Rolando).

Pero estas experiencias distan mucho de ser homogéneas. En primer lugar, vienen modeladas por las expectativas previamente formadas y las maneras en que los jóvenes interpretan y evalúan los hechos políticos; es decir, las distintas percepciones sobre el mundo político de la UNMSM se definen por la cultura política que han asimilado durante su socialización previa al ingreso a la Universidad. Así, por ejemplo, mientras que algunos llegan con una predisposición a alejarse o mantener cierta distancia con respecto a ese mundo político, otros en cambio viven su inserción en este escenario como una suerte de viaje de descubrimiento de una realidad nueva y deslumbrante que los llama a intervenir en ella:

[E: ¿Y contrastando tus expectativas con lo que encuentras en la universidad...?] Creo que sí pues, efectivamente, había de todo tipo, grupos que eran incluso así "presidente Gonzalo" [asociados con SL], qué sé yo, pero tampoco fue algo que me causaba miedo o rechazo, sino curiosidad. (...) creo que también un poco me animé, me metí a esto [a la participación] porque era una experiencia nueva para mí; como antes no había pasado por una experiencia de organización, entonces era algo bastante novedoso ver cómo se manejan los grupos, los gremios, entonces eso me despertó curiosidad y más ganas de conocer, y así fue que me fui involucrando. (Paulo, ex dirigente de Ciencias Sociales).

En segundo lugar, la posibilidad de acceder a entornos y mensajes políticos dentro de la Universidad aumenta o disminuye dependiendo de las áreas de estudio. Así, quienes están en Ciencias Sociales o Humanidades sobre todo, o tienen amigos o conocidos estudiando esas carreras, o frecuentan esos ámbitos, viven el mundo de la política universitaria más intensamente que quienes ingresan a otras especialidades, aunque lo común es que en todas las facultades existan al menos algunos referentes o segmentos interesados en la acción colectiva (como veíamos en la Tabla 3).

Paisaje político. Cs. Sociales y Derecho tienen en común que en cualquier época del año es posible ver en esas facultades numerosos paneles o "pizarras" con "comunicados", "manifiestos" y anuncios, generalmente firmados por grupos políticos o de estudio ("círculos", "talleres" y similares). Algunos presentan discursos de crítica social referidos a la Universidad o el país, resaltando las ideas de izquierda sobre todo en Cs. Sociales. En otros casos, más frecuentes, hacen llamados a reuniones o asambleas, actos de protesta y eventos académicos, culturales y políticos. (...) En Cs. Sociales casi siempre hay estudiantes yendo de un lado a otro, conversando, en grupos grandes o pequeños o con algún profesor (en los pasillos, las bancas o el Café); o están sentados por ahí leyendo algo, yendo a clases o saliendo de ellas. (...) [En cambio] La Facultad de Ingeniería Geológica, Minera, Metalúrgica y Geográfica se veía casi vacía cuando la visité, a pesar de que era un día de clases normal en toda la Universidad. Al acercarme más y recorrer los pasillos me encontré con algún alumno solitario, sentado en alguna banca, o con grupos pequeños de no más de tres personas. La Facultad parecía estar vacía, pero al echar unas miradas por las pequeñas ventanas de las puertas vi que en realidad había mucha gente pero estaban todos en clases, dentro de los salones. (...) Los únicos "comunicados" públicos o avisos que pude encontrar estaban en las vitrinas colgadas de las paredes cerca de las oficinas administrativas: contenían anuncios sobre clases reprogramadas, próximos eventos científicos, pequeñas notas sobre geología o minería y otros asuntos de la gestión interna de la Facultad.⁹³

... los chicos de San Marcos, todos entran... ¡guau!... todos los *chiquillos*: "¡que sí, quiero cambiar el mundo!", que esto que el otro... ¡*Asu mare!* Es bien cómico ese contraste, ¿no? En [la universidad privada donde estudió antes] nadie... todos eran chicos de clase media que nunca habían tenido ningún tipo de formación partidaria, y [en cambio] estos chicos [de San Marcos] parece que ya tenían el *chip* ya programado... los de Sociales más que nada, porque en Letras yo nunca había visto nada así. Ya se habían organizado para

⁹³ Notas de campo del 2 de Julio del 2014.

conformar la *base*, ya habían organizado una pequeña asamblea para elegir al representante, el delegado de la *base*, etcétera. Yo decía: “¡Guau!” Para mí era bien sorprendente porque nunca había visto algo así. (...) Me llamó la atención el *chip* político que todos los *chiquillos* tenían incrustado ya adentro... un *chip* de organización política: organizarse, hacer asambleas, poner dirigentes, participar políticamente, hacer trabajo de bases, etcétera. Toda esa vaina. [E: ¿Era algo generalizado o era un sector de compañeros?] Un sector que era la mayoría. O sea, todo el mundo asumía eso como que era lo natural, ¡todo el mundo! (Ricardo, estudiante de Ciencias Sociales).

Ricardo nos habla de jóvenes que recién ingresan a la Universidad, a quienes en el Perú se suele denominar *cachimbos*. De ellos nos dice que buscaban “conformar la base”, elegir al “delegado de base” y hacer “trabajo de bases”. En San Marcos, el término “base” se usa para designar a los alumnos que ingresan a la Universidad en un mismo año, y en cada facultad para distinguir a quienes lo hacen simultáneamente a una misma carrera (por ejemplo: Base 2012 de Sociología). Pero este término, que definido así parece ser una mera categoría demográfica y administrativa, tiene en realidad una fuerte connotación política, que se presenta además como una particularidad de la UNMSM, pues –hasta donde llega mi conocimiento– esta es la única universidad peruana donde se usa este término. Su sentido político se deriva de la identificación colectiva que se genera en un grupo de estudiantes no solo por pertenecer a una misma base, sino también –y significativamente– porque este hecho define la primera y fundamental forma de organización política estudiantil (compuesta generalmente por un delegado y varias secretarías), que es a la vez el núcleo básico de la organización gremial en los centros de estudiantes (de los que me ocuparé más a fondo en otro apartado).

En tercer lugar, las vivencias iniciales de los sanmarquinos en este terreno aparecen marcadas también, en gran medida, por el desempeño de los actores políticos de la Universidad: activistas miembros de organizaciones que cada año se aproximan a los *cachimbos* de cada base para tratar de organizarlos, atraerlos e integrarlos a esos grupos, ofreciéndoles ayuda e información, o invitándolos a círculos de estudio o eventos, etc. (“... cuando te ven un poco activa... hay grupos que se te acercan a informarte, a querer captarte, a invitarte a sus eventos, talleres”, Adriana); representantes gremiales que buscan promover la participación estudiantil en diversos asuntos o que emiten públicamente discursos políticos; y grupos que emprenden campañas políticas en determinadas coyunturas electorales internas y que realizan intensas actividades de propaganda.

Y en cuarto lugar, la misma diversidad y los contrastes en el ambiente sociopolítico de la UNMSM operan también en el sentido de abrir las perspectivas de los alumnos a realidades nuevas (culturales, sociales, regionales y nacionales) y a la definición de orientaciones y actitudes políticas:

San Marcos... cambió muchas perspectivas en mi vida. (...) yo sé que a mucha gente le suena a *cliché*, pero para mí San Marcos es el Perú. Porque por ejemplo mi referente de sierra era Cajamarca; yo no te podía ubicar en el mapa dónde estaba Ayacucho, Puno, de hecho en la academia [pre universitaria] hay gente de Ayacucho. Pero por alguna razón, ya en San Marcos, sin que lo lleve en algún curso, ya me daba el interés por saber dónde carajos quedaba Ayacucho y cuáles eran las costumbres, y cuánta gente había y qué había allí. Porque empezaba a tener *patas* cercanos que venían de Cusco, de Tacna, de Ayacucho, de Puno, y te abre totalmente la mirada de un *chibolo* costeño del norte. La primera vez que escuché quechua fue en San Marcos. (...) Para mí San Marcos era un mundo totalmente nuevo en Lima, porque me abrió perspectivas políticas. Digamos, conocí lo que era un guevarista, un *marcucho*, un *saco*. Nunca había visto o conversado

con un senderista en mi vida. Conocí a un *pata* que de verdad era de extrema derecha y empiezas a conocer posiciones políticas que te hacen obligatoriamente e inevitablemente, o al menos en Sociales... formarte una opinión política. Al menos si estás participando activamente en la Universidad tienes que tomar de alguna u otra forma una posición política. Y creo que San Marcos sí me hizo... empezar a formar opiniones políticas. (Rolando).⁹⁴

Esta última cita prefigura otro aspecto importante del panorama político sanmarquino: la diversidad en las identidades, tendencias ideológicas y orientaciones de práctica política. Allí es posible encontrar agrupaciones ubicables en casi todo el espectro que va de la izquierda a la derecha, y en todo ese rango también unas manifestaciones organizadas que se restringen al ámbito universitario (en sus distintos niveles: escuelas, facultades, San Marcos en su conjunto o articulaciones con otras universidades) y otras que se proyectan a espacios regionales, nacionales o sectoriales (obreros, barriales, étnicos, etc.). En todos los casos, los grupos políticos pueden tener tamaños que van desde unas cinco o diez personas hasta cientos de ellas.

Algunos grupos son bastante efímeros: aparecen en un momento y al año próximo (o incluso en el siguiente semestre) ya dejaron de existir. Otros se forman para competir en determinado proceso electoral en alguna escuela o facultad, pero no persisten más allá de uno o dos años. Luego, están también las organizaciones que duran el tiempo que sus fundadores permanecen en la Universidad (de tres a cinco años aproximadamente, dependiendo de qué tan tempranamente nació el grupo). Son muy pocos los casos de colectivos políticos universitarios que persisten por diez años o más.

Algunas organizaciones surgen por las divisiones o fragmentaciones de otros grupos. Menos común es la fusión de distintos proyectos, aunque sí se producen de vez en cuando alianzas para la conformación de frentes electorales. Más frecuente es la aparición de grupos que quieren “romper con lo viejo” y “crear algo nuevo”, cosa que al menos en Ciencias Sociales y Letras ocurre todos los años, sobre todo entre los alumnos que recién ingresan: “como que tú vas sacando tu línea; tú dices ‘este grupo es así, este grupo es asá’, pero yo nunca me involucré con ninguno. Yo mismo dije: ‘yo quiero mi propio proyecto.’” (Gonzalo, Ciencia Política).

Una figura típica es la del surgimiento de organizaciones de izquierda creadas a partir de “círculos de estudio” o “talleres”. Inicialmente algunos estudiantes (generalmente de cinco a diez),

⁹⁴ Varios otros entrevistados narraron en términos similares su experiencia en la UNMSM. En la cita sorprende ver cuánto se asemejan este relato y los previos a uno ofrecido por Mario Varvas-Llosa sobre su paso por esta Universidad a mediados del Siglo XX: “... discutir, interminablemente, comunistas y apristas, apristas y trotskistas, comunistas y trotskistas, pues hasta discípulos de León Davidovich había en las catacumbas de San Marcos. Cuando digo discutir, hablo de enérgicos intercambios de ideas, pero, también, de consignas y exabruptos, y, a veces, ay, hasta de cabezazos y patadas. (...) Nos tomaba media hora caminar desde San Marcos a casa de Lea, en Petit Thouars (...) Eran unas caminatas efusivas, dialécticas, entrañables, de intensos intercambios y ferviente amistad, la que por cierto no impedía la pugnacidad crítica. (...) La mejor universidad del Perú, académicamente hablando, era entonces la más popular. Pues, en sus facultades abiertas a todos los sectores sociales, convivían muchachas y muchachos a los que las diferencias de fortuna y condición difícilmente hubieran permitido acercarse y conocerse fuera del recinto universitario. (...) En los años cincuenta, San Marcos era aún, en formato reducido, una réplica bastante aproximada de la sociedad peruana y este hecho resultaba, de por sí, pedagógico. Los problemas del Perú repercutían en sus aulas, reverberaban en sus patios, contaminaban sus laboratorios y seminarios, a través de la procedencia versátil de los estudiantes, e impregnaban íntimamente los estudios, las relaciones personales y la marcha de la institución. Fuera cual fuera la especialidad elegida, los sanmarquinos recibían, en sus años universitarios, un curso acelerado sobre la problemática peruana.” “Regreso a San Marcos”, *El País* (España), 29 Abr. 2001.

alentados por uno de ellos con alguna experiencia política, o por un pequeño núcleo con cierta iniciativa, se ponen de acuerdo para desarrollar un plan de lecturas y discusiones de textos marxistas clásicos y contemporáneos, bibliografía sobre historia y realidad nacional y algunos otros tópicos. El grupo puede ser exclusivo para sus miembros iniciales, o abierto a la incorporación de otros jóvenes mediante invitaciones personalizadas o anuncios públicos. Luego de un tiempo de “formación” (por lo general algunos meses), los integrantes pueden decidir colectivamente si pasan o no a conformar un nuevo proyecto político, cosa que muchas veces en efecto sucede.

Con algunos amigos también ingresantes, que conocí en la academia [pre universitaria], decidimos tener un proyecto: ‘Queremos hacer política en la San Marcos’, y dijimos ‘Ya... ¿qué hacemos? Somos ingresantes, no tenemos experiencia en política, ¿qué hacemos? O bien nos ponemos a hacer algo nosotros de forma autónoma, o bien nos unimos a otra organización.’ Entonces hicimos una cierta evaluación de todas las organizaciones y sí, pues, dijimos ‘muy precarias’. (...) y ahí formamos un espacio, que nunca le pusimos nombre pero se quedó con el nombre del taller, que era ‘[...] de Estudios Políticos Marxistas’. (...) La verdad es que no la teníamos muy clara. Había alguno u otro de nosotros que ya tenía más lecturas, de Marx, del marxismo, de Lenin quizás, pero realmente no la teníamos clara. Entonces decíamos: ‘Ya, si nos encontramos con ellos, es un maoísta, que si ellos, es un guevarista’, entonces ¿qué hacer?; y nosotros: ‘bueno, leamos un par de lecturas de Marx’, ¿no? Pero... yo no me declaraba marxista porque [pensaba] ‘con dos lecturas de Marx, ¿cómo voy a ser marxista?’ (...). [E: ... cuando uno está en un entorno donde hay unos que saben mucho de unos asuntos, eso lo motiva a uno a leer más...] Claro. [E: ... tratar de discutir con ellos en igualdad de condiciones. ¿Te pasó algo así?] Sí, de hecho que sí... Decíamos: ‘mejor hay que formarnos más nosotros y después vemos bien’; y ya pues, finalmente tuvimos este *círculo* (...). Éramos como diez, pero los centrales éramos seis, los más constantes. (...) En primer año éramos más una organización de *base*. Decíamos: ‘hay que hacer algo en nuestras *bases*... ya, *bacán*’, entonces yo fui subdelegada, y por ahí ellos llegaron a sacar una junta directiva de su base. (...) También decíamos que hay que hacer las dos cosas a la par: ‘hay que ir formándonos, pero que eso no signifique que no vamos a hacer nada’. (Adriana).

Pero también, en muchos casos, la participación en algún taller va decayendo hasta que éste desaparece al cabo de semanas o un par de meses; y otra alternativa es que del taller surja algún grupo político que se desintegra poco después de su formación. En general –como decía– son pocos los proyectos políticos que llegan a ser duraderos: “he visto que hay muchas [organizaciones]... como que el perfil de los estudiantes es *hacer algo nuevo*, como este espacio, este taller, algo nuevo, *romper con lo viejo*, pero usualmente esos proyectos caen, casi todos caen”. (Adriana).

Organizaciones y tendencias políticas

En el variopinto paisaje político sanmarquino, el campo de la izquierda es el más visible, diverso y poblado. Dentro de la izquierda marxista podemos ubicar, en el extremo que muchos estudiantes coinciden en identificar como el más “radical”, a grupos e individuos de tendencia maoísta que adoptan una identidad “revolucionaria”. Algunos de ellos tienen distintos niveles de afinidad o vinculación con sectores derivados de Sendero Luminoso y conexiones fuera de la Universidad,⁹⁵ mientras que otros

⁹⁵ Esos sectores incluyen a quienes tienen en común una inclinación por el “pensamiento Gonzalo”, o las ideas de Abimael Guzmán, líder de SL en prisión: los llamados “acuerdistas” (o seguidores del “Acuerdo de Paz” promovido por Guzmán luego de la derrota militar de SL a inicios de los años noventa, agrupados muchos de ellos en el Movimiento por la Amnistía y los Derechos Fundamentales - Movadef); a posibles simpatizantes de la facción conocida como “Proseguir” (por la consigna

maoístas no tienen relación orgánica ni ideológica con SL y conforman a veces grupos que se desenvuelven solo a nivel de la UNMSM o que tienen lazos muy débiles con otras organizaciones externas a este espacio.

Exposiciones en una clase de Ciencias Sociales. Hoy presencié varias exposiciones de alumnos de primer año. Una joven de Sociología (de no más de 20 años de edad) presentó un trabajo sobre la guerra interna de los años ochenta. Citó a É. Durkheim para decir que en mayo de 1980, cuando Sendero Luminoso inició la guerra, el Perú se encontraba en una situación de “anomia” y que eso había motivado la guerra (se refería a “Sendero Luminoso” solo como el “Partido Comunista”). También en su discurso enfatizaba los crímenes de las fuerzas armadas, y a éstas las diferenciaba de SL apelando a que los militantes de este grupo “tenían una ideología”, que luego presentó como el “marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo”. Al finalizar su exposición le hice dos preguntas: si en 1980 se produjo una transición pacífica a la democracia, negociada con los militares y por los cauces institucionales, con una participación electoral masiva, ¿cómo se podía caracterizar esa situación como “anomia”?; y luego, cuál era su opinión sobre las matanzas y asesinatos realizados por SL contra comunidades y líderes indígenas, dirigentes sindicales y de izquierda, líderes religiosos y autoridades elegidas. Sobre el primer punto respondió solo que las personas habían ido a votar “obligadas”. Sobre las matanzas y asesinatos planteó que esas eran situaciones que se presentaban “en toda guerra” y que se debía pasar a una “reconciliación” y a la “solución política de los problemas derivados de la guerra”, para lo cual sería necesaria una “amnistía para civiles y militares” que se encontraban presos. Esta postura es la misma que marca la línea oficial del Movadef/SL, y que postulan también los seguidores de esta organización que desarrollan activismo político dentro y fuera de la Universidad.⁹⁶

En general, estos sectores (a quienes otros llaman “ultras” o *sacos*, en tono algo despectivo) suelen ser rechazados o vistos como “marginales”, tanto en los sentidos comunes de muchos sanmarquinos como también desde las miradas de varios otros actores políticos de la Universidad, lo cual se debe en alguna medida a que se les asocia con el recuerdo de la más reciente historia de violencia política del país. “como aparato [SL] actúa de tal manera que te hace pensar que fueran muchos, que dominaran, que están ahí y que cualquiera puede ser senderista, pero en realidad no. Son un grupúsculo que de vez en cuando... sale a la palestra mediática (...) hacen propaganda y se movilizan, pero fuera de eso pues considero que es un grupo marginal”. (Fabián).⁹⁷

Ciertas agrupaciones en este sector reproducen algunas prácticas o ideas emparentadas con las de organizaciones revolucionarias peruanas de izquierda de los años sesenta y setenta. Al margen de si explícitamente se definen o no como “leninistas” o “maoístas”, algunos adoptan estilos políticos y de organización próximos al “centralismo democrático” (por la verticalidad en los procesos de toma de decisiones, la manera de asumir el rol y la disciplina de los “cuadros” políticos, entre otros rasgos). En ocasiones hay quienes los ven como grupos que solo “están ahí”, reproducen sus organizaciones e ideas, pero intervienen poco en la competencia por los puestos de representación estudiantil, a veces por cierto desdén hacia la política institucional o las elecciones, y otras veces por debilidades que les impiden entrar a esa competencia o por su limitado arraigo entre los estudiantes: “yo sentía que no actuaban, que era un

“proseguir la lucha armada”); o simplemente a jóvenes con alguna afinidad con el “pensamiento Gonzalo”. Varios de ellos participan también en organizaciones culturales de ejecutantes de música y danzas andinas.

⁹⁶ Notas de campo del 16 Jul. 2015.

⁹⁷ En el 2012, el 78% de los estudiantes de la UNMSM consideraba que las acciones y propuestas del Movadef “son negativas para el país”. Fuente: Base de Datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012.

grupo que estaba ahí, que tenían su grupito pero que no iban ni para atrás ni para adelante” (Rolando). Otros, en cambio, opinan que aún cuando son pocos los integrantes de estos grupos, estos tendrían “capacidad de veto” debido a que pueden movilizar a sus cuadros eficientemente para realizar determinadas acciones “contundentes” en coyunturas políticas especialmente álgidas: “Esa gente... puede tomar una facultad y, en extremos, tomar el rectorado (...) O sea, tienen capacidad de veto si algo no les gusta. Si les tocas su residencia, ¡puta!: te cagaste (...) Tienes que negociar con ellos... en accionar, tienen cierta potencia” (Pedro).⁹⁸

Algo distinto es el caso de quienes se definen como guevaristas, cuya presencia suele ser un poco más visible, tolerada o aceptada que la de los grupos descritos en los párrafos previos. Hay en la UNMSM por lo menos una organización de tendencia guevarista que mantiene núcleos de activistas en varias facultades (e incluso en al menos otras dos universidades públicas). Otras agrupaciones que podrían ser categorizadas junto a ellos, pero más reducidas, se entroncan –al parecer, según un informante clave– con organizaciones políticas que entre los años sesenta y ochenta apostaban por proyectos guerrilleros de inspiración “foquista” o guevarista, algunos de los cuales efectivamente llegaron a concretar sus planes, pero sin éxito (MIR en 1965 y MRTA en los ochenta). En lo que respecta al grupo guevarista más visible y activo en San Marcos, éste vislumbra un horizonte revolucionario de largo plazo. Sus miembros organizan con frecuencia eventos políticos, académicos y culturales, o participan con sus banderas y otros símbolos en manifestaciones dentro y fuera de la Universidad. Otras características de este sector son: su intenso trabajo de captación de adeptos, incluso desde antes de que ingresen a la Universidad (en academias pre universitarias); su participación en las disputas por las posiciones de representación estudiantil; y una mayor articulación con otros actores políticos de San Marcos o externos (comparado con otros grupos que se conciben también como revolucionarios).

Hay asimismo en la UNMSM núcleos pequeños o medianos de partidos que formaron parte de la llamada “izquierda legal” peruana de fines del Siglo XX. El caso más conocido es el del Partido Comunista del Perú - Patria Roja (PCP-PR), que opera en la Universidad a través de sus activistas y “células” en distintas facultades, buscando también integrar a nuevos miembros y alcanzar los puestos de representación gremial. Los trotskistas del Partido Socialista de los Trabajadores, por su parte, tienen una presencia reducida (en la Facultad de Psicología, según informes).

A continuación, aún dentro de la esfera “marxista” (aunque esto no siempre se reivindique, o aparezca más atenuado), tenemos a varios grupos políticos universitarios o nacionales que a grandes

⁹⁸ Este sub sector de la izquierda sanmarquina aparece asociado justamente con la organización de “residentes” de la Vivienda Universitaria (gratuita, destinada a alumnos de bajos ingresos procedentes de fuera de Lima), y también con el “Comité de Comensales” (usuarios del comedor universitario, que ofrece raciones de alimentación gratuitas). Estos se presentan a sí mismos más como “gremios” y no como organizaciones políticas, aunque oficialmente no están reconocidos en los Estatutos de la UNMSM. Sin embargo, a pesar de que muchos de los que hablaban conmigo sobre ellos los veían con desdén o también como “marginales”, en el 2015 demostraron su fortaleza política participando en el frente que ganó las elecciones para la nueva FUSM (aunque no sin alegatos de “irregularidades” en las elecciones por parte del frente rival).

rasgos pueden ser identificados como parte de una izquierda socialista moderada. En las percepciones más comunes se suele asociar a los miembros de estas organizaciones con segmentos sociales de clase media con cierto sello capitalino y a veces *criollo* (señalados despectivamente por otros como “caviares”), diferenciándose en esto del perfil algo más “popular” y a veces “provinciano” que muchos reconocen en buena parte de las agrupaciones antes mencionadas. Algunos ejemplos de partidos nacionales que podemos categorizar en este sector y que tienen alguna presencia en la UNMSM (o la han tenido hasta poco antes del trabajo de campo) son: Partido Socialista, Fuerza Social, Ciudadanos por el Cambio, Tierra y Libertad y Movimiento por el Poder Popular (luego integrado en el Movimiento Sembrar). Próximos a ellos –al menos en los estilos políticos– se encuentran varios grupos universitarios que operan en algunas facultades de San Marcos y compiten por el poder en el ámbito estudiantil. Algo que en cierto modo los diferencia de otros segmentos de la izquierda marxista es que muestran una mayor apertura a la articulación con organizaciones que reivindican agendas temáticas, especialmente en temas ambientales, de género y de derechos humanos, incluyendo la diversidad sexual. Otro de sus rasgos característicos es que intentan diferenciarse y tomar distancia de los grupos radicales de izquierda apelando en su retórica a una crítica del “dogmatismo”, el “sectarismo” y las posturas “autoritarias” en la izquierda.

[Lo] que siempre hemos tratado de hacer en UL, como línea política en la Universidad, es tratar de no sectarizarnos (...) Pero sí he encontrado en San Marcos y en la política juvenil en general, en los partidos de izquierda, mucho sectarismo: “yo tengo mi gente, y ni que se me acerquen a hablar, no, nada, nada, somos totalmente distintos, opuestos y no hay posibilidad...” (Joaquín).

Luego, en un espacio de centro-izquierda, hay algunos pequeños grupos universitarios de tendencia “socialdemócrata” que, salvo por algunos énfasis de acción o discurso, se diferencian poco de las izquierdas socialistas moderadas. Por ejemplo, los dirigentes o simpatizantes de esta corriente suelen tener también una procedencia mesocrática y por lo general se vinculan bien con esas izquierdas, aunque pueden asociarse también con actores políticos de otras tendencias o con organizaciones no gubernamentales. Entre estos “socialdemócratas” pierde presencia la retórica marxista, aunque ésta no se descarta del todo como inspiración de horizontes de cambio social.

Hasta aquí tenemos a un sector conformado por una amplia variedad de grupos e individuos que pueden ser reconocidos como de “izquierda” porque asumen esa identidad, comparten algunos referentes utópicos de cambio social y –de un modo u otro– los explicitan en sus discursos y programas políticos. En contraste, en el caso de la “derecha” resulta difícil establecer criterios categóricos para determinar cuándo un grupo es de “derecha” y cuando no. Desde luego, algunas organizaciones pueden asumir una identidad de derecha, pero por cada una de estas hay varias otras que son muy similares a ellas en sus actitudes, prácticas y discursos, pero que sin embargo no se conciben a sí mismas como de derecha, sino por ejemplo como “independientes” o de “centro”, o simplemente evitan esas categorizaciones clásicas.

Entre quienes sí pueden ser identificados en el espectro de la derecha por sus discursos están los activistas o simpatizantes de los partidos nacionales de derecha, como en el caso del Partido Popular Cristiano, una institución clásica y tradicional del sistema político peruano, aunque su presencia en San

Marcos es muy reducida y poco visible. Luego, hay también algunos simpatizantes del fujimorismo, pero difícilmente se les ve articulando acciones colectivas, salvo en épocas de elecciones nacionales. Hay que mencionar también que en el sistema político peruano es común la aparición de organizaciones creadas en el marco de cada coyuntura electoral, de las cuales pocas duran más allá de esa coyuntura. Éstas pueden eventualmente conformar grupos efímeros de simpatizantes en algunas universidades. Pero en cualquiera de los casos señalados en este párrafo, estamos solo ante núcleos políticos muy pequeños cuyo alcance raramente va más allá de una sola facultad, o frente a individuos desarticulados políticamente.

Hay en la UNMSM organizaciones políticas propiamente estudiantiles que pueden ser señaladas como de “derecha” no tanto porque reivindiquen explícitamente esta identidad sino por sus actitudes y posturas políticas: anticomunismo, adopción de determinadas ideas liberales o credos económicos ultraliberales, o posiciones conservadoras en ciertos asuntos, etc.⁹⁹ Algunos entrevistados, al hablar de los grupos universitarios que consideran de “derecha”, los presentan frecuentemente como organizaciones con una vocación pragmática: “son mucho más prácticos que los otros, los de izquierda... quieren dos cosas: contactos, para conseguir *chamba*... y generar un espíritu de que los rojos... ‘son antiacadémicos, siempre son los *tirapiedra*, los que hacen quedar mal a la universidad.’” (Gonzalo).

No obstante, el carácter “pragmático” es aludido también como una característica común de los grupos percibidos como de “centro”, o los que decididamente rechazan ser catalogados como de derecha o izquierda. Estas agrupaciones de “centro” por lo general se presentan ante los estudiantes proponiendo resolver o gestionar de manera rápida y eficiente cuestiones muy concretas referidas a temas domésticos: compras de equipos o materiales, contratación de profesores, adquisición de libros, habilitación o construcción de ambientes de estudio y similares. Pero si examinamos más a fondo este criterio, podemos advertir que con cierta frecuencia (y desde hace varias décadas) se señala y se critica en muchos grupos de izquierda su “economicismo”, es decir, el basar sus acciones en la obtención de logros inmediatos y “efectistas” alejados de una perspectiva de cambio social.

Esta dificultad para “ubicar” a determinados colectivos en el *continuum* de izquierda – derecha se presenta también en relación con otros partidos nacionales presentes en San Marcos y que en sus trayectorias históricas han realizado “virajes” o tránsitos entre distintas posiciones políticas e ideológicas, reflejándose también en ellos una vocación pragmática. Tenemos aquí, por ejemplo, al Partido Aprista Peruano, que cuenta con algunos militantes y simpatizantes en la UNMSM, especialmente en la Facultad

⁹⁹ Señalo estos criterios solo de manera genérica y aproximativa. Existen por supuesto algunas ideas liberales que pueden ser reivindicadas en ciertas tendencias al interior de la izquierda, como ocurre por ejemplo con la defensa de determinados derechos y libertades civiles, la opción por la “tolerancia”, etc. De igual forma, las posiciones “conservadoras” (y también autoritarias) pueden estar presentes en muchos grupos de izquierda, como ocurre a veces en asuntos como el género, la familia, la diversidad sexual, entre otros.

de Derecho, y al Partido Nacionalista Peruano (en el gobierno mientras realicé el trabajo de campo), que al menos hasta el 2012 o 2013 tenía una “base” en la Universidad.¹⁰⁰

En este lado del espectro político es posible identificar también distintos niveles de moderación y radicalismo: “tuve un acercamiento con ese grupo de derecha... siempre tenían un odio hacia los ‘rojos de mierda, rojos, rojos’, todo era rojos” (Gonzalo); “conocí a un *pata* que de verdad era de extrema derecha” (Rolando). Pero la idea de radicalismo no alude solo a los extremos de la derecha y la izquierda, sino también a posiciones de “centro”, “pragmáticas” y desideologizadas: “estábamos en contra de todo y era un activismo duro... queríamos joder. (...) hacíamos todo este *chongazo* [alboroto] en contra de los dos [grupos de derecha e izquierda], y los hicimos temblar” (Gonzalo).¹⁰¹

Quiero complementar esta mirada panorámica con tres puntos que considero importantes: el posicionamiento de los alumnos sanmarquinos en general en el espectro de derecha e izquierda, sus concepciones sobre la relación entre lo académico y lo político, y un acercamiento preliminar a sus visiones sobre las organizaciones políticas de San Marcos. Sobre el primer punto, la encuesta del año 2012 nos brinda algunos datos sobre cómo se autoperciben los estudiantes en relación con esas tendencias políticas.¹⁰² En ese momento la proporción más alta de encuestados se ubicó en el “centro” político, con un 45%, mientras que los que se autodefinían como de “izquierda” fueron el 29% y los que decían ser de “derecha” el 24% (solo el 2% no respondió la pregunta). Estas proporciones variaban considerablemente de un área académica a otra. Por ejemplo, en Ciencias Sociales y Letras la ubicación en la izquierda fue mayor que en otras carreras (izquierda: 38%; centro: 35%; derecha: 26%), en tanto que quienes llevaban estudios económicos o empresariales optaban más por el centro y la derecha (izquierda: 21%; centro: 44%; derecha: 33%).¹⁰³

Un segundo punto a considerar es que en San Marcos se encuentra muy difundida la percepción de que existe en los hechos una separación entre la actividad académico-intelectual y el activismo político estudiantil, especialmente en la izquierda. Es decir, predomina por un lado la impresión de que los estudiantes más destacados o los que obtienen mejores calificaciones usualmente no aparecen

¹⁰⁰ La “Base San Marcos” del PNP tenía en esos años de seis a siete integrantes, de acuerdo con uno de sus miembros, a quien entrevisté. El PNP llegó al gobierno en una alianza con los sectores de izquierda, pero una vez en el poder se alejó de la izquierda y se aproximó a fuerzas políticas conservadoras y de derecha.

¹⁰¹ Este análisis deja una imagen en la que los alineamientos clásicos de izquierda y derecha –a mi parecer– dicen en realidad poco de alguna lógica subyacente en el sistema político universitario. Recordemos por ejemplo a los sectores docentes que controlan el gobierno de la Universidad, a sus operadores y a los delegados estudiantiles en la AU y CU: “No son de derecha, pero no tienen un discurso hacia... la izquierda”. Más adelante veremos también que los grupos de izquierda y derecha pueden también aliarse –sin rubor– en la búsqueda de fines “pragmáticos”. Asimismo, un joven militante de un partido nacional socialista me manifestó en privado que él mismo no se considera de “izquierda”.

¹⁰² Autopercepción medida con una escala del 0 al 10, donde el cero representa a la “extrema izquierda”, el 5 al “centro” y el 10 a la “extrema derecha” (pregunta 17 del Cuestionario en el Anexo 3).

¹⁰³ El elevado posicionamiento de “centro” podría estar reflejando también una tendencia a evitar (o incluso rechazar) este tipo de categorizaciones en el *continuum* clásico de izquierda y derecha. A mediados del año 2013 se publicaron en el Perú datos de una encuesta nacional urbana en la que el 38% de los entrevistados decía ser de “centro”, el 41% no adoptaba ninguna posición política, y solo el 10% y 11% se consideraban de “izquierda” y “derecha”, respectivamente. *La República* (Lima), 2 Jun. 2013. Por otro lado, vemos que entre los sanmarquinos hay una mayor proporción de gente que sí adopta una posición, sea de izquierda o derecha, en comparación con lo que arroja aquella encuesta nacional.

involucrados en las organizaciones políticas, y por otro lado la idea de que los dirigentes o activistas políticos por lo general no son los mejores estudiantes o muestran deficiencias en el plano académico.

De los que querían defender al pueblo –si vamos a su discurso, su arenga- no iban a clases: problema académico. (...) Tú al compañero le veías que hablaba solo de cuestiones políticas, pero sin ningún argumento académico... habla y repite el mismo *rollo* [discurso] siempre. (...) Ahora, en otros sí veías pues un tremendo trabajo académico, pero poco interés por las cuestiones políticas. (...) Esa división es lo que encontré acá en la Universidad, entonces no compaginaba bien. (Ramiro, Ciencias Sociales).

Esta idea la registré también en mis notas sobre los sentidos comunes que circulan en la cotidianeidad de la vida universitaria. No obstante, al examinar y comparar los datos de entrevistas, encontré que en sus experiencias narradas los entrevistados que emitían estas impresiones se referían casi siempre a activistas de las organizaciones de izquierda identificadas como las más “radicales”. En las siguientes citas, los informantes se refieren concretamente a maoístas y guevaristas:

Yo hasta ese momento me consideraba de izquierda... pero poco a poco, conforme me fui metiendo en la Universidad, me doy cuenta que todos estos grupos de izquierda ¡son realmente mediocres!, o sea, académicamente. (...) nunca más volví a EI, nunca más... yo entendí el mensaje que esta era gente que no le interesaba lo académico, ¿no?, ni siquiera entender los *rollos*. Porque detrás de la discusión que había en ese grupito de secundaria [en su adolescencia, en una ciudad andina], ¡había algo de discusión, *brother!*, había más discusión que en este grupo de acá [EI]. Los *chibolos* [de Ayacucho] estudiaban, leían su manualito: “la tesis tal, la tesis cual”, y había una discusión, había oratoria, había preparación. Acá [en IE] ¡no había nada! (Gonzalo).

... gran parte de los actores políticos *sacos* no tenían figuras intelectuales. Eran tipos que, si tú debatías académicamente con ellos, era gente que estaba en nada, que se atrevía a hacer análisis de la realidad del país y ni siquiera se conocían la historia del Perú, ni siquiera la historia básica. (...) Tienes a tipos bien intencionados pero como no saben ni mierda... (...) Ya, pueden ser operadores, tener cierto olfato político para algunas cosas, pero no tienen el manejo de la historia política de San Marcos, no la conocen y no *manyán* [entienden] de teoría sociológica que hable de estrategias políticas, no *manyán* nada de eso. (Rolando).

Esa concepción de una división entre lo político y lo académico aparecía algo más atenuada cuando se hacía referencia a alumnos que participaban en agrupaciones de izquierda más moderadas. De hecho, personalmente conocí a un grupo de jóvenes que en la Facultad de Ciencias Sociales eran reconocidos por sus pares como alumnos muy estudiosos y “académicos”, que investigaban y publicaban sus trabajos y que, al mismo tiempo, desarrollaban un intenso activismo político, llegando todos ellos a alcanzar posiciones de representación gremial. Uno de estos jóvenes (a quien entrevisté) era por ejemplo el secretario general de un centro de estudiantes y a la vez el director de una revista académica fundada por ese grupo (y que llevaba ya cuatro números publicados). Este joven me habló también de cómo percibió a las organizaciones políticas en su primera aproximación a ellas: “me encontré con toda una tira de gente que creo que ni tenía claro qué es lo que estaba haciendo. (...) gritaban por emoción más que porque realmente estaban convencidos de hacer algo; y noté que había mucha debilidad en cuanto a formación teórica y todo esto”. (Alonso, Ciencias Sociales).

Resulta entonces que la realidad no necesariamente confirma el estereotipo de la división entre “políticos” e “intelectuales”, pues las situaciones pueden ser diversas. Sin embargo, esa idea muchas veces se impone y modela de varias formas las experiencias de quienes buscan participar en la política, ya sea

como reto a superar o como elemento de ruptura cuando la vocación por el activismo se enfrenta con un entorno en el que esa división se convierte en experiencia vivida:

Las organizaciones en San Marcos, de izquierda, están asociadas a que el estudiante que hace política es un mal estudiante, son gente académicamente mediocre. (...) nosotros dijimos “no, nosotros vamos a romper ese paradigma: vamos a ser buenos estudiantes y buenos políticos”. No sé si lo hemos logrado, pero dijimos eso. (Adriana).

... me causaba decepción, me afligía más estar con gente tan mediocre. Sentía que no tenían el espíritu mío, el cual era ser buenos alumnos. Que eso quede a un segundo lado, los hace chatos, el discurso, y puta no... no me gustaba yo esforzarme y ellos estar en otra nota y que les interese poco. Entonces me decepcionó el militante sanmarquino, el “joven rojo” de San Marcos, en cuestiones prácticas; y en términos de discursos, su discurso siempre fue retórico. (Pedro).

Llegados a este punto, cabe hacer una distinción entre las organizaciones políticas estudiantiles, de las que me he ocupado en este acápite, y las instancias o aparatos gremiales, que analizaremos en el siguiente. Ambos constituyen una de las esferas “institucionales” en las que puede discurrir la participación política de los alumnos. La diferencia está en que, mientras las organizaciones políticas pueden formarse, crecer, decaer y hasta desaparecer, los órganos gremiales son en cambio estructuras institucionales permanentes. Los grupos políticos pueden competir para lograr la conducción de esos gremios, pero en varios casos los estudiantes pueden acceder a dicha conducción sin necesidad de formar parte de alguna agrupación política constituida.

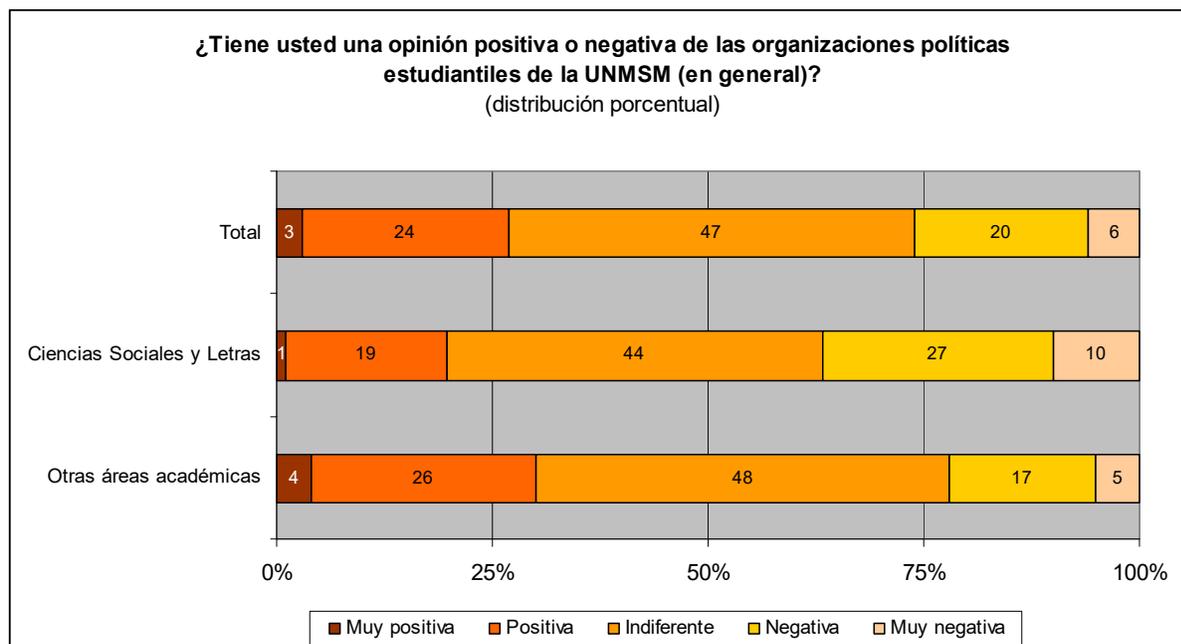
Esta distinción es importante porque los estudiantes perciben y juzgan también de formas distintas a esos dos canales de participación. Según la base de datos del estudio del 2012, en ese año casi la mitad de los alumnos sanmarquinos en general se mostraban indiferentes con respecto a las organizaciones políticas estudiantiles, mientras que entre los demás las opiniones positivas o negativas se repartían más o menos equitativamente, como se aprecia en la Figura 3. Sin embargo, entre los estudiantes de Ciencias Sociales y Letras las miradas “negativas” o “muy negativas” sobre esas organizaciones eran más altas (37%, sumadas ambas), reduciéndose también en algo la indiferencia. En esto sus opiniones contrastaban notablemente con las de sus compañeros de todas las otras áreas, donde se presentaba la figura opuesta, con opiniones más de aprobación (30%) que negativas (22%) con respecto a tales organizaciones.

La base de datos contiene información adicional sobre los juicios de los alumnos respecto a las organizaciones políticas universitarias: el 50% las consideraba “poco” o “nada” democráticas (53% en CSL), y solo el 14% las percibía como el medio más efectivo para solucionar algún problema que se les pueda presentar en la Universidad (12% en CSL).¹⁰⁴ Luego, entre los estudiantes con solo uno o dos años en la Universidad las opiniones sobre estos grupos políticos eran más positivas que negativas (34% y 22%, respectivamente, con un 44% de indiferencia). En cambio, entre los alumnos con tres o más años de estudios se daba la figura contraria: eran menos quienes tenían una opinión positiva de esos grupos y más

¹⁰⁴ Fueron más quienes indicaron que preferirían acudir directamente a las autoridades (27%) o denunciar el problema en medios de comunicación o internet (23%).

los que tenían una opinión negativa (21% y 30%, respectivamente, elevándose la indiferencia a un 49%). Estas miradas desaprobatorias contrastan con las que los alumnos reportaron para sus centros de estudiantes: los que aprobaban el desempeño de estos gremios eran un 41%, seguido por un 34% de indiferentes y un 18% de jóvenes que tenían una opinión negativa (cifra que se elevaba al 30% en CSL).

Figura 3. Opinión de los alumnos sobre las organizaciones políticas estudiantiles de la UNMSM.



Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes.
Elaboración propia. Nota: La figura excluye la opción “no sabe / no contesta”: 4.6% en total y 1.6 en CSL.

Política gremial: “bases”, centros de estudiantes y centros federados

Mencioné previamente que, en el nivel más básico, desde su ingreso a la UNMSM los alumnos tienen la oportunidad y varios incentivos para organizarse como “bases” (conformadas por quienes ingresan simultáneamente a una misma carrera), algo que pueden hacer por su propia cuenta o alentados por activistas o grupos políticos ya constituidos. Éstos muchas veces tratan de posicionar a sus integrantes, o a estudiantes cercanos a ellos, como delegados de base o en las “juntas” directivas de cada base (delegado, sub-delegado, secretarías académica, de prensa, de cultura, etc.), y en otros casos solo promueven que los estudiantes se organicen ellos mismos y elijan a sus representantes votando en asambleas, como suele ocurrir cada año con los ingresantes: “me acuerdo que primero ya nos comenzaron a organizar con mi base, como conversando... elegir delegados, las comisiones (...) ese fue el impulso para que nos comenzáramos a organizar” (Paulo).

Me acuerdo que cuando entré... en mi base habían unas dos o tres personas que estaban bastante interesadas en la política aquí... y me parecía que tenían un conocimiento bastante amplio porque casi todos éramos ingresantes y veníamos de la misma realidad que yo, desvinculados totalmente. Y estos chicos nos

hablaban muy bien, nos palabreaban muy bien –se podría decir-; y ellos siempre querían estar organizando la base, asambleas, y ahí ellos estaban más vinculados con el Centro de Estudiantes. Entonces estaban de una forma u otra ligados a los partidos políticos que se formaban dentro de la Facultad. Esa fue la primera impresión. Yo dije: “aquí en San Marcos todavía no se ha perdido la vida política...”. (Amanda, estudiante de Ciencias Sociales).

Los jóvenes, ya sea que integren o no las juntas de base o algún grupo político, pueden aspirar a formar parte de las juntas directivas de los centros de estudiantes de sus carreras, compitiendo en elecciones con listas de candidatos o siendo designados por sus compañeros de base.¹⁰⁵ Y en determinadas facultades (Derecho, Ciencias Sociales, Letras, Ciencias Económicas, Ciencias Contables e Ingeniería Industrial) estos mismos representantes u otros pueden conformar agrupaciones políticas o unirse a otras ya existentes con el fin de competir en elecciones para ocupar los cargos directivos de los centros federados de esas facultades, que aparecen a veces como una instancia superior ubicada por sobre los centros de estudiantes (como en Ciencias Sociales o Letras), y en otros casos asumen las funciones de esos centros (como en Derecho).¹⁰⁶ Los centros federados y generalmente también los centros de estudiantes cuentan con estatutos que definen su organización, fines y funciones.¹⁰⁷ Uno de sus roles principales es el de representar a los estudiantes ante las autoridades universitarias: el secretario general de un centro federado tiene voz (pero no voto) en el Consejo de Facultad, mientras que los centros de estudiantes o federados pueden designar a representantes estudiantiles para que participen, junto a los delegados docentes, en los “comités asesores” que se ocupan de la gestión administrativa y académica cotidiana de cada escuela.

Pero los centros de estudiantes y federados desarrollan también varias otras funciones: promover la participación estudiantil, realizar actividades académicas (como eventos, publicaciones y formación de grupos de estudio), difundir información sobre cuestiones domésticas y estudiantiles, generar fondos para su autofinanciamiento, y fomentar la confraternidad entre los estudiantes y su identificación con su escuela y Universidad (en reuniones festivas, homenajes o celebraciones de aniversarios). Todo esto depende de las capacidades e infraestructura de estos aparatos gremiales. En algunos casos, éstos se encuentran inactivos; en otras ocasiones cuentan con estatutos y algunos integrantes, pero solo formalmente; luego, están los que tienen estatutos, juntas directivas, pequeños locales gremiales y a veces bibliotecas, y desarrollan algunas de las actividades señaladas (es lo más común en Ciencias Sociales y en Letras); y finalmente tenemos a los centros de estudiantes o federados más fuertes, que realizan todas esas actividades y son más eficaces para generar recursos y convocar la participación de los estudiantes (como ocurre en Derecho y Medicina).

¹⁰⁵ Las carreras duran por lo general cinco años, salvo en Derecho y Medicina Humana (seis años). Esto significa que en cada carrera hay por lo menos cinco bases o grupos de estudiantes que ingresaron en un mismo año. Cuando no se realizan elecciones para los centros de estudiantes, puede ocurrir que cada base envíe al menos un delegado a dicho centro.

¹⁰⁶ La Facultad de Medicina no cuenta con un centro federado, pero en la escuela de Tecnología Médica se ha conformado un centro federado solo para esa especialidad. Es el único caso de este tipo que he podido registrar.

¹⁰⁷ Véase por ejemplo el Estatuto del Centro Federado de Letras (2011): < <http://goo.gl/3a3NcS> > (Acceso: 28 Jun. 2015).

El Centro de Estudiantes de Medicina (CEM) funciona en un local (en realidad edificio) de tres (¿cuatro?) pisos contiguo a la Facultad de Medicina de San Fernando y con un acceso propio desde la calle. En la zona de ingreso cuenta con personal de seguridad privada y unos pequeños jardines. Siendo viernes por la noche, alrededor de las 9 p.m., este local se encontraba abierto y se observó en él una nutrida actividad a pesar de que al lado la Facultad estaba casi desierta. El local del CEM cuenta con un auditorio (lleno en ese momento por un evento), ambientes donde funciona una academia pre universitaria gestionada por los estudiantes, varios pequeños locales comerciales y de servicios concesionados a particulares (cafeterías, fotocopias, etc.), oficinas y un sector con vitrinas murales y anuncios de diversas actividades académicas. En un piso superior hay una biblioteca con mobiliario (nuevo) y capacidad para albergar a unas setenta personas (...). En el tercer piso hay dos ambientes ocupados por la Sociedad Científica de Estudiantes de Medicina (SOCEM). En el primer ambiente hay escritorios, estantes con libros y revistas, sillones y algunos artefactos eléctricos; al lado hay un auditorio que funciona también como sala de reuniones (muy bien amoblada y equipada). Una estudiante, miembro de la SOCEM, me habló sobre los *papers* que sus compañeros habían publicado durante el año en diversas revistas científicas, y me contó también que aquellos que –en ese momento– se reunían en el segundo ambiente coordinaban un viaje que 45 estudiantes de medicina iban a realizar al día siguiente a una zona rural de los Andes, para hacer una campaña de salud por espacio de una semana (estos viajes los realizan periódicamente como parte de sus actividades de proyección social).¹⁰⁸

Participación estudiantil y cogobierno en las facultades

Las organizaciones estudiantiles que se ubican o buscan ubicarse en los espacios gremiales pueden apuntar también a competir por ocupar los cargos de representación en los consejos de facultad (“tercios”), desde donde tienen derecho a voz y voto y –por lo tanto– una injerencia relativamente mayor en la conducción de los asuntos académicos y administrativos.¹⁰⁹ En esta instancia entran en juego intereses que lógicamente motivan una mayor disputa por llegar a ella: elección de autoridades y funcionarios (decano, directores administrativos, de escuelas y de postgrados), contrataciones de docentes, cambios en los planes de estudios, gestión de recursos, temas de infraestructura, entre otros. En varias facultades, la participación de estudiantes en estos consejos tiende a darse bajo un esquema clientelar muy similar al que veíamos para el caso de la AU y el CU, con grupos de docentes y operadores políticos buscando influir sobre la elección y los votos de los representantes estudiantiles, especialmente para tratar de controlar luego la designación de decanos (que pasan a integrar también la AU y el CU), directores y otros funcionarios. Estos operadores pueden estar alineados con intereses de docentes de la propia facultad, o también con grupos “oficialistas” o de “oposición” representados en las instancias superiores de gobierno. Sin embargo, a este nivel algunas organizaciones o frentes estudiantiles, con cierto capital político y algún arraigo entre los alumnos, pueden llegar a disputar el poder a los operadores políticos y sus patrocinadores, a veces desplazándolos en unas pocas facultades.

El juego político suele ser aquí muy complejo. Ciertamente, algunas de las organizaciones estudiantiles que compiten por los tercios en los consejos de facultad tratan de mantener su autonomía frente a los operadores políticos y sectores docentes de la propia facultad o los que ocupan cargos más altos del gobierno universitario. En otros casos, dependiendo de las coyunturas, las organizaciones de

¹⁰⁸ Notas de campo del viernes 25 de julio del 2014.

¹⁰⁹ En los consejos de facultad participan siete representantes estudiantiles: seis conforman el “tercio mayoría” (los miembros de la lista que ganó en las elecciones) y uno el “tercio minoría” (integrante de la lista que alcanzó el segundo lugar).

estudiantes pueden establecer alianzas con esos grupos de docentes, y en ocasiones también relaciones de tipo clientelar (algo que explicaré luego). Aunque para este punto no he recopilado información sobre toda la Universidad, las fuentes disponibles y los testimonios obtenidos apuntan a que, tendencialmente, las facultades menos “politizadas” son las más vulnerables a que la participación estudiantil en los consejos de facultad sea controlada o dirigida por los operadores políticos y sus patrocinadores.

Me encontré con PJ en la Facultad de Derecho. (...) PJ siempre ha sido un activista de izquierda, cercano a los grupos conocidos como *sacos* o “ultras” (quizás miembro de alguno). Conoce bastante del mundo político en la UNMSM desde hace por lo menos unos diez años (aún no ha terminado su carrera). Conversamos sobre las agrupaciones estudiantiles que compiten por la FUSM. (...) Según él, la lista XX estaría vinculada con el rector y sus operadores políticos, y aliada con Patria Roja, que intenta retener su control de la FEP (es la tercera vez que me dicen esto; también lo leí en *Facebook*). PJ afirma que las bases de apoyo de esta lista “oficialista” o del rector están sobre todo en las facultades y carreras de ingeniería: “allí es donde siempre ganan los operadores del rector”.¹¹⁰

En contraste, en Ciencias Sociales y Humanidades el activismo estudiantil más intenso se traduce no solo en una visión más crítica de las autoridades y sus operadores, sino también en una mayor vocación por disputar el poder en los consejos de facultad, con éxito en ciertas ocasiones.

... como que se dan cuenta que yo *chambeaba* [trabajaba] para la gente de mi base y todo... primero se me acercaba gente de ‘La Mafia’, por ejemplo M.; pero primero se me acercó R. (...). Él era operador y él, por intermedio de un amigo mío que en esa época lo captaron (pero se salió al año) me convocó para ir al tercio con la gente de su lista y yo le dije: “bueno, dile a E. –de mi parte– ¡que se vaya a la concha de su madre!” (Rolando).

... decidimos disputarles el poder a los operadores que gobernaban la Universidad durante años (...). Entonces dijimos “bueno, es necesario dar la lucha ahí”, ¿no?, y nos juntamos varios compañeros de organizaciones, sí, no tan sólidas (porque en la universidad las organizaciones estudiantiles son muy frágiles, por su misma naturaleza), pero nos juntamos varios que teníamos una trayectoria política más o menos interesante y que habíamos podido acumular en esos años para poder finalmente ganarle, ¿no? [a los operadores políticos]. (Joaquín, dirigente estudiantil de Ciencias Sociales).

Aquí debo señalar que en ocasiones puede ser borrosa la frontera entre, por un lado, una participación estudiantil “autónoma” en los órganos de gobierno universitario, y por otra parte una participación “dirigida” por operadores políticos o grupos docentes. Desde luego, con todos los intereses que están en juego en los consejos de facultad y otras instancias de toma de decisiones, es comprensible y válido que si, por ejemplo, un grupo de docentes aspira a colocar a uno de sus miembros como decano de una facultad, trate de establecer alianzas con los sectores representados en el tercio estudiantil para obtener los votos necesarios en la elección en el Consejo de Facultad. Lógicamente, puede ser algo difícil saber a ciencia cierta si en esas negociaciones se producen transacciones impropias o ilegales, o si en la emisión de los votos las decisiones de los estudiantes son “autónomas” o “manipuladas”.

En todo caso, en los discursos que recogí de muchos estudiantes, incluyendo los de algunos ex miembros de consejos de facultad, se aludía frecuentemente a actos de “corrupción” y “clientelaje” que comprometerían a los representantes estudiantiles en esos consejos, y solo en pocas ocasiones se destacaba la “coherencia”, “consecuencia” o autonomía de los tercios estudiantiles. Por supuesto, estos

¹¹⁰ Notas de campo del 24 de junio del 2015. Leblanc (s/f) ofrece datos que confirman esta idea, que pueden ser corroborados además con los nombres de las agrupaciones y los resultados de distintos procesos electorales de los últimos años.

juicios pueden responder también a las adscripciones o los alineamientos políticos de quienes los emiten. No obstante, puedo citar al menos dos casos en los cuales los relatos que recibí fueron respaldados por otras fuentes (declaraciones, actas de reuniones, videgrabaciones, entre otras).

Un primer caso es el de la elección del decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas en el año 2010. Antes de esa elección, un grupo de estudiantes de Letras había organizado un referéndum para determinar por qué candidato a decano deberían votar los miembros del tercio estudiantil. Éstos firmaron un acta comprometiéndose a votar en el Consejo de Facultad por el candidato que resultó favorecido en ese referéndum. Sin embargo, llegado el día de la elección, los miembros del “tercio mayoría” votaron por otro candidato. Luego de esto se habló de “traición” y de entrega de dinero, y se produjeron diversas acciones de protesta, incluyendo una “toma” del local de la Facultad. Según una joven que siguió de cerca este proceso:¹¹¹

Esos chicos del tercio no respetaron el referéndum y eligieron a este otro profesor que los había “convencido”, entonces se fueron contra toda la Facultad. La Facultad fue tomada por cerca de dos semanas (...). Estos chicos [del “tercio mayoría”]... no se oponían... era raro ver que criticaran algo que decían el decano o su secretario administrativo. (...) [E: No sé si lo sabes o lo sospechas, pero ¿cuál era el tipo de arreglo que tenían esos estudiantes...?] Que les dieron plata. [E: ¿Pero es algo que se decía, o se sabía...?] No sé. Después otros dicen que ellos tenían otro operador político... parece que los había convencido de tal manera que varios creían en lo que él les había dicho, pero ellos ya habían recibido algo a cambio. [E: ¿Como qué les había dado?] Algo mínimo, pero los había convencido muy bien para que votaran por esa persona. (Mariana, ex representante estudiantil en Letras).

Los relatos en torno a este episodio del 2010 (que circulaban en la Universidad incluso en la época en que realicé la etnografía) nos presentan la imagen de un grupo de representantes que se habrían subordinado (en sus votos y en su actuación en el Consejo) a los intereses de un sector político docente. En el siguiente caso, tomado de la Facultad de Derecho y Ciencia Política, las descripciones proyectan en cambio una figura en la que los miembros estudiantiles del Consejo de Facultad aparecen con una mayor capacidad de iniciativa para emprender determinadas acciones (las cuales son también cuestionadas y descalificadas por los informantes):

(...) algunos partidos [de izquierda] se aglutinaban con agrupaciones políticas que no necesariamente pertenecían al bloque de izquierda. Por ejemplo, he visto a gente de Patria [Roja, comunistas] en una agrupación DAI... [señalada como de “derecha”] que le hacían contraposición al bloque “progresista”. Es algo contradictorio. (...) había gente de Patria ahí en DAI y no en Generación Progresista. Entonces decía “¿por qué?” Pero los mismos dicen “sí, que ellos son así, que están con tal profesor...”, pero a las finales te das cuenta que... buscaban un beneficio personal; ganaban mucho el tercio... precisamente cuando había elección de decano, y ahí es donde... cobraban, pues [risas], cobraban por elegir decano, director de escuela... eran mercenarios. (Pablo, egresado de Derecho y estudiante de Ciencias Sociales).

En esta última cita, el informante se sorprende inicialmente de que un partido comunista forme una coalición con un grupo de derecha, pero luego encuentra la lógica de esa relación en arreglos pragmáticos y pagos para la elección de autoridades. En el recuento de otro joven, esos mismos representantes y grupos estudiantiles aparecen realizando transacciones en las que –según afirma-

¹¹¹ La versión de esta joven coincide con la que ofrece el video titulado “Traición estudiantil en la elección del decano de Letras (14/5/10)”. Disponible en < <https://goo.gl/XgMu3h> > (acceso: 10 de mayo del 2015).

comprometerían sus votos para la contratación o incorporación por “nombramiento” de determinados profesores que estarían bien ubicados en importantes bufetes de abogados o en instituciones estatales, con el fin de obtener puestos de trabajo en esos lugares.

(...) suponíamos que los de izquierda tenían que oponerse [a que un ex ministro del gobierno de A. Fujimori entre como profesor a la Facultad], ¿no te parece?... ¡No, *brother*, no!, estaban sentados de jurado ahí. Estaba la PU, que es un grupo de izquierda de ahí, EI [también de izquierda] estaba ahí, ¡todo el mundo estaba ahí sentado! (...). Lo único que querían era que T. [ese profesor] entre para ver la posibilidad de que él sea su contacto y se los jale a trabajar... Así es como piensan estos líderes de izquierda. (...) Todos estaban confabulados [los grupos de derecha e izquierda]. [E: ¿Cuál es la lógica de esto?] Esa lógica... ahí la entendí, pero a golpes: ellos crean su chamba, eso es. Esos querían su beneficio, nada más; o sea, pensaban que con T. podían ser jalados para trabajar en algún lado. (...) [E: Ya, podrían decir: “si entra T. como profesor de repente nos jala”, pero eso todavía es como potencial...] ¡No, no!, no es potencial. ¡Es real! De hecho, varios de los docentes que trajeron los estudiantes, los contactan ellos mismos. O sea, la lógica es la siguiente: tú eres un tercio [estudiantil], tienes un tercio de votos [en el Consejo de Facultad], tienes aliados docentes. Tú, como actor político, ¿qué haces?: conciertas con ciertos docentes; invitas a un docente, le dices: “¿sabe qué, profesor?, usted va a pasar a nombrarse aquí... lo invitamos para que sea parte del proceso”, ¿no?... y en ese interín hay un *brother* que se muestra así, trabajador, ¿no?, chévere, el profesor lo jala, y se consuma... lo jala para trabajar en su estudio [de abogados], o lo coloca por ahí en un puestito. ¡*Brother*: si supieras! (...). Los docentes ya saben *cómo es la vaina* [cómo es el arreglo] (informante clave, egresado de Ciencia Política).¹¹²

En general, la actuación de los representantes estudiantiles en los consejos de facultad suele ser motivo de controversias y críticas, especialmente en las carreras en que los alumnos muestran mayor interés y participación en los asuntos políticos universitarios. Solo en unas pocas ocasiones recogí comentarios positivos sobre esos desempeños, en su mayoría provenientes de personas que habían asumido tales cargos o que estaban de un modo u otro vinculadas a sus grupos políticos.

Rigidez estructural, desmovilización y desprestigio focalizado de la política

Un punto importante que emerge de una comparación de las perspectivas de varios entrevistados (incluyendo a nueve que ocuparon cargos de representación estudiantil), es que los esfuerzos de las organizaciones y los delegados estudiantiles en las diversas instancias de cogobierno difícilmente pueden llegar a traducirse en cambios y mejoras de consideración a los ojos de la mayoría de estudiantes debido a la rigidez de las estructuras políticas e institucionales, que se manifiesta no solo en los aspectos burocráticos y normativos, sino principalmente en el control que sobre la Universidad ejerce un conjunto de actores que hegemonizan el dominio del aparato institucional.

Así, por un lado, hay entre los estudiantes, sobre todo en Ciencias Sociales y Letras, una considerable disconformidad con una realidad universitaria que muchos describen con imágenes de precariedad y carencias materiales, ineficacia administrativa, “mediocridad académica”, “crisis” y

¹¹² Para sustentar su versión, esta persona me dio una serie de detalles adicionales, incluyendo nombres de profesores contratados o nombrados, las instituciones donde trabajan y los casos de integrantes de grupos estudiantiles que habrían llegado a trabajar a esas instituciones. Otro informante me ofreció una versión similar del mismo hecho narrado, pero matizando en algo el rol de los grupos de izquierda.

“corrupción”.¹¹³ Y por otra parte, están las muchas organizaciones políticas que reconocen varios de esos problemas y los hacen parte de sus discursos, agendas y programas. Sin embargo, cuando logran ubicarse en los cargos de representación política se encuentran con que sus anhelos y propuestas de cambio chocan con una realidad muy difícil de modificar, donde los actores y mecanismos que mantienen el *statu quo* prevalecen por sobre cualquier voluntad transformadora o renovadora.

Para entender por qué resulta tan difícil que en ese sistema prosperen las iniciativas de cambio conviene echar una mirada a cómo se incorporan y se mantienen en la Universidad muchos docentes. Varias veces tuve ocasión de conversar con estudiantes y egresados de Ciencias Sociales y Letras acerca de sus profesores, de entre quienes típicamente recordaban a unos pocos que juzgaban como “muy buenos” o “excelentes”, mientras que sobre otros docentes, que algunos presentaban como “la mayoría”, ofrecían opiniones diametralmente opuestas, señalándolos como “mediocres”, “muy malos” o “pésimos”. En las explicaciones que recibí sobre este punto se hablaba, por lo general, de profesores que adquirirían esta condición o que eran “nombrados” en las plazas docentes no por sus méritos académicos sino por formar parte de redes políticas que los vinculan con los operadores y grupos que controlan las estructuras de gobierno mediante estrategias clientelares.

[E: Hablabas de profesores que se quedaban en un solo *rollo* [discurso], y que incluso en ese *rollo* estaban muy limitados, no lo desarrollaban...] No lo desarrollaban porque no investigaban. (...). [E: Pero hay muchos que... cuesta entender por qué están ahí. ¿Cómo se explica ese nivel de limitaciones, o simplemente la misma presencia de estos profesores?] Básicamente es... un *rollo* un poco político, de bloques, cuando hay elecciones, y creo que eso te condiciona a que en procesos de promoción docente termines escalando hasta ser nombrado. Tiene que ver con ello, con esa carrera de ser nombrado y con pertenecer a... [E: ¿A un grupo político...?] A un sector docente, y puta, en los procesos eres al final nombrado y ya, pasa el tiempo y estás *tranqui* nomás, porque nadie te va a sacar. [E: No tiene que ver con el mérito académico ni científico, o con la investigación...] No, ajá. [E: O con ser buen profesor...] Tiene que ver con la *argolla* [redes de amigos] básicamente, *argolla* política... [E: Y eso permite que un profesor...] Llegue a ser nombrado, principal o nombrado. [E: Y tener la seguridad del puesto; nadie lo va a tocar...] Sí. (Pedro, ayudante de cátedra y egresado de Ciencias Sociales).

Esta forma de contratar o “nombrar” a profesores en función de sus relaciones políticas tiene varias consecuencias. En el plano académico, estos docentes usualmente tendrán un desempeño deficiente, comparados con otros que sí son seleccionados por sus logros intelectuales o científicos; y aquellos que sean “nombrados” carecerán además de incentivos para mejorar o actualizar sus conocimientos, debido a que el nombramiento les garantiza una estabilidad en el puesto, a lo que se suma que los comités de evaluación de docentes pueden estar integrados o manejados también por otros miembros de esas mismas redes. En cualquier caso, estas situaciones terminan generando entre muchos estudiantes una percepción de “mediocridad” en la enseñanza, pero también conflictos entre los propios

¹¹³ En el año 2012, el 20% de los estudiantes de la UNMSM consideraba que la situación de la Universidad era “mala” o “muy mala”, porcentaje que se elevaba al 33% en Ciencias Sociales y Letras (CSL); el 14% evaluaba negativamente a sus profesores (23% en CSL); el 31% desaprobaba la eficiencia administrativa de la Universidad (44% en CSL); y el 29% consideraba que sus equipos e infraestructura eran “malos” o “muy malos” (41% en CSL). Antes mencioné que el 40% desaprobaba el desempeño de las autoridades universitarias en el rubro de “honestidad y transparencia”; esta cifra alcanza el 58% en CSL. Fuente: Base de Datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012.

alumnos, por los cuellos de botella que se forman cuando muchos de ellos tratan de acceder a las clases de los pocos profesores considerados “buenos”. Adriana decía por ejemplo que, como delegada, tenía que mediar constantemente en las tensiones surgidas por este motivo entre sus compañeros de distintas bases: “nos peleábamos todos por nuestros profesores”.

En el terreno político, los docentes reclutados mediante redes clientelares pueden llegar a colocarse como autoridades o representantes en los órganos de gobierno universitarios o en diversos comités, desde donde lógicamente serán más proclives a reproducir el sistema que a reformarlo.¹¹⁴

Es lo más *paja* [bueno] escuchar que en su agenda [de las organizaciones estudiantiles] esté la reforma curricular, pero el alumno termina siendo tan insignificante en términos prácticos... o sea, *te hacen la camita* los docentes [tienden una trampa]: si quieren, cierran la puerta y tú no importas. Tú eres el representante estudiantil en ese comité de reforma curricular, ya, pero en términos prácticos, casi no importas para ellos... Entonces son ciertas prácticas, así, que terminan quitándote el piso de tus buenas intenciones. O sea, estás en lo cierto de que es necesario cambiar, pero con estos profes, puta, eres uno contra cinco, así, o sea, al final, por consenso, estás en nada, no tienes fuerza. (...) Y lo *yuca* [difícil] es hacer esos cambios pues, ¿no? ¿Cómo le vas a cambiar el *chip* a gente nombrada? Es como tratar de cambiarle el *chip* a un nombrado de una oficina del Estado. Puta: ¡le llega al *pincho!* [no le importa], si ya tiene su puesto toda su vida. Y contra esas cosas, ¿cómo luchar? Y puedes tener buenas intenciones, pero te encuentras con un montón de obstáculos. (Pedro).

Es en este punto en el que colisionan el poder hegemónico dominado por las redes clientelares y las iniciativas de cambio que podrían surgir entre los estudiantes. Las coincidencias entre los relatos de diversos sujetos, la comparación de sus experiencias narradas y la observación de esos hechos me llevan a proponer que estamos aquí ante un importante *factor estructural* que tiene consecuencias mayores en las dinámicas de la política estudiantil, lo cual se manifiesta de varias maneras, sobre todo en las áreas donde son más intensos el interés y el activismo. Por este bloqueo estructural, y debido a los fracasos e intentos fallidos en las iniciativas estudiantiles de reforma, los cursos de acción en el ámbito de las dirigencias estudiantiles usualmente terminan siguiendo uno o más de estos cuatro caminos:

- (i) La radicalización de las posiciones, demandas y formas de acción política.
- (ii) El desencanto con la participación en los espacios gremiales, seguido por la desmovilización política.
- (iii) El conformismo, la adaptación al sistema clientelar y la reproducción de sus prácticas y esquemas.
- (iv) El que la acción política se dirija solo o principalmente a cuestiones domésticas, “economicistas”, de alcance inmediato y muy restringido, que en esencia no afectan el orden del sistema.

Estos cuatro caminos no necesariamente son divergentes o excluyentes. Antes bien, en las experiencias recogidas aparecen a veces como sucesivos o intercalados. Analicemos algunos ejemplos:

(...) con el tiempo y entendiendo cómo funciona San Marcos, y al saber cómo funciona la política, te das cuenta que hay herramientas o discursos que son necesarios de articular. Por ejemplo, yo no estoy de acuerdo con las tomas de facultades, ¡puta!, que se estén tomando siempre. Pero cuando viene la toma del 2011 yo sí la apoyé; es más, estuve en los piquetes, porque ¡no encuentras otra forma!, ¡ya no encuentras

¹¹⁴ Leblanc (s/f) ofrece descripciones detalladas de cómo se realizan las incorporaciones, promociones y ascensos de profesores que se integran a redes clientelares, incluyendo nombres y fechas.

otra salida!... las protestas, denunciar, ya no existía otra manera. Entonces, ¿qué te queda como alumno?: apoyar una toma. Y en ese momento de mi vida recuerdo que decía que yo nunca pensé apoyar ese tipo de cosas, ¿no?, y estaba allí en la madrugada apoyando en la facultad. (Rolando).

Vemos aquí que Rolando pasa de desaprobación de las tomas de locales universitarios como forma de protesta, a involucrarse activamente en una acción de ese tipo, algo que él mismo asocia con el bloqueo de los canales institucionales de procesamiento de demandas.¹¹⁵

El caso siguiente es el de un joven que lideró un grupo político “centrista” e “independiente”, cuya agenda contemplaba exclusivamente la demanda de ciertas mejoras puntuales de orden académico. Su trayectoria ilustra cómo de las demandas irresueltas se puede pasar a la radicalización política, y de ahí al desencanto y la desmovilización (pues luego de esa experiencia el informante y sus compañeros abandonaron definitivamente la participación política).

... formamos un grupo que se llamaba DCB... y yo lo dirigía. Y este grupo era ‘anti todo’: anti tercio [estudiantil, de “derecha”], anti rojos, anti todo; estábamos en contra de todo y era un activismo duro. (...) [E: ¿Y consiguieron algo o...?] No conseguimos absolutamente nada. (...) Y hubo una decepción general entre nosotros. No pudimos conseguir... de [aquello por] lo que dos años veníamos jodiendo, nada, ¡absolutamente nada!: ni la currícula, ni los docentes, ni la biblioteca. (...) De verdad yo, ¡puta!, siento que lo di ¡todo!, todo mi tiempo, *brother*, dos años, a fondo; yo estaba cien por ciento en esto y cien por ciento en mis estudios, mitad y mitad... y la decepción que uno siente es, pues, un bajón así, ¿no?, al suelo. (Egresado de la Facultad de Derecho y Ciencia Política).

Salvo por la radicalidad en la acción política, este último caso se asemeja al de Fabián, un estudiante de Ciencias Sociales quien, luego de integrar el Comité Asesor de su escuela y fracasar en sus iniciativas (referidas a mejoras en la calidad de la enseñanza), dejó de participar en esa instancia y, eventualmente, se apartó también de otras formas de activismo político dentro de la Universidad: “no había respuesta dentro de la escuela ni dentro de la facultad, porque te decían ‘no, esto no lo podemos resolver nosotros, esto lo tiene que ver el Consejo...’, pero el Consejo no lo convoca el decano, y si lo convoca participa hasta que le da la gana y luego termina en trifulcas.”¹¹⁶ Como decía, Fabián dejó de participar políticamente en los asuntos universitarios, pero sin embargo en esa misma época inició su militancia política en un partido nacional (sin presencia en San Marcos).

No muy diferente es la experiencia de Mariana, una ex dirigente estudiantil de Letras, quien refiere que en una oportunidad intentaba conseguir el apoyo del director de su escuela para realizar algunos eventos académicos que complementarían el abordaje de temas poco contemplados en la currícula formal, y que eran del interés de sus compañeros: “Conversábamos con el director de escuela, y nos decía

¹¹⁵ Aquella toma de su Facultad por parte de los alumnos se debió a la imposición de un decano por parte del rector, entre otros motivos (las normas estipulan que los decanos deben ser elegidos por los consejos de facultad). Un breve reportaje ofrece más detalles sobre esa acción de protesta: “Toma de CC.SS. en San Marcos”, *Youtube.com*, 27 Jun. 2012. Disponible en < <https://goo.gl/YJpu0V> > (Acceso: 26 Jun. 2015). En el 2012, el 32% de los estudiantes sanmarquinos (42% en Cs. Sociales y Letras) estaban “de acuerdo” o “muy de acuerdo” con el enunciado: “Las tomas de locales son un medio legítimo de protesta”. Fuente: Base de Datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012.

¹¹⁶ Se refiere a hechos de violencia que se suscitaron en el año 2010 en un Consejo de Facultad de Ciencias Sociales, cuando estaba por decidirse la elección del decano. El hecho alcanzó gran difusión mediática en ese entonces. Véase “Frustran elección interna en San Marcos”, *La República* (Lima), 26 Jun. 2010. Disponible en < <http://goo.gl/bDsBwI> > (Acceso: 26 Jun. 2015); y también el video “Elección de decano Facultad de Ciencias Sociales UNMSM 2010”, *Youtube.com*, 13 Jul. 2010. Disponible en < <http://goo.gl/F2V5Nz> > (acceso: 26 de junio del 2015).

‘sí, sí, sí...’, pero no llegábamos a nada”. La diferencia en este caso es que Mariana, en lugar de alejarse de la actividad gremial, continuó en ella, pero vinculándose con los operadores políticos de las redes clientelares, consiguiendo así los locales y recursos que le permitieron realizar los eventos que deseaba promover. En la visión de Rolando, esta suerte de adecuación o adaptación a las estructuras de poder aparece condicionando la acción gremial y política de muchos sanmarquinos desde hace varias décadas:

(...) luego entré a trabajar en San Marcos. [Allí] Te empiezas a dar cuenta que... mucha gente que ya tiene 40 años, 50 años, son profesores que han dedicado toda su juventud a supuestamente luchar por sus ideales, y se dan cuenta que no pueden batallar contra el gran monstruo burocrático de la Universidad, y se acoplan a ello y reproducen las prácticas [clientelares].

Por otro lado, al evaluar el desempeño de las organizaciones políticas más “radicales”, un joven sanmarquino destacaba entre las limitaciones de estos grupos el que, a pesar de tener una retórica furiosa y de fuerte oposición a las autoridades, en sus prácticas concretas terminen concentrando sus acciones en asuntos pequeños e inmediatos: “tienen reivindicaciones demasiado cortoplacistas; no tienen un horizonte claro hacia el cuál luchar o disputar. (...) reivindicaciones muy... ¿cómo decirlo?, economicistas, que no han permitido pasar a la reivindicación política” (Joaquín). Una postura muy similar es la de Fabián, cuando se refiere a esas mismas organizaciones:

(...) ellos se caracterizan por luchar por demandas efectistas, el cobro del seguro... (...). El [organización guevarista] es pues un grupo mediocre que no tiene mucha acogida y no es eficiente, y los frentes que arma, electorales, casi nunca ganan... y si ganan, ganan minoría y sirven para poner bonitos baños nada más o bonitos urinarios, pero después de eso: nada.

Pero esta característica no es atribuible únicamente a las organizaciones que son vistas como “radicales” ni tampoco solo a las de izquierda.¹¹⁷ En distintas facultades, donde los integrantes de los tercios estudiantiles pueden pertenecer a sectores moderados de diferentes tendencias, encontré que comúnmente los “logros” presentados por algunos de ellos, o los reconocidos por otros alumnos, eran por ejemplo, casi siempre: gestiones para la adquisición de equipos, habilitación de ambientes de estudio y otros temas de infraestructura, el evitar que se introduzcan ciertos cobros a los alumnos y la “fiscalización” de los procesos administrativos a nivel doméstico.¹¹⁸

En segundo lugar, el sistema clientelar y su *rigidez estructural* tienen también implicancias más profundas y que van más allá de esos cuatro posibles caminos que señalo para el caso de los activistas específicamente (radicalización, desmovilización, acoplamiento en el sistema clientelar y enfoque en demandas doméstico-inmediatistas). A un nivel más amplio, esa inflexibilidad del sistema, su reticencia a los cambios o reformas y su capacidad para asimilar a una parte de los dirigentes en su lógica clientelar

¹¹⁷ El carácter “cortoplacista” y “efectista” de las demandas y reivindicaciones estudiantiles en San Marcos y otras universidades públicas (luchas por más raciones en el comedor, “ingreso directo”, “traslado interno”, derecho a la “graduación sin tesis”, etc.) aparece también como una tendencia que varios autores identifican en muchas organizaciones universitarias de izquierda a lo largo de varias décadas pasadas, cuando se habla por ejemplo de un “radicalismo economicista”. Véase al respecto Lynch (1990), Sandoval & Toche (2004) y CVR (2003b).

¹¹⁸ Esto incluye la incorporación y el nombramiento de profesores. En uno de los casos analizados, el sitio web de un grupo ubicado en el tercio estudiantil de Derecho presenta entre sus logros el haber promovido ese tipo de contrataciones. Al contrastar fuentes comprobé que se trataba de los profesores que uno de mis entrevistados señalaba como “confabulados” con algunos alumnos en torno a ciertas transacciones oscuras (véase la cita al final del apartado previo).

producen otras consecuencias (tampoco excluyentes unas de otras) que afectan a sectores más amplios de la población estudiantil:

- (i) Las organizaciones políticas estudiantiles y sus dirigentes comienzan a ser vistos por buena parte del alumnado como: a) instrumentos y actores incapaces o ineficaces para lograr cambios y mejoras, o b) actores demasiado “radicales” para el gusto de muchos, o c) personajes “corruptos”, todo lo cual –en mayor o menor medida- les resta legitimidad y mella su imagen pública.
- (ii) Junto a esos actores, se deslegitiman también –cuando están presentes- sus discursos ideológicos y proyectos de cambio social, con lo que cobran más presencia y aceptación las apuestas pragmáticas centradas en soluciones y logros concretos, rápidos y tangibles.¹¹⁹
- (iii) Al menos parte del alumnado abandona la vocación por participar en las instancias de representación estudiantil, lo que contribuye a mantener o profundizar las debilidades de las organizaciones políticas y gremiales.
- (iv) Se extiende el desencanto con la política, o la sensación de que la actividad política carece de sentido, sobre todo aquella que tiene lugar en la Universidad.
- (v) Crece el involucramiento en otras formas de organización: colectivos políticos externos a la Universidad, grupos exclusivamente académicos o culturales que no apuntan a disputar el poder o a cuestionar el orden, activismo en agendas temáticas fragmentadas, activismo virtual u otras alternativas.

Todo esto se refleja en los discursos cotidianos de muchos sanmarquinos, así como en las experiencias concretas narradas por los estudiantes entrevistados. Rolando, por ejemplo, me habló en una entrevista de lo que él juzgaba como ineficacia en el desempeño del tercio estudiantil de su facultad, que prometía “luchar contra la corrupción” y mejorar la “calidad académica”: “estos *huevo*nes están tres años en el poder y no han hecho nada”. En la Universidad, este mismo joven es bastante popular, muy activo en impulsar y organizar eventos académicos y culturales, y además muy cercano a varios dirigentes políticos; sin embargo, aunque se lo han propuesto en varias ocasiones, nunca ha querido asumir cargos políticos o competir por ellos. En gran medida, su popularidad se debe a haber fundado un medio virtual desde donde –junto a otros sanmarquinos- muchas veces emite críticas sarcásticas referidas a las autoridades y otros actores políticos de la UNMSM.

Milagros, por su parte, se identificó inicialmente con un grupo de activistas que denunciaban una serie de arbitrariedades y manejos “autoritarios” que atribuían al rector de la Universidad, pero le bastó asistir una manifestación de protesta para dejar de lado cualquier deseo de volver a apoyar a quienes promovían esa causa:

¹¹⁹ De entre las características que idealmente deberían tener los representantes estudiantiles, los alumnos valoraban principalmente la “eficacia” para solucionar los problemas (29%) y el conocimiento de los problemas estudiantiles (23%). Uno de los rasgos menos valorados fue el tener “experiencia” en política (2%). Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012.

[Ver cómo actúan algunos dirigentes estudiantiles]... hizo que cambiara un poco esa idea de participar. (...) Llegamos al rectorado [en una marcha de protesta] y unos cinco huevones que se habían puesto sus pañuelos rojos se habían metido por las ventanas del rectorado y habían comenzado a romper las lunas [vidrios] y se metieron. Entonces... realmente eso no va a ningún lado. Me molestó, e incluso le dije a los chicos que están -entre comillas- “dirigiendo”, que me parecía un insulto a nuestra inteligencia que nos hayan traído hasta acá para hacer eso.

Luego de esta experiencia, ocurrida cuando recién iniciaba sus estudios, Milagros no volvió a participar más en actos de protesta realizados en la UNMSM. Sin embargo, en dos ocasiones me encontré con ella en movilizaciones juveniles que tuvieron lugar en el Centro de Lima, motivadas por otros temas no relacionados con la Universidad. Pero no se trataba de un caso aislado, pues junto a ella vi a varios otros jóvenes que conocí en San Marcos y que tampoco solían participar en los asuntos políticos universitarios.

Marcha contra “La Repartija”. Hoy se realizó en el Centro de Lima una marcha protagonizada por miles de jóvenes que protestaban contra la decisión del Congreso de designar a personajes muy cuestionados (por su pasado político) en altos cargos del Estado. (...) Muchos asistieron a la marcha de forma independiente, sin agruparse con organizaciones. (...) Hice un recorrido para ver si encontraba a gente de San Marcos. (...) En la avenida Wilson me encontré con Milagros, que estaba con un chico de Sociología. Nos saludamos y conversamos un rato mientras avanzábamos. En ese momento reconocí también a dos (¿tres?) chicos de Sociales. Más adelante, ya en la avenida Abancay (a tres cuadras del Congreso), se produjo un choque con la policía. La gente comenzó a correr en varias direcciones, y yo corrí hacia la Fiscalía de la Nación (porque vi que el viento se llevaba el gas lacrimógeno en la otra dirección). Desde las gradas de la Fiscalía me puse a tomar algunas fotos, y en ese instante vi que en la vereda opuesta estaban tres chicas que conocí en San Marcos (de Antropología). (...) Me ha sorprendido encontrar allí a K., F. y S., porque en la Universidad no recuerdo haberlas visto nunca en las asambleas, y sé que por lo menos K. y S. nunca han formado parte del Centro de Estudiantes o de algún grupo político en la U., pero en esta marcha ellas estaban adelante, muy cerca de donde estaba la barrera de la policía, y querían seguir avanzando a pesar de que les había afectado el gas. Milagros tampoco anda metida en cosas de política en la Facultad. Del chico que iba con ella sé que estaba en un grupo de izquierda de San Marcos, pero ya se alejó de ese grupo hace un buen tiempo.¹²⁰

Estos y otros casos similares que registré durante la etnografía, así como los datos estadísticos que apuntan en el mismo sentido, me llevan a proponer el concepto de *desencanto político focalizado* para describir este fenómeno en el que tenemos a jóvenes que se interesan por la política y los problemas del país, y cuyo interés los mueve incluso a participar en acciones dirigidas a lograr cambios sociales, pero que sin embargo se alejan de los procesos políticos que se desarrollan en un entorno específico (la Universidad), lo cual es en estos casos altamente significativo en tanto que el *referente del desencanto focalizado* es precisamente un espacio social atravesado y definido por la política.¹²¹

El siguiente caso es el de un joven egresado de la Facultad de Derecho y Ciencia Política que “lo dio todo” por una causa y participó muy activamente para lograr un cambio recurriendo a la organización

¹²⁰ Notas de campo del 27 Jul. 2013. El término “La Repartija” se popularizó entre los jóvenes porque los parlamentarios de distintos grupos políticos “repartieron” los cargos directivos de varios órganos estatales (Tribunal Constitucional, Banco Central de Reserva y Defensoría del Pueblo) entre personas afines a sus intereses, sin atender a criterios de idoneidad, mérito o capacidades. La manifestación fue exitosa porque muy rápidamente el presidente y otros actores políticos salieron a criticar al Congreso, que finalmente retrocedió en sus decisiones.

¹²¹ Esta idea de un desencanto político focalizado en la Universidad aparece respaldada por los datos de la encuesta del 2012, que halló entre los jóvenes sanmarquinos un interés bastante alto en la política nacional (“mucho” o “algo” de interés: 66% en total y 88% en Ciencias Sociales y Letras), acompañado de un menor interés en la política que se desarrolla al interior de la UNMSM (48% en total y 68% en CSL).

y la acción colectiva. Pero la magnitud de su esfuerzo, que terminó siendo infructuoso, da también la medida de su frustración. Finalmente, su experiencia lo condujo a abandonar toda forma de participación y toda apuesta de transformación social, dejándolo además con un rencor que se proyecta no solo a sus pares sino también a todo el espectro al que pertenecen aquellos actores políticos a quienes ve como “hipócritas” e inconsecuentes con los ideales que en teoría defienden.

(...) [E: Uno puede darlo todo en un proyecto pero no obtiene resultados.] No tiene ningún resultado, y la gente sigue tan inerme, tan mediocre, no hace nada... y los *huevones*, tranquilos, ¿no? O sea, es su futuro, ¿no?, ¿no te parece? ¡Es tu futuro, *brother!*, es lo que vas a estudiar, es lo que vas a salir haciendo. ¿Y los pendejos?: ¡tranquilos! O sea, ¡qué tienen! [E: ¿Te refieres a los estudiantes en general?] A los estudiantes, ¿no? O sea, ¡por dónde! Y los de izquierda son los que más me han sorprendido. Desde ahí te juro que para mí la izquierda es la peor basura de esta universidad. ¿Cómo pueden ser tan hipócritas?¹²²

Se deslegitiman las organizaciones políticas, y junto a ellas sus propuestas, identificaciones e ideologías. Pero esto no ocurre únicamente por sus características intrínsecas. Tampoco se trata solo de que sus definiciones de la realidad social reflejen o no la situación que se desea superar, o de si sus discursos contienen o no una propuesta viable de cambio. Bajo una estructura que bloquea los horizontes, el escepticismo y la incredulidad anulan también los argumentos y las pretensiones.

[E: ¿El discurso (de los grupos políticos) reflejaba los problemas de la facultad o...?] Sí, de hecho que sí. Muy aparte de que con esos discursos puedan lograr algún efecto práctico, que no lo lograban. (...) [E: ... pareciera que las organizaciones mismas están desprestigiadas (...) ya como que hay gente que no les hace mucho caso.] No les crees, pues. Básicamente no les crees, por la etiqueta [ideológica] que tengan cada uno de esos grupos; y lo otro es por lo *yuca* [difícil] de que en verdad puedan hacerlo [resolver los problemas]. (Pedro).

Pedro, quien se identifica con la izquierda, ingresó a la Universidad muy interesado en el activismo y la política; pero los grupos universitarios de izquierda lo decepcionaron en varios sentidos (menciona sobre todo su “mediocridad”). Y su decepción fue de tal magnitud que –según su propio testimonio– eso lo llevó a abandonar la Universidad durante un año. Al volver no tenía ya ninguna intención de participar políticamente. En lugar de eso, volcó sus esfuerzos a realizar una tesis sobre la izquierda peruana.

Ante una realidad que se percibe como inamovible, como un orden *rígido* que persiste por sobre las voluntades dirigidas a transformarlo, se entiende que las personas sopesen las capacidades de quienes encarnan esas voluntades, y se entiende también que en esa evaluación de aptitudes entren en juego la historia y la experiencia. En términos más profanos, el razonamiento sería más o menos el siguiente: “Si hasta ahora nadie ha podido cambiar esta realidad, ¿por qué voy a creer que tú sí vas a poder hacerlo?” Y esta suspicacia puede ser mayor aún frente a quienes recién se inician en un proyecto que para otros, los que siempre prometían el tan ansiado cambio, no pasó de ser una utopía. Es entonces que la incredulidad se traduce en una pérdida del sentido de la acción política.

¹²² Esta persona se identificaba con la izquierda desde antes de ingresar a la Universidad, y tuvo incluso una participación muy breve en un partido universitario “revolucionario”. Aquí habla de “hipocresía” refiriéndose a alianzas entre los sectores de izquierda y derecha de su facultad, que él concibe como motivadas por la búsqueda arreglos “pragmáticos” inscritos en los intereses de ciertas redes clientelares.

Yo tenía una mirada distante y un poco burlona [de los alumnos del primer año]. [E: ¿Cómo es eso?] Porque me parecían tan tiernos los muchachos, haciendo sus reuniones políticas, diciendo “ahhh, quiero cambiar el mundo”, no sé. [E: ¿Los veías un poco ingenuos, o algo así?] Sí, un poco ingenuos. [E: ¿Te parecía difícil que pudieran llegar a conseguir logros...?] Me parecía que perdían el tiempo haciendo eso. Me parecía que muchos de ellos estaban invirtiendo mucho tiempo en la política, en lugar de dedicarse a estudiar... y pensaba también que perdían el tiempo porque no iban a lograr nada, ¿no? O sea, los mismos problemas de la facultad están desde hace tiempo ahí... [E: O sea, problemas persistentes y antiguos, y estos chicos querían transformarlos.] Claro, venían con toda la idea de que podían hacer cambios, y nada que ver. (Ricardo).

Ricardo se burlaba de los *cachimbos* que comenzaban a involucrarse en la política sanmarquina. No obstante, muchas veces pude verlo en la Universidad, en bares y en fiestas reunido con varios de los principales dirigentes políticos de Ciencias Sociales, con quienes aparece también en fotos de su perfil de Facebook, aunque él mismo nunca ha participado en actividades políticas en la UNMSM. Sin embargo, en el periodo previo a unas elecciones municipales en Lima, casi todos los días publicaba en *Facebook* notas a favor de una candidata y participaba en encendidas discusiones políticas por ese medio.

Por lo que voy mostrando, resulta hasta lógico que, en un medio donde se registra un declaradamente alto interés por la política, se constate *al mismo tiempo* un distanciamiento de la acción colectiva en ese mismo entorno.¹²³ Y aún si no fuera ésta una actitud generalizada entre los estudiantes, el fenómeno alcanza una amplitud tal que es suficiente para erosionar el terreno organizacional e institucional, contribuyendo así al mantenimiento y la reproducción de su fragilidad. Esto se puede expresar, por ejemplo, en limitaciones impuestas a la capacidad de emprender iniciativas políticas, o en el desgaste de quienes las impulsan: “El desgaste era que éramos pocos [en el Centro de Estudiantes], la gente decía ‘sí’, mucho, pero a la hora de la hora los que tratábamos de hacer algo éramos pocos, y siendo pocos nos tocaba hacer mucho; entonces eso también cansa... desgasta, el no poder contar con mucha gente. (...) siendo pocos, recae más peso sobre ti. (Paulo).

[En el Centro de Estudiantes] No teníamos mucho aparato, gente que pudiese difundir el trabajo, hablar con la gente, manos, pues. (...) Otro problema era el de la participación. (...) lo más ideal sería que todos vengan, propongan... Eso era un problema, y nosotros decíamos “¿pero a qué responde la causa?” (...) A veces se convocaban las reuniones y la gente no venía. Entonces decíamos “¿qué pasa?”; o sea, hay dos cosas –nosotros decíamos–: o bien, bueno, ya, “es un problema general del Perú que la gente no participa, no se mete en política”, bla, bla; o bien nuestras convocatorias están mal, los temas que tú haces no les interesa a la gente, y al fin y al cabo tú eres el problema, ¿no? (...) Venían unos cuantos, cinco, y no se puede hacer una reunión con tan pocos. Había reuniones que las cancelábamos. (...) Dije “no, este año voy a descansar un poco de estas actividades”. (...) No declinar completamente [en la participación], pero con otro perfil, porque el perfil de dar la cara, estar hablando en público, estar así, es un tema bien agotado y me había estresado, físicamente me había estresado. (Adriana).

Al referirse a la escasa participación de sus compañeros en los asuntos del gremio estudiantil, Adriana deja abierta la posibilidad de que el origen del problema haya sido su propio desempeño como dirigente (y el de su junta directiva), y no necesariamente una vocación de los alumnos por desentenderse de los temas universitarios. Esta postura reflexiva y de autocrítica es poco común entre los

¹²³ Resumiendo datos mostrados previamente, tenemos que la indiferencia y las opiniones negativas y muy negativas respecto a las organizaciones políticas estudiantiles suman un 73% en la Universidad y 81% en Ciencias Sociales y Letras.

representantes y activistas políticos sanmarquinos. A lo largo del trabajo de campo, en repetidas oportunidades oí a varios de ellos hablar de un supuesto “desinterés” de los estudiantes por los problemas de la Universidad, que –según alegaban– se reflejaría en su “poca participación” en las iniciativas de las organizaciones políticas para tratar de solucionarlos. Buscando explicar esta situación, por lo general argumentaban –sobre todo los activistas de izquierda– que el carácter “apolítico” de los estudiantes se debería ya sea al “individualismo”, que asociaban con el “sistema capitalista” y el “neoliberalismo”, o a la “estigmatización” y “satanización” de la política, que vinculaban con la voluntad del régimen fujimorista de los años noventa por desmovilizar a la sociedad, desarticular a las organizaciones y perseguir a sus dirigentes, y también con el rol de Sendero Luminoso en el proceso de violencia política de aquellos años.

Según estas miradas, muchos estudiantes llegarían a la Universidad teniendo ya desde antes actitudes de desconfianza, recelo o suspicacia con respecto a la participación política. Un joven de la Facultad de Letras, muy involucrado en los procesos políticos internos de la UNMSM, decía por ejemplo que “desde el saque, desde antes de ingresar, ya tienen una imagen preconcebida o prejuiciosa del movimiento estudiantil y deciden no mantener relación alguna (‘estar al tanto de lo que pasa’ o ‘hacer política’)” (Adrián).¹²⁴ Desde su postura, este problema se originaría por carencias en la “formación ética-social forjada en la familia” y por “el discurso de los grupos de poder económico, político y mediático que realizan juicios de valor sobre la universidad pública.”

Fue raro encontrar que los dirigentes universitarios explicaran la “poca participación” señalando deficiencias de las propias organizaciones estudiantiles. Cuando lo hacían, se referían casi siempre a las prácticas o discursos de otros grupos, a los que describían como demasiado “radicales”, “sectarios”, “dogmáticos” o “autoritarios”. Y más raro aún fue hallar a quienes realizaran (en privado) autocríticas de sus propios desempeños personales como representantes o dirigentes (“el sectarismo... sí lo he encontrado en la Universidad, y son errores que incluso uno a veces comete, ¿no?”).

Estos juicios y percepciones de los actores políticos sobre la población estudiantil, la realidad universitaria y sobre ellos mismos merecen ser examinados a la luz de lo que venimos encontrando en este análisis del campo político de la UNMSM. Al respecto, no deja de llamar la atención la distancia que existe entre, por un lado, los argumentos que circulan en los sentidos comunes acerca de por qué no participan los estudiantes, y de otra parte las causas y motivos que –sobre el mismo fenómeno– emergen de la aproximación empírica y conceptual ensayada en esta investigación. En aquellos argumentos se atribuye la escasa participación política a factores como el “desinterés”, el “apoliticismo”, el “individualismo”, la “estigmatización” de la política, las carencias en la “formación ética-social” o los

¹²⁴ Para sustentar su punto, este joven me ofreció algunos datos sobre asambleas: “La participación en los espacios políticos en Letras (como en otras facultades) se manifiesta en las asambleas... En Letras son dos mil alumnos y en las asambleas del Federado apenas asisten entre 20 y 30 alumnos”. Luego citó también datos de participación en elecciones voluntarias convocadas por los gremios: “en diciembre del 2014, para las elecciones del Federado de Letras participaron menos de 300 jóvenes (...) [en] el referendun voluntario de mayo del 2013... en Letras votaron 102 de 1931 matriculados”.

“prejuicios” difundidos por los medios de comunicación. Un rasgo común de estas nociones es que, en todos los casos, se trata de elementos externos al mundo político universitario.

En contraste, en este estudio vemos que existen dentro de la propia Universidad múltiples condiciones y mecanismos que operan no solo para alejar a muchos jóvenes de la acción colectiva a través de las vías institucionales, sino también en el sentido de deslegitimar esas vías, configurando lo que aquí he denominado un desencanto político focalizado. La existencia de estos *factores desmovilizadores internos*, inherentes al propio campo político sanmarquino, puede ser demostrada mediante una triangulación de datos etnográficos, biográficos y estadísticos. En ese sentido, la exploración etnográfica y en profundidad ha servido para elaborar las explicaciones y los modelos conceptuales ofrecidos en las páginas previas, pero también para generar hipótesis estadísticas. Algunas de ellas permitieron obtener las distribuciones porcentuales que he presentado a un nivel descriptivo –a lo largo de este capítulo– para dar un mayor sustento a muchas de las afirmaciones realizadas. Otras hipótesis, en cambio, son la base de los análisis que muestro a continuación.

Análisis estadístico: variables asociadas con el alejamiento de la política

Las diferencias entre los alumnos de CSL y los de otras áreas indican que los juicios negativos sobre las organizaciones políticas estudiantiles (OPE) son más frecuentes precisamente allí donde hay mayor actividad política, lo cual sugiere que esa desaprobación provendría al menos en parte de una mayor “exposición” a tales agrupaciones, supuesto que aparece respaldado por las diferencias entre las opiniones de los alumnos de los primeros y últimos años. Recordemos que los que tenían solo uno o dos años de estudios reportaban opiniones más positivas que negativas sobre las OPE (34% y 22%, respectivamente, y 44% de indiferencia), en tanto que ocurría lo contrario entre los que tenían tres o más años de estudios (los más expuestos a la política universitaria), reduciéndose aquí las miradas positivas y elevándose las negativas (21% y 30%, respectivamente, con un 49% de indiferencia).

Colocando estos datos en el marco del argumento planteado (que el bloqueo sistémico clientelar genera el alejamiento de la política) y tomándolo como hipótesis general, recurrí a la base de datos y apliqué técnicas de estadística inferencial para determinar qué características de los alumnos o factores del sistema político se asociaban a las opiniones negativas sobre las OPE (variable dependiente), realizando ejercicios de regresión logística para medir primero, individualmente, qué variables influían en esas opiniones, y luego agrupando estas variables independientes en modelos multivariados.¹²⁵

En primer lugar, encontré que el tener opiniones negativas sobre las OPE se correlacionaba de manera directa y estadísticamente significativa con estudiar en CSL ($p=0.000$) y tener tres o más años en la Universidad ($p=0.027$), y de manera también positiva y con asociaciones fuertes, pero no

¹²⁵ En estos ejercicios mido la probabilidad de que se presenten relaciones de causalidad entre distintas variables, estableciendo dicha causalidad por el nivel de significancia estadística (tomando como referencia un valor de 0.05, como se detalla en la sección de Métodos, subsección “Técnicas de análisis”).

estadísticamente significativas, con declarar estar informado sobre la política en San Marcos ($p=0.069$) y tener interés en la política nacional ($p=0.069$; mientras que no hubo relación con el interés en la política sanmarquina). Sin embargo, al evaluar estas características en un modelo multivariado, estudiar en CSL apareció como la única variable con significancia estadística ($p=0.005$). Estos resultados confirman el supuesto de que la mayor cercanía con la actividad política estudiantil se vincula con un mayor rechazo a las OPE, y conducen también a descartar las ideas de que el alejamiento de la política se deba en San Marcos al “desinterés” o a tendencias “apolíticas”.¹²⁶

En segundo lugar, para las variables relacionadas con el sistema político y la situación de la Universidad, hallé que el tener opiniones negativas sobre las OPE se correlacionaba directamente y con significancia estadística con considerarlas poco o nada democráticas, evaluar negativamente la calidad educativa y la situación de la Universidad, desaprobando a los centros de estudiantes, los tercios en AU y CU, el rectorado, la AU, el CU, la honestidad de las autoridades, considerar a éstas poco o nada democráticas y evaluar negativamente la infraestructura universitaria ($p=0.001$ y $p=0.006$ respectivamente para las dos últimas variables, y $p=0.000$ para todas las anteriores).

Luego de correr un modelo multivariado con todos estos factores y de retirar los menos asociados con la variable dependiente, obtuve que las correlaciones más fuertes, todas con significancia estadística, correspondían a: considerar a las OPE poco o nada democráticas ($p=0.046$), tener opiniones negativas de los centros de estudiantes ($p=0.000$) y de los tercios estudiantiles en AU y CU ($p=0.000$) y evaluar negativamente la honestidad de las autoridades ($p=0.046$), como se muestra en la Tabla 4.

En resumen, las regresiones logísticas independientes indican que la evaluación negativa de las OPE no se debe solo a que los estudiantes las perciban como poco o nada democráticas, pues ese juicio está fuertemente asociado con varios otros motivos de disconformidad entre los alumnos: desde la evaluación negativa del gobierno universitario, hasta los problemas en la calidad y la infraestructura educativa y en general la situación de la Universidad. Como ya vimos, las OPE no están presentes en las altas esferas del gobierno universitario ni tienen cómo solucionar aquellos problemas (aún cuando algunas los consideren en sus programas reivindicativos); sin embargo, tales problemas y el deficiente desempeño de las autoridades y los delegados estudiantiles en AU y CU se relacionan directamente con el desprestigio del activismo político. Luego, los análisis multivariados confirman que el desprestigio de las OPE está “amarrado” al descrédito de las autoridades y los tercios en AU y CU (que suelen ser miembros de redes clientelares antes que activistas políticos).

Estos resultados apoyan de varias formas el argumento explicativo propuesto y respaldan el modelo formulado a partir de los datos etnográficos.

¹²⁶ Evalué también como contrahipótesis la posible influencia del “individualismo”, la “estigmatización” de la política y los discursos mediáticos en la despolitización (con variables *proxi*), sin encontrar evidencia consistente que apoye esas explicaciones en esta población. Por otro lado, los datos etnográficos apuntan en el sentido opuesto a esos argumentos: primacía de visiones críticas de los discursos estigmatizantes, involucramiento político de jóvenes que se socializaron en entornos “antipolíticos”, casos de sujetos con un perfil “individualista” que participaban en política viéndola como una vía de ascenso social, etc.

Tabla 4. Factores asociados a las opiniones negativas sobre las organizaciones políticas estudiantiles

```
. logit neg_opol neg_demop neg_cest neg_repaucu neg_transau
```

```
Iteration 0: log likelihood = -260.3824
Iteration 1: log likelihood = -208.71439
Iteration 2: log likelihood = -205.80185
Iteration 3: log likelihood = -205.77926
Iteration 4: log likelihood = -205.77925
```

```
Logistic regression                               Number of obs   =       470
                                                    LR chi2(4)      =      109.21
                                                    Prob > chi2     =       0.0000
Log likelihood = -205.77925                       Pseudo R2      =       0.2097
```

neg_opol	Coef.	Std. Err.	z	P> z	[95% Conf. Interval]
neg_demop	.504454	.2532616	1.99	0.046	.0080705 1.000838
neg_cest	1.24122	.2843652	4.36	0.000	.6838748 1.798566
neg_repaucu	1.436869	.2699776	5.32	0.000	.9077228 1.966016
neg_transau	.5371278	.2687187	2.00	0.046	.0104488 1.063807
_cons	-2.589208	.2437519	-10.62	0.000	-3.066953 -2.111463

neg_opol: opinión negativa de las OPE; **neg_demop:** considerar que las OPE son poco o nada democráticas; **neg_cest:** opinión negativa de los centros de estudiantes; **neg_repaucu:** opinión negativa de los representantes estudiantiles en AU y CU; **neg_transau:** juzgar negativamente la honestidad y transparencia de las autoridades.
[Tabla generada en Stata 13.]

V. TRAYECTORIAS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

En este capítulo examino los contextos y trayectorias de socialización política que definen entre los jóvenes diversos niveles de interés en la política y distintas actitudes hacia ella. Las preguntas que guían esta exploración –alineadas con los objetivos de la tesis– son: ¿cómo y bajo qué circunstancias e influencias surge en los jóvenes el interés por los asuntos políticos?, ¿cómo, a partir de ese interés inicial, se definen diversas actitudes hacia la política y la acción colectiva?, y ¿cómo se expresan estos intereses, actitudes e ideas en las trayectorias de vida y las prácticas de los sujetos?

Empecemos por un panorama general sobre el interés en la política, las identidades y la participación, partiendo de algunas distinciones básicas. Como veíamos en el capítulo anterior, en el año 2012 había en San Marcos un sector estudiantil mayoritario que manifestaba tener interés en la política nacional (las dos terceras partes del alumnado), mientras que casi la mitad del total decía tener interés en la política que se desarrolla en la Universidad.¹²⁷ Una primera distinción remite entonces a si los sujetos están interesados o no en la política. La segunda tiene que ver con cuán interesados puedan estar en este asunto, pues hay diferencias notables entre aquellos cuyo interés se limita a tener presentes los temas políticos o estar medianamente informados de lo que ocurre en este ámbito, y quienes además de estar más informados le otorgan una gran importancia a los hechos políticos. Y una tercera diferenciación que propongo es la de ver cómo esos distintos niveles de interés se manifiestan en la adopción de ideas, en las actitudes hacia la actividad política y en las prácticas concretas en este campo.

Para rastrear la aparición del interés en la política en las biografías de los jóvenes exploro cómo y en qué momento surge en ellos una preocupación por los problemas locales y nacionales, que suele venir asociada a visiones y valoraciones sobre instituciones y actores políticos. Sobre este punto veremos un panorama ampliamente diverso. En algunos casos, el interés por la política aparece muy tempranamente, en la infancia, y en otros aflora en diferentes periodos de la adolescencia, incluyendo sus etapas más tardías, o también luego de esta etapa, después del ingreso a la Universidad.

Los contextos e influencias contribuyentes al despertar de aquel interés son también muy variados: familia, parientes y entornos comunitarios; escuela y profesores, además de academias pre-universitarias; grupos de amigos y actividades realizadas entre pares; medios de comunicación; y la propia Universidad. En ciertas historias, el apego a la política va madurando a lo largo de varios años, casi por “sedimentación”; mientras que en otras aparece súbitamente en determinado momento y motivado por ya sea por hechos biográficos o por coyunturas sociopolíticas específicas. Otra diferencia

¹²⁷ Sintetizando datos de la Tabla 3 (del capítulo anterior), tenemos que un 66% decía tener interés en la política nacional (88% en Ciencias Sociales y Letras; categorías “mucho” y “algo” de interés) y el 48% manifestaba tener interés en la política al interior de la UNMSM (68% en CSL).

importante entre estos jóvenes es que una parte de ellos creció en entornos políticamente “cargados” por la presencia de personas, ideas y otros estímulos cercanos que ayudan a entender el que hayan terminado interesándose en la política y en la participación, distinguiéndose así de quienes llegaron al activismo de manera individual, en ausencia de aquellas influencias próximas, o incluso a “contracorriente” en entornos sociales donde predominaba el desdén por la política.

En toda esta diversidad de influencias, contextos y desarrollos individuales es posible reconocer ciertas pautas que emergen del análisis comparativo de: a) los procesos de socialización política, b) las identidades que los jóvenes fueron adoptando en su acercamiento al mundo político, y c) sus discursos y prácticas observables para cuando realicé el trabajo de campo.

5.1. HERENCIAS Y RECOMPENSAS EN LOS MÁS INTENSOS COMPROMISOS POLÍTICOS

En primer lugar tenemos los casos de algunos estudiantes entre quienes confluye un alto interés en la política con un fuerte y consistente compromiso activista. Estos jóvenes, que ocupaban cargos dirigenciales en organizaciones políticas estudiantiles para cuando conduje la etnografía, tenían en común el provenir de familias con una muy marcada tradición de participación política, por lo general con padres o tíos militantes o ex militantes de partidos de izquierda, o con experiencia sindical. Ellos vinculaban explícitamente su cercanía al mundo político con esos antecedentes familiares, y por ello tendían a ver su propio involucramiento como algo casi natural:

Yo vengo de un hogar de izquierda. Mis padres han sido militantes de Izquierda Unida, más atrás, desde la universidad. [E: ¿Estudiaron también en San Marcos?] Sí, ambos Sociología; fueron del FER-Antifascista. (...) hicieron actividad política ahí, muy activa (...) han seguido hasta ahora. Entonces yo *me he criado en ese ambiente*. (...) yo siempre he sido muy interesado [en la política], creo que de todas maneras *ese ambiente ha condicionado mi perfil*, un poco, ¿no? (Joaquín, Ciencias Sociales).

[Sus padres] Siempre tenían una conversación en el diario de lo que pasaba, lo que salía en las noticias, en los periódicos... (...) en mi casa siempre conversaban de eso y no me parecía nada del otro mundo, y me daba curiosidad saber cómo se manejaba todo eso. (...) Mi mamá era dirigente del ‘Vaso de Leche’¹²⁸... también un tiempo participó en un partido de izquierda... los dos [también su padre]. Entonces, quizás por eso [ella se interesó en la política]. Pasé casi toda mi infancia... incluso estuvo en San Marcos en la época del conflicto armado. Yo estaba acá desde los dos años, tres años. [E: ¿Ellos estudiaron acá?] Mi papá estudió Derecho acá en San Marcos, y mi mamá estuvo ayudando a [una ONG] acá en Letras... ella me traía porque no tenía con quién dejarme. (...) Por eso no lo vi como nada distinto [el participar en política]. Yo era como que ‘ahora que lo he visto tanto, quiero saber realmente cómo funciona’, cuando ya estaba mayor. (Mariana, Letras).

Mis familiares son docentes, casi todos mis tíos son docentes... (...) Viene de ellos [su cercanía a la política]; a mí siempre me interesó... por qué la gente se moviliza, ir con ellos, estar detrás de eso... y más allá de eso, yo no participaba en grupo alguno, pero me interesaba. [E: ¿Y tú sientes que algunas figuras de tu familia han tenido alguna influencia en ti, en relación con la preocupación por los problemas sociales o la participación?] Sí, eso sí, un tío materno y otro tío paterno. Mi tío paterno perteneció a un grupo [ininteligible], se interesaba mucho por lo que estaba pasando en el país; y el tío materno más por el sentido histórico. (Alonso, Ciencias Sociales).

¹²⁸ El “Vaso de Leche” fue un programa social ejecutado bajo la administración municipal de izquierda de A. Barrantes, ex alcalde de Lima (1984-1987).

Sobre la base de estas influencias familiares, o motivados por ellas, algunos de estos jóvenes tuvieron ocasiones e incentivos adicionales para afianzar su apego a la política. Mariana, por ejemplo, durante su adolescencia participó como voluntaria en un grupo juvenil de una ONG en tareas de promoción de la ciudadanía y educación electoral, donde a través de sus compañeros encontró nuevos estímulos que propiciaron en ella un interés aún mayor por los problemas nacionales: “Venía, por ejemplo, un francés que estaba muy informado de lo que pasaba acá [en el Perú], y eso a mi me interesaba. (...) él hablaba con total naturalidad sobre lo que pasa, y yo: ‘¡qué vergüenza!’ [el no estar tan informada como él]. Eso me llamó a interesarme más”. Una vez en la Universidad, ella rápidamente se convierte en delegada de su aula, va escalando y ocupando diversos puestos de representación gremial, más adelante se afilia a un partido nacional con presencia en San Marcos y paralelamente lidera la organización de un grupo académico dedicado al estudio de temas de género.

Alonso, por su parte, refiere que durante su etapa escolar se preparó en oratoria, formó parte de un club ecológico y luego fue elegido por sus compañeros como representante: “tenía mucha participación en el colegio, había municipios escolares y yo era el alcalde”. Además de la orientación de izquierda muy presente en su familia, tuvo en el colegio nuevas influencias de profesores que asumían esta misma tendencia (incluyendo a militantes políticos, algunos de posiciones radicales), y en ese contexto comienza a leer tempranamente libros de autores peruanos de orientación socialista, como César Vallejo, José María Arguedas y José Carlos Mariátegui, y luego también de Karl Marx, definiéndose así en él una fuerte identidad de izquierda marxista desde ese momento. Poco después, antes de ingresar a la Universidad, Alonso se integra a una pequeña organización política juvenil de izquierda, y luego, ya dentro de San Marcos, participa activamente en procesos de organización gremial y logra ubicarse como secretario general del centro de estudiantes de su carrera.

De otro lado, Joaquín tuvo también una cierta participación política en el colegio durante la secundaria, pero lo que pudo aprender en ese ámbito, en relación con la política, dista mucho de lo que llegó a asimilar en su hogar, donde además de las visiones de sus padres tenía acceso a una amplia bibliografía sobre historia, literatura y realidad peruanas (de autores como J. M. Arguedas, Ciro Alegría, J. C. Mariátegui, entre otros), y también sobre socialismo y marxismo: “Siempre en mi hogar ha habido mucha literatura de distintas experiencias del socialismo realmente existente. Me gustaba investigar sobre lo que había sido Cuba, la Unión Soviética, China... mucho me interesó las diferencias que tuvieron, entonces revisaba incluso las revistas de ‘China Hoy’, ‘Albania al Día’, todo eso”. Cuando ingresó a la Universidad, Joaquín se integró primero a un círculo de estudios marxistas que fue la base de un frente político estudiantil; después participó en la formación de un grupo activista en temas de etnicidad y ecología, mientras que en simultáneo realizaba un intenso activismo político y gremial, interviniendo en la conformación de un frente político de oposición al rector y los operadores políticos del sistema clientelar. Paralelamente, participó también en política fuera de la Universidad como militante de una

organización de izquierda (junto a sus padres) y alcanzó posiciones destacadas en procesos políticos a nivel local y nacional, como dos elecciones municipales en Lima y luego un gran movimiento social juvenil aparecido en esta misma ciudad.¹²⁹

En estos y otros pocos casos similares encontré que la voluntad por la participación política permanecía constante a lo largo del tiempo a pesar de las variadas situaciones (analizadas en el capítulo anterior) que en otros jóvenes debilitan y desalientan la participación.

Vemos que Joaquín, Mariana y Alonso tienen en común un fuerte antecedente familiar favorecedor de la vocación política, y que otros elementos de sus biografías aparecen más como “refuerzos” de esa inclinación (escuela, voluntariado, lecturas). Pero en sus historias hay otros dos factores adicionales compartidos también en todos los casos. Uno de ellos es que los tres llegaron a alcanzar posiciones destacadas en los proyectos políticos en los que se involucraron; y el otro es que no solo se posicionaron allí sino que también la actividad política significó para ellos la obtención de diversos éxitos o “recompensas”. Alonso, antes de ser “alcalde” estudiantil en su escuela secundaria, había ganado algunos concursos de oratoria y ensayo, y su club de ecología obtuvo una premiación en un concurso latinoamericano. Él refiere además que, durante su gestión en el municipio escolar, él y sus colaboradores consiguieron algunas mejoras en los servicios del colegio. En la Universidad, antes de ser representante gremial, había liderado exitosamente la organización de un evento académico estudiantil de alcance nacional.

Mariana, por su parte, fue también representante gremial en la Universidad, pero en niveles más altos que el alcanzado por Alonso. Desde esas posiciones ella pudo gestionar algunos “beneficios” para sus compañeros, sobre todo en cuestiones como la organización de eventos y la obtención de financiamiento para diversas iniciativas académicas estudiantiles. Y la experiencia de Joaquín es aún más exitosa, pues más allá de haber participado en un frente político estudiantil que logró ganarle en elecciones a los operadores del sistema clientelar (alcanzando así un cargo de representante en su facultad), fuera de la Universidad fue también partícipe de procesos políticos en los que varias organizaciones nacionales de izquierda obtuvieron logros notables.

Resumiendo lo visto hasta aquí, tenemos entonces que los mayores niveles de interés en la política, unidos a compromisos activistas más intensos, se presentan principalmente en jóvenes que 1) se socializaron en contextos familiares bastante influidos y definidos la política (con modelos de roles y acceso a discursos políticos y lecturas), 2) alcanzaron posiciones destacadas o muy expectantes en sus propias trayectorias políticas, y 3) tuvieron variados éxitos o recompensas personales o colectivas en sus desempeños políticos. Todos estos elementos ayudan a entender también el que estos jóvenes hayan

¹²⁹ Se trató concretamente de las elecciones municipales del año 2010, cuando un frente de izquierda moderada obtuvo el gobierno de la ciudad de Lima; y luego del movimiento juvenil que a inicios del 2015 consiguió que el gobierno y el parlamento peruanos retrocedieran en su intento por introducir cambios en la legislación laboral, en el sentido de una flexibilización y recorte de derechos a jóvenes de 18 a 24 años.

persistido en una participación política sostenida, constante y creciente a pesar de los problemas que tuvieron que afrontar en sus carreras políticas, “sacrificando” o postergando muchas veces sus asuntos personales. Mariana, por ejemplo, señaló en varias ocasiones que por su actuación como representante recibía duras críticas en su facultad; esto le afectaba emocionalmente, pero aún así continuó en la actividad política. Joaquín, por su parte, habló de las cuestiones personales que debía dejar de lado: “Finalmente el hacer política es optar, es optar por también dar un tiempo más del que tienes, robarle un tiempo a la familia, a la enamorada, al trabajo, al ocio; o sea, yo creo que cualquiera no lo hace; hay que ser muy consciente de a lo que tú te estás involucrando”.

5.2. LA POLÍTICA COMO AVENTURA INDIVIDUAL: BÚSQUEDA DE SENTIDO, IDENTIDAD Y PARTICIPACIÓN

Analicemos ahora un segundo patrón de desenvolvimiento político. Se trata en este caso de jóvenes que tenían en común el haberse interesado mucho en la política y el haber participado en ella, aunque esta participación siguió rumbos variables, pues algunos se mantuvieron en el activismo, aunque con ciertos vaivenes, mientras que otros se involucraron mucho en cierto momento, pero luego fueron dejando de lado la participación, incluso abandonándola a veces. En estas historias, la familia puede estar o no presente como influencia alentadora de vocaciones políticas; y aún cuando lo está, no aparece ejerciendo el rol determinante que apreciamos en los casos anteriores. El interés en la política surge entre estos jóvenes en diversos momentos de sus vidas, y en este fenómeno intervienen tanto sus propias actitudes y rasgos de personalidad como también algunos eventos y contextos biográficos, incluyendo el propio ingreso a la Universidad, mientras que otros factores tienen un rol más bien coadyuvante o secundario.

Análisis de los casos

Veamos a continuación los casos de Adriana, Gonzalo, Paulo, Fabián y Pedro. Un elemento común a todos ellos es que el nacimiento del interés en la política viene asociado a incertidumbres y búsquedas personales de sentido, que aparecen aquí como una suerte de núcleo básico a partir del cual comienzan a surgir y luego se reafirman las voluntades de acción colectiva. Esto ocurre a veces muy tempranamente y otras veces de forma tardía.

En la biografía de Adriana (Ciencias Sociales, representante estudiantil), por ejemplo, hallamos muy precozmente una constante búsqueda de explicaciones, que en su memoria se remonta a cuando aprendió a leer: “Ahhh, ‘Paco Yunque’, me acuerdo que lo leí cuando tenía cinco años... sí me hizo llorar mucho; y yo decía ‘¿pero por qué?’”. El cuento *Paco Yunque*, escrito por César Vallejo en 1931, narra la historia de un niño pobre que en la escuela es maltratado y humillado por su origen indígena. Adriana asociaba sus impresiones en torno a esa lectura con diferencias sociales en sus antecedentes familiares, pues mientras que su padre provenía de una “familia acomodada” de una importante ciudad andina, su

madre, en cambio, procedía de una familia campesina de una zona rural y pobre, también de los Andes. Aquella lectura y esta constatación de las diferencias sociales en su hogar marcarían en ella el inicio de una preocupación por las desigualdades sociales a lo largo de su vida. Luego, siendo aún una niña, ella y su familia se mudan de un distrito limeño tradicional, céntrico y de clase media a una zona de la ciudad ocupada sobre todo por migrantes provincianos, lo cual le generó nuevos cuestionamientos: “por la forma del barrio, la gente que está ahí... yo decía: ‘¿por qué las casas son diferentes allá [en el distrito donde vivía], y acá la gente vive en casas de *triplay* o esteras?’ (...) Esas pequeñas cosas uno las va guardando en la memoria: ‘¿pero por qué...?’, todo eso”. Estos recuerdos son del año 2000, cuando ella tenía unos siete años de edad. Era un momento agitado en la política peruana por el auge del movimiento social contra A. Fujimori y la caída de su régimen, hechos que, transmitidos por los medios de comunicación, igualmente le generaban más y más preguntas, ante lo cual no dejaba de prestar atención a las interpretaciones de sus padres:

Desde chiquita, con mi familia... en la mesa siempre había quejas, y a mi papá también le gusta ver mucho los noticieros; entonces yo me pregunto ‘¿pero qué es esto?’ Me acuerdo de la figura de Fujimori, que salió en el 2000. Entonces –se preguntaba– ‘¿qué es todo esto?’ (...) y más las conversaciones que ‘todos son corruptos’. (...) Luego ves las marchas de ‘Los Cuatro Suyos’ y te dicen ‘sí, se están tumbando a la corrupción’; entonces siempre queda en la memoria.

La actitud de Adriana se asemeja a las que podemos apreciar en Pedro y Fabián, quienes también desde niños se hacían cuestionamientos que los llevaron a interesarse por la política. Pedro (Ciencias Sociales), nacido en Lima e hijo de padres migrantes de primera y segunda generación, nos cuenta que en su familia no se hablaba de política. Sin embargo, él desde muy chico y por su cuenta trataba de informarse de lo que ocurría más allá de su entorno inmediato, leyendo las noticias y otras fuentes que tenía a la mano, a pesar de que –según señala– en su hogar tampoco lo incentivaban a leer. Al hablar de esto refiere que su interés en la política fue siempre en él algo muy personal, y agrega que durante su infancia y adolescencia sentía una suerte de desconcierto ante la complejidad, el “caos” y la incertidumbre, que lo motivaban a buscar explicaciones y respuestas para encontrarle un “orden” al mundo que lo rodeaba, todo lo cual lo fue acercando a la política.

Por su parte, Fabián (Ciencias Sociales), al examinar cómo nació su interés en la política, no pasó por alto el hecho de que entre sus hermanos no haya surgido esa inclinación, y esto lo hizo enfocarse en las dudas que se le presentaban en su niñez:

No entiendo cuál habrá sido un factor diferente, pero de mis hermanos soy el único –somos tres hermanos– que *me interesé por cuestionarme ciertas cosas* (no tan a fondo porque [eso fue] antes del colegio), pero hacerme preguntas...: que por qué debo obedecer a mis padres, por qué debo pensar las cosas de manera religiosa, por qué debo asistir a tales fiestas, por qué debo acompañarlos...

En estos jóvenes la incertidumbre se presenta entonces movilizando la búsqueda personal de explicaciones, que luego favorece dos formas de asimilación de ideas, sentidos e identificaciones políticas: de modo pasivo, pero haciéndolos especialmente receptivos ante ciertas influencias políticas del entorno, o activamente, cuando ellos tratan de aproximarse a espacios sociales o a fuentes de información que les

ofrecen discursos políticos. Es posible reconocer estos dos procesos en la historia de Gonzalo (ex activista político estudiantil y luego animador de un grupo académico). En su caso, varios elementos contribuyen a la consolidación del interés en la política y a la formación de una identidad de izquierda (lecturas, pares, medios y el contexto político e histórico), mientras que otro factor, la familia, parece estar asociado más a una cierta forma de entender y practicar la política.

Durante parte de su infancia y adolescencia, Gonzalo vivió con su familia en una ciudad de Ayacucho. De esa época refiere que en su hogar había una apertura hacia el tratamiento de temas políticos: “desde siempre mi padre ha estado interesado en la política... siempre habían discursos en la casa sobre el tema... [y] tú tenías que participar necesariamente dando tu visión”. En otro momento menciona que su madre participaba en la política local. Pero a diferencia de otros casos, en éste no hallamos una clara tendencia ideológica en el ámbito familiar. Al respecto, él describe una orientación más bien pragmática: “era... ¿cómo te diría?... bien práctico, bien momentáneo: podían estar a favor de uno o del otro, dependiendo de sus intereses. (...) En realidad lo que había era bastante practicismo, o sea, lo que te convenía, ‘qué bueno’... algo así”. Pero al hablar de cómo surgió su conexión con el mundo de la política, nos dice que su interés inicial estuvo influido no tanto por su familia, sino por sus propias lecturas en la niñez y adolescencia, en lo que podemos ver en él un rol más activo: “Mi primera aproximación fue a través de libros (...) por ejemplo como el de Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral*, donde narra cómo fue su vida política. Yo pensé que San Marcos era así, como que entrar al mundo de la política te abarca toda la vida, ¿no?, y que de alguna forma te envuelve”. Desde entonces, además de irse formando imágenes sobre San Marcos, su acercamiento a la política asume la forma de una doble búsqueda: la de una identidad que le otorgue un marco y un sentido a su interés, y la de un mecanismo para concretar sus anhelos de realización personal. En lo primero fue relativamente fácil que comenzara esta ruta adoptando una orientación de izquierda debido al “ambiente” político del lugar donde creció, reflejado por ejemplo en discursos mediáticos regionales:

En Ayacucho siempre está el discurso de Sendero Luminoso por ahí... es como una presencia en el aire (...) Aparte que en las radios siempre hay un comentarista que es de izquierda... hablan de Marx, Lenin, entonces como que tú *vas absorbiendo eso del ambiente* y tienes una visión muy primigenia, muy chiquita de lo que puede ser la política, y tú mismo *te vas generando una identidad poco a poco*. Tenía nociones [sobre política], pero no estaban bien construidas. Eran como figuritas que uno tiene, unas ideas así muy a la ligera. De hecho, hasta yo mismo llegaba a considerarme de izquierda.

En esta última cita apreciamos en este joven una recepción de mensajes del contexto, que confluye con su interés en ellos. Pero no se trata solo de una asimilación pasiva, pues en esos tiempos Gonzalo se acercó y se integró luego a un grupo juvenil de formación política ligado a un programa social cubano, espacio que describe como “radical”:

Buscando me llegué a enterar de que había un grupo de debate de jóvenes de secundaria, en Ayacucho, sobre política. ¡Y había un par de senderistas! ¡Qué bravo! (...) Estaban las Casas de las Américas; ahí en Ayacucho había una. (...) Había varias personas que estaban vinculadas a ese tema, a lo de Cuba... decían que iban a ofrecer becas para que se vayan allí a estudiar. Yo también, interesado, *por eso* fui. (...) A mí me

decían que era aprista, porque yo no era así tan radicalón, pues. Y yo que me creía radicalón, pero esos... de hecho tenían el discurso de la lucha armada y toda esa *huevada*.

Mientras se adhería a las ideas de izquierda, Gonzalo simultáneamente iba “buscando” algo más que solo la realización de ideales de cambio social. Es aquí donde podemos identificar el segundo aspecto de su búsqueda –la política como vía de superación personal–, pues también, o quizás principalmente, quería encontrar oportunidades de desarrollo individual (becas de estudio, “por eso fui”). Es más o menos la misma época en la que “por un afán de explorar” se involucra en el colegio en la política estudiantil, intentando alcanzar un cargo de representación, aunque sin éxito: “traté de postularme dos veces [para alcalde escolar], y claro: nunca me eligieron. Ja, ja, ja. (...) Siempre que estaba ahí, yo me encargaba de organizar a la gente”.

En la historia de Adriana vemos un proceso similar de formación de una identidad política. En su caso los intereses e incertidumbres de su infancia encuentran (en su familia, los medios de comunicación y las lecturas) terrenos e influencias que van moldeando en ella una tendencia de izquierda. También hay aquí una recepción pasiva de mensajes y una exploración activa. Al buscarle sentido a los hechos de su entorno y a sus tribulaciones personales, Adriana va tomando conciencia de la orientación política de su padre y además va prestando atención a las actitudes y discursos que circulaban en su hogar acerca de los hechos políticos:

Mi papá es un admirador de [Juan] Velasco¹³⁰... siempre es un lector de periódicos, en la mesa siempre había algún momento para comentar acerca de la política nacional, pero no a un nivel de... ‘sí, hay que hacer algo contra esto’, sino... como suele ser cualquier ciudadano de a pié, que reconoce que hay problemas, que ‘el país no progresa, hay problemas de corrupción’, temas así.

En su adolescencia, por un hermano mayor, Adriana tuvo acceso a diversas lecturas, incluyendo textos socialistas que le dan “otra mirada” de las cosas: “yo creo que mi hermano también es otro elemento... también le interesa [la política], es un tanto crítico, pero era *Hare Krishna*”.¹³¹ Un libro con el que se identificó especialmente en esa época es *Demian*, de Hermann Hesse (escrito en 1919), la historia de un niño que, luego de vivir en un “mundo de ensueño”, va destruyendo sus antiguos paradigmas y ampliando su visión del mundo. Mientras tanto, en el colegio su búsqueda de explicaciones evolucionó de un interés inicial por la Filosofía a una definición por las Ciencias Sociales cuando se acercaba el momento de postular a la Universidad:

Si bien en la secundaria no participé en organizaciones de política, eran las lecturas: mi hermano en un tiempo vendía libros y tenía algunos textos que eran socialistas, así. Entonces de cuándo en cuándo [yo] cogía un libro y podía revisarlos... creo que también fueron puntos a favor... *los libros te dan otra mirada, otra que no puedes encontrar en la vida real*. Ese fue un elemento también para que yo dijese ‘ah, en realidad me gustan las letras’; entonces fui a buscar una carrera, no sabía si Literatura, si Filosofía, porque en el colegio *me gustaba mucho Filosofía*; entonces ‘ya pues, una carrera de sociales’.

¹³⁰ General Juan Velasco, ex presidente y militar de izquierda. Véase el acápite “La revolución desde arriba” en el capítulo de contextualización histórica.

¹³¹ *Hare Krishna* es un movimiento religioso orientalista basado en el hinduismo.

Al ir perfilando su interés simultáneo por las Ciencias Sociales y la política, Adriana accedió por medio de sus profesores de secundaria a imágenes sobre la vida política en San Marcos: “me imaginaba que había como ágoras: la gente hablando, debatiendo, hablando sobre política”.

Resulta muy significativo apreciar cómo, a pesar de las diferencias en los antecedentes familiares y los ámbitos de socialización de estos jóvenes, el proceso que conduce a la adopción de una identidad política es en ellos muy similar en lo que respecta a la lógica básica consistente en una búsqueda de sentido que propicia el interés en la política, seguida del encuentro de ese interés con determinados espacios, influencias y mensajes políticos, y la identificación con una tendencia. Es lo que ocurre también con Pedro y Fabián. Ambos hallaron en el arte y la música contraculturales los elementos que definieron sus identificaciones con la izquierda. Pedro, por ejemplo, nos cuenta que en su adolescencia escuchaba música *punk*, especialmente de intérpretes peruanos, y que le atraían las letras de canciones que emitían mensajes de crítica social relacionadas con los problemas del país y el sistema político.¹³² Esto lo llevó a frecuentar el mundo “subterráneo” del Centro de Lima, y a adscribirse a la “ética” *punk* y la visión *anarcopunk*, acercándose así a la literatura anarquista y a un discurso más elaborado sobre la libertad individual y la lucha “contra la opresión del poder”. Paralelamente, en el colegio, su rechazo a la autoridad y a las normas impuestas lo movían a tratar de “boicotearlas” y a “dar la contraria a todo”. Estas experiencias de Pedro son muy semejantes a las vividas por Fabián:

Yo creo que parte de la juventud y de la adolescencia busca *encontrar esas respuestas* [a las dudas existenciales] en algunas prácticas, ¿no? Tuve una banda de rock, de tercero a quinto de secundaria... tocábamos *punk* (...) Paralelamente a eso fui muy cercano a los colectivos anarquistas de Quilca [en el Centro de Lima], participaba de las iniciativas antitaurinas, acompañaba a algunos plantones en favor de los obreros de [un sindicato textil]. *Trataba de encontrar*, yo creo –mirándome ya en el paso del tiempo– alguna forma en la cual podríamos aportar a hacer algo distinto, a un cambio ¿no?, como horizonte. (...) *Para mí todo ingresa por la música*. Era primero oponerme: empecé con el rock alternativo... alguien me pasó un CD de una banda nacional, *LeuSemia*,¹³³ escuché (...) me di cuenta que había unas cosas constantes, que eran renegar de una Lima violenta, de un país que no te ofrecía ninguna expectativa; entonces empecé a acercarme a una música más de protesta... a la música anarquista... y luego de eso –como la vitrina más cercana es [el jirón] Quilca– a leer volantes, panfletos, folletos, hasta llegar a bibliografía ya específica (...) empecé a leer por ejemplo a Bakunin, a [¿Torop?], a Kropotkin, pero me compraba, pues, manuales de manuales... y uno que otro libro del mismo autor... y a pesar de que... seguramente muy poco entendía, *encontraba ya como un nicho con el cual me identificaba, empezaba a cuestionar*, [era] una herramienta por la cual sustentar mis deseos de cambio.

Fabián había crecido en Ayacucho en una época muy agitada por la violencia política, que vivió muy de cerca por tener, por un lado, a familiares ligados al ámbito policial y militar, y de otra parte a parientes militantes o simpatizantes de izquierda y del aprismo, incluyendo a personas que murieron a causa de la guerra: “mi familia... estuvo dividida durante el conflicto... por ideas políticas; tuve familia que se enlistó en el Ejército, pero también familia que era muy cercana, no a Sendero, pero sí a frentes estudiantiles que de alguna manera eran cercanos a Sendero, al FER ‘Antifascista’”. Por temas de

¹³² Pedro menciona específicamente al grupo *Narcosis*, que en 1985 produjo el disco “Primera dosis”, con canciones como “Represión”, “Destruir” (“para volver a construir...”), “Sucio policía”, “Hemicirco” (sobre el Parlamento), entre otras.

¹³³ *LeuSemia*, una famosa banda peruana de rock subterráneo, produjo desde los años ochenta canciones de protesta como “Al colegio no voy más”, “El asesino de la ilusión” (sobre Alan García y su primer gobierno) y “No hay futuro”.

seguridad sus padres y él tuvieron que mudarse más de una vez: “vivir asustados, atemorizados, nos obligó a salir”. Es así que llegó a estudiar en Lima en un colegio vinculado con la Policía Nacional. Pero aún con esos antecedentes, él señala que su interés por la política no estuvo motivado por aquellas experiencias sino principalmente por su inmersión en el mundo *punk* y anarquista. En el colegio formó parte de un grupo estudiantil contestatario, “un pequeño núcleo de protesta” que denunciaba “irregularidades” y actos de “corrupción de los profesores”.

En todas estas historias vemos un acercamiento gradual y creciente a la política, que ocurre paulatinamente a lo largo de varios años. Pero en la experiencia de Paulo (Ciencias Sociales), que muestro a continuación, se da en cambio un proceso muy rápido y tardío, aunque la lógica básica es esencialmente la misma: deslumbramiento ante nuevas realidades sociales y políticas, incertidumbres y búsqueda de explicaciones y adopción de una identidad política en un entorno favorable a ello. Paulo se interesó en la política solo después de haber ingresado a San Marcos y motivado por el ambiente político de la propia Universidad. Él señala que antes de eso no le había prestado atención a la política: “Antes de la Universidad era bastante *alpinchista* con estas cosas... no me interesaban, y como que me abrumaban también... lo veía como algo lejano”. Y asocia también esa antigua actitud suya hacia la política con el contexto de su hogar: “Mi familia es así como medio clasemediera, entonces nunca tuvimos muchas necesidades... de hecho sí, pero no fueron a un extremo que nos pusieran a problematizar a partir de mi realidad”. También nos dice que en ese entorno social más acomodado, que él califica como “conservador”, circulaban imágenes negativas sobre San Marcos: “Era lo típico que los papás de mis amigos dijeran ‘oye, pero ten cuidado, allí hay terroristas, allí estuvo Sendero’. (...) Eso yo lo tomaba como un poco exagerado”. El ingreso a San Marcos significó para Paulo una serie de cambios en sus visiones y actitudes personales, pues conoció un mundo nuevo que simultáneamente despertaba su curiosidad e interés por la política y una toma de “conciencia”:

Fue más en la Universidad que comencé a tomar más conciencia sobre distintos asuntos, a tener más sensibilidad; y también por la misma dinámica de la Universidad... [que] era así, políticamente bastante activa. (...) Era un entorno que justamente te llamaba... además de estudiar una carrera de sociales, que ya de por sí te acerca a problematizar estos temas, ver también el mismo contexto, la movida de la Universidad, acerca de las reivindicaciones estudiantiles. Eso me fue jalando.

Antes de esta experiencia, Paulo no se reconocía en alguna tendencia política, o más bien creía ser de “centro”: “[Era] de centro... no me definía muy de izquierda ni muy de derecha, ni siquiera tenía [eso] muy claro”. Pero ya en la Universidad, junto a su creciente interés en la política, fue asumiendo una identidad de izquierda.

En todos estos casos, el interés en la política se traduce en formas de participación o al menos expresiones de protesta durante o después del momento en que estos jóvenes asimilan una identidad política. Gonzalo, Pedro y Fabián intervienen en la política estudiantil en la secundaria, mientras que Adriana y Paulo lo hacen en la Universidad. Antes de ingresar a San Marcos, Fabián y Pedro se acercaron, coincidentemente, a un mismo partido de izquierda. Pedro menciona que en ese entonces lo

decepcionaban e indignaban los actores políticos del *establishment*, que –desde su mirada– dejaban de lado sus valores, convicciones y moral. Sus deseos de simultáneamente aprender y “hacer algo” lo llevaron a asistir a algunos eventos proselitistas y de formación de aquel partido, donde tiene una primera aproximación a la teoría marxista, en la cual encuentra una visión que, comparada con el anarquismo, le parecía más abarcativa y sofisticada en sus conceptos y poder explicativo, una teoría que –frente al “caos” que percibía antes– le hablaba de “leyes”, le ofrecía certidumbres y le permitía leer el mundo desde nuevas categorías: “superestructura”, “modo de producción”, “plusvalía”, “clase”, etcétera. Este aprendizaje continuó luego en una academia pre-universitaria donde –según él– los profesores le daban una versión simplificada y “esquemática” del marxismo en las clases de Filosofía e Historia. Poco después, ya en la Universidad, comienza a tomar distancia del partido con el que simpatizó inicialmente para poder explorar otras oportunidades de participación. Entonces forma junto a unos compañeros un grupo de estudios marxistas y va conociendo el mundo político universitario: “Para mi era un campo político la Universidad (...) y también fue un lugar para aprender de manera sofisticada algo que sentía que era muy vago”. Pero esta inmersión lo conduce a un “desencanto” generalizado, no solo con las organizaciones de izquierda sino con el marxismo, la participación política, la enseñanza recibida y hasta la misma Universidad:

Yo fui curioso, tenía apertura, y sí leía otras cosas más allá del marxismo, lo cual también era por mi idea de ser un buen alumno, mi ética era ser un buen alumno, hacer bien mis tareas y cosas por el estilo. (...) Terminas al final reflexionando: ‘*Putá*, el marxismo no es la única teoría ni la mejor teoría, sino es una entre otras, con virtudes y defectos’. (...) Si eso era en términos teóricos, en términos prácticos era que el marxismo, así como la facultad en general, estaban envilecidos por la mediocridad. (...) O sea, si la facu estaba envilecida por gente mediocre en distintos niveles, docentes, alumnos, la gente de los círculos marxistas también estaba envilecida por ello. Entonces, en términos de una práctica no tan militante, sino de estar con estos grupos, de compartir espacios y tiempo, me desencantó. (...) Me afligía estar con gente tan mediocre. (...) Entonces me decepcionó el militante sanmarquino, el ‘joven rojo’ de San Marcos, en cuestiones prácticas; y en términos de discursos, *puta*, su discurso siempre fue retórico, así como cualquiera, pero en términos teóricos, *en mi aventura personal*, me desencanté del marxismo.

Estas decepciones fueron en Pedro tan profundas que llegó a dejar la Universidad por un tiempo: “me fui en una angustia”. No encontró una vía satisfactoria de participación política, y además su estructura de explicaciones “se vino abajo”. Después volvió a San Marcos y se dedicó de lleno a sus estudios, y ya al finalizar la carrera se unió a un grupo académico enfocado en la promoción de las Ciencias Sociales, donde participaba activamente para cuando lo entrevisté. Y aunque dejó de lado el activismo partidario, siguió interesado en la política y mantenía cierta cercanía con el mundo de los partidos de izquierda, pero fuera de la Universidad y sin comprometerse en la militancia.

El tránsito biográfico, ideológico y político que llevó a Pedro del ambiente contestatario *punk* al anarquismo, luego al marxismo, y de ahí al deseo de participar políticamente y a una decepción posterior, es esencialmente la misma ruta que atravesó Fabián:

Ingresé a la universidad en un punto en el que estaba desencantado del anarquismo. (...) Había llegado a mis manos la ‘Contribución a la crítica de la economía política’ de Marx; entonces *para mí fue como un resplandor* esa idea de ‘estructura-superestructura’, que Bakunin no planteaba; lo suyo era un ataque directo

al Estado. Entonces, entender un cambio a partir de las relaciones sociales de producción y todo eso... para mí fue un destello distinto. [E: Un descubrimiento.] Como un descubrimiento... meses antes de ingresar a la Universidad. Entonces yo ahí siento un nuevo impulso por hacer política, pero ya sentía las ganas de hacer algo más avezado ¿no?, ya militar en un partido fuerte, que tenga un discurso bien marcado a partir del marxismo (de lo poco que había leído de Marx, en realidad había leído documentos sueltos). Entonces ingreso a San Marcos y formo parte de [un partido comunista].

Fabián veía también a San Marcos como un espacio para desplegar sus inquietudes políticas: “Mi ingreso a la Universidad estuvo motivado por una cuestión política profunda”. Le interesaba sumarse a una organización “sólida”, importándole menos las diferencias en los discursos de distintos grupos marxistas. Acudió entonces a un evento de un antiguo partido nacional de izquierda con presencia en la Universidad, se acercó a los promotores y recibió una invitación para asistir a “talleres de formación política”: “lo bueno es que no se leía manuales, se leía al mismo Lenin, al mismo Che, al mismo Marx”. Es así que se incorpora al ala de “juventudes” de ese partido, donde percibe esa solidez institucional que buscaba: “lo que me gustó fue la capacidad que tenían de organizarse, mucho más amplia, de mayor alcance”; y donde encuentra además un sentido de pertenencia: “sentía que me llamaban, que me buscaban, que me querían involucrar; o sea, yo me sentía de una manera empoderado”. De este modo comenzó a participar en esa organización y en la política gremial universitaria. No obstante, al cabo de un año ocurren dos hechos que lo llevan a alejarse de aquel partido. Primero, una conversación con un pariente, egresado sanmarquino y militante de izquierda en los años setenta, acerca de los sacrificios personales derivados del compromiso activista:

Primero [mi tío] me habló pues de cosas que yo ya sabía, que había leído: la caída de la Unión Soviética, la Guerra Fría, el problema en Cuba, la dictadura en China, pero yo hacía oídos sordos... esos argumentos no me significaron mucho. Lo que me significó más fue la descompensación que había entre entrega, trabajo y ‘efecto rebote’. Él me dijo: ‘Bajo esta bandera política tú vas a tener que dar mucho. Si verdaderamente lo quieres, si vas a ser un militante activo sumamente comprometido, vas a tener que dar mucho pero vas a encontrar muy poco resultado, porque en realidad no vas a cambiar las cosas... puedes en algún momento agitar con algún grupo, rodearte de gente que te apoye, que te dé la razón, pero cambios reales no los vas a tener; ni a nivel político ni a nivel personal vas a tener resultados, porque te va a retrasar... no vas a gozar de tener siquiera bienes básicos de subsistencia si es que te metes de lleno a eso’. Él me habrá visto ya que estaba con un pie en la guerrilla [risas], pero (...) en ese momento me sacó de casillas ese argumento.

En segundo lugar, en esa misma época Fabián advierte manejos oscuros en su partido (desde arbitrariedades, manipulación de elecciones y otras prácticas cuestionables hasta corruptelas), ante lo cual no obtenía respuestas satisfactorias cuando les pedía explicaciones a sus compañeros de militancia: “no me sabían responder... me daban respuestas esquivas, inexactas, algunas justificando... o simplemente como que ‘ah, ya, bueno...’, me mandaban por un tacho y querían cambiar de tema”. Frente a esto, decide alejarse del partido sintiendo que lo habían “utilizado” y más que decepcionado: “yo me sentí asqueado”. Abandona esa agrupación y también la política universitaria, pero “sí creía todavía en la izquierda”. Entonces apoya a un frente de izquierda que competía en elecciones municipales, aunque sin militar en alguna organización. Esto significó para él un triunfo inicial, pues el frente ganó esas elecciones, pero luego también una nueva decepción y finalmente el desmoronamiento de lo que quedaba de su identidad izquierdista: “la gestión fue una lágrima. (...) Allí, en todo este panorama de desencanto de la gestión

municipal, recordaba las cosas que me decía mi tío (...) entonces me di cuenta que la izquierda ya para mí no representaba pues nada”.

Esta desilusión de Fabián con la izquierda marchó paralela a otro proceso en el plano ideológico. En la Universidad tuvo ocasión de conocer diferentes enfoques teóricos de Ciencias Sociales (Weber, liberalismo, Escuela de Frankfurt, etc.) que fueron socavando sus convicciones marxistas ortodoxas: “Pasé de marxista-leninista a socialdemócrata... creyendo en las elecciones y que iban a resolver algo, pero eso fue acompañado también de lectura de ciencia social. (...) Y ya para cuarto año y quinto, ya pues, ya tengo otra mirada distinta... y sí, me considero liberal”. Del marxismo y de su trayectoria pasada, él rescata dos cosas: la idea de cambio y la necesidad de actuar de manera organizada. Es en esta época que se integra a un partido nacional que se podría categorizar como de “centro” (y con alas liberales y de izquierda), pero a diferencia de la “esperanza” que lo llevó a iniciar su militancia en la izquierda, en esta ocasión tenía una actitud “pesimista”: “ingreso también con ya la idea de liberal, con una idea pesimista, porque creo que es el mal menor de todos los partidos... de los que pueden acoger a un liberal”. Además de esta nueva apuesta de participación, que fue también decayendo con el tiempo –por lo que percibí en él meses después de la entrevista-, Fabián comenzó a participar muy activamente en un grupo dedicado a la crítica social a través la sátira cultural y política en un medio de comunicación virtual, y también en una organización académica sanmarquina enfocada en estudios políticos.

Como podemos observar, Fabián y Pedro llegaron a la política casi del mismo modo, pero sus trayectorias de participación siguieron rumbos divergentes, aunque hacia el final coinciden en que no logran realizar sus deseos de “hacer algo” en el campo político y ambos terminan volcándose al terreno de la producción académica, pero no individualmente sino en organizaciones. Este último derrotero es mucho más evidente en el caso de Gonzalo.

Habiéndose formado ya una identidad de izquierda, Gonzalo se acerca a un grupo universitario marxista que conoció al llegar a Lima, cuando se preparaba en una academia para postular a San Marcos: “estaban repartiendo volantes; me acerco y les digo ‘oye, yo estoy interesado en esto; ¿cómo hago para poder unirme?’”. En su relato sobre ese acercamiento, él refiere que aquello se dio no tanto porque buscara realizar ideales de cambio social, sino porque trataba de insertarse en un espacio que le permitiera avanzar en sus proyectos de superación personal:

Era algo que sí me llamaba la atención [la participación política], desde luego, porque siempre he tenido una visión ya... bastante personal, bastante voluntariosa de mí mismo. [E: ¿Cómo así?] No sé si voluntariosa, narcisista, lo que quieras, pero *siempre he querido estar al centro de los procesos*, o al menos de los espacios donde estoy me gustaría estar involucrado... en una posición dirigente.

Esta perspectiva de realización personal aparece como una constante en toda su trayectoria política. De hecho, el mismo Gonzalo lo reconoce más de una vez: “siempre ha sido una voluntad propia”. Él buscaba apoyarse en algún colectivo para lograr esa realización: “estaba interesado en este grupo porque siempre es necesario ser parte de algo; yo quería ‘ser parte de’...”. Pero sobre todo, pretendía alcanzar sus metas sobre la base de sus propios méritos, intentando destacar a través del estudio y el

trabajo intelectual. Sea como fuere, sus visiones meritocrática y de superación individual entraron en contradicción con su identidad política al involucrarse en aquel grupo estudiantil de izquierda, cuando apenas había ingresado a la Universidad. Gonzalo llevó allí la idea de promover una publicación periódica sobre temas políticos y de realidad nacional: “Desde que tengo uso de razón he querido escribir y aprender a escribir bien; entonces les digo a ellos para poder hacer una revista”. Pero nos dice que los miembros de ese grupo rechazaron su proyecto de publicación: “me dijeron que no... ‘ya tenemos una’, y me mostraron un panfleto”. En realidad esperaban que él asumiera algunas tareas de organización política que no le entusiasaban mucho. Y en esos días, cuando en el grupo le preguntaron por sus expectativas a futuro, él manifestó que apuntaba a hacer carrera en un determinado organismo estatal, ante lo cual –según su relato– le dijeron que no podría llegar ahí porque no tenía “apellido”. Estas situaciones significaron para él una inmediata decepción y ruptura con ese grupo: “en ese momento la corté; o sea, nunca más volví... nunca más”. El conflicto se debía sobre todo a dos cosas. Por un lado, se llevó de aquella organización una pésima imagen en lo académico, no solo por la negativa que recibió respecto a su proyecto editorial sino también por carencias que fue notando entre los integrantes de la agrupación: “estos *patas* no leían nada (...) era gente que no le interesaba lo académico”. Y de otra parte, lo sublevó especialmente el que menospreciaran sus anhelos a futuro (por aquello de carecer de “apellido”):

Y encima todavía era gente que te trataba de cortar... Uno llega, pues, con sus sueños, ¿no? Que me vengan a cortar así ¡pal, de una... y yo digo: ‘ni cagando vengo más para acá’. O sea, mis perspectivas personales valían mierda, ¡y no, pues!, todo el mundo viene con sus perspectivas personales, y para ellos tener perspectivas personales era tener ‘intereses’, y tener intereses es malo para ellos.

Tales episodios marcaron el inicio de su alejamiento de la izquierda en general: “yo hasta ese momento me consideraba de izquierda”. Y tanto ese distanciamiento como la imagen de pobreza intelectual en la izquierda sanmarquina se fueron acrecentando mientras más se adentraba en el mundo político universitario: “Poco a poco, conforme me fui metiendo en la Universidad, me doy cuenta que todos estos grupos de izquierda ¡son realmente mediocres!, o sea, académicamente”. Más adelante, él juzgaría además a estos grupos como inconsecuentes y “corruptos” al ver cómo algunos de ellos se comprometían en arreglos oscuros con autoridades de la Universidad.

Gonzalo se acercó luego a un grupo político de su facultad que él señala como de “derecha”, llevándoles su idea de lanzar una publicación, pero sin éxito. Poco después, otros activistas lo convocan para participar en unas elecciones gremiales, que terminó perdiendo. Entonces se definió por una vía autónoma: “Yo mismo dije ‘yo quiero mi propio proyecto’...”. Empezó así una iniciativa que fue en principio una apuesta política por mejoras académicas, uniéndose primero a un pequeño grupo que se había organizado para exigir calidad educativa, y pasando a liderar esa agrupación. Allí desarrolló lo que él califica como un “activismo duro”, esta vez al margen de posicionamientos de “derecha” o de “izquierda”: “Denunciábamos con nombre y apellido todo: ‘corrupto tal, corrupto dos, corrupto tres’, y todos venían en *manchón* [en grupo] a gritar... casi me pegan una vez (...) yo me paraba y decía

‘¡Compañeros: esto no puede ser...!’” Este proyecto se fue haciendo cada vez más radical, en un proceso que duró dos años y en el que Gonzalo y sus compañeros conocieron sucesivos fracasos. Debido a esto, y por una sensación de impotencia y desmoralización, finalmente deciden abandonar todo intento por cambiar el orden: “Hubo una decepción general entre nosotros; no pudimos conseguir... ¡nada, absolutamente nada!”

Pero lejos de disgregarse, los miembros del grupo reorganizaron sus voluntades de acción colectiva en torno a la antigua iniciativa de Gonzalo de crear una revista académica: “así comenzó, de un fracaso político. [E: Fue como una sublimación.] Sí, una sublimación, poco a poco hasta que terminó en un proyecto *chévere*. (...) De no ser por esta sublimación en la revista hubiéramos terminado *hasta el pincho* [muy mal], todos”. Bajo su conducción, este proyecto creció, se diversificó y alcanzó importantes éxitos, incluso más allá del país: “Varios de los artículos que trabajamos comenzaban a ser citados y nos escribían, ‘oye, qué *bacán* tu artículo”. Y el propio grupo suplió de este modo las carencias de la oferta educativa universitaria, obteniendo bibliografía que no encontraban en su facultad, formándose por su cuenta, publicando sus trabajos y vinculándose además con referentes académicos del Perú y otras partes del mundo: “Para nosotros la escuela fue la revista. (...) Comenzamos a conseguir como un comité consultivo, los invitamos para que nos den conferencias, en metodología, eran buenos docentes, *PhD* en London... *PhD* en La Sorbona... a través de la revista”. En esta nueva apuesta, Gonzalo y sus compañeros “aprendieron” que el éxito pasaba por alejarse de la política, que no solo no podía ser el camino, sino que era además un obstáculo:

Yo puse una regla: nada de política. (...) porque además hay gente que no comparte mi visión: hay una chica que es roja, hay uno que es un *facho* liberal, hay otro *pata* que es pro fujimorista, hay un *caviar* [de izquierda ‘criolla’, moderada] (...) Es un grupo plural, y entre todos nos soportamos... porque hay un sentido de comunidad más grande que las diferencias personales. Además, yo creo que hay un beneficio colectivo más grande que la diferencia personal.

En esta historia podemos reconocer un progresivo acercamiento a la política y un posterior desencanto, aunque se mantienen firmes la vocación por el activismo (primero en la política y luego en un colectivo académico), el interés por los problemas universitarios y nacionales, y también una orientación pragmática complementaria del deseo de superación personal, que aparece como replicando aquella actitud de “bastante practicismo” que Gonzalo identificaba en su entorno familiar durante su infancia, y que termina adoptando y reconociendo en él mismo: “Ahora, después de toda esta experiencia que pasó en la Universidad, soy un tipo bien práctico; no me esperanzo con nada, de verdad, con nada. Donde pueda conseguir un beneficio, ahí estoy”. Salvo por esto último –la mirada pragmática y voluntarista–, su experiencia política es similar a las de Fabián y Pedro, especialmente en lo concerniente al desencanto, el declive de la identidad política, el alejamiento de la participación institucional y la reorientación del impulso de acción colectiva hacia proyectos académicos-temáticos.

Un rumbo algo distinto siguieron las vidas de Adriana y Paulo. En ellos permanecen la identidad de izquierda y también la participación política, aunque con fluctuaciones en este aspecto. En el caso de

Adriana, su interés en la política y su apego a la izquierda, formados en ella tempranamente, se fueron acentuando aún más cuando conoció en la academia pre-universitaria a otros jóvenes que compartían su visión y con quienes, al ingresar a la Universidad, decide participar políticamente en este medio: “decidimos tener un proyecto: ‘queremos hacer política en la San Marcos’...”. Es entonces que juntos exploran el panorama político universitario (que los decepciona), organizan un “taller” o grupo de estudio para leer y discutir textos marxistas y de historia y realidad nacionales, y conforman una nueva agrupación política con la cual ella alcanza, mediante elecciones, el cargo de secretaria general del centro de estudiantes de su carrera. Desde ese punto, Adriana atravesaría una etapa de rápido e intenso aprendizaje: lecturas sociológicas e independientes, estrategias políticas y gremiales y participación en acciones dentro y fuera de la Universidad. En todo este proceso, mantuvo una permanente preocupación por las inequidades sociales (visible ya en su niñez), que ella coloca como el problema nacional más importante. Al acercarse el momento de egresar de los estudios, evaluaba la posibilidad de ingresar a un partido nacional de izquierda. Sin embargo, para cuando la entrevisté decía que el activismo la había “agotado” y “estresado”, y que debido a eso tenía en mente dejar de lado la participación por un tiempo, o al menos continuar pero “con otro perfil” menos demandante. Y aún en este punto, Adriana seguía mostrando una actitud cuestionadora del mundo (que veíamos desde su infancia), preguntándose por ejemplo –y preguntándome en la entrevista- por qué sus compañeros se alejan de la participación política, por qué surgen tantas nuevas organizaciones que luego decaen y desaparecen, entre otras cosas.

En la vida de Paulo, esa misma búsqueda de sentido (que motivó su apego a la política y a la izquierda solo después de ingresar a San Marcos), sirvió también de base a su deseo de actuar políticamente en la Universidad: “Me animé, me metí a esto, porque era una experiencia nueva para mí... (...) era bastante novedoso ver cómo se manejan los grupos, los gremios; eso me despertó *curiosidad* y más ganas de conocer, y así me fui involucrando”. Paulo, impresionado por las “intensas” dinámicas políticas universitarias, comenzó su inmersión en este mundo apoyando inicialmente reivindicaciones que no lo tocaban directamente (protestas relacionadas con la Residencia Universitaria, o luchas sindicales fuera de San Marcos): “[Iba a las marchas] más de curioso... que con una idea de equidad, pero [quería] entrar acá a hacer algo”. De esta forma, mientras va notando algunas carencias en el servicio educativo, se aproxima al gremio estudiantil de su carrera buscando saber más de esos problemas y colaborar para “lograr alguna mejora académica”. Entonces sus compañeros lo eligen como representante ante su centro de estudiantes. De esa época recuerda especialmente su rápido aprendizaje de los temas organizativos y gremiales, y las disputas políticas con grupos de sectores maoístas y radicales y otros vinculados con el sistema clientelar.

Pero además del trabajo gremial estudiantil, simultáneamente Paulo se interesó también por el tema de los derechos sexuales, un asunto que lo motivaba personalmente por su propia orientación sexual, la cual solo se atrevió a revelar a otros una vez que ingresó a San Marcos: “Yo soy gay, y más o

menos... *salí del clóset* a la par que cuando estaba ingresando a la Universidad”. En ese sentido, la Universidad fue para él un entorno de libertad y apertura en el que podía mostrarse frente a los demás sin ocultar sus preferencias sexuales y también vincularse con compañeros que compartían sus experiencias y problemas. Así conoce a otros jóvenes gay, con quienes forma una nueva agrupación universitaria “LGTB”, que en un inicio era solo una suerte de espacio comunitario, “más de hacer amigos”, pero que luego va adoptando un perfil cada vez más político, con articulaciones más allá de la Universidad, en lo que él ve como un “proceso de maduración teórica y política” a nivel grupal. Su participación en estos colectivos y redes fue acentuándose, mientras que en su vida ocurrían otros dos procesos paralelos. Por un lado, poco a poco se fue apartando de la labor gremial en el terreno estudiantil, básicamente por agotamiento: “Éramos pocos, y siendo pocos nos tocaba hacer mucho (...) comienzo a alejarme un poco de la organización estudiantil... porque me genera cansancio, también desgaste. Ahí fue que comienzo a participar más en [la organización LGTB]”.¹³⁴ Y por otra parte, por invitación de otros compañeros, empieza a participar en una organización política de izquierda que operaba dentro y fuera de San Marcos con una perspectiva de cambio social a mayor escala.

Examen comparativo

En todos los casos analizados en esta sección la política aparece como una aventura y apuesta personal. Significativamente, estos jóvenes tienen en sus relaciones con la política al menos tres cosas en común, a pesar de las múltiples diferencias que presentan en sus biografías: 1) un fuerte y constante interés en la política, que en todos los casos se origina por eventos, situaciones y contextos que motivan en ellos *incertidumbres, preguntas y búsquedas individuales de explicaciones* (resolver los porqués, “curiosidad”, deseo de “conocer”, “afán de explorar”); 2) la adopción de una identidad política que se va formando en determinados ámbitos donde tienen acceso a mensajes y referentes que les ofrecen *respuestas e interpretaciones* para sus dudas (discursos políticos de familiares, grupos de pares, arte/música, libros y teorías, grupos políticos), especialmente en ciertas coyunturas biográficas e históricas (caída de Fujimori, ingreso a San Marcos, etc.); y 3) la inserción en entornos sociales que les ofrecen *oportunidades para desplegar sus intereses, identidades y voluntades de acción* bajo distintas formas de participación política (organizaciones y gremios estudiantiles en el colegio y la Universidad, partidos nacionales y colectivos enfocados en ciertos temas: crítica cultural desde el arte, asociaciones académicas y agrupaciones dedicadas al activismo en agendas sectoriales).

En este último aspecto, el de la participación política, podemos identificar algunas diferencias y similitudes entre las biografías de estos jóvenes y las de aquellos que examiné en la sección previa. Los principales elementos en común entre unos y otros son: un interés bastante alto en la política, una

¹³⁴ El “cansancio” y la falta de apoyo aparecen aquí como resultado de la fragilidad institucional de la organización gremial, que a su vez son una manifestación de las tendencias hacia la desmovilización política que analicé en el capítulo anterior.

identidad política bien definida (al menos en cierto momento, en el segundo grupo) y algún nivel de proximidad o involucramiento con los canales formales de la política institucional. Otro rasgo compartido es el de la participación organizada en colectivos restringidos a determinadas agendas temáticas (ecología, etnicidad, género, diversidad sexual, crítica social desde el arte o asuntos académicos) antes, durante o después la inserción en la política institucional.

Pero por otro lado, en lo que respecta a las diferencias, vemos en este segundo patrón identificado un conjunto de factores que lo distinguen del primero. En principio, aparece más atenuado el rol del antecedente familiar, que se presenta más como un factor contextual que puede alentar la identificación política (Adriana), prefigurar actitudes (Gonzalo) o incluso no intervenir (Paulo y Pedro), antes que como promotor directo del interés en la política.

Luego, resalta más la *voluntad* personal de estos jóvenes por ingresar al activismo (reflejo de personalidades inquisitivas y búsquedas de sentido), a veces a contracorriente en ambientes familiares “apolíticos” (Pedro y Paulo), y con una función más destacada de otros contextos y factores en la asimilación de la identidad política (lecturas, grupos de pares, Universidad, etc.). También observamos aquí fluctuaciones, declives y hasta renunciaciones en las trayectorias de participación de estos sujetos, que por lo general no alcanzaron posiciones tan altas como las que llegaron a ocupar sus pares “herederos” de una tradición política más intensa, ni tampoco obtuvieron los éxitos o recompensas que estos últimos sí lograron.¹³⁵

Si vinculamos las biografías con las experiencias del medio universitario, encontramos también en el segundo grupo una mayor vulnerabilidad frente a diversos elementos sociales y estructurales desmovilizadores del campo político sanmarquino (la fragilidad organizacional que genera el agotamiento de Adriana y Paulo, o las decepciones de Gonzalo, Fabián y Pedro), aunque esto no significa un total alejamiento de la participación, sino tan solo pausas, cambios de “perfil” (Adriana) o reformulación de horizontes (Paulo) que pueden seguir rutas bastante alejadas de las apuestas originarias (Gonzalo y Fabián). En esto último especialmente, entran en juego cuestiones asociadas con la voluntad y los valores personales, sobre todo en los abandonos de la participación institucional y la opción por el activismo en agendas temáticas (aspectos que discutiré más adelante).

A grandes rasgos, y salvo por algunas excepciones, los casos analizados en este apartado y en el anterior (así como los de otros jóvenes entrevistados y observados que mostraban perfiles similares) pueden ser tomados como representativos del 15% de estudiantes que en la encuesta del año 2012 manifestaban haber participado en organizaciones políticas en San Marcos (9% de hombres y 6% de mujeres; casi la mitad en Ciencias Sociales y Letras y el resto en otras áreas).¹³⁶

¹³⁵ Para Gonzalo, las recompensas y éxitos aparecieron solo después de que abandonara la política institucional.

¹³⁶ El cuestionario consultaba sobre la participación en esas organizaciones solo durante los 12 meses previos a la encuesta. Es muy posible que el porcentaje sea más alto si se considerara un periodo más amplio.

5.3. LAS APUESTAS POR VÍAS ALTERNATIVAS: CRÍTICA SOCIAL, AGENDAS TEMÁTICAS Y CAUSAS EFÍMERAS

En esta sección tenemos las experiencias de jóvenes en los que el interés en la política entra en contradicción con las vías institucionales disponibles para intervenir en ella. Aquí los compromisos se dirigen entonces a otros espacios o formas de acción colectiva. En estos casos, dicho interés abarca un amplio rango en sus niveles de intensidad. Están, por un lado, quienes tienen en sus antecedentes una fuerte “herencia” familiar de participación y sienten una gran atracción por la política; y por otro lado, quienes se aproximaron a ella individualmente o tienen un menor apego a ese mundo. Se trata de personas que o bien se acercaron a la política y se alinearon con una tendencia tempranamente en sus vidas, o que lo hicieron solo luego de ingresar a la Universidad. Pero en todos los casos, estamos ante jóvenes que tienen en común el mantener una cierta distancia con respecto a las instituciones del sistema político, y el mostrar formas de participación que discurren fundamentalmente por canales alternativos.

Análisis de los casos

Para mostrar esta tercera pauta de relación con la política examino las historias de varios estudiantes de Ciencias Sociales: Martín, Ramiro, Rolando, Viviana, Amanda y Ricardo. Los tres primeros comparten la característica de haber tenido referentes políticos en sus familias. Martín, por ejemplo, al hablar de cómo surgió su interés en la política, resalta la influencia de su abuelo, un ex militante de un partido comunista: “es una cuestión formativa, de casa. (...) Sobre todo con mi abuelo... que sí me ha dado un tipo de formación política”. En su familia le hablaban de política, le sugerían unas lecturas y leía otras a veces por propia iniciativa, no solo de izquierda (clásicos marxistas y Mariátegui) sino de diversos temas de historia y realidad nacional. Así fue madurando en él una postura crítica, que desplegaba en espacios como el colegio: “Incluso en el colegio he sido un chico rebelde. (...) Despreciaba también el colegio; decía que no me brindaba nada... y en realidad no la pasaba tan bien”.

En su adolescencia, Martín se interesó por la coyuntura política del país, en la época en que llegaba a su fin el régimen de Fujimori. De esto hablaba con su abuelo y se informaba además por la prensa, al punto que llegó a sumarse individualmente a las manifestaciones de protesta contra el gobierno. No obstante, él refiere que en esos años no participó en organizaciones políticas o de otro tipo, pero no por falta de interés, sino porque mantenía una actitud escéptica frente a tales grupos: “Siempre te tientan, ¿no?, que [le decían] ‘participa, vente acá’; pero siempre he sido de la idea de primero ver, ver el panorama, cómo son los del grupo, conocer”. Esa actitud lo llevaba a tomar distancia de propuestas políticas en las que percibía manipulaciones, engaños e intenciones ocultas, por ejemplo en la academia pre-universitaria: “Algunos profesores los llevaban [a los alumnos]... en realidad eran personas que estaban ligadas a Sendero Luminoso. (...) te llevaban para el Frente [una organización de postulantes, que era] un terreno de pequeña formación ‘para...’. Puede derivar en una cosa o en otra, ¿no?”

Para entonces, Martín tenía ya decidido estudiar una carrera ligada al mundo de la política: “Me gusta la política -dije-, entonces voy a estudiar Derecho’. Lo asociaba mucho...”. Sin embargo, en la Universidad mantuvo esa mirada de escepticismo sobre las organizaciones políticas. Buscó algún proyecto de izquierda al cual sumarse, y a pesar de que varias veces lo invitaron a participar en organizaciones, nunca se integró a alguna, debido a múltiples carencias y problemas que encontraba en ellas: “inconsecuencia” y predominio del “pragmatismo” por sobre los principios, radicalismo y posturas “cerradas”, pobreza intelectual, “corrupción”, fragilidad y fragmentación, entre otros. En cierta ocasión apoyó momentáneamente a un grupo que competía para ocupar cargos de representación gremial, pero sin formar parte de él. Aún así, él considera que sí ha tenido una participación política en la Universidad:

Mi intención al entrar a la universidad fue hacer una buena vida académica, pero sin desligar la vida política; y yo lo he hecho (...) considero que tengo una participación política, pero más que nada siempre opinando, molestando, diciendo ‘oye, acá las cosas no son tan claras’... o ‘hay que buscar la unidad’, porque yo soy pro unidad, siempre voy a querer que haya unidad en los sectores de izquierda...

Por otro lado, Martín se asoció con algunos compañeros para organizar un “taller” de estudios y luego impulsar desde allí una visión crítica del Derecho a través de una revista académica, en la que volcó intensamente sus esfuerzos, encontrando satisfacciones, logros y reconocimiento:

Cuando yo fui coordinador general del taller salió la revista (...) con una intención académica, pero también política, porque la idea política era contraponerse a las ideas... (...) de una perspectiva liberal y neoclásica. (...) [La revista] surgía de nuestros propios recursos... sin que ganemos ni un sol. (...) [E: Y tú, en el grupo... y la revista, has encontrado -me imagino- satisfacciones por las actividades, los logros.] ¡Claro!, para nosotros la revista ha sido lo máximo... para mí ha sido lo máximo. Me acuerdo que... hubo un año en que la tuvimos que postergar... y de verdad que yo prácticamente estaba destrozado... yo hasta de impotencia lloré, porque quería que salga la revista, pero no salió. Tuvimos que sacarla al otro año... Y siempre cuando salía la revista, mucha gente decía ‘qué bien, que hayan sacado la revista estos chicos’. (...) Sobre todo queríamos que llegara a provincias, a todas las universidades, la regalábamos para que vaya a su biblioteca y para que alguien la lea. Estábamos contentos si *uno* la leía; y en realidad es una revista de un excelente nivel... y también con eso queríamos dar un espacio a gente que tenía posiciones críticas...

Luego de terminar la carrera, Martín viajó a Europa para continuar sus estudios por un tiempo. Al volver al Perú, trabajó en algunas agencias estatales y regresó a San Marcos para estudiar Ciencias Sociales; pero también, fuera de la Universidad, buscó activamente integrarse en un frente político conformado por varios partidos, decepcionándose por la exclusión que experimentó allí:

He tratado de incorporarme al Frente Amplio de Izquierda. Digamos que en esa medida ha cambiado mi postura, en el sentido de que cada vez creo menos en los partidos de la izquierda, cada vez me siento más decepcionado... (...) Siempre he tratado de mantener una afinidad con la izquierda, y cuando voy a la izquierda (...) voy y siento que... hay mucha *argolla*, mucha... me siento demasiado marginado.

Cuando habla de “argolla”, Martín se refiere a que en ese entorno, en las dinámicas internas de trabajo y organización, las oportunidades para destacar y ascender estaban reservadas para quienes mantenían relaciones personales y amicales con los más altos dirigentes políticos, mientras que a él no lo tomaban en cuenta, aún cuando trataba de participar y aportar en diversos temas y tareas, apoyado en sus capacidades, experiencia y conocimientos. Entonces, muy pronto se desilusiona y se aparta de dicho espacio: “Yo le tengo mucho cariño al pensamiento [de izquierda], pero no a la organización, porque internamente la organización está muy mal. Y creo que no soy el único... hay mucha gente que se ha

desilusionado, como en mi caso”. Mantiene su apego a la izquierda, pero no ve en el panorama un partido bien organizado y “estructurado”, que se maneje con criterios meritocráticos y que en su accionar sea consecuente con los ideales que él asocia con esta tendencia: “Si así viera un partido en la izquierda, yo estuviera militando hace mucho tiempo... pero como no existe, entonces ando divagando”.

Martín quedó entonces en una suerte de orfandad política, no solo por la inexistencia de un partido que calce con sus ideales, sino también por el declive del espacio académico que ayudó a construir en la Universidad. Cuando, al volver al país, trató de reintegrarse a ese grupo, lo encontró manejado por “operadores políticos” que lo habían “instrumentalizado” para sus intereses: “Bajo nivel académico, no han sacado la revista, ya no es un semillero. La gente ya no quiere ir porque dice ‘no, el taller es de este grupo’ (...) entonces yo decidí renunciar”. Desde entonces, comenzó a considerar un horizonte alternativo para proyectar una visión crítica, como la docencia, la labor editorial y la comunicación social:

[I: Y si no es a través de partidos, organizaciones... [para] generar algún cambio... ¿de qué otro modo se podría...?] *La docencia*. (...) Hasta yo siento que a veces me gustaría poder tener un capital y *hacer una editorial*, producir cosas interesantes... y teniendo un tipo de organización; yo pienso: ¿por qué no juntarse así un grupo de gente que tenga dinero?, así, *pucha*, ¡ya! un *medio de comunicación* (...) y de ahí ya puedes dar otra visión... porque [tener] un medio de comunicación es tener bastante poder... *eso cambia conciencias*. Y siempre he tenido esa perspectiva, de tratar de hacer algo... si no puede ser en un partido, tener la docencia, organizando gente para que sepa, para que critique...

Esta opción por la docencia es la misma a la que arribó Ramiro, también luego de un acercamiento fallido a la política partidaria dentro y fuera de la Universidad, pero con la diferencia de que este último proviene de una experiencia social, familiar y cultural muy distinta. Ramiro se crió en una comunidad campesina de los Andes, en tierras que habían sido recuperadas por la comunidad en luchas políticas protagonizadas por sus padres y otros comuneros en los años sesenta. Él desde muy chico, trabajando en el campo, percibió y vivió las desigualdades entre los medios rural/quechua/andino y el urbano/criollo/costeño. En sus memorias sobre cómo se interesó por la política aparecen múltiples influencias: la imagen de su padre, quien ocupaba cargos comunitarios y a quien acompañaba a sus asambleas y en la lectura, cada semana, de un diario nacional de centro-izquierda (“yo le leía... y hablábamos, discutíamos, sobre Fujimori, Montesinos... sobre los senderistas”); luego sus juegos de niñez, cuando con sus primos y amigos recreaba la guerra entre Chile y Perú, reemplazando después a los contendientes con “cumpas” (senderistas) y militares; imágenes de “Sinchis” (policías antisubversivos) deteniendo a campesinos vecinos suyos en el contexto de la violencia política; dos jóvenes universitarios (uno de ellos sanmarquino) que en la comunidad eran activistas políticos de izquierda (“como adolescente tenía una tremenda admiración a ellos”); y un profesor de su escuela secundaria que emitía discursos políticos críticos y quien fue perseguido acusado de ser “senderista” y “terrorista”. De este último, en particular, nos dice que ejerció una fuerte influencia en él y que le “marcó la vida”, avivando su curiosidad por conocer los problemas del país y por saber sobre Sendero Luminoso, un interés que además venía surgiendo en él al escuchar conversaciones sobre asuntos políticos en su hogar. De hecho, señala también que ese profesor reivindicaba la figura de Abimael Guzmán y lo presentaba un “luchador social”:

En las cenas hablábamos... yo lo escuchaba a mi hermano –que tenía 18 años- hablar a mi papá y a otros tíos [baja la voz]: ‘Los *cumpas* son buenos, vienen a hacer justicia: matan a los que roban, a los que *sacan la vuelta* [son infieles] a su mujer, les golpean a ellos, están trayendo tranquilidad...’. Yo escuchaba eso, *chibolo* pues. Y un día vino... un pariente de acá de Lima –ya era profesional-, y recuerdo clarito que mi papá le pregunta a ella: ‘¿Qué es lo que quieren los senderistas?’, y entonces ella... soltó: ‘Ellos quieren la destrucción de todo el país y construir después de nuevo un país’. Entonces era la idea. Yo decía: ‘*Pucha*, pero si mis padres dicen eso, que son buenos... matan a los que roban, ahora ella, ¿por qué dice eso?’, ¿no? Era un mundo. Por esa razón preguntaba a mis profes (...) ‘¿Quiénes son ellos?’... recuerdo a mi profesor... le digo: ‘Profé, ¿quién es Abimael?’, y él me decía: ‘¿Tú sabes quién es Túpac Amaru?’;¹³⁷ de acá a 200, 300 años, nuestros bisnietos o nietos van a tomarle solamente a Abimael Guzmán como a Túpac Amaru, como un luchador social’. (...) Entonces esa cosa se me metía a la cabeza, y decía ‘*Pucha*, ¿cómo será esa nota?’. Con esas ideas vine a Lima pues, quería conocer...

Ramiro llega entonces a Lima ya con un fuerte interés en la política y una identidad de izquierda, que en ese momento tenía una forma muy básica, de adhesión a lo “popular”: “un apego más al pueblo... porque, bueno, soy hijo de campesinos, ¿no?, y sé cómo es la vida de ellos, digamos, he pasado...”. Con el apoyo de su familia, y por recomendación de un profesor sanmarquino, se matricula en una academia pre-universitaria conocida por su orientación de izquierda. Allí vive una experiencia que para él fue como “descubrir la pólvora”: “los profes radicales, con un discurso de ‘pueblo’, de ‘clases’, revolucionario, de transformar la sociedad. Comencé a recordar a mi profe [del colegio]... Y –pensaba- ‘qué *bacán*... algún día vendré a dictar clase y yo también haré así, y formaremos quizás un partido algún día’, ¿no? Cosas de mi locura”. En este ambiente se desarrolla su “apego a la izquierda”, nutriéndose con ideas políticas algo más elaboradas e identificándose con el maoísmo: “Nos hablaban sobre la Revolución China, de Mao Tse Tung: ‘ahí están los campesinos...’; entonces yo sentía allí... ¿que cosa?: que también yo soy hijo de campesinos pues, ¿no?” Así va madurando su deseo de integrarse al “partido” (Sendero Luminoso).

Poco después ingresa a San Marcos. En este espacio accede a lecturas marxistas, tanto en las clases como por iniciativa propia, pero también encuentra un panorama político que le parece insatisfactorio, especialmente por las carencias que notaba en las dirigencias de izquierda: “de los que querían defender al pueblo, si vamos a su discurso, su arenga, no iban a clases: problema académico”. En cierta ocasión apoyó a un grupo docente en unas elecciones, pero muy rápidamente se alejó luego de percibir allí una mirada limeña “despectiva” y de desdén por el mundo popular. A esto se suma un sentimiento de inseguridad por su origen campesino: “era un tipo bien callado: pocos amigos... tenía miedo a hablar y que salga mi *mote* [acento andino] y que alguien se matara de la risa”. Estando en la Universidad decide volver a la academia, esta vez para trabajar como docente de Ciencias Sociales: “¿Por qué me animo a ingresar a la academia? Son dos razones: una es lógicamente [lo] económico, porque yo ya no tenía cómo costear mis estudios (...); y segundo era, pues, encontrar el partido allí”.

En este punto comienza la “decepción” de Ramiro con lo que él pensaba que sería el “partido”. Empieza a notar actitudes y prácticas que le parecían cuestionables en quienes él creía que serían los

¹³⁷ Túpac Amaru II, o José Gabriel Condorcanqui (1738 - 1781), fue un cacique y caudillo indígena que lideró la “Gran Rebelión” desarrollada en los virreinos del Perú y del Río de la Plata de 1780 a 1782. Se convirtió en un ícono popular y de izquierda desde fines de los años sesenta e inicios de los setenta, bajo el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas.

representantes de un proyecto revolucionario (“relaciones amicales, obediencia, no discusión ni polémica”), además de miradas suspicaces y de recelo hacia él (“tú decías algo, un ‘pero’, discrepabas con ellos, ya eras el enemigo... te marginaban”). Pero simultáneamente va moderando también sus posturas primigenias conforme iba asimilando ideas como la “tolerancia”, la apertura al diálogo y la valoración de la crítica, posiblemente por su inserción en el medio universitario y en otros espacios a los que no había accedido antes, así como por la ampliación de sus perspectivas con lecturas más allá del marxismo.

Al igual que Martín, Ramiro “quería formar parte de la transformación de la sociedad desde un partido”. Mantiene su identidad de izquierda, pero al no encontrar canales formales de participación política piensa en la docencia como una forma de contribuir a la difusión de visiones de cambio social:

Donde estamos, podemos cooperar [en] muchas cosas. Yo, como profesor por ejemplo... mi *chamba* es impulsar que los alumnos tengan la mentalidad más abierta, más democrática, tolerante, y la mentalidad de ser crítico en el ambiente que vemos; y el criticar ¿qué cosa es?, no es insultar, ¿no?, sino empezar a reflexionar: ‘si esto está mal, entonces esta debe ser la propuesta’, ¿no?... eso es lo que busco: no darle una ideologización a los alumnos, sino que ellos empiecen a darse cuenta dónde viven, del mundo que los rodea, y a partir de ahí ellos optarán [por] ser demócratas cristianos, comunistas, pueden agarrar las armas, qué se yo...

Cuando Ramiro examina su antigua afinidad por Sendero Luminoso, aflora en su historia una imagen en la que aquello aparece como algo más emotivo y sentimental que razonado. Antes vimos cómo él, por su origen rural, se identificaba con un discurso político maoísta que le daba un lugar al campesinado. No obstante, en esa adhesión intervenía también un deseo de pertenencia colectiva:

He tenido amigos simpatizantes de ese grupo, del partido, de Sendero... y de los que criticaban a ese partido, no tanto. (...) Buscaba siempre ver quién tiene el discurso más favorable, donde yo me pueda sentir bien. Creo que eso es parte de todo ser humano: buscamos siempre dónde estar, el lugar donde nos vamos a sentir mejor. Lo que yo buscaba era ese lugar, y en ese grupo de amigos empecé a encontrar, hallar ese grupo, esa afinidad.

Ramiro participa también apoyando a determinadas causas en manifestaciones políticas y movilizaciones de protesta, pero asistiendo individualmente y no como parte de algún grupo organizado. De hecho, durante la etnografía, me encontré con él en marchas realizadas en Lima e impulsadas por movimientos sociales juveniles que defendían derechos laborales.

Ramiro y Martín tienen en común el haberse socializado bajo influencias que motivaron tempranamente en ellos el interés en la política y una identificación con la izquierda. En estos aspectos se diferencian de Rolando, cuyo caso analizo a continuación. Él, aunque tiene un padre que décadas atrás había sido dirigente en un sindicato de maestros en su región de origen (una localidad costeña del norte del país), señala que no le “inculcaron” en su hogar el interés en la política: “o quizás no lo recuerdo en sí, y si no lo recuerdo es porque debió ser algo insignificante”. En su adolescencia interesaban más la música y algunos ritmos juveniles de moda; pero aún cuando “no estaba articulado a nada” (en un sentido de organización), sí trataba de proyectar una visión contrahegemónica en el arte: “intentaba elaborar mi discurso de por qué el *reggaetón* no es peor que el rock. (...) Con el tiempo te das cuenta que en realidad es un discurso político, de validar en un contexto de lucha...”. Cuando se traslada a Lima para preparar su

postulación a Comunicación Social en San Marcos, el “desarraigo” motiva en él un sentimiento de afinidad por la música de su región (a la que antes no le prestaba mucha atención), mientras que por su trabajo paralelo en algunos medios radiales se conecta también con la música popular de otras partes del país. Estos hechos, y la recomendación de una amiga, lo llevan a elegir una carrera de Ciencias Sociales.

Antes de ingresar a San Marcos, Rolando no se reconocía en alguna tendencia política: “Si me preguntabas... [hubiera dicho]: ‘yo no soy de derecha ni de izquierda, no estoy con ninguno pues’, ¿no?”. E incluso habiendo ya ingresado, tuvo inicialmente una visión “apolítica” y hasta “*facha*” con respecto a las organizaciones estudiantiles: “[Pensaba en ese momento] ‘yo no quiero andar con esta gente porque son unos izquierdistas retrasados que ni siquiera saben dónde están parados’. Una mirada... la del *cachimbo*, pues: ‘no, esta gente... *puta* que pierde el tiempo haciendo esas cosas’...”.

Sin embargo, el ambiente sociocultural y político de la Universidad rápidamente captura su atención: conoce a compañeros de diversas partes del país y tendencias políticas, y a profesores que le presentan nociones nuevas, interesándose así por la política y la realidad nacional. Al recordar esta época, Rolando afirma que su inmersión en la Universidad le ayudó a “ampliar la mirada”, a formarse “perspectivas políticas” y a tomar posición sobre distintos asuntos estudiantiles y nacionales: “terminé tirando al tema político, me terminó apasionando la situación”. Allí encuentra, asimismo, oportunidades para intervenir en los asuntos estudiantiles, mientras que va desarrollándose en él una identidad política: “San Marcos sí cambia mucho mi posición política, tirando por la izquierda”. No obstante, desde un inicio fue percibiendo diversas carencias y limitaciones en varias organizaciones estudiantiles, lo cual lo conduce al “desencanto” (con respecto a esos grupos): programas “caducos” y “detenidos en los setentas”, “clientelismo”, “corrupción” y postergación de los ideales reivindicados en los discursos. Además, mantenía desde el inicio una actitud escéptica frente a estos grupos y aquellos ligados a los operadores políticos, resistiéndose a aceptar sus ofertas para integrarse a sus organizaciones y grupos de estudio:

De alguna u otra manera sentía que ocultaban un montón de cosas... un montón de mañas. (...) Entrás [a San Marcos] como con la alarma activada, la alarma de que alguien, en un punto de tu vida previa a la Universidad, te advierte que van a haber grupos que te van a querer captar para fines políticos oscuros; entonces tú llegas *con la pierna al aire* [a la defensiva, y] cuando de pronto te intentan captar para un grupo de estudio, tú la piensas. De hecho, en esa época todavía estaba fuerte toda la gente de Frente Unido. Cuando yo ingresé, ‘La Mafia’ estaba en el tercio [estudiantil]...

Es así que, “por descarte”, Rolando termina simpatizando con sectores de izquierda moderada que él veía como más “progresistas” y preocupados por el trabajo intelectual: “Me gustaba la idea de esta izquierda *progre*, que podía chambear con el mercado... y demostrar que la acción privada sí podía ir de la mano... y gente izquierdista que produzca literatura, que investigue”. En su facultad apoyó varias iniciativas de estos grupos, pero sin asumir responsabilidades formales, algo que atribuye a que no se consideraba muy apto para un trabajo más comprometido: “sentía que yo era lo suficientemente irresponsable como para quedar mal si me comprometía, porque vincularte a estos grupos era tener que estar siempre en asambleas, en muchas cosas en las que yo sentía que no sería capaz”. No obstante,

paulatinamente fue alejándose también de este sector de izquierda, luego de percibir allí algunos rasgos de “clientelismo” y exclusión a través de “argollas”:

Lo que aprendí con el tiempo en San Marcos es que no hay *un* grupo mafioso. (...) En realidad los papeles de corrupción eran intercambiables por tipos que se vendían como los abanderados de la academia y de la intelectualidad, pero en su momento, cuando tienen el poder en sus manos, reproducen estas prácticas de clientelismo muy barato, o sea: ‘yo te jalo a ti porque tú eres de mi gente’. Yo puedo decir que no es que no haya corrupción, si no que hay una corrupción más *lumpen* que la otra. (...) En el grupo que apoyaba hace un tiempo, que ya no apoyo... –y yo se lo he dicho abiertamente a ellos- de pronto empiezas a sentir que están teniendo el poder y la gente se descontenta de ellos. ¿Por qué? Porque... terminan siendo un grupo clientelar, que solamente trabajan en su entorno y con su entorno (...) y entonces a partir de eso se empiezan a crear lazos de corrupción.

Luego Rolando colaboró brevemente con un partido limeño de izquierda en dos coyunturas electorales, pero en tareas muy “puntuales” y sin militar en la organización. Esta experiencia le dejó una imagen devaluada de aquel partido, donde encontró actitudes de menosprecio respecto al mundo popular y provinciano; por ejemplo, conoció a personas “muy *progres*” que, sin embargo, en sus conversaciones “hablaban así con el mayor asco acerca de los [trabajadores] ambulantes”. Y más que eso, percibió –al igual que Martín en otro partido de similar perfil- formas internas de segregación y exclusión que respondían a “argollas” definidas por criterios de clase social: “Una cuestión bien clasista... lo que no me *cuadraba* [agradaba] de [este partido] era que... los vínculos a partir de clases eran bien marcados”. En todo esto, Rolando identificó algunos paralelos entre los partidos “limeños” de izquierda y los que, relacionados con ellos, actuaban dentro de San Marcos:

En la Municipalidad de Lima se empiezan a articular [algunos activistas sanmarquinos] en ciertos proyectos, esas redes de amigos vinculadas al trabajo político; y de allí te vas dando cuenta que no: ‘¡Aguanta! Ya vi por donde va esta gente’, y te vas dando cuenta que cada día ese grupo se cierra más, entre ellos, más y más. (...) Lo meritocrático no es el tema, no es para nada meritocrático. Y me terminé de desencantar de este grupo.

Rolando ha participado en numerosos procesos políticos y manifestaciones reivindicativas y de protesta, desde universitarias hasta otras de alcance nacional, incluso en labores organizativas, pero casi siempre “apoyando” a título individual y sin entrar en la militancia. Igualmente ha colaborado en muchas iniciativas académicas y culturales, y por un corto tiempo participó en al menos dos grupos de estudio: uno ligado a temas de su carrera, y otro también académico pero que promovía además una agenda de activismo en derechos humanos dentro y fuera de la Universidad.

En esos mismos años, Rolando fue construyendo un proyecto mediático de crítica social y cultural a través del sarcasmo y la sátira política. Comenzó escribiendo notas que circulaban en San Marcos en un formato impreso rudimentario, burlándose de varios actores políticos universitarios, incluyendo a las autoridades, y haciendo mofa también de una serie de estereotipos sociales comunes en este entorno. Precisamente, a raíz de la popularidad que fueron ganando él y su iniciativa es que empezaron a convocarlo a distintos grupos políticos, invitaciones que rechazó una tras otra. El proyecto creció rápidamente: integró a otros jóvenes redactores (la mayoría estudiantes de Ciencias Sociales) y, desde una plataforma en internet y en redes sociales virtuales, se expandió hasta alcanzar a un público de

todo el país, diversificando también sus contenidos, haciendo referencia ya no solo a la Universidad sino también a variados temas nacionales.¹³⁸ Rolando afirma explícitamente que esta apuesta nació de su decepción con la política institucional: “*chibolo* desencantado de la política, pues; dije: ‘quiero hacer una *huevada* así... para burlarme de todo esto’...”. En ese sentido, reconoce en esto una esencia política profunda, “un discurso político” que abarca no solo a las instituciones sino también a los prejuicios y estereotipos que se reproducen en algunos sectores dominantes de las elites intelectuales “limeñas”:

[La iniciativa] le dio voz a muchas cosas que no se decían porque o eran un chisme o no sabían cómo articularlo para que alguien lo tome en serio. Era como que articulaba cosas con tal nivel de sarcasmo... o sea: ‘esta *huevada* suena seria’, esa *huevada* que de broma en broma está diciendo varias verdades... (...) Siempre lo tuve claro. Yo quería visibilizar estereotipos... (...) Tú te das cuenta que hay una violencia tal en la sociología, en los textos, que hablaban acerca de ‘sí, las poblaciones andinas, desfavorecidas...’. ¡Oye!, tú le estás diciendo ‘serrano de mierda’, ‘ignorante’, que no sabe cómo carajos valerse por sí mismo; pero lo camuflan de tal manera que no lo dicen. Era como visibilizar esos estereotipos (...) prejuicios que tienen que ver con racismo, clasismo. Esa onda de que: ‘yo soy el intelectual académico y tú eres el serrano ignorante al que yo estudio, yo te voy a dar la salvación’. (...) [El proyecto] Tiene un discurso político...

Rolando y sus compañeros fueron obteniendo así diversos logros. Más allá del rápido crecimiento de su audiencia, en la vida cotidiana y en sus interacciones con los lectores notaron cómo sus mensajes iban teniendo un cierto “impacto político”, por ejemplo contribuyendo a la deslegitimación de algunos actores (“caviars”, “argollas” y hasta el rector de San Marcos), alentando la discusión pública de varios temas sometidos a la crítica sarcástica, y generando cambios en algunos discursos y prácticas concretas, primero en la Universidad y en luego también fuera de ella.

En otra trayectoria política, la de Ricardo, podemos reconocer también una importante presencia del internet y los medios de comunicación. Él, “desde muy pequeño”, estuvo muy atento a las coyunturas políticas nacionales, de las que se informaba a través de los medios masivos: “Yo siempre estaba pegado leyendo las noticias y todo, interesado en lo que sucedía, sin comprender mucho”. Esto ocurría fuera de cualquier influencia familiar, pues –nos dice– sus padres no tenían interés en los asuntos políticos (su padre es un empresario limeño, y su madre ama de casa, natural de Piura). Ricardo reconoce en él una vocación muy personal por estas cuestiones, que desde un inicio venía unida a un deseo de contraponer sus opiniones y posturas a las que percibía en su entorno, lo cual él mismo concibe como algo motivado por un sentimiento de marginalidad individual:

Era... algo que me nació a mí, no sé por qué; de repente ya podría ser por una cuestión personal, muy personal, porque yo nunca me he sentido muy parte de nada; ni siquiera dentro de mi familia: siempre me he sentido muy ‘al margen de’, entonces de repente puede haber nacido una especie de eso, ¿no? Podría ser. De repente, más bien si toda mi familia fuera izquierdista, yo, por *dar la contra*, me hubiera vuelto más bien de derecha, ¿no?

Es así que hacia fines de los años ochenta e inicios de los noventa se siente atraído por la figura “carismática” de Alberto Fujimori: “se veía un candidato débil... entonces me puse de su parte, comenzaba a leer los periódicos para hacerle el seguimiento”. En esto también se contraponía a las tendencias de su entorno, pues recuerda que en su barrio “la mayoría era pro Fredemo”, la opción “de los ricos”.

¹³⁸ Este medio virtual tenía en Facebook ya más de 100,000 suscriptores hacia fines del 2015.

Poco tiempo después, Ricardo y su familia se incorporan a una iglesia evangélica: “era una iglesia de clase media alta para arriba... y cuando llegaba alguien que no pertenecía a ese sector como que no encajaba muy bien”. Allí se convirtió en un activista y “militante” de la fe cristiana, “una especie de radical evangélico”. Esto significó para él una nueva forma de estar “en contra de la mayoría”, incluso en el colegio: “estaba en un colegio católico, parroquial, y me sentía como que era parte de una Verdad; eso me hacía como una especie de ‘caballero andante’ en contra de la gente que andaba errada, una *vaina* así”. En este espacio escolar nos dice que “no participaba en nada, ni siquiera tenía amigos”, mientras que, de otra parte, ingresaba a un grupo juvenil de la propia iglesia, donde –señala– reinaba una disciplina “cuasimilitar” y un fuerte sentido de comunidad y cohesión interna. Con este grupo realizó actividades “asistencialistas” y de proselitismo religioso en zonas “populares” y “humildes” de Lima.

Durante su adolescencia, Ricardo siguió interesando la política nacional, solo que ahora desde una mirada de “optimismo generalizado”, pues en ese entonces percibía que Fujimori “hacía las cosas muy bien... a todos los opositores los tenía bien controlados”. De ahí que tomara como una “noticia extraordinaria” el “Autogolpe” de Estado de 1992, que él aprobaba y veía como una forma de establecer “orden” y “disciplina” en el país.

Luego de un tiempo se deteriora la situación económica de su familia. Esto le impedía estudiar en una universidad privada de elite, como era su deseo, y tuvo que conformarse con una universidad privada y de clase media menos prestigiosa, donde se matricula en Comunicación Social.¹³⁹ De esa etapa de su vida podemos destacar dos elementos: su paulatino alejamiento de la fe evangélica (que entraba en contradicción con un nuevo ideario más liberal adquirido en la Universidad, y por las prácticas “antidemocráticas” que percibía en los actores políticos evangélicos); y su desencanto con el fujimorismo, motivado por una nueva coyuntura de creciente politización y movilización social anti-dictadura, en la que participa sumándose a marchas estudiantiles de protesta, al tiempo que comienza a asumir una identidad de izquierda. Al respecto, Ricardo atribuye estos cambios –identitario y de actitud frente a Fujimori– a su consumo de informaciones mediáticas:

En esa época ya estábamos desengañados de Fujimori... ya tenía una idea más clara de los deberes y los derechos de un ciudadano, y era más que obvio que Fujimori estaba violentándolos con el tema de la censura a los medios, con los ‘diarios *chicha*’;¹⁴⁰ ya era muy público lo de La Cantuta y Barrios Altos¹⁴¹... Hildebrandt, veía su programa todos los días... y veía también ‘Contrapunto’¹⁴²... (...) para enterarme más de lo que estaba sucediendo en esa época. [E: Entonces, tus ideas políticas estaban también modeladas o informadas por el ambiente mediático...] Sí, de hecho. Yo no he tenido ninguna formación política, ni partidaria, ni nada.

¹³⁹ Estos problemas familiares pueden ser vistos como un reflejo de un proceso mayor en el que las clases medias peruanas se vieron duramente afectadas por las políticas económicas del régimen fujimorista, y que se evidenció también en los liderazgos y la composición del movimiento social antifujimorista de fines de los años noventa (v. Díaz Albertini, 2001). En la sección anterior, Adriana narra también que en la misma época su familia tuvo que mudarse de un distrito céntrico y de clase media a una zona popular de Lima.

¹⁴⁰ Los “diarios *chicha*” eran tabloides financiados por el régimen y empleados para desprestigiar a la oposición política, con participación del Servicio de Inteligencia Nacional.

¹⁴¹ Casos de matanzas de civiles a manos de un destacamento del Ejército Peruano, por los que se condenó a prisión a Fujimori.

¹⁴² Menciona dos programas televisivos que estaban entre los pocos que planteaban una oposición al gobierno.

Pasada esta coyuntura, Ricardo entra a trabajar en algunos medios de prensa, familiarizándose así con temas de “desarrollo económico”. Al mismo tiempo se acerca al marxismo, lo cual aparentemente calzaba con su nueva identidad de izquierda, aunque ambas cosas –marxismo y adhesión a la izquierda– podrían ser leídas también como una nueva forma de contraponerse a las corrientes hegemónicas: “quería tener una visión acerca de eso, porque *todo el mundo* satanizaba a Marx, pero yo quería leerlo para tener mi propia visión (...) por último me dije: ‘ahora voy a ser marxista’, una cosa así...”

En los años que siguieron a esta etapa de su vida, Ricardo empezó a relacionarse con amigos sanmarquinos. De hecho, yo mismo lo conocí en aquella época (a través de un compañero de Antropología), solo que para entonces se había producido ya un nuevo viraje en sus ideas políticas, pues se consideraba abiertamente “neoliberal” (quizás por sus lecturas sobre Economía). En todo caso, es el periodo en el que decide estudiar en San Marcos, primero en Letras y luego en Ciencias Sociales, influido por los discursos sociológicos a los que venía accediendo entre sus pares –incluyéndome–, pero tratando nuevamente de oponerse a las pautas de su entorno:

[E: ¿Y cómo decidiste estudiar Sociología?] Lo que pasa es que... ¿te acuerdas que... habían reuniones en tu casa, donde se hablaban cosas de política y todo? (...) Yo ya tenía bastante acercamiento por los medios a la realidad nacional, etcétera; entonces, el discutir con ustedes... me comenzó a abrir una perspectiva diferente de cómo acercarse a la realidad, y lo contrastaba con lo que aprendíamos en [Letras], que era una cosa que no me llenaba absolutamente; entonces decidí entrar a Sociología *para no hacer lo mismo* de entrar a Antropología, como ustedes. [E: Para ‘dar la contra...’ (risas)].

En Ciencias Sociales, Ricardo encuentra un panorama que le impactó por el nivel de politización: “Para mí era bien *sorprendente* porque yo nunca había visto algo así”. Ante esto, él se mostraba “distante” de la política estudiantil y la veía con cierto desdén, en parte porque la consideraba ineficaz, poco democrática y una “pérdida de tiempo”, y en parte también por lo que él ve como sus propios rasgos de “personalidad”. Esto, sin embargo, no significaba que no apoyara las reivindicaciones de los grupos políticos dentro o fuera de la Universidad (pues refiere que sí podía estar de acuerdo con ellos), sino solo que no se sentía bien participando en protestas o actos públicos, lo cual le generaba –y le sigue generando– una “contradicción” entre, por un lado, “lo correcto”, lo que piensa que se debería hacer (participar políticamente), y por otra parte su ser individual: “Yo tengo esta convicción de qué es lo correcto, y de que lo que se debería hacer es esto, movilizarse, participar, etcétera, pero... no me siento a gusto... cuando estoy en una marcha me siento ridículo... repitiendo consignas, en la misma marcha caminando (...) no va conmigo”.

Si bien Ricardo prefiere no intervenir directamente en política, es muy cercano a varios activistas sanmarquinos de izquierda marxista, con quienes frecuentemente discute sobre la política estudiantil y nacional. Un elemento importante en su trayectoria es que durante su experiencia en San Marcos, y también por haber trabajado en esta época en una ONG ambientalista, fue abandonando su visión “neoliberal”: “He tenido en estos últimos tiempos un acercamiento a las bases de comunidades indígenas. (...) De hecho que el acercamiento con muchas realidades *te abre muchas perspectivas*”. Bajo estas nuevas

influencias, Ricardo pasó a asumir posturas heterodoxas de izquierda, heterodoxas en el sentido de que – oponiéndose a aquellos compañeros marxistas– toma distancia de discursos políticos que parten de la idea de “clase social” (concepto que considera una “entelequia”), y se identifica más bien con reivindicaciones enfocadas en derechos y temas puntuales y más segmentados: medioambientales, de género y derechos sexuales, étnicas, anti-neoliberales, entre otras asociadas con coyunturas políticas específicas, como las electorales por ejemplo. Precisamente, con motivo de unas elecciones municipales en Lima, Ricardo comprometió intensamente su apoyo a una candidatura de izquierda moderada, pero no en las calles o en los equipos de campaña, sino individualmente y en redes sociales virtuales, donde divulgaba información y se enfrascaba en apasionados debates políticos. En esta y otras causas, él considera que puede aportar más de esta forma que de otras, tomando en cuenta además su formación previa en Comunicación Social: “Yo creo que más hago en las redes sociales difundiendo, difundiendo... que yendo a una marcha”. Y muestra también su solidaridad con distintas demandas sociales, tanto en internet como en la vida cotidiana: “Yo respeto y valoro la lucha de los sindicatos; y no solo [eso], sino que me sumo a su lucha, ¿no? (claro, sin marchar, porque yo no marché), los apoyo moralmente, opinando, etcétera”. En cualquier caso, sigue identificándose con la izquierda, aunque no sin enfrentar algunos dilemas: “Yo me ubico como alguien de izquierda, pero como que tengo ciertas contradicciones...”. Con esto se refiere a que a veces le resulta difícil conciliar sus “principios” asociados con los “derechos sociales de la gente” (por ejemplo en el tema indígena) con su visión de que el país necesita un “desarrollo económico”, para lo cual no encuentra una propuesta viable en los discursos de izquierda.

A continuación tenemos el caso de Viviana. Ella, al igual que Ricardo, se crió en un hogar limeño de clase media donde no había una preocupación por la política. Por otro lado, tampoco en la escuela ni en sus grupos de pares recibió influencias relacionadas con este tema, que a ella sí le llamaba la atención. En su biografía, la reflexión en torno a ideas políticas aparece cuando tenía de 15 a 16 años, incentivada por un novio que tuvo en esa época, simpatizante de izquierda: “su papá era de izquierda (...) este chico a veces me recomendaba algunas lecturas; del Che, me acuerdo. (...) ahí, más o menos, empezó mi interés”. Así comienza a leer sobre las revoluciones cubana y china, asuntos que despiertan en ella una simpatía por el socialismo y la historia. En todo esto –nos dice– tomaba distancia de las posiciones que percibía en su familia: “Tenía bastante afinidad con el socialismo... con mi hermano también conversaba y él me decía que era una porquería (...) [E: ¿Y más allá, en tu entorno familiar...?] Uy, no... el socialismo es fatal”. En aquellos tiempos, Viviana no pensaba aún en la participación. Su ánimo por contribuir a “generar un cambio social” se expresó más bien en su decisión de estudiar Ciencias Sociales. Con esas inquietudes llegó a la Universidad, donde encontró un escenario que la impactó en los planos personal e identitario:

[El ingreso a San Marcos] ha sido, hasta el momento, uno de los cambios más significativos en mi vida, en el sentido de que la Universidad para mí, al menos San Marcos, ha representado una especie de libertad más plena, en individualización; también en concretar un poco más mi identidad, no sé si llamarla así, ‘política’... o sea, ha consolidado un poco más mi persona, mi forma de pensar políticamente, socialmente, profesionalmente. Me ha marcado bastante.

En la Universidad se fue definiendo más claramente su interés en la política, que se manifestó por ejemplo en su participación individual en algunas iniciativas estudiantiles de protesta y oposición a las autoridades universitarias (a veces junto a un compañero militante de izquierda, con quien mantuvo una relación sentimental). Sin embargo, muy rápidamente comenzó a decepcionarse de la política formal por distintas razones: la percepción de “anacronismo”, estrechez ideológica y mediocridad en la mayoría de los grupos políticos y sus discursos (“explicar las cosas únicamente en términos de la teoría de clases”; “piensan de forma conspirativa, ¡es alucinante!... y cualquier cosa que no sea de la izquierda –como ellos la conciben– es ‘neoliberalismo’...”); la ineficacia de sus acciones; el “radicalismo” que notaba en ellos; la desconfianza y rechazo que le generaban las prácticas de tales organizaciones (incluyendo el uso discrecional de la violencia); y el persistente ambiente de conflicto y división entre ellas:

Lo curioso es que cuando yo ingresé a la Universidad rompí completamente con todo ese esquema ideal que tenía de cambio social y de afinidad con el socialismo. (...) Y creo que básicamente por la forma del activismo... (...) Yo tenía ciertas expectativas... [pero] comencé a darme cuenta de que la forma en la que hacían la política en la Universidad no llegaba a ningún lado... me parecía que no era la vía adecuada... (...) Esa modalidad de querer hacer militantes a los chicos pero por una vía recontra traidora... como si trataran de engañar a la gente... se te acercan en primer año no por amistad sino por captarte políticamente. Te dan un papelito, luego te invitan a una reunión y luego te siguen hablando de ideología, como una especie de adoctrinamiento indirecto... esa cuestión de no mostrar tus intenciones directamente sino de hacerlo de forma *caleta* [subrepticia], sin que la persona se dé cuenta, me parece un poco traidora. (...) Nunca milité en ninguna agrupación porque no sentí ninguna afinidad... (...) La mayoría de los grupos... tiene un razonamiento casi hasta predecible: son de izquierda, sí, muchos, pero de una izquierda un poco radical, que están afincados todavía en un razonamiento que se ha quedado en los años ochenta. Yo no sé cómo no avanzan en su forma de hacer la política dentro de la Universidad y en su forma de pensar en general. (...) Todos se pelean. O sea... buscan, por ejemplo con el Frente Amplio, hacer una especie de unidad de las izquierdas. No logran hacerlo ni siquiera dentro de la facultad y están esperando hacerlo a nivel nacional, ¡ya, pues!, ¿no? Todos los grupos están completamente divididos, y cuando hay alguna especie de asamblea, entre todos se sacan un ‘trapito sucio’ (...) [Para ellos] la gente era el problema porque no les interesa participar políticamente... Yo no creo que ese sea realmente el problema de la facultad, no creo; más bien, el problema principal son los grupos políticos (...) la forma en que hacen política.

En su acercamiento a la política universitaria, Viviana afrontó problemas adicionales relacionados con sus antecedentes de clase: “Siempre ha habido prejuicios... como que ‘ella es medio burguesita’ o cosas así... lo he percibido y me lo han contado también”. Opta entonces por alejarse de ese mundo de “ataques personales” y “puñales por la espalda”. Conforme va conociendo a más personas y realizando nuevas lecturas, va distanciándose también del socialismo y adoptando una visión “socialdemócrata”.

Paralelamente, Viviana se fue interesando por el feminismo y los estudios de género, en un proceso de reflexión que adquiere sentido en el marco de sus experiencias previas a la Universidad en su familia y con sus pares: “me molestaba mucho cómo a veces me subestimaban. [E: ¿Por ser mujer?]. Y yo lo sentía porque era mujer. (...) y eso me molestaba. Y luego, más tarde, comencé a leer un poco de literatura feminista en la Universidad y empecé a sentir afinidad”. Ella pensó alguna vez en unirse a una agrupación feminista, pero luego abandonó esa idea porque no estaba muy de acuerdo ni con “la forma en que razonaban el feminismo” quienes participaban en estos grupos, pues percibía que “todo lo reducen con el lente del patriarcado”, ni tampoco con el modo “radical” de emprender sus acciones reivindicativas.

Rescata los “aportes académicos” del feminismo, pero le parecen algo estrechas las visiones de las activistas. En esta nueva “desilusión”, ella reconoce algunas similitudes con lo que antes le había ocurrido en su aproximación a la izquierda: “no he querido militar en un partido porque, entre otras cosas, no he sentido afinidad, y creo que es un poco limitar tu actitud crítica; y ahora, específicamente sobre organizaciones sociales o movimientos [feministas] y cosas así, también es un poco lo mismo”.

En otro momento, Viviana y unos compañeros suyos crearon un grupo de estudio de diversos asuntos: género, medioambiente, seguridad, entre otros, con el objetivo de “generar un poco de actitud crítica”. Allí leyeron y organizaron conferencias sobre estos temas, pero la iniciativa no fue duradera, en parte por una suerte de enfriamiento, y en parte también –según ella– por la intervención de unos activistas políticos: “Había un par de chicos... que los invitamos al grupo pero ellos tenían otras intenciones, quizás las de imponer debates políticos, partidarios de sus agrupaciones dentro de la discusión académica; entonces eso generó una especie de división...”.

A pesar de sus decepciones con la política, Viviana ha participado individualmente y en varias ocasiones en manifestaciones políticas de protesta, inicialmente en San Marcos, y luego únicamente fuera de la Universidad, ya sea en marchas promovidas por movimientos sociales enfocados en determinadas agendas o en coyunturas políticas específicas relacionadas con la defensa de la democracia y los derechos civiles, políticos y sociales (de hecho, más de una vez la encontré en movilizaciones de protesta).

La última historia es la de Amanda. Ella tiene algún interés por la política, pero éste es menor si comparamos su caso con los anteriores, hecho que se refleja también en su menor vocación por participar en política. En sus recuerdos, la política aparece en su niñez en los discursos de sus padres, quienes antes de que ella naciera, cuando ambos vivían y trabajaban en la Amazonía (de donde provienen, habiendo trabajado su padre en la extracción maderera), se vieron afectados “en carne propia” por el proceso de violencia política de los años ochenta, viviendo el “abandono del Estado”, sufriendo la pérdida de personas cercanas (“muchos amigos fueron asesinados”) y teniendo que huir ellos mismos del “terrorismo”, pues “los habían amenazado de muerte”. Amanda atribuye a estas experiencias de sus padres el que ellos respaldaran a la figura de Alberto Fujimori luego del fin de la guerra, y también su propia opinión positiva sobre el fujimorismo en su infancia:

En mi familia siempre se ha hablado de temas políticos. (...) Apoyaban al gobierno de Fujimori, y yo me acuerdo de eso desde que era chiquita. (...) Para ellos Fujimori era lo máximo, de verdad; y yo pues en ese momento era como un animalito que seguía pues lo que hacían mis papás, así como un carnerito que sigue a la mamá. Entonces yo escuchaba lo que ellos hablaban, por ejemplo: ‘Fujimori ha hecho tal cosa, la carretera, tal colegio, tal centro de salud; gracias a Fujimori tenemos esto, ya no hay terrorismo’, cosas así.

Amanda tenía de siete a ocho para cuando se produjo la caída del régimen de Fujimori. Los hechos de esa coyuntura política, de los que tuvo noticia por los medios de comunicación, venían acompañados de nuevos discursos políticos de oposición al fujimorismo, todo lo cual desafiaba las convicciones que antes había asumido al adherirse a las posturas políticas de sus padres.

Conforme fui creciendo y vino lo del viaje de Fujimori [su fuga al Japón], que se salió con la plata y eso, entonces me comencé a preguntar ‘¿por qué?’... (...) O sea, cuando vi que Fujimori se llevó dinero, y comenzaron a salir ‘vladivideos’ y todo eso, ahí fue creo donde [la política] me empezó a llamar la atención, porque yo dije: ‘Tantas cosas buenas que me hablaban mis papás [sobre Fujimori], y ahora veo todo esto que es negativo...’ Me interesó el tema.

Estas dudas la acompañaron durante su adolescencia, pero de manera latente. Amanda dice que estaba “hasta cierto punto informada” de lo que ocurría en el país, pero que en general llevaba una vida “bastante despreocupada” en relación con la política. En esas épocas participaba en un grupo de danzas peruanas, y nos dice que se sentía más atraída por lo artístico. Luego, los antecedentes de sus padres jugaron un rol en su decisión de estudiar Ciencias Sociales. Ellos, por el trabajo de su padre, habían vivido en comunidades amazónicas, y las historias que le contaban motivaron en ella un deseo de “hacer etnografía” y conocer el mundo indígena y campesino. Es así que postula e ingresa a San Marcos. Allí, además de aprender sobre estos temas, retoma sus preocupaciones sobre la política y el fujimorismo: “En la Universidad, hablar de Fujimori es como hablar del diablo. Entonces me informé con literatura (...) me fue interesando un poco más el tema político”.

[E: ¿Tú crees que tu vida cambió luego de entrar a la Universidad?] Si, definitivamente, en todo. (...) Creo que... [estudiar] una carrera de Ciencias Sociales tiene mucho que ver, obviamente. (...) Para mí fue un cambio bastante grande, porque yo tenía -se podría decir- una visión bastante limitada de las cosas, y cuando entro acá, pues se me abren muchas expectativas y *se me amplía la visión de la realidad*, de lo que acontece en el país, y me permitió ver las cosas desde otros puntos de vista, ¿no? Me permitió informarme también sobre cómo es este manejo de la política, no solamente en el país sino dentro de la Universidad. Me permitió ver muchas cosas.

En su primer año en San Marcos, cuando reformulaba su visión sobre el fujimorismo, Amanda conoció a activistas políticos que “siempre querían estar organizando” a los ingresantes y que les “palabreaban muy bien” para integrarlos a sus grupos políticos y de estudio. En algún momento tuvo cierta cercanía con miembros de agrupaciones de izquierda y con intérpretes de música y danzas andinas (asociados con un sector maoísta), sintiéndose atraída por el “discurso marxista” de estos jóvenes, de quienes dice que tenían “una ideología bastante fuerte”. A raíz de esto, fue blanco de algún señalamiento: “una chica... hizo un comentario sobre mí, por andar yo con ellos; dijo que yo era ‘terruca’ (terrorista)”. Ella afirma que en esos días tenía una actitud “neutral”, y que frecuentaba a esos amigos no por un interés político, sino porque le “caían bien”. De todas formas, en varias ocasiones la invitaron a participar en actividades de formación política. Y aunque dice que no asistía a esas reuniones, su curiosidad la llevó a conocer por su cuenta algo sobre el marxismo, que le interesó por tratarse de una perspectiva censurada en su familia: “era como lo más satanizado que podía existir”. Pero si bien menciona que personalmente simpatiza con el enfoque marxista, piensa también que “hay que ampliar más el horizonte” hacia otras miradas.

En otro momento, Amanda quiso participar en un grupo académico de Ciencias Sociales, pero éste “se desintegró” debido a que sus miembros estaban ya egresando de la Universidad. Por otro lado, mantiene una actitud crítica frente a los grupos políticos universitarios. Le parece que están

“desorganizados”, que no se comunican bien con los estudiantes y que varios de ellos se someten a los intereses de algunos sectores docentes para obtener beneficios bajo relaciones de “padrinazgo”. También señala que estas organizaciones por lo general solo tratan de captar a los ingresantes, pero no realizan un esfuerzo sostenido con otros estudiantes para impulsar sus reivindicaciones. Y además de esto, considera que entre los alumnos predomina un “desinterés” en la política, que ella asocia con la necesidad de muchos jóvenes de terminar sus estudios lo antes posible para buscar trabajo.

Amanda suele estar medianamente informada sobre diversos temas de la política nacional, pero afirma que sabe poco sobre cómo se conduce la política al interior de la Universidad, donde pocas veces ha participado en debates y asambleas, y solo muy esporádicamente en manifestaciones políticas. Una vez, estando en primer año, se sumó a una protesta contra las políticas del rector, y en tercer año participó en una marcha de deslinde con el “terrorismo” (convocada en el 2012 por las autoridades de la Universidad),¹⁴³ pues le preocupaba que los medios de comunicación proyecten “una imagen bastante malvada del sanmarquino como una persona violenta”. En otra ocasión quiso apoyar una manifestación nacional de respaldo a indígenas y campesinos amazónicos afectados por las políticas económicas del gobierno, pero no pudo asistir por diversos motivos.

Examen comparativo

Los jóvenes cuyas biografías analizamos en este sub-capítulo tienen en común el haber mantenido distintos niveles de distanciamiento con respecto a las instituciones formales de los sistemas políticos universitario y nacional. Algunos buscaron activamente participar en este ámbito pero desistieron de sus intenciones luego de haber tenido alguna aproximación a él (Martín y Ramiro). Otros tuvieron en mente integrarse a la política “formal” o exploraron ese terreno, pero evitaron participar orgánicamente (Rolando y Adriana). Y están también quienes nunca se plantearon esa opción (Ricardo y Amanda). En todos los casos, estos jóvenes volcaron sus voluntades de participación en proyectos alternativos (o los vislumbraban), ya sea colectivamente o de manera individual: docencia, activismo virtual, apoyo individual a causas puntuales, crítica social o grupos centrados en agendas temáticas o académicas.

En la encuesta del año 2012, el 49% de los estudiantes reportó que no participaba en organizaciones políticas en la Universidad, pero sí tenía interés en la política. Dentro de este sector podríamos ubicar a los jóvenes que muestran el perfil descrito en esta sección, aunque solo aproximativamente.¹⁴⁴ Este porcentaje incluye a más hombres que mujeres (28.3% vs. 20.3%, respectivamente) y a más alumnos de otras áreas distintas de Ciencias Sociales y Letras (17% en CSL vs. 32% en otras áreas), que se diferencian en esto último de quienes sí señalaron haber formado parte de

¹⁴³ Sobre esta marcha, véase Nureña (2013).

¹⁴⁴ Tomo como referencia el “interés en la política nacional”. La encuesta no incluyó preguntas específicas para registrar todas las formas alternativas de participación observadas en estos casos. El porcentaje señalado incluye solo a quienes dijeron no haber participado en organizaciones políticas estudiantiles en los 12 meses previos a la encuesta. Es teóricamente posible que algunos más sí lo hayan hecho antes de ese periodo, o que participen en grupos políticos externos a San Marcos.

grupos políticos (el 15% de la población estudiantil), pues entre éstos el número de activistas matriculados en CSL casi equiparaba al de todas las demás áreas juntas.

Si analizamos las formas de participación desde una distinción entre, por un lado, los canales institucionales del sistema político (organizaciones políticas, partidos, gremios e instancias de gobierno), y de otra parte las vías alternativas de participación, resulta entonces que no necesariamente se trata de opciones que en las vidas de estos jóvenes marcan rutas divergentes o excluyentes la una de la otra. En el primer patrón analizado (el de los “herederos” de una tradición familiar activista), los líderes políticos y representantes gremiales aparecen todos integrando o incluso fundando organizaciones con intereses “sectoriales”; en el segundo patrón (el de las búsquedas y apuestas personales), otros jóvenes se desenvuelven también en ambos terrenos; y en el tercero –examinado en esta sección–, los activistas enfocados en agendas temáticas, medios virtuales y causas efímeras pueden igualmente “apoyar” las reivindicaciones impulsadas desde el ámbito más institucional, aunque sin involucrarse orgánicamente.

Al enfocarnos en las razones que inhiben la participación política “formal”, cobran relevancia algunos factores de la subjetividad política, que se interrelacionan con elementos estructurales del campo político (analizados en el capítulo anterior) que generan desmovilización en el ámbito institucional, pero que –como vimos aquí– no significan necesariamente una renuncia al activismo. Al examinar los casos en conjunto, observamos que la mayoría de estos jóvenes tuvieron en algún momento la intención de participar en organizaciones políticas, pero optaron por otras alternativas luego de juzgar negativamente diversos problemas y limitaciones que encontraron en el sistema político y en las organizaciones que lo integran. Estos juicios implican, desde luego, la presencia de criterios valorativos sobre lo bueno y lo malo, lo correcto e incorrecto, y lo deseable e indeseable. Es decir, estos sujetos se adhieren a determinados principios morales y *valores políticos* que guían sus ideales de cambio social y los motivan a asumir compromisos de acción colectiva, pero que al mismo tiempo operan como frenos a la participación formal en organizaciones políticas. Estamos entonces ante una contradicción entre, por un lado, la voluntad de estos jóvenes para actuar políticamente siendo “consecuentes” y leales a ciertos valores y principios, y por otro lado la perspectiva de que esto no sería posible en organizaciones políticas en las que observaron “inconsecuencia”, fragilidad institucional, “pragmatismo”, “corrupción”, “clientelismo”, “argollas” y otras características y prácticas que desaprobaban.

Este hallazgo lleva también a relativizar algunas explicaciones de por qué los jóvenes sanmarquinos se alejan de la participación en organizaciones políticas. Si bien me ocupé previamente de este tema (hacia el final del capítulo 4), creo pertinente retomar el punto para apreciarlo esta vez desde el enfoque en los valores políticos. Podemos dejar de lado los argumentos que presentan a los estudiantes como “apolíticos” o “desinteresados” por los problemas universitarios o nacionales, que claramente no aplican para estos jóvenes que (en este tercer patrón) sí tienen interés en la política y en su mayoría trataron de participar en la política institucional. Junto a esos alegatos, se suele apelar también a

supuestos “prejuicios” que los estudiantes tendrían sobre las organizaciones políticas, por la “estigmatización” de la política resultante de la violencia política de décadas pasadas y la despolitización de la sociedad bajo el régimen fujimorista, entre otros factores. Al respecto, en los casos mostrados se puede apreciar que en la toma de distancia frente a las organizaciones políticas intervienen más los valores políticos de estos jóvenes que posibles “prejuicios” sobre la política. En primer lugar, sus evaluaciones negativas sobre tales grupos y su opción por no participar en ellos surgen casi siempre *luego* de que activamente se aproximaran a la política y por experiencias cercanas con esas agrupaciones, lo cual en principio no hubiera ocurrido si ellos trajeran de antemano actitudes de rechazo, opiniones desaprobatorias u otros preconceptos. Y en segundo lugar, tales acercamientos a la política se dieron aún a pesar de que varios de ellos se desenvolvían en entornos sociales donde predominaban miradas estigmatizantes y de satanización de la política.

Asimismo, el compromiso con determinados valores políticos aparece también en la sección anterior desempeñando un rol en los abandonos de la participación institucional. Recordemos que Pedro, Gonzalo y Fabián se alejaron de sus organizaciones políticas luego de haberse “decepcionado” con lo que encontraron estando dentro de ellas (muy rápidamente, o después de no más de un año de militancia). Pedro, por ejemplo, se apartó de la política sanmarquina llevándose de ella una imagen de mediocridad: “me causaba decepción, me afligía más... [estar] con gente tan mediocre, sentía que *no tenían el espíritu mío*, el cual era ser buenos alumnos”. Gonzalo, además de esto mismo, se alejó de la política no solo con una pésima impresión de su partido (y de otros de izquierda), hablando de “inconsecuencia” y “corrupción”, sino también por no hallar allí un lugar para su desenvolvimiento individual: “*mis perspectivas personales* valían mierda”. Y Fabián, por su parte, abandonó su partido “asqueado” después de atestiguar hechos que calificaba como “corrupción” y prácticas políticas que él desaprobaba pero que sus compañeros justificaban o aceptaban. En general, en este apartado y en el previo tenemos varias situaciones en las que se presenta una tensión entre las voluntades de cambio social a través de proyectos políticos de diverso tipo, y el compromiso con valores políticos y principios morales a los que los sujetos se aferran. Y en esta tensión, ellos se desenvuelven ya sea tratando de conciliar dichos valores con determinadas formas de acción colectiva, u optando por alternativas que les permitan ser “consecuentes” con sus ideales.¹⁴⁵

5.4. MODELO TEÓRICO EXPLICATIVO: INTERÉS EN LA POLÍTICA, ADOPCIÓN DE IDENTIDADES POLÍTICAS Y VOCACIÓN PARTICIPATIVA

En relación con cómo surge y se manifiesta luego el interés en la política, observamos (desde el inicio del capítulo) que en estos procesos intervienen tanto la agencia individual como influencias sociales y contextuales de muy diversa índole: familia, pares, maestros y entornos educativos, lecturas, arte, medios

¹⁴⁵ Los contenidos y sentidos de estos valores e ideales son materia de un análisis detallado en el capítulo siguiente.

de comunicación, colectivos sociales y políticos, coyunturas políticas y la Universidad, entre algunas otras. Estos factores tienen en cada caso un peso relativo mayor o menor para incitar el activismo. Pero si ensayamos una mirada global y comparativa, es posible trascender la mera identificación y enumeración de factores e influencias para formular una elaboración teórica acerca de cómo surgen el interés en la política y la participación. En ese sentido, la contrastación de las historias permite reconocer al menos dos modelos o itinerarios predominantes de socialización política que, aunque no se excluyen mutuamente, sí pueden ser delineados con propósitos analíticos.

(1) En un primer itinerario, el interés en la política viene fuertemente definido por los *antecedentes familiares*, que intervienen decisivamente para despertar en los sujetos la preocupación por la realidad y los problemas sociales, su identificación con determinadas ideas políticas y el deseo de actuar políticamente. Aquí las influencias son principalmente las del contexto familiar más próximo: personas que actúan como modelos de roles (padres y otros parientes que son o fueron líderes o activistas políticos), y discursos políticos y lecturas accesibles en el propio hogar. Este proceso es muy visible (en las dos primeras secciones) en las historias de Joaquín, Mariana, Alonso, Martín y Ramiro, quienes además reconocen explícitamente que tales factores marcaron el derrotero de sus vidas políticas (Joaquín decía, refiriéndose a su familia: “ese ambiente ha condicionado mi perfil”; mientras que para Martín la política era en él “una cuestión formativa, de casa”). Más allá de sus hogares, y con intereses ya formados, otras influencias aparecen más bien como secundarias o complementarias, ofreciéndoles ya sea ideas o motivaciones adicionales (maestros, nuevas lecturas, medios de comunicación, entre otras), u oportunidades para desplegar sus vocaciones políticas (colegio, Universidad, organizaciones políticas y gremiales).

(2) En el segundo itinerario, en cambio, el elemento preponderante es la *voluntad individual*. Aquí cobran gran relevancia la agencia del actor social y la subjetividad política, que se relacionan de distintos modos con los factores contextuales y coyunturales (entre los que puede estar o no la familia). Como núcleo y motor de este proceso aparecen múltiples experiencias de *incertidumbre*, que en determinados jóvenes motiva búsquedas activas de sentido y explicaciones, exploraciones que los hacen especialmente receptivos a ciertos mensajes e influencias del entorno. Dicha incertidumbre se presenta de dos formas: a) *de manera constante y gradual*, generando la asimilación paulatina de discursos y teorías que paralelamente van definiendo identidades políticas e ideales de cambio social; o b) *súbitamente*, cuando en coyunturas específicas se producen *crisis valorativas* por conflictos entre las convicciones personales y realidades nuevas que desafían esas ideas asumidas.

(2a) En el primer caso observamos una actitud de constante problematización de la realidad. En Adriana, están los persistentes “¿por qué?”; en Pedro, el deseo de encontrar un “orden” frente a la complejidad y el “caos” que lo abrumaban en su infancia; y en Fabián, la conciencia de su propia singularidad, también desde la niñez: “de mis hermanos soy el único... que me interesé por cuestionarme

ciertas cosas...”. En estas historias, la incertidumbre motiva la búsqueda activa y permanente de respuestas en lecturas, teorías políticas, arte, medios de comunicación y hasta disciplinas académicas (Filosofía y Ciencias Sociales). Así, gradualmente, estos jóvenes van accediendo a mensajes e ideas que intervienen en la evolución y definición de sus identidades políticas y de sus deseos de “hacer algo”.

(2b) Bajo la segunda forma de incertidumbre, el interés en la política surge de manera más o menos repentina, en momentos específicos en que se establece una “disrupción biográfica”.¹⁴⁶ En las vidas de varios jóvenes ocurren ciertos eventos que marcan un antes y un después. Se trata de sucesos que en sí mismos o por sus implicancias produjeron quiebres en las ideas o convicciones que mantenían hasta ese momento. Entre ellos, la incertidumbre emerge de una crisis valorativa: los sujetos se enfrentan a un conflicto entre las nociones que asumían como ciertas y una nueva realidad que las desafía y que los incita a entenderla o interpretarla. Entonces se trastocan sus concepciones de la realidad social o política, y es en ese momento que, al tratar de encontrarle sentido a tales situaciones y hechos inéditos, abandonan sus ideas previas y emprenden activamente una búsqueda de respuestas que despierta al mismo tiempo su interés en la política y el acercamiento a discursos con contenidos políticos, lo cual puede traducirse luego en distintas formas de participación.

Esto último queda bastante bien reflejado en varias historias. Amanda, por ejemplo, simplemente asumía como ciertas las “cosas buenas” que sus padres decían sobre Fujimori (“como un carnerito que sigue a la mamá”), pero “no le tomaba interés” a los hechos políticos; y es solo cuando –a través de los medios- se entera de la fuga del ex presidente al Japón que ella comienza a cuestionar sus nociones. Este suceso clave es el que la induce a interesarse en la política, informarse y reformular su visión sobre el fujimorismo y la política en general, sobre todo cuando llega a San Marcos, donde encuentra lecturas y compañeros que contribuyen a definir su nueva mirada sobre estos asuntos. Paulo, por su parte, se consideraba inicialmente apolítico (“*alpinchista*”), pero al ingresar a San Marcos se ve enfrentado con una realidad esencialmente distinta de aquel entorno “conservador” de donde provenía. En el nuevo contexto, él cambia también sus ideas, adopta una identidad izquierdista, se involucra intensamente en el campo político universitario (desde el primer año) y se asume abiertamente como gay, convirtiéndose en un activista por los derechos sexuales. No muy distinta es la trayectoria de Rolando, quien igualmente llegó a la Universidad siendo “apolítico” y viendo a muchos activistas como unos “izquierdistas retrasados”. Sin embargo, también de forma muy rápida se “apasiona” con la política, luego de conocer un ambiente social y político sumamente diverso (personas de distintas partes del país, “costumbres”, lenguas, posiciones políticas, etc.), es decir, un escenario inédito para él, un espacio que “abre completamente” su mirada sobre la política y la realidad nacional, motivándolo a asumir –en un tiempo muy breve- una identidad de izquierda y a participar en este “mundo totalmente nuevo”.

¹⁴⁶ Tomo prestado el concepto de “disrupción biográfica” de M. Bury (1982), quien lo emplea en el campo de la salud para analizar los casos de personas que experimentan una ruptura en sus biografías al recibir un diagnóstico de una enfermedad crónica, cambiando ciertas ideas y comportamientos a partir de ese evento.

Estas dos rutas marcadas por la incertidumbre pueden a veces confluir o superponerse; vale decir, no se trata de caminos excluyentes uno del otro, sino solo pautas posibles que podemos reconocer al hacer abstracción de los datos. No obstante, considero importante establecer una distinción analítica entre ellas porque resultan útiles no solo para apreciar cómo unos sujetos pueden pasar de una actitud “apolítica” a otra de fuerte compromiso activista, sino también para entender cómo se generan algunos *cambios en las identidades y posturas políticas*, y el modo en que se produce a veces el paso del activismo a la desmovilización.

Así pues, los casos de Fabián y Ricardo permiten ver que en los mismos sujetos la incertidumbre puede presentarse gradualmente, pero también de manera súbita, motivando transformaciones y hasta virajes radicales en las ideas políticas. En ellos encontramos rasgos de personalidad inquisitiva que los llevaron a interesarse en la política desde la niñez. Fabián cuestionaba el orden familiar, escolar, nacional, partidario, etc. A través de la música, llegó primero al anarquismo, afianzando luego esta visión con lecturas independientes; pero después, cuando lee a Marx, encuentra repentinamente un “resplendor”, un “destello distinto” que lo conduce al “desencanto” con el anarquismo y a la identificación con el marxismo. Más adelante, cuando se encontraba en el punto más alto de su participación en un partido comunista, un pariente lo confronta, empleando un argumento que lo “sacó de casillas”, con una imagen muy distinta de la que él tenía en mente acerca de lo que se podía esperar como ideal en la vida de un militante izquierdista. Es en ese momento que comienza a advertir la “corrupción” dentro de su partido, lo abandona y pasa a asumir una postura moderada de izquierda, apoyando a una opción de esta tendencia que ganó en unas elecciones municipales. Pero luego, sus ideales y expectativas se vinieron abajo nuevamente cuando se enfrentó a una realidad distinta de la que esperaba, al constatar que la gestión municipal había resultado ser “una lágrima”, situación que confluyó con su lectura de textos de Ciencias Sociales que le dan “otra mirada distinta” del mundo y que finalmente lo llevan a reconocerse como “liberal”. Aquí podemos ver que la incertidumbre se presenta de dos formas: desde la infancia y a lo largo de toda la trayectoria vital de Fabián, pero también irrumpiendo en momentos clave que significan para él sucesivos quiebres de sentido, es decir, crisis valorativas que originan cambios de identidad y actitud, mientras que las renuncias a la participación política aparecen como resultado y consecuencia de esos procesos que se dan en el plano de la subjetividad política.

Los cambios de orientación política son aún más marcados en el caso de Ricardo, quien también se interesa por la política desde muy chico, nutriéndose constantemente de informaciones mediáticas y apoyando al fujimorismo (una opción populista y autoritaria de “derecha”) a lo largo de su niñez y adolescencia; pero luego, cuando estudiaba Comunicación Social en una universidad privada, ocurren en su vida dos cosas: asimila “una idea más clara” sobre la ciudadanía y los derechos civiles y políticos, y se “desengaña” de Fujimori, mientras recibe por los medios, sus pares y el ambiente político mensajes

nuevos y opuestos a sus antiguas convicciones.¹⁴⁷ Este conflicto entre su antigua postura y la nueva realidad marca un punto de inflexión en su biografía: reformula su pensamiento político, acercándose a la izquierda y al marxismo, y participa en manifestaciones políticas antifujimoristas. No queda muy claro cómo es que desde esa posición pasó, años después, a simpatizar con el “neoliberalismo”. En todo caso, estando ya en San Marcos, encuentra en Ciencias Sociales un campo político que le parecía “sorprendente”, algo que “nunca había visto”. En esa época se vincula con una ONG ambientalista que le permite tener “un acercamiento a las bases de comunidades indígenas”, algo que él siente que le “abre muchas perspectivas” y que lo conduce a replantear nuevamente sus ideas, identificándose entonces con reivindicaciones sectoriales de “izquierda”. En todos estos vaivenes podemos reconocer un proceso similar al de Fabián, con crisis de sentido que trastocan las definiciones de la realidad y motivan cambios en la subjetividad política.

Las diferenciaciones entre dos itinerarios de socialización política y dos formas de incertidumbre ofrecen las claves de un modelo teórico dinámico que permite sopesar la influencia relativa de los múltiples factores que intervienen en los procesos de socialización política, analizar el modo en que ciertos elementos sociales y estructurales interactúan con mecanismos subjetivos, y entender también cómo de esta relación van aflorando cambios en las ideas, actitudes y prácticas políticas. En este esquema conceptual, la familia tiene un rol determinante en una pauta de socialización política, pero secundario, nulo o hasta desmotivador en la otra. En la segunda pauta, diversos contextos, coyunturas e influencias sociales (incluyendo a la propia familia) pueden desempeñar una función de mayor o menor importancia dependiendo de cuánto contribuyen ya sea a introducir quiebres de sentido o a afianzar ideas y convicciones. Y en ambas trayectorias, ciertos entornos de socialización pueden operar o bien incitando el interés en la política, u ofreciendo oportunidades para la participación, o cumplir ambas funciones.

Esto último se puede entender mejor observando el papel que desempeña la Universidad en estos procesos. Para algunos jóvenes, aquellos que llegan al medio sanmarquino teniendo ya desde antes un fuerte interés en la política y la participación, este lugar es en esencia un entorno que les ofrece variadas *oportunidades* para desenvolverse políticamente, independientemente de si esa participación sigue rumbos exitosos o fallidos, y es además un medio que puede motivar cambios en sus orientaciones ideológicas. Luego, para otros jóvenes interesados también en la política, San Marcos puede ser un *catalizador* o impulsor de un apego más intenso a ella, y a la vez un campo para la acción. Y entre quienes llegan a este campo siendo indiferentes frente a los compromisos colectivos o incluso rechazándolos, el medio sanmarquino puede ser el factor clave y principal que *despierta* el interés por la política, marcando un hito que en sus biografías puede ser más o menos significativo dependiendo de otros factores (lecturas, profesores, relaciones entre pares, recompensas, elementos externos, entre otros), y con resultados que

¹⁴⁷ Ricardo mencionó también la manipulación y censura mediática por parte del régimen de Fujimori, algo que lo perturbaba especialmente porque se estaba “violentando” no solo un elemento importante en la definición de sus imágenes del mundo sino además la profesión que estudiaba en ese entonces.

pueden ir desde la mera curiosidad o preocupación por los problemas universitarios y nacionales, hasta una transformación existencial. En todos estos casos, la Universidad les ofrece a los jóvenes oportunidades para ensayar formas de participación política, pero no siempre desempeña la función de incitar el interés en ella, ya sea porque esa inclinación estaba definida con anterioridad en otros espacios, o simplemente porque –en la situación contraria– algunos sujetos ingresan al campo universitario con actitudes de indiferencia, apatía o incluso rechazo a la política que los hacen especialmente “inmunes” a las influencias de este campo.

Estisten varios otros aspectos que emergen de la comparación de las historias. En algunos casos se trata de cuestiones que confirman –pero también enriquecen– lo mostrado en el capítulo anterior. Por ejemplo, respecto al punto que acabo de tocar, relativo a la función de la Universidad en las vidas políticas de sus estudiantes, en las narraciones encontramos frecuentemente descripciones y juicios sobre el papel que activamente desempeñan los miembros de grupos políticos para tratar de atraer a nuevos adherentes o simpatizantes. La información que sobre este tema ofrecen los relatos coincide en lo esencial con lo que personalmente pude observar en San Marcos durante la etnografía. Sintetizando, tenemos a un buen número de activistas de diversas organizaciones de izquierda, “operadores políticos” y otros que se aproximan sobre todo a los alumnos recién ingresantes o *cachimbos*, y en menor medida a estudiantes más avanzados, para intentar atraerlos a sus agrupaciones o redes, ofreciéndoles ayuda y orientación sobre diversos asuntos universitarios, y muchas veces invitándolos a participar en grupos de estudio de carácter “académico”, que en los sectores de izquierda funcionan casi siempre, en la práctica, como mecanismos de formación política y reproducción organizacional. Varios jóvenes mencionaron además que algo similar, pero con otros matices, ocurría en al menos una academia pre universitaria: activistas ofreciéndoles información y apoyo, organización político-gremial de postulantes y profesores que les transmiten en las clases contenidos y esquemas marxistas.¹⁴⁸ Dentro de la Universidad, las aproximaciones de activistas pueden ser inicialmente aceptadas (Amanda, Gonzalo), vistas con desconfianza o rechazadas (Rolando: “llegas con la *pierna al aire* cuando de pronto te intentan captar”;

¹⁴⁸ Casi todos los relatos que en este capítulo aluden a un ambiente político de izquierda y hasta “revolucionario” en la academia pre universitaria corresponden a jóvenes que –sin que en este estudio lo haya previsto como un criterio de selección de la muestra– habían estudiado en una misma institución de este tipo, la cual se especializa en la preparación para el ingreso a San Marcos, y que –más importante aún– es la misma academia en la que se enfocó un grupo de detectives policiales, a inicios de los años noventa, para seguir unas pistas que finalmente condujeron a la captura de Abimael Guzmán y otros miembros de la cúpula de Sendero Luminoso en 1992. Durante el trabajo de campo, en repetidas ocasiones recogí discursos que vinculaban a SL con esa academia. En este capítulo, un joven decía que en ese lugar habían profesores “ligados” a SL, que “llevaban” a alumnos a un “frente” de postulantes; otro señalaba que en las clases le ofrecían una versión simplificada y “esquemática” del marxismo; y alguien más ofreció detalles adicionales sobre cómo se transmitirían esos contenidos en los textos entregados a los alumnos: “Nos traían textos de Mao... unas lecturas. Las leíamos y... el gran problema cuál era: era una lectura de Mao, pero ¡recontra maquillado!... habían cambiado muchos términos del texto original. [E: ¿Cómo notaste eso?] Me compré mis textos de Mao... de ‘Obras completas’, entonces comparaba, ¿no?, *pucha* que no había ninguna relación. [E: ¿Recuerdas algunos detalles de las diferencias?] Por ejemplo, la palabra ‘revolución’: separado; la palabra ‘partido comunista’: lo separaban... del texto original... En el otro ponían otra cosa... [o] lo borraban así, y trataban de ligar una frase con otra. Entonces era, pues... distorsionarlo el texto. ¿Eso qué cosa es?: no hay sinceridad, pues.”

Viviana: “[quieren] hacer militantes a los chicos pero por una vía recontra traidora... como si trataran de engañar a la gente”).

Un tema adicional, surgido en varias ocasiones en las historias, es el de las experiencias vividas o atestiguadas de inequidad, desigualdad, exclusión y segregación por diferencias sociales, que estarían desempeñando también un papel en la conformación de las orientaciones y actitudes políticas. No parece casual que estos asuntos hayan sido mencionados sobre todo por jóvenes migrantes o limeños hijos de migrantes. Así, en los relatos de Rolando, Martín, Amanda, Gonzalo, Ramiro y Adriana (todos con ese perfil) encontramos múltiples referencias a experiencias o preocupaciones asociadas con diferencias de clase, región, etnicidad y origen social (incluyendo tópicos como el “apellido”, el lugar de residencia y otros). En cambio, en las narraciones de quienes provenían de hogares de clase media con padres limeños, estos temas fueron mucho menos visibles o simplemente no aparecieron, mientras que sí lo hicieron otros, como las diferencias sexuales y de género (Viviana, Paulo), o las religiosas y otras relacionadas con derechos civiles y políticos (Ricardo). Y tampoco parece casual, por tanto, que las simpatías o los compromisos con agendas temáticas fragmentadas sean más frecuentes o intensos sobre todo en este último grupo.

Finalmente, advertimos también en las biografías el trasfondo de las coyunturas y los procesos históricos nacionales. En este punto resaltan especialmente dos procesos. Uno es el de la violencia política de los años ochenta e inicios de los noventa y sus secuelas, que intervienen en las vidas de varios de estos jóvenes ya sea de forma directa, indirectamente (a través de los padres y otros allegados), o haciendo parte del ambiente de socialización (Gonzalo y Fabián en Ayacucho, Ramiro en su pueblo y en la Universidad, Amanda por sus padres y Mariana en la Universidad). El otro proceso transcurre bajo el gobierno de A. Fujimori (1990–2000), en el que destaca la coyuntura política de gran densidad histórica suscitada hacia fines de los años noventa y en el 2000, con la politización de la sociedad, el auge del movimiento social pro-democrático y antifujimorista y la caída del régimen. La socialización temprana o adolescente de los jóvenes entrevistados se da al calor de estos hechos, que en varios casos marcan sus experiencias de relación con la política (Ricardo, Amanda, Martín, Adriana y Joaquín) y que para todos establecen un conjunto de referentes históricos y biográficos comunes, dotándoles así de un horizonte generacional también compartido.

5.5. OTRAS HERENCIAS Y OTROS MANDATOS: ABTENCIONISMO, INDIFERENCIA Y RECHAZO A LA POLÍTICA

Analicemos ahora los casos de aquellos jóvenes sanmarquinos que se mantienen alejados de toda forma de participación, ya sea porque no les interesa la política, porque la ven con desconfianza o porque cabalmente la rechazan. Recurriendo a la base de datos del estudio del 2012, tenemos que estos jóvenes serían un 36% del total de la población estudiantil, que resulta de descontar de ese total a quienes

reportaron haber participado en organizaciones políticas estudiantiles (15%) y a los que manifestaron tener interés en la política pero no participaban en esos grupos o lo hacían por otras vías (49%). No está de más reiterar que estas cifras son solo referenciales. No obstante, considero que tales proporciones se acercan bastante a la realidad por dos razones. La primera es que esta distribución es más o menos consistente con lo hallado en el capítulo anterior, donde muestro que en la UNMSM se dan en simultáneo un interés en la política bastante alto (en el 66% de los estudiantes) y un bajo nivel de participación en grupos políticos. Y la segunda razón es que la estimación de un 36% de alumnos alejados de toda forma de acción política coincide exactamente con el porcentaje de jóvenes peruanos de todo el país que en el año 2011 indicaron en la Encuesta Nacional de la Juventud que la política “no les interesa” (SENAJU, 2012).

Ahora bien, es posible distinguir varias actitudes hacia la política al interior de este sector. Para reconocer tales posturas, podemos establecer algunas diferencias entre ellas empleando la variable de la base de datos referida a las opiniones acerca de las organizaciones políticas estudiantiles. Así pues, una primera actitud sería la del *rechazo* a la política, que propongo medir cruzando dos series de datos: los correspondientes a quienes dicen tener “muy poco” o “nada” de interés la política, y los obtenidos para las opiniones “negativas” o “muy negativas” sobre aquellas organizaciones, de lo cual resulta un 7% del alumnado. Una segunda actitud sería la *indiferencia*, que alcanza un 15% luego de cruzar los datos sobre desinterés con –precisamente– la opinión “indiferente” con respecto a los grupos políticos. El porcentaje restante, de 14%, estaría representando a todos aquellos jóvenes que, aún teniendo una opinión “positiva” o “muy positiva” de dichos grupos, se inhiben de apoyarlos o sumarse a ellos, mostrando así una actitud de *abstencionismo*. La Tabla 5 resume la distribución porcentual aproximada de las distintas pautas de relación con la política mostradas hasta aquí.

Los datos obtenidos en la etnografía permiten describir solo a grandes rasgos estas actitudes de rechazo, indiferencia y abstencionismo.¹⁴⁹ Pero aún cuando los datos cualitativos sean insuficientes, permiten al menos formular hipótesis acerca de las razones y el origen de tales actitudes, ayudando a esclarecer, por ejemplo, por qué en ciertos jóvenes está ausente el interés por la política incluso en un contexto como el sanmarquino, de tan intenso dinamismo político, mientras que para otros la inserción en este mismo lugar inauguró una nueva etapa biográfica de fuerte activismo.

¹⁴⁹ Nota metodológica: Al iniciar el estudio me propuse entrevistar a jóvenes sin interés en la política o que la rechazaban. Seleccioné así algunos casos basándome en comportamientos observables durante la etnografía (actitudes de alejamiento de la política sanmarquina). No obstante, en estos casos advertí durante las entrevistas que se trataba de personas que sí tenían algún nivel de interés en la política nacional o universitaria, articulaban discursos al respecto e incluso participaban o habían participado fuera de San Marcos en colectivos sociales y políticos o en manifestaciones de protesta, o emitían discursos con contenidos políticos en redes sociales virtuales (reflejándose así en ellos el fenómeno –descrito en el capítulo anterior– de desencanto político focalizado en la Universidad). Las dificultades para acceder a casos de verdadero rechazo o desdén por la política se explican porque realicé el trabajo etnográfico principalmente en facultades como Ciencias Sociales, Derecho y Letras, donde el interés en la política nacional o universitaria alcanza un 70% (reduciéndose así las probabilidades de ubicar a personas “apolíticas” en ese entorno), y también porque quienes muestran ese perfil pueden –razonablemente– estar menos dispuestos a conceder entrevistas sobre un tema que no les interesa.

Tabla 5. Interés y participación estudiantil en la política
(estimación referencial), UNMSM, 2012.

Variables	%
Participación en organizaciones políticas estudiantiles (OPE)*	15%
Interés alto y medio en la política nacional, sin participación en (OPE)	49%
Interés bajo o nulo en la política	36%
Rechazo a los grupos políticos estudiantiles**	7%
Indiferencia***	15%
Abstencionismo	14%

* En los 12 meses previos a la encuesta.

** Interés bajo o nulo en la política, más las opiniones negativa o muy negativa sobre las OPE.

*** Interés bajo o nulo en la política, más la indiferencia frente a las OPE.

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes.

Elaboración propia.

En las situaciones específicas de rechazo y abstencionismo, cabría pensar en un posible rol de los factores institucionales que analicé en el capítulo anterior (los que generan el desencanto político focalizado en la Universidad), aunque se abre también la posibilidad de que estén interviniendo aquí otros elementos frecuentemente aludidos en diversos discursos políticos y académicos que en San Marcos, el Perú en general y otros países apuntan a explicar la desmovilización política juvenil, como los que apelan al “individualismo” (usualmente asociado con el “capitalismo”, el “neoliberalismo” y la cultura mediática y de consumo), o los prejuicios sobre la política y su estigmatización, que en el Perú muchas veces se atribuye a la acción de determinados actores políticos o a la influencia de coyunturas históricas específicas (represión bajo el gobierno de A. Fujimori, acciones de Sendero Luminoso).

Algunas informaciones obtenidas mediante entrevistas y observaciones nos ayudarán a delinear una caracterización de los jóvenes que ni tienen interés en la política ni participan en ella. Y esto, a su vez, puede ser contrastado en algunos aspectos con los datos estadísticos disponibles. Respecto a este tema, resultan valiosas las impresiones ofrecidas por Amanda. De todos los casos analizados en este capítulo, el suyo es el de menor compromiso con la política. Al referirse a los jóvenes que se alejan de toda forma de participación, ella señaló en algún momento:

La gente ahora dice ‘no, tengo que acabar los ciclos [semestres de estudio], tengo que sacar buenas notas; no importa cómo, pero tengo que hacerlo; y tengo que ir y *chambear...*’, una cosa así. Como que ahora la cuestión económica es lo que más prevalece; creo que acá la gente no está pensando en sí si está haciendo algo bueno o algo malo, la cosa es que ‘quiero salir a trabajar y a ganar mi plata’. [E: Para muchos es lo más importante.] Y es que uno sin el dinero no vive. Y esta sociedad se ha vuelto como que ‘tienes que tener plata porque salieron las nuevas zapatillas, salió el celular tal...’ Y como que la tecnología y los medios son como ese demonio que te llama...

Esta imagen nos acerca un tanto a la idea de “individualismo” que mencionaba líneas arriba, y que en la visión de Amanda se complementa con una noción de consumismo que podría operar como una

motivación del deseo de trabajar y ganar dinero. Considerando esta idea, tomé de la base de datos estadísticos las variables disponibles más asociadas con estos puntos y medí su relación con el desinterés por la política mediante un ejercicio de regresión logística. Para ello, incluí en un modelo multivariado los siguientes elementos:

Variable dependiente:

- Desinterés por la política nacional o universitaria (tener “muy poco” o “nada” de interés).

Variables independientes:

- Valoración del “trabajo duro” como cualidad que se debe inculcar en la crianza.
- Valoración de la idea de “economizar y ahorrar dinero”.
- Reportar el desempeño de una actividad laboral (para cuando se realizó la encuesta).
- Uso diario de internet (como variable *proxi* de un alto consumo mediático).

$$\text{logit } P_{\text{desinteres_pnu}} = \text{constante} + \text{val_trab} + \text{val_econ} + \text{trabaja} + \text{internet_d}$$

Al correr este modelo en el paquete estadístico, manejando la hipótesis de que las variables independientes señaladas influyen en los jóvenes desalentando el interés en la política, encontré que la valoración del trabajo se correlacionaba causalmente y de manera directa –en un sentido estadístico– con el desinterés político ($p=0.037$); es decir, a mayor *valoración* del “trabajo duro”, mayor era la probabilidad de que las personas le resten importancia a la política.¹⁵⁰ Sin embargo, el estar desempeñando alguna actividad laboral en los días en que se recogieron los datos más bien incrementaba la probabilidad de que sí haya interés en la política, y no al revés ($p=0.002$; relación inversa). Esto último no necesariamente contradice la idea planteada por Amanda. De hecho, ella sugiere que la *entrega al estudio* (“tengo que acabar los ciclos... sacar buenas notas, no importa cómo”) viene motivada por la necesidad *futura* de “salir a trabajar”; vale decir, ella no se refiere a jóvenes que por tener que trabajar se alejan de la política, sino a quienes le restan relevancia a este tema porque se dedican intensamente al estudio con la triple perspectiva de terminar la carrera, insertarse en el mercado laboral lo antes posible y poder obtener así recursos para satisfacer sus necesidades de consumo. En ese sentido –y bajo aquella combinación de variables–, el hallazgo estadístico que indica que los estudiantes más desligados de la política son aquellos que más valoran el “trabajo duro” corrobora la “teoría nativa” que nos ofrece Amanda. Y este concepto de “trabajo duro” adquiere entonces un contenido doble: por un lado, alude a una idea de entrega o *dedicación actual al estudio* exclusivamente (quedando así relegada la política); y por otro lado, prefigura un anhelo de *realización laboral a futuro*, en el que la misma entrega permitiría la obtención de los recursos y bienes deseados.

¹⁵⁰ Por otro lado, el modelo multivariado resultó estadísticamente significativo tomado en su conjunto ($p=0.0087$).

Sintomáticamente, no encontré una correlación entre la preferencia por la cualidad de “economizar y ahorrar dinero” y el desinterés político ($p=0.942$). Y aunque debido a esto aquello del “ahorro” me pareció –a primera vista– irrelevante, pronto caí en la cuenta de que esa misma irrelevancia en realidad estaría otorgando un sustento adicional al planteamiento de Amanda, pues el deseo de “economizar y ahorrar” es en varios sentidos lo opuesto a la propensión consumista, especialmente si se trata de los bienes suntuarios que ella presenta como apetencias o tentaciones inducidas por los medios (“ese demonio que te llama”). No obstante, no hallé una influencia del factor mediático ($p=0.384$), lo cual no significa que no exista esa influencia, sino quizás tan solo que la variable *proxi* empleada (uso diario de internet) no refleja suficientemente el acceso general a medios y mensajes de consumo (para lo cual no tenemos en la base de datos otras variables más pertinentes).

Es interesante ver que esta ruta, la de privilegiar el estudio y los anhelos personales desde una perspectiva de éxito económico, no implica en sí misma un rechazo a la política motivado por opiniones negativas sobre este campo o sus instituciones. Más bien, parece indicar el compromiso con determinados ideales normativos alentados en la sociedad como modelos de vida. Esta idea coincide con otro rasgo que pude advertir durante la observación participante:

Reunión social con sanmarquinos. Ayer estuve en una reunión festiva a la que asistieron varios egresados de Ciencias Sociales de San Marcos. El motivo era la despedida de D., por su viaje a Europa para seguir estudios de postgrado. Me encontré con L., a quien conocí en la Universidad hace unos años. Ella terminó su carrera no hace mucho (Trabajo Social). Me contó que sigue viviendo en la casa de sus padres y que ahora está trabajando en una empresa. Conversamos acerca de V., una chica de Sociología, sobre cómo había cambiado: cuando llegó a la Universidad, era “conservadora” e “inocente”, pero ahora es en su comportamiento más transgresora y “liberal”, aunque eso le genera algunos conflictos existenciales debido a que sus creencias arraigadas a veces no encajan bien con las ideas que luego ha ido adoptando. L. contrastaba su propia vida con la de V.: ‘Yo, en cambio, siempre he sido tranquila, más conservadora’. Cuando le pregunté a qué atribuye ese rasgo suyo, me dijo: ‘No sé, no soy de cuestionar mucho las cosas; siempre soy más de *seguir las normas*’. Más adelante recordé que en la Universidad no la vi nunca involucrada en cuestiones políticas, ni hablaba tampoco de estos temas (hasta donde llega mi memoria). Se caracterizaba en ese entonces y también ahora por ser algo recatada o ‘modosa’. Ella alude un poco a esto cuando se autodefine como ‘tranquila’.¹⁵¹

Lo que señala esta joven acerca de sí misma nos brinda otra pista para tratar de entender el carácter distintivo de quienes optan por apartarse de la política. La clave está aquí en las nociones – complementarias la una de la otra– de no cuestionar y “seguir las normas”. Ella misma se concibe como alguien que no desafía el orden y se desenvuelve según los cánones establecidos. Pero hay un punto adicional que ayuda a enriquecer la figura, pues esa autodefinición aflora en su discurso como una manera de contrastar su propia forma de ser con la de otra joven que va cambiando sus ideas y creencias en el sentido de hacerse más “liberal”. La imagen resultante es entonces la de una persona que mantiene un vínculo cercano con su familia; acepta las normas de la sociedad o de su entorno; no cuestiona sus convicciones, sino que se aferra a ellas; y que además refleja en su conducta cotidiana su compromiso con aquellos preceptos. El reconocimiento de esta pauta de personalidad nos ofrece la ocasión de explorar si,

¹⁵¹ Diario de campo etnográfico, 19 de Julio del 2015.

más allá de este caso individual, los atributos que lo definen se relacionan o no con el alejamiento de la política en otros jóvenes sanmarquinos.

Tomando como referencia este segundo modelo conceptual construido desde la etnografía, identifiqué en la base de datos un conjunto de variables relacionadas con las normas sociales y las creencias, y las establecí como variables independientes para –mediante un nuevo ejercicio de regresión logística- medir su relación con el desinterés por la política:

Variable dependiente:

- Desinterés por la política nacional o universitaria (tener “muy poco” o “nada” de interés).

Variables independientes:

- Valoración de la “obediencia” como cualidad que se debe inculcar en la crianza.
- Valoración de los “buenos modales”.
- Valoración de las “creencias religiosas y la fe”.
- Disposición a defender las convicciones personales “a toda costa” (por contraste con la disposición a cuestionarlas “si fuera necesario”).
- Dependencia de los padres para el financiamiento de los estudios (excluyendo otras fuentes de recursos, variable *proxi* de la cercanía a la familia y de una posible adaptación a normas por motivos económicos).

$$\text{logit } P_{\text{desinterés_pnu}} = \text{constante} + \text{val_obed} + \text{val_mod} + \text{val_relig} + \text{convic_def} + \text{fin_padresx}$$

El análisis multivariado arrojó, en primer lugar, que los factores más asociados con el desinterés por la política fueron la disposición a defender las “convicciones personales” ($p=0.030$) y la dependencia económica de los padres ($p=0.000$). En ambos casos encontré relaciones directas con la probabilidad de que los sujetos tomen distancia de la política, especialmente para el factor económico. En segundo lugar, en lo que respecta a la valoración de la “obediencia”, los “modales” y las “creencias religiosas”, no encontré con este ejercicio una asociación estadística plausible que permita vincular esas variables con el desinterés (respectivamente: $p=0.337$; $p=0.114$; y $p=0.120$, relación inversa).

Estos resultados admiten varias lecturas. Sobre el primer punto, el compromiso con las “convicciones personales” parece confirmar la idea –propuesta en el modelo etnográfico- de que un menor interés en la política se asocia con no cuestionar ideas o normas asumidas. Esto sin duda puede estar presente también en quienes sí se interesan en la política (que en un 34% indicaron también que defenderían sus convicciones “a toda costa”). No obstante, la diferencia es que las convicciones de estos últimos pueden incluir nociones o ideologías políticas, mientras que entre los desinteresados por la política tales convicciones remiten a otros asuntos. La pregunta que emerge entonces es la de cuáles pueden ser esas convicciones a las que se aferran estos jóvenes “apolíticos”. En los párrafos previos veíamos que la noción de “trabajo duro” estaba ligada a una perspectiva de éxito económico a nivel

individual (orientado al consumo, por lo que sugieren los datos). Esta idea de éxito es reconocible en diversos modelos socio-normativos proyectados desde el mercado y los medios, pero también puede ser una visión asumida e incentivada por las propias familias. De ser así, resulta lógico pensar que un joven que, además de no tener interés en la política, depende de su familia para solventar sus estudios, será poco proclive a desafiar mandatos o preceptos familiares (por ejemplo, de padres que inculcan en sus hijos una visión de desarrollo económico individual a través del trabajo). Bajo esta interpretación, cobra sentido la correlación estadística que asocia fuertemente el desinterés por la política con la dependencia económica ($p=0.000$).

Estas asociaciones estadísticas y la interpretación que propongo permiten entrever que la idea de “seguir las normas” se estaría refiriendo más a los *mandatos familiares* que a normas sociales de otro tipo o de mayor alcance, como las que traen implícitas algunos modelos socioculturales o religiosos. Desde esta diferenciación, adquiere sentido también el hecho de que el ejercicio estadístico no haya arrojado una relación clara entre el respaldo a determinados valores tradicionales y el alejamiento de la política. Como vimos, dicho alejamiento no parece tener relación con la valoración de la “obediencia”, las “creencias religiosas” o los “buenos modales” (al menos bajo la combinación específica de variables diseñada para este análisis, mostrada en el último cuadro).

Sin embargo, cuando apliqué nuevamente ese mismo diseño multivariado considerando únicamente a quienes en la encuesta respondieron que no tenían “nada de interés” en la política, ni nacional ni universitaria (6%; $N=28/467$, excluyendo a los que decían tener “muy poco interés”), la regresión logística arrojó esta vez asociaciones directas y estadísticamente significativas solo para la valoración de la “obediencia” ($p=0.003$) y los “buenos modales” ($p=0.001$) como predictores del desinterés por la política. En otras palabras, resulta que aquellos 28 sujetos encuestados que se ubican en el extremo de mayor alejamiento de la política tienden a ser los que más valoran la “obediencia” y los “buenos modales” como cualidades que se deberían inculcar a las personas en la crianza (mientras que ninguno de ellos opinaba lo mismo sobre las “creencias religiosas”). Y adicionalmente, partiendo de esta constatación, encontré que la prioridad otorgada a la “obediencia” se correlacionaba de manera fuerte y directa con la proclividad a defender las propias “convicciones personales” ($p=0.003$), lo cual apoya el modelo etnográfico en el sentido de que las normas familiares pueden ser asumidas como “convicciones personales”, mientras que la reticencia a “cuestionar” dichas normas no es algo muy distinto de una manifestación de “obediencia”.

Estos hallazgos avalan la propuesta de establecer una distinción entre, por un lado, las *normas familiares*, y por otro lado las *normas sociales* y valores que pueden emanar de otros ámbitos (mercado, medios, instituciones educativas, religiosas y políticas, entre otros). Señalo esta diferencia porque considero altamente significativo el que en esta población las “creencias religiosas” (normas *sociales* tradicionales) no tuvieran una clara influencia para el fenómeno estudiado, mientras que la “obediencia” y

los “buenos modales” sí fueron elementos fuertemente relacionados con un carácter apolítico, al igual que la idea de “trabajo duro”, tratándose en los tres casos de ideales normativos que se transmiten esencialmente en el entorno *familiar*, más que en cualquier otro terreno. Y si a esto le sumamos que una mayor dependencia económica, asociada igualmente con el desinterés político, puede desincentivar el desafío a dichos mandatos (adoptados a veces como “convicciones personales”, como en el caso de la obediencia), tenemos entonces evidencias sólidas para plantear que las actitudes de más intenso alejamiento de la política se generan principalmente por influencias familiares, mientras que otros factores desempeñan en estos casos roles secundarios o marginales, cuando no mediatizados por el propio entorno familiar.¹⁵²

A propósito de otros posibles factores inhibidores del apego a la política, mencioné antes algunas explicaciones que comúnmente circulan en San Marcos y en el Perú, como las que apelan al “individualismo” y a la “estigmatización” debido a la violencia política y a la represión del activismo en décadas anteriores. Sobre lo primero, los análisis que presento aquí sugieren que la noción de “individualismo” puede ser algo estrecha para caracterizar a los sujetos “apolíticos” de nuestro caso de estudio. Tal idea remite a un aislamiento egoísta de personas que actúan según sus propios criterios dejando de lado los de su entorno.¹⁵³ Y si bien el modelo del que partí muestra una propensión al desarrollo personal orientado al éxito económico y al consumo, los análisis complementarios ayudan a apreciar que esta tendencia no se debería a rasgos meramente egoístas, sino a mandatos sociales que, asumidos por las familias y transmitidos principalmente por ellas, guían determinados compromisos, aspiraciones y pautas de conducta. Desde este enfoque, los proyectos personales aparecen condicionados por normas domésticas que pueden ser aceptadas como convicciones y que, lejos de desplegarse en aislamiento, vendrían respaldadas desde el ámbito parental.

Por otro lado, con respecto a la idea de “estigmatización”, no he hallado evidencias de que los discursos antipolíticos o estigmatizantes tengan realmente un efecto en este fenómeno de desinterés por la política. En varias ocasiones entrevisté a jóvenes que estuvieron expuestos desde muy chicos a ese tipo de discursos; sin embargo, ello no impidió que se involucren en el activismo una vez que llegaron a San Marcos. Un buen ejemplo es el caso de Paulo (mostrado en la segunda sección de este capítulo), quien se veía a sí mismo como apolítico antes de iniciar un intenso activismo en la Universidad, pero además

¹⁵² Me refiero con esto último a que los padres bien pueden asumir discursos sociales, mediáticos o institucionales de éxito individual o valores tradicionales o religiosos de obediencia y buen comportamiento, y transmitirlos a sus hijos. Luego, instituciones como la iglesia o las fuerzas armadas pueden incentivar la obediencia, pero sus posibles influencias serían marginales en este segmento “apolítico” extremo, en el que la religión no tuvo ninguna presencia como cualidad valorada, mientras que la propia condición estudiantil deja notar que estos jóvenes siguieron una opción distinta a la militar. Por otro lado, también en la escuela suelen haber apelaciones a la obediencia y los “buenos modales”, pero –aunque no descarto esa posible influencia- existe para el Perú evidencia etnográfica reciente que sugiere que en el entorno escolar la obediencia y los “buenos modales” se observan cuando los jóvenes se encuentran bajo la mirada de sus maestros, mientras que en ausencia de éstos y fuera de la escuela predominan más bien las actitudes transgresoras de las normas (véase al respecto León, 2013). Y finalmente, si bien la idea de “trabajo duro” puede ser promovida también en el mismo espacio laboral, solo seis de estos 28 jóvenes totalmente “apolíticos” reportaron que desarrollaban alguna actividad laboral para cuando se realizó la encuesta.

¹⁵³ “Individualismo”. *Wordreference.com*.

provenía de un medio “conservador” en el que circulaban mensajes estigmatizantes acerca de la política en San Marcos: “Era lo *típico* que los papás de mis amigos dijeran ‘oye, pero ten cuidado, allí hay terroristas, allí estuvo Sendero’...”. Respecto a este tema, busqué variables relacionadas en la base de datos, encontrando que los jóvenes más desinteresados por la política habían estado expuestos a mensajes acerca de Sendero Luminoso y por lo general lo desaprobaban o lo veían como un grupo “terrorista”. No obstante, cuando evalué la posibilidad de que estos conocimientos y actitudes tengan relación con el alejamiento de la política, no encontré evidencia alguna que permitiera confirmar ese supuesto. De hecho, el saber más sobre SL y tener opiniones más negativas de esa organización se asociaban con un mayor interés en la política.¹⁵⁴

Luego, evalué también si la toma de distancia con respecto a la política se relacionaba de algún modo con diversos factores de la política interna de la Universidad, específicamente con la desaprobación de las organizaciones políticas, los gremios de estudiantes, los representantes en altas instancias de gobierno universitario, el rector, el carácter democrático de autoridades y organizaciones políticas y la transparencia de las autoridades. Al sopesar estas variables, hallé que las opiniones negativas sobre esas instancias en ningún caso se asociaban con la probabilidad de que se incremente el desinterés por la política.¹⁵⁵ Por otro lado, dentro de la Universidad se presenta una variable no política sino demográfica que da cuenta de una mayor presencia de ese desinterés entre quienes estudian carreras de Ciencias Básicas e Ingenierías (CBI, 49%), mientras que la situación contraria se presentó en Ciencias Sociales y Letras (CSL, 10%). Ensayando una interpretación, cabría pensar que distintos contenidos en la enseñanza pueden alentar actitudes políticas también diferentes. Por ejemplo: el aprendizaje de “leyes” físicas y naturales daría a los jóvenes que estudian CBI una visión de un mundo básicamente ordenado, previsible y regido por normas que trascienden al propio ser y a las que es necesario adherirse, mientras que en Ciencias Sociales se promovería más bien el cuestionamiento de la realidad sociopolítica, incitado no solo por contenidos más plurales en la enseñanza sino además por el ambiente político. En cierto sentido, la primera figura evoca aquellos puntos que en nuestro modelo teórico etnográfico aparecían como “seguir las normas” y defender las “convicciones”. Sin embargo, más allá de esa distribución descriptiva

¹⁵⁴ Entre los jóvenes con poco o ningún interés en la política, el 85% sabía de la existencia del grupo político denominado Movadef (ligado a SL), el 77% consideraba que sus acciones eran “negativas para el país”, el 62% decía saber algo sobre el “pensamiento Gonzalo” (la ideología de SL) y el 41% lo calificaba como una ideología “terrorista” o “violentista”. Además, el 43% dijo estar informado acerca de la historia de violencia política en San Marcos. Análisis multivariado: Para todos los factores mencionados hallé coeficientes de correlación con valores negativos (asociaciones inversas): haber oído sobre el Movadef: $p=0.072$; considerar que sus acciones son negativas para el país: $p=0.622$; tener información sobre la ideología de SL: $p=0.004$; considerar que la ideología de SL es “terrorista” y “violentista”: $p=0.954$; y saber sobre la historia de violencia política en San Marcos: $p=0.000$.

¹⁵⁵ Variables con coeficientes de valor positivo: tener opiniones negativas de los centros de estudiantes: $p=0.244$ y del carácter democrático de las autoridades: $p=0.094$. Variables con coeficientes negativos: desaprobación a las organizaciones políticas: $p=0.503$, a los representantes en la Asamblea y el Consejo universitarios: $p=0.635$, al rector: $p=0.004$, la transparencia de las autoridades: $p=0.884$ y el carácter democrático de las organizaciones políticas estudiantiles: $p=0.665$.

porcentual, no encontré correlaciones estadísticas significativas entre las variables asociadas a normas y convicciones y el desinterés político entre los estudiantes de CBI.¹⁵⁶

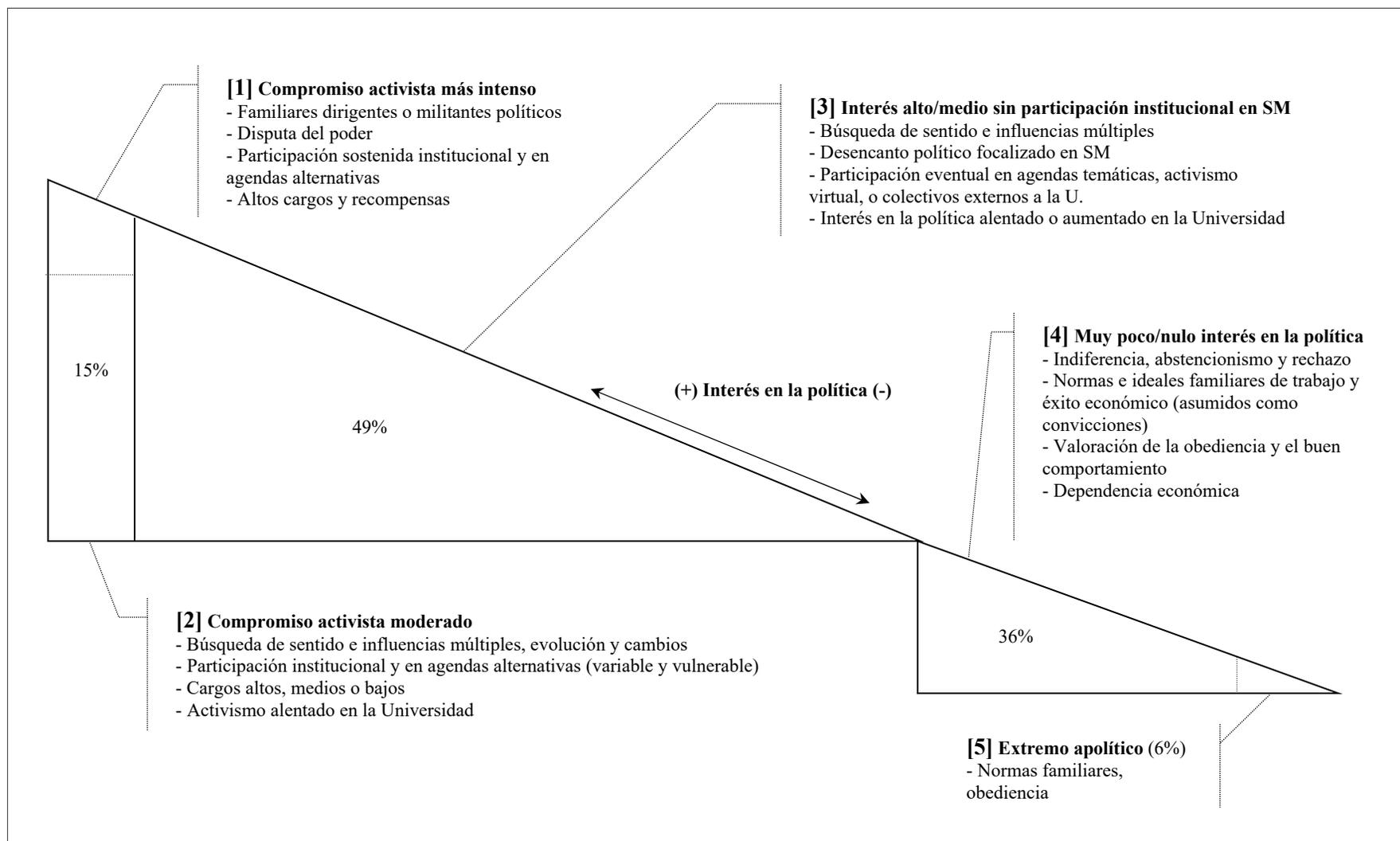
Habiendo llegado a este punto, emerge finalmente como un hecho notable el que solo algunas características personales, subjetivas y económicas más ligadas al ámbito familiar hayan aparecido en los análisis como factores inhibidores del interés en la política. Todo sucede entonces como si los extremos se juntaran: así como el interés más intenso en la política y la propensión a un activismo político más firme y sostenido vienen condicionados por los antecedentes familiares (como veíamos en la primera sección de este capítulo), en el polo opuesto aparece también la familia como el entorno donde se generan las mayores actitudes de alejamiento de la política (Figura 4). En el *continuum* decreciente que lleva de un extremo al otro, tenemos un amplio sector intermedio donde el surgimiento del interés en la política suele venir motivado por crisis valorativas, incertidumbres y búsquedas individuales de sentido que impulsan a los sujetos a explorar y encontrar respuestas en diferentes ámbitos y agentes de socialización, recibiendo y adoptando así las ideas que le van dando forma a sus identidades políticas y visiones de cambio social, que pueden traducirse o no en múltiples formas de activismo, dependiendo de si los entornos que los rodean les ofrecen un terreno adecuado para desenvolverse y concretar su participación tratando en lo posible de mantener cierta coherencia entre su compromiso de acción colectiva y sus ideales y valores políticos.

Este derrotero que lleva de la búsqueda de respuestas a la participación se distingue visiblemente de aquella pauta social apolítica en la que no hay lugar para la incertidumbre, donde las normas y creencias del ambiente social más próximo definen, por el contrario, certezas y seguridades. En un caso, la aventura política personal se desenvuelve en un camino en el que se alternan el suelo firme y las arenas movedizas, en el que las ideas, el sentido de pertenencia y las perspectivas de futuro están en constante construcción y transformación. En el otro caso, lo político se presenta como un plano estacionario o negado, y la aventura apunta más bien a lograr el éxito personal al amparo de normas y convicciones claras y compartidas por la persona y sus allegados en el hogar.

No está de más señalar que estas dos trayectorias, sumadas a aquella otra en la que el compromiso activista se origina en el medio familiar, constituyen tan solo tipos ideales que nos pueden ayudar a distinguir diferencias, patrones y lógicas subyacentes a distintas formas de relación con la política. En la vida real, estos itinerarios bien pueden cruzarse, fundirse o intercalarse, como ocurre a veces por ejemplo con personas muy involucradas en el activismo que, luego de salir de la Universidad, o incluso antes de ello, se desmovilizan y se adaptan a pautas como la del éxito individual, acogiendo a la seguridad que les brindan las normas tradicionales o familiares.

¹⁵⁶ Valor de $p=0.6099$ global para un modelo multivariado que incluyó todas las variables anteriormente asociadas con el desinterés por la política, pero aplicado solo a los estudiantes de CBI con poco o ningún interés en la política.

Figura 4. Características asociadas a distintos niveles de interés en la política en la UNMSM.



VI. SENTIDOS, VALORES Y CULTURAS POLÍTICAS

En los capítulos previos analicé una suma de factores que intervienen tanto en la conformación del escenario sociopolítico sanmarquino como en las trayectorias de vida de los estudiantes dentro y fuera del espacio universitario. En dichos procesos encontramos múltiples *ideas* y *sentidos* asociados a la acción social y a las funciones que desempeñan los individuos, los colectivos y las instituciones, y que también hacen parte de los contenidos implícitos y explícitos de los discursos ideológicos y de cambio social de los jóvenes. En este capítulo me ocupo precisamente de esos sentidos y de cómo se expresan en pautas más o menos definidas de comportamiento político, examinando: 1) los conceptos, juicios y valoraciones que los estudiantes emplean al ofrecer sus impresiones sobre los actores y procesos políticos; 2) los ideales de cambio social; 3) las relaciones entre las ideas expresadas por los jóvenes y las condiciones sociales e históricas en que dichas ideas emergen y se despliegan; y 4) las configuraciones de pensamiento y acción política reconocibles en sus discursos y prácticas, así como en las instituciones u organizaciones en que participan. En estas configuraciones podremos identificar finalmente los patrones de cultura política prevalecientes no solo al interior de la Universidad sino en general en las vidas de estos jóvenes. En esta exposición parto de las ideas y pautas de acción de mayor alcance, las que tienden a ser más ampliamente compartidas, para luego ir señalando algunas particularidades en las formas en que distintos sujetos las asumen y llevan a la práctica.

6.1. “CONCIENCIA SOCIAL” Y PARTICIPACIÓN

Conciencia social, solidaridad y problematización de la realidad

Uno de los elementos más comunes en los discursos de los jóvenes sanmarquinos fue una alta valoración de lo que podemos denominar la *conciencia social*. Empleo este término para intentar abarcar diversos sentidos que apuntan a una visión ideal del sujeto político, pero que más allá de ser solo una imagen se manifiesta de diversas formas y en distintos grados en las prácticas concretas de los estudiantes. En sus rasgos esenciales, la noción de conciencia social remite a una figura en la que, al menos idealmente, las personas deberían mostrar un interés por la realidad y los problemas de su entorno, el cual puede ser el contexto comunitario más inmediato o alcanzar también los planos nacional e internacional; es decir, una toma de conciencia del mundo que rodea al sujeto y de los problemas que se suscitan en ese mundo, trascendiendo los asuntos que conciernen a su ser individual y a sus allegados más cercanos.

En un primer nivel, el más básico, la noción de conciencia social se asocia con la idea de interés o *preocupación* por los problemas, hechos y personas del medio social en el que se desenvuelve el individuo. Esto aflora en los discursos principalmente como una carencia que los jóvenes reconocen ya sea en la sociedad peruana, en Lima específicamente (sobre todo desde las miradas de estudiantes migrantes o

hijos de migrantes) o en la propia Universidad. Por ejemplo, para Amanda (limeña hija de padres de la Amazonía), en gran parte de la población peruana faltarían en general una “conciencia social” y ciudadanos con “conciencia política... que se interesen realmente por la política aquí en el país”; y señala luego que esta situación sería más aguda en Lima que en otros lugares.

Acá en Lima es todo más individualista... cada uno está luchando por sus intereses propios. (...) La gente en Lima, mientras esté en sus cuatro paredes y no les pase nada, está feliz y no le interesa lo que le pase al resto. Yo creo que en realidad el problema [de la política] está ahí. En primer lugar, creo que es una especie de *despreocupación* de la sociedad por los problemas que acontecen en el país. (Amanda).

Algo similar nos dice Rolando (quien llegó a Lima para estudiar en San Marcos) cuando se refiere a una suerte de “aislamiento cultural” en Lima y otras partes del país: “Una cuestión de mirarnos siempre al ombligo, de no *mirar más allá* del horizonte del país o más allá del horizonte de nuestras ciudades...”. Fabián (quien se autodefine como “liberal” y es militante de un partido de “centro”) entiende la vinculación de la gente con su realidad como parte de una recomposición del sentido social: “tiene que haber cierto proceso de *encuentro con nuestros problemas* como colectivo, pensar nuevamente como colectivo, como comunidad”. En estos y otros casos, la valoración de la conciencia social aparece generalmente asociada con ideas como la “solidaridad”, opuesta al “individualismo”, y a veces también con carencias percibidas en la educación familiar y formal. Al hablar sobre la educación superior en el país, Adrián nos dice que “de nada sirve que haya profesionales académicos o con postgrados si no tienen esa cuestión ética, ese amor, esa voluntad de *ser solidarios*, de *preocuparse* por lo que pasa en su país”. Para él, esto sería la concreción del “individualismo”, que ve como un “antivalor” consistente en que “ya no importa nada, solo importas tú y lo que te pase a ti...”. Aquí coincide con Ramiro, quien menciona que en el colegio: “tú vas, el profe por ahí dicta su clase y luego se va; no hay una iniciativa de formar humanamente a la persona... formarse humanamente es primero *ser solidario*, con uno y con otro.” Por eso –agrega–, en su labor docente (fuera de la Universidad) él intenta que sus alumnos “tengan la mentalidad... de ser críticos en el ambiente que vemos (...) que ellos empiecen a *darse cuenta dónde viven, del mundo que los rodea*”.

Desde estas perspectivas, el interés por los problemas sociales tendría que traducirse, en principio, en una voluntad de las personas por estar *informadas* sobre lo que ocurre, para bien o para mal, en el barrio o comunidad, la ciudad, la Universidad, los grupos sociales de los que la persona forma parte, el país o el mundo. También en esta preocupación por temas, problemas y realidades sociales es posible reconocer varios niveles: desde el hecho elemental de prestar atención a algo o “estar enterado” sobre lo que sucede en determinado ámbito, hasta una búsqueda intensa y constante de información. Pero sea cual fuere el nivel de interés, tenemos en San Marcos a una mayoría de jóvenes “conscientes”, que muestran al menos alguna preocupación por sus asuntos locales, los del medio universitario o los temas nacionales, especialmente en carreras de Ciencias Sociales y Letras: “había gente que me hablaba de política, por todos lados hablando de política” (Julio); “me gusta que con la gente de Antropología o en Sociales en

general hablamos de temas sociales hasta en el baño, hasta borrachos, el constante debate una y otra vez, de intercambiar ideas” (Rolando).

A diferencia de los discursos que en la Universidad se refieren a un supuesto “desinterés” de los estudiantes por los asuntos políticos (basados comúnmente en la escasa participación en asambleas, organizaciones y gremios), la aproximación ensayada en este estudio muestra que los jóvenes “desinteresados” por estas cuestiones son una minoría (alrededor de una tercera parte, como vimos en los capítulos anteriores), y que más bien predominan en San Marcos quienes sí tienen interés en la política y los problemas nacionales. Esto se puede comprobar mediante las coincidencias entre las distintas fuentes de información. En primer lugar, aún cuando en la selección de la muestra para las entrevistas consideré a personas con distintos perfiles de participación, incluso aquellas con muy poco o ningún involucramiento en política formulaban discursos coherentes y elaborados sobre los problemas nacionales o universitarios. En segundo lugar, estas visiones aparecían también con frecuencia dentro y fuera de la Universidad en las conversaciones cotidianas de los sanmarquinos, especialmente los de las facultades más politizadas. Y en tercer lugar, la encuesta del 2012 refleja igualmente esta situación. Al analizar las variables referidas al interés en la política, encontramos a un 70% de alumnos que manifiestan tener mucho o al menos algo de interés ya sea en la política nacional o en la universitaria (66% y 48%, respectivamente; 89% en Ciencias Sociales y Letras y 42% en Ciencias Básicas e Ingenierías). Además, la mayoría de los alumnos dijeron estar “informados” sobre los hechos políticos que ocurren en este medio (60%, con un 90% en CSL).¹⁵⁷

Considerando estos datos, resulta entonces que el ideal sanmarquino en el cual se valora el interés de las personas en su realidad social y política tiene efectivamente un correlato entre los estudiantes. Esta constatación permite establecer una primera división entre una cultura política caracterizada por la toma de conciencia, el interés y la preocupación por lo que ocurre en el entorno, mayoritaria entre los estudiantes, y otra cultura que podríamos denominar “apolítica”, menos presente en San Marcos (y a cuyos rasgos nos aproximamos hacia el final del capítulo previo).

“Esta es San Marcos, consciente y combativa”

Sobre la base de la conciencia social podemos distinguir, en un segundo nivel, una bifurcación entre quienes muestran alguna voluntad o *compromiso de acción* sobre determinada realidad problemática, y quienes se limitan a solo observar o estar informados de los hechos pero no buscan intervenir sobre dicha

¹⁵⁷ Además, un 62% señaló que se consideraba “informado” o “bien informado” sobre la historia de violencia política en San Marcos en los años ochenta y noventa. Por otro lado, el interés en la política es en esta Universidad algo más alto que el hallado en el 2011 por la SENAJU (2012) para la población de jóvenes de Lima Metropolitana (67%, sumando a quienes decían tener interés en la política y eran “independientes”, “simpatizantes” o miembros de alguna organización política), y bastante más alto que el 29% registrado para la población de Lima en el 2004 (“mucho” o “algo” de interés; JNE, 2010) y el 28% a nivel nacional en el 2010 (“mucho” o “algo” de interés; Carrión, Zárate & Seligson, 2010).

realidad.¹⁵⁸ En el primer caso, se trata de jóvenes que efectivamente valoran un ideal en el que las personas emprenden o deberían emprender *acciones* individuales o colectivas dirigidas a transformar una realidad, independientemente de si ellos mismos participan o no en algún proyecto de cambio.

Esta última precisión es importante porque es en este punto donde entran en tensión, por un lado, las voluntades de participación expresadas en los discursos, y por otro lado las posibilidades de canalizar colectivamente esos deseos de actuar mediante formas concretas y observables de organización y activismo. Como vimos previamente, estas posibilidades vienen definidas tanto por las oportunidades y espacios de participación disponibles dentro o fuera de la Universidad, como por múltiples factores que desalientan o bloquean la posibilidad de que esa participación se lleve a cabo: los elementos desmovilizadores del campo político universitario o nacional, desde el plano estructural e institucional, y la discrepancia entre los valores políticos y las características de los espacios de organización y participación, en el plano de la subjetividad política. Sin embargo, no debemos perder de vista que estos y otros frenos o bloqueos a la participación se presentan principalmente en el ámbito de la política formal o institucional, mientras que más allá de este terreno existen muy variadas opciones para el despliegue de la acción colectiva. Pero en cualquier caso, encontramos como segundo rasgo importante en las culturas políticas sanmarquinas una alta valoración de la organización y participación como formas de realizar los anhelos de cambio personales y colectivos.

Las nociones de organización, participación y cambio social aparecen aquí como un segundo núcleo de sentidos adscritos a la idea de conciencia social, sintetizados en los conceptos nativos de *hacer algo* y *hacer política*. En algunos casos, se trata de visiones que los jóvenes manejaban ya desde antes de llegar a la Universidad y que venían llevando a la práctica en el colegio o en colectivos juveniles, como en la historia de Fabián, quien a pesar de las idas y venidas en sus compromisos de militancia reconoce en él una vocación por participar en organizaciones como una constante en su vida: “si hay el medio conductor, incluso desde mi etapa del colegio cuando era anarquista, es mi necesidad de *participar en la construcción de cambios* [E: A través de una organización...] A través de una organización, sea cual fuese, eso lo mantengo”. Viviana, por su parte, si bien no había integrado grupos organizados antes de ingresar a la Universidad, traía también desde antes la idea de contribuir a la transformación de la sociedad, lo cual se expresó en ella en la elección de su carrera profesional: “mi aspiración era más por una especie de cambio social... un aporte para *generar un cambio social* en el país. Me vi en la necesidad de *hacer algo* así y me pareció que la Sociología era la carrera que estaba más vinculada a ese objetivo”.

En otros casos, la toma de conciencia social y el sentido de organización surgen solo después de ingresar a San Marcos, donde muchos encuentran variados espacios e incentivos para la acción colectiva.

¹⁵⁸ Esto último es sin embargo relativo. La acción política puede incluir a la participación electoral, y es posible que algunas personas asuman compromisos cívicos expresándose principalmente o únicamente de esta forma. No obstante, es algo difícil saber si la participación electoral implica en esta población algún nivel de información o voluntad de acción política debido al carácter obligatorio del voto para la elección de representantes en la Universidad y en comicios nacionales.

En el capítulo IV veíamos cómo diversos factores del campo sanmarquino operaban para despertar el interés en la política y la participación (trabajo político de activistas, diversidad social y cultural, etc.). En relación con el tema discutido aquí, las apelaciones a la toma de conciencia y la participación toman cuerpo en discursos políticos explícitos, como por ejemplo en una “consigna” antigua y tradicional que los sanmarquinos repiten y dirigen al público en todas las movilizaciones que protagonizan fuera de la Universidad (y muchas veces también dentro): “Esta es San Marcos, consciente y combativa”.¹⁵⁹

Pero más allá de cuánto participen los estudiantes, si mucho o poco, e incluso cuando no se suman a alguna causa, se registra entre ellos una mayoritaria percepción positiva de la organización y el sentido colectivo, que llega a un 72% mediante la agregación de los datos obtenidos en el 2012 para diversas variables relacionadas con este tema, y que nos ofrece una idea somera de cuán extendida puede estar en esta población la noción de una *conciencia social* (Tabla 6). Y si filtramos este dato considerando solo a quienes dentro de ese porcentaje dicen tener interés en la política, resulta entonces que esa conciencia social, asociada a las ideas de organización y participación, estaría presente en algo más de la mitad de los alumnos (54%). Por cuán significativa es esta proporción, y considerando además su correspondencia con la información etnográfica mostrada en el capítulo sobre el campo político sanmarquino, podemos tomarla como una estimación o referencia aproximada de una cultura política *participativa* en este segmento, que se deriva de una conciencia social presente en un sector más amplio.

Tabla 6. Sentido de acción colectiva y actitudes hacia la organización y la participación, UNMSM, 2012

Variables	%
Asociar la idea de ‘democracia’ con la participación de la gente en los asuntos públicos	20%
Participación en organizaciones políticas estudiantiles (OPE) en los últimos doce meses	15%
Valorar la participación o reportar participación en OPE en los últimos doce meses	31%
Opinión positiva o muy positiva de las OPE	26%
Preferencia por la organización como medio para resolver problemas en la Universidad*	29%
Formar un grupo de personas afectadas	9%
Recurrir a las OPE	14%
Organizar una protesta o movilización	7%
Asociar la idea de ‘política’ con la ‘búsqueda del bien común’	24%
Valoración positiva de la participación y el sentido colectivo**	72%
Valoración positiva de la participación y el sentido colectivo e interés en la política	54%

* Las otras opciones de la pregunta fueron: “Recurrir a personas influyentes del gobierno” (13%), “hablar con las autoridades de la Universidad” (27%), “denunciar el problema en internet” (2%) y “denunciar el problema a los medios de comunicación” (21%).

** Agregación de datos correspondientes a las variables relacionadas con este punto.

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes. Elaboración propia.

¹⁵⁹ Una variante de esta consigna era, en décadas pasadas: “Esta es San Marcos, *clasista* y combativa”.

Como cabe esperar, la cultura política participativa es más visible entre quienes efectivamente forman parte de organizaciones o las apoyan. En los discursos de varios jóvenes que observé durante la etnografía impulsando diversas actividades, las nociones de organización y participación emergen tanto en términos positivos, como ideales valorados de comportamiento político que ellos mismos encarnan, pero también como ausencias o carencias en la sociedad. Por ejemplo Paulo, luego de sumarse a las actividades de su gremio estudiantil, fue descubriendo que podía “hacer más cosas”: “me di cuenta de cuán importante era para mí y para los estudiantes en general *hacer política*... yo creo que es importante y es valioso. (...) Entonces le vi sentido a participar políticamente en una organización”. Esto, en su perspectiva, ocurre muy poco en la Universidad y en otros entornos, por lo cuál él desearía que “la gente” en general “tome *conciencia* de lo importante de *hacer política*, no política como que ‘yo apunto a un cargo’, sino poder *problematizar* estas cosas”.

También Esteban se refiere a este tema viéndolo como una carencia: “la gente se informa pero no participa”. Rolando, por su parte, introduce en su visión sobre este punto la noción de ciudadanía, también desde una percepción de ausencia: “de pronto ya no se siente que la política es el instrumento que puede ayudar a reivindicarnos como *ciudadanos*”. Esta idea es similar a la planteada por Julio (dirigente estudiantil de Ciencias Sociales y activista de un movimiento político), quien al referirse a los alumnos que recién se inician en la vida universitaria dice que: “La gente ingresa desinteresada en realidad, más allá de si es de izquierda, derecha o lo que quieras, desinteresada en participar políticamente”. Más adelante integra en su discurso las nociones de *preocupación* por los problemas universitarios y la formulación de propuestas o alternativas de solución a esos problemas:

Como *ciudadanos* la gente no participa, o su participación es mínima, a nivel generalizado (...) [Hay] ingresantes que sus intereses están por otros lados, que no están tanto en la participación política, o en ver un diagnóstico de la universidad, *preocuparse*, tener un programa, un proyecto en torno a esto, o cómo va la sociedad...

Al reflexionar sobre los motivos de esa falta de participación en la sociedad, varios jóvenes mencionaron también aquí el tema ya señalado de la despolitización de la sociedad en la época del gobierno de A. Fujimori y el rol negativo de Sendero Luminoso. Pero otros, en cambio, pusieron un mayor énfasis en los idearios sociales orientados al éxito individual y en los problemas que desde el sistema político estarían bloqueando la participación, como en la visión de Rolando:

Tienes esa desavenencia política, tienes a una generación, quizás dos, de personas totalmente convencidas de que la única vía para triunfar en el Perú, para sacar adelante al país, es produciendo plata, porque no creen en que ya exista otro camino... o participación ciudadana para aquello (...). Y lo que sucede también es que [se necesitaría que] las personas se *comprometan* mucho más en los temas políticos. Pero la respuesta no es tan simple. ¿Cómo haces que la gente se comprometa más?, si tienes de pronto que todo al final depende de... ‘Oye, *bacán*, podemos hacer tal gestión o tal otra, pero acá *nos van a trabar*... más arriba’... Podemos tener toda la buena *intención* de trabajar pero, aquí, en tal punto –le dirían–: ‘no, compadre, hasta aquí no más tú vas’. Entonces ya, puedo decir: ‘Oye, que la gente se comprometa más políticamente y que entiendan que son ciudadanos, y que no solamente tienen que ejercer su ciudadanía en ir a votar... si no que también tienen que estar *defendiendo sus derechos*, *protestando* por tal y tal situación’. Pero (...) tienes gente que dice: ‘¿Pero cómo quieres que me meta y me involucre en política o lo que le sucede a mi país, si a mi país no le importa lo que yo hago’.

Sentidos y motivos de la acción política: justicia social, derechos y desarrollo personal

Entre los jóvenes sanmarquinos, las nociones de conciencia social y participación no son conceptos abstractos sino ideas que tienen referentes concretos de por qué y para qué deberían las personas tomar conciencia del medio que las rodea y organizarse. En primer lugar, esas nociones dan cuenta de un sentido político en el que la acción colectiva es concebida como un recurso *instrumental* para transformar la realidad circundante en distintos niveles: desde los ámbitos más próximos e inmediatos en las vidas de los individuos y grupos, hasta el curso de la historia del país.

Por ejemplo, Ramiro indicaba que para él “la política es una forma de *construir la realidad* en la cual uno vive”. En la mirada de Rolando, la política “es lo que le *da forma* a la historia del Perú... a la historia en general... es lo que configura todo lo que sucede y lo que va a suceder en el Perú... desde los procesos más remotos, comunales, hasta procesos muy macro como políticas económicas”. Ramiro y Rolando no integraban grupos políticos para cuando realicé la etnografía. Aún así, sus miradas básicamente coinciden con lo que decían otros jóvenes que sí eran miembros de agrupaciones políticas, pero con la diferencia de que estos últimos tendían a enfatizar más una perspectiva de construcción organizativa: “La población debe ser partícipe; debe haber canales de participación... para que se organicen en torno a por ejemplo el mismo distrito, ver cómo la organización en torno a problemas inmediatos también va permaneciendo para que se vean otros problemas de mayor rango (Julio).

[Es necesario] tener acciones pequeñas desde tu ubicación, para... (...) *de forma organizada*, poder ir planteando soluciones... (...) y a partir de eso ganar experiencias que después ya pueden trabajarse a un nivel más de gobierno. Tener *conciencia política* que te permita tener tanto una labor más activa, para [solucionar] tus problemas más cercanos, y también poder estar más atento a una cuestión más macro, y que también ese trabajo de conciencia política se enmarque dentro de un proceso de fortalecer los partidos (...). No solamente *resuelves problemas* locales, sino que de alguna manera esos problemas pueden ser orientados a todo un proyecto más amplio (Paulo).

En segundo lugar, las ideas de conectarse con el mundo e intervenir en él apuntan a temas y objetivos concretos. Los más comúnmente mencionados fueron: 1) diversas formas de desigualdad, inequidad y exclusión social; 2) la reivindicación de derechos civiles, políticos y sociales; 3) carencias y arbitrariedades percibidas en la Universidad; y 4) la superación personal y grupal. Aquí podemos diferenciar dos enfoques. En un extremo, están las visiones que enfatizan la necesidad de cambios sociales de gran envergadura, que remiten a un sentido amplio de justicia social y a apuestas colectivas o partidarias por transformaciones estructurales en la sociedad y la economía. En el otro extremo están las reivindicaciones más particulares, relativas a determinados temas o grupos sociales específicos. Y entre ambos enfoques hay un extenso campo intermedio en el que se da una confluencia o interdependencia entre los grandes proyectos de reforma y la promoción de agendas o proyectos más acotados.

Las posturas del primer tipo eran más comunes entre miembros o dirigentes estudiantiles de organizaciones políticas de izquierda, como en el caso de Joaquín, quien ensaya una lectura nacional y de “clases”. Desde una perspectiva “socialista”, él anhela “transformaciones estructurales de fondo” en la

sociedad y la economía, y nos dice que más allá de una “contradicción” entre una “base social popular” y las empresas “transnacionales”, existen también en el país “burguesías emergentes” que intervienen en disputas con el “gran capital”, pero no para efectuar esos cambios necesarios sino para definir “quién finalmente dirige el país”. Así también otros activistas, como Julio y Fabián, mencionaban la gran “brecha de desigualdad” del país como un problema clave que debería ser abordado desde la acción política. En la vida de Julio, el acercamiento a la política se dio justamente cuando desde la producción artística buscaba representar esas brechas enfocándose en el “abandono” del Estado reflejado en los paisajes urbanos de Lima y en la postergación del arte y la cultura en las políticas públicas, mirada que más adelante evolucionó hacia un discurso político más elaborado sobre el abandono de la educación superior y una apuesta por proyectos políticos dirigidos a intentar superar este y otros problemas. Y Viviana, quien en cambio no participaba en organizaciones, hablaba igualmente de la “desigualdad social” como un tema central e irresuelto que la motivaba a *hacer algo* desde su actuación profesional.

En el capítulo anterior, al revisar los procesos de socialización política, señalé que este tema de las desigualdades sociales solía aparecer más frecuentemente en las experiencias narradas por jóvenes migrantes o hijos de migrantes. El tema volvió a surgir en esta exploración sobre todo entre quienes mostraban este perfil, más aún en lo tocante a las desigualdades entre Lima y otras partes del país, como cuando aludían al “centralismo” y al desdén estatal por los problemas sociales más allá de la capital. Las reflexiones de Amanda y Rolando apuntan precisamente a este punto. Para ella, “el principal problema del Perú es la *centralización*”, que impediría una real integración en el país:

Hasta que no dejemos de ser un país *centralista*, van a seguir habiendo los problemas que hay, porque realmente no se integra como debe ser (...). Ese es el primer problema, porque no hay una cuestión real integrativa, descentralizadora, sino que siempre están tratando de centralizarlo todo aquí en Lima, ver los problemas de Lima, pensando que los problemas de Lima son los problemas del Perú.

En su visión, esta inequidad regional estaría asociada con desigualdades de clase y con la exclusión de los sectores populares y provincianos en la capital: “[En Lima] es donde puedes ver en sí la diferencia de clases sociales, aparte que existe una discriminación muy grande”.

Rolando coincide con Amanda en que “una de las peores trabas que hay en el país es el *centralismo*”. Para él, los proyectos de cambio deberían apuntar en última instancia a modificar las estructuras que definen grandes inequidades (citando como ejemplo la “reconcentración de tierras” en manos de pocas empresas y los atropellos cometidos contra comunidades indígenas y campesinas en zonas rurales donde se ejecutan proyectos mineros). Analizando su caso desde el ángulo de la cultura política, se aprecia que en él la conciencia social y el compromiso de acción recogen esos y otros referentes de justicia social, que proyecta de varias formas en sus prácticas políticas: promoviendo miradas descentralistas y de equidad mediante la crítica social en espacios virtuales (desde un medio de comunicación en internet, donde junto a otros jóvenes intenta “visibilizar estereotipos... todos los prejuicios que tienen que ver con racismo, clasismo...”); a través de acciones, eventos y proyectos

culturales (poniendo de relieve la producción musical y artística de varias regiones del país); publicando artículos académicos suyos y de otros jóvenes en una revista de estudiantes de Ciencias Sociales; y apoyando individualmente diversas iniciativas de su gremio estudiantil y de organizaciones de izquierda. Y en los aspectos más académicos, critica duramente el centralismo que percibe también en este campo, vinculando el tema con la política:

[Con] políticas de descentralización verdaderas (...) vas a tener capas de intelectuales mucho más amplias y profesionales, con agendas propias para sus lugares. (...) Hay [en San Marcos] una gran cantidad de alumnos que aún siguen creyendo que el país funciona como Lima y provincias... ¿Qué sucede?: cuando sales de San Marcos, por más preparado que quieras salir, no haces un discurso coherente con el país porque simplemente no lo conoces. Y cuando te digo conocer no te digo ir a viajar... pero sí al menos interesarse en la Universidad por leer qué carajos produce la gente de Antropología de otras universidades, en Cusco, en Puno. La gente de San Marcos sale sabiendo más de lo que se produjo en Londres que lo que se produjo en Ayacucho. (...) Toda la bibliografía es Lima, Lima, Lima. A partir de ahí todo el discurso que tú haces inevitablemente es un discurso desde Lima. Entonces... cuando ya quieres articular ese discurso a niveles macro, sucede por ejemplo lo que pasa en Conga [conflicto social en Cajamarca, 2012], donde tienes a tipos que quieren... llevar adelante instrumentos de validación hechos por ingenieros o sociólogos formados en Lima. Tipos muy capos, yo no dudo de eso, pero que no *manyay* [entienden] un carajo de lo que sucede allí... (...) Un primer paso, al menos para el alumno sanmarquino... es abrir su literatura cotidiana de Sociales a lo que se produce más allá de San Marcos o de [la Universidad] Católica, o del IEP [Instituto de Estudios Peruanos, Lima] o del Fondo de Cultura Económica. Creo que a partir de ahí cada persona va a tomar, según sus intereses, un rumbo distinto respecto a lo que cree o sueña como país o como ciudad... de una manera más amplia y mucho más aterrizada. Hasta los discursos políticos pueden ser mucho más aterrizados.

Tanto en el espacio universitario como en los discursos políticos de los estudiantes es posible identificar un amplio campo intermedio en el que las grandes perspectivas de cambio social confluyen, se articulan o emergen en paralelo con varios otros proyectos de alcance más restringido, que pueden aparecer también como derivaciones de visiones transformadoras más amplias, pero adoptando la forma de demandas específicas por igualdad, derechos sociales y democracia.¹⁶⁰

Un punto frecuentemente señalado fue el de los problemas de la educación peruana, incluyendo la universitaria. Algunos los concebían como parte de una situación más amplia de inequidad en la sociedad peruana: “El acceso a la educación es desigual, hay una gran brecha entre los que tienen y los que no tienen, los que poco tienen” (Adrián); “problemas urgentes, como la desigualdad, no van a ser resueltos porque a los representantes [políticos] no les interesa. Esto se refleja en la Universidad, donde tampoco hay un proyecto” (Julio).

En muchos discursos de estudiantes y grupos políticos se alude frecuentemente a numerosas deficiencias y carencias que perciben en la Universidad. Estas incluyen, principalmente: la “corrupción”, el “clientelismo”, el “autoritarismo” y la “falta de institucionalidad” en el gobierno universitario, limitaciones en infraestructura y condiciones de estudio, la defensa de derechos estudiantiles (gratuidad de la enseñanza, servicios sociales, etc.) y los “déficits académicos” y la “mediocridad” entre autoridades, profesores y alumnos. Tales señalamientos, plasmados muchas veces en los programas reivindicativos

¹⁶⁰ En la encuesta del 2012, el 21% de los estudiantes asociaban la idea de “democracia” con el “respeto a los derechos de todas las personas”. Así también, el 88% estaba de acuerdo o muy de acuerdo con el enunciado “Para que haya democracia debe haber respeto a los derechos humanos”.

gremiales y políticos estudiantiles, en lo esencial se corresponden bastante bien con un conjunto de problemas que los estudiantes percibían e identificaron en la encuesta del 2012 (Tabla 7).

Tabla 7. Percepciones de los estudiantes sobre problemas en las instancias académicas y de gobierno de la Universidad, UNMSM, 2012 (variables seleccionadas)

Variables	Total SM (%)	Cs. Soc. Letras (%)
Opinión negativa sobre el rector (mala/muy mala)	46%	60%
Opinión negativa sobre el decano de su facultad (mala/muy mala)	32%	50%
Evaluación negativa de la transparencia y honestidad de las autoridades universitarias	40%	57%
Demandar a representantes que combatan la ‘corrupción’ en la Universidad	22%	22%
Percepción de ‘corrupción’ en la Universidad*	52%	69%
Considerar poco o nada democráticas a las autoridades universitarias	64%	76%
Demandar a los representantes que defiendan los derechos estudiantiles**	14%	18%
Opinión negativa sobre los profesores de su carrera (mala/muy mala)	14%	23%
Evaluación negativa de la calidad de la enseñanza (mala/muy mala)	6%	13%
Evaluación negativa de la eficiencia administrativa en la U. (mala/muy mala)	32%	44%
Evaluación negativa de la infraestructura universitaria (mala/muy mala)	30%	41%
Evaluación negativa de la situación de la universidad (mala/muy mala)	21%	33%
Considerar que las universidades públicas peruanas atraviesan una crisis	86%	89%

* Integración de datos de las dos variables anteriores.

** Otras demandas a los representantes fueron: “Formular propuestas para mejorar la educación”: 39%, 34% en CSL; y “conocer mejor los problemas estudiantiles”: 18%, 21% en CSL.

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes.

Elaboración propia.

La tabla muestra que estos jóvenes asumen en su mayoría actitudes bastante críticas frente a la realidad universitaria, incluso más allá de San Marcos (en lo que por poco no llega a ser un consenso sobre la existencia de una “crisis” en el sistema universitario público del país). Allí se observa que los picos más altos de disconformidad apuntan a la “corrupción” y el carácter poco democrático percibidos en el sistema de gobierno universitario, con una apreciación muy negativa de la figura del rector. Y en casi todos los indicadores, los alumnos del área de Ciencias Sociales y Letras destacan por cuán extendida está entre ellos la preocupación por esos y otros problemas, en comparación con lo hallado en otras áreas.

Por otro lado, en varias ocasiones registré durante la etnografía la realización de eventos políticos y académicos enfocados en los trastornos sociales y ambientales que se generaban en distintas zonas del país por el “modelo económico primario-exportador”, concretamente en relación con inversiones en actividades extractivas y energéticas (sobre todo minería, gas, petróleo, madera y centrales hidroeléctricas) y sus consecuencias para las poblaciones rurales e indígenas. Estos eventos eran organizados por agrupaciones políticas, círculos académicos o colectivos de activistas enfocados en

asuntos indígenas y ambientales. Algo similar ocurría a veces en torno a temas de género y derechos humanos. Como vimos ya con anterioridad, no existe una separación marcada entre los jóvenes que promueven acciones alrededor de estos temas específicos y quienes desde las organizaciones políticas trabajan con programas más abarcativos, pues los activistas de uno u otro sector pueden aparecer indistintamente en ambas áreas, así como también en los grupos académicos.

Los casos de Joaquín, Mariana y Paulo son representativos de esta confluencia de agendas amplias, restringidas y universitarias. Joaquín, antes de llegar a ser dirigente estudiantil y desarrollar una muy activa militancia política socialista, formó parte de un grupo de estudios marxistas y participó luego en un colectivo para la defensa medioambiental y de comunidades indígenas amazónicas. Mariana, por otro lado, primero fue representante estudiantil, luego fundó un grupo académico sobre género (que en cierto momento adquirió un perfil más político), y poco después se integró a un partido nacional. Y en la historia de Paulo, la militancia política en la izquierda vino precedida por la participación gremial y se desarrolló después en paralelo con el activismo sobre diversidad sexual, un asunto que defiende también en las discusiones internas de su agrupación política. Algunos jóvenes con este perfil manejaban la perspectiva de “articular varias luchas” particulares en grandes “plataformas” unificadoras. Así, Paulo decía sobre la evolución política de su grupo pro derechos sexuales: “ya no era la reivindicación LGTB por la reivindicación LGTB, sino también ya darle una lectura más de clase, alinearse un poco a la izquierda, o también asumirnos como feministas...”.

Las trayectorias versátiles de estos tres jóvenes dan cuenta de lo que ocurre en este campo que conceptualmente he identificado como *intermedio* entre una visión de grandes transformaciones y otro enfoque en agendas temáticas o sectoriales. En esta última categoría podemos ubicar también a los grupos que concentran su actividad exclusivamente en asuntos vinculados con determinadas carreras profesionales u otros temas también específicos, incluyendo: programas de ayuda social o voluntariado, proyectos que se desarrollan solo en medios virtuales de internet, y movimientos coyunturales o efímeros alrededor de causas muy puntuales. Y aunque las demandas amplias y las particulares suelen estar interconectadas, hay también quienes desarrollan formas de participación individual o colectiva únicamente en este campo de las agendas más acotadas.

Amanda, por ejemplo, mencionó que solo muy esporádicamente había participado en protestas estudiantiles, sobre todo en sus primeros años en la Universidad. Con Viviana ocurrió lo mismo. Ella no siguió apoyando este tipo de protestas debido a su decepción con la política universitaria, pero nunca dejó de otorgarle un gran valor a la participación; con otros compañeros conformó un grupo académico que realizó reuniones y eventos sobre género, seguridad, narcotráfico, desarrollo social y asuntos internacionales, y fuera de la Universidad participó varias veces en movilizaciones juveniles callejeras por temas coyunturales relacionados con la defensa de la democracia y los derechos civiles y políticos, o en apoyo a diversos movimientos sociales (medioambiental, feminista y pro derechos sexuales). Camila

(estudiante de Medicina), por su parte, integra una asociación científica de su facultad y ha participado en movilizaciones contra tendencias “privatizadoras” en la legislación sobre el sistema de salud pública. Ricardo, por otro lado, no participa en protestas públicas u organizaciones, pero realiza un intenso activismo virtual opinando, debatiendo y divulgando individualmente información sobre temas muy variados: el gobierno de la ciudad, desarrollo económico nacional y vulneración de derechos sociales y políticos. Varios otros jóvenes que conocí y observé en San Marcos tampoco participaban en organizaciones o protestas, pero se involucraban en programas de voluntariado estatales o de ONGs en temas como salud, ayuda social, racismo, educación y otros, generalmente fuera de la Universidad. En ellos, el sentido social puede venir asociado a perspectivas de desarrollo personal, como la de ganar experiencia en determinado campo profesional, construir redes de relaciones y obtener acreditaciones formales o certificados, todo lo cual les sería útil con miras a una posterior inserción laboral.

Mención especial merecen los estudiantes que se ubican en la “derecha” del espectro político, entre quienes hallé también los elementos que he definido como rasgos generales de una cultura política participativa en San Marcos (conciencia social y organización), pero con ciertos matices y diferencias en los distintos casos.¹⁶¹

Veamos por ejemplo dos experiencias que considero representativas de este sector. En la primera tenemos a Esteban, estudiante de Ciencias Sociales que se autodefine como “liberal” de “derecha”. En Ayacucho, antes de trasladarse a Lima, él participó activamente en el municipio escolar de su colegio religioso asumiendo una visión de cambio y obtención de mejores condiciones de estudio para él y sus compañeros. Ya en San Marcos, se interesó por la política universitaria y adoptó una postura crítica de los grupos estudiantiles de izquierda, señalando que no encontraba en sus discursos propuestas de desarrollo ancladas en la realidad nacional y la economía: “Hay más ‘ganar de’, a partir de la ideología, pero en el sentido de manejo de la economía acá la gente sabe poco o nada. (...) Veo esta carencia de referentes de una realidad, hablan siempre desde los libros”. En su relato biográfico, el sentido social aparece en varios momentos, por ejemplo en relación con el terreno educativo, en el que le gustaría que se promueva una visión más humanista y menos orientada al mero éxito económico individual. Y en lo relativo a la idea de organización, reconoce en su vida una “constante” vocación por la búsqueda de soluciones colectivas a los problemas:

Me gustaba mucho la organización; en mi casa yo también buscaba que se organicen las cosas, que haya un acuerdo sobre lo que se debía hacer, no me gustaba mucho eso de irnos a la deriva. (...) En el colegio me gustaba mucho –creo que es una constante [en su vida]- *tratar de organizar, hacer algo*; entonces había la idea de querer llegar a la alcaldía del colegio con un amigo más...

No obstante, Esteban no había participado en la Universidad en algún grupo político, quizás porque en su facultad resulta raro encontrar agrupaciones que reivindicuen posiciones liberales o de derecha: “Con unos amigos decía: sería bacán que en San Marcos nazca un grupo de derecha, porque

¹⁶¹ Recordemos que en el 2012 había en San Marcos un 24% de alumnos que decían ser de “derecha”, cifra que se elevaba ligeramente en CSL (26%), el único espacio donde la identificación con la “izquierda” (38%) superaba al “centro” (35%).

hablar entre izquierdas es para ver quién es más izquierdista que el otro”. Sus deseos de “hacer algo” de manera organizada se canalizaron en un proyecto académico: la publicación de una revista de análisis social. Esto se corresponde con su mirada sobre el rol de las Ciencias Sociales en la generación de “visiones a futuro”: “El país es muy complejo; para entenderlo es necesario que haya gente que esboce ideas, que ayude a entenderlo, que hable de los procesos sociales y dé alternativas, rumbos”. Al exponer su concepción de la política, Esteban indica que para él es “una forma de buscar una mejor vida, vivir bien, mejorar la vida a través de la organización”. Y si bien esto que nos dice admite como interpretación la de ver en la política una vía de desarrollo individual, el sentido social que observamos en las nociones previas permiten intuir que se estaría refiriendo a mejoras colectivas.

La postura de Esteban se diferencia de la de Gonzalo, aún cuando ambos en apariencia se ubiquen en una misma tendencia ideológica. Refiriéndose a su propio posicionamiento, Gonzalo nos dice: “yo puedo ser medio liberal, medio derecho, por todo lo que ha pasado” (refiriéndose a varias decepciones que experimentó al ensayar el camino del activismo en la arena política estudiantil). Como muchos otros sanmarquinos, él muestra un interés en la política y los problemas nacionales; y al igual que Esteban, le otorga también un lugar importante al trabajo intelectual. De hecho, coincidentemente se organizó también con otros estudiantes para publicar una revista académica. Él concibe el tema organizativo como parte de una tendencia personal a siempre tratar de “ser parte de algo”, de integrar un colectivo en el que pueda alcanzar una posición destacada, de liderazgo. Dos diferencias clave en su caso son su orientación más pragmática (que él atribuye a su desencanto con la política universitaria, pero que reconoce también en su familia) y una más marcada búsqueda de “beneficios” o ventajas personales: “Ahora, después de toda esta experiencia que pasó en la Universidad, soy un tipo bien práctico; no me esperanzo con nada, de verdad, con nada. Donde pueda conseguir un beneficio, ahí estoy”. Pero en esta vocación más individual hay también un espacio para el sentido social, solo que este se restringe principalmente a su ámbito más próximo, en principio de alcance grupal, mediante la cooperación en “redes de trabajo, profesionales” con las que tanto él como los miembros del grupo podrían alcanzar un “beneficio colectivo” en función de sus metas de superación personal (como la construcción de prestigio académico y oportunidades laborales). Más allá de este entorno, Gonzalo no expresa en su discurso grandes ideales de cambio social. Sin embargo, al observar su desempeño político y académico sí pude reconocer acciones dirigidas a lograr mejoras en el ámbito universitario, tanto para él como para otros estudiantes (principalmente en las condiciones de estudio), y a un nivel más amplio una visión que abarca desde la promoción de la memoria de la violencia política y la defensa de los derechos humanos, hasta la idea de la eficiencia en la gestión de políticas públicas.

Resumiendo lo visto hasta aquí, tenemos entonces como rasgos generales de una cultura política mayoritaria entre los sanmarquinos la noción de una conciencia social, la propensión organizativa y participativa, y la predominancia de *visiones de cambio social* y *actitudes críticas* que apuntan a distintos

niveles de la realidad social: desde proyectos de transformación estructural y justicia social de gran alcance hasta cuestiones más específicas e inmediatas relacionadas con determinados derechos y libertades, coyunturas sociopolíticas, los entornos de socialización más próximos y anhelos de superación personal y grupal. Mediante las entrevistas y la observación etnográfica recogí información sobre una amplia variedad de temas en los que estos jóvenes se involucran. Ensayando una mirada global de los discursos políticos, se puede afirmar que las preocupaciones tendencialmente se aproximan más a programas y agendas cercanas a ideas de izquierda y liberales, con un énfasis en diversas formas de desigualdad social. Y aunque no disponemos de indicadores o variables que permitan cuantificar cómo se distribuyen las preferencias en función de temas específicos, al menos la actitud crítica queda bien reflejada en las miradas y evaluaciones de los estudiantes sobre los problemas de la realidad universitaria.

6.2. ENTRE LA APERTURA Y LA CERRAZÓN

Una forma de reconocer los valores políticos de los estudiantes es analizar los juicios y evaluaciones que emiten con respecto a sus experiencias y relaciones con los actores y las instituciones de los sistemas políticos universitario y nacional. Al revisar los discursos y examinar los contenidos de estos juicios, aparecieron con singular frecuencia diversas nociones que de un modo u otro remiten a la idea de *apertura*. A continuación analizo esas nociones, en principio, para identificar los sentidos que les dan los sujetos, luego para mostrar las relaciones de correspondencia y discrepancia entre los valores políticos y los cursos de acción propios y ajenos, y finalmente para establecer una nueva distinción entre dos pautas de cultura política: una abierta al diálogo y la pluralidad y otra que es vista como su negación.

Desde una mirada general, idea de *apertura* engloba un conjunto de sentidos: la *libertad* de expresión y pensamiento; la disposición a *acoger nuevas ideas*, aprender y ampliar las visiones sobre el mundo; la aceptación de la *pluralidad* en los idearios y posturas políticas; el *diálogo* y la *tolerancia* en las relaciones entre personas con posiciones discrepantes. En algunos casos, estas ideas son mencionadas explícitamente como valores apreciados por los jóvenes. En otros casos, emergen de contradicciones entre esos valores y diversas experiencias en las que más bien perciben su ausencia en el mundo político.

Esteban, por ejemplo, evoca episodios de su socialización en la escuela y la familia cuando nos habla de temas como la libertad de pensamiento y la pluralidad. Él aprecia el que los “curas” de su colegio (salesianos) hayan enfatizado la formación en “valores”: “Eso era lo bonito: la *apertura* de la congregación, que no había esa mirada de que dios te va a castigar... esa apertura de que ‘si quieres creer y te sientes bien creyendo en esto, hazlo, si no, no lo hagas’. Había mucho eso, y creo que se impregnó bastante en mí”. Luego, menciona también una influencia familiar en su tendencia a contrastar distintas ideas. Esto – nos dice- hace parte de sus prácticas en la Universidad cuando lee textos de autores que le parecen “interesantes”: “De repente pretendo neutralizarlos –de una manera inconsciente. Siempre en mi familia decían: ‘no te creas todo lo que lees’; entonces, la mejor manera de no creerlo era buscar la contraparte”.

Viviana, por su lado, valora mucho el ambiente de *libertad de expresión* que encuentra en la Universidad: “hay todavía ese aire de poder debatir las cosas, aunque se traten de imponer unos a otros, pero la gente tiene la capacidad de poder discutir, *debatir las cosas libremente*. Eso me pareció *bacán*, y que existen esas iniciativas participativas también”. En su caso, una noción de *pluralidad* interviene en las prácticas, precisamente en relación con esas “iniciativas participativas” a las que alude: “tuvimos una iniciativa de hacer un grupo de género con unos compañeros de la base y tratamos de hacerlo lo más *diverso* posible, para *ampliar* un poco la discusión dentro del grupo, *no quedarnos en una sola idea* y generar un poco de actitud crítica”. Viviana agrega que, para materializar esa visión, ella y sus compañeros invitaron a participar en sus discusiones a dos activistas políticos, algo que finalmente habría significado la ruptura de este nuevo espacio: “no resultó muy bien... por unos problemas entre personales y políticos (...) los invitamos al grupo pero ellos tenían otras intenciones, quizás las de *imponer* debates políticos, partidarios de sus agrupaciones... entonces eso como que generó una especie de división”.

Esteban y Viviana desaprueban dos actitudes que perciben entre algunos activistas: el pretender que ciertas ideas son las únicas válidas, y el que unas personas traten de “imponer” sus ideas. Al respecto, Esteban menciona por ejemplo sus conversaciones con una joven activista (a quien señala como miembro del Movadef): “ella decía que hay una ‘ideología correcta’; me sorprendía eso; haber transitado por acá, por Sociales, el haber escuchado todas las críticas a los teóricos, y quedarse con que hay una ‘verdad’, una ‘ideología correcta’...”. En esta actitud él encuentra el origen de algunas exclusiones que dice haber experimentado: “Si te identificas como liberal –soy liberal–, entonces la gente dice como que ‘ya no tiene sentido hablar contigo, yo puedo hablar con alguien que tiene un matiz de lo que yo pienso, pero no con alguien que es lo opuesto. Ya las diferencias entre nosotros están zanjadas, no hay nada que discutir”.

El que algunas personas presenten sus ideas como las “correctas” o como verdades únicas suele propiciar distintas actitudes entre los estudiantes. Unos simplemente toman distancia de las personas que asumen tales posturas. Otros, en cambio, cuestionan dichas ideas y entran al debate. Esto último se puede observar en las asambleas o los debates políticos que tienen lugar en la Universidad, pero quizás ocurre mucho más en distintos foros virtuales, especialmente en Facebook, donde los intercambios de opiniones pueden ser tan intensos y acalorados como los que se dan en la Universidad, pero con la diferencia de que en internet la participación es más amplia, pues incluye a muchos jóvenes que, en la “vida real”, normalmente toman distancia de las organizaciones políticas y los foros públicos de deliberación.

Aquí puedo exponer un caso en el que la idea de apertura, ligada al sentido de libertad de expresión, aparece guiando algunas prácticas en el espacio virtual. A mediados del año 2012, un grupo de estudiantes realizó una “toma” del local de la Facultad de Ciencias Sociales, en protesta por distintas arbitrariedades atribuidas a las autoridades universitarias. En este contexto se abrió en Facebook un grupo llamado “La Facultad está tomada!!!” (LFET), donde se divulgaban publicaciones, opiniones y comentarios de quienes tenían posiciones a favor y en contra de esa “medida de fuerza”. Pasada la

coyuntura que le dio origen, LFET siguió siendo una plataforma de debate, en la que cada vez más fueron surgiendo posturas críticas sobre las prácticas e ideologías de varias agrupaciones estudiantiles, generalmente de izquierda. Frente a esto, los administradores, activistas de izquierda, decidieron establecer filtros o controles para aprobar o rechazar por un lado los contenidos que se podían publicar o no, y por otro lado el ingreso de nuevos miembros al grupo. En esos días (en octubre del 2013), al notar que sus publicaciones y comentarios críticos estaban siendo “censurados”, unos estudiantes decidieron crear otro grupo de Facebook con el nombre de “La Facu está Tomada - Sin Censura” (LFET-SC). Desde ese momento, el flujo de comentarios y discusiones políticas comenzó a trasladarse a este nuevo espacio virtual, que se definió como un “Grupo reaccionario, de debate *abierto, tolerante, democrático...*”. Incluso, LFET-SC llegó a superar en número de miembros al grupo controlado por los activistas políticos, que poco a poco se fue quedando casi en el abandono. Así, por alrededor de un año, LFET-SC se convirtió en una tribuna en la que se expresaban críticas sarcásticas sobre las organizaciones de izquierda y las autoridades sanmarquinas, pero también debates más “serios” sobre los problemas universitarios. En el relato de uno de los iniciadores de LFET-SC podemos ver cómo los valores políticos ligados a la idea de apertura o su negación se manifiestan en algunas prácticas políticas:

... el grupo de la COOGRE [coordinadora de gremios de San Marcos] cierra filas cuando empezamos a criticar a EI [grupo político] y empezó a poner control de contenido [en LFET]; lo que publicabas iba a estar sujeto a evaluación y nosotros empezamos a preguntar a la gente: ‘¿y quiénes evalúan?, ¿quiénes son ellos para evaluarnos?, ¿quién les ha dicho que nos pueden evaluar si el espacio es de todos? Creamos ‘La facu está tomada - sin censura’... en el que puedes publicar de todo (...) es un ámbito totalmente *libre* (...). [Antes de eso, en LFET] colocábamos cosas *cuestionando* a los marxistas; no a Marx, no a su producción: a los marxistas. Y ¡pum!, nos *cerraban*, botaban la publicación. Esa es la práctica de la izquierda en la Universidad: la *censura*. Entonces nosotros apostábamos por un espacio en el que no hay ‘moral oficial’; uno mismo es capaz de controlar su moral, tú decides lo que es correcto o no, y en espacios virtuales ese *like* es lo correcto o lo incorrecto, es la aprobación o la desaprobación.

Quien me narró este episodio mencionó en otro momento la necesidad de proteger “derechos individuales” como este de la libertad de expresión. Otras ideas que este joven reivindicaba en su discurso fueron la defensa del carácter “laico” de la política (“una separación entre la cosa pública y la religión”) y la apertura al “diálogo”, evitando que sea reemplazado por la violencia.

La noción de *diálogo* apareció también, en varias ocasiones, en el testimonio de Iván, quien afirma que desde su posición de representante gremial intenta siempre “escuchar a todos” para tratar de elaborar “propuestas consensuadas” que recojan “las necesidades de los estudiantes”.

Entre otros sentidos adscritos a la noción de apertura está también el de *ampliar* las propias visiones para *acoger nuevas ideas*. Rolando lo pone de este modo, refiriéndose a su experiencia de haber conocido distintos enfoques sociológicos en la Universidad: “como que vas entendiendo y vas *ampliando* tu mente, vas ampliando los discursos que tienes en la cabeza”. Por extensión, pero también por oposición, varios estudiantes le dan este mismo sentido a lo que esperarían de ciertas organizaciones políticas en las que no encuentran una actitud abierta a distintas ideas, programas o formas de ver la realidad. Así, Julio hallaba por ejemplo una marcada diferencia entre lo que percibe en la Universidad y lo

que conoció anteriormente en grupos de jóvenes que se organizaban en torno al arte y la música, donde dice haber notado una “mayor apertura”: “empecé a contrastar con las actividades que veía en la Universidad, y vi un poco esa diferencia”.

Mientras más apuntan los discursos a situaciones o actores políticos concretos, más aparece la idea de apertura como un valor o anhelo negado, desde miradas críticas cuya intensidad aumenta conforme se pasa de las percepciones de moderación a las de “radicalismo” en las agrupaciones y sus miembros. Tales visiones críticas apuntan principalmente a tres ámbitos: las ideologías, las posiciones político-programáticas, y las actitudes (incluyendo a las prácticas de exclusión más personales). Y desde otro ángulo, se enfocan también en tres tipos de relaciones: las que se dan entre las organizaciones políticas y los estudiantes en general, las que entablan distintos grupos entre sí, y las dinámicas internas de cada organización. Aquí hay que señalar que los juicios críticos provienen tanto de quienes no participan en política como de personas con distintos niveles de compromiso activista, incluyendo en varios casos a líderes políticos y dirigentes gremiales que formulan críticas sobre sus propias organizaciones. Analicemos algunos casos que dan cuenta de estas situaciones.

Para Rolando, la negación de la apertura se refleja en lo que él ve como un estancamiento de las agendas e idearios de algunos grupos políticos, cuyas posturas compara con las de otros colectivos que juzga menos cerrados a nuevos programas e ideas:

... los veía como los tipos detenidos en los setentas hablando de Mariátegui y el ‘Che’ una y otra vez. También la gente vinculada con los *sacos* y los *filo-sacos* (los que no se definían si eran o no). Era gente que andaba con discursos que para mí eran recontra caducos, del indigenista y la pachamama... Me gustaba la idea de esta izquierda *progre*, que podía chambear con el mercado y demostrar que la acción privada sí podía ir de la mano...

El tema del carácter cerrado que se percibe en varias organizaciones políticas afloró en repetidas ocasiones durante las entrevistas, por lo general de forma espontánea cuando los jóvenes narraban sus experiencias en el mundo político. Desde sus perspectivas, ese carácter se expresaría en actitudes verticales y autoritarias que identifican en muchos miembros de las elites políticas: “Supuestamente en una asamblea general, que es una máxima instancia donde deberían participar todos para tomar las decisiones, hay esto de que la participación es mínima. (...) Pero justamente hay esto porque *no hay cierta apertura, comunicación...*” (Julio).

Pasa esto: que una agrupación política *piensa que lo que ellos hacen está bien para los demás, que no hay otra posibilidad*, que ‘lo que yo estoy haciendo es por el bien de mi facultad, escuela, universidad’. Algunos no se dan cuenta de que su decisión no es lo mejor. Otros se dan cuenta, pero igual lo hacen. Hay esa miopía de pensar que porque fueron elegidos en elecciones obligatorias, luego *no hacen caso a la gente* amparándose en que ellos son los que ocupan los cargos. Toman las decisiones apartándose de la gente. Eso pasa en todas las agrupaciones, en todos los representantes. (Adrián).

[Las organizaciones políticas] Buscan legitimidad entre los estudiantes; pero a la vez, con sus discursos, tienden a perder legitimidad. Ellos representan porque los eligen, pero cuando están ante la población de un determinado espacio gremial, comienzan a haber disputas y se comienza a percibir a [otras] personas como entes negativos y los comienzan a separar o atacar o a tratar de desestabilizar en su posición. [E: ¿Y a qué se debe eso?] Piensan que en esos espacios de representación pueden desarrollar sus propias

estrategias partidarias, y allí chocan con los intereses de todos; *piensan que su forma de pensar es la única* que va a solucionar todo y *no escuchan* a los demás. (Iván).

Más allá de lo que declaran estos jóvenes, varias veces durante el trabajo de campo pude observar aquellas actitudes que ellos desaprueban.

Conversación entre sanmarquinos. Asistí a una fiesta tradicional de música y bailes andinos, donde participaron algunos grupos artísticos de San Marcos. (...) En cierto momento reconocí a P., de Sociología (debe estar terminando la carrera). Conversé por un buen rato con él y otras personas. No recuerdo cómo, terminamos hablando de temas políticos e ideológicos. P. y otra persona decían ser de 'izquierda', pero P. le dijo a esta segunda persona: 'Tú no puedes ser de izquierda, de ningún modo'. Cuando su interlocutor le preguntó por qué, P. le respondió: 'Simplemente no puedes ser de izquierda porque tú no eres marxista'. Desde ese momento la discusión se tornó más intensa. Todos dimos varios argumentos, pero P. andaba muy convencido de que 'necesariamente' una persona tenía que ser marxista para que se le pueda considerar de 'izquierda'.¹⁶²

Pero fuera de las relaciones interpersonales, o de aquellas que se dan entre las elites políticas y los estudiantes "de base", los líderes políticos y representantes entrevistados relataron también varias experiencias en las que la falta de apertura se manifestaba de forma más corporativa, en las interacciones entre distintas organizaciones, a veces por diferencias ideológicas, a las que se suele aludir empleando el concepto de "dogmatismo". Al respecto, Joaquín refiere que él y otros dirigentes de un frente político en el que participó (que otros estudiantes veían como de izquierda "moderada") intentaron formar alianzas con grupos que no compartían sus referentes ideológicos: "muchos de ahí nos consideramos marxistas, socialistas, [pero] no tratamos de imponer esa ideología a la totalidad del frente, porque se rompería, porque sabemos que no todos comulgan con el marxismo". Otras veces, las tensiones se deben a discrepancias programáticas. En cualquier caso, muchos señalan como "sectarismo" esta actitud de "aislarse" o "encerrarse" en las propias ideas o posturas:

Lo que sí he encontrado en San Marcos, y en la política juvenil en general, en los partidos de izquierda, es mucho *sectarismo*: 'yo tengo mi gente, y ni que se me acerquen a hablar, no, nada, somos totalmente distintos, opuestos y *no hay posibilidad de entablar ningún tipo de diálogo...*' Eso yo considero que es uno de los más grandes errores... eso genera sectas... (...) Lo que siempre me aconsejó en este caso mi padre fue: 'si vas a hacer política, escúchalos a todos y finalmente tú defínete en base a eso; lo peor que puedes hacer es sectarizarte'. Y eso es lo que hice. Estuve cercano a varios grupos políticos en la Universidad, nunca con una actitud sectaria, siempre de *apertura* y de fomentar el debate... (Joaquín).

Había un grupo... recontra así radicalizado [decían] que todos son 'oportunistas', una serie de adjetivos, 'arribistas', todo lo que termina en 'ista', todos los adjetivos posibles... Me di cuenta de que militaban en un grupo, que tenían cierta articulación y cierta ideología (...) [Un] perfil radicalizado, de *creerse el único*, el mejor, el más 'combativo'. Eso me generó como un anticuerpo. Decía '¿este está loco o qué?', algo así. (...) [En los debates políticos] yo critico de repente porque no están contemplando el tema del bienestar social acá, crítica para construir algo. Pero hay otra crítica que es bien lapidaria, donde critico no para contribuir o decir 'mira, hay que hacer esto para que mejore...', sino que lo critico porque eres de un grupo, y tu grupo no coincide con mi grupo... (Julio).

Varios activistas entrevistados identificaron esa falta de apertura también en sus propias organizaciones. Uno de ellos es Iván, quien nos cuenta su experiencia en una reunión partidaria donde intentó sostener un argumento que cuestionaba la tendencia a privilegiar las "lecturas ideológicas" por sobre análisis más aterrizados en la realidad sociopolítica: "¡Casi me quemaron! Varios lo planteamos y

¹⁶² Diario de campo etnográfico, 3 May. 2015.

‘Ahhh’. La dirigencia amenazó con expulsarnos: ‘hay gente que debería salir’, nos dijeron. [E: ¿No plantearon ellos un contra-argumento?] No. Lo ignoraron y salieron”.

En estos y otros relatos de experiencias vemos que el asumir valores políticos asociados con el diálogo, la tolerancia y la libertad de expresión entra en contradicción con el carácter “cerrado” percibido en ciertos sectores políticos, que en las historias son casi siempre de izquierda. De hecho, en más de una ocasión, cuando al abordar estos asuntos algunos estudiantes mencionaron a partidos nacionales de centro o derecha, lo hicieron para compararlos con las organizaciones de izquierda y enfatizar cuán marcada es la falta de apertura que perciben en este sector. Y con frecuencia, hablaban también de este problema en relación con sus consecuencias, entre las que figuran los abandonos de militancias, la fragmentación de bloques y organizaciones y el aislamiento de los grupos más “radicales”: “Hay grupos que... piensan que la política o hacer política muchas veces es una imposición (...) piensan que es de arriba hacia abajo... por eso es que se comienzan a aislar esos grupos. (Joaquín)”. “Iba a las AGG [asamblea general de gremios]. Veía así disputas por todos lados; ¡puta!, que todos se decían por acá, que el otro por acá, los trapos por todos lados. Todos los defectos que pueda tener un grupo, el otro grupo te lo dice. Y para no quedar mal, el otro grupo [también]...” (Julio).

Pero más allá de lo que ocurre entre las organizaciones o en su interior, las consecuencias de la falta de apertura incluyen, en un plano más amplio, el alejamiento de la política por parte de muchos estudiantes y el desencanto político focalizado en la Universidad:

La gente ve la participación como un espacio en el que tengan todos que vertir las ideas y que esas ideas o propuestas se consensúen. Sin embargo, los grupos políticos, o individuos, o colectivos, o movimientos, o lo que exista –hay de todo– marcan una posición, y entonces las personas que tratan de ingresar a este espectro para ser escuchados *se encuentran con un muro* en el que no pueden pasar, y es allí justamente donde la gente comienza a perder el interés. (Iván).

... esa herencia, ese legado de la izquierda vieja, de la izquierda tradicional, de la izquierda que no concibe escalas de grises sino blanco y negro, es la que me decepciona y sobre la cual no tengo ningún interés ni siquiera en ir juntos bajo una idea de cambio *dentro* de la Universidad. Fuera de la Universidad sí creo en determinadas dinámicas... (Fabián).

Todos [los grupos políticos], no creo que se escape ninguno, pero unos más que otros, unos que ya pues, llegan a extremos: ‘tú eres un oportunista, eres hijo de La Mafia, ahijado de Cotillo [rector]’, algo así. Entonces creo que en los estudiantes ya hay una aversión: ‘¿qué?, ¿para esto voy a entrar?, ¿para esto voy a participar acá?’ Esa aversión que es lamentable y es crítica hace que muchos estudiantes también se alejen. Yo he visto a muchos compañeros que, en la medida en que se van acercando, ven esto y se van alejando, ¿no? Yo he visto esto, pero no me he alejado. (Julio).

Estas tres últimas citas corresponden a jóvenes con mucha participación en organizaciones políticas (Iván y Julio dentro y fuera de la Universidad, y Fabián solo fuera, aunque en San Marcos integra un colectivo académico). En lo esencial, lo que nos dicen coincide con lo manifestado por varios otros estudiantes que o bien abandonaron la participación en organizaciones políticas en San Marcos (como Fabián) u optaron por no involucrarse en ellas, aún teniendo interés en los asuntos universitarios. Y si retomamos los motivos del desencanto político ya expuestos (en el capítulo IV), podemos ligar las

prácticas y valores asociados a la idea de apertura con el alejamiento de la acción colectiva institucional generado por las percepciones y experiencias que apuntan al “radicalismo”.

No obstante, es preciso tener presentes al menos cuatro puntos adicionales. En primer lugar, tales alejamientos de la política no surgen solo como reacción frente al radicalismo sino también por varios otros motivos. De algunos de ellos me he ocupado previamente; pero este enfoque en los valores políticos permite apreciar otras razones de esa toma de distancia, como por ejemplo la valoración personal de la libertad de expresión y pensamiento, que algunos superponen a cualquier tipo de encuadramiento ideológico o programático, sea o no radical:

[Una feminista] Me hizo como una especie de cita de Nietzsche que ella leía cuando era adolescente, y era algo así como que ella no militaría en ningún partido porque, de alguna forma, la ideología, adherirse a la ideología de un partido, es limitar un poco tu actitud crítica y tu propia *libertad* como libre pensador, de alguna forma; algo así era la cita. Pero digamos que yo también considero un poco eso: no he querido militar en un partido porque, entre otras cosas, no he sentido afinidad y creo que es un poco limitar tu actitud crítica y, ahora, específicamente sobre organizaciones sociales o movimientos y cosas así, también es un poco lo mismo... [refiriéndose a grupos feministas] (Viviana).

En segundo lugar, para otros la falta de apertura en algunos grupos constituye tan solo un criterio de descarte al momento de elegir dónde participar. Es lo que ocurrió con Iván cuando decidió integrarse al Partido Socialista, donde inicialmente consideró que “había un poco más de *apertura*”, pues era “uno de los pocos que veía el tema LGTB y tenía activistas LGTB... cosas que no tenían otros partidos como Patria Roja o Pueblo Unido que son un poco *más duros*...”. En otros casos, el constatar aquello al interior de determinado grupo motiva solo el cambio a otra organización, como ocurrió con Fabián. Él se retiró del brazo universitario de un partido comunista diciendo: “no creo en esta idea de que unos cuantos decidan el destino de todos”; e ingresó después a otro partido, donde encontró un mayor margen de acción: “creo que algo puedo hacer ahí con mayor *flexibilidad*, que la izquierda no me da en San Marcos, algo puedo hacer”.

En tercer lugar, el mismo carácter “cerrado” de algunas prácticas e ideologías puede ser un factor que en algunos sujetos motiva una toma de conciencia del valor de la tolerancia y el diálogo en las relaciones políticas, como parece haber ocurrido con Julio, quien en la Universidad habría atravesado un proceso de moderación (o “maduración”) en sus posturas políticas, según lo que él mismo da a entender (y según el comentario de otro estudiante que en algún momento se refirió a él):

[El ir] vinculándome con personas mayores que tenían *muchas visiones, distintas*, hizo que pensara que, si se quiere conformar algo, tendría que ser algo bien *amplio* y bien democrático; y en ese sentido sí, en base a una retrospectiva de mi propia vida, he visto un poco de maduración en el sentido de que, si bien *he visto a la sociedad un poco esquemática*, las propias soluciones, poco a poco las experiencias y por la propia participación que he tenido en la Universidad, he visto que las cosas que se plantean a veces se limitan justamente por eso, porque *es un poco cerrado, no hay apertura*... por decirte, personas que sean *distintas* a ti. O sea, yo me considero una persona de izquierda, pero ¿por qué no puede participar tal vez una persona que no [lo sea]?

Y en cuarto lugar, los discursos de apertura están tan ampliamente difundidos que también los enarbolan a veces las personas y los grupos que son percibidos como más “cerrados” o “radicales”.

Muestra de ello es lo que registré en el año 2013, cuando se organizaron en San Marcos diversos eventos de oposición a Sendero Luminoso. En esa coyuntura, muchos calificaban como “dogmáticos” a los defensores de la ideología senderista (el llamado “pensamiento Gonzalo”), quienes la proponían como “la única científica”. Y éstos, tratando de hacer frente a tales señalamientos, comenzaron a divulgar en sus discursos y publicaciones una cita atribuida (erróneamente) a Voltaire: “No estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero defenderé hasta la muerte su derecho a decirlo”.¹⁶³

Desde luego, difícilmente se podrá encontrar a alguien que explícitamente se reconozca a sí mismo como “cerrado” en sus ideas. Lo más común es que la gran mayoría reivindique la apertura como un valor, al menos retóricamente e incluso cuando las prácticas desdican el discurso. En todo caso, la constante aparición de referencias a la noción de apertura en las entrevistas y durante las observaciones de campo tiene un correlato en los datos de la encuesta del 2012. Con los datos de la Tabla 8 podemos analizar el punto desde dos enfoques: midiendo la extensión y magnitud en que se presenta la idea de apertura con los datos sobre preferencias por determinados *valores* sociales y políticos (libertad de expresión, diálogo y tolerancia); y evaluando también varias *actitudes* reportadas que podemos asociar con esos valores (disposición a cuestionar las propias convicciones personales o a cambiar las ideas políticas, y negación de la existencia de “verdades universales”).

Tabla 8. Actitudes y sentidos asociados a la idea de “apertura”, UNMSM, 2012

Variables	%
Asociar la idea de ‘democracia’ con la <i>libre expresión de las ideas</i>	29%
Asociar la idea de ‘política’ con el <i>diálogo</i> y la búsqueda de acuerdos entre grupos	25%
Valorar la <i>tolerancia</i> como una cualidad que se debería inculcar en la crianza*	56%
Estar dispuesto a <i>cuestionar las propias convicciones personales</i> de ser necesario**	65%
Considerar la posibilidad de <i>cambiar las propias ideas</i> políticas en el futuro***	63%
Considerar que ningún libro o teoría contiene <i>verdades universales</i> ****	56%
Valoración positiva de la libertad de expresión, el diálogo o la tolerancia (‘apertura’)	75%
Valorar la apertura y estar dispuesto a cuestionar las propias convicciones personales	50%
Valorar la apertura y considerar la posibilidad de cambiar las propias ideas políticas	47%
Valorar la apertura y considerar que no existen ‘verdades universales’	41%
Consistencia entre valores y actitudes asociadas con la apertura	23%
Valoración positiva de la libertad de expresión, el diálogo y la tolerancia e interés en la política	52%

* En una pregunta de opción múltiple

** En contraste con estar dispuesto a defender las propias convicciones a toda costa (31%).

*** En contraste con considerar difícil un posible cambio en las propias ideas políticas (34%).

**** Versus la idea de que “existen teorías y libros fundamentales que todo estudiante debería conocer para entender la sociedad” (42%).

Fuente: Base de datos SENAJU-Estudio UNMSM, 2012. Muestra representativa de 470 estudiantes.

Elaboración propia.

¹⁶³ Se trata de una cita apócrifa. No obstante, se sabe que Voltaire mantenía una postura de defensa de la tolerancia.

En la tabla vemos que en el 2012 los alumnos que identificaban a la democracia y la política con la libertad de expresión y el diálogo, respectivamente, junto a quienes expresaban su preferencia por la “tolerancia” como un valor que se debería inculcar en la crianza, conformaban una amplia mayoría (75%).¹⁶⁴ Sin embargo, al contrastar el respaldo a esos valores con las *actitudes* de apertura ideológica reportadas, hallamos que se reducen a la mitad o menos de la mitad las proporciones que representan a quienes muestran alguna consistencia entre los valores y las actitudes. Y el porcentaje se reduce aún más cuando, al cruzar ambas series de datos, nos enfocamos en la consistencia absoluta entre las tres actitudes consideradas y el respaldo a uno o más componentes valorativos de la variable “apertura” (23%).

Estos mismos datos y variables sirvieron para realizar análisis adicionales de estadística inferencial, con los que pude corroborar algunos planteamientos extraídos del trabajo etnográfico relacionados con el alejamiento de la participación y el rol de determinados valores políticos y sus actitudes asociadas en este fenómeno. Las preguntas que guiaron estos análisis complementarios fueron: ¿qué relación existe entre, por un lado, el sostener actitudes y valores ligados a la idea de apertura, y por otro lado el interés en la política, la percepción sobre las organizaciones políticas estudiantiles y la participación en ellas?, y ¿cómo se relacionan el tener posturas más “abiertas” o “cerradas” en el terreno ideológico con la participación política? Para responder a estas preguntas seleccioné seis variables dependientes y medí individualmente sus relaciones con las variables asociadas a la idea de “apertura”.

Variables dependientes (para seis diferentes modelos multivariados):

- Interés en la política universitaria (muy poco o nada de interés).
- Interés en la política nacional (muy poco o nada de interés).
- Opinión negativa de las organizaciones políticas estudiantiles (OPE; negativa o muy negativa).
- Opinión negativa de los centros de estudiantes (gremios; negativa o muy negativa).
- Considerar que las OPE son poco o nada democráticas.
- Haber participado en OPE durante los últimos 12 meses.

Variables independientes:

Valores asociados con la noción de ‘apertura’

- Asociar la idea de ‘democracia’ con la libre expresión de las ideas
- Asociar la idea de ‘política’ con el diálogo y la búsqueda de acuerdos entre grupos
- Valorar la tolerancia como una cualidad que se debería inculcar en la crianza

Actitudes de apertura ideológica

- Disposición a cuestionar las propias convicciones personales
- Considerar la posibilidad de cambiar las propias ideas políticas en el futuro
- Considerar que ningún libro o teoría contiene verdades universales

logit P_{variable independiente} =

constante + demo_libex + politica_dialac + val_toler + convic_cues + ideas_cambio + verdad_no

¹⁶⁴ La valoración de la ‘apertura’ se dio de manera transversal en la población, con muy poca variación entre las cuatro grandes áreas académicas (rango: 73% - 76%).

Al correr estos ejercicios en el paquete estadístico encontré, para el interés en la política, que el rechazo a las “verdades universales” se vinculaba directamente con un menor interés en la política universitaria (correlación negativa y estadísticamente significativa: $p=0.009$), pero no necesariamente con un menor interés en la política nacional (asociación negativa débil: $p=0.209$). La disposición a cuestionar las propias convicciones, en cambio, se relacionó con un mayor interés en la política, tanto universitaria como nacional (correlaciones positivas y estadísticamente significativas: $p=0.029$ y $p=0.002$, respectivamente). El considerar posibles cambios futuros en las ideas políticas se relacionó de modo directo con un mayor interés en la política nacional (correlación positiva: $p=0.006$), pero con el interés en la política universitaria se dio una asociación inversa (aunque débil y no estadísticamente significativa: $p=0.116$). Asimismo, la mayor valoración de la libertad de expresión significó un mayor interés en la política nacional y universitaria (correlaciones positivas y estadísticamente significativas: $p=0.015$ y $p=0.039$, respectivamente), mientras que para la valoración del diálogo y la tolerancia no surgió ninguna asociación relevante con dicho interés.

Para las opiniones sobre las organizaciones políticas, hallé una asociación fuerte y directa (pero no estadísticamente significativa) entre considerar que no existen verdades universales y tener opiniones negativas de las OPE ($p=0.063$). Luego, encontré una relación también directa entre la disposición a cambiar las propias ideas políticas y considerar que las OPE son poco o nada democráticas (correlación positiva y estadísticamente significativa: $p=0.040$), y una relación del mismo tipo entre concebir la política como “diálogo” y percibir esa carencia democrática en las OPE (correlación positiva fuerte, pero no estadísticamente significativa: $p=0.075$). No surgieron relaciones importantes entre la desaprobación de los grupos políticos y las variables referidas al cuestionamiento de las propias convicciones, la libertad de expresión o la tolerancia. Por otro lado, ninguna variable asociada con la idea de apertura tuvo relación con las opiniones negativas sobre los gremios estudiantiles (centros de estudiantes).

Respecto a la participación en organizaciones políticas, encontré que una mayor valoración de la libertad de expresión se relacionaba directamente con no haber reportado participación en OPE (correlación positiva y estadísticamente significativa: $p=0.051$). Las demás variables asociadas con la idea de apertura se mostraron irrelevantes respecto a la participación.

Apreciando globalmente estos resultados, tenemos que el rechazar la idea de que existen “verdades universales” y valorar positivamente el “diálogo” se asocian con posturas de alejamiento de la política y visiones negativas de las OPE, lo cual otorga un cierto respaldo a los hallazgos etnográficos que en este apartado apuntan en el mismo sentido.¹⁶⁵ Es interesante ver que una actitud abierta respecto a las propias ideas políticas se correlacionó con un mayor interés solo en la política nacional y no en la política universitaria, lo cual estaría dando un sustento adicional al argumento de un desencanto político

¹⁶⁵ Señalo que tal alejamiento de la política se debe solo en parte a una contradicción con los valores y actitudes de apertura, pues en el capítulo IV vimos que hay algunos otros factores que intervienen también propiciando ese alejamiento, incluso con mayor fuerza, como la percepción de corrupción en el sistema político universitario.

focalizado en la Universidad. Y esta tesis adquiere aún más plausibilidad cuando constatamos que la valoración de la libertad de expresión se vincula con un mayor interés en la política y a la vez con una menor participación en OPE, algo que no solo apoya la idea de que el compromiso con valores de libertad sería un freno al involucramiento orgánico en los proyectos políticos existentes en San Marcos, sino que además estaría confirmando el planteamiento previo de que la poca participación en la Universidad no implica falta de interés en los problemas universitarios o nacionales.

Si bien hay una relación fuerte entre valorar la libertad de expresión y no participar en OPE, las otras variables asociadas con la apertura no tuvieron un efecto claro sobre la probabilidad de una mayor o menor participación. Esto adquiere sentido si advertimos que las nociones de apertura, ampliamente difundidas, están presentes también entre los encuestados que señalan haber formado parte de esas organizaciones (N=45/65, para la presencia de valores de apertura).

En todo caso, los datos de la encuesta pueden ayudarnos a estimar también cuán extendida puede estar en la Universidad la pauta contraria, de actitudes “cerradas” en el terreno ideológico: quienes dijeron que consideran difícil un cambio en sus ideas políticas son un 35%, los que señalan que defenderían sus convicciones personales a toda costa son un 33%, y los que muestran ambas características juntas llegan al 15.1% (N=71/470). Si tomamos solo a quienes reportan haber participado en OPE, tenemos que el 8.1% (N=38/470) dice que mantendría sus convicciones personales o sus ideas políticas, y a un 2.3% (N=11/470) con ambas características.

En resumen, la contrastación de datos etnográficos y estadísticos permite reconocer que hay entre los sanmarquinos una mayoritaria aceptación de valores como el diálogo, la tolerancia y la libertad de expresión y pensamiento, que se reflejan en las prácticas y los discursos definiendo una pauta de cultura política caracterizada por la pluralidad y la apertura en las ideas y el comportamiento político. Esta pauta entra en tensión con otra opuesta, cuyos rasgos más saltantes son las actitudes cerradas y excluyentes tanto en el aspecto ideológico como en las relaciones políticas, y que aún siendo minoritaria tiene un protagonismo muy marcado en el ámbito más institucional de la política estudiantil. Establecida principalmente allí, esta cultura más cerrada contribuye en buena medida a que muchos jóvenes tomen distancia de las organizaciones y espacios formales de deliberación. Ello no obstante, en este terreno tienen presencia también otros grupos y personas más dialogantes, quienes se vinculan de diversas formas con aquellos otros, a veces de manera conflictiva y otras veces buscando formas de articulación.

Es importante señalar que no existe una línea divisoria clara sino más bien un *continuum* entre estas dos pautas de cultura política, pues aún cuando muchos jóvenes reivindican *valores* de apertura en sus discursos, el análisis de los comportamientos y las *actitudes* de apertura deja notar que los discursos no siempre son consistentes con dichas actitudes. Por ejemplo Joaquín, refiriéndose a los problemas que genera el “sectarismo”, reconocía que “son errores que incluso uno a veces comete”. Y Julio, quien enfatizaba que la falta de apertura en las organizaciones desalienta la participación, decía también que su

propia visión había sido “un poco esquemática” cuando formaba parte de un grupo marxista. Pero sea como fuere, pienso que la diferenciación entre los dos patrones tiene utilidad para el estudio de la cultura política en este escenario, especialmente porque permite distinguir algunos resultados y consecuencias que surgen de la contradicción entre ellos.

6.3. CONCEPCIONES Y PRÁCTICAS EN TORNO AL PODER Y LA POLÍTICA (CONFIGURACIONES DE CULTURA POLÍTICA)

Las tendencias y diferencias apreciadas en las secciones y los capítulos previos se relacionan con las distintas maneras en que los estudiantes conciben la política, lo cual a su vez define formas variadas de emprender acciones individuales y colectivas dirigidas a operar cambios en el entorno social. De los análisis realizados sobre este tema emergen las siete grandes configuraciones de cultura política que veremos a continuación. Los criterios que principalmente tomo en cuenta para construir estos patrones son: el rol y la importancia de las elites políticas y la organización, la presencia y alcance de los proyectos de cambio social, y las formas de entender y llevar a la práctica la participación. Debo advertir que estos modelos constituyen tan solo tipos ideales que resultan de hacer abstracción de ciertas características encontradas durante el trabajo de campo, y no pretendo plantearlos como esquemas cerrados o monolíticos. De hecho, en la “vida real”, diferentes formas de concebir la política pueden combinarse o superponerse, o también entrar en tensión. Y por otro lado, los sujetos pueden a veces adaptarse a una u otra, o transitar entre ellas, de acuerdo a sus trayectorias y circunstancias particulares de vida.

Modelo 1: Dirección centralizada y búsqueda de grandes transformaciones sociales

En este primer esquema se destacan algunos rasgos que –como vimos previamente– están presentes entre muchos estudiantes sanmarquinos: la conciencia social, la búsqueda de equidad y justicia social y la importancia de la organización. Es así que se concibe al sujeto político como alguien que idealmente debería mostrar una preocupación por los problemas sociales y una vocación por tratar de solucionarlos mediante la *participación activa y organizada* en proyectos de cambio social, e interviniendo además en el *debate público* de dichos asuntos. Algunos jóvenes que podríamos ubicar bajo este esquema decían que desde antes de ingresar a la Universidad ya se iban formando imágenes de cómo sería o deseaban que fuera la vida política en este espacio: “San Marcos, Sociales, me imagino que los debates serán intensos, profundos, involucrarán a profesores, estudiantes, la academia, la política...” (Joaquín). En esta visión se establece una diferencia entre las formas de participación motivadas por intereses personales o “individualistas”, y la participación guiada por un sentido colectivo, valorada esta última como la deseable y la que debería concretarse, en sus niveles más altos, en un movimiento estudiantil, o fuera de la Universidad en movimientos juveniles o sociales de gran alcance. Así, se plantea que la actividad política

sustentada en la “movilización social” tendría una base más sólida que otras formas desarrolladas solo en el ámbito de las instituciones oficiales o a través de la participación electoral.

Sobre esta base, quienes encarnan este esquema conciben una política en la que aquellos anhelos de cambio y tendencias participativas deberían canalizarse a través de organizaciones o *aparatos políticos* que servirían para alentar una mayor movilización colectiva y para buscar un posicionamiento dentro de las estructuras institucionales gremiales o de gobierno en las que se toman decisiones, o tratar de influir en esas decisiones.¹⁶⁶ Estos aparatos tendrían que estar muy bien “estructurados”, de acuerdo a una organización piramidal compuesta por líderes y “cuadros” o militantes de menor jerarquía, todos ellos activistas disciplinados de los que se espera un fuerte compromiso con el aparato y los ideales que defiende. En ese sentido, se reconoce aquí una diferencia entre la participación más intensa de estas elites y la participación de las “bases” en general. Los activistas que integran aquellas elites deberían mostrar o cultivar ciertas cualidades: liderazgo, capacidad para el debate público, habilidades organizativas, y conocimiento de los principios, idearios y programas del grupo político, entre otras. De las “bases”, por otro lado, se espera que puedan enriquecer y fortalecer al grupo político, darle sustento y legitimidad, respaldar sus agendas en los espacios de deliberación, contribuir a la realización efectiva de los programas, y ampliar o profundizar el impacto de las apuestas políticas transformadoras generadas desde las elites y el aparato partidario.

Una característica relevante de este modelo es la importancia que se confiere a la ideología, que en las agrupaciones políticas sanmarquinas de las que nos ocupamos tiene al marxismo como núcleo básico, derivándose a partir de allí vertientes que reivindican el “socialismo”, “comunismo”, “leninismo”, “maoísmo” y “guevarismo” principalmente. La ideología cumple en el esquema varias funciones. Sirve para la “formación” político-ideológica de quienes se van integrando y socializando en el grupo, y hace parte también de los mecanismos de reproducción organizacional y difusión, que incluyen a grupos de estudio que sirven para reclutar a nuevos miembros y dar a conocer la ideología en sectores más amplios. Asimismo, el conocimiento del marxismo constituye un elemento de cohesión interna, mientras que su dominio contribuye en parte a legitimar determinados roles o posiciones jerárquicas. Hacia el exterior, este núcleo teórico ofrece un referente común a varios grupos políticos que lo comparten, en tanto que sus derivaciones definen la mayor o menor proximidad ideológica entre unas agrupaciones y otras.

Pero la ideología desempeña también otra importante función, que consiste en dar a las elites políticas un conjunto de criterios, referentes y categorías de análisis para realizar lecturas críticas de la realidad en distintos niveles: lo local, nacional e internacional; la economía y la política; o las coyunturas y la historia. Así, estas miradas teóricamente formadas deberían alimentarse con datos de la realidad del país y sus problemas, operación que tendrían que realizar quienes en la organización demuestran tener

¹⁶⁶ Recordemos que, en San Marcos, se trata de los gremios estudiantiles, que tienen reconocimiento oficial, y los órganos del gobierno universitario (comités asesores, consejos de facultad y asamblea y consejo universitarios); y fuera de la Universidad las instancias estatales a nivel nacional.

las mayores aptitudes intelectuales y un mejor manejo del marxismo, con el objetivo de formular programas y proyectos de cambio social sólidamente fundamentados en la teoría y la realidad. Aquí entran en juego las jerarquías internas basadas en el conocimiento y en sus formas de adquisición, pues mientras que algunos serían principiantes o “marxistas de manual”, otros en cambio tienen más familiaridad con la teoría y tratan de profundizar sus conocimientos leyendo directamente a los autores “clásicos” u otros importantes exponentes del pensamiento marxista. Esto implica una ética en la que el militante debería integrar el trabajo político y el intelectual: “No existe el ‘homo academicus’, ni el ‘homo economicus’, ni lo político nada más, sino concatenado (...) yo buscaba esta parte de la profundidad académica que debe haber en un político (...) hay que leer para por lo menos considerarse marxista” (Alonso). Y en general, el dominio de la teoría otorgaría a estas elites una visión privilegiada de la realidad: “Yo me considero marxista... he tratado de estudiar otras teorías, pero considero que el marxismo *como teoría puede dar mucho más*, o sea, puede explicar muchas cosas que suceden en la sociedad...” (Alonso); “yo considero en realidad al marxismo como *la ideología más potente* del espacio crítico. No he encontrado otra que explique de manera más integral criticando a algunos sistemas, en todas sus vertientes, con sus especificidades... yo me considero marxista” (Joaquín). Pero el dominio de la teoría por sí mismo sería estéril si no sirve para orientar la práctica. Por eso, “la formación política, teórica” debe ir siempre unida a “la acción política directa”.

Esta acción política viene guiada por los programas que los intelectuales formulan en el seno del aparato político, luego de haber realizado una lectura “objetiva” de las “condiciones concretas” de la realidad local o nacional, partiendo del marxismo y sin dejar de lado el panorama internacional. Según Joaquín, “el análisis debe plantearse en base al contexto internacional”, refiriéndose a procesos como la “crisis europea”, movimientos sociales en varios países y el ascenso de “gobiernos progresistas” que en América Latina “están generando un escenario favorable para que puedan surgir estas tendencias también en el país”. Los programas pueden ser más o menos explícitos, pero al menos implícitamente deben apuntar a transformaciones estructurales de gran envergadura dirigidas a realizar ideales de justicia social. En ese sentido, pueden incluir objetivos inmediatos o concretos, pero típicamente se proyectan a mediano y largo plazo, lo cual denota una concepción del tiempo histórico: “es un trabajo a *largo plazo*, organizado, colectivo, denota un tiempo” (Joaquín).

Como vemos, un elemento clave de este modelo es que en él se otorga una gran importancia al rol desempeñado por las *elites políticas*, que además de la formulación del programa deben también organizar y dirigir la acción colectiva a través del aparato político y conducir la implementación de los proyectos desde las estructuras gremiales y de gobierno, una vez que se llegue a ellas. En ese sentido, la característica más saltante y distintiva de esta concepción de la política es el énfasis en la *dirección centralizada de la acción participativa y organizada*. Esto conlleva insertar el programa en diversos sectores sociales y políticos mediante una labor de construcción política y de persuasión (en base a los referentes

ideológicos) y apuntar finalmente a la disputa por el poder. Joaquín nos dice, acerca de cómo generar grandes cambios sociales:

Yo creo que la vía más concreta y real es el poder organizar una plataforma política. Y esto qué significa: que permita *construir organización, que dispute el poder*. [E: Con una dirección que pueda darle rumbo...] Que le dé *horizonte, ¿no?*, porque si no lo demás son esfuerzos aislados que fácilmente terminan por dispersarse. [E: Y como lo planteas, es básicamente un trabajo de activación política, donde tendrían que cumplir un rol importante los líderes, dirigentes políticos, sobre todo.] Claro, sí, es un *trabajo político e ideológico* bien fuerte, porque vas a tener que disputarle a los medios de comunicación, a toda la maquinaria de los sectores hegemónicos, a la misma educación, cómo se dicta; entonces va a ser super fuerte. (Joaquín).

También Pedro concibe a la política como una “actividad de elites”, en la que “grupos organizados intervienen en la disputa por la hegemonía y el control del poder estatal”. Para esto se requiere de una “plataforma” política amplia que haga posible la *unidad* de distintas luchas bajo una conducción centralizada. Esto debería empezar por la unión de las fuerzas de izquierda alrededor de coincidencias ideológicas y de proyectos. Joaquín decía: “en nuestro frente hay sujetos que provienen de distintos sectores y que terminan confluyendo, con aprendizajes diferentes, pero finalmente lo que los *une* es el tema ideológico y programático”. Se formaría así un núcleo central más fuerte y amplio, que tendría que avanzar en una construcción organizativa más extensa, tratando de incluir a diversos gremios y movimientos sociales, o eventualmente también a otras fuerzas políticas del espectro que va de la izquierda al centro, siempre que respalden el proyecto transformador: “si no se termina de configurar una propuesta *centralizada, unitaria*, va a ser difícil poder lograr ese cambio”.

Pero hay también una jerarquización entre las distintas luchas o demandas sociales que podrían confluir en la plataforma. Un primer criterio para determinar el valor que se otorga a una u otra lucha es el carácter más o menos “popular” o el “sello de clase” que se pueda reconocer en ellas. Por eso, tienen aquí un lugar privilegiado los movimientos obreros o sindicales, campesinos o de trabajadores en general. Sin embargo, ante la constatación de que actualmente en el país estos movimientos suelen ser débiles o tienen una presencia menor que en otras épocas, se apunta también a articular otras luchas en tanto tengan una orientación contrahegemónica o un carácter “popular”. Para el Perú, las más relevantes demandas de estos tipos serían aquellas que reivindican la protección del medio ambiente frente a grandes empresas y proyectos energéticos y extractivos, cuestiones económicas y “estructurales” que de varios modos afectan sobre todo a poblaciones rurales, indígenas y campesinas, y que en ciertas coyunturas pueden recibir el apoyo de sectores populares activos en las ciudades: “[Lo que] ahora moviliza mayor contundencia de gente e indignación, movilización activa, es... el tema del conflicto medioambiental, socioambiental” (Joaquín). Y luego, más abajo en la jerarquía, estarían las luchas más particularistas, “temáticas” o “sectoriales”, que aunque pueden ser incluidas en el espacio de confluencia, a veces son identificadas como parte de “una agenda liberal fuerte dentro del espectro político nacional”:

Los movimientos por los derechos LGTB, el tema étnico, son temas que de alguna manera también movilizan, a diferencia de las reivindicaciones más de clase... Hay una agenda distinta que predomina, una agenda de reivindicaciones más liberales... (...) que es temática, ¿no?, y que no termina de conjugar una propuesta integral, que es su gran limitación, y es por eso que es aceptada por varios sectores sociales, no

necesariamente de izquierda, sino vemos en el mismo espectro a sectores de la derecha apoyando esas reivindicaciones. (Joaquín).

Otro criterio para valorar a las organizaciones, movimientos o demandas es si presentan o no una ideología, o la afinidad de sus ideas con las del núcleo dirigente: “hay organizaciones que se consideran marxistas y su línea fundamental es el marxismo, ¿no?; por eso no son dogmáticas, ojo, pero tienen más o menos una propuesta ideológica. Pero hay otras que, bueno...” (Julio).

Puedes encontrar un movimiento social equis, un frente de defensa o frentes de lucha, o colectivos que aparecen, pero tienen poco alcance... más restringido, de un corto plazo o esporádicos a veces, y donde pueden estar miembros de diversas organizaciones políticas partidarias (...). Y entonces, ¿cuál es el asunto?, que *la parte ideológica no está presente*. [E: ¿En qué sentido?] Ideología en el sentido de que sea *un punto de unión* que permita construir proyectos. (...) Construcción también de algo de mediano o largo plazo. Eso es lo que no existe... porque percibo que tampoco hay preocupación de entender realmente, en esos movimientos, qué es lo nacional, ¿no?, más allá de ciertas particularidades que se pueden ir presentando en ellos: luchar por lo indígena, por las reivindicaciones gay, transexuales y todo eso, o de género, pero no hay algo más amplio, en que todos estos piensen qué es la sociedad peruana. No hay. [Son] colectivos muy laxos... y muy ambiguos a la vez, fragmentados. (Alonso).

La alta valoración de la ideología, la unidad, la visión nacional y el trabajo a largo plazo se relaciona con la perspectiva de “construir hegemonía”, es decir, conformar una base de poder fuertemente arraigada en la sociedad, para lo cual resulta necesario “bregar” y “luchar” en diversos frentes, tanto políticamente como en lo ideológico: “en términos ideológicos hay una *batalla* dura, que va a ser larga, eso está claro” (Joaquín). Uno de estos frentes es el de la democracia representativa, pero no tomándola como un fin en sí mismo o tan solo como un mecanismo para alcanzar cargos de gobierno, sino para impulsar desde allí el programa de grandes transformaciones y generar condiciones de movilización social en apoyo a dicho programa:

[Es necesario] poder organizar una plataforma política... que permita construir organización, que dispute el poder, en los términos de la democracia liberal, pero no solo haciendo un trabajo en los términos electorales, sino finalmente que dispute el poder dentro de la base social. (...) Porque finalmente tiene *alguna* significación participar en el escenario electoral, en la democracia... *si* es que eso te sirve para poder apoyar y construir lo otro; si no, no tiene ningún sentido, sería más del *establishment*. Y si eso te sirve para agitar un programa, hacer propaganda, tener aparato y *utilizar el aparato estatal para la construcción popular*, consideraría que estaríamos avanzando dando un paso más allá (...) movilizándolo a una serie de sectores... un poder alternativo que permita disputarle finalmente a los poderes hegemónicos. (Joaquín).

Asimismo, la labor política se debe realizar en distintos niveles, desde el comunitario hasta sectores más amplios, para lo cual es preciso recurrir a estrategias y herramientas comunicativas, del arte y la cultura y especialmente educativas. Es aquí donde podemos ubicar el lugar y la función que le corresponde a la universidad pública (que tiende a ser apreciada como un símil del Estado: un espacio adicional “para agitar un programa, hacer propaganda, tener aparato”). Ella permite la reproducción de las organizaciones y la difusión de sus ideas; pero, desde una perspectiva más abarcativa, tendría que contribuir a los grandes proyectos de cambio: “Una universidad pública debería *estar al servicio*... de la emancipación social, de la libertad, de la justicia...”.¹⁶⁷

¹⁶⁷ “Toma de CC.SS. en San Marcos”, *Youtube.com*, 27 Jun. 2012. En < <https://goo.gl/YJpu0V> > (Acceso: 26 Jun. 2015).

En San Marcos, quienes más se aproximan a esta visión del poder y la política establecen también estrategias particulares para lograr “una conexión con el estudiante de base” y buscar la “representatividad” de un conglomerado social mayormente “desmovilizado”. Para alentar en los estudiantes una actitud crítica se les debe “concientizar”, ofreciéndoles las ideas que generan los intelectuales del sector político más “consciente” y esclarecido por el manejo de la teoría marxista:

[Sobre los problemas universitarios:] La chamba está en *concientizar*, ya será decisión de la gente concientizada qué elección tomar. (...) Considero la figura de concientizar como abrir un panorama diverso y crítico respecto del acontecer universitario y nacional. (...) La idea de concientizar es de uso común entre todas las agrupaciones [políticas]. Es la intención de convencer mediante discurso/práctica sobre *una mirada que el grupo considera correcta*. Obviamente ésta no debería de ser enunciada como motivo de acercamiento entre el miembro del grupo y el sujeto, sino que se maneja de forma implícita. Si una persona está prevenida en que va a ‘ser concientizada’ estoy seguro que tendrá reticencia siquiera al dialogo.¹⁶⁸

El trabajo de “concientizar” al alumnado es parte de una labor más amplia de “lucha ideológica”, que se desarrolla a la par de la “lucha política” empleando varias estrategias, como la propaganda en torno a las “consignas” planteadas por la dirigencia, la “entrada académica” a través de conferencias, “talleres” y “grupos de estudio”, y acciones de protesta. Al realizar este trabajo, los propios activistas van afianzando su unidad como grupo: “Nos distribuíamos tareas, comisiones: ‘tú evalúas tal cosa, tienes que traer para tal fecha el diagnóstico tal’, algo así. Se van comprometiendo fechas, trabajos. La prensa es un trabajo de compromiso y de *cohesión* también; vas haciendo prensa, pizarras, en grupo se van cohesionando, van hablando” (Julio). Estas estrategias abarcan lo que en San Marcos se conoce como “bajada a bases”: “ingresar a los salones, eso es ‘bajada a bases’, informas sobre lo que está pasando...” (Julio). Estas nociones de “concientizar” y “*bajar* a bases”, e incluso el concepto mismo de “base”, nos dan una idea de cómo en este modelo se conciben las relaciones entre las elites políticas y otros estudiantes.

Hasta aquí he mostrado los principales rasgos de esta primera pauta de cultura política. No obstante, por su lugar e importancia en el campo universitario, considero pertinente discutir también las tensiones y contradicciones que pude registrar entre esta forma de concebir la política y lo que ocurre en el escenario sanmarquino, basándome en las observaciones de campo y lo que manifiestan los propios estudiantes, tanto los que asumen este esquema como quienes no lo comparten.

En primer lugar, la visión idealizada de un sujeto social que debería ser consciente de los problemas universitarios y nacionales, y que debería participar en organizaciones políticas o apoyarlas, no se corresponde muy bien con lo que realmente existe en la Universidad, donde predominan en cambio quienes toman distancia de esas organizaciones, con actitudes que van de la indiferencia hasta el rechazo.¹⁶⁹ Desde aquella concepción, los estudiantes que no respaldan a las organizaciones políticas tienden a ser vistos mayormente como “desinteresados” e “individualistas”: “el *individualismo* es algo que está muy fuerte; incluso en los jóvenes que hacemos política de manera más *consciente*, es una cosa que tienes que combatir todos los días, porque es la ideología predominante... entonces no puedes estar ajeno

¹⁶⁸ Discusión en Facebook, 16 Jul. 2015.

¹⁶⁹ Como se refleja en la Figura 3 del capítulo IV, referida a cómo evalúan los estudiantes a las organizaciones políticas.

a eso” (Joaquín). Y desde luego, si midiéramos cuán conscientes o participativos son los estudiantes tomando como criterio su involucramiento en grupos marxistas o el respaldo a éstos, efectivamente podríamos formarnos ese tipo de imágenes, pero ya vimos –desde el inicio de este capítulo– que el sentido social y los ánimos participativos sí están presentes en la mayor parte de la población estudiantil.

La realización de este ideal depende mucho de cuán dispuestos estén los jóvenes a aceptar el liderazgo de las elites, algo que en San Marcos se da solo en una medida muy limitada o bajo determinadas coyunturas especialmente álgidas. En general, la idea de que unas elites formulen programas que deberían ser seguidos por las “bases” enfrenta fuertes resistencias precisamente en estas “bases”. Esto se debe a varios motivos. Uno de ellos es que muchos jóvenes cuestionan esa noción “jerárquica” de la política, que suelen ver como “autoritarismo”, “verticalismo”, “hegemonismo” o “caudillismo”, por citar solo algunos términos que corrientemente usan no solo quienes critican a las organizaciones marxistas, sino incluso varios de sus integrantes cuando mencionan sus relaciones con sus rivales políticos y a veces los conflictos al interior de sus propios grupos. Así, al hablar de las prácticas políticas en este sector, Joaquín reconocía que tales críticas son justas en tanto “se han cometido excesos, errores”, refiriéndose a los “hegemonismos” y a las tendencias de algunas organizaciones a “apartear” otros espacios políticos.¹⁷⁰ Alonso, por su parte, decía que ciertos dirigentes “se desligan de la organización que representan (...) y [eso] se vuelve una suerte de *caudillismo*”. Fabián, quien formó parte del brazo sanmarquino de un partido comunista, decía sobre las organizaciones estudiantiles de izquierda que éstas “tienen una lógica absolutamente *tutelar*, es decir, ellos conforman una organización a la cual tú puedes acceder pero hasta cierto punto; no puedes participar de determinadas decisiones si es que no eres militante y no te comprometes con una causa”. Y en otro momento señaló además que “ellos conciben una forma de moral única, la moral del militante... y el que no entra en estas casillas, en estos márgenes políticos, no merece mayor contemplación”. Varios otros jóvenes se mostraban también disconformes con un discurso que reduce y simplifica en extremo la complejidad social subsumiéndola bajo categorías como “masa” o “pueblo”: “es una demagogia asquerosa; o sea, el ‘pueblo’, ¿qué es el pueblo?... ¿por qué ellos tienen que definir lo que la vasta población del Perú tiene que hacer o vivir?” (Viviana).

Esto sí me desespera [de los grupos de izquierda]: la idea de pensar en ‘pueblo’... es una idea no solo dañina sino maniquea; o sea, no existe tal cosa como una ‘masa’ organizada que marcha al unísono con *un* discurso. En realidad somos más plurales... basta pararse y tratar de sacar tus pre-nociones detrás y mirar lo que tienes alrededor en tu facultad: ves gente que es –entre comillas– ‘apolítica’, y ves gente que sí, es ‘política’ y tiene múltiples miradas de ver la política, y de esas múltiples miradas hay los que pueden decir ‘actúo’ o ‘no actúo’. O sea, dentro de cada complejidad veo una sub complejidad, una tras otra, tras otra. ¿Cómo pueden frente a esto pensar en algo como ‘movimiento estudiantil’? (...) Asumirse como vanguardia de algo que no existe es terrible. (Fabián).

¹⁷⁰ Según el Diccionario Latinoamericano de la Lengua Española, *apartear* significa “Copar, usurpar o hegemonizar un acto o evento público –político o civil– por parte de un grupo, una persona, banda u organización que no se encuentra entre los organizadores originales del mismo o que carece de legitimidad o derecho para dirigirlo”. < <http://goo.gl/BDCBba> > (Acceso: 13 Ago. 2015).

Esas “pre-nociones” a las que alude Fabián nos llevan al tema de la ideología. En el ideal político se valora el rol de los intelectuales, que deberían analizar la realidad social desde la teoría marxista y ofrecer, a partir de esto, lecturas que esclarezcan la problemática sociopolítica y guíen los programas de acción. No obstante, muchos coinciden en que esto generalmente no ocurre. Alonso reconoce que en los grupos marxistas hay “muchísima debilidad en cuanto a formación teórica” y que “se ha ido dejando” en este sector la investigación. Y Joaquín, al hablar de las “limitaciones” de varias organizaciones y personas que hacen política en el espectro marxista, aceptaba que hay entre ellos quienes “no tienen finalmente un análisis complejo de la totalidad de la sociedad”, y que por eso “se subjetivizan demasiado... y terminan creando escenarios totalmente ficticios”. Antes vimos también cómo Pedro se alejó del marxismo y de la participación política luego de quedar profundamente decepcionado por la gran “mediocridad” que encontró en los grupos de izquierda en el aspecto académico. De modo similar, Rolando señalaba, refiriéndose en general a los miembros de las elites políticas de su facultad, que aún cuando éstos por lo general “se cubren de una fachada intelectual”, a muchos de ellos no les había conocido “ni un solo trabajo” (académico) y a otros solo algún escrito “recontra mediocre”. Estos jóvenes coinciden con la mayoría de los estudiantes entrevistados y con muchos otros que informalmente compartieron conmigo sus impresiones sobre los grupos marxistas de San Marcos, al margen de si ellos mismos se reconocían o no como marxistas o de izquierda. Es en buena medida debido a esto que se ha formado en la Universidad una suerte de “sentido común” en el que se percibe una muy marcada separación entre la actividad política y el trabajo “intelectual”, aunque –como mostré en el capítulo IV- las alusiones a tal división apuntan sobre todo a los activistas o grupos marxistas que podemos ubicar bajo este primer patrón de cultura política, y solo raramente a quienes hacen política más allá de este sector.

Entre estos activistas de izquierda, algunos reconocen las carencias en el trabajo intelectual asociándolas con las limitaciones que les impone su intensa labor política: “Yo tengo una actividad política muy fuerte... y varias veces veo a gente de mi base que ellos llevan el curso bien, y yo tenía que llevar doblemente el curso porque le quitaba tiempo al tiempo; o sea, estaba en una, en otra, tenía que optar...” (Joaquín). Visto el asunto desde este ángulo, cabe pensar que el problema podría estar relacionado con la propia fragilidad de las organizaciones y la escasa participación en ellas, tomando en cuenta lo que –en otro momento- exponía Paulo cuando hablaba de sus experiencias en el ámbito gremial: “éramos pocos... y siendo pocos nos tocaba hacer mucho”, algo muy similar a lo expresado por Adriana: “No teníamos mucho aparato, gente que pudiese difundir el trabajo, hablar con la gente, manos, pues”. De ser así, aquellas carencias “académicas” tendrían que ver más con la presión y las elevadas exigencias a las que se ven sometidos los activistas en su labor política que con supuestos déficits “intelectuales”. Pero sea cual fuere el caso, persiste el problema de cuán ajustados a la realidad podrían estar los análisis y programas políticos generados desde elites y aparatos políticos que afrontan obstáculos para justamente desarrollar esos análisis. Quienes asumen posturas críticas respecto a estas

organizaciones señalan que sus miembros suelen reemplazar el estudio de la realidad con las seguridades y “certezas” que les ofrece la ideología. A esto se refería Esteban cuando decía, en alusión a los integrantes de grupos marxistas: “veo esta carencia de referentes de una realidad, hablan siempre desde los libros”. De ahí que muchos califiquen los programas y discursos que provienen de este sector como inapropiados para el contexto actual, “detenidos en los setentas”, o demasiado “esquemáticos”, y a los activistas políticos como “dogmáticos”. Y éstos, frente a tales críticas, no pocas veces terminan reafirmando más aún en sus convicciones teóricas, lo cual encaja en lo que ven como una constante “lucha ideológica”. No obstante, hay que señalar aquí algunos matices, pues si bien encontramos en San Marcos a algunos activistas más “radicales”, como aquel –citado en otro apartado– que no aceptaba que un no-marxista se autodefiniera como de “izquierda”, o los que abogan “por una línea de clase en el movimiento estudiantil”,¹⁷¹ tenemos también a quienes (como Joaquín) sostienen que el espectro de izquierda va más allá del marxismo y abarca incluso a sectores liberales.

En todo caso, muchos estudiantes vinculan el radicalismo ideológico de algunas personas y organizaciones con su alejamiento de los problemas y las “bases” que buscan representar. Viviana, por ejemplo, desconfía de quienes buscan difundir la ideología marxista, y los ve como personas que tratan de “adoctrinar a la gente”. Pero también al interior de los grupos se producen conflictos relacionados con el uso que se da a la ideología. Iván lo ve de este modo:

Lo negativo [de su militancia en el Partido Socialista] es que me ha enseñado el peor rostro de la izquierda, lo que ellos no muestran, lo que tratan de aparentar... [E: ¿Cuál es el peor rostro?] Que no saben cómo llevar sus agendas, o tratar de insertar sus luchas a nivel social, o vincularse con la sociedad. Ellos hablan de una vinculación pero no la tienen... no conocen realmente qué es lo que pasa a su alrededor. Tienen una lectura, sí, pero no lo conocen a fondo... *lo ven desde un punto de vista ideológico*. La típica lectura: ver lo macro, comienzan bajando y van viendo puntos específicos... no ven que todo esto es muy estructuralista como para ver otros fenómenos (...) o propuestas alternativas, no las tienen.

Así también, Joaquín menciona otras consecuencias negativas que asocia con la fuerte ideologización en algunos grupos marxistas: aislamiento político de estos grupos, falta de horizontes de largo plazo, y el “desgaste” que supone emprender acciones sin un rumbo bien definido, lo cual a su vez motivaría que muchos activistas abandonen la militancia. Él nos dice, por ejemplo, que en las organizaciones marxistas sanmarquinas hay quienes “no terminan de hacer una conexión” con “lo popular”: “hablan del campesino, del obrero, del trabajador... pero no tienen un real contacto con ellos; entonces pueden leer mucha literatura, pero eso es literatura finalmente”. Ocurre por eso que enarbolan una “prédica muy radicaloide, muy subjetiva”, que en sus acciones se plasma en tendencias “muy aventureras” y en “tomar medidas muy extremas”. Y si solo desde la ideología definen “su accionar, su táctica, sus estrategias”, al salir a la “vida real” se dan cuenta de que “mucho de lo que decía el libro no sucede; entonces terminan por subjetivarse en tal manera que crean escenarios... ficticios (...) crean sujetos que no existen, discursos que no llegan, y terminan por aislarse”. Como resultado de todo esto –

¹⁷¹ Comentario a una publicación del 21 sept. 2015 en la página de Facebook de la FUSM.

añade Joaquín- los militantes “entran en una contradicción muy profunda, cuestionan su *praxis*, su existencia y lo mandan a la mierda todo, o sea, -dirían ellos:- ‘por las *huevas* fue, me quito’...”. Además, si las condiciones actuales imponen la necesidad de plantear proyectos de largo plazo, pero los grupos no logran formular “un horizonte claro hacia el cuál luchar o disputar”, entonces la acción política se queda solo en reivindicaciones “cortoplacistas” y “economicistas” en las que la alta demanda de trabajo político a los militantes no se corresponde con las escasas recompensas que reciben por sus esfuerzos: “les piden un accionar que los va a fusilar, los va a matar (...) el activismo constante y desmesurado que le exigen a muchas personas termina por desgastarlas”. En este punto, el militante se vería ante el dilema de persistir en una acción política sin rumbo claro y con pocos resultados palpables, o ceder al “individualismo” y dejar la participación: “va a entrar en contradicción con su propia vida: ‘o es esto, o es mi vida profesional’, y finalmente muchos terminan en renegar: ‘di cinco, siete años a esta *huevada*; me descuidé en la familia, en el trabajo, tanta cosa’...”.

Todo esto impone obstáculos para alcanzar el ideal que apunta a la formación de organizaciones fuertes y plataformas políticas amplias. En los tratos entre organizaciones, la defensa de conceptos marxistas y de programas basados en la ideología llega a convertirse en motivo de discrepancias entre distintos grupos políticos: “ni siquiera aceptaban la categoría de clase, una serie de cosas, o sea: ‘ya fue, todo eso ya fue, estamos en otra cosa’...” (Joaquín). Pero a las divergencias entre organizaciones marxistas y no marxistas, se suman los antagonismos políticos entre quienes sí comparten esa ideología, luchas que suelen ser incluso más virulentas que las que se dan con grupos de otras tendencias. Entre los argumentos explicativos que ofrecían algunos estudiantes sobre esta situación está uno que sugiere que estas disputas se deberían en alguna medida a los distintos programas dictados por partidos externos a la Universidad, protagonistas a su vez de un escenario igualmente fraccionado, y cuyas agendas muchas veces no coinciden con las que plantean los grupos universitarios de izquierda, que pueden estar vinculados o no con esos partidos. Pero sea como fuere, el caso es que antes que una confluencia de distintos grupos en un solo bloque unitario (lo que dicta el ideal), prevalece y se reproduce más bien un panorama fragmentado de oposiciones segmentarias, “una política en verdad muy chata, muy limitada” (Joaquín), que desde otros ángulos es percibida también como un mundo eminentemente conflictivo:

Todos se pelean. O sea... buscan, por ejemplo con el Frente Amplio, hacer una especie de unidad de las izquierdas. No logran hacerlo ni siquiera dentro de la facultad y están esperando hacerlo a nivel nacional, ¡ya, pues!, ¿no? Todos los grupos están completamente divididos y cuando hay alguna especie de asamblea entre todos se sacan un ‘trapito sucio’. (Viviana).

Tenemos, entonces, que de un lado surgen fuertes críticas a la concepción de la política que he delineado en este primer modelo, y que de otro lado también hay miradas de autocrítica entre quienes lo asumen. Según Joaquín, en este sector a veces “no hay una propuesta clara de qué hacer, contra qué pelear”, a lo que añade que “la izquierda no ha sabido *direccionar*” las luchas populares. Pero incluso en estas porturas se advierte la vigencia de este ideal político en un sector estudiantil.

Modelo 2: Organización horizontal y construcción del poder desde la participación

Este segundo esquema comparte con el primero varios aspectos básicos. Un primer punto es que también aquí se valora positivamente al sujeto político “consciente”, participativo y que persigue ideales de justicia social. Otra semejanza es que se otorga gran importancia a la construcción organizativa, a la articulación de fuerzas políticas “populares” y de “izquierda” y al aparato para impulsar cambios sociales con un horizonte de largo plazo. No obstante, más allá de esto, comienzan a aparecer varias diferencias, algunas que conllevan distinciones muy claramente marcadas, y otras que constituyen más bien matices o variaciones de sentido o énfasis con respecto al primer modelo.

Tenemos aquí a Paulo, quien desde su visión ideal del sujeto político desapruueba el “rol medio pasivo” y “conformista” que percibe entre personas que muestran cierta sensibilidad frente a los problemas del país, pero cuya “indignación” se queda en “cuestiones individuales” y no llega a canalizarse hacia “un proyecto más grande, político”. Así también, critica la actitud “bastante alpinchista” que encuentra en la Universidad entre quienes no se involucran en grupos: “eran contados con los dedos los que participaban, y tampoco no disputaban mucho”. Y si bien antes de llegar a la Universidad él mismo no estaba muy interesado en estos asuntos, su paso por los gremios lo convenció de la importancia de la organización: “en toda la experiencia que ya tenía en la organización estudiantil le había dado valor, importancia, al tema de construir organización”. Esta experiencia le mostró también que no se podía hacer mucho desde grupos frágiles y aislados, y que por eso era necesario “no ser pocos, sino poder construir algo grande y poder contar con mayor participación”. Esto, pensando ya en los problemas nacionales, debería concretarse en una estructura partidaria sólida:

El ideal sería... realmente *formar partido*, pero en el real sentido de partido como un *aparato grande*, político, que suma un montón de agendas de lucha y tiene *un trabajo sostenido desde el barrio, desde los pueblos*. Entonces, una figura ideal de lo que es un partido político, y con toda esa potencia poder ya también disputar, incidir en instancias de gobierno... en la toma de decisiones.

Esta visión es similar a la de Julio, quien igualmente menciona la necesidad de contar con “mecanismos de participación” que permitan “organizar, aglutinar y tener respuestas para solucionar problemas”, agregando que el trabajo en una estructura partidaria debería desarrollarse de manera “ordenada” y disciplinada.

Sin embargo, a diferencia del primer modelo, en el que se ve al aparato partidario como un órgano que debería dirigir la acción reivindicativa popular, en este segundo esquema ese mismo *aparato tendría que subordinarse a los mandatos de las bases*. En ese sentido, se otorga aquí un lugar más destacado a la construcción del poder y a las apuestas que nacen de la participación en los niveles más básicos de la organización y de las demandas que se pretende representar, desde una mirada que privilegia la *horizontalidad* en las relaciones dentro y fuera de las organizaciones políticas y los movimientos sociales, por sobre el rol de las elites o la dirección centralizada. Por ejemplo, mientras realizaba el trabajo de

campo, surgió en Ciencias Sociales un nuevo grupo político de izquierda que decía lo siguiente en su manifiesto de “presentación” ante los estudiantes:

Consideramos que es fundamental *dejar de lado la verticalidad* en las relaciones políticas, abriendo paso a una nueva perspectiva que no determine, pero que sí contenga *horizontalidad*. Tenemos que ser críticos con el espontaneísmo y amiguismo... (...) Es fundamental salir del camino vergonzoso y repetitivo por donde camina la política en nuestra universidad... Esperamos que se pueda creer en lo nuevo y podamos *abrirnos la mente* para escuchar nuevas propuestas. Reconocer la necesidad de los jóvenes de *organizarnos y luchar* juntos por ser mejores cada uno en un sentido amplio, contribuyendo así a mejorar nuestra universidad, país y sociedad desde nuestras canteras, desde nuestras propias visiones de la realidad, pero juntos y bien revueltos.¹⁷²

En esta concepción de la política encontramos una muy marcada reticencia a los liderazgos que se perciben desvinculados de las bases. Hay aquí una desconfianza y sensibilidad especial frente a las jerarquías y las actitudes verticales que se manifiestan en el terreno de las relaciones interpersonales y políticas. Paulo alude a esto cuando nos habla de los “caudillismos” y las “ansias de poder” que encuentra entre los dirigentes de muchas organizaciones, y que en su experiencia suelen ir “contra los principios que puede tener el grupo”: “esos egos, como que te ubican, tú por encima de los otros”. Desde su perspectiva, tales actitudes estarían presentes no solo en los grupos políticos tradicionales, sino también en colectivos enfocados en agendas particulares, señalando por ejemplo la impresión que le dejaron algunos activistas defensores de la diversidad sexual, entre quienes identificó “esas prácticas bastante jerárquicas, autoritarias, machistas... que se traducen en cuestiones más políticas, de quién toma las decisiones, cómo las toma”. Dichas posturas, llevadas al plano de las organizaciones políticas y sus relaciones con otras instancias, generaría una tensión entre los anhelos de la gente y las voluntades personales o corporativas de los dirigentes.

Pero el rechazo a las actitudes verticales y autoritarias tiene implicancias también al interior de los propios grupos de activistas, lo cual se refleja en una preocupación por las relaciones humanas y el respeto entre individuos. Al hablar de por qué algunos jóvenes se alejan de la participación política, Paulo mencionaba temas como los “afectos” y las “subjetividades”, que para él se han “descuidado” en las organizaciones de izquierda: “esos espacios son también bastante duros, bastante machistas... bastante marcial la cosa... también esas cosas quitan motivación”. Por eso –añade–, en los espacios donde participa, él y otros activistas intentan “tener presente el tema de los afectos, los cuidados que debemos tener entre compañeros”, como una forma de preservar la “mística” del grupo: “puede ser que no logres objetivos inmediatos, que se presente una cagada tras otra, pero si se conserva una mística, un ambiente de comunidad, de solidaridad entre compañeros, compañeras, eso lo hace llevadero; como que el grupo pone en práctica lo que predicas, lo que quieres para la sociedad. Si no es así, entonces agota”.

En esta segunda concepción del poder encontramos una mirada que pretende abarcar, desde la acción, al ámbito de *la política*, entendida como la práctica institucionalizada en torno al poder (normas,

¹⁷² Diario de campo etnográfico, 11 Sept. 2015. Nótese cómo aparecen también aquí referencias a los ideales de “apertura” y “organización” discutidos en los acápites previos.

estructuras y disputas en este terreno), pero que pone énfasis en el espacio de *lo político*, o las múltiples formas en que los sujetos perciben y se relacionan con el orden social, incluyendo las maneras en que se desenvuelven en este campo más allá de las estructuras formales.¹⁷³ Apuntando a este último sentido, Paulo reivindica “una idea más amplia, *integral* de lo que es política, tanto institucional como tu vida del día a día”, algo que mucha gente “disocia” cuando ve el mundo de la política estrechamente y tan solo como una actividad en la que hay sujetos “tomando decisiones”, o como “la correlación de fuerzas en la parte alta, de cabezas”. Esa disociación sería, para él, una de las razones por las que la “indignación” frente a los problemas no llega a volcarse en “un mayor proceso de involucramiento” de quienes se sienten afectados. En cambio, la práctica debería consistir en “ir construyendo política *desde las bases*, construir y fortalecer partidos políticos, en un sentido que realmente tengan un respaldo, una representación social real, y que no sea más un aparato enclenque, por elecciones o por intereses medio clientelares...”. Esta visión toma distancia de una “lógica electorera” que se percibe en quienes terminarían “negociando sus principios por pretender alcanzar algún cargo”, e intentarían “hacer toda la organización de un partido funcional a llegar al cargo, y no tanto de consolidar la base”. Desde este enfoque, las “incapacidades y taras” en la izquierda se deberían a que “se ha disociado la visión integral de la política”. Así también, al igual que Paulo, Iván critica el que en su partido prevalezcan las disputas “por el liderazgo” y “por el tema de las elecciones”, dejándose de lado el “trabajar en bases”, lo cual él ve como el “verdadero objetivo” del grupo, lo que definiría la “identidad del espacio”.

El fortalecimiento de la base social debería ser entonces un pre requisito para una real “articulación entre movimientos”, y esto, a su vez, permitiría que las organizaciones acumulen una capacidad de reacción y oposición frente a las medidas que se toman en los ámbitos de gobierno y que afectan negativamente a las personas.

Desde esta perspectiva, al menos parte de la lucha estaría enfocada en tratar de evitar que algunas elites políticas lleguen a “manipular” o “direccionar” a los movimientos sociales de acuerdo a intereses políticos y partidarios particulares. Veamos por ejemplo lo que nos dice Paulo sobre su experiencia universitaria de oposición a los grupos maoístas:

Los *sacos*... bastante manejaban, *manipulaban* la organización, el movimiento estudiantil para sus propios intereses; entonces... espacios amplios, como la asamblea, la *direccionaban* para que se cumpla algo de sus consignas... ellos tenían en ese momento el comedor... y querían armar algo así como una comisión, organización de estudiantes, pero que en realidad era como *un aparato para que ellos dirijan* toda la organización estudiantil; entonces... era también eso, plantear oposición frente a esos grupos.

Por otro lado, también sería problemático el que los dirigentes sociales surgidos de procesos participativos en las bases lleguen a ser captados o “cooptados” por instancias como partidos, ONGs o el Estado que los sustraerían de sus vínculos con la población y las demandas sobre las que construyeron su liderazgo. Entonces, ese “potencial político” formado “con la gente o con un movimiento” se reduce al individuo asimilado por estructuras organizativas que tienen sus propias agendas, limitándose así la

¹⁷³ Como explicaba al final del apartado “Juventud, cultura política y participación” del Marco Teórico.

posibilidad de “construir algo más grande”. Esto, sin embargo, ocurriría no solo porque esas estructuras absorben a los dirigentes, sino también porque a veces “la gente depende mucho del liderazgo”. Por eso, sería necesario emprender “un trabajo de conciencia colectiva”, para alentar la formación de “una masa organizada con conciencia crítica” que luego no tenga la necesidad de “depender en un cuadro, un dirigente” y que no sea “manejada” por otros, sino que pueda ejercer por sí misma “una labor más vigilante, más participativa” (Paulo).

El modelo se distingue también por las formas en que se concibe la vinculación de las vanguardias políticas con la sociedad. Antes que el “direccionamiento” de las voluntades populares, se plantean formas de acompañamiento y “pedagogía” que potenciarían la organización popular surgida alrededor de distintos problemas. Y habiendo logrado de este modo una “conexión” con las demandas y los sectores populares movilizados, se podría avanzar en la interconexión de varias demandas para generar una fuerza mayor que contribuya a cambios sociales a mayor escala, integrando en el proceso “una visión o proyecto de país” (Julio) formulada por las elites, pero en base a las necesidades y aspiraciones de la sociedad. Según Julio, no se trata de “iluminar” a la gente o buscar darle una “dirección”, pues esa sería una actitud “paternalista”. En lugar de eso, las vanguardias políticas deberían asumir un rol de “colaboración” y “apoyo”, ofreciendo a las organizaciones populares ciertos “instrumentos” para que ellas, voluntariamente y “de manera más autónoma, empiecen a organizarse”, y a establecer “a través de la participación, sus propias soluciones”.

Las organizaciones, por ejemplo distritales, pueden tener cierta conexión con otros distritos... cierta interrelación en temas puntuales que ellos vendrían a cuestionar; no solamente los problemas distritales, sino también que se den cuenta de por qué están en la crisis en la que se encuentran. Muchas veces las familias por ejemplo critican ciertas crisis, económicas sobre todo, pero no se dan cuenta también... quieren resolver esto nada más. Tiene que ser todo un proceso de pedagogía. Si bien ellos pueden tener cierta organización, creo que de manera voluntaria debe haber ciertos instrumentos que puedan ayudarlos a ellos, y esos serían en este caso los propios estudiantes por ejemplo (...). Nosotros, como facultad de sociales... nos aproximamos a dar ciertas respuestas, posibles soluciones...

Con la inserción en estas “dinámicas de organización” se podrían trabajar las “coincidencias” entre las demandas sociales y el “proyecto de país” que irían elaborando las elites políticas, cuya función incluiría el promover la vinculación de distintos movimientos: desde las organizaciones “barriales” y estudiantiles hasta la ciudadanía en general. Paulo nos dice que, de hecho, su organización política inició una labor inspirada por estas ideas: “se quería tener experiencia de trabajo barrial, de poder ir a un barrio y tener un trabajo conjunto, y poner en práctica la hipótesis del ‘poder popular’, que es esto de que la misma gente organizada atiende sus necesidades, sus problemas”.

En la búsqueda de la articulación de distintas luchas, se les reconoce un lugar importante a las demandas más “populares” o “clasistas”, pero hay también una mayor apertura hacia aquellas agendas temáticas o fragmentadas que en el primer modelo eran vistas como más “liberales”, y a la posibilidad de avances puntuales e independientes en estas luchas particularistas. Al respecto, Iván decía: “Soy de la idea de que solucionando punto por punto y tratando de interconectarlos a la par que se van solucionando,

sería la mejor forma de poder comenzar”. Por ejemplo, al anunciar su presentación en San Marcos, una nueva organización política decía en su “manifiesto”:

Nuestro Movimiento... es una organización política nacional constituida por colectivos juveniles, culturales, políticos, sociales, activistas y ciudadanas y ciudadanos que apuestan por el derecho al trabajo digno y el salario justo, por la reivindicación de los derechos de las mujeres y de la comunidad LGTBI, por la diversificación productiva, la defensa del medio ambiente y el reconocimiento de las identidades culturales, por la afirmación de los pueblos indígenas, por el derecho a una educación gratuita y de calidad, por un sistema de salud universal, integral y solidario, por la niñez y el reconocimiento del rol y papel de la cultura en el desarrollo. En suma, por la justicia, la esperanza y la alegría.¹⁷⁴

En esta visión, los repertorios de acción política y las formas de relación con las “bases” incluyen estrategias que, sin dejar de lado las acciones clásicas de protesta como los “plantones” y las movilizaciones públicas, otorgan un mayor espacio a las “entradas” artísticas, culturales, lúdicas y de “capacitación”. En su convocatoria vía Facebook, aquella nueva organización de izquierda (de la última cita) informaba que su evento incluiría “vocerías, lineamientos, videos, *hip hop*, trova, *batucada* y serigrafía”. Tales estrategias, sin embargo, al margen de cuán eficaces puedan ser, a veces son desaprobadas por otros grupos. Por ejemplo, al referirse a cómo se aproximaba a los alumnos una organización de izquierda moderada, Fabián decía: “tiene una dinámica de acercamiento... a los ingresantes, pero de una manera, se puede decir, ‘alternativa’, con talleres de dibujo... siempre los caracterizaban por tener un acercamiento ‘infantil’, a través de actividades que podían un poco ridiculizar la política, como dibujar manitos, piecitos, organizar talleres de ‘conócete a ti mismo’...”.

Por otro lado, en este modelo se relativiza también el rol de la ideología en las elites y organizaciones. La teoría marxista está presente, en mayor o menor medida, entre los activistas y en sus discursos, orientando o inspirando los proyectos y los ideales de justicia social, o sirviendo como referente de identificación ideológica, pero sin ser necesariamente un elemento clave de cohesión organizativa o de la construcción de programas. En general, la función de la ideología aparece aquí más atenuada en comparación con el primer modelo, y el que se enfatice menos su papel como fundamento de la acción política se refleja por ejemplo en los señalamientos de “dogmatismo” que frecuentemente surgen desde este sector en oposición a los grupos y activistas de izquierda marxista que son vistos como más “duros” y cuyos “idearios políticos” pueden ser calificados como “bastante arcanos” (Paulo). Fabián, al hablar de una agrupación universitaria que él clicaba como “socialdemócrata”, decía de sus miembros que “tienen una ideología que se podría decir de izquierda, progresista, pero no es una ideología cerrada muy doctrinaria y muy vertical de un marxista-leninista o de un guevarista”. Asimismo, las posturas críticas del “dogmatismo” se traducen en intentos por “renovar” el lenguaje y los discursos para hacerlos más flexibles y menos esquemáticos, evitando proyectar solo “frases hechas” o “consignas”: “los discursos políticos que se dan dentro de la universidad eran muy repetitivos, ¡demasiado! Los discursos de

¹⁷⁴ Anuncio de evento del *Movimiento Sembrar* en Facebook, “Presentación en San Marcos”, 17 Sept. 2015.

izquierda eran bastante repetitivos, ‘ta que, ¡asu mare!: ¡era un estribillo!, y en los sectores más radicalizados peor: ‘¡compañeros...!’, cien veces en un discurso de diez palabras, ¿no?’ (Julio).

El que se incida menos en la ideología se corresponde también con la importancia que se le da –al menos en los discursos– a la labor de investigar y analizar la realidad social para formular programas más consistentes con los problemas locales, sectoriales y nacionales. En palabras de Julio:

Lo que no puedo dejar, o yo creo que es prioritario, es una actividad académica, de investigar, de realizarse académicamente... y a partir de esto tú puedes tener ciertos programas, aparte personales, pero que siempre van a estar vinculados a este esclarecimiento por lo menos académico-intelectual que vas teniendo, y que lo vas corroborando en investigaciones serias que tú vas haciendo. O sea, no se puede hacer un proyecto de universidad, si tú no tienes un trabajo de investigación, todo un diagnóstico, toda una *chamba*, que no es cosa de hacer un pronunciamiento nada más.

En ese sentido, se busca una mayor “coherencia” en el ideal del político-intelectual. Julio nos dice que cuando evaluaba los espacios de participación de San Marcos, “conociendo a cada grupo y también descartando”, buscaba esa correspondencia entre el “tipo de participación” que tenían los activistas de distintos grupos y “el trabajo práctico diario”: “Porque podían tener un buen discurso, articulado, pero por lo menos que sea ese discurso corroborado en los hechos, que haya cierta coherencia. Yo te digo: ‘es importante lo académico’, todo, pero al final nunca viene a clases... es incoherente con lo que dice”.

La forma de ver la política que he delineado en este apartado tiene entonces varias diferencias con aquella que presenté en el segmento anterior. Y al igual que en ese caso, no está libre de contradicciones entre el ideal y cómo se lleva a la práctica. A este respecto, quizás el punto más saltante esté en que la vocación por construir el poder “desde abajo”, desde la organización en el nivel de las “bases” y con una alta valoración de la “horizontalidad” en las relaciones políticas e interpersonales, puede entrar en tensión, por un lado, con la necesidad de construir un aparato político que, en su estructura, tendría que tener dirigentes y liderazgos bien constituidos, y por otro lado con la apuesta por disputar el poder y los cargos políticos en las instituciones de gobierno. Al parecer, dicha tensión reside en que existe aquí un muy amplio margen para las interpretaciones de los sujetos respecto a en qué punto los dirigentes estarían representando las voluntades de las bases, y en qué otro punto estarían operando guiados por sus “intereses” particulares o de elite y tratando de “direccionar” la acción política de esas bases y de los militantes de la organización. En muchos casos, se reconoce por ejemplo la necesidad de formar alianzas con distintos grupos y disputar el poder en el escenario electoral, pero en estos procesos afloran muy frecuentemente los señalamientos que aluden a los “egos”, las “ansias de poder” y la “traición a los principios” cuando se definen los posicionamientos dentro y fuera de cada organización. Así, cuando cada quién, cada fracción dentro de una organización, o cada una de éstas maneja sus propios criterios o definiciones sobre las mejores formas de representar los anhelos colectivos, las discrepancias pueden terminar siendo “irreconciliables” y llevar a rupturas políticas en distintos niveles.

De hecho, la organización en la que militaba Paulo nació precisamente a raíz de una división al interior de un partido nacional de izquierda que se había formado poco tiempo atrás. Al hablar de las

razones de esa división, él indica que aquello ocurrió porque los dirigentes del grupo original estaban “pasando por encima de acuerdos de base”. Y en su relato sobre los conflictos que se daban cuando se establecían acuerdos entre su agrupación y otras fuerzas políticas en una coyuntura previa a un proceso electoral municipal, nos dice que allí se daban “encuentros con algunos partidos, pero también desencuentros con las cabezas”. Paulo señala que en su grupo predominaba el ver aquella confluencia más como una oportunidad para “construir poder popular” y no tanto como una forma de alcanzar objetivos electorales. El escenario electoral, más que un fin en sí mismo, o una “dinámica de poder y cargos”, era para ellos “un espacio interesante donde poder entrar en contacto con otra gente, establecer lazos que apunten justamente a una proyección de ir reconstruyendo el tejido social”. No obstante, aún así se produjeron debates al interior de su propia organización e incluso desafilaciones de militantes. Otros debates y rupturas similares pueden surgir también cuando desde esta visión de la política se trata de privilegiar la defensa de “principios” o de las perspectivas de largo plazo por sobre la “negociación” de esos principios y la búsqueda de fines inmediatos.

Modelo 3: La visión liberal-participativa, institucionalista y meritocrática

La concepción de la política que describo en este tercer esquema observado en San Marcos tiene en común con las anteriores la valoración del sujeto político “consciente” que participa y se involucra en la solución de los problemas colectivos, preferentemente de manera organizada. Fuera de esto, se diferencia de aquellos modelos en varios aspectos. Para empezar, la idea de participación no remite aquí solo ni necesariamente a organizaciones políticas, sino en general a diversas formas de asociación que pueden estar vinculadas o no con proyectos políticos. Luego, la noción de conciencia social y la preocupación por los problemas nacionales tienen múltiples referentes, que pueden ir desde las grandes inequidades del país hasta los asuntos más locales e inmediatos, como los universitarios. Pero sean cuales fueren las motivaciones de la acción política, hay en esta visión un mayor reconocimiento y aceptación de la validez y legitimidad de los múltiples intereses que pueden surgir en la sociedad, que es vista como un conglomerado social eminentemente plural y diverso.

Bajo este esquema encontramos algunas diferencias en los sentidos atribuidos a los ideales de cambio que sirven como referentes de la acción política. Lo que en los modelos previos aparece como una búsqueda de “justicia social”, en este caso remite a preocupaciones por *la equidad y la igualdad*. Si definiéramos conceptualmente un espectro que abarque el rango de esas preocupaciones, tendríamos en un extremo un reconocimiento de la necesidad de impulsar o apoyar esfuerzos para resolver grandes problemas estructurales, incluyendo el de las profundas desigualdades del país, las carencias del Estado y las formas de exclusión que impiden el pleno desenvolvimiento de las personas. Estos pueden ser, a grandes rasgos, puntos de confluencia con las agendas transformadoras de las organizaciones descritas en las pautas anteriores. No obstante, partiendo de ese punto, los ideales de igualdad y equidad se proyectan transversalmente hacia otro extremo en el que se ubican *la defensa y el respeto de derechos y*

libertades individuales, que constituyen a su vez el núcleo más firme de los principios asumidos por quienes podríamos categorizar en esta tercera pauta de cultura política.

Frente a ese amplio rango de problemas, el sujeto sanmarquino liberal-participativo puede adoptar posturas moderadas de “izquierda” o “derecha”, dependiendo de si su compromiso político tiende más hacia el respaldo a las grandes transformaciones estructurales o de si se enfoca más en los derechos individuales. De hecho, en los casos analizados, en más de una ocasión lo vemos participando en protestas y movilizaciones o formando parte de organizaciones de izquierda, pero también apartándose de ellas cuando percibe que determinadas prácticas o ideas comunes en esos grupos entran en contradicción con sus principios y las libertades personales. Pero ya sea que se integre o no a grupos políticos, valora el que las personas participen en formas organizadas de resolver los problemas que les afectan, lo cual se puede reflejar también en si se aproxima o toma distancia de la política partidaria. No se trata entonces de un sujeto “individualista”, como podrían juzgarlo quienes lo evalúen solo por sus rasgos “liberales”, sino de alguien que verdaderamente cree en los compromisos cívicos y en la posibilidad de lograr beneficios colectivos de manera organizada, pero preservando siempre la singularidad y los derechos individuales de las personas. Así también, en este esquema encontramos, más que en los otros, un énfasis en la idea de “apertura” y en temas como la “libertad de expresión”, la “tolerancia” y el “diálogo”, que son asumidos como requisitos para la adecuada marcha de los procesos políticos.

En este tercer modelo se otorga importancia a las instituciones de la democracia liberal y representativa, que tienen un alto valor en sí mismas. Pero las instituciones no son entendidas solo como un conjunto de organizaciones políticas o estructuras de gobierno, sino principalmente como reglas compartidas que deberían ser respetadas por quienes participan en los procesos políticos, vistos a su vez como “ciudadanos” con derechos. A Viviana, por ejemplo, le preocupa que no haya en el Perú un “sistema de partidos verdadero”, lo cual ella juzga como “un problema fundamental para la política del país”. Las instituciones fuertes serían lo opuesto a la concentración del poder en manos de personas o pequeñas cúpulas políticas, o lo que Fabián identifica como “mesianismo” o “caudillismos” en la política sanmarquina y nacional. Él nos dice en otro momento que alguna vez sostuvo varias discusiones con sus familiares y compañeros de la Universidad por “defender la idea de institucionalidad”, a propósito de los problemas de la gestión municipal de una opción de izquierda:

No todos entienden el peso de la *institucionalidad*. Por ejemplo, me decían: ‘pero Susana [Villarán, ex alcaldesa de Lima] es una vaga’; y... llego a la universidad y en la izquierda disidente del susanismo me dicen: ‘¿ya ves, pues?’, eso es creer en el sistema electoral, eso es creer en la gestión municipal’... No sé si lo dicen en broma, pero... están cuestionando ¡el *sistema democrático*! Eso es lo más paranoico. O sea, como Susana pierde sus regidores en la revocatoria, se comienza a cuestionar la idea de *instituciones de la democracia*. ¿Qué quieren?: ¿regresar al fusil?

Desde este enfoque, el poder contar con instituciones sólidas y reglas claras impediría que los procesos políticos queden sometidos a los vaivenes, arbitrariedades o voluntades de los actores políticos, o que los conflictos se solucionen con violencia. Aquí la “corrupción” es entendida sobre todo como

transgresión o manipulación de las normas. Esta es la visión de Rolando, quien al hablar de cómo se “deslegitimaba” un determinado grupo universitario de izquierda, decía lo siguiente:

Ellos reproducían esa parte que yo siempre rechazaba. Por ejemplo, que el dirigente estudiantil es el elegido, el que ha sido elegido y es el que articula todo, pero cuando ellos pierden de pronto aparecen con que el dirigente no es el elegido sino es el más conocido, porque ‘trabaja mejor’, etcétera. Entonces, ¡decídetes pues, huevón! O sea, te das cuenta que si yo te doy un cargo como rector, vas a llevar esa misma lógica y vas a hacer las mismas cosas que criticas...

Más allá de los discursos, Rolando y otros jóvenes que ubico en este patrón de cultura política se muestran en sus acciones especialmente sensibles frente a quienes manipulan las instituciones para obtener ventajas o beneficios políticos particulares. Fabián nos cuenta, por ejemplo, que una de las razones de su renuncia a la militancia en un partido de izquierda fue la indignación que le causaron la falta de transparencia en ese partido y el ver cómo sus antiguos camaradas irrespetaban las normas de votación para zanjar una disputa interna (pues afirma que a una compañera suya, que no era miembro de la agrupación, la hicieron pasar como integrante de un órgano partidario para desplazar la postura de una facción rival). Pero Fabián no solo abandonó ese partido, sino en general la participación política en San Marcos, debido a que no encontraba en la Universidad las condiciones para el desarrollo de “una democracia en todo el sentido de la palabra”. Allí, en su experiencia, tanto las autoridades como las organizaciones estudiantiles tendían a respetar las normas cuando les “convenía” y a tergiversarlas o pasarlas por alto si las veían como obstáculos, lo cual nos lleva a otro elemento asociado a esta visión de la política: los mecanismos democráticos e institucionales de “fiscalización”, *control del poder* y aseguramiento de la *transparencia*:

Yo no creo en una democracia sin contrapesos (...). No participo [en San Marcos] porque tengo ideas distintas a cómo se concibe la participación. Una democracia para mí, sin contrapesos, sin posibilidad de fiscalización, sin posibilidad de control, de cuestionamientos, sin acceso a la información, para mí no es una democracia; eso es un remedo, un adfesio de democracia.

En la visión liberal-participativa, los anhelos y proyectos dirigidos a la búsqueda de equidad e igualdad en la sociedad no deberían entrar en contradicción con la definición de agendas políticas y acciones que atiendan los problemas más inmediatos de los individuos. En su crítica a las organizaciones sanmarquinas de izquierda, Rolando decía que tal vez su “principal fracaso” sea el no poder elaborar discursos y agendas “que peguen con los alumnos”. Él reconoce que sigue siendo importante impulsar asuntos como la “gratuidad de la enseñanza” y los derechos sociales de los estudiantes, pero señala que tales organizaciones simplemente repiten consignas planteadas por actores políticos “de los años setenta” y “no se toman la molestia de proponer algo más”, algo nuevo, dejando de lado muchos problemas que afectan y verdaderamente “joden” la vida cotidiana de los estudiantes, poniendo como ejemplo la intrincada maraña burocrática y los elevados cobros que la Universidad impone a los alumnos por toda clase de trámites. Y Esteban, por otro lado, menciona que él en cierto momento coincidía con los discursos de organizaciones de izquierda que planteaban la necesidad de que la Universidad forme “buenos profesionales”, pero luego vio aquello como algo meramente retórico cuando, en una ocasión, los

dirigentes de su centro de estudiantes –según su relato– le restaron importancia a unas convocatorias laborales que él trató de divulgar a través de ese gremio, sin éxito: “estaban más afanosos en hacer un panel que en lo que yo les decía; yo decía: ‘¿qué raro?... les oía decir que acá ‘tenemos que ser buenos profesionales’, ‘trabajar’, tenemos que ‘reformular la Universidad’... pero te das cuenta que ni siquiera le abren las puertas a instituciones que quieren [contratar a] estudiantes...”.

Otro punto frecuentemente mencionado por quienes identifiqué en este sector es el de la “eficiencia” en los procesos de “gestión pública”. Por ejemplo, Fabián se “desencantó” de la alternativa de izquierda que él había apoyado inicialmente luego de ver las carencias que en este rubro mostró dicho proyecto durante su administración municipal: “como *gestión* me decepcionó”. Así también, critica a una organización sanmarquina de izquierda porque “no es *eficiente*” en su labor cuando consigue cargos de representación. En contraste, aprecia positivamente el trabajo de un colectivo juvenil universitario que obtiene “resultados” tangibles para las personas “realizando acciones de responsabilidad social, de capacitación, talleres con chicos de barrio”, lo cual le parece “mucho más *productivo* que seguir hablando de la ‘lucha popular’, o del ‘movimiento estudiantil’ entre cuatro paredes”. Por eso, frente a diversos discursos políticos, él se inclina por aquellos que, sin descuidar una perspectiva amplia de transformación social, muestran una real vocación por atender necesidades y problemas concretos de las personas. Sobre aquel colectivo universitario, Fabián nos dice:

Encuentro el discurso de cambio que lo tienen, aunque sea en el papel, todos los partidos de la Universidad o partidos nacionales. Pero encuentro algo mucho más esperanzador: el tema de la *gestión eficiente*, la gestión de *resultados*, de impactos, de la *libertad*, los *derechos civiles*, la *pluralidad*, sin necesidad de volverlos rótulos poéticos, líricos. Se habla de política de una manera mucho más sana, distinta, sin dogmatismos, sino de análisis fríos de las circunstancias: ‘Mira: hay esto, ¿cómo lo resolvemos?’, de tal manera, pero siempre comprometiéndonos con la idea de construir cambio’...

Estos énfasis en la eficiencia, la gestión y las agendas vinculadas con los problemas y necesidades de las personas vienen unidos a una alta valoración de la *meritocracia* y del desarrollo de *capacidades intelectuales*. Éstas, lejos de ser solo atributos del individuo, deberían dirigirse al análisis y la problematización de la realidad social y a la formulación de alternativas, propuestas de cambio y proyectos políticos. Si bien esta idea está presente en los dos modelos previos, es en este tercer esquema donde dicha noción se concreta más visiblemente en las prácticas como un elemento reconocible de esta cultura política. Fabián, Rolando y Esteban forman parte de tres distintos grupos académicos que publican sendas revistas estudiantiles de análisis social, cada cual más exitosa que la otra, y donde ellos mismos dan a conocer sus ensayos y trabajos de investigación. Los dos primeros tienen además una activa participación integrando o apoyando iniciativas de grupos políticos (Fabián fuera de la Universidad y Rolando dentro y a veces fuera), mientras que Esteban afirma que desde la labor académica se debería promover la generación de nuevas “visiones de futuro” que puedan ofrecer “alternativas” y “rumbos” a la acción colectiva, oponiéndose de este modo a los activistas políticos que, ante determinado problema social, dirían –según él–: “esto está resuelto por tal autor y ya, ya todo está

dicho”. Es así que en este sector, en comparación con los modelos anteriores, encontramos una mayor aproximación al ideal del político-intelectual, lo cual sin embargo no se da según los cánones que dictaría la figura del “intelectual orgánico” representado en algunos discursos de izquierda.

Pero más que solo un ideal que remite a características individuales, el desarrollo del conocimiento y la meritocracia, asociado a la acción política, es también un criterio para evaluar la forma de las relaciones sociales y políticas y el acceso a posiciones de poder y prestigio. Rolando nos dice que cuando llegó a la Universidad respaldaba a un grupo estudiantil de izquierda porque sus integrantes, aún cuando “no habían publicado nada”, le parecían en general “buenos académicamente”. Para él, en ese momento, no eran “los típicos operadores que nunca han leído ni los manuales marxistas, ni siquiera han llegado eso”. Pero luego se “desencantó” de ese grupo al ver cómo algunos de sus miembros se posicionaban como asistentes de cátedra no por sus capacidades sino por sus vínculos de afinidad con ciertos profesores: “te das cuenta de que lo meritocrático no es el tema, no es para nada meritocrático”. Y esto que percibió en la Universidad, Rolando lo desaprobaba también en otros entornos, refiriéndose por ejemplo a las relaciones “clientelares” y excluyentes en las que veía involucrados a activistas sanmarquinos que, sin haber demostrado capacidades, alcanzaban posiciones en una pasada gestión municipal de izquierda: “De pronto descubro que empiezan a aparecer en la Municipalidad de Lima, en ciertos proyectos, esas redes de amigos vinculadas al trabajo político, y –pensó- ‘Aguanta, ya vi por donde va esta gente’; y te vas dando cuenta que cada día ese grupo se cierra más, entre ellos, más y más”. Tomando distancia de ellos, Rolando se acercó a otro grupo integrado por varios alumnos que en la Universidad ocupan los primeros puestos en sus carreras, y que según él “son tipos que para nada son académicos de biblioteca: están participando, están metidos todos los días en asambleas (...) es gente que está interesada en hacer más allá que conferencias, en articular espacios políticos”.

Como en los otros casos, también esta concepción de la política enfrenta limitaciones para su realización. En primer lugar, los valores liberales son asumidos por un sector significativo del alumnado (como veíamos en la Tabla 8), pero no definen un perfil de participación que logre concretarse en esquemas organizativos o proyectos políticos propiamente liberales en la Universidad. En ese sentido, el liberalismo no aparece aquí como una “ideología” particular que inspire apuestas colectivas en el terreno de las disputas por el poder, sino como un conjunto de ideas y tendencias de acción política que, aunque están presentes en muchos individuos, se despliegan solo mediante la participación en agrupaciones de izquierda moderada o las “pragmáticas” (identificadas a veces con una orientación de “derecha”), en colectivos académicos o temáticos, o fuera de la Universidad en grupos políticos o agendas fragmentadas. Esto, desde luego, no impide que algunos sujetos liberales alcancen posiciones de representación gremial o liderazgo político en sus organizaciones, pero aún así siguen siendo solo individuos más o menos aislados y cuyas acciones, al margen del impacto que puedan tener, no encuentran referentes claros que signifiquen una institucionalización o continuidad orgánica de sus apuestas.

En segundo lugar, bajo esas condiciones (y las descritas en otros apartados), la misma participación de estos sujetos suele ser algo frágil, pues las carencias institucionales en San Marcos y en general en el país configuran entornos adversos para el desarrollo de una acción política basada en normas claras e impersonales, requisitos de apertura o criterios meritocráticos. No resulta extraño por eso que quienes encarnan esta cultura política liberal-participativa aparezcan en varias ocasiones abandonando organizaciones o espacios que perciben como muy “cerrados” o en los que encuentran ineficiencia y manejos arbitrarios. Y en tales escenarios, estas personas comúnmente desarrollan trayectorias políticas individuales o limitadas a pequeños grupos académicos, cuya incidencia en los procesos políticos tiende a ser menor o indirecta.

Modelo 4: Participación exclusiva en agendas temáticas, fragmentadas o efímeras

En este cuarto esquema ubico a sujetos en quienes están presentes la “conciencia social” y los ánimos participativos, pero estos se canalizan por vías que implican diversos niveles de distancia con respecto a la política institucional: desde el apoyo a grupos políticos o actividades gremiales en asuntos puntuales o momentos concretos, pero sin involucramiento orgánico y en función de coincidencias con temas específicos reivindicados por esas organizaciones, hasta los esfuerzos que se desarrollan en esos y otros temas pero completamente al margen de cualquier vinculación con estructuras o proyectos políticos. Entre estos sujetos las actitudes de mayor o menor alejamiento de la política institucional pueden surgir a veces por percepciones o sentimientos arraigados de “desconfianza”, suspicacia o rechazo a “la política” en general o hacia “los políticos” y “los partidos” en particular, que suelen ser juzgados como parte de un ámbito “contaminado” por la “corrupción”, la deslealtad, “intereses” particulares u oscuros, etc. En otros casos, tal alejamiento es más bien una opción tomada luego de experiencias fallidas de participación por las vías formales de la política, que habrían terminado deslegitimadas o desacreditadas a los ojos de estas personas por no haber hallado en ellas un espacio para las reivindicaciones que persiguen, o por su carácter “cerrado” o “conflictivo”, o por su “ineficacia”, entre otros motivos.

Aquí los ideales que apuntan a grandes transformaciones estructurales de la sociedad están ausentes o aparecen solo de maneras muy difusas, mientras que las perspectivas de cambio remiten a cuestiones más concretas o acotadas en las que se vislumbran objetivos en mayor o menor medida alcanzables mediante la acción individual u organizada. Esto se vincula con un sentido de la acción y la *inmediatez*, que se plasma a veces en discursos en los que se valora el *hacer* las cosas directamente, “aquí y ahora” y por uno mismo, en contraste con lo que ocurriría en el terreno de “la política”, de “interminables asambleas” donde “se discute por horas” y al final solo se lanzan promesas, “no se hace nada” y no se logran los objetivos planteados. Así, la reflexión y el debate sobre los problemas pierden relevancia frente a la “acción directa” para solucionarlos.

Tales acciones deberían desarrollarse en un ambiente de “horizontalidad” entre los actores y en las relaciones políticas, lo cual se expresa en un rechazo a los “direccionamientos”, jerarquías y actitudes

verticales, pensadas como propias de la “política partidaria”. Adrián, quien dirige un grupo universitario de comunicadores sociales, decía por ejemplo que tiene una muy mala imagen de “todas” las organizaciones políticas universitarias y de “todos” los representantes estudiantiles, a quienes ve como personas que solo buscan sus “cuotas de poder” y tratan de imponer sus voluntades por sobre los intereses de los alumnos. Nada muy distinto de cómo percibe a quienes hacen política a nivel nacional: “Los que están arriba se reparten el jamón (...) así seas de izquierda o de derecha, al margen de la ideología, eso no tiene que ver con los valores, hay corruptos entre los de derecha y de izquierda”. Y más allá de ese ámbito, Adrián expresa su desconfianza en general hacia cualquiera que “busque figurar” o destacar por sobre los demás en algún aspecto.

Por otro lado, la participación se desarrolla en múltiples niveles y espacios. El Estado y las instituciones políticas dejan de ser los únicos o principales referentes de la acción política, quedando a veces en un lugar marginal o irrelevante. El activismo puede apuntar a veces a ese ámbito, en los casos de ciertas agendas, pero más comúnmente se desarrolla en otros terrenos y frente a otros actores sociales e institucionales a los que se les reconoce algún poder para operar cambios concretos o influir en su realización. Así, dependiendo del carácter de cada reivindicación, las demandas y los discursos van muchas veces dirigidos a medios de comunicación de masas, empresas locales y extranjeras, instituciones civiles y religiosas, organismos internacionales, grupos sociales específicos, la opinión pública en general o audiencias transnacionales. Por ejemplo, mientras realizaba la etnografía surgió en Lima (hacia fines del 2014 e inicios del 2015) un gran movimiento social juvenil en el que registré una significativa presencia de jóvenes sanmarquinos, quienes en varias ocasiones salieron a las calles junto a muchos otros que protestaban por una ley de empleo juvenil promulgada por el gobierno (que recortaba algunos derechos laborales). Allí se produjo desde muy temprano una clara división entre, por un lado, los activistas políticos y gremiales clásicos (los que veíamos en los primeros dos modelos sobre todo) y, por otro lado, un grueso sector que desconfiaba de ellos y que estaba compuesto por jóvenes sin afiliación política o integrantes de grupos civiles con un marcado discurso de rechazo a “los políticos”, “los partidos” y las jerarquías en la organización del movimiento. El reclamo específico (la derogación de aquella ley) se dirigía al Estado, pero cuando en las marchas los jóvenes vieron bloqueadas las calles que llevan al Congreso de la República se dirigieron a distritos de clase media y media alta, donde en más de una ocasión protestaron frente a la sede del principal gremio empresarial peruano (señalado como el promotor de esa ley). Pasada esa coyuntura, luego de haberse logrado el objetivo, muchos de estos mismos jóvenes continuaron movilizándose en los meses siguientes para mostrar su disconformidad con los contenidos de la llamada “televisión basura”, yendo a los locales de varios canales de televisión. Y en otra oportunidad, protestaron también frente a la sede del principal medio de prensa escrita del país.

Esto último nos lleva a la gran importancia que tiene en este modelo la cultura mediática. Estos jóvenes no solo buscan interpelar a los medios, sino también posicionar sus mensajes en ese ámbito e

instrumentalizarlo para impulsar sus agendas. Una forma de hacerlo es realizando acciones coordinadas llamativas y de impacto como manifestaciones simbólicas y *flashmobs* (actividades repentinas convocadas en determinado momento y lugar) con los que se intenta llamar la atención del público y los medios. También hacen un uso intensivo de recursos como la fotografía, el video y las redes virtuales de internet, donde crean grupos temáticos, difunden información y organizan eventos. Y en general, una característica frecuente en estos sujetos y grupos es la apropiación de mensajes, personajes y símbolos tomados de la cultura mediática y de consumo masivo transnacional, como por ejemplo héroes y artistas de series televisivas y películas (o alusiones a estas), que comúnmente sirven como referentes de identificación colectiva.

Desde luego, todos estos recursos están al alcance de quienes ubico en otros esquemas de cultura política, solo que en este alcanzan un lugar privilegiado. Algo similar ocurre con las manifestaciones culturales y artísticas (música, teatro y artes plásticas: *rap*, *hip hop*, *graffitti*, géneros andinos, etc.) que suelen transmitir contenidos de crítica social dirigidos a públicos diversos.

Fuera de las características generales relacionadas con el alejamiento de la política formal, el rechazo a las jerarquías, el sentido de inmediatez y la importancia del mundo mediático, existe una gran diversidad entre quienes identifico en esta pauta de cultura política. El activismo que estos jóvenes realizan en la Universidad, internet y otros espacios gira muchas veces alrededor de temas variados como el género y la diversidad sexual (violencia, derechos reproductivos, homofobia, etc.), el apoyo a determinados grupos étnicos o a los indígenas en general (especialmente los Amazónicos), la defensa del medio ambiente y la protección de especies animales (ecologistas, “animalistas”, “anti-taurinos”, etc.) y derechos humanos (abarcando temas como las secuelas de la guerra interna: desaparecidos, reparaciones a víctimas, etc.), por citar solo los asuntos más comunes. Mención especial merecen los asuntos universitarios, que van desde los grandes problemas de la educación superior hasta cuestiones enfocadas en San Marcos, y dentro de la Universidad las cuestiones “académicas” relacionadas con ciertas carreras.

También podemos reconocer en estos jóvenes distintos niveles de autonomía con respecto a otros actores sociales. Muchos de estos grupos e individuos son bastante independientes en sus reclamos y acciones. Otros, en cambio, mantienen algunos lazos con promotores de las agendas de desarrollo estatales, no gubernamentales o de agencias de cooperación internacional en temas como salud, género, educación, pobreza, infancia, asuntos rurales, entre otros. Y no faltan quienes se involucran directamente en estos órganos para realizar labores de voluntariado, ya sea de forma exclusiva o participando simultáneamente allí y en grupos autónomos.

La variación se da igualmente en los niveles de organización y su alcance: extensas redes transnacionales (por ejemplo en temas culturales y artísticos como el teatro popular, *graffitti*, etc.), redes que unen a grupos de varias ciudades del país o de una misma ciudad, organizaciones pequeñas y flexibles

que trabajan solo en una localidad, o jóvenes que individualmente se suman a movimientos efímeros y programas de voluntariado o que realizan activismo virtual.

Hay aquí, asimismo, una gran diversidad de ideologías e identidades políticas: desde jóvenes que reivindican postulados anarquistas y socialistas, hasta otros que asumen posiciones conservadoras, liberales o de “derecha”, pasando por los que rechazan cualquier “etiqueta política”. Por ejemplo, en las protestas contra las televisoras y la prensa que mencioné, algunos levantaban las mismas consignas que las izquierdas locales promueven contra la “concentración de medios” en manos de unos pocos empresarios, mientras que otros, en las mismas marchas, desaprobaban la presencia de “homosexuales” en los programas de televisión y exigían contenidos que respeten los “valores familiares”.

Otra diferencia tiene que ver con el tiempo de duración de las iniciativas o cuán sostenidas o momentáneas pueden ser las acciones. Agendas como las de género y diversidad sexual, por ejemplo, pueden mantenerse de forma permanente a lo largo de décadas, mientras que otras concitan atención durante procesos que duran alrededor de un año o unos pocos meses, y están también otros reclamos también coyunturales pero más efímeros, que no pasan de una semana o incluso días, como puede ocurrir con las reacciones ciudadanas y movilizaciones frente a hechos puntuales del devenir social y político nacional que alcanzan repercusión mediática (“escándalos” políticos, medidas de gobierno, etc.).

Las limitaciones y virtudes de esta pauta de cultura política son motivo de extensos debates. Aquí me limitaré a discutir algunos aspectos relacionados solo con su presencia en el campo sanmarquino. Si en este medio evaluamos los alcances de los esfuerzos desarrollados desde agendas tenáticas o fragmentadas por su incidencia en el sistema político universitario, resulta algo difícil encontrar señales de un impacto claro en el sentido de la generación de cambios o logros tangibles. Quizás los mayores éxitos se den en el plano de la institucionalización de cátedras en temas como los estudios de género, los derechos humanos y el medio ambiente.

No obstante, el que se dé esta institucionalización puede ocurrir o bien por decisiones meramente académico-administrativas o por articulaciones entre el activismo en esos asuntos y los gremios y organizaciones políticas. Como ya vimos, hay en San Marcos una interrelación entre esos dos últimos ámbitos, ya sea por la presencia de activistas que se mueven en ambos espectros, o porque algunos aparatos políticos y gremiales pueden incluir parte de aquellas demandas fragmentadas en sus programas reivindicativos (como en el segundo esquema de cultura política). En los casos que más pude observar (temas de género, diversidad sexual, etnicidad, medio ambiente y derechos humanos), los colectivos estaban integrados tanto por estudiantes que participaban también en organizaciones políticas y gremiales como por otros que tomaban distancia de ellas. Paulo nos decía que su grupo de jóvenes gay sanmarquinos nació como un espacio para “socializar” y que luego se fue politizando y vinculando con el movimiento peruano por la diversidad sexual. Y si bien ese grupo llegó a convertirse en quizás el más importante de su tipo dentro de la Universidad, Paulo señala que allí “la mayoría no tiene ningún tipo de

participación dentro de los niveles de gremios o de otros grupos políticos” y que nunca se propusieron entrar a disputar el poder o tener una “incidencia política” en esos terrenos, algo que –según él– se debía tal vez a que no veían una “correlación” de fuerzas favorable a sus reivindicaciones (“no nos planteamos eso, y creo que de plantearlo no hubiera sido posible”), pues habría en las organizaciones políticas y gremios “eso de ver los temas LGTB por debajo, un tema que está en la cola”. En esto notaba él una diferencia con lo que ocurre en la vecina Universidad Católica, donde los activistas LGTB sí se moverían en “espacios más institucionales”, estableciendo diálogos con la federación estudiantil y con representantes en la Asamblea Universitaria para lograr algunos objetivos: “para sacar que en los estatutos y reglamentos haya ese tema de la no discriminación; incluso están moviendo una iniciativa para que se reconozca el nombre de los estudiantes *trans*... ellos sí tienen un tipo de incidencia en los temas normativos de su universidad”. En el colectivo de Paulo, en cambio, el activismo dentro de San Marcos se expresa sobre todo en actividades académicas, simbólicas e informativas, y fuera de la Universidad en su articulación con el movimiento LGTB a nivel de Lima.

Mariana nos cuenta, por otro lado, que en su grupo de estudios de género se daba una tensión entre quienes privilegiaban el lado académico y quienes se inclinaban más por vincular el estudio con la participación en el movimiento feminista. Primero tuvieron una etapa de “formación” (en la que afrontaron las “burlas” y la oposición de personas que veían esa iniciativa como “poco seria”). Luego, teniendo ya una “base teórica”, estas jóvenes establecieron lazos con organizaciones feministas y participaron en numerosas acciones de protesta y difusión. No obstante, en cierto momento comenzaron a sentir que estaban “haciendo solo eso” y dejaban de lado el propósito original del grupo: “nos perdimos en eso, porque eso te absorbe... hemos regresado al origen; pero sí, en el segundo año hubo ese conflicto [interno] porque habíamos participado en demasiadas actividades”. Además, varias de ellas percibieron posturas demasiado “cerradas” en algunos grupos feministas (“están cayendo en *ghettos* también... se cierran en ellos mismos”) y un manejo inapropiado de las agendas: “critican algunas políticas de Estado, o prejuicios en la población, pero... lo hacen tan mal, o tan presurosamente, que no tienen la convocatoria o la influencia que han querido. Entonces, hacer algo para no llegar a un *objetivo*, y varias veces, es que algo mal estás haciendo”. En la Universidad organizaron un evento académico de varios días que concitó la atención de muchos estudiantes sanmarquinos y de otras universidades, lo cual les sirvió para posicionar los temas de género en su facultad. Intentaron también “institucionalizar” la enseñanza de esos temas en la currícula formal de algunas carreras, y aunque no tuvieron éxito en esta iniciativa (alegando la existencia de obstáculos burocráticos para hacerlo), mantienen esto como un objetivo que se podría lograr en algún momento. No obstante, quienes en el grupo impulsaron esa tarea eran solo las que tenían más participación en el mundo de la política “formal”.

Este cuarto modelo, como tipo *puro*, se concretaría en San Marcos más bajo la forma de grupos pequeños y desligados del sistema político universitario, como los exclusivamente académicos (revistas,

“talleres”, etc.) que se definen por lo común en base a la filiación de sus miembros en alguna carrera profesional o conjunto de carreras emparentadas, y solo en menor medida como colectivos temáticos autónomos (los grupos de “animalistas” serían un buen ejemplo de esto último).

Sin embargo, si evaluamos los logros e impactos de estas formas de participación no por su incidencia en las estructuras formales sino por su influencia fuera de ellas, sí cabe reconocer algún posicionamiento de las agendas temáticas en los imaginarios colectivos estudiantiles, propiciando por ejemplo una aceptación de sus postulados entre segmentos más o menos amplios del alumnado, aunque sería difícil sopesar si tal aceptación proviene más de las acciones emprendidas por los activistas sanmarquinos en la Universidad, o si se reflejan aquí tendencias de opinión generadas más fuera de este espacio. Para los temas de género, por citar un caso, noté que muchos estudiantes de Ciencias Sociales tienen interés en ellos ya desde el primer año. En una ocasión observé por ejemplo que un evento académico sobre género, organizado por ingresantes de Antropología, se desarrolló en un aula completamente llena, mientras que otro evento organizado por un grupo político (acerca de la izquierda en el Perú), realizado en paralelo e iniciado a la misma hora, tenía menos de veinte asistentes (incluyendo a los miembros del grupo organizador).

En capítulos anteriores vimos que los colectivos solo académicos, culturales o los que levantan agendas temáticas ofrecen diversas oportunidades de participación a muchos estudiantes que o bien llegan a la Universidad predispuestos a tomar distancia de la política, o bien se alejan de ella decepcionados luego de conocerla de cerca. En ese sentido, servirían como una forma de canalizar los ánimos participativos. Y aún cuando estos esfuerzos tengan impactos menores o difusos en las estructuras normativas e institucionales (viéndolos desde las perspectivas de quienes sí se involucran en la política institucional), hay que tomar en cuenta que los propios integrantes de asociaciones enfocadas en temas acotados muchas veces no actúan proponiéndose incidir en esas estructuras, sino con otros objetivos. Así, la participación en estas agrupaciones tiende a persistir, en buena medida, debido a que sus metas suelen ser más alcanzables en el corto plazo, lo cual significa también que sus activistas o miembros pueden obtener más rápidamente las recompensas tangibles o simbólicas, e individuales y colectivas, que justifican la inversión de energía y tiempo dedicados a esas agendas. Antes presenté los casos de dos estudiantes que se involucraron bastante en grupos académicos y que relataban –con una fuerte carga emocional– cómo habían obtenido éxitos y reconocimientos con la publicación de sus revistas. Mariana hablaba también de cuán satisfactorio fue para ella y sus compañeras el haber tenido un notable éxito y una gran convocatoria en un evento académico que organizaron sobre temas de género:

[E: ¿Cómo fue esa experiencia del primer evento?] ¡Guau!, fue muy bonita. Vino mucha gente... recibimos bastantes ponencias... hicimos tres días seguidos (...) Habían de San Marcos muchas, y de [las universidades] Católica y Ruiz de Montoya... éramos de Filosofía, y tuvimos un montón de gente de Literatura, de otras escuelas, de otras universidades también. [E: Me imagino que habrá sido muy satisfactorio tener esa receptividad... [luego] de haber sido un grupo ‘marginal’, objeto de burlas, prejuicios...] Sí, la verdad que sí. Animó un montón a los chicos. Porque a veces el reunirse todas las semanas y tener una agenda recargada, como exámenes, y el darte un tiempo de venir, cansaba. Pero

cuando vieron esta recepción del tema, ¡uff!, se pusieron las pilas... [E: Fue una motivación adicional.] ¡Un montón! Fue bien bonito... Y lo bueno es que un montón de gente comenzó también a comunicarse con nosotros. Empezaron a escribir con la idea de generar vínculos y poder hacer actividades con ellos.

Un último punto a considerar aquí es el de la relación entre la política y el mundo mediático. La importancia que en este esquema confieren los jóvenes a los medios de comunicación, al entorno virtual y a sus contenidos se refleja no solo en las prácticas políticas (uso intensivo de la internet y activismo virtual, búsqueda de presencia mediática, el tener a los medios como un referente de la acción política, etc.), sino también en los múltiples temas que hacen parte de sus intereses en el activismo, los cuales remiten a preocupaciones que muchas veces trascienden la escena nacional y se vinculan con agendas globales. Esto adquiere sentido en el marco de lo señalado por J. Golte (en Nureña, 2014) cuando sostiene que la intensa exposición de los jóvenes contemporáneos a contenidos mediáticos “que no tienen un referente nacional” y que “traen verdades de todas partes” tiene implicancias en el plano político “en el sentido de que las voluntades no apuntan a intereses dentro de la sociedad peruana”.

Si nos enfocamos en San Marcos, esta idea de Golte aparece en cierto modo confirmada por los datos de la encuesta del 2012. Allí, además de la información disponible sobre el uso de internet, está también la correspondiente a las preferencias de los estudiantes sobre formas de solucionar problemas que podrían presentárseles en la Universidad, entre las que se encuentran las opciones de “denunciar el problema en internet” (elegida por el 2% de los encuestados) y “denunciar el problema a los medios de comunicación” (21%, N=100/470).¹⁷⁵ Asumiendo como hipótesis lo planteado por Golte, medí las relaciones entre esas variables (independientes, tomándolas por separado) y diversas actitudes de rechazo o alejamiento de la política (variables dependientes). De este modo, al realizar los ejercicios de regresión logística, encontré que la mayor frecuencia de uso de internet (uso diario: 72%) se correlacionaba directamente con un menor interés en la política universitaria ($p=0.027$), pero no con un menor interés en la política nacional. Luego, hallé que el preferir la denuncia en medios como forma de solucionar problemas en la Universidad se correlacionaba de modo también directo con tener opiniones negativas de las organizaciones políticas universitarias ($p=0.043$), de los gremios estudiantiles ($p=0.038$) y del rector ($p=0.052$).¹⁷⁶ Por otro lado, noté también que ninguno de los estudiantes que manifestaban su preferencia por la denuncia en medios o en internet asociaba la idea de “democracia” con la existencia de partidos políticos, y que además era muy raro encontrar a estos jóvenes entre quienes reportaban haber participado en organizaciones políticas estudiantiles en los doce meses previos a la encuesta (N=9/65).¹⁷⁷

Otro dato interesante es que esta variable de la inclinación por los medios se correlacionó fuertemente y de manera directa con reportar ingresos familiares más altos (de 3,001 a 5000 soles, o de 1,154 a 1,923 USD en dic. 2012; $p=0.001$, estadísticamente significativo), mientras que se dio la figura

¹⁷⁵ Pregunta 24 del cuestionario de la encuesta (v. Anexo 3).

¹⁷⁶ Los valores de p indican relaciones estadísticamente significativas en todos los casos señalados.

¹⁷⁷ En este último caso hallé una asociación inversa, pero no estadísticamente significativa, entre la opción por los medios y el haber participado en organizaciones políticas estudiantiles ($p=0.102$).

contraria (correlación inversa) para quienes decían tener los niveles de ingreso familiar más bajos (menores o iguales a 1,000 soles, o hasta 384 USD; $p=0.038$, estadísticamente significativo), todo lo cual indica un “carácter de clase” en esta pauta cultural.¹⁷⁸

Modelo 5: El camino tecnocrático y la promoción personal

En este quinto modelo cobran gran importancia las elites políticas, pero, a diferencia de lo que vimos en todos los esquemas previos, en este pierden relevancia la “conciencia social”, la organización y participación y los grandes ideales de equidad y justicia social. La característica principal es aquí la centralidad de individuos o equipos de personas que deberían tener *capacidades técnicas* y habilidades políticas y que apuntan a ubicarse en posiciones clave de las estructuras de gobierno para tratar de gestionar desde allí, de manera rápida y eficiente, cambios o soluciones a problemas que pueden remitir a demandas sociales, a temas puntuales o a disfunciones de la propia estructura de gobierno (con poca o ninguna presencia de proyectos transformadores a largo plazo).

Bajo esta visión, la política se desarrollaría básicamente por los cauces institucionales, idealmente con actores participando al interior de un sistema de partidos y en los órganos de gobierno. En esos marcos, se concibe una división entre, por un lado, “hacer política”, o participar en las disputas para acceder al poder o mantenerse en él, y por otro lado “hacer políticas”, que sería el *gobernar* o gestionar adecuadamente la cosa pública, siendo este último el terreno donde más se movería o buscaría ubicarse el político-tecnócrata. Gonzalo nos dice por ejemplo que:

Acá en la Universidad... los dirigentes son buenos para *hacer política*, en el sentido de que hay que vociferar en las asambleas, generar contradicciones, generar plataformas para la campaña; pero una vez que llegan a los órganos de gobierno, ¿qué?, ¿hay que seguir con lo mismo? No. Entonces, esa segunda parte, esas *capacidades para hacer gobierno*, yo creo que están sumamente recortadas.

Así, quienes disputan el poder pueden tener habilidades para la lucha política o pueden ir adquiriéndolas en ese proceso. Sin embargo, si toda la política se redujese a eso sería “poco productiva”, pues por lo general “los actores políticos no están muy *capacitados* para hacer la segunda parte, que es hacer políticas públicas; o sea, *hacer política* es una cosa que uno puede aprender en el camino, pero *hacer políticas* es difícil”. Esta dificultad residiría en que típicamente la labor de “hacer política” limitaría en quienes emprenden esta tarea el tiempo y la dedicación al “estudio” y al “mundo académico”, así como, en contrapartida, los que están más inmersos en el estudio tampoco suelen andar muy involucrados en las luchas políticas. En suma, la competencia por llegar al poder se desarrollaría con una lógica propia, pero “esa misma lógica no te funciona para gobernar, para los procesos administrativos del Estado”.

Desde esta perspectiva, la solución de los problemas sociales, ya sea que se trate de demandas populares específicas o de cuestiones mayores, pasaría más por las decisiones y procesos que se dan al

¹⁷⁸ Otras variables fuertemente asociadas con la preferencia por los medios fueron: valorar la “determinación y perseverancia” como cualidad que se debería inculcar en la crianza de las personas ($p=0.030$), demandar a los representantes estudiantiles “que combatan la corrupción en la Universidad” ($p=0.029$), rechazar el uso de la fuerza como un medio de lucha política ($p=0.041$) y desaprobar las tomas de locales en protestas ($p=0.088$, no estadísticamente significativo).

interior del gobierno y el sistema político, y no tanto por lo que se pueda hacer desde la “sociedad civil” o los movimientos sociales. Para que la participación en este segundo nivel pueda conducir a cambios o soluciones, allí los actores necesitarían tener o construir vínculos con quienes en el sistema político tienen el poder para efectuar los cambios demandados: “la sociedad tiene una llegada bastante limitada para poder poner en agenda sus temas de interés, a no ser que tenga aliados dentro del gobierno”. Y agrega Gonzalo: “una protesta no necesariamente va a conseguir los resultados... agendar lo que ellos quieren, porque no hay *ese vínculo*... puedes protestar todo lo que quieras, hasta morirte, pero no te van a hacer caso”. Obtener reivindicaciones implicaría entonces tener “acceso al poder” en el campo de la verdadera política, que sería muy distinta del mero “activismo” que desarrollarían las asociaciones civiles o los movimientos sociales: “no se puede hacer hacer política con los movimientos sociales... [allí] no estás haciendo política, estás haciendo *activismo*, estás haciendo otra cosa”. No obstante, Gonzalo reconoce que algunos líderes o grupos civiles podrían avanzar en sus demandas en la medida en que los “recursos” de los que disponen les permitan captar atención mediática: “hay una regla: el político no te hace caso si es que no hay cámaras, [pues eso] implica un estado en el que el político, o los que están en el poder, puedan sentirse un poco afectados tanto en sus intereses o a futuro; ahí sí puede que tomen en cuenta las cosas que estás haciendo”.¹⁷⁹

Tenemos aquí una visión de *realpolitik*. Antes que las demandas sociales o los ideales transformadores, importa más “cómo se gobierna” luego de llegar al poder. Para esto se requiere de instituciones estables y bien constituidas que idealmente deberían estar libres de la “corrupción” que podrían llevar a ellas los intereses de quienes se ubican en el campo de las disputas por el poder. No obstante, las mismas debilidades del sistema político peruano y de los partidos especialmente harían difícil el poder contar con esa solidez institucional. Y si en el escenario político predomina la fragilidad en las organizaciones, alianzas y lealtades, se impone entonces la necesidad de gestionar los asuntos públicos de manera “rápida” y eficaz, lo cual fortalecería institucionalmente el sistema. Al respecto, Gonzalo señala que “hay un problema con la *rapidez* con que el Estado pueda dar respuestas a ciertas situaciones problemáticas”.

Hay un problema en general con los partidos políticos, y esto es bien importante... porque de la política misma depende bastante *cómo se gobierna*. Es decir, esas lógicas que tú ves por ejemplo en los partidos cuando están compitiendo, agregando en plataformas lo que la gente quiere... o cuando están generando alianzas, esas mismas alianzas y plataformas se manifiestan luego en el gobierno. Entonces, cuando no hay suficientes recursos, por ejemplo para distribuir a los aliados, se generan problemas, peleas entre ellos,

¹⁷⁹ Para sustentar su punto, Gonzalo planteó una serie de casos en los que las demandas de movimientos sociales peruanos no recibían la atención del gobierno, como el del mayor sindicato de maestros del país: “hace un par de años ellos quisieron tumbarse la ley de reforma magisterial y... tenían recursos de movilización, organizativos, tenían llegada nacional, es un movimiento, pero tenían a la otra gente en contra: al resto de la sociedad en contra y a la prensa en contra. Con esos recursos, por más organizado que estés, por más huelgas que hayas organizado, no vas a poder ganar. Dicho sea de paso, no tenía aliados en el gobierno, ¡peor! Cerrado. Por ahí va la cosa”. En la conversación discutimos también sobre la “eficacia política” que podía tener la visibilidad mediática, a propósito del contrastante caso de Mario Vargas-Llosa, quien poco antes, con tan solo enviar una carta a un medio escrito, había logrado que el gobierno retroceda en una iniciativa legislativa sobre derechos humanos que pretendía implementar a pesar de la oposición de varios sectores y movimientos civiles locales.

rupturas; *esas rupturas no dejan gobernar*. Cuando tú no respondes *rápidamente* a las demandas de la población... entonces protestan y generan otra *inestabilidad*. Entonces creo que no hemos visto a los partidos como un eje de un problema central. Es central en el sentido de que eso no te permite tampoco tener un *Estado fuerte*, porque no hay líderes políticos que puedan responder justamente a esta coyuntura *rápidamente* y porque las lealtades son muy cortas y se cortan muy rápido, y esto genera peleas, rupturas internas en el Estado, *problemas de gobierno*. Yo creo que eso es central.

Frente a este escenario, el tecnócrata actuaría siguiendo una lógica pragmática, planteándose objetivos alcanzables, atendiendo problemas puntuales y especialmente mostrando “resultados” que deberían obtenerse mediante un trabajo ordenado y disciplinado, legitimando así su posición y función como gestor de políticas públicas. Esa propensión a apuntar a metas realizables y acotadas la mostraba Gonzalo en su experiencia de activismo universitario: “solamente queríamos que ellos [los miembros del Consejo de Facultad] aprueben tres cosas: la currícula, los docentes y la compra de la biblioteca; esas tres cosas, no queríamos nada más, muy puntuales”.¹⁸⁰ Por otro lado, al hablar de las actividades que realiza el grupo académico en el que participa, él destacaba las reuniones periódicas que organizaba para exponer los “resultados” de su trabajo, logros que dependían también de un esfuerzo ordenado y disciplinado que debía traer frutos lo más pronto posible: “tú sabes cuán difícil es poner *disciplina* a la gente para que escriba cada mes un artículo *bien hecho*. ¡Brother!, yo les ponía una disciplina que no te imaginas, ¡los jodía todos los días”... plazos... pero los *resultados* comenzaron a venir *rápido* también”.

En esto último podemos advertir ciertos atributos de personalidad que, junto a los que analizo a continuación, se corresponden bien con la pauta de pensamiento y acción delineada en este quinto esquema. Además del orden, la disciplina, el sentido de inmediatez y la búsqueda de logros, tenemos también una autoconcepción del Yo en la que resaltan la voluntad y centralidad individuales. El propio Gonzalo afirma lo siguiente: “Siempre he tenido una visión... bastante personal, bastante voluntariosa de mí mismo... No sé si voluntariosa, narcisista, lo que quieras, pero siempre he querido *estar al centro de los procesos*, o al menos en los espacios donde estoy me gustaría estar involucrado en una posición... *dirigente*”. Esto aparece reflejado en varios de los episodios que relató sobre su vida. De su paso por la secundaria nos dice por ejemplo: “yo estaba bien entusiasmado con el tema de la alcaldía [escolar], yo mismo me presenté para poder organizarlos [a sus compañeros]”. Luego, ya en la Universidad, volcó ese entusiasmo primero en el activismo político estudiantil (“formamos un grupo... y *yo lo dirigía*”) y después en la conformación de su grupo académico: “yo estaba en busca de *mi propio proyecto*”.

En el plano político, estas tendencias conllevan una aproximación a los espacios de poder, un objetivo que en el caso de Gonzalo se explicitó en la elección de su carrera profesional: “comencé a buscar información sobre la carrera [Ciencia Política], libros sobre la política y me comencé a informar pues. Y

¹⁸⁰ El grupo de Gonzalo finalmente fracasó luego de realizar una labor de activismo intenso y radical para impulsar ese programa. Esto ayuda a entender su convicción de que “no se puede hacer política con los movimientos sociales”, que estaría sustentada entonces en sus propias experiencias universitarias y no solo en sus análisis de varios otros procesos políticos nacionales fallidos basados en la participación en protestas y movilizaciones.

pucha, que me pareció súper chévere, sobre todo porque te da la posibilidad de *estar cerca al poder*, siempre me ha seducido esa idea”.

Antes vimos el lugar de la racionalidad pragmática en la visión de Gonzalo sobre el poder y la política. Pues bien, más allá de eso (aquello de actuar para obtener resultados rápidos y tangibles), el pragmatismo aparece en su vida también de otras formas. Por un lado, en el “practicismo” que reconocía en su hogar cuando hablaba de cómo se definían allí las preferencias políticas. De otra parte, en la búsqueda de ventajas personales: “soy un tipo bien *práctico*... donde pueda conseguir un beneficio, ahí estoy”. Pero quizás más importante, en el plano político, sea el carácter estratégico de su orientación y sus perspectivas para tratar de insertarse en los espacios de poder, para lo cual resultaría clave la construcción y el cultivo de *relaciones personales* mediante la participación en grupos y *redes de contactos*.

Esta idea de “estar involucrado, tener redes”, se manifestó por ejemplo cuando Gonzalo se acercó inicialmente a una organización política universitaria: “estaba interesado en este grupo, porque siempre es necesario *ser parte de algo*; yo quería ‘ser parte de’, entonces poco a poco me fui involucrando”. Más adelante, decepcionado con la participación política, se planteó otras alternativas: “si no puedo como activista, de repente como un miembro de algo, de una *red*, de un equipo”. De este modo empezó la conformación de su grupo académico, el cual funciona para él no solo como un espacio de trabajo intelectual, sino además como un medio para consolidar una red que se va ampliando y se proyecta a otros ámbitos para facilitar a sus miembros el acceso a beneficios y oportunidades: “el beneficio está en que son redes de trabajo, redes profesionales, a partir del grupo; es una red: entre nosotros nos jalamos. En vez de jalar a otra gente, yo jalo a mi gente de la revista, la recomiendo, igual a mí me recomiendan”.

[Hay] un grupo que ahorita está postulando con [Susana] Villarán [para la Municipalidad de Lima], que es de izquierda, y yo no soy de izquierda, pero estoy apoyando al grupo... porque hay buenos *contactos* para mí. Hay gente que ha estudiado en Princeton, Harvard y para mí es un contactazo. (...) Es el grupo, creo, más consolidado de gente acomodada que hay... [E: ¿Te refieres a gente de clase media, alta...?] Con plata (...). De verdad, ¡qué tales redes! Ah, pero hay ese sentido de comunidad: entre ellos se jalan, igual, es una red de profesionales así bien chévere.

Esta cita da cuenta de otras características de la estrategia tecnocrática para acceder al poder. En primer lugar, el establecimiento de lazos con sujetos cercanos al entorno de quienes conducen proyectos políticos y se comprometen en la competencia por llegar al poder. Luego, la vinculación con personas cuyo prestigio es valorado en función de sus *credenciales académicas*, de preferencia obtenidas en Europa o los Estados Unidos. De hecho, esto es algo que Gonzalo venía haciendo ya desde su propia agrupación: “T., que es uno de los miembros, dice que una gringa está viniendo a Perú, una profesora de una amiga suya; A. H. se llamaba, de la Universidad de Wisconsin, Madison, de Ciencia Política... y me dijo que quería hacer un proyecto, y me pasó la voz”. Y de forma similar se relacionaban con otros académicos extranjeros: “comenzamos a conseguir como un ‘comité consultivo’; los invitamos para que nos den conferencias, en metodología, eran buenos docentes: *PhD* en London... *PhD* en La Sorbona”.

Resulta entonces que en esta ruta tecnocrática importa no solo la propia dedicación al mundo académico, sino principalmente legitimar frente a los demás una imagen asociada a ese mundo. Lo primero aparece en el relato de Gonzalo cuando se refiere a su desempeño en la Universidad: “yo era así preguntón en clase, súper pilas, siempre me gustaba preguntar, leía un montón, todo el día en la biblioteca, y como que me identificaban ‘el académico’...”. En lo segundo, el camino hacia el poder implica, además de la aproximación a gente con credenciales, el obtenerlas uno mismo, sobre todo con un enfoque en determinados temas como “gestión”, “políticas públicas” y “estadística”, tópicos que Gonzalo mencionó en repetidas ocasiones durante las varias conversaciones que sostuvimos, y en las cuales me habló también de su proyecto de estudiar estos asuntos en Europa con una beca.

En este modelo tecnocrático, los saberes especializados adquiridos deben presentarse como “neutrales” y “objetivos”, lo cual sería un ingrediente adicional que legitima la pretensión del acceso a las instancias en las que se ejerce el poder, y también la marca distintiva de una labor que se diferenciaría así de la que desarrollan quienes disputan y alcanzan las posiciones de gobierno y de quienes se asume que no tendrían las capacidades para gobernar eficientemente, en el sentido de “hacer políticas”.¹⁸¹ Esta perspectiva –prefigurada en la exposición sobre la concepción dual de la política– aparecía ya como una postura en el esquema de trabajo que Gonzalo había adoptado en su grupo académico:

Ahí *no entra la cuestión política...* no tocamos la política dentro de nosotros; la analizamos, la estudiamos. Hay una *división* bien clarita, ah. Este creo que es el perfecto ejemplo de que tu rollo político, tu *huevada* política, puede correr muy bien con *un análisis serio, transparente y neutral* de la política. En serio, eso pasa. Yo puedo tener mi rollo, ¿ya?, yo puedo ser medio liberal, medio derecho... de hecho detesto un montón a la izquierda, pero cuando me toca analizar yo siento que soy muy *neutral*, ¿no?, y mi grupo también me compele a ser neutral. *No puedo tomar una posición sesgada* porque estoy sesgando mi trabajo académico, lo estoy malogrando, ¿no?, y eso es dañino para el prestigio de la revista.

Otra característica saltante en esta forma de entender y practicar la política es el destacado lugar que tiene en ella la *promoción personal*, o en otras palabras, el particular énfasis que el tecnócrata pone en la exhibición pública y privada de sus capacidades y credenciales, para legitimar así sus cualidades frente a quienes podrían respaldar sus pretensiones de acceder a los espacios de gobierno y gestión, incluyendo desde luego y especialmente a quienes efectivamente ocupan posiciones de poder, a personas próximas a ellos, o a los que compiten por llegar a ese terreno. Esta característica –como varias otras señaladas en los párrafos previos– estaba presente no solo en Gonzalo sino también en algunos otros jóvenes sanmarquinos que no entrevisté pero que se aproximaban a su perfil y que pude observar durante la etnografía, a veces en la Universidad y otras veces a través de Facebook, analizando sus publicaciones virtuales, comentarios y páginas web personales, donde constantemente realizaban esta labor de promoción individual, por ejemplo mostrándose en fotografías junto a personajes famosos de la academia o la política, o de ellos mismos dando conferencias, o publicitando de otros modos sus logros.

¹⁸¹ Por ejemplo, esta persona me habló en algunas ocasiones sobre sus conocimientos de Estadística, empleando muchas veces una jerga técnica (no obstante, cuando en un par de ocasiones le hice algunas preguntas específicas o le solicité algunas precisiones, me quedé con la idea de que en realidad no conocía o no manejaba bien la Estadística.)

En San Marcos, algunos actores políticos asocian con la “derecha” a los grupos políticos que adoptan esta pauta “pragmática”, que pude identificar en ciertas agrupaciones en Derecho. En otros casos recibí referencias (que no llegué a confirmar) sobre la presencia de grupos similares en Administración. En los datos que pude recoger directamente, unos pocos jóvenes activistas que asumían posturas anti-comunistas enarbolaban el discurso de la “eficacia”, adoptaban un perfil “académico” y sus grupos políticos se presentaban ante los estudiantes proponiendo gestionar temas concretos relacionados con recursos e infraestructura (contratación de docentes, mejoramiento de bibliotecas y temas similares). Otras agrupaciones lanzaban propuestas parecidas y asumían posturas críticas con respecto a las organizaciones de izquierda, pero evitaban autodefinirse como parte de una posición definida en el espectro de “izquierda” y “derecha”. Recordemos que esta actitud era la más frecuente entre los sanmarquinos, quienes en un 45% se ubicaban en el “centro”.

Ante una pregunta de la encuesta del 2012 en la que se consultó a los estudiantes por sus preferencias con respecto a las características que idealmente deberían tener sus representantes, la respuesta más frecuente (30%, N=135/470) fue “que sea eficaz al solucionar los problemas”.¹⁸² En este segmento era más común hallar a alumnos que se autoidentificaban como de “centro” y “derecha”, aunque solo para esta última postura apareció una asociación directa (pero no estadísticamente significativa: $p=0.092$) con la valoración de la eficacia por sobre otras opciones. En todo caso, los datos etnográficos sugieren también que habría en la Universidad una cierta aceptación de líderes o representantes políticos que se presentan ante sus compañeros ofreciendo soluciones rápidas a los problemas o carencias, aún cuando el tener una buena “preparación académica” no era un atributo que los estudiantes asociaran mucho con los representantes (solo el 7% señaló esta alternativa en esa misma pregunta de la encuesta). Por otro lado, los énfasis tecnocráticos en el aspecto “académico” y en la “gestión” serían aquí un punto de confluencia con las ideas de quienes asumen ideas liberales y valoran estos mismos elementos. Viviana, por ejemplo, criticaba mucho en los grupos de izquierda lo que ella veía como un “asambleísmo absurdo” y la “total incapacidad de resolver un problema con rapidez”; y en otro momento, al hablar de cómo se podría dar solución a los problemas del país, manifestaba que para ella el asunto pasaba por “hacer más eficaz la gestión pública”.

Modelo 6: La política basada en dones, redes, reciprocidad y redistribución

Varios elementos de este sexto esquema aparecen en el análisis del sistema clientelar que presenté en el capítulo IV (sección 4.1). Aquí retomo algunos de los puntos tratados en ese capítulo y agrego ciertas particularidades relacionadas con la concepción de la política inherente al orden clientelar. Así pues, en este modelo encontramos una articulación entre la lógica de la reciprocidad y la redistribución y los mecanismos de construcción del poder político. En principio, la política reside aquí en *relaciones de*

¹⁸² En segundo lugar señalaban la opción “que conozca los problemas de los estudiantes” (24%), y luego “que cumpla sus ofrecimientos electorales” (17%).

intercambio que se dan bajo distintas modalidades y cuyas formas y sentidos van cambiando conforme se pasa de un nivel a otro en las relaciones y estructuras políticas.

En un primer nivel, el más básico, el actor político emprende una labor consistente en la activación de vínculos generadores de reciprocidad con personas o grupos de su ámbito de acción más próximo. Así, conociendo de primera mano los problemas y necesidades de su base social, concentra su labor en atenderlos, con lo cual se va posicionando frente al colectivo como un referente político. Mariana, por ejemplo, desde su primer año en Letras se ubicó como delegada de sus compañeros de aula, una posición que en su relato aparece asociada con su vocación por atender asuntos y problemas cotidianos del grupo: “[E: ¿En qué consistía tu labor como delegada?] Era más con los profesores, porque habían chicos que tenían *problemas* con el horario, porque siempre hay unos que trabajan; coordinaba el tema de los exámenes, que les llegara el material de lectura, ¿no?, y si había un problema del curso, poder *resolverlo*...”. A este nivel, la dedicación a resolver problemas de sus compañeros (el “ayudarles”, “apoyarles”, etc.), junto a los resultados de esta labor, aparecen como los *dones* que la persona ofrece al grupo, mientras que la legitimidad política, la “confianza” y el reconocimiento obtenidos vendrían a ser los *contradones* recibidos.

Esta pauta, desde luego, se puede reconocer en muchos de los activistas que ubico en los modelos anteriores. La diferencia en este caso es que aquí la legitimidad y popularidad ganadas se convierten a su vez en un capital político que le permite al representante o líder estudiantil articularse con redes de intercambio presentes en sucesivos niveles superiores del sistema político, proceso en el cual pasan a segundo plano o quedan en la irrelevancia los proyectos de cambio social o las definiciones ideológicas (si es que existían en el inicio de la trayectoria), en tanto que permanece la vocación por atender asuntos puntuales y cotidianos. El sujeto ya no es solo un referente para sus compañeros, sino también para quienes forman parte de los grupos políticos, gremios, redes y aparatos del gobierno universitario. Mariana nos cuenta cómo se inició su inserción formal en el sistema político sanmarquino: “[E: Te eligieron delegada.] De mi salón. De ahí es que *me pude relacionar* más con mi amigo del Centro de Estudiantes, porque después él me dijo si podía yo participar en el Centro de Estudiantes... que a él le había parecido que trabajo bien”.

En este segundo nivel, el capital político acumulado por el representante o delegado de base pasa a ser una suerte de nuevo don potencial consistente en el *apoyo político* o los *votos* que, a través de él o explotando su figura, previsiblemente podrían conseguir los actores y grupos políticos que buscan incorporarlos a sus organizaciones y redes. Asimismo, el propio trabajo político que dicho representante pueda desarrollar al interior de estos grupos o en los cargos políticos puede ser visto también como parte de los dones entregados. Y en contrapartida, el representante va incrementando su capital político y mejorando su posición de varias formas: tejiendo redes con actores políticos mejor ubicados, accediendo a puestos de representación más altos (o colocándose en ubicaciones expectantes para alcanzarlos), o

estableciendo vínculos con personas que ocupan cargos en las instancias administrativas (o con otras cercanas a ellas) para acceder a oportunidades y recursos que podrá luego reconvertir en más apoyo político en la medida en que pueda redirigir ciertos beneficios hacia los miembros de sus propias redes. De este modo, habiéndose posicionado convenientemente en las redes políticas, y con el patrocinio de otros actores, el sujeto puede apuntar o ser invitado a ubicarse él mismo en niveles jerárquicos más altos en la estructura del sistema político, como son en San Marcos los cargos de representación en los tercios estudiantiles de la Asamblea y el Consejo universitarios. Desde este nivel más alto, podrá acceder a redes más amplias y robustas y también a recursos que le permitirán reproducir el esquema mediante la redistribución de beneficios en su base social y la negociación e intercambio de votos, apoyos y ventajas políticas en las principales instancias del gobierno universitario.

Como vemos, el terreno de la acción política abarca en este modelo a los espacios formales del sistema político universitario: gremios estudiantiles, estructuras políticas y burocráticas y en menor medida las organizaciones políticas.¹⁸³ Estas estructuras se rigen en teoría por un orden legal que ofrece un marco para la actividad política, pero ésta discurre en gran medida según reglas informales en las que predominan las relaciones basadas en la confianza, la reciprocidad y la participación en redes de afinidad y obtención de beneficios materiales y ventajas políticas.

La lógica del intercambio se da en dos planos. En primer lugar, están *las relaciones que entablan los representantes estudiantiles con su base social*. Allí, en un inicio, los vínculos de reciprocidad tienden a ser más horizontales. En un ejemplo citado líneas arriba, una delegada se ocupaba de asuntos como horarios, exámenes, materiales de lectura y otras cuestiones cotidianas; en suma, temas que cualquier otro podría atender, o que muchas veces cada quién podría ver por su cuenta. Pero cuando –con el apoyo político así obtenido– el representante escala posiciones en la jerarquía del sistema político, esos lazos de reciprocidad se van volviendo más verticales y asimétricos. En el caso de Mariana, ella fue invitada primero a ser parte de un órgano gremial (centro de estudiantes), integrándose así a una red con la que llegó al tercio estudiantil del Consejo de Facultad. Desde esa posición, ella podía acceder a recursos (ambientes, equipos y otros) para organizar actividades académicas que –según afirma– respondían a intereses de sus compañeros (para ampliar la formación en temas que no estaban contemplados en la currícula formal). Y más adelante, al llegar a la Asamblea Universitaria, pudo “gestionar” otros beneficios para su base social, como fondos para financiar actividades de grupos académicos o viajes: “Una vez había un evento, para que viajaran [sus compañeros] a un congreso... y como asambleísta, como tienes contacto directo con el rectorado, se puede gestionar un apoyo financiero”. En estos últimos casos, el carácter asimétrico de la reciprocidad (el que los estudiantes reciban dones que no podrán devolver en

¹⁸³ Indicaba en el capítulo IV que las organizaciones políticas estudiantiles o bien suelen estar excluidas de las principales instancias del sistema (generalmente cuando levantan agendas reformistas o de oposición a las autoridades), o bien se conectan con las redes clientelares sobre todo en espacios intermedios o bajos (facultades y escuelas profesionales).

alguna forma equivalente) establece o afirma el vínculo de supeditación o adhesión política hacia el representante, que se traduciría luego en votos u otros apoyos políticos.

En segundo lugar, fuera de las relaciones con la base social, los lazos de reciprocidad conectan al sujeto con diversos miembros de una o más redes políticas, que incluyen a otros representantes, a intermediarios (los “operadores políticos” sanmarquinos), a grupos de docentes que buscan escalar en el sistema político y a funcionarios y autoridades. En este plano, los dones y contradones intercambiados son, por un lado, los votos y otras formas de respaldo que el representante puede ofrecer a los grupos políticos que están o buscan estar en los órganos de gobierno, y por otro lado los recursos y beneficios a los que puede acceder, cuya distribución es discrecionalmente regulada por quienes controlan la estructura o sectores de la burocracia, muchas veces con la participación de los operadores políticos u otros intermediarios. Y dichos recursos y beneficios, a su vez, pueden ser redistribuidos entre los estudiantes que hacen parte de los círculos de influencia de los representantes. En todo este proceso, el flujo constante y recíproco de votos, favores y recursos contribuye a afianzar las lealtades políticas y, con ello, la supeditación política de representantes y representados.

Como antes mostré, en ocasiones los sujetos que ingresan a estas redes y escalan en la jerarquía pueden llegar a convertirse ellos mismos en operadores políticos, constituyendo sus propias redes de relaciones y colocándose como nuevos intermediarios en los flujos ascendentes de votos y descendentes de beneficios. Los datos recogidos indican que los actores ubicados en esta posición de intermediarios se concentran más en la construcción, mantenimiento y articulación de sus redes, reduciéndose la importancia de la redistribución en la base social. El objetivo pasa a ser entonces la construcción de una base de poder y relaciones personales con las que el operador puede negociar con autoridades, funcionarios o quienes aspiran a llegar a esas posiciones diversos beneficios personales y grupales intercambiables por los votos estudiantiles controlados por el operador (emitidos en bloque).

Una característica ya señalada y que conviene recordar es la relevancia que adquiere en este modelo el conocimiento de las reglas formales e informales del sistema político y la burocracia universitaria. Los sujetos aquí se van familiarizando crecientemente con dichas reglas, y su conocimiento es un insumo importante en la definición de los cursos de acción política. Así, el dominio de las reglas formales permite a los actores políticos usarlas o respaldarlas cuando en determinada situación es esto lo que conviene para lograr determinado fin, darles una interpretación funcional a sus intereses (la idea de que “el papel aguanta todo”), controlar la información (ocultando o dando a conocer a otros los alcances de esas normas o sus interpretaciones de ellas), o idear mecanismos para manipularlas en su beneficio o pasarlas por alto, todo lo cual les otorga una gran ventaja frente a otros actores menos habituados a moverse en las estructuras políticas y administrativas de la Universidad. Por ejemplo, como explicaba un informante, el grupo político que mediante la entrega de favores y beneficios logre controlar la mayor cantidad de votos docentes y estudiantiles en la Asamblea Universitaria podrá colocar a personas leales a

dicho grupo en el comité electoral, con lo que le será posible también facilitar el acceso de otros miembros de sus redes a los órganos de gobierno o bloquear la probable elección de rivales y opositores, y además nombrar a sus favoritos en cargos burocráticos. Otra persona, quien justamente había accedido de este modo a cargos de representación estudiantil, agregaba que los operadores políticos suelen conocer bastante bien “la parte administrativa”: “saben mucho de cómo es el contrato de trabajadores, las rentas que paga la Universidad, todo eso... es como un *modus vivendi*”.

Resulta entonces que, en este sexto modelo, la participación política de la base social se reduce a la *participación electoral*, mientras que la de quienes asumen el esquema consiste sobre todo en establecer relaciones de intercambio en distintos niveles y buscar diversas formas de articulación dentro del sistema político. Bajo estos parámetros, las apuestas políticas se dirigen ya sea a la atención de asuntos y problemas puntuales que van surgiendo en el camino y que pueden abordarse mediante la redistribución de beneficios (temas cotidianos, cuestiones de infraestructura, etc.), o a la propia reproducción del poder y la obtención de ventajas materiales y políticas por parte de los actores. En ese sentido, la acción política se desarrolla también aquí (como en el modelo anterior) según una lógica *pragmática*, en la que hay poco o ningún espacio para proyectos ideológicos o de realización de grandes cambios. Sobre sus pares en la Asamblea Universitaria, una informante nos decía que ellos: “No son de derecha, pero no tienen un discurso hacia... la izquierda”.

En esta concepción de la política, el carácter recíproco de los intercambios define también los *sentidos, nociones e interpretaciones* que los actores políticos asumen con respecto a sus propios desenvolvimientos. Bajo la lógica de la reciprocidad, la experiencia subjetiva de las relaciones políticas abarca desde la manipulación calculada y estratégica de esas relaciones hasta las *obligaciones morales* implícitas en el esquema de dar y recibir. En el primer caso, las acciones pueden ser vistas simplemente como “estrategias” para lograr objetivos políticos (“tienes que verlo *estratégicamente*”; “lo *estratégico* de tener un asambleísta es eso...”). En el segundo, la entrega y recepción de beneficios materiales y simbólicos suelen ser entendidas como “favores”, “gratitud”, “apoyos” y “ayudas”, que circulan entre personas que entablan entre sí vínculos de “confianza”, “amistad”, “lealtad” y similares. Así también, mientras que en los otros modelos la concepción de la política gira en torno a nociones como “hacer algo”, “hacer política” (en los esquemas participativos) o “hacer políticas” (en el ideal tecnocrático), en este caso el sentido redistributivo alude a “hacer cosas”, lo cual remite a la idea de “trabajo” o “trabajar” en beneficio de los representados, algo que es parte también de la “entrega” y la *performance* del actor político frente a su base social. Por ejemplo, al analizar la transcripción de una entrevista a una joven que había sido reclutada en las redes clientelares encontré que ella, al hablar sobre su labor como representante, empleó más de una veintena de veces el concepto de “trabajar” cuando se refería a los beneficios que obtenía o trataba de obtener para sus compañeros de facultad: “Una amiga me dijo: ‘mucha gente piensa mal de ti’. (...) A pesar de que uno, ¿ves?, quiso hacer un *trabajo*, es mayor el prejuicio de

querer señalar”; “[En el gremio]... se coordinaban unas que otras cosas, pero se *trabajó* muy poco”; “... tenía desconfianza [de ciertos actores políticos] y me dije: ‘si trabajo, *trabajo* con gente seria’...”.

Como sí podían *hacerse cosas* [en el Consejo de Facultad], me ofreció ese mismo compañero –porque yo ya pertenecía a su grupo...– continuar a un nivel más amplio para poder *trabajar*. Me dice: ‘¿por qué no te vas a la Asamblea Universitaria?’ Este *amigo* me lo pintó bonito, me convenció y dije ‘ya pues, voy a participar, y si se puede *trabajar* desde ahí, coordinar con otras facultades, bienvenido sea’.¹⁸⁴

Esta persona no era indiferente con respecto a los señalamientos de “corrupción” que le lanzaban en la Universidad. En ciertos momentos de la entrevista dijo que tales actitudes se justificaban, pero refiriéndose a cómo funciona el sistema político sanmarquino y no a su propio desempeño (aunque en otra conversación reconoció que había cometido “errores” en su labor como delegada, sin especificar a qué se refería). En otros puntos dejó notar que su involucramiento en la política universitaria le causaba algunos conflictos morales: “me sentía como que... mal, sentía vergüenza, no me agradaba eso porque... no eran mis intenciones pues; yo había ido con otros ideales a la Asamblea Universitaria”. En su relato, esta persona presentaba su participación cada vez mayor en ese sistema a veces como el resultado de una sucesión de contingencias o “casualidades” que le iban ocurriendo, o en otras palabras sucesos que escapaban a su voluntad; y otras veces como una opción que le permitía “trabajar” en la obtención de mejoras y beneficios para los estudiantes, encontrando en esto una justificación para intervenir en un mundo que, aunque muchos califiquen como “corrupto”, difícilmente se podría cambiar:

Creo que la política no hay que adjetivarla con corrupción siempre. Lo malo es que unos piensan que cuando tú eres político ya vas a meterte en asuntos tan turbios que te van a terminar absorbiendo. Yo creo que se puede hacer todavía una política... en un sentido, no así literal, sino en la medida en que se puede *trabajar*. Hay cosas que sí, obvio que no te van a dejar. Tan grande es el sistema, que luchar contra todo el sistema es imposible.

Un último aspecto que encontré presente en la subjetividad de quienes ubico en este modelo es un cierto énfasis en el papel “protector” que debería asumir el Estado frente a las personas, especialmente las más desfavorecidas.

Los datos y análisis que presenté previamente indican que este sexto modelo predomina en las instancias más altas del gobierno universitario y en una parte significativa de los niveles institucionales intermedios y bajos, donde las redes clientelares conviven o compiten con los proyectos de quienes tienen otras formas de ver la política. Expliqué también cómo la posición dominante del sistema clientelar en San Marcos implica un gran desprestigio del sistema político en su conjunto, incluyendo a los gremios y organizaciones estudiantiles, y motiva el distanciamiento de la política en gran parte del alumnado, que ampliamente percibe “corrupción” en los manejos políticos y administrativos y desapruueba a sus representantes y autoridades (“los chicos nos ven totalmente mal, que ‘tú eres asambleísta y tú también estás en la corrupción’. No se identifican contigo para nada”). (v. figuras 1 y 2 y tabla 7).

¹⁸⁴ Así como, en el modelo anterior, la tendencia de Gonzalo hacia el pragmatismo político se correspondía con la orientación que él mismo identificaba en su familia, en el caso de la persona citada aquí encontré también un antecedente en un dato que proporcionó sobre su madre, de quien dijo que como dirigente social había colaborado con un programa de distribución de alimentos implementado a gran escala en los años ochenta por un gobierno municipal de izquierda en la ciudad de Lima.

A estos problemas se suman otros que significan grietas y tensiones en distintos aspectos del modelo. Dado que la legitimidad del orden clientelar depende mucho de la capacidad de sus actores para redistribuir beneficios en sucesivos niveles subordinados, los bloqueos, interferencias y limitaciones en esa redistribución y en los flujos de votos conllevan, desde la perspectiva de la base social, la pérdida de legitimidad del sistema, y entre los actores políticos múltiples fenómenos como conflictos, rupturas de lealtades políticas, fragmentación de los grupos y otras situaciones similares que, a su vez, se manifiestan en la ineficiencia del gobierno universitario en la gestión cotidiana de los asuntos administrativos y académicos (por ejemplo, en cierto momento de la etnografía recogí testimonios que presentaban al rector y a un vicerrector de la Universidad como antagonistas políticos, algo que se repetía en varias facultades con decanos y funcionarios que se obstaculizaban mutuamente en sus iniciativas).

Otra contradicción del modelo es que su lógica apunta fundamentalmente a la reproducción del propio orden por medio de los flujos de dones entre sus actores políticos, mientras que los fines institucionales de la Universidad (investigación, formación profesional y proyección social) quedan relegados a un segundo plano, se atienden solo como parte de la función redistributiva o simplemente se obvian. Esto se refleja por ejemplo en los usos que las autoridades dan a la infraestructura educativa. En varias ocasiones registré en Ciencias Sociales la disconformidad de alumnos que no podían hacer uso de aulas que habían sido alquiladas a instituciones que las empleaban para diversos fines (cursos, capacitación, etc.), o que se usaban para la academia pre-universitaria (que reporta importantes ingresos a la Universidad). En un par de oportunidades observé también que las autoridades suspendían las actividades académicas y cerraban la Universidad cuando alquilaban el Estadio de San Marcos para la realización de conciertos masivos de artistas internacionales.

Por otro lado, decía también que en este esquema la participación de las bases estudiantiles se limita a la emisión de votos en procesos electorales (obligatorios). Allí los grupos basados en redes clientelares corren con amplia ventaja frente a las organizaciones políticas, que o bien quedan excluidas de la competencia o disponen de muy limitados recursos para sus campañas electorales. Entonces, finalmente importa poco el nivel de respaldo que puedan tener aquellas redes clientelares, si por lo general serán éstas las que accederán a los puestos de representación. Aún así, podemos recurrir a los resultados de la encuesta del 2012 para examinar algunas características del pequeño sector del alumnado sanmarquino que aprueba los desempeños de sus delegados en los tercios estudiantiles en la AU y el CU (18.3%, N=84/470). En términos demográficos, hay en este segmento una mayor presencia de alumnos con menos años en la Universidad (54 con uno o dos años vs. 30 con tres o más años) y de Ingenierías y Ciencias Básicas (37) y Ciencias de la Salud (24). Con respecto a las orientaciones políticas, estos alumnos se autodefinían más comúnmente como de “centro” (45) y de “derecha” (21). Algo menos de la mitad decía tener “muy poco” o “nada” de interés en la política sanmarquina (32 y 8, respectivamente), aunque la mayoría decía tener interés en la política nacional (47 “algo” y 14 “mucho”).

En los análisis de regresión logística, al incluir diversas variables vinculadas con valores, actitudes e ideas asociadas a los conceptos de “política” y “democracia” (en un modelo multivariado), encontré que el aprobar la actuación de los delegados estudiantiles en AU y CU se correlacionaba negativamente con la valoración del “trabajo duro”, el concebir la política como “diálogo y búsqueda de acuerdos” y asociar la idea de democracia con el respeto a los “derechos” de las personas ($p=0.008$, 0.031 y 0.053 , respectivamente, estadísticamente significativos), y con una asociación fuerte y también negativa, pero no estadísticamente significativa, con apreciar la “tolerancia” ($p=0.074$). Es decir, a menor presencia de estas características, mayor era el apoyo a los tercios en AU y CU. Aquí las correlaciones directas correspondieron a la disposición a defender las “convicciones personales a toda costa” y a asociar la idea de democracia con “la existencia de partidos políticos” ($p=0.029$ y 0.009 , estadísticamente significativos). En otras palabras, en sus ideas y valores estos jóvenes se diferencian marcadamente de aquellos que asumen nociones y actitudes de “apertura” y de los que muestran un perfil “liberal”.

En un ejercicio similar, pero con variables referidas a varios aspectos del sistema político y la situación de la Universidad, hallé que el respaldar a los delegados en AU y CU se correlacionaba de manera directa y estadísticamente significativa con aprobar el desempeño del rector y de los grupos políticos estudiantiles (en ambos casos $p=0.000$), la infraestructura universitaria y la calidad de la enseñanza ($p=0.054$ y 0.004 , respectivamente), mientras que apareció también una relación importante, pero no estadísticamente significativa, con la preferencia por acudir a las autoridades universitarias para tratar de solucionar problemas ($p=0.071$).

En suma, quienes tienen aprueban a sus representantes estudiantiles en los órganos de gobierno, que ya por esta misma característica se distinguen con notoriedad de la mayoría de estudiantes, se diferencian también de estos por una serie de otros rasgos frecuentes como: su menor familiaridad con el mundo político sanmarquino (entre los que tienen menos tiempo en él), estudiar carreras de las áreas menos politizadas, tener menos interés en la política universitaria (comparados con los que desapruban a los tercios en AU y CU: 57%), mostrar posturas que podrían calificarse como más “cerradas” que las de quienes reivindican valores y actitudes de “apertura”, y aprobar al rectorado, a los grupos políticos estudiantiles y a lo que les ofrece la Universidad en infraestructura y enseñanza.

Modelo 7: Del desinterés al aprovechamiento coyuntural e instrumental de la política

En este apartado ensayo una aproximación a la forma en que suelen ver la política los estudiantes que no tienen interés en ella y que, consecuentemente, tampoco se involucran en actividades u organizaciones políticas. Aquí retomo algunos planteamientos presentados hacia el final del capítulo anterior y examino las maneras en que estos jóvenes perciben el mundo político universitario y se relacionan con él. Desde luego, dadas las características del escenario sanmarquino, sus estudiantes difícilmente pueden abstraerse completamente de los eventos y procesos políticos que tienen lugar allí. De un modo u otro, todos se forman ideas, percepciones y juicios sobre los activistas y el gobierno universitario.

Entre los jóvenes que ubico en este esquema la política es comúnmente un ámbito lejano y ajeno al que tienden a ver más con indiferencia que con rechazo, mientras que las miradas positivas sobre el mundo político son menos frecuentes. En el pequeño segmento que en la encuesta del 2012 se posicionaba en el extremo más apolítico (los que decían no tener “nada” de interés en la política nacional o en la universitaria: 6%, N=28/470), diez manifestaron que eran “indiferentes” frente a las organizaciones políticas estudiantiles y cuatro no emitieron opinión, mientras que ocho tenían visiones negativas sobre ellas y seis miradas positivas. Una figura muy similar apareció con respecto a los gremios estudiantiles (16 indiferentes o sin opinión, ocho que las desaprobaban y cuatro que las aprobaban), en tanto que las respuestas se concentraban algo más en la indiferencia y las opiniones negativas cuando se les consultó sobre sus visiones acerca del rectorado, los órganos de gobierno universitario y los tercios de representantes estudiantiles en estas instancias.

En San Marcos, la política se presenta de varias formas en las vidas de estos jóvenes. En algunas de ellas se les impone y altera sus rutinas sin que puedan evitarlo, ante lo cual solo pueden resignarse y adaptarse a la situación. Es lo que ocurre cuando se realizan en la Universidad elecciones *obligatorias* de delegados estudiantiles ante la AU y CU. De no asistir a votar, se exponen a multas y problemas para efectuar trámites ante la burocracia universitaria. En la encuesta, la mayor parte de este segmento apolítico reportaba haber votado en las últimas elecciones de representantes (N=19/28), donde sus preferencias se inclinaban más por los candidatos que les resultaban más “conocidos” (N=8/19), y en menor medida decían haber decidido sus votos atendiendo a las “propuestas” de las listas (cuatro casos) o a las “recomendaciones” de otras personas (tres casos). Otras observaciones indican que, de no haber alguna forma de coacción que los obligue a votar, el hacerlo les resultaría una carga o una “pérdida de tiempo” que preferirían evitar.

Elecciones (voluntarias) para la junta directiva de la Federación Universitaria de San Marcos. Las elecciones de hoy permitirán reactivar la FUSM, que estuvo inactiva por más de 20 años. Dos mesas se abrieron en Ciencias Sociales poco antes del mediodía, cada una con más de una veintena de estudiantes que venían esperando y formando filas por bastante rato para poder votar, luego de varios inconvenientes motivados en parte por la oposición del rector a que se realicen estos comicios, y en parte también por descoordinaciones de los organizadores. (...) Cerca de las mesas conversaban dos alumnas. Una le preguntaba a la otra: “¿Para qué son estas elecciones?”. Su compañera le informó que se trataba de las elecciones para la FUSM, ante lo cual la otra repreguntó: “¿Es obligatorio?”. Cuando la otra joven le respondió que no, la primera miró hacia las mesas, hizo una mueca y, ensayando un gesto de desdén, volteó hacia otro lado y continuó el diálogo con su amiga cambiando de tema y ocupándose de cuestiones personales.¹⁸⁵

En Ciencias Sociales, más que en otras áreas, la política interviene de varios otros modos en las vidas cotidianas de estos jóvenes apolíticos. Por ejemplo, cuando se convocan y realizan “asambleas de base” para tratar asuntos que conciernen a los integrantes de un aula o curso, y también cuando los activistas políticos ingresan a los salones (la clásica “bajada a bases”) para informar a los alumnos sobre algún tema o invitarlos a participar en determinada actividad. En estos casos, las actitudes que registré o

¹⁸⁵ Diario de campo etnográfico, 8 Jul. 2015.

que me relataron algunos informantes suelen ser: no participar en las asambleas, mostrarse indiferentes frente a los delegados o activistas o solo escucharlos, o retirarse del aula. En la encuesta, casi todos los alumnos apolíticos dijeron que no habían participado en asambleas (con excepción de solo un caso).

En San Marcos, las situaciones que más compelen a estos jóvenes a adoptar una posición frente a la política son aquellas que alteran o pueden alterar el curso normal de las actividades académicas, como protestas que implican la suspensión de clases o cierres y tomas de locales. Aquí las actitudes tienden a adoptar dos formas: el rechazo a las iniciativas de protesta, o el aprovechamiento de esas coyunturas. Esto último ocurre por ejemplo cuando la suspensión de clases permite postergar exámenes o la entrega de trabajos, o en general aliviar la carga académica. Esteban, quien antes de estudiar Ciencias Sociales tuvo un breve paso por una carrera de Ingeniería, ofreció estas impresiones sobre sus ex compañeros:

[Cuando] uno de los dirigentes entraba a los salones, todo el mundo se burlaba porque decían: ‘Él habla como si ya estuviera al borde del llanto’. A pesar de que grita, sus frases terminaban así como que se quebraba. No transmite, era una cosa muy tibia. (...) Pero ya cuando se estaba radicalizando en cuanto a una decisión para estar en la toma, ya había rechazo. Era como que –dirían–: ‘Mira, voy a ser indiferente contigo hasta el momento en que me hables de la toma. En el momento en que me hablas de la toma, y yo veo que estamos cargados de cursos, tareas, trabajos, exámenes, entonces ya, *bacán*, te apoyamos en la toma para que tengamos tiempo para estudiar’. Era una cosa tan llana como eso... Y era como *vox populi* entre la gente: ‘Oye, ya se vienen los [exámenes] parciales: tiene que haber una toma’. Entonces, entre broma y broma, la gente decía: ‘¿Qué fue?, de repente el rector está robando algo’, o ‘¿no hay una bronca en el comedor? La gente decía eso: ‘Ojalá haya una toma’.

En ambos casos, ya sea que se trate del rechazo o el aprovechamiento de las acciones y coyunturas políticas, el criterio principal que el sujeto apolítico toma en cuenta al definir su postura es si la política interfiere con sus asuntos personales o si puede obtener de ella algún beneficio inmediato. Una lógica similar opera de cara a las funciones desempeñadas por los delegados o activistas que se ocupan de resolver asuntos cotidianos e informar a sus compañeros sobre diversos temas de interés para el colectivo (trámites, matrículas, lecturas, juicios sobre los profesores, etc.). Estas labores e informaciones pueden ser bien apreciadas por los alumnos de los primeros años, quienes están menos familiarizados con el manejo de las cuestiones académicas y burocráticas, pero van perdiendo relevancia conforme pasa el tiempo y los alumnos van conociendo cómo resolver esas cuestiones por ellos mismos o recurriendo a otras instancias. Esteban decía, acerca de sus ex compañeros de Ingeniería: “Hay un delegado de base, que se le da importancia en primero y segundo año, pero en tercero, cuarto y quinto ya no”.¹⁸⁶ Por todo esto, la dimensión de la *temporalidad* de la política cobra aquí una importancia quizás mayor que en los otros patrones mostrados.¹⁸⁷

¹⁸⁶ Algo similar mencionó Amanda, quien tenía poco interés en la política: “... nos movilizamos hasta el rectorado, pero todo esto fue cuando era recién ingresante, y donde pues creo que te llamaba un poco más la atención. Creo que es como parte del ingreso... (...) La gente se va dando cuenta de que se va atrasando en los ciclos [de estudios, por participar en política], o sino va teniendo otros enfoques: ‘quiero hacer tal cosa, cambiar de intereses...’. Entonces, como que la gente se va desligando.”

¹⁸⁷ En el 2010, una encuesta nacional (JNE, 2010) señalaba que en el Perú, entre las personas que decían no tener interés en la política, ese interés se despertaba cuando surgían temas coyunturales de importancia a nivel nacional o local (12% en ambos casos), cuando la política tocaba asuntos que les concernían personalmente (15%) o en épocas de elecciones (46%).

Resulta entonces que esta concepción de la política incluye una consideración de su carácter instrumental en función de los beneficios puntuales y personales que el sujeto pueda obtener de ella. Esto lo veíamos también en parte en los modelos tecnocrático y clientelar, pero la gran diferencia está en que en esta séptima pauta queda ausente la perspectiva de conseguir esas ventajas mediante una inserción en el mundo político. Otra diferencia con los esquemas previos es que en todos ellos el rol instrumental de la política apuntaba de un modo u otro a la obtención de reivindicaciones o beneficios colectivos para miembros de redes o grupos; compañeros de escuela, facultad o de la Universidad; segmentos sociales en ciertos lugares o temas, o el país en su conjunto. El estudiante apolítico, en cambio, evaluaría los procesos políticos que ocurren en su entorno sobre todo por cómo o en qué medida le afectan a él en lo personal, por lo que se nos presenta como un sujeto pragmático y *políticamente individualista*.

Quiero insistir en el carácter *político* del individualismo en este segmento de jóvenes debido a que no he hallado evidencia suficiente de que esa orientación individualista se extienda en ellos a otras esferas de la vida social distintas del mundo político. Por un lado –como mostré en el capítulo anterior-, sus orientaciones de pensamiento y acción aparecen guiadas más por valores y convicciones asociadas con su socialización familiar (“obediencia”, “seguir las normas”, “trabajo duro”, éxito laboral y otros), que por un aislamiento egoísta. De hecho, varios de estos estudiantes apolíticos (siete) asociaban la idea de “política” con la “búsqueda del bien común”. Así también, en los casos de algunas alumnas que tomaban distancia de la política en la Universidad encontré que vinculaban su “vocación de servicio” con la carrera que estudiaban, Trabajo Social, y que buscaban canalizar esa vocación no a través de la participación sino en su labor profesional (a futuro y en los lugares donde realizaban prácticas pre-profesionales). Por otro lado, las tendencias individualistas están presentes también en jóvenes que se involucran muy activamente en la política, viéndola como una vía de promoción personal y ascenso social.

El que en este modelo se valore a la política atendiendo a su rol instrumental, con criterios pragmáticos y en función de ciertas coyunturas implicaría que los jóvenes que adoptan este perfil u otros que se aproximan a esta pauta (como los que dicen tener “muy poco” interés en la política universitaria o nacional: 26% y 38%, respectivamente) podrían fácilmente articularse, por la vía de las elecciones obligatorias –es decir, aún sin desearlo-, con los proyectos políticos de quienes compiten por el acceso a cargos en las instancias de gobierno, que como he mostrado son principalmente los que se vinculan con las redes clientelares (modelo 6). Ello, no obstante, no significa que respalden dichos proyectos, pues los datos muestran más bien que en este segmento las actitudes hacia los representantes en tercios estudiantiles en los órganos de gobierno o hacia el rector suelen ser de indiferencia o desaprobación.

Modelos en acción: confluencias y divergencias entre distintas pautas de cultura política (análisis de las elecciones para la FUSM)

Al inicio de esta sección decía que estas pautas de cultura política graficadas como tipos ideales no definen patrones cerrados o excluyentes unos de otros. Antes bien, todos ellos se despliegan en el campo

político sanmarquino en el curso de procesos en los que es posible reconocer la confluencia de distintos modelos en un mismo proyecto político, la divergencia entre iniciativas cuyos contornos se definen por los esquemas presentados, y la articulación o alejamiento de sectores que no llegan a constituirse en apuestas políticas organizadas. A continuación presento, como ejemplo de todo esto, algunos datos etnográfico referidos al proceso político que condujo a la reactivación de la Federación Universitaria de San Marcos (FUSM), que ocurrió en las etapas finales del trabajo de campo.¹⁸⁸

En las elecciones (voluntarias) de la nueva junta directiva de la FUSM compitieron tres listas electorales: Construyamos Federación (lista 2, en adelante CF-2), Construye, Renueva y Actúa (lista 4, CREA-4) y Unión Estudiantil Sanmarquina (lista 6, UNES-6). CF-2 estaba liderado por organizaciones de izquierda en las que predominaba el modelo de la *dirección centralizada*. Varios activistas de este sector compartían una afinidad con el maoísmo y venían realizando, desde un buen tiempo atrás, una constante labor política sobre todo en la Residencia y el Comedor universitarios, sus principales bastiones. Esto le daba a este proyecto un perfil “popular” (pues los activistas y quienes usan estos servicios tendían a ser estudiantes de bajos recursos y –especialmente en la Residencia– provenientes de fuera de Lima). Otros actores políticos veían a los líderes y activistas de este sector como parte de una izquierda “radical”.

Por otro lado, el frente CREA-4 reunía a un variopinto conglomerado de organizaciones cuyo núcleo central estaba conformado por algunos grupos de izquierda que apostaban por la *construcción participativa del poder desde las bases* y por otros que se definían más por la pauta de la *dirección centralizada*, ambos con una importante presencia en Ciencias Sociales y en menor medida en Letras y otras facultades. Este grupo era apoyado por estudiantes de un perfil *liberal-participativo* de izquierda y por miembros de grupos que impulsaban *agendas académicas y temáticas* (derechos humanos, género, ambientalismo, entre otras). En lo político, estas agrupaciones compartían una tendencia de izquierda moderada; y socialmente, predominaban aquí alumnos de clase media, aunque con algunos jóvenes de sectores populares y otros más acomodados. Este frente se caracterizaba además por sus articulaciones externas con organizaciones nacionales de izquierda también moderadas, mayormente surgidas desde los años noventa en adelante, resaltando aquí una visibilidad mayor del discurso de la construcción horizontal del “poder popular”. Estos lazos le permitían a CREA-4 conectarse con redes políticas y estudiantiles de otras partes del país y del extranjero.

El tercer competidor, UNES-6, estaba conformado por colectivos políticos liderados por activistas de Derecho vinculados con grupos estudiantiles de carreras de Ingeniería sobre todo, y por jóvenes de un partido tradicional de izquierda marxista creado en los años sesenta. Ello no obstante, el discurso político que proyectaba esta lista no era claramente de “izquierda”, sino más *pragmático*, con alguna tendencia a resaltar aspectos relacionados con la gestión de la “problemática concreta de cada

¹⁸⁸ Con información del diario de campo etnográfico de los meses previos a las elecciones y del 8 de Julio del 2015, sumada al registro de datos tomados de Facebook en ese periodo y en los días sucesivos.

facultad”, lo que le daba un cierto cariz *tecnocrático*. En varias ocasiones registré que sus competidores señalaban a UNES-6 como la lista “del rector” o de los “operadores políticos” que manejaban las *redes clientelares* del rector, aunque sus líderes rechazaban estas “acusaciones”, y en contrapartida le pedían a los dirigentes de CF-2 que hagan ellos un “deslinde” con determinados operadores políticos.

Las dos primeras listas reivindicaban en sus discursos sus compromisos con grandes ideales de transformación social, con algunos matices entre ellas. Por ejemplo, en CF-2 se hablaba de “una universidad pública al servicio de nuestro pueblo” y de la “elaboración de *plataformas conjuntas y acciones unitarias* para su solución”, todo esto apuntando a una “ligazón” con las “luchas populares”. En CREA-4 se apelaba al “*pluralismo*” y la “*democracia*” y se apostaba por una “reforma universitaria” para “construir una universidad nueva y transformadora” que debería desempeñar un “rol social” y contribuir al “desarrollo del país”. Si bien las tres listas incluían entre sus propuestas la atención a diversos temas “concretos” e inmediatos relacionados con asuntos académicos y administrativos, UNES-6 enfatizaba sobre todo este tipo de propuestas, mientras que en su retórica era muy menor o hasta nula la presencia de apuestas de cambio más allá de la Universidad.

Desde el año previo a las elecciones, los grupos sanmarquinos de izquierda se habían puesto de acuerdo para realizar un trabajo de difusión y fortalecimiento político orientado a la reactivación de la FUSM de acuerdo a un cronograma. Sin embargo, debido a que el proceso de implementación de una nueva Ley Universitaria implicaba la salida del rector y la pronta realización de elecciones para una Asamblea Estatutaria, los dirigentes vinculados con el Comedor y la Residencia impulsaron la realización anticipada de las elecciones para la FUSM, alegando que así los estudiantes organizados estarían en mejor posición para afrontar esa coyuntura de cambio.¹⁸⁹ Esto generó una tensión con los grupos de izquierda más moderados, que planteaban “respetar el cronograma”. Luego de accidentadas disputas, con algunos roces violentos de por medio, prevaleció la postura de los primeros, quienes conformaron un comité electoral integrado mayoritariamente por estudiantes del sector que luego se constituyó como CF-2. Poco después se organizaron las listas de CREA-4 y UNES-6 para competir en los comicios.

Durante el periodo de campaña electoral, CF-2 se apoyó en gran medida en el aparato político que sus integrantes habían constituido en torno al Comedor y la Residencia. Mediante su presencia e inserción en estos servicios, los activistas de esta agrupación habían desarrollado durante años una labor de construcción de poder basada en *estrategias de reciprocidad*. Por ejemplo, en el Comedor (que ofrece raciones de alimentación gratuitas) buscaban obtener legitimidad presentándose ante los “comensales” como defensores y gestores del servicio alimentario, mientras que en la Residencia, donde controlaban un pabellón “tomado” hace algunos años, contaban con el significativo respaldo de los estudiantes que vivían

¹⁸⁹ El Estatuto Universitario vigente en ese momento (y mientras redacto estas líneas) reconocía oficialmente a la FUSM y le daba a su junta directiva voz en los órganos del gobierno universitario.

en este espacio. CF-2 recurrió sobre todo a los activistas y a las redes de apoyo formadas alrededor de estos servicios sociales de la Universidad para realizar el trabajo de difusión de sus propuestas.

CREA-4, en cambio, basó su campaña en una intensa labor de propaganda, para la cual contó con la colaboración de sus aliados en organizaciones nacionales de izquierda. UNES-6, por su parte, realizó también un activo trabajo de propaganda, aunque menor que el de CREA-4 y con aliados que estaban más dentro de la Universidad que fuera de ella (especialmente en las facultades menos politizadas). En los días previos a la elección, al asistir a los debates, conversé con activistas de CF-2 que me decían que posiblemente ganaría CREA-4 aludiendo al apoyo externo con el que contaba, mientras que otros activistas vinculados con este último grupo me manifestaron que veían a la lista CF-2 como la posible ganadora por la ventaja que les confería el “tener” al comité electoral.

Llegado el día de los comicios identifiqué dos pautas muy marcadas en los desempeños de estas dos últimas agrupaciones a lo largo del día y mientras se realizaba el conteo de los votos. En CREA-4, los principales líderes y activistas de los grupos integrantes del frente se reunieron varias veces durante el día y la noche en asambleas para intercambiar información, *deliberar, coordinar y decidir colectivamente los cursos de acción* que tomarían frente a diversos sucesos relacionados con el proceso electoral (obstáculos a las elecciones atribuidos al rector, funciones delegadas a personeros, reportes de “irregularidades” en algunas mesas de votación y acciones a tomar al respecto, etc.).¹⁹⁰

En contraste, CF-2 se manejaba de acuerdo a un patrón piramidal de *dirección centralizada*, con una suerte de “estado mayor” conformado en torno al principal líder, quien recibía información, coordinaba con sus allegados y definía una serie de acciones que eran ejecutadas por ellos y otros alumnos. Por ejemplo, durante el conteo de votos (que se realizó en la Residencia universitaria, el principal bastión de CF-2), observé cómo algunos activistas se acercaban individualmente a este líder para recibir indicaciones, informarle sobre determinados sucesos o sugerirle que tome tales o cuales decisiones, ante lo cual él solía responder muy lacónicamente o haciendo solo algunos gestos afirmativos. En otras ocasiones, este mismo dirigente conversaba con una o dos personas de su entorno que luego se retiraban a realizar alguna función. En general, las acciones de este grupo parecían estar ya muy bien planificadas con antelación. Un informante me dijo que durante la mañana de aquel día, cuando se instalaban las mesas de votación, algunos activistas de CF-2 realizaban sus coordinaciones personales y telefónicas hablando en quechua (para evitar que otros puedan saber de qué hablaban). Por la noche, varios inquilinos de la residencia conformaron un cordón de seguridad en el acceso al lugar donde se realizaba el conteo de votos. Mientras esto sucedía, algunos miembros de CREA-4 me hablaban de varias fricciones internas que se venían dando en el frente desde un tiempo atrás. Otros mencionaban la posibilidad de que las elecciones terminaran definiéndose por la fuerza. Así también, algunos advertían la

¹⁹⁰ Ese día se cortaron en el Campus los servicios de agua y energía eléctrica, y el rectorado emitió una resolución que ordenaba suspender las actividades administrativas y cerrar la Universidad. Esta última medida, sin embargo, no se pudo ejecutar porque muchos estudiantes forzaron las puertas e ingresaron de todas formas sobrepasando al personal de seguridad.

presencia de una “fuerza de choque” del partido de izquierda aliado de UNES-6, que finalmente no actuaría pues se iba sabiendo que esta agrupación había quedado relegada en la competencia.

Finalmente, el comité electoral dio por ganadora, por estrecho margen, a la lista CF-2, no sin alegaciones de “fraude” por parte de CREA-4 (varias de ellas razonablemente sustentadas, referidas a impugnaciones y anulaciones de votos emitidos en mesas donde esta lista habría tenido ventaja, y algunos otros alegatos quizás sobredimensionados). Los resultados finales fueron: 1,726 votos para CF-2; 1,607 votos para CREA-4; 645 votos para UNES-6; 120 votos en blanco y 874 votos nulos. En total votaron en las elecciones 4,972 personas (aproximadamente un 16.6% de los estudiantes, asumiendo un estimado poblacional total de 30,000 alumnos).

En este recuento podemos apreciar una serie de aspectos analizados en los apartados y capítulos anteriores. Tenemos aquí tres pautas de cultura política dominantes: 1) el modelo de la dirección centralizada (CF-2), que en ciertos aspectos incluye rasgos de la construcción de poder mediante relaciones de reciprocidad asimétrica; 2) el esquema del poder popular basado en la participación horizontal (CREA-4), encabezando un bloque en el que podemos reconocer las tendencias de la dirección centralizada y la liberal-participativa articuladas con las agendas temáticas (reflejándose esta confluencia en los procesos deliberativos y en los énfasis discursivos en la “pluralidad”, la visión transformadora a gran escala, etc.); y 3) un patrón mixto de reciprocidad-tecnocracia con orientación pragmática (UNES-6), que busca su nicho electoral en los sectores estudiantiles menos politizados mediante redes que se proyectan hacia ellos.¹⁹¹

En la victoria de CF-2 vemos que jugaron roles destacados algunos atributos que señalé en la descripción del modelo de la dirección centralizada, especialmente el orden jerárquico, la organización y la disciplina de los activistas, que definieron la eficacia de la acción política para el logro del objetivo (al margen de si realmente obtuvieron o no más votos que su rival más fuerte).

Luego, en la derrota de CREA-4 habría desempeñado un papel la tensión –discutida en el análisis del modelo 2- entre el ideal de un aparato político bien “estructurado” y la búsqueda de “horizontalidad” en las relaciones políticas (representada en la preponderancia de los procesos deliberativos por sobre los ejecutivos, al menos en comparación con CF-2), un aspecto que pudo haber estado detrás de la aparente fragilidad del bloque y de su menor eficacia en momentos y asuntos clave (movilización de apoyos, delegación de funciones, toma de decisiones, etc.).

Y en el caso de UNES-6, tenemos lo que parece ser una imagen invertida de la relación entre el orden clientelar y la política estudiantil autónoma. Bajo el sistema clientelar, los proyectos basados en redes de reciprocidad y pragmatismo corren con amplia ventaja, sostenidos en el control de los órganos electorales, en el carácter obligatorio del voto y en la postergación o exclusión de las iniciativas

¹⁹¹ Debo reiterar aquí que la vinculación de UNES-6 con las redes clientelares de los operadores políticos está basada en señalamientos de actores políticos sanmarquinos. Y si bien no me consta personalmente que haya existido esa relación, los otros elementos de su caracterización me permiten asumirla al menos como hipótesis.

estudiantiles autónomas. En cambio, en el terreno propiamente estudiantil, con voto voluntario, la apuesta pragmática que muchos identificaban con los operadores políticos no encontró suficiente respaldo. Este proyecto, significativamente, obtuvo un porcentaje de apoyo (13% del total de votantes, excluyendo los votos impugnados o anulados) que se ubica casi en el medio de las cifras de aceptación del rector (9%) y de los delegados estudiantiles en AU y CU (18%) –según la base de datos del 2012- y apuntó a cosechar votos en las facultades menos politizadas, donde mejor se desenvuelven los operadores políticos y sus redes.

Por otro lado, el porcentaje del alumnado que participó en estas elecciones voluntarias (16% aprox.) es cercano a lo que tenemos en la encuesta del 2012 para las proporciones de estudiantes que dicen tener “mucho” interés en la política sanmarquina (13.12%) y los que manifiestan haber participado en organizaciones políticas (15%). Pero aún siendo esa una pequeña proporción de la población estudiantil, el dato tendría que ser leído en el contexto de los procesos que generan la desafección política en este espacio, algo que en gran medida se debe al bloqueo que el sistema clientelar en el gobierno universitario impone a la política estudiantil autónoma (como expliqué en el capítulo IV). Al respecto, el caso analizado expresa también el conflicto entre estas dos esferas de la política, pues a los eventos acaecidos el día de los comicios (corte de servicios de agua y energía eléctrica y disposiciones del rectorado para la paralización administrativa y el cierre de San Marcos) se suman varios hechos denunciados por los activistas durante las semanas previas a los comicios, referidos al retiro y la destrucción de paneles de propaganda con las convocatorias a las elecciones y la publicidad electoral, de lo que se acusó directamente al rector.

Un último elemento que creo importante resaltar es la diferencia entre los perfiles sociales de los principales activistas de las listas que alcanzaron más votos: un perfil popular y “provinciano” en CF-2, y otro “limeño” y de clase media en CREA-4, diferencia que aparece asociada en el primer caso a un patrón específico de cultura política, y en el segundo caso a una pauta distinta que engloba a otras. Estas distinciones son materia de la sección final de este estudio, que presento a continuación.

6.6. EXCLUSIONES Y DESIGUALDADES

Examino ahora diversas formas en que las desigualdades sociales intervienen en las relaciones políticas entre individuos y grupos, generando formas de clasificación mutua, rupturas o distanciamientos entre organizaciones o al interior de ellas, o entre los jóvenes y su participación en tales grupos.

Clasificaciones y “argollas”: clase, etnia, raza, origen regional, educación y edad

Muchos de los estudiantes entrevistados mencionaron formas de desigualdad o “brechas” sociales que reconocen en la sociedad peruana. Hablaban de esto ya sea espontáneamente o –en menor medida- frente a consultas directas sobre estos temas. En varios casos se referían a estas desigualdades al dar sus

opiniones políticas, caracterizar a la sociedad peruana u ofrecer sus ideas sobre los “problemas del país”. Antes señalé que estas alusiones eran más frecuentes entre aquellos que habían nacido o crecido fuera de Lima y también entre los limeños que eran hijos de padres originarios de fuera de la capital. Recordemos por ejemplo la percepción de Amanda (hija de padres nacidos en la Amazonía) sobre las desigualdades de clase y la discriminación: “acá [en Lima] es donde puedes ver en sí la diferencia de clases sociales. Aparte que existe una discriminación muy grande, así digan que no, que el Perú está ‘integrado’”. Otros expresaron discursos sobre las desigualdades sociales al interior de la Universidad, como en el caso de Rolando, proveniente del norte del país: “En mi base... hay como un grupito de élite (...) Obviamente con otro habitus, ¿no? Tú ves que en sus veranos se largan a Buenos Aires, al Distrito Federal de México, otra rutina que la tuya. Mientras tú te vas a Huancayo [en la Sierra Central del país] ellos se van a Miami, pues, ¿no?”.

Varios entrevistados reconocían ciertos perfiles étnicos, de clase o de origen social y regional en los estudiantes más cercanos a determinadas tendencias u organizaciones políticas.

Hay un sector en Sociales... gente de la base 2011 que empezó a organizarse y tenía cierta afinidad a sectores *maoístas*... Por ejemplo ellos, los veías, su asociación era, en su mayoría, todos eran *migrantes de provincia*... y eran jóvenes que en su mayoría tenían que trabajar, que vivían solos o con un hermano, tenían que trabajar para seguir sus estudios. Entonces esas cosas también se ven reflejadas en quienes quieren hacer algo de política en la Universidad. (Adriana).

Quien funda el grupo de la gente de UL [un frente político estudiantil, era] (...) gente que no precisamente los hubieras identificado como *patas* [tipos, amigos] que vengan de ciudades periféricas. Eran *patas de clase media*, bien *educados* y *blancos* y toda la cuestión si le quieres poner el tema *racial*. Y esa es la gente que articula a los *chibolos* [los más jóvenes] de la Facultad. (...) Pude haber formado parte de ese grupo porque también me convocaron, pero como que no era conmigo (...) porque sentía que era medio de *élite*, porque ya en el 2010 ya había estado donde [otro grupo]. Me acuerdo que la gente decía ‘yo no voto por ellos [por este último grupo] porque esos huevones son... unos *elitistas de mierda*’. Pero yo decía ‘no me parece’, y votaba por ellos, y luego me terminé convenciendo de eso [del carácter elitista de esta organización]... Sí he sentido eso, pero no sé cómo especificarlo. (Rolando).

Este no saber “cómo especificarlo” fue un punto relativamente común entre varios de los jóvenes que hablaban de las diferencias sociales en San Marcos. Generalmente no establecían distinciones tajantes entre lo étnico, la clase y los orígenes sociales y regionales, dimensiones que aparecían más bien unidas o mezcladas en sus discursos. No obstante, algunos sí aludieron explícitamente a lo que consideran prejuicios “racistas” en el medio político sanmarquino: “me parece que acá en Sociales se maneja un prejuicio bastante *racista*, incluso bastante de *clase*” (Paulo). Ricardo contaba también que:

... es algo de lo que recién me estoy dando cuenta porque ahora tengo tiempo para *parar* [andar] con ellos [con sus compañeros que participan en política]. Incluso he visto también que por ahí se les escapan cosas, términos *racistas*, medio *racistones*. Por ejemplo, había un *patita* que es el dirigente de uno de estos grupos radicales... él es un *pata* que viene de una comunidad [campesina] y andaba con su sombrero, y su mote era ‘¡Ahí viene sombrero!’ [en tono de burla].

Pero no siempre se trataba solo de percepciones o juicios sobre determinados actores políticos. En algunos casos, los marcadores de diferenciación social aparecían en los testimonios guiando decisiones políticas concretas, como el abandono de colectivos políticos. Esto se puede apreciar en la situación narrada por Ramiro, quien había crecido en una comunidad campesina:

Me invitaron para participar en ese grupo; incluso me nombraron personero. (...) Eso era mi participación bien pequeña en ese grupo, en un proceso electoral [para] el tercio [estudiantil]. ¿Por qué no me gustó ese grupo? Primero, eran... *gente de Lima* mismo, que no sentía que se compenetraban con las poblaciones más pobres, como los sectores rurales; porque recuerdo bastante... a un integrante de ese tercio como candidato, que hablaba de ‘pueblo, *pueblerinos*, esos *pobres*’, ¿no?, despectivamente. Porque la palabra ‘pueblerino’ es correcto, ¿no?, pero lo decía en una manera *despectiva*, *despreciando*, con una carga peyorativa. Entonces esas cuestiones hizo que yo dijera: ‘no, ese grupo no me pertenece, *yo no soy de este mundo, yo soy hijo de campesinos, yo vengo de abajo* y con esa gente no me voy a sentir bien’. Entonces me alejé de ese grupo.

Al enfocarme solo en los estudiantes que asumían posiciones de izquierda, advertí que muchos de los que eran señalados como provenientes de sectores más “populares” empleaban el término “caviares”, con una connotación despectiva y político-actitudinal, pero también de clase, para referirse a otros alumnos, igualmente de izquierda, pero procedentes de hogares de clase media y que muchas veces tenían posturas políticas moderadas. Otros, de distintas clases sociales, empleaban ese término, con la misma connotación peyorativa, al hablar de los militantes o simpatizantes de izquierda de sectores sociales acomodados que se desenvolvían fuera de la universidad. Y en general, los jóvenes de izquierda moderados y de clase media, de dentro o fuera de la UNMSM, recibían el calificativo de “caviares” también por parte de los sanmarquinos que se autoidentificaban como liberales o de derecha.¹⁹²

Típicamente, muchos estudiantes reconocían un perfil más “popular” y “provinciano” en los integrantes de los grupos maoístas, vistos además como los más “duros” y “radicales”. Algo de esto pasaba igualmente con los guevaristas (aunque aquí la composición social podía ser más variada).

Una vez que conversé con un *pata* que yo no lo conocía, pero es de San Marcos (...) me dijo una frase que te la digo: ‘No es lo mismo juntarte con uno de juventud socialista –del Partido Socialista–, que con un *cholo* de Patria Roja, pues’. En estos contextos no es lo mismo, pues, juntarte con una de la juventud del Partido Socialista, y [ella diría] ‘tengo mi flor de la Revolución de Octubre, mírame’, que con un *cholo* de EI [grupo político], que son guevaristas. (Rolando).

Varios plantearon que los miembros de estos y otros grupos usualmente no comparten los mismos espacios de socialización ni los mismos usos y costumbres que aquellos otros señalados como “caviares”, en asuntos como por ejemplo los lugares de diversión a los que asisten, o la música y hasta el tipo de licor que consumen; y algunos percibían incluso que esas distinciones estaban en la base de las discrepancias políticas y las dificultades para integrar a distintos sectores sociales en un mismo proyecto.

Yo percibo que la diferencia [entre grupos políticos] no solamente va en cuestiones programáticas, sino que también va por otro aspecto que es más *socioeconómico*. Tengo la impresión de que los chicos que van por UL... tienen más *capacidad económica* que los otros, y yo veo que los otros, los más radicales y principistas, muchos de ellos son hijos de gente que vive en comunidad, hijos de campes... hijos de *gente pobre de la Sierra*, y los otros son más *urbanos*; incluso en eso noto una diferencia... [ininteligible] [Entrevistador: ¿De fenotipo?]. Sí, son más *claros* que los otros, y tienen *costumbres*. Por ejemplo, a los chicos de UL les gusta ir a ‘Don Lucho’ [un bar bohemio del Centro de Lima] y tomar sus *chelas* [cervezas], y los otros chicos prefieren ir a tomarse un trago corto en la calle. O sea, yo no sé si eso tiene que ver, pero me da la impresión de que sí. (...) Yo paro con todos los grupos de mi base, y tengo la impresión de que eso tiene que ver mucho, que no se *paran* por eso [no se toleran, no se soportan]. (...) Mi impresión es de que los principios, o esa defensa radical de los principios, o quién es más radical, esa vaina...

¹⁹² Según una definición, *izquierda caviar* es una expresión política de uso coloquial y peyorativo, utilizada para referirse a aquellos que proclaman tener ideas de izquierda pero que mantienen una vida con ciertos lujos o alejada de los ideales que algunos suponen propios de la izquierda. (Wikipedia.org).

(porque se diferencian en ‘quién es más radical’, ‘quién es más principista’, ‘quién es más marxista’, ‘quién defiende más a la clase social’), yo creo que eso es una forma que está expresando en realidad esa *división socioeconómica*, ¿no? Tengo la impresión –no sé si me equivoco– de que eso es lo que está en el fondo (Ricardo).

[E: Esas actitudes, ese tipo de diferencias, ¿tú las has percibido?] En el consumo cultural; o sea, desde la música que escuchas a los sitios que frecuentas, el lenguaje... o sea, *se sienten las diferencias de clase*. Están también en la izquierda. Hay sectores que por ejemplo son ubicados más [como]... una izquierda distinta, *clases mediera, limeña*. ¿Por qué hablo [de esto]? Porque muchos de sectores populares no se sienten identificados por cuestiones incluso... *ese tema étnico es muy fuerte, el tema de clase también*; y finalmente, esa gente [de izquierda clases mediera] no termina de plantearle [a la gente de sectores populares] una propuesta en la cual se integre, que se sienta ‘parte de’... o acompañándole, pero no siendo parte. [Los de esos sectores populares dirían:] ‘Sí, habla de esto, todo, pero no viven como yo, no comen como yo...’ (Joaquín).

Como se aprecia en la última cita, los señalamientos sobre distintos tipos de diferenciación social aparecen en los relatos no solo con referencia a procesos y conflictos políticos al interior de la universidad, sino también fuera. Algunas veces, los informantes hablaban también de las relaciones entre grupos políticos de San Marcos y de otras universidades, como en el caso de la –varias veces aludida– Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP, privada), donde estudian jóvenes de sectores medios y altos de la sociedad. Por ejemplo, los estudiantes de San Marcos y de la PUCP pueden confluir en espacios políticos propiciados por partidos nacionales. Al relatar sus experiencias en estos espacios, específicamente en partidos de izquierda, algunos jóvenes sanmarquinos se referían a sus compañeros (o ex compañeros) de militancia de la PUCP como más cercanos a las “argollas” partidarias, o discrepaban con ellos en torno a cuestiones como las distintas miradas que sostenían unos y otros acerca del mundo “popular”.

Me metí a Fuerza Social [un partido de izquierda] (...) Conocí a la gente de Fuerza Social de la [Universidad] Católica. No me cayó para nada [no le agradó]. Allí fue cuando yo conocí *caviar* por primera vez en mi vida. Entonces... ¿Qué es un caviar? Te hubiera querido llevar a ese lugar porque siempre preguntaban qué es un *caviar*. Me hubiera gustado llevarte ese día para que conozcas lo que era un *caviar*. Nunca me articulé con esa gente (...). [E: ¿Qué era lo que no te llegaba a cuadrar mucho (no te gustaba) de la gente de Católica?] ¡Ahhh!, era gente que hablaba del ‘pueblo’, hablaba de todo eso, pero era como que por ejemplo... ‘Ayyy, sí, también tenemos que ver ese tema de los [vendedores] ambulantes, ¡no pueden haber tantos ambulantes por Pueblo Libre!’ [un distrito de Lima]. Y era una tipa así muy *progre*, que estudiaba Derecho en la Católica... que andaba con toda la gentita de Fuerza Social... que ahora creo que tiene un cargo en la Municipalidad de Lima; una tipa que hablaba así con el mayor asco acerca de los ambulantes: ‘¿Cómo pueden andar por ahí, trabajando!’, ¿no? ¡Aguanta!... [E: Supuestamente era de izquierda, progresista...] Y luego te das cuenta que en realidad ¡es una tendencia!, que no es una posición aislada... Y [nosotros] los de San Marcos era como que ‘¿qué fue?’ [hace un gesto de sorpresa e indignación], ¿no? Y la gente de Católica sigue: ‘... es un tema urgente que resolver aquí en el distrito’ (...) Una cuestión bien *clasista*. Lo que no me cuadraba de Fuerza Social era que... los vínculos a partir de clases eran bien marcados. (Rolando).

Estos “vínculos a partir de clases” son precisamente lo que Rolando y otros jóvenes reconocen como “argollas”, que en la práctica funcionan como mecanismos de exclusión social al interior de las organizaciones (y en muchos otros ámbitos), y que desempeñan también un rol en el alejamiento de algunos jóvenes de la participación política. La narración que veremos a continuación muestra la forma en que la segregación mediante “argollas” se puede combinar con otros criterios, como la universidad de origen (que a su vez opera como un indicador de clase):

Mira, yo he tratado de incorporarme al Frente Amplio de Izquierda [FAI]. Digamos que en esa medida... cada vez me siento más decepcionado con la izquierda. [E: ¿A qué se debe esa decepción?] Porque hay mucha *argolla*. [E: ¿A qué te refieres?] O sea, siempre me han dicho para pertenecer a algún partido. [E: ¿En la universidad?] Sí... No es por nada, pero me consideraban un buen cuadro político, con una trayectoria académica. (...) Me han dicho para participar en el PPC [partido de derecha] [risas], pero siempre he dicho 'no', he tratado de mantener una afinidad con la izquierda, y cuando voy a la izquierda... voy y siento que hay mucha *argolla*, ¡muchal... me siento demasiado *marginado*. (...) [E: ¿En qué se manifiesta esa argolla?] En gente que le dan el micro para hablar, o que le dan un asiento dentro del... [E: ¿Presidium?] Sí, algo así, simplemente porque eres amigo de tal, o porque eres un *sobón* [servicial, acomodado] de tal, o porque eres una chica bonita pues, que no tiene experiencia en política pero ya pues, tu cara es bonita. (...) En realidad tú ves un *manchón* [gran grupo] de la Universidad Católica, todos... como son hijos, entre comillas, de DC [un líder de izquierda, fallecido] (...) Son actitudes que para mí no se condicen con una persona de izquierda. La persona de izquierda... [diría] 'te voy a llamar a ti porque eres capaz, porque eres bueno'. (...) O sea, tiene que haber mucha meritocracia, y en la izquierda no hay meritocracia. (...) Incluso yo llevé al FAI a tres personas, de acá de mi [facultad?], muy buenas... ¡pucha!, no pasó nada. [E: ¿No les hicieron caso?] No, nada. [Decían] 'Sí, sí'. [Y él decía:] 'me gustaría participar en una comisión...'. *No te incluyen*, no son inclusivos. (...) Yo me siento muy decepcionado, hay mucha *argolla*, ¡demasiada argolla! [E: Alguien me contaba que notaba diferencias de clase...] ¡Ah, claro! ¡Sí hay! [E: ¿Has percibido algo así?] Sí, obviamente el estudiante de Católica siempre va a tener una resistencia a un estudiante de San Marcos... hay mucha rivalidad. [E: ¿Pero es una rivalidad entre universidades o por otras razones?] Es entre universidades... y también hay *una cuestión social ahí...* de *clase*. O sea... 'yo soy el *pituquito* [de clase alta] y tú no...'. [E: Y en este ámbito del FAI... ¿has notado eso?] La gente de Católica siempre trata de llamar a la gente de Católica y siempre está tratando de ocupar cargos dentro del Frente... ésos, los *caviares*, como les llaman, siempre están tratando de coparse, y al final a los sanmarquinos les dejan la chamba. Los cargos, ¿quién los ocupa? ¿Quién malogró la gestión de Susana Villarán? [ex alcaldesa de Lima] ¡Los de la Católica! (...) ¿Hay sanmarquinos ahí? No hay nadie. (...) De repente hay otros que son más abiertos. Pero la gran *argolla* de la izquierda: Partido Socialista. Tú dime 'argolla', y yo te digo 'Partido Socialista' [risas]. Esa es la peor demostración que he visto de una *argolla* (Martín).

Hasta aquí vamos viendo un conjunto de elementos de diferenciación social que los entrevistados vinculan con sus experiencias políticas o sus percepciones acerca de los conflictos políticos (clase, etnicidad, región de procedencia, centros de estudios). Aquí se reflejan las grandes desigualdades que existen a todo nivel en la sociedad peruana, que como decía en la Introducción se presentan mayormente entrelazadas. Todo esto tiene importantes implicancias para los procesos políticos, pues las inequidades y las exclusiones asociadas a ellas definen conflictos y tendencias hacia la fragmentación visibles tanto en la política peruana en general como en el campo sanmarquino. En esta sección y en varios otros puntos encontramos formas de desigualdad mayormente implícitas que aparecen detrás del establecimiento de demarcaciones de segmentos políticos en base a diferencias sociales, lo que conduce o contribuye a rupturas y alejamientos entre activistas y grupos políticos (debilitándose así las organizaciones), limita la capacidad de articulación entre personas y colectivos políticos de la Universidad con agrupaciones externas, restringe el desenvolvimiento de los jóvenes en el campo político, y eventualmente –en varios casos– los aparta de la participación.

Muchos jóvenes aluden explícitamente a la presencia de "argollas" que funcionan a veces como mecanismos de exclusión y en otras ocasiones simplemente como una característica que rechazan en las organizaciones. Las actitudes hacia las "argollas" varían dependiendo de las situaciones, intereses y culturas políticas de los sujetos. Por ejemplo, Rolando, a quien ubiqué en la pauta liberal-participativa, veía a las argollas en los grupos políticos como un rasgo asociado al "clientelismo", la "corrupción" y la

“falta de meritocracia”, una postura muy similar a la de Martín (que veíamos en la última cita). Gonzalo, en cambio, desde su visión tecnocrático-pragmática, decía en otra ocasión: “Yo detesto las argollas... *cuando estoy afuera*”. En general, hay en San Marcos (y en el país en muchos ámbitos) una tendencia a formar grupos organizados, políticos o de otro tipo, que desde fuera pueden ser vistos como “argollas” en el momento en que se percibe que “se cierran” o que excluyen a otros (“te vas dando cuenta que cada día ese grupo se cierra más, entre ellos, más y más”, Rolando). Cuando Gonzalo hablaba de su grupo académico y de las redes que iba tejiendo, decía que: “el beneficio está en que son redes de trabajo, ya hemos formado redes de trabajo, redes profesionales, a partir del grupo; es una red, entre nosotros nos jalamos. *En vez de jalar a otra gente, yo jalo a mi gente* de la revista, la recomiendo, igual a mí me recomiendan”. Debido a esto –agrega–: “nos tienen envidia, ja ja ja, ¡por dios! Nos paran jodiendo... hay comentarios así en Facebook: ‘ah, yo no soy como esos *cerrados* académicamente, que se reúnen una vez al año a almorzar’, por nosotros. [E: ¿Pero es así?] Es así [ríe], de alguna forma”.

Bajo estas lógicas, los criterios de inclusión y exclusión pueden ser muy variados, e ir desde las afinidades amicales hasta cuestiones étnicas, de clase y de origen social y regional, lo cual se estaría manifestando en parte en la Universidad en los distintos perfiles sociales de los grupos políticos. Por ejemplo, decía que los maoístas son apreciados como personas de sectores “populares” y “provincianos”, y que estos y otros ven a los activistas de izquierda moderada y de clase media como “caviar”. En San Marcos, estas distinciones se reproducen en estereotipos asociados a la clase, la raza, la etnicidad y la procedencia regional. Algo de esto aparece en lo que dice Paulo cuando nos habla de las afinidades, “desconfianzas” o adscripciones políticas dentro y fuera de la Universidad:

Viendo un poco en retrospectiva los años que llevo en la Universidad, no sé qué tanto habrá variado eso, pero era como que si eres de *provincia* o eres de condición más *pobre*, era más probable que seas un *saco* [radical]; y también del otro lado: si eres alto, *blanco*, ‘ah, pues, eres un *caviar*’. Y eso... yo también creo que eso influye en... a qué grupos tú te acercas, ¿no?, con quiénes puedes tejer más confianza y con quiénes no. Yo creo que esa desconfianza hacia el otro se reproduce acá en Sociales. Y sí, pues, en los partidos políticos también se podría pensar así, como de repente el PS [Partido Socialista] se puede ver como un espacio de *una izquierda un poco más blanca*, que lo que puede ser de repente el MAS [Movimiento de Afirmación Social], Patria Roja. Sí, sí hay cosas que no se superan. (Paulo).

Esos estereotipos definen con frecuencia las actitudes de unos estudiantes hacia otros. Como ejemplo puedo citar lo que registré en una oportunidad cuando conversaba con dos jóvenes sanmarquinos en un bar, donde se encontraban también, en otra mesa, varios activistas limeños de izquierda que algunos ven como “caviar”. Mis interlocutores, ambos de Ciencias Sociales, uno de Piura y otro hijo de padres ayacuchanos, decían que “los caviar” los señalaban a ellos como “sacos” o “radicales” solo porque habían vivido en la Residencia universitaria, y que a otros de sus compañeros los tildaban también de “radicales” no por sus ideas o prácticas políticas, sino “por ser de provincias”. Esto, a su vez, generaba en ellos actitudes de desconfianza y alejamiento con respecto los grupos y proyectos políticos de “los caviar” limeños.

Las actitudes de distanciamiento políticos mediada por desigualdades sociales y por formas de exclusión asociadas a ellas aparecieron repetidamente en las entrevistas. Incluso, las principales tendencias organizativas y políticas que veíamos al analizar el caso de las elecciones para la FUSM podrían ser leídas desde esta perspectiva. Sin embargo, en la Universidad el tema prácticamente no sale a la luz en los discursos políticos, o se toca solo informalmente. Así, al hablar con algunos activistas sobre los conflictos entre las organizaciones estudiantiles de izquierda y la fragmentación política en San Marcos, estos generalmente atribuían esos problemas a cuestiones como “sectarismo”, “caudillismo”, “dogmatismo”, limitaciones organizacionales y otras. No obstante, cuando les planteaba el tema de las diferencias sociales, varios reconocían que sí desempeñaban una función.

De otra parte, a lo analizado hasta aquí se suman las desigualdades y aparentes exclusiones por criterios generacionales o de edad, sobre todo cuando se trata de la participación en agrupaciones que trascienden el ámbito universitario. Fabían nos cuenta por ejemplo cuál era el lugar de los jóvenes en el partido de izquierda en el que participó:

Estuve menos de un año, no recuerdo exactamente porque en Patria Roja para ingresar a la Juventud Comunista no firmas ningún papel, es una pre-militancia... No tienen [los jóvenes] ningún carné. Ellos [los dirigentes] tienen una lógica doctrinaria de preparación y de ver qué tanto le sirves tú a una célula partidaria, y a partir de eso ya te van otorgando responsabilidades paulatinas, progresivas.

Al respecto, Martín juzgaba inapropiado ese tipo de diferenciación entre jóvenes y militantes de pleno derecho, algo que en su caso influyó en su alejamiento de la militancia política:

Asistía [al FAI], pero de ahí ya no, porque hay una cosa que no me gusta... yo soy enemigo de las juventudes... de dividir en un partido a los jóvenes. (...) Que te digan ‘ándate a juventudes’ es como decir ‘oe, ¿sabes qué?, no molestes a la vieja guardia pues... a mí no me vengas a copar’. Yo lo siento así... decir ‘juventudes’ es como decir [que] los jóvenes no pueden asumir un rol importante dentro del partido. (...) Que te manden a ‘juventudes’ es decir: ‘¿sabes qué?, ya, tú puedes ser secretario nacional de juventudes, *bacán*, y por lo tanto tú puedes tener un puesto dentro de los cinco candidatos que van a ir al Congreso...’, y el resto no. (...) También está este otro asunto: está el sector de jóvenes del partido como una instancia, pero... uno, que están subordinados, y otro que su participación se da en tareas, pues, menores. El de juventud de repente no puede estar en la comisión política. Pero ¿por qué?, ¿por qué no puede estar en la comisión política? No me parece. Yo sí soy recontra así intolerante a eso. (...) ¿Por qué?, ¿acaso un joven es discapacitado?... Es una forma de relegarte... ‘ya ellos [los jóvenes] van a hacer la bulla, a ellos los mandamos a hacer campaña, pancartas’, que campaña en medios de comunicación, van a *Facebook*, trolean, todo ya... ellos. (...) Yo le tengo mucho cariño al pensamiento [de izquierda], pero no a la organización, porque internamente la organización está muy mal. Y yo creo que no soy el único, creo que hay mucha gente que se ha desilusionado, como en mi caso... [E: Y tú tienes experiencia, dos carreras, posgrado [en el extranjero] y has trabajado en el sector público, y entonces podrías colaborar mucho...] (...) Yo he tratado de ir [al FAI], he ido a las reuniones y todo, pero... nada. Es decepcionante en verdad.

Saber, poder y control de la información

Las diferencias basadas en el conocimiento tienen un rol en el desarrollo de los procesos políticos. Fui revisando aspectos relacionados con este tema a lo largo del capítulo. En este apartado me concentro más en las jerarquías variables que se forman alrededor de la adquisición o el despliegue de conocimientos, por un lado, y por otro en el papel que juegan la gestión y el control del conocimiento y la información.

El carácter variable de las jerarquías basadas en el conocimiento se relaciona con los distintos puntos de vista de los actores. Así, por ejemplo, con respecto a la distinción entre “políticos” y “académicos”, muchos valoran más a estos últimos y tienen imágenes devaluadas de los primeros, asociándolos con la “mediocridad”. Entre quienes participan más en política, en cambio, hay sectores que adoptan una postura opuesta, reconociendo y valorando más el compromiso activista por sobre el papel de quienes solo “se encierran en el estudio” y no actúan de alguna forma frente a los problemas.

El que se adopte una u otra postura guarda relación con las culturas políticas. En el análisis del modelo de la dirección centralizada vemos que el dominio de la teoría marxista desempeñaba una función contribuyente a la formación de jerarquías entre los militantes, apuntando siempre al ideal del político-intelectual de izquierda. Sin embargo, ante la ausencia o escasez de personajes que encajen en ese ideal, prevalece el aspecto político. Y frente a figuras “académicas”, la valoración de éstas depende de cuánto se aproximen sus ideas o propuestas a los esquemas ideológicos asumidos en este sector. En el extremo más ideológicamente ortodoxo, quien cuestione el cánón podría ser calificado de “revisionista” o “intelectualista”, algo que ocurría en San Marcos hace algunas décadas, y que hoy ya no se percibe mucho: “Ya poca gente se atreve a tener esta soltura de huesos de los setentas, que si tú eras un ‘intelectualista’, o la gente de los *sacos*: ‘tú eres un revisionista’, ya no hay mucho de eso” (Rolando). Pero antes que discrepancias ideológicas, las situaciones que más comúnmente hallé durante el trabajo de campo fueron las de jóvenes “académicos” que se alejaban de las organizaciones de izquierda o del mundo político desencantados por la “mediocridad” que percibían en esos espacios, o por su carácter conflictivo. Julio grafica esta última situación:

Muchos de los compañeros ven –dirían-: ‘no, yo soy académico, y yo iba a participar al principio, pero como todos hablan mal [unos de otros], yo me voy a un espacio y me aíso y veo un espacio que es investigar, y dedicarme solamente a eso, y ahí me quedo y me abstraigo de lo que está a mi alrededor, y no veo nada, estudio, estudio; y al frente, la política de la universidad al final sigue siendo la misma; y me abstraigo tanto que me voy alejando cada vez más’...

Las diferencias basadas en el conocimiento se manifiestan también en las estrategias de reclutamiento y reproducción de muchas organizaciones políticas, especialmente de izquierda. En sus aproximaciones a los alumnos de los primeros años, la “entrada académica” implica relaciones desiguales entre quienes manejan ciertas teorías o discursos políticos y quienes llegan a la Universidad ansiosos de aprender. Adriana nos contaba cómo ella y sus compañeros se vincularon con una agrupación política:

[Sobre un grupo política que los invitó a un ‘taller’ de estudios] Fue como que diferente porque había un pata, en realidad varios de ellos, de estos chicos de Derecho, o sea, sabían un montón de Derecho... pero también un montón de marxismo, entonces dijimos: ‘ah ya, si son buenos estudiantes...’. (...) Y los de Derecho nos enamoraron. A nosotros nos los presentaron, fuimos a un par de talleres, y sí pues, sí conocían bastantes temas, y de hecho que nosotros tampoco conocíamos mucho, bueno y nos había sorprendido. Algo menos también nos hubiera sorprendido probablemente.

Estas pautas aparecían también en el modelo del poder popular horizontal, pero más atenuadas o con algunos matices.

Era en las culturas políticas liberal-participativa y en la tecnocrática donde más se apreciaba a las figuras intelectuales, en el primer caso por su rol en la formulación de proyectos, visiones de país o cursos de acción estratégica, y en el segundo caso por sus capacidades de gestión. Para Rolando, por ejemplo, el desarrollo de capacidades intelectuales serviría tanto para “pensar el país” como para actuar políticamente sobre la realidad:

Hay como una idea que creo que se ha formado con los años en San Marcos, de creer que una cosa es lo académico y otra cosa es lo político. Y si un brother pide algo académico, ‘ah, ese *brother*, puta, cree que la política no sirve’. ¡Aguanta! La generación del 20 en San Marcos, todos esos tipos fueron unos alucinantes operadores políticos que articulaban gente en Cusco, en Lima y en Ayacucho, en Huancayo, se daban el lujo de tener redes estudiantiles en todo el país; eran tipos que producían *un huevo* de investigación [bastante], eran tipos *académicos y políticos*. No sé en qué momento empezó en San Marcos esa cuestión de que: ‘Ay, yo soy académico y me dedico a mis libros y, puta, la política es un asco’, y el otro: ‘No, esos son académicos, compañeros, a ellos no les importa la realidad inmediata del país, no les importa luchar; prefieren estar encerrados en sus libros, en la teoría’. No sé en qué momento se perdió la concepción de que no puedes tener buenos operadores políticos o buenas estrategias políticas si no tienes a gente bien formada académicamente. Tú puedes tener a mil personas muy bien intencionadas en la facultad diciendo: ‘Sí, que vamos a hacer...’, pero si no tienes una base académica sólida vas a tener un grupo de gente que con el paso de un año o dos se desarticulan, se rompen, se quiebran y allí no pasa absolutamente nada. (...) Si quieres tener de verdad una articulación política... no puedes hacerlo si no es por el lado de hacer que de verdad los alumnos sean tipos que produzcan, que investiguen y que piensen al país a partir de la Academia...

Desde esta perspectiva, se coloca en un lugar subordinado a los políticos que solo actúan sin alguna visión clara de la realidad:

[Sobre los guevaristas:] Pueden ser operadores, tener cierto olfato político para algunas cosas, pero no tienen el manejo de la historia política de San Marcos, no la conocen y no *manyán* [saben] de teoría sociológica que hable de estrategias políticas... Es como que corren en serias desventajas. [Sobre los maoístas:] Gran parte de los actores políticos *sacos* no tenían figuras intelectuales... si tú debatías académicamente con ellos, era gente que estaba en nada, que se atrevía a hacer análisis de la realidad del país y ni siquiera se conocían la historia del Perú, ni siquiera la historia básica. (Rolando).

Esteban, quien se autodefine como liberal de “derecha”, opinaba lo mismo sobre los maoístas, viéndolos como gente que “históricamente estaba totalmente desubicada”. Pero los juicios más negativos sobre los actores de izquierda, y sobre los políticos en general, en relación con los atributos intelectuales, se emitían desde el ideal tecnocrático. Esto lo vimos en repetidas ocasiones en el discurso de Gonzalo, quien calificaba en general a los activistas de izquierda que había conocido como “mediocres”.

En la cultura política de las agendas temáticas o efímeras se otorgaba también un lugar destacado al desarrollo del conocimiento, solo que en este caso se trataba más de conocimientos especializados en las áreas de interés de cada colectivo. Esto se expresa por ejemplo en el rol de los organizadores de varios de estos grupos, que además de saber más sobre los temas en que se enfocaban, promovían también su estudio y divulgación mediante la conformación de eventos y grupos académicos.

En la cultura política basada en redes y reciprocidad, los intelectuales o las cualidades académicas tienden a ser valorados más por su rol instrumental para el logro de objetivos políticos. Recordemos que uno de los criterios definidores de jerarquías entre operadores políticos es la experiencia y el conocimiento de cuestiones legales y burocráticas, que viene unido a sus habilidades para elaborar

estrategias políticas y tejer redes de reciprocidad (“te pueden absorber porque pueden *saber* más que tú, y terminas favoreciéndolos”). Antes mostré también cómo los operadores políticos exploraban el panorama social de cada facultad para tratar de ubicar a los estudiantes más “populares”, entre los que figuraban los que destacaban por sus cualidades académicas, con el propósito de reclutarlos en sus redes y grupos. Algunos operadores son descritos como personajes con una “fachada académica” que les permitiría “atarantar” o impresionar sobre todo a alumnos de los primeros años, con quienes pueden formar a veces “grupos de estudio” que, en el fondo, tendrían fines políticos (obtener apoyo, extender las redes, seleccionar a estudiantes aplicados para las listas electorales, etc.). Una informante, ex asambleísta universitaria, decía sobre los operadores de su facultad: “armaron dizque ‘grupos de estudio’ con el fin de llevar a estos chicos en una lista [electoral], chicos que tienen convocatoria, pero los engañan”.

Las intenciones ocultas a las que alude esta última informante hacen parte de múltiples formas de control de la información que en la Universidad aparecen muchas veces como parte de estrategias políticas, formas de exclusión o ambas. Este es un rasgo que percibo como transversal en el espacio político sanmarquino, algo que de un modo u otro, con mayor o menor intensidad, o bajo formas diversas, fue señalado consistentemente por varios otros entrevistados.

Lo que acabo de mostrar en relación con los operadores políticos se suma a lo que presenté en el primer capítulo sobre el desempeño de estos mismos personajes, quienes facilitan u obstruyen los flujos de información para controlar los intercambios y colocarse como el único canal de comunicación entre sus patrocinadores y los miembros de sus redes (“no te dan la información suficiente”). En las narraciones que obtuve acerca de cómo se coordinaban las estrategias políticas en las redes, resaltó el secretismo en las reuniones: “te emociona esa adrenalina de estar ahí... las reuniones son hasta tarde, siempre hay un *bunker* cerca de la universidad donde se reúnen los asambleístas. [E: ¿Dentro o fuera de la Universidad?]. A veces dentro y a veces afuera; depende de qué tan tensa esté la situación”. Y en general, manejar información y controlar el acceso a ella mediante formas de exclusión constituyen elementos importantes en el accionar político de los miembros de las redes clientelares.

La figura no es muy diferente en otros sectores del espectro político. Sobre el ámbito de la izquierda, varios informantes hablaron de “engaños”, propósitos “oscuros”, “segundas intenciones” y hasta “terceras intenciones”, refiriéndose a planes políticos, estrategias de reclutamiento y otros asuntos. Veamos por ejemplo lo que decía al respecto Julio:

Quando ingresé [a la Universidad], me hablaban, me metían su *floro* [palabreo], todo esto, y me decían: ‘no, somos un espacio cultural, solo tocamos *sikuri*’ [género musical andino], algo así, me decían eso, ‘somos un grupo cultural, no hacemos política, como otros grupos que te quieren *jalar*’ [reclutar]. Pero me di cuenta de que era un grupo organizado y que traían los conceptos de los otros también [refiriéndose al maoísmo]. Creo que me querían *meter floro*. Eso es lo peor, no que te metan *floro*, sino que te engañen.

Rolando señalaba también, sobre un grupo político: “Sentía que *ocultaba* un montón de cosas... tenía un montón de mañas. (...) Por ejemplo, ‘yo te articulo para tal cosa pero en realidad... puta, estoy buscando legitimar tal porque necesito tal huevada.’ Él agregaba que esto genera un ambiente de gran

desconfianza entre los actores políticos universitarios, algo que en su caso se habría originado incluso desde antes de llegar a San Marcos: “Entras como con la alarma activada, de que alguien en un punto de tu vida previa a la universidad te advierte que van a haber grupos que te van a querer captar para fines políticos *oscuros*. Entonces tú llegas con la pierna al aire. Cuando de pronto te intentan captar para un ‘grupo de estudio’, tú la piensas”.

Pero el control de la información puede tener también en este sector una función excluyente, como podemos apreciar en la narración de Julio acerca de su participación en la junta directiva de un gremio estudiantil, donde –según su relato– las distintas afiliaciones políticas de los miembros hacían difícil realizar el trabajo gremial, lo cual se expresaba en formas de exclusión que incluían el ocultamiento de información:

Las personas con las que estaba conformado (el centro de estudiantes) eran personas con las que no coincidía políticamente. Y no está mal, pero el problema era que en esas discrepancias yo estuve aislado, como era el único, y había un bloque allí, de dos o tres personas. (...) Un ejemplo claro: convocaban a una reunión y *no me informaban*. A pesar de tener un grupo, había ciertas formas de cómo *ocultar información*. O yo convocaba a una reunión y no venían, a pesar de que estén ahí pululando por la facultad, no venían.

Algunos jóvenes muy familiarizados con el mundo de la izquierda peruana atribuían los ocultamientos de información a pautas de acción política formadas décadas atrás, cuando por la represión del activismo los grupos políticos se movían en la clandestinidad. No obstante, coincidían en ver esas prácticas como algo ya fuera de lugar en la actualidad. Esta era la perspectiva de Joaquín, al hablar de los grupos marxistas: “Hay rezagos de lo que han sido los ochentas y noventas todavía en la política sanmarquina: el hacer una política todavía clandestina, cuando ya no es el contexto; las organizaciones no se muestran públicamente, ¿no?, públicamente no abren el debate, un *secretismo* medio absurdo” (Joaquín). Pedro, por otro lado, afirmaba en relación con las organizaciones de izquierda moderada que “ya no viven la paranoia, y por lo tanto pues no tienen esas prácticas que son acordes con pensar que estás siendo perseguido o que puedes ser perseguido”. Sin embargo, reconocía en todos los grupos una tendencia a “cuidar la información”: “Todo grupo *se cierra con la información*, eso sí, ah. Todo grupo tiene tiene un [¿canal de seguridad?] para mantener los niveles de irradio, de camaradas pues; o sea, eres periferia o estás adentro... Eso siempre está, ahora y antes, el *cuidar la información*... [en] cualquier tipo de organización de izquierda, eso está presente”.

Pero más allá de este sector, registré señalamientos que apuntan a existencia de prácticas de ocultamiento de información también en la “derecha”, como podemos ver en el relato de Gonzalo:

Uno de los grupos de derecha me propuso postular, ¿no?, sin saber que ellos eran los grupos que estaban ahí [ríe]. Y yo acepto... no sabía... [E: ¿Cómo?] Postular para ser delegado [en el Consejo de Facultad]... pero yo no sabía pues que ellos eran los que estaban detrás. ‘Somos independientes’, dijeron ellos. (...) Ya, perdí la elección, porque no me interesó realmente cuando me enteré de que ellos estaban detrás.

En gran parte de estas narraciones, los contornos de las redes en que se divulga o se restringe la información coinciden con los de las “argollas” a las que me referí previamente, que para muchos son identificadas con tales o cuales organizaciones políticas, redes clientelares y también grupos académicos o

de otros tipos, siempre que encuentren en ellos un carácter “cerrado” o excluyente. Y en todos los casos, podemos advertir una correlación clara entre el mayor manejo de información y el mayor poder que unos u otros puedan tener.

Por su carácter transversal en el campo político, propongo ver a estas prácticas dirigidas a controlar la información como un rasgo adicional reconocible en las distintas pautas de cultura política presentes en la Universidad.

VII. CONCLUSIONES

Habiendo presentado y analizado la información obtenida en el trabajo de campo, retomo las preguntas y los objetivos planteados en la Introducción para ofrecer una serie de conclusiones sobre los hallazgos de esta investigación.

En primer lugar, con respecto al campo político sanmarquino, he mostrado diversos factores estructurales, socioculturales y de orden histórico que condicionan muchos de los procesos políticos que se desarrollan al interior de la Universidad, y que influyen de varias maneras en aspectos como la racionalidad de los ordenamientos y las prácticas políticas, los mecanismos de reproducción de esos ordenamientos, las percepciones y valoraciones subjetivas de los actores sociales sobre los hechos políticos que se dan en este entorno, y la conformación de algunos rasgos particulares en las culturas políticas de los sanmarquinos. Varios de estos elementos intervienen de formas decisivas e identificables en la definición de pautas específicas de pensamiento y acción política.

Un rasgo importante de este espacio es que en él actúan fuerzas sociales que operan simultáneamente en dos sentidos opuestos. Por un lado, el campo estimula en los estudiantes el interés en la política y la participación, además de una apertura de perspectivas hacia la realidad y los problemas nacionales y universitarios, sobre todo en el inicio de sus trayectorias al interior del campo. Esto ocurre principalmente por: a) factores contextuales ligados a las experiencias vitales más próximas (un entorno microsocioal inédito y de amplios contrastes sociales y culturales); b) la agencia de actores políticos estudiantiles que activamente promueven la participación; c) las oportunidades e incentivos para el involucramiento en instituciones y procesos políticos a escala micro; y –en alguna medida– también d) la “identidad sanmarquina” generada por una tradición de larga duración que coloca a la Universidad como una institución relevante en la historia del país.

Pero por otro lado, y de modo paralelo, existen también factores estructurales y de otros tipos que desalientan en muchos estudiantes la participación y el compromiso con las instituciones del campo y sus actores políticos (sobrepasando y muchas veces anulando los estímulos señalados en el párrafo previo). El principal elemento desmovilizador –que en varios sentidos influye en los otros y define sus características básicas– es un sistema de poder clientelar que se superpone al ordenamiento legal-institucional de la Universidad, impone su dominio sobre las más altas instancias del gobierno universitario, y opera según una lógica que se disemina con una intensidad decreciente hasta los espacios institucionales de menor jerarquía. Esta lógica puede ser entendida también como una pauta de cultura política, en esencia clientelar, que tiende a ser asumida por buena parte de los actores políticos que buscan escalar en esa jerarquía. En ese sentido, dicha pauta cultural es una de las condiciones de

posibilidad para la reproducción y el afianzamiento del sistema, que se establece así como una estructura rígida de poder. En su relación con el mundo de la política estudiantil, el orden clientelar opera de distintas maneras para producir formas y grados también diversos de desmovilización política.

En principio, quienes controlan dicho orden (grupos de autoridades-docentes) se articulan con el espacio estudiantil a través de mediadores u operadores políticos; éstos, por su parte, se vinculan con determinados estudiantes a quienes seleccionan para (mediante la manipulación de recursos y mecanismos electorales) incorporarlos segmentariamente en los espacios institucionales de cogobierno, integrándolos al mismo tiempo en redes clientelares y comprometiéndolos en transacciones de dones o favores intercambiables por apoyo político (esencialmente votos en las instancias de cogobierno).

Estos procesos implican la exclusión de la participación estudiantil autónoma y de las posibilidades de que esa participación pueda significar cambios o reformas en el sistema. Es así que las apuestas políticas estudiantiles reformistas colisionan con esa rígida estructura de poder, fracasando por lo general en sus intentos por acceder a los niveles institucionales más altos (Asamblea y Consejo universitarios), y muchas veces también a los niveles medios (consejos de facultad). Este bloqueo institucional genera al menos cuatro resultados posibles identificables en el nivel de las *élites políticas* estudiantiles (no excluyentes unos de otros): a) radicalización de algunas organizaciones políticas en sus posturas, demandas y formas de acción; b) desencanto y abandono del activismo; c) conformismo, adaptación y asimilación de varios dirigentes en el sistema clientelar; y d) confinamiento de los proyectos políticos en los ámbitos más domésticos (facultades y escuelas), muchas veces con una reorientación de las voluntades y acciones hacia temas y demandas de alcance inmediato y muy restringido, que en esencia no afectan el orden del sistema.

Sumados al fracaso de las grandes apuestas de reforma, cualquiera de esos cuatro resultados contribuyen, a su vez, a tendencias concomitantes hacia la desmovilización política en sectores más amplios de la *población estudiantil*. Estas tendencias se manifiestan en magnitudes variables en los siguientes fenómenos: a) las organizaciones y los dirigentes estudiantiles comienzan a ser percibidos por muchos estudiantes como ineficaces para lograr cambios o mejoras, o demasiado “radicales” en sus prácticas o discursos, o “corruptos” (cuando son asimilados por las redes clientelares), todo lo cual les resta legitimidad y deteriora su imagen pública; b) esta pérdida de legitimidad de los dirigentes se proyecta también a los discursos políticos, ideológicos o de cambio social que ellos encarnan, y –de resultas de ello- cobran más presencia y aceptación las propuestas pragmáticas enfocadas en logros concretos, rápidos y tangibles; c) al menos una parte del alumnado abandona cualquier vocación por participar en los grupos políticos o las instancias de representación, o apoyarlos, lo que contribuye a mantener o profundizar la fragilidad institucional en los gremios y organizaciones estudiantiles; d) se extienden el desencanto con la política universitaria y la sensación de que ésta carece de sentido; y e) las voluntades de participación y cambio social se reorientan a otras formas de organización o activismo:

grupos exclusivamente académicos, culturales o enfocados en agendas temáticas fragmentadas, activismo virtual o voluntariado (que mayormente no ponen en cuestión el orden general del sistema), o también colectivos sociales y políticos externos a la Universidad, entre otros.

Estos procesos y mecanismos sociales y políticos se dan de manera desigual en diferentes segmentos del campo. Considerando que Ciencias Sociales y Letras (que –recordemos- incluye a Derecho y Educación) conforman el área académica donde se presenta la mayor densidad en el interés en la política y el activismo, no es para nada casual que sea ésta precisamente el área donde (en comparación con otras) se registran los niveles más altos de desaprobación respecto a las organizaciones políticas estudiantiles (OPE), las instancias gremiales, las autoridades universitarias, los órganos de gobierno, los docentes, la gestión universitaria y en general la situación de la Universidad. Y tan así no es casual, que fue posible determinar mediante ejercicios de estadística descriptiva e inferencial la existencia de diferencias y relaciones causales estadísticamente significativas que confirman el modelo etnográfico en varios de los puntos enumerados en los párrafos previos.

Así, al examinar los datos estadísticos encontré que hay entre los estudiantes un menor interés en los asuntos políticos universitarios en comparación con su interés en la política nacional, que es significativamente mayor (y también bastante más alto que el interés registrado a nivel nacional para la población peruana en general y el segmento de jóvenes en particular). Asimismo, la distribución de datos sobre las opiniones acerca de las OPE muestra que los alumnos de los primeros años tienen sobre ellas una opinión más positiva que negativa, mientras que entre los estudiantes de los últimos años, los más familiarizados con el mundo sociopolítico sanmarquino, predominan la indiferencia y la desaprobación respecto a esas mismas organizaciones. Por otro lado, las regresiones logísticas independientes indicaron que la desaprobación de las OPE no se debe solo a cómo se las percibe (el que muchos les atribuyan carencias democráticas), pues ese juicio está fuertemente asociado con múltiples factores del descontento estudiantil: desde la evaluación negativa del gobierno universitario, hasta los problemas en la calidad educativa y la situación de la Universidad. Como ya vimos, por su exclusión del sistema político las OPE no están presentes en las altas esferas del gobierno universitario ni tienen cómo solucionar aquellos problemas (aunque prometan hacerlo); sin embargo, tales problemas y el deficiente desempeño de las autoridades y tercios estudiantiles en los órganos de gobierno se relacionan directamente con el desprestigio del activismo político en general. Luego, los análisis multivariados confirmaron que el desprestigio de las OPE está “amarrado” al descrédito de las autoridades y los tercios en AU y CU (típicamente miembros de redes clientelares antes que activistas políticos). En otras palabras, más allá de si las OPE tienen o no un buen desempeño (*i. e.* independientemente de si algunas son radicales, ineficaces, “inconsecuentes” o “corruptas”, o si no lo son), los datos apuntan a que –para decirlo de alguna manera- la lógica clientelar del sistema las “contamina” o las “empuja” en mayor o menor medida al desprestigio mediante fuerzas que escapan a las voluntades de sus dirigentes o integrantes.

Esto último me lleva a hacer un comentario metodológico referido a la lógica del mecanismo social que produce el desencanto político. Los datos etnográficos dejan notar que dicho desencanto se vincula con las *actitudes* y *percepciones* que los sujetos se forman sobre las OPE al relacionarse con ellas. Pero un análisis basado solo en las percepciones conduciría a colocar a las OPE como las causantes de su propia desgracia. En contraste, el enfoque de esta investigación relaciona esas impresiones (reflejadas en discursos) con las situaciones y *experiencias* que las generan y con el *contexto* en el que se desenvuelven los actores (accesibles por la observación etnográfica), y luego con las diferencias susceptibles de análisis y medición estadística. De la triangulación de estas distintas fuentes de datos resulta un modelo teórico explicativo en el que aquellas percepciones negativas y el desencanto político derivado de ellas vienen definidos por fuerzas sociales identificables en otro nivel, que trasciende las experiencias más próximas de los sujetos y que remite a factores estructurales (y actores concretos) que al excluir la política estudiantil autónoma echan a andar el mecanismo que *produce* el desprestigio de la política en todos los niveles del sistema y, como consecuencia de ello, la desafección política en importantes sectores de la población estudiantil.

Este argumento es básicamente opuesto a las varias interpretaciones que por lo general se han dado para tratar de explicar el distanciamiento de muchos estudiantes con respecto a la política en San Marcos, que casi siempre aluden a causas o influencias *externas* (reminiscencias históricas, tendencias culturales, discursos mediáticos, etc.) y que además proyectan imágenes en las que se define a estos jóvenes por sus supuestos déficits actitudinales (desmotivación, desinterés, apoliticismo, individualismo, etc.). Las evidencias presentadas aquí demuestran, en cambio, que en este campo político operan fuerzas sociales *internas* que originan niveles considerables de desafección política y deslegitimación del sistema micropolítico en todos sus niveles, notablemente en el mismo sentido decreciente en que se disemina la lógica clientelar del sistema.

Haciendo abstracción de estos hallazgos, propongo captarlos teóricamente formulando el concepto de *desencanto político focalizado*, que permite resumir lo observado en San Marcos y vincularlo con un contexto mayor, transmitiendo la idea de que un sistema micropolítico puede generar una situación en la que los actores participantes en dicho espacio, aún cuando puedan estar interesados en la política, terminan inhibiéndose de intervenir políticamente en él, sin que ello signifique que se desencanten de la acción colectiva a un nivel más amplio o que se aparten de la política en otros entornos distintos de ese campo. En sus implicancias teóricas, este nuevo concepto podría servir para analizar o entender procesos que bien podrían darse en otros ámbitos micropolíticos, o incluso en sistemas mayores.

Por otro lado, discutí también cómo lo apreciado en San Marcos se inscribe en los procesos históricos, y presenté además sus similitudes con las formas de ejercicio y reproducción del poder político que han existido y que funcionan hoy en variados ámbitos de la sociedad peruana, poniendo énfasis en los

múltiples paralelos que existen entre el sistema sanmarquino y el modelo denominado *gamonalismo*, que durante los siglos XIX y XX (hasta la Reforma Agraria de 1969) proliferó y se impuso como un sistema de poder local clientelar en diversos sectores del país con poca o ninguna presencia del Estado. Precisamente, la ausencia, fragilidad o alejamiento del Estado suelen aparecer en diversas explicaciones sobre los problemas que afectan a las universidades públicas peruanas, en tanto permiten que en estos entornos los procesos de gobierno y gestión interna se desarrollan fuera de cualquier fiscalización o vigilancia estatal, con lo cual sus actores políticos pueden desenvolverse más o menos libremente según sus propios intereses y reglas.

En segundo lugar, examiné las trayectorias de socialización política de un grupo de estudiantes para esclarecer cómo y bajo qué condiciones e influencias asimilaban sus ideas, valores y discursos políticos, y mostrar de qué forma los expresaban en sus actitudes y prácticas políticas. Identifiqué al respecto dos itinerarios predominantes. En el primero, los compromisos activistas más firmes e intensos estaban asociados con “herencias” de socialización familiar favorecedoras del involucramiento en política. Los jóvenes que ubiqué bajo esta pauta tuvieron acceso, desde su crianza, a modelos de roles (en sus padres y otros familiares cercanos), lecturas, discursos políticos e ideológicos y otras influencias que prefiguraban en ellos la adopción de determinadas identidades políticas, la inclinación hacia la participación política y sobre todo su persistencia en el activismo a pesar de múltiples obstáculos que se les podían presentar en el camino. Estos jóvenes se caracterizaban, además, por haber alcanzado posiciones altas o de liderazgo en sus proyectos u organizaciones, obteniendo también diversas “recompensas” por su participación.

En el segundo itinerario, la vocación por la política surge y se desarrolla como una “aventura” personal, con una mayor presencia de la agencia y la voluntad individuales, resaltando las relaciones entre la subjetividad política y factores contextuales y coyunturales. Estos factores aparecen aquí desencadenando en los jóvenes experiencias de incertidumbre graduales, constantes o súbitas y también crisis valorativas y quiebres de sentido que los impulsan a la búsqueda de explicaciones y que generan a veces cambios radicales en sus ideas, propiciando con todo esto la asimilación de discursos e identidades políticas que le dan un nuevo orden a sus visiones del mundo y los incitan a actuar políticamente. Las influencias que intervienen en este proceso pueden ser muy variadas, e incluyen a agentes específicos (familia, grupos de pares, medios de comunicación, etc.), factores estructurales (inequidades, por ejemplo), procesos y eventos históricos, o espacios de socialización. Estos últimos incluyen a la propia Universidad que, al igual que otros entornos, puede contribuir al despertar del interés en la política y la participación (generando crisis de sentido, incertidumbres y búsquedas de explicaciones) o intensificar vocaciones desarrolladas previamente, ofreciendo en ambos casos oportunidades para el despliegue del activismo, el cual asume formas diversas (política institucional, agendas acotadas, crítica cultural, etc.). En este segundo patrón, las trayectorias de los jóvenes discurren típicamente con vaivenes y picos en las ideas y

en los compromisos de participación, mientras que los éxitos y recompensas no siempre son tan altos como en la pauta anterior.

Además de estos dos patrones de socialización que conducen al activismo o a la acción política, identifiqué también varias características comunes entre los jóvenes que manifiestan tener poco o ningún interés en la política y la participación. En estos casos encontré perfiles de personalidad muy asociados con la socialización familiar, en los que resalta el compromiso con valores y convicciones dirigidos al éxito y el ascenso social mediante el “trabajo duro” y tendencias a la “obediencia” y a “seguir las normas”.

Estos tres itinerarios constituyen tipos ideales que emergen de la comparación de los casos analizados (y en el último también de la información estadística). En la “vida real”, los contornos entre una y otra trayectoria pueden ser a veces porosos o menos definidos.

En tercer lugar, presenté finalmente una descripción y análisis de las distintas pautas de cultura política presentes en la Universidad. En el nivel más general, examiné un conjunto de valores y sentidos muy presentes en los sentidos comunes mayoritarios y en las prácticas sociales y políticas cotidianas, como la idea de una “conciencia social” que hace parte de discursos ampliamente difundidos y referidos a la noción de que los estudiantes deberían mostrar una “preocupación” por los sucesos y personas de su entorno. Partiendo de esa idea, y en menor medida pero también muy presentes, están las tendencias hacia la organización y participación dirigidas a actuar sobre el mundo, con referentes que van del medio más inmediato hasta la acción política para lograr cambios a gran escala en las estructuras sociales, expresándose todo esto en variados temas de interés y agendas políticas. Otro elemento muy común en San Marcos fue la muy extendida valoración de nociones y actitudes que apuntan a la idea de “apertura” en las relaciones sociales y políticas, que sin embargo se echa en falta en los procesos políticos concretos vividos en la Universidad.

Junto a esas pautas generales y mayoritarias, identifiqué siete distintos modelos o patrones de cultura política reconocibles en el campo sanmarquino, que propongo igualmente como tipos ideales. En el primer modelo, la concepción del poder y la política gira en torno a la idea de la dirección centralizada de la acción participativa dirigida al logro de grandes transformaciones sociales, teniendo aquí roles importantes las elites políticas, la ideología y los aparatos organizativos que servirían como instrumentos para impulsar programas reivindicativos de mediano y largo plazo, que deberían abarcar plataformas amplias de confluencia de luchas populares.

El segundo esquema retoma la importancia de la participación, la organización y las visiones de cambio social, pero desde una mirada más horizontal y de rechazo a las jerarquías, predominando aquí la idea de la construcción del poder “desde las bases” antes que por el “direccionamiento” de las elites políticas. Se relativiza aquí el papel de la ideología y se apuesta por formas de articulación social que van más allá de las luchas “populares” y se proyectan a varias otras agendas.

El tercer modelo, que he denominado liberal-participativo, incluye visiones de equidad y cambio social, pero reivindica además los derechos y las libertades individuales, desde una mirada institucionalista que enfatiza también la apertura en las ideas y relaciones políticas, con un reconocimiento mayor de los méritos personales y las capacidades intelectuales.

En el cuarto patrón tenemos una orientación organizativa y participativa enfocada en el logro de objetivos concretos y alcanzables, preferentemente en el corto plazo, enmarcados en agendas temáticas o coyunturales. Aquí predomina una visión horizontal y de rechazo a las jerarquías, mientras que los referentes de la acción política trascienden los ámbitos clásicos del poder y abarcan múltiples espacios y formas de incidencia política, teniendo un lugar destacado el mundo mediático.

En el quinto modelo se privilegia la gestión tecnocrática de políticas por sobre las luchas por el poder, cobrando más importancia el desarrollo de capacidades técnicas que se aplicarían al logro eficaz de resultados, así como también la vinculación con redes de especialistas y actores políticos que facilitarían la inserción del tecnócrata en las estructuras del poder estatal.

En el sexto esquema, la política se basa fundamentalmente en relaciones de intercambio y reciprocidad sustentadas en la redistribución de beneficios hacia la base social y entre actores políticos. Estos se articulan en distintos niveles de las estructuras de gobierno formando redes que les permiten posicionarse con ventaja en la arena política y acceder a recursos con los que mantienen la reciprocidad y afianzan las lealtades políticas, resaltando el pragmatismo centrado en la reproducción del propio esquema de poder y en la atención de demandas puntuales e inmediatas.

El séptimo y último modelo corresponde a una pauta apolítica, en la que del desinterés en los procesos políticos se puede pasar a una mirada instrumental y pragmática de ellos en momentos específicos y dependiendo de los beneficios personales que los sujetos puedan obtener.

Todos estos patrones de cultura política se desenvuelven en el escenario sanmarquino a veces como tipos puros pero más comúnmente bajo formas mixtas o superpuestas. Por las características del campo, propongo distinguir en él dos grandes ámbitos. Está, por un lado, el terreno de las estructuras institucionales y de gobierno, dominado en sus más altas instancias –como ya expliqué– por autoridades y grupos de docentes que se articulan con representantes estudiantiles reclutados en redes clientelares a través de intermediarios u “operadores políticos”. En este terreno predomina entonces la sexta pauta de cultura política, aquella basada en redes de reciprocidad, intercambio de dones y votos y redistribución de beneficios entre los actores políticos y sus bases sociales, mientras que en algunos segmentos medios y bajos del sistema (facultades y escuelas profesionales) este patrón coexiste con otras pautas de cultura política, especialmente en las áreas donde se registra el mayor activismo político estudiantil, que en ocasiones llega a disputar estos espacios con relativo éxito.

Por otro lado, está el ámbito de la política estudiantil que, por su exclusión de las más altas esferas de cogobierno, se desarrolla casi exclusivamente en estos niveles institucionales medios y bajos,

en los gremios estudiantiles y en otros espacios no directamente relacionados con las estructuras de poder, a través de organizaciones políticas y diversos colectivos sociales y académicos. Es en este segundo ámbito donde se despliegan todas las pautas de cultura política identificadas, con un predominio de los modelos de la dirección centralizada y de la construcción horizontal del poder desde las bases (ambos expresando tendencias de “izquierda”), que coexisten, se integran, se articulan, compiten o entran en conflicto con los otros esquemas de pensamiento y acción política. Así, en el de la dirección centralizada se pueden reconocer por ejemplo algunos rasgos del modelo de reciprocidad y redistribución. Este último confluye a veces con el esquema tecnocrático, sobre la base de la orientación pragmática que ambos comparten (representando tendencias “centristas” o de “derecha”). Luego, la pauta del poder horizontal suele integrar a actores políticos que asumen los patrones centralizador, liberal-participativo y el enfocado en agendas temáticas. Y quienes adoptan la tendencia apolítica-instrumental, por su parte, pueden articularse con proyectos políticos de uno u otro esquema dependiendo de coyunturas específicas, o electoralmente cuando el carácter obligatorio del voto los obliga a asumir una postura política.

Tanto los momentos más álgidos de la política estudiantil como las relaciones cotidianas aparecen atravesadas y modeladas por factores sociales y culturales concernientes a diversas estructuras de desigualdad, que remiten principalmente a diferencias de clase y origen social, etnicidad, procedencia regional propia o familiar, educativas y etarias. Estas diferencias influyen en las relaciones políticas a través de mecanismos de exclusión social, algunos sutiles y otros explícitos, que contribuyen a la generación y proliferación de conflictos y alejamientos entre los actores políticos, por ejemplo a través de la conformación de redes cerradas y la difusión de estereotipos sociales con tintes socio-étnicos. Junto a esto se reproducen también jerarquías basadas en el conocimiento, asociadas a veces con sentidos comunes y percepciones en los que se concibe una separación entre los roles y figuras de “políticos” y “académicos”, que son juzgados de modos variables en función de los valores políticos y puntos de vista de los observadores. Estas tensiones se reflejan igualmente en una última pauta de cultura política transversal, consistente en formas de control de la información ejercidas con varios propósitos (exclusión, estrategias políticas, reclutamiento, entre otras).

El escenario político sanmarquino, visto desde una perspectiva más amplia, evoca en muchos aspectos el panorama de la política peruana. En los procesos y conflictos que vemos en la política estudiantil, y sobre todo en la forma de gobierno, encontramos los rasgos autoritarios, las desigualdades y exclusiones y las carencias institucionales que mencioné en la Introducción de esta tesis al presentar las características de la sociedad y la política en el país. En ese sentido, San Marcos sigue siendo una imagen resumida del Perú.

Asimismo, la historia reciente y las tendencias de larga duración se manifiestan de distintas maneras en la conformación del campo político y en las propias trayectorias de socialización de los

estudiantes. Sobre esto último, mostré por ejemplo el impacto que tuvo en las vidas de estos jóvenes el haber crecido en los años noventa, bajo una dictadura, o el haber experimentado o conocido sucesos o secuelas de la violencia política de los años ochenta.

Pero por otro lado, el estudio permite apreciar algunos cambios y muchas particularidades con respecto a lo que muestran las aproximaciones ensayadas en trabajos previos sobre los jóvenes sanmarquinos o peruanos en general. Un hallazgo importante es el que desafía la idea de que en este espacio universitario predominan el “desinterés” o las tendencias “apolíticas”, o las que apuntan a la “estigmatización” de la política y al “individualismo” como factores importantes de desmovilización. Como hemos visto, las tendencias apolíticas y el desinterés son minoritarios en San Marcos, mientras que tampoco he encontrado evidencias de un extendido individualismo entre los estudiantes ni de que la estigmatización afecte los ánimos participativos. Sí percibo, en cambio, influencias del proceso de globalización y de las culturas mediáticas y de consumo en la política juvenil, que en la Universidad se reflejarían por ejemplo en la presencia de valores liberales e ideas de apertura, igualdad y “horizontalidad”, considerando que en el Perú casi no ha habido una tradición política liberal (y que no existen partidos liberales en el país). Tales influencias globales y mediáticas se manifiestan más claramente aún en las culturas políticas y formas de participación que se enfocan en agendas igualmente globales o que las incluyen en sus programas, además de las propensiones a lograr visibilidad en los medios, interpelarlos o emplearlos en acciones políticas que recurren a símbolos y referentes globales.

Finalmente, solo me resta agregar que aún cuando las descripciones y análisis presentados pretenden ser minuciosos y detallados, hay muchos aspectos a los que he podido aproximarme solo superficialmente, o que no he tocado, y que merecerían sin duda ser examinados o tratados con mayor profundidad. A pesar de ello, creo haber respondido a las preguntas planteadas al inicio y haber cumplido los objetivos propuestos. Pero más allá de eso, considero también que los hallazgos y las explicaciones formuladas contribuyen a un mejor entendimiento de los fenómenos y procesos políticos que se dan no solo en San Marcos sino posiblemente en otros ámbitos, lo cual a su vez puede servir para la definición de nuevos cursos de acción y proyectos de cambio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adrianzén, Alberto (ed.) (2012). *Apogeo y crisis de la izquierda peruana: hablan sus protagonistas*. Lima: IDEA Internacional; Universidad Antonio Ruiz de Montoya.
- Adsett, Margaret (2003). "Change in political era and demographic weight as explanations of youth 'disfranchisement' in federal elections in Canada, 1965-2000". *Journal of Youth Studies*, vol. 6, no. 3, pp. 247-265.
- Almond, Gabriel A. & Verba, Sidney (1956). "Comparative political systems". *Journal of Politics*, vol. 18, pp. 391-409.
- Andolina, Molly W.; Jenkins, Krista; Zukin, Cliff & Keeter, Scott (2003). "Habits from home, lessons from school: influences on youth civic development." *PS: Political Science & Politics*, vol. 36, no. 2, pp. 275-280.
- Auyero, Javier (2000). "The logic of clientelism in Argentina: an ethnographic account". *Latin American Research Review*, Vol. 35, No. 3, pp. 55-81.
- Banaji, Shakuntala (2008). "The trouble with civic: a snapshot of young people's civic and political engagements in twenty-first-century democracies". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 543-560.
- Benedicto, Jorge (2013). "The political cultures of young people: an uncertain and unstable combinatorial logic". *Journal of Youth Studies*, vol. 16, no. 6, pp. 712-729.
- Black, Lawrence (2008). "The lost world of young conservatism". *The Historical Journal*, vol. 51, no. 4, pp. 991-1024.
- Blum, Denise (2011). *Cuban youth and revolutionary values*. Austin, TX, University of Texas Press.
- Boudon, Raymond & Bourricaud, François (1989). "Weber, Max". En R. Boudon & F. Bourricaud, *A critical dictionary of sociology* (pp. 429-435). Tr. por P. Hamilton. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (2002). "La juventud no es más que una palabra". En *Sociología y cultura* (pp. 163-173). México, D. F.: Grijalbo.
- Briggs, Jacqueline Ellen (2008). "Young women and politics: an oxymoron?" *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 6, pp. 579-592.
- Brim, Jr., O. G. & Kagan, J. (1980). "Stability and change: a view of the issues". En O. G. Brim, Jr. & J. Kagan (eds.), *Constancy and change in human development* (pp. 1-26). Cambridge: Harvard University Press.
- Bucholtz, Mary (2002). "Youth and cultural practice". *Annual Review of Anthropology*, vol. 31, pp. 525-552.
- Burgwald, Gerrit (1996). *Struggle of the poor: neighborhood organization and clientelist practice in a Quito squatter settlement*. Amsterdam: Centro de Estudios y Documentación Latinoamericana.
- Bury, Michael (1982). "Chronic illness as biographical disruption". En *Sociology*, vol. 4, no. 2, pp. 167-182.
- Bynner, John; Romney, David & Emler, Nicholas (2003). "Dimensions of political and related facets of identity in late adolescence". *Journal of Youth Studies*, vol. 6, no. 3, pp. 319-337.
- Carlos, Manuel & Anderson, Bo (1981). "Political brokerage and network politics in Mexico: the case of a dominance system". En D. Willer & B. Anderson (eds.), *Networks, exchange, and coercion: the elementary theory and its applications* (pp. 169-187). New York: Elsevier.
- Carpini, Michael Delli & Sigelman, Lee (1986). "Do Yuppies matter? Competing explanations of their political distinctiveness". *The Public Opinion Quarterly*, vol. 50, no. 4, pp. 502-518.
- Carrión, Julio; Zárate, Patricia & Seligson, Mitchell A. (2012). *Cultura política de la democracia en Perú, 2012: hacia la igualdad de oportunidades*. Lima: USAID.
- Chávez, Noelia (2014). *Los circuitos políticos: incentivos para la actividad política de los estudiantes universitarios. El caso de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana – Iquitos, 2002-2012*. Lima. Tesis (Lic. en Sociología), Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Christens, Brian D. & Dolan, Tom (2011). "Interweaving youth development, community development, and social change through youth organizing". *Youth & Society*, vol. 43, no. 2, pp. 528-548.
- Clausen, John A. (ed.) (1968). *Socialization and society*. Boston: Little Brown and Company.
- Cohen, Phil (1999). *Rethinking the youth question: education, labour and cultural studies*. Houndmills-Basingstoke, Hampshire, London: Macmillan.
- Collin, Philippa (2008). "The internet, youth participation policies, and the development of young people's political identities in Australia". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 527-542.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación – CVR, Perú (2003a). "Explicando el conflicto armado". En *Informe final. Tomo VIII, segunda parte: Los factores que hicieron posible la violencia* (pp. 25-57). Lima: CVR.
- (2003b). "Historias representativas de la violencia. 20. La Universidad Nacional Mayor de San Marcos". En *Informe final. Tomo V, primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (pp. 619-643). Lima: CVR.
- (2003c). "Las universidades". En *Informe final. Tomo III, primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (pp. 581-615). Lima: CVR.
- (2003d). "Los actores armados. 1. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso". En *Informe final. Tomo II, primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (pp. 25-138). Lima: CVR.
- (2003e). "Los actores armados. 4. El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru". En *Informe final. Tomo II, primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (pp. 25-138). Lima: CVR.
- (2003f). "Los partidos de izquierda". En *Informe final. Tomo III, primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (pp. 165-205). Lima: CVR.
- Cotler, Julio (1969). "La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú". En J. Matos (dir.), *Perú problema* (pp. 145-188). 2a ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Moncloa-Campodónico.
- (1986). "La radicalización política de la juventud popular en el Perú". *Revista de la CEPAL*, n. 29 (agosto), pp. 109-120.
- (1987). "La cultura política de la juventud popular del Perú". En Norbert Lechner (compilador), *Cultura política y democratización* (pp. 127-145). Santiago de Chile: CLACSO; FLACSO, ICI.
- (1994). *Política y sociedad en el Perú: cambios y continuidades*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (1997). "El Sendero Luminoso de la destrucción". *Nueva Sociedad*, no. 150, pp. 90-97.
- (2005). *Clases, estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cotler, Julio & Cuenca, Ricardo (2011). *Las desigualdades en el Perú: balances críticos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, Carlos Iván (2001). *La década de la antipolítica: auge y huida de Aberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2010 [c1990]). *El surgimiento de Sendero Luminoso: Ayacucho 1969-1979. Del movimiento por la gratuidad de la enseñanza al inicio de la lucha armada*. 3ra ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2011a). "Jóvenes y campesinos ante la violencia política. Ayacucho 1980-1983". En C. I. Degregori, *Qué Difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999* (pp. 183-204). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2011b [c1990]). "La revolución de los manuales: la expansión del marxismo-leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso". En C. I. Degregori, *Qué Difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999* (pp. 161-180). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2011c). "Sendero Luminoso: un objeto de estudio opaco y elusivo". En C. I. Degregori, *Qué Difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999* (pp. 23-85). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Díaz-Albertini, Javier (2001). "La participación política de las clases medias y las ONGDs en el Perú de los noventa". *América Latina Hoy*, vol. 28, pp. 115-147.
- Dostie-Goulet, Eugénie (2009). "Social networks and the development of political interest". *Journal of Youth Studies*, vol. 12, no. 4, pp. 405-421.
- Easton, D. & Dennis, J. (1969). *Children in the political system*. New York: McGraw Hill.
- Eckhardt, Kenneth W. & Schriener, Eldon C. (1969). "Familial conflict, adolescent rebellion, and political expression". *Journal of Marriage and the Family*, vol. 31, no. 3, pp. 494-499.
- Edwards, Kathy (2007). "From deficit to disenfranchisement: reframing youth electoral participation". *Journal of Youth Studies*, vol. 10, no. 5, pp. 539-555.
- Eisenstadt, Samuel Noah (1956). *From generation to generation: age groups and social structure*. Glencoe, IL: Free Press.
- Encyclopædia Britannica (2010). "Socialization". En *Encyclopaedia Britannica Student and Home Edition*. Chicago: Encyclopædia Britannica.
- Erikson, Erik (1992 [c1968]). *Identidad: juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Escobar, Cristina (1994). "Clientelism and social protest: peasant politics in Northern Colombia". En L. Roniger & A. Gunes-Ayata (eds.), *Democracy, clientelism, and civil society* (pp. 65-85). Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Farthing, Rys (2010). "The politics of youthful antipolitics: representing the 'issue' of youth participation in politics". *Journal of Youth Studies*, vol. 13, no. 2, pp. 181-195.
- Feixa, Carles (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Fernández Poncela, Anna (2003). *Cultura política y jóvenes en el umbral del nuevo milenio*. México, D. F.: IFE; IMJ; SEP.
- Finchilescu, Gillian & Dawes, Andrew (1998). "Catapulted into democracy: South African adolescents' sociopolitical orientations following rapid social change". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 563-583.
- Flanagan, Constance A. & Sherrod, Lonnie R. (1998). "Youth political development: an introduction". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 447-456.
- Flanagan, Constance A.; Bowes, Jennifer M.; Jonsson, Britta; Csapo, Beno & Sheblanova, Elena (1998). "Ties that bind: correlates of adolescents' civic commitments in seven countries". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 457-475.
- Flores Barboza, José (1993). *Perfil socioeconómico, cultural y político del estudiante sanmarquino: informe de investigación*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Educación, Instituto de Investigaciones Educativas.
- Flores Galindo, Alberto (1988). *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*. 3a ed. Lima: Horizonte.
- (1999). *La tradición autoritaria*. Lima: APRODEH; Sur – Casa de Estudios del Socialismo.
- Fox, Jonathan (1994). "The difficult transition from clientelism to citizenship: lessons from Mexico". *World Politics*, vol. 46, no. 2, pp. 151-84.
- Fuenzalida, Fernando (1970). "Poder, raza y etnia en el Perú contemporáneo". En *Perú problema 4* (pp. 15-87). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gaiser, Wolfgang; Gille, Martina; Kruger, Winfried & De Rijke, Johann (2003). "Youth and democracy in Germany". *Journal of Youth Studies*, vol. 6, no. 3, pp. 295-318.
- Gamarra, Jeffrey (2010). *Generación, memoria y exclusión: la construcción de representaciones sobre los estudiantes de la universidad de Huamanga (Ayacucho): 1959-2006*. Huamanga: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- (2012). "MOVADEF: radicalismo político y relaciones intergeneracionales". *Revista Argumentos*, año 6, n. 5, noviembre.

- (2015). "Radicalismo político y etnicización de los estudiantes: el peso de la memoria y la generación en el caso de la Universidad de Huamanga". En E. Rodríguez & J. Corcuera (eds.), *Subjetividades diversas: análisis de la situación política, social y económica de las juventudes peruanas* (pp. 211-227). Lima: Secretaría Nacional de la Juventud; Unesco.
- Gavilán, Lurgio (2012). *Memorias de un soldado desconocido: autobiografía y antropología de la violencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Universidad Iberoamericana Ciudad de México.
- Gay, Robert (1990). "Community organization and clientelist politics in contemporary Brazil: a case study from suburban Rio de Janeiro". *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 14, no. 4, pp. 648-665.
- Golte, Jürgen & León Gabriel, Doris (2010). *Polifacéticos: jóvenes limeños del siglo XXI*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Atoq Editores.
- Gordon, Hava & Taft, Jessica (2011). "Rethinking youth political socialization: teenage activists talk back". *Youth & Society*, vol. 43, no. 4, pp. 1499-1527.
- Gould, Roger & Fernandez, Roberto (1989). "Structures of mediation: a formal approach to brokerage in transaction networks". *Sociological Methodology*, vol. 19, pp. 89-126.
- Gouldner, Alvin (1977). "The norm of reciprocity: a preliminary statement". En S. Schmidt, L. Guasti, C. Lande & J. Scott (eds.), *Friends, followers, and factions: a reader in political clientelism* (pp. 28-43). Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Griffin, Christine (1997). "Representations of the young". En Tucker, Stanley & Roche, Jeremy (eds.), *Youth in society: contemporary theory, policy and practice* (pp. 17-25). London: Sage, The Open University.
- Grompone, Romeo (1991). *El velero en el viento: sociedad y política en Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa. I: Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus.
- (1990). *Conocimiento e interés*. Buenos Aires: Taurus.
- Hall, G. Stanley (1904). *Adolescence: its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. New York: D. Appleton and Company.
- Hall, Stuart & Jefferson, Tony (eds.) (1976). *Resistance through rituals: youth subcultures in post-war Britain*. Londres: Hutchinson.
- Hall, Tom; Coffey, Amanda & Williamson, Howard (1999). "Self, space and place: youth identities and citizenship". *British Journal of Sociology of Education*, vol. 20, no. 4, p501-513.
- Hall, Tom; Williamson, Howard & Coffey, Amanda (2000). "Young people, citizenship and the Third Way: a role for the youth service?" *Journal of Youth Studies*, vol. 3, no. 4, pp. 461-472.
- Harris, Anita (2008). "Young women, late modern politics, and the participatory possibilities of online cultures". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 481-495.
- Hart, Daniel; Atkins, Robert & Ford, Debra (1998). "Urban America as a context for the development of moral identity in adolescence". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 513-530.
- Hood-Williams, John (1984). "The problem of the problems of generations". *Youth and Policy: The Journal of Critical Analysis*, no. 10, pp. 41-43, 56.
- Handelman, Howard (1975). *Struggle in the Andes: peasant political mobilization in Peru*. Austin: University of Texas Press.
- Hurrelmann, Klaus (1988). *Social structure and personality development: the individual as a productive processor of reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática – INEI (2011). *II Censo Nacional Universitario 2010: principales resultados*. Lima: INEI.
- Jurado Nacional de Elecciones - JNE (2010). *Perfil del elector peruano*. Lima: JNE; PNUD.
- Juris, Jeffrey Scott & Pleyers, Geoffrey Henri (2009). "Alter-activism: emerging cultures of participation among young global justice activists". *Journal of Youth Studies*, vol. 12, no. 1, pp. 57-75.

- Kavanagh, Dennis (1991). "Cultura política". En V. Bogdanov (dir.), *Enciclopedia de las instituciones políticas* (pp. 188-90). Madrid: Alianza.
- Keniston, K. (1968). *Young radicals: notes on committed youth*. New York: Harcourt, Brace and World.
- Kimberlee, Richard H. (2002). "Why don't British young people vote at general elections?" *Journal of Youth Studies*, vol. 5, no. 1, pp. 85-98.
- Klaren, Peter (2004). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Konings, Peter (2002). "University students' revolt, ethnic militia, and violence during political liberalization in Cameroon". *African Studies Review*, vol. 45, no. 2, pp. 179-204.
- Kwong, Julia (1994). "Ideological crisis among China's youths: values and official ideology". *The British Journal of Sociology*, vol. 45, no. 2, pp. 247-264.
- Lassiter, Luke Eric (2005). *The Chicago guide to collaborative ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Leblanc, Olivier (seud.) (s/f). *Los dueños de San Marcos: apuntes para una historia crítica de la infamia*. Lima: Ediciones El Inca. Recuperado de: < <https://goo.gl/i8sFkL> > (Acceso: 16 Jul. 2015).
- Lechner, Norbert (1994). "Los nuevos perfiles de la política". *Nueva Sociedad*, no. 130, pp. 263-279.
- León Gabriel, Doris (2013). *Feminidades en conflicto y conflictos entre mujeres: género, transgresión y violencia entre mujeres adolescentes de dos colegios públicos de Lima*. Lima: Secretaría Nacional de la Juventud.
- Letts, Ricardo (1981). *La izquierda peruana: organizaciones y tendencias*. Lima: Mosca Azul.
- Levine, John M. & Moreland, Richard L. (1994). "Group socialization: theory and research". *European Review of Social Psychology*, vol. 5, no. 1, pp. 305-336.
- Livingstone, Sonia (2008). "Learning the lessons of research on youth participation and the internet". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 561-564.
- Loader, Brian (2007). *Young citizens in the digital age: political engagement, young people and new media*. London: Routledge.
- Lopes, Joana; Benton, Thomas & Cleaver, Elizabeth (2009). "Young people's intended civic and political participation: does education matter?" *Journal of Youth Studies*, vol. 12, no. 1, pp. 1-20.
- Lust, Jan (2013). *Lucha revolucionaria. Perú, 1958-1967*. Lima: RBA.
- Lynch, Nicolás (1990). *Los jóvenes rojos de San Marcos: el radicalismo universitario de los años setenta*. Lima: El Zorro de Abajo.
- Macaulay, Michael Gregory (1972). *Ideological change and internal cleavages in the Peruvian Church: change, statu quo and the priests; the case of ONIS*. Tesis (PhD), University of Notre Dame, Indiana.
- Macionis, John J. & Gerber, Linda M. (2011). *Sociology*. Toronto: Pearson Canada.
- Mack, Natasha; Woodsong, Cynthia; MacQueen, Kathleen M.; Guest, Greg & Namey, Emily (2005). *Qualitative research methods: a data collector's field guide*. Research Triangle Park, NC: Family Health International.
- Mannheim, Karl (1952 [1928]). "The problem of generations". En K. Mannheim, *Essays on the sociology of knowledge* (pp. 276-322). London: Routledge & Kegan Paul.
- Manrique, Nelson (2009). *¡Usted fue aprista! Bases para una historia crítica del APRA*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-CLACSO.
- Manzano, Valeria (2010). "Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta". *Desarrollo Económico*, vol. 50, no. 199, pp. 363-390.
- Mariátegui, José Carlos (1984). *Ideología y política*. Lima: Minerva.
- (2005 [1928]). *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 71a ed. Lima: Minerva.
- Martín, Américo (1984). "De la ideología a la política. El APRA y la Socialdemocracia en Acción Democrática". *Nueva Sociedad*, no. 74, pp. 58-68.

- Matos Mar, José (2004). *Desborde popular y crisis del estado. Veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Matthews, Hugh (2001). "Citizenship, youth councils and young people's participation". *Journal of Youth Studies*, vol. 4, no. 3, pp. 299-318.
- Matza, David (1961). "Subterranean traditions of youth". *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 338, pp. 102-118.
- McGue, M., Bouchard, T. J. Jr., Iacono, W. G. & Lykken, D. T. (1993). "Behavioral genetics of cognitive ability: a life-span perspective". En R. Plomin & G. E. McClearn (eds.), *Nature, nurture, and psychology* (pp. 59-76). Washington, DC: American Psychological Association.
- Milner, Henry (2010). *The internet generation: engaged citizens or political dropouts*. Medford, Mass: Tufts University Press.
- Ministerio de Educación – MINEDU (2006). *La universidad en el Perú: razones para una reforma*. Lima: MINEDU.
- Miron, Louis F. & Lauria, Mickey (1995). "Identity politics and student resistance to inner-city public schooling". *Youth & Society*, vol. 27, no. 1, pp. 29-54.
- Montoya, Luis W. (1993). *Nido de inquietudes. Universidades y jóvenes: políticas de desarrollo universitario, actores sociales y modernización educativa, 1960-1993*. Tesis (Lic. en Sociología). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales.
- (2001). "De las marchas de las juventudes políticas al camino de las políticas de juventud en el Perú". *Última Década*, no. 15, pp. 123-159.
- (2006). "Políticas de juventudes, 'inclusión participativa' y jóvenes en el Perú". *Última Década*, no. 25, pp. 185-207.
- (2015). "Jóvenes, política y revocatoria de autoridades municipales en Lima". En E. Rodríguez & J. Corcuera (eds.), *Subjetividades diversas: análisis de la situación política, social y económica de las juventudes peruanas* (pp. 57-75). Lima: Secretaría Nacional de la Juventud; Unesco.
- Moraga Valle, Fabio (2009). "¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)". *Histórica*, vol. XXXIII, no. 2, pp. 109-156.
- Mørch, Sven (1996). "Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud. El surgimiento de la juventud como concepción sociohistórica". *Jóvenes: Revista de Estudios Sobre Juventud*, año 1, no. 1, pp. 78-106.
- Murdock, Graham & McCron, Robin (1976). "Youth and class: the career of a confusion". En Mungham, Geoff & Pearson, Geoffrey (eds.), *Working class youth culture* (pp. 10-26). London: Routledge, Kegan Paul.
- Neira, Hugo (1987). "Violencia y anomia: reflexiones para comprender". *Socialismo y Participación*, no. 37, pp. 1-13.
- Nureña, César R. (2013). "Participación juvenil y cultura de paz: los estudiantes sanmarquinos y la marcha contra el 'terrorismo' del 2012". En E. Rodríguez (ed.), *Movimientos juveniles en América Latina y el Caribe: entre la tradición y la innovación* (pp. 269-276). Lima: Secretaría Nacional de la Juventud – Ministerio de Educación; CELAJU.
- (2014). "Entre la inmediatez del consumo y la ausencia de utopías: ideas para entender a los jóvenes peruanos del siglo XXI" [Entrevista a Jürgen Golte y Doris León]. *Revista Andina de Estudios Políticos*, vol. 4, no. 1, pp. 50-60.
- Nureña, César R.; Ramírez, Iván & Salazar, Diego (2014). *Jóvenes, universidad y política: una aproximación a la cultura política juvenil desde las perspectivas de los estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*. Lima: Secretaría Nacional de la Juventud – Ministerio de Educación.
- Ochs, Elinor & Schieffelin, Bambi (1984). "Language acquisition and socialization: three developmental stories and their implications". En R. Shweder & R. A. LeVine (eds.), *Culture theory: essays on mind, self, and emotion* (pp. 276-320). New York: Cambridge University.
- Ødegård, Guro y Frode Berglund (2008). "Political participation in late modernity among Norwegian youth: an individual choice or a statement of social class?" *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 6, pp. 593-610.

- O'Donnell, Guillermo (1992). "Transitions, continuities, and paradoxes". En S. Mainwaring, G. O'Donnell & J. S. Valenzuela (eds.), *Issues in democratic consolidation: the new South American democracies in comparative perspective* (pp. 17-56). Notre Dame: University of Notre Dame.
- Olsson, Tobias (2008). "For activists, for potential voters, for consumers: three modes of producing the civic web". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 497-512.
- Parsons, Talcott (1942). "Age and sex in the social structure of the United States". *American Sociological Review*, vol. 7, no. 5, pp. 604-616.
- Parsons, Talcott (1988). *El sistema social*. Madrid: Alianza.
- Parsons, Talcott & Bales, Robert F. (1955). *Family, socialization and interaction process*. Glencoe: Free Press.
- Pásara, Luis (1986). *Radicalización y conflicto en la Iglesia peruana*. Lima: El Virrey.
- Ponce, Grover (2002). "El discreto encanto del desencanto: jóvenes, política y régimen fujimorista en San Marcos de los noventa". Ponencia presentada en el *XII Coloquio Internacional de Estudiantes de Historia*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Poole, Deborah A. (1988). "Landscapes of power in a cattle-rustling culture of Southern Andean Peru". *Dialectical Anthropology*, vol. 12, no. 4, pp. 367-398.
- Portocarrero, Gonzalo; Juan Carlos Ubillúz y Víctor Vich (eds.) (2010). *Cultura política en el Perú: tradición autoritaria y democratización anómica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Universidad del Pacífico; Instituto de Estudios Peruanos.
- Pye, Lucian W. (1993). "Political culture". En J. Krieger (ed.), *The Oxford companion to politics of the world* (pp. 712-713). New York: Oxford University Press.
- Quéniart, Anne (2008). "The form and meaning of young people's involvement in community and political work". *Youth & Society*, vol. 40, no. pp. 203-223.
- Raaijmakers, Quinten A. W.; Verbogt, Tom F. M. A. & Vollebergh, Wilma A. M. (1998). "Moral reasoning and political beliefs of Dutch adolescents and young adults". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 531-546.
- Ramírez, Iván & Nureña, César R. (2012). *El pensamiento Gonzalo: la violencia hecha dogma político*. Lima: Secretaría Nacional de la Juventud.
- Ramírez Aguilar, Juan (2014). *Movimiento sacerdotal ONIS. La Iglesia en el Perú frente a las demandas de justicia social, 1968-1975*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina – Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Raymond, Walter John (1980). "Political culture". En W. J. Raymond, *Dictionary of politics* (pp. 384-385). Lawrenceville, Virginia: Brunswich.
- Rea, William R. (1998). "Rationalising culture: youth, elites and masquerade politics". *Africa*, vol. 68, no. 1, pp 98-117.
- Read, Rosie (2010). "Creating reflexive volunteers? Young people's participation in Czech hospital volunteer programmes". *Journal of Youth Studies*, vol. 13, no. 5, pp. 549-563.
- Reguillo Cruz, Rossana (2002). "Cuerpos juveniles, políticas de identidad". En C. Feixa, F. Molina & C. Alsinet (eds.), *Movimientos juveniles en América Latina: pachucos, malandros, punketas* (pp. 151-166). Barcelona: Ariel.
- Rénique, José Luis (2006). "De la 'traición aprista' al 'gesto heroico': Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR". *Ecuador Debate: Memorias de la Izquierda*, n. 67, pp. 77-98.
- (2007). "Una larga marcha andina: tradición radical y organización revolucionaria en el Perú". En E. Concheiro, M. Modonesi & H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 459-504). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rheingans, Rowan y Robert Hollands (2013). "'There is no alternative?': challenging dominant understandings of youth politics in late modernity through a case study of the 2010 UK student occupation movement". *Journal of Youth Studies*, vol. 16, no. 4, pp. 546-564.

- Rock, David (1972). "Machine politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930". *Journal of Latin American Studies*, vol. 4, pp. 233-256.
- Rodríguez, Ernesto (editor) (2013). *Movimientos juveniles en América Latina y el Caribe: entre la tradición y la innovación*. Lima: Secretaría Nacional de la Juventud; UNESCO.
- Roniger, Luis (1990). *Hierarchy and trust in modern Mexico and Brazil*. New York: Praeger.
- Salas, Jesús Gerardo (2014). "Falta de una cultura democrática en los partidos de izquierda de Lima: caso Frente Amplio, elecciones 2014". En *VI Coloquio de Estudiantes de Sociología UNMSM*. Lima (setiembre).
- Salazar, Diego (2014). '*Funciona en campaña, funciona en el gobierno: estrategias electorales clientelistas y distribución de recursos públicos en Puno y Ayacucho, 2010-2014*'. Tesis (Lic. en Ciencia Política), Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.
- Sanchiz Ochoa, Pilar & Cantón Delgado, Manuela (1997). "Acceso y adaptación al campo". En A. Aguirre Batzán (ed.), *Etnografía: metodología cualitativa en la investigación sociocultural* (pp. 128-134). México, D.F.: Alfaomega.
- Sandoval, Pablo (2012). "El genio y la botella: sobre Movadef y Sendero Luminoso en San Marcos". *Revista Argumentos*, año 6, N° 5.
- Sandoval, Pablo & Toche, Eduardo (2004). "Las universidades después del conflicto: notas para un debate". En F. Reátegui (ed.), *Realidades de posguerra en el Perú: omisiones, negaciones y sus consecuencias* (pp. 51-62). Lima: IDEHPUCP.
- Seagull, Louis M. (1971). "The youth vote and change in American politics". *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 397, pp. 88-96.
- Secretaría Nacional de la Juventud – SENAJU (2012). *Primera encuesta nacional de la juventud: resultados finales*. Lima: SENAJU.
- Sharp, Lesley A. (2002). *The sacrificed generation: youth, history, and the colonized mind in Madagascar*. University of California Press.
- Silverman, Sydel (1977). "Patronage and community-nation relationships in central Italy". En S. Schmidt, L. Guasti, C. Lande & J. Scott (eds.), *Friends, followers, and factions: a reader in political clientelism* (pp. 293-304). Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Skott-Myhre, Hans Arthur (2009). *Youth and subculture as creative force: creating new spaces for radical youth work*. Toronto: University of Toronto Press.
- Somers, Margaret (1995). "What's political or cultural about political culture and the public sphere? Toward an historical sociology of concept formation". *Sociological Theory*, vol. 13, pp. 113-144.
- Souto Kustrín, Sandra (2007). "Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis". *Historia Actual Online*, no. 13, pp. 171-192.
- Stockemer, Daniel (2012). "Students' political engagement: a comprehensive study of University of Ottawa undergraduate students". *Journal of Youth Studies*, vol. 15, no. 8, pp. 1028-1047.
- Strandbu, Åse & Skogen, Ketil (2000). "Environmentalism among Norwegian youth: different paths to attitudes and action?" *Journal of Youth Studies*, vol. 3, no. 2, pp. 189-209.
- Strauss, Anselm & Corbin, Juliet (1998). *Basics of qualitative research: techniques and procedures for developing Grounded Theory*. 2a ed. London: Sage Publications.
- Tanaka, Martín (1995). "Jóvenes: actores sociales y cambio generacional. De la acción colectiva al protagonismo individual". En *Perú 1964-1994. Economía, Sociedad y Política* (pp. 149-165). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2008). "Del voluntarismo exacerbado al realismo sin ilusiones: el giro del APRA y de Alan García". *Nueva Sociedad*, no. 217, pp. 172-184.
- Tereshchenko, Antonina (2010). "Ukrainian youth and civic engagement: unconventional participation in local spaces". *Journal of Youth Studies*, vol. 13, no. 5, pp. 597-613.

- Torres, Maria de los Angeles (2007). "Youth activists in the age of postmodern globalization: notes from an ongoing project". *Children, Youth and Environments*, vol. 17, no. 2, pp. 541-562.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2009). *El futuro ya fue: socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte; Casa Juan Pablos.
- Velasco Gómez, Ambrosio (2012). "Hermenéutica y ciencias sociales". En E. de la Garza Toledo & G. Leyva (eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (pp. 199-228). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G. (1983). *Rituals of marginality: politics, process, and culture change in urban central Mexico, 1969-1974*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Venturo Schultz, Sandro (2001). *Contrajuventud: ensayos sobre juventud y participación política*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Verba, S.; Schlozman, K. L. & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality: civic voluntarism in American politics*. Cambridge: Harvard University Press.
- Vergara, Alberto (2012). "Alternancia sin alternativa: ¿un año de Humala o veinte años de un sistema?" *Revista Argumentos*, no. 3. En línea: <http://revistaargumentos.iep.org.pe> (Acceso: 15 Mar. 2015).
- Vommaro, Pablo A. & Alvarado, Sara Victoria (comps.) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Rosario, Santa Fe: CLACSO.
- Vromen, Ariadne (2003). "Traversing time and gender: Australian young people's participation". *Journal of Youth Studies*, vol. 6, no. 3, pp. 277-295.
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: the development of higher psychological processes*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wallace, Claire & Jones, Gill (1992). *Youth, family, and citizenship*. Buckingham, Bristol: Open University Press.
- Wallace, Claire & Kovacheva, Sijka (1996). "Youth cultures and consumption in Eastern and Western Europe: an overview". *Youth & Society*, vol. 28, no. 2, pp. 189-214.
- Ward, Janelle (2008). "The online citizen-consumer: addressing young people's political consumption through technology". *Journal of Youth Studies*, vol. 11, no. 5, pp. 513-526.
- Weber, Max (1964). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Whyte, Jean (1998). "Young citizens in changing times: Catholics and Protestants in Northern Ireland". *Journal of Social Issues*, vol. 54, no. 3, pp. 603-620.
- Wolf, Eric (1977). "Kinship, friendship, and patron-client relations in complex societies". En S. Schmidt, L. Guasti, C. Lande & J. Scott (eds.), *Friends, followers, and factions: a reader in political clientelism* (pp. 167-177). Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Yalle Quincho, Omar (2008). *La cultura política en el discurso de los dirigentes universitarios de la izquierda sanmarquina: 1995-2000*. Tesis (Lic. en Antropología). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales.
- Youniss, J.; McLellan, J. A. & Yates, M. (1997). "What we know about engendering civic identity". *American Behavioral Scientist*, vol 40, pp. 620-631.
- Zeglovits, Eva & Martina Zandonella (2013). "Political interest of adolescents before and after lowering the voting age: the case of Austria". *Journal of Youth Studies*, vol. 16, no. 8, pp. 1084-1104.

ANEXO 1

FACULTADES Y ESCUELAS ACADÉMICO-PROFESIONALES DE LA UNMSM

Áreas académicas	Facultades	Escuelas
Ciencias de la salud	Medicina humana	Medicina humana, obstetricia, enfermería, tecnología médica, nutrición.
	Farmacia y bioquímica	Farmacia y bioquímica, ciencias de los alimentos, toxicología
	Odontología	Odontología
	Medicina Veterinaria	Medicina veterinaria
	Psicología	Psicología, psicología organizacional y de gestión humana
Humanidades	Letras y Ciencias Humanas	Literatura, filosofía, lingüística, comunicación social, historia del arte, bibliotecología y ciencias de la información, danza, conservación y restauración
	Educación	Educación inicial, primaria y secundaria (y especialidades), educación física
Ciencias sociales	Derecho y Ciencia Política	Derecho, ciencia política
	Ciencias Sociales	Historia, sociología, antropología, arqueología, trabajo social, geografía
Ciencias básicas	Química e ingeniería química	Química
	Ciencias biológicas	Ciencias biológicas, genética y biotecnología, microbiología y parasitología
	Ciencias físicas	Física
	Ciencias Matemáticas	Matemática, estadística, investigación operativa, computación científica
Ingenierías	Química e ingeniería química	Ingeniería química, ingeniería agroindustrial
	Ciencias físicas	Ingeniería mecánica de fluidos
	Ingeniería Geológica, Minera, Metalúrgica y Geográfica	Ingeniería geológica, ingeniería geográfica, ingeniería de minas, ingeniería metalúrgica, ingeniería civil, ingeniería ambiental
	Ingeniería Industrial	Ingeniería industrial, ingeniería textil, ingeniería de seguridad y salud en el trabajo
	Ingeniería Electrónica y Eléctrica	Ingeniería electrónica, ingeniería eléctrica, ingeniería de telecomunicaciones
Ciencias empresariales	Ingeniería de Sistemas e Informática	Ingeniería de sistemas, ingeniería de software
	Ciencias Administrativas	Administración, administración de turismo, administración de negocios internacionales
	Ciencias Contables	Contabilidad, gestión tributaria, auditoría empresarial y pública
	Ciencias Económicas	Economía, economía pública, economía internacional

ANEXO 2

GUÍA PARA ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD

Introducción: *Te he invitado a participar en esta entrevista para un estudio que estoy realizando acerca de las experiencias y opiniones de los estudiantes universitarios con respecto a la política. Ten en cuenta que tu participación es totalmente voluntaria, y que puedes terminar la entrevista en el momento en que lo decidas. Si hay alguna pregunta que no deseas responder, simplemente dime que prefieres pasar a la siguiente.*

También debes saber que tu participación es anónima y confidencial. Esto significa que tu nombre no va a aparecer en los informes de investigación, y que tampoco voy a informar a otros acerca de tu participación o tus respuestas.

Quisiera grabar la entrevista para poder analizar luego la información. La grabación va a servir solo para hacer una transcripción a texto, sin nombres ni otros datos de identificación, y te garantizo que no voy a divulgar ni compartir el audio con otros. ¿Tienes alguna pregunta? ¿Estás de acuerdo en participar en la entrevista? ¿Te parece bien si comenzamos la grabación?

CONSTRUCTOS	CATEGORÍAS ANALÍTICAS	PREGUNTAS
I. Datos socio-demográficos	Edad, lugar de residencia, lugar de origen, familia, año de ingreso a la universidad, trabajo, estudios.	1. Cuéntame por favor algo sobre ti: qué edad tienes; donde vives y con quién; cuál es tu lugar de origen y cuál es el lugar de origen de tus padres; en qué año ingresaste a la universidad; trabajas (¿en qué?); y qué estás estudiando actualmente.
II. Percepciones sobre la política	Opiniones políticas, actitudes hacia la política	2. ¿Qué opinas en general sobre la política en nuestro país? ¿Qué piensas sobre los políticos? [Pedir que profundice en el tema; preguntar si siempre ha tenido esa opinión, o cómo es que se ha formado la opinión que tiene al respecto.]
	Opiniones políticas, perspectiva sobre los problemas del país	3. ¿Cuáles crees tú que son los principales problemas del país? (¿cuáles piensas que son las causas de esos problemas?) 4. En tu opinión, ¿qué deberían hacer las personas para tratar de resolver los problemas que más las afectan?
III. Socialización política (previa a la universidad)	Contexto de vida, trayectoria biográfica	5. ¿Cómo era tu vida antes de ingresar a la Universidad? [Sondear: Qué hacía, si realizaba otras actividades, o en qué ocupaba su tiempo.]
	Participación política, participación en organizaciones, involucramiento en agrupaciones, agentes de socialización (política)	6. Antes de ingresar a la Universidad: ¿Has formado parte de alguna agrupación (de cualquier tipo: artístico-cultural, deportiva, religiosa, de barrio, etc.)? [Si responde SÍ:] Cómo comenzó a formar parte de ese grupo; qué le llevó a participar.
	Interés en la política, involucramiento en agrupaciones, participación política	7. ¿Has tenido algún interés por la política, antes de ingresar a la Universidad? [Si responde SÍ:] ¿En qué consistía ese interés? ¿Cómo se interesó por la política? ¿Qué fue lo que llamó su atención? Sondear: (1) Si ha formado parte de algún grupo político, cómo comenzó a formar parte de ese grupo, qué lo llevó a participar; y (2) cómo se manifestaba ese interés. (¿actividades, lecturas/búsqueda de información, conversar, discutir o emitir opiniones, etc.?) [Si responde NO: Pasar a la siguiente pregunta.]
	Agentes de socialización política (familia), tendencias políticas (familia),	8. ¿Qué me puedes contar de tu familia, con respecto a la política? [Sondear: (1) Orientaciones o tendencias políticas de los miembros de la familia (los más cercanos); (2) si ha

	participación política (familia), influencias políticas	habido personas en su familia que participaban en agrupaciones políticas (qué hacían); y (3) si siente o reconoce que alguna persona de su familia o de su entorno cercano ha influido políticamente en él/ella.]
IV. Ingreso a la Universidad. Perspectivas sobre la educación universitaria	Experiencia universitaria, ingreso a la universidad, disrupción biográfica, socialización, redes sociales, interés en la política	9. En el plano personal: ¿Sientes que el ingreso a la Universidad significó un cambio en tu vida? (¿no, sí, en qué sentido?). [Sondear: (1) Conformación de redes de amistades (y explorar si las amistades tenían actividades o discursos políticos); y (2) si surgieron en él/ella intereses por temas políticos.]
	Opiniones sobre la educación universitaria, percepción de problemas en la universidad, fuentes de información	10. En general, ¿qué opinas de la educación que recibes en la Universidad? [Sondear: Dificultades, aspectos que funcionan mal o no funcionan, aspectos positivos. Cómo llegó a darse cuenta de esos asuntos: (1) percepción propia, o (2) conversaciones o información recibida (qué información, cómo y de quién o quiénes). Opiniones sobre los profesores.]
	Opiniones sobre la educación universitaria, percepción de problemas en la universidad, fuentes de información	11. Más allá de la enseñanza o los profesores, ¿consideras que hay otros temas o problemas importantes que deben ser solucionados para mejorar la educación universitaria? ¿Qué temas o problemas? [Sondear: Cómo llegó a darse cuenta de esos asuntos: (1) percepción propia, o (2) conversaciones o información recibida (qué información, cómo y de quién o quiénes).]
V. Socialización política (universidad)	Ideas políticas, valores políticos, influencias políticas	13. ¿Cambiaron en algo tus ideas o intereses políticos cuando comenzaste a asistir a la Universidad? (¿sí, no, cómo y en qué sentido?). [Si responde SÍ:] ¿En qué cambiaron tus ideas o intereses? ¿Cómo se manifestó o en qué notaste ese cambio? [Sondear: Lecturas, búsqueda de información, aproximación a personas o grupos, etc. Influencias de profesores.]
	Participación política, organizaciones políticas, actividades políticas, involucramiento en agrupaciones, prácticas políticas	14. ¿Alguna vez has formado parte de un gremio, junta, lista electoral u organización estudiantil? ¿Has participado en alguna asamblea estudiantil? ¿En una marcha o toma de local? (¿Recuerdas alguna experiencia tuya en este tipo de reuniones o eventos?). [Para dirigentes o representantes] ¿Cómo fue que comenzaste a participar como dirigente/representante?
	Participación política no ligada a temas universitarios, agendas políticas	12. Estando en la Universidad, ¿has participado en alguna actividad política por fuera de la Universidad? (¿de qué se trató?) [Explorar los temas y las forma de participación.]
VI. Radicalismo y violencia política	Prácticas políticas, violencia política	15. En relación con las disputas o los conflictos políticos que pueden darse en la universidad, ¿recuerdas alguna ocasión en que la situación se haya vuelto violenta? (¿Qué pasó, cómo y por qué?).
	Memoria de la violencia política, fuentes de información, actitudes hacia la violencia política	16. ¿Has sabido algo acerca de la historia de violencia que se vivió en la Universidad, y en el país en general, en los años ochenta e inicios de los noventa? [Si conoce: Qué sabe, cómo supo, a través de qué medios, fuentes o personas obtuvo la información. Opiniones sobre Sendero Luminoso y el MRTA.]
	Conocimientos y actitudes en relación con grupos políticos radicales	17. En las últimas épocas se ha hablado mucho acerca de la presencia de grupos relacionados con Sendero Luminoso en las universidades. ¿Qué opinas o sabes al respecto?
VII. [Cierre]	Ideas e impresiones generadas por el proceso de entrevista	18. Esa fue la última pregunta. ¿Hay algo que quieras agregar?

16. Si tuviera que escoger, ¿qué cualidades o valores alentaría usted en la educación de los niños? (elija un máximo de DOS alternativas):	
(1) Buenos modales	(5) Economizar y ahorrar dinero
(2) Obediencia	(6) Determinación y perseverancia
(3) Trabajo duro	(7) Creencias religiosas, fe
(4) Tolerancia y respeto por los demás	

17. En política se habla normalmente de "izquierda" y "derecha". En una escala del 0 al 10, donde 0 significa "extrema izquierda" y 10 significa "extrema derecha", ¿dónde se ubicaría usted?										
0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
IZQUIERDA						DERECHA				

18. En su universidad, ¿como evalúa usted...?					
	Muy bueno	Bueno	Regular	Malo	Muy malo
a. La calidad de la enseñanza	1	2	3	4	5
b. La transparencia/honestidad de las autoridades	1	2	3	4	5
c. La eficiencia administrativa	1	2	3	4	5
d. Las bibliotecas	1	2	3	4	5
e. La infraestructura, equipos y laboratorios	1	2	3	4	5
f. El servicio de comedor universitario	1	2	3	4	5
g. El servicio de vivienda universitaria	1	2	3	4	5
h. La investigación que se realiza en la UNMSM	1	2	3	4	5
i. La situación de la universidad, en general	1	2	3	4	5

19. ¿Qué tanto interés tiene usted en la <u>política nacional</u>?
(1) Mucho interés
(2) Algo de interés
(3) Muy poco interés
(4) Nada de interés

20. ¿Qué tanto interés tiene usted en la <u>política al interior de la universidad</u>?
(1) Mucho interés
(2) Algo de interés
(3) Muy poco interés
(4) Nada de interés

21. Con respecto a la <u>política en la universidad</u>, ¿usted se considera una <u>persona...</u>?
(1) Informada
(2) Medianamente informada
(3) Poco informada
(4) Desinformada

22. ¿Cómo se informa sobre la <u>política en la universidad</u>? (puede marcar más de una alternativa):	
(1) Participando en asambleas/reuniones estudiantiles	(5) Por medio de internet (Facebook, Twiter, etc.);
(2) Conversando con compañeros(as)	(6) Por los medios de comunicación
(3) Leyendo paneles y pizarras	(7) Otra forma:
(4) Leyendo publicaciones (folletos, boletines, periódicos.)	

23. ¿Tiene usted una opinión positiva o negativa de las siguientes autoridades o instancias políticas y administrativas de la universidad?						
	Muy positiva	Positiva	Indiferente	Negativa	Muy negativa	No sé
a. Rector/Rectorado	1	2	3	4	5	6
b. Consejo Universitario (CU)	1	2	3	4	5	6
c. Asamblea Universitaria (AU)	1	2	3	4	5	6
d. Representantes estudiantiles en AU y CU	1	2	3	4	5	6
e. Decano(a)/Decanato de su facultad	1	2	3	4	5	6
f. Centro de estudiantes de su carrera	1	2	3	4	5	6
g. Organizaciones políticas estudiantiles (en general)	1	2	3	4	5	6
h. Docentes de su especialidad/carrera (en general)	1	2	3	4	5	6
i. Personal administrativo de su Facultad	1	2	3	4	5	6

24. ¿Cuál de estos métodos piensa usted que sería el <u>más efectivo</u> para solucionar un problema concreto en la <u>Universidad</u>? (elegir solo UNA alternativa):	
(1) Recurrir a personas influyentes del gobierno	(5) Organizar una protesta o movilización pública
(2) Ir a hablar con las autoridades de la Universidad	(6) Denunciar el problema en Internet
(3) Formar un grupo con otras personas afectadas	(7) Denunciar el problema a los medios de comunicación
(4) Recurrir a las organizaciones políticas estudiantiles	(8) Otro método (especifique):

25. Es común que hayan conflictos en las universidades. En su opinión, ¿cuál es el tipo de conflicto más común en su Universidad?
(1) Entre estudiantes y autoridades
(2) Entre agrupaciones estudiantiles
(3) Entre grupos de docentes
(4) Entre estudiantes y docentes
(5) Otro (especifique):

26. En su opinión, ¿el Estado debería resolver los problemas de la universidad, o la universidad debería resolver sus propios problemas?
(1) El Estado debería resolver los problemas de la universidad pública
(2) La universidad debería resolver sus propios problemas
(3) No sé

27. ¿Qué es lo principal que le demandaría a los(as) representantes estudiantiles? (elijan UNA alternativa):	
(1) Que formulen propuestas para mejorar la educación en la universidad	(4) Que conozcan mejor los problemas de los estudiantes
(2) Que combatan la corrupción en la universidad	(5) Nada en especial / No sé
(3) Que defiendan los derechos de los estudiantes	(6) Otra demanda (¿cuál?):

28. En el último año, ¿ha participado en alguno de los siguientes grupos u organizaciones?	Sí	No
a. Organización política estudiantil	1	2
b. Asociación científica / académica	1	2
c. Grupo o círculo de estudios	1	2
d. Agrupación cultural / artística	1	2
e. Grupo religioso	1	2
f. Asociación deportiva o recreacional	1	2

29. Durante el último año, ¿ha participado en alguna de las siguientes actividades?	Sí	No
a. Asamblea de estudiantes	1	2
b. Huelga, marcha o movilización estudiantil	1	2
c. Conferencia o evento académico / científico	1	2
d. Evento cultural / artístico en la universidad	1	2
e. Toma de local	1	2
f. Actividad económica, pro-fondos	1	2

30. ¿Votó en las últimas elecciones estudiantiles? =====>	(1) Sí	(2) No [pase a la preg. 32]
[Para los que sí votaron:] 31. ¿Cómo decidió principalmente su voto durante las últimas elecciones de representantes estudiantiles? (elijan solo UNA alternativa):		
(1) Voté por una lista de candidatos que conozco	(5) Voté por una lista para que otra no salga elegida	
(2) Voté por una lista que tenía buenas propuestas	(6) Voté por cualquier lista	
(3) Por recomendación de mis compañeros(as)	(7) Vicié mi voto / voté en blanco	
(4) Por la lista que ha hizo mejor campaña /propaganda	(8) No sé / no recuerdo	

32. ¿Cuál cree usted que es la característica más importante que debería tener un(a) representante estudiantil? (elijan solo UNA alternativa):	
(1) Que sea honrado(a)	(5) Que sea eficaz al solucionar los problemas
(2) Que cumpla sus ofrecimientos electorales	(6) Que esté bien preparado académicamente
(3) Que conozca los problemas de los estudiantes	(7) Que sea carismático
(4) Que tenga experiencia política	(8) Que sea un líder para los demás

33. En su opinión, ¿que tan democráticas son las autoridades de San Marcos?
(1) Muy democráticas
(2) Algo democráticas
(3) Poco democráticas
(4) Nada democráticas
(5) No sé

34. Para usted, ¿qué tan democráticas son las organizaciones políticas estudiantiles de San Marcos?
(1) Muy democráticas
(2) Algo democráticas
(3) Poco democráticas
(4) Nada democráticas
(5) No sé

35. ¿Qué tan informado se considera acerca de la historia de violencia política en San Marcos en los años 80s y 90s?
(1) Bien informado
(2) Informado
(3) Poco informado
(4) Nada informado

36. ¿Ha oído hablar del grupo político llamado MOVAREF (Movimiento por Amnistía y Derechos Fundamentales)?: =====>	(1) Sí	(2) No [pase a la pregunta 41]	
[Para quienes contestan "Sí" en la preg. 36:] 37. Para usted, el MOVAREF es (elijan solo UNA alternativa):			
(1) Una organización de "fachada" (o brazo político) de Sendero Luminoso	(2) Una nueva organización política sin relación con Sendero Luminoso	(3) No sé	
38. ¿Sabe si el MOVAREF tiene presencia en San Marcos?:			
(1) Sí, tiene mucha presencia	(2) Sí, pero tiene poca presencia	(3) No tiene presencia	(4) No sé
39. En relación las acciones y propuestas del MOVAREF, ¿considera usted que...?:			
(1) Son positivas para el país	(2) Son negativas para el país	(3) No sé	

40. ¿Sabe si en San Marcos hay otros grupos relacionados con Sendero Luminoso (aparte del MOVAREDEF)?:		
(1) Sí hay	(2) No hay	(3) No sé

41. ¿Sabe qué es el “pensamiento Gonzalo”?:	(1) Sí	(2) Tengo una idea vaga	(3) No sé [pase a preg. 43]
[Para quienes responden que sí saben o tienen una idea vaga:]			

42. Para usted, el “pensamiento Gonzalo”... (marcar DOS opciones como máximo):			
(1) Es una ideología revolucionaria	(4) Es una ideología violentista		
(2) Es una propuesta para mejorar el país	(5) Es la ideología de Sendero Luminoso-Movadef		
(3) Es una propuesta terrorista	(6) No sé / ninguna de las anteriores		

43. ¿Con cuál de las siguientes frases está usted más de acuerdo? (elija solo UNA alternativa):	
(1) A las personas como yo nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático	
(2) La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno	
(3) En algunas circunstancias un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático	

44. ¿Con cuál de las siguientes frases está usted más de acuerdo? (elija solo UNA alternativa):	
(1) A veces la lucha política implica el uso de la fuerza	(3) La violencia solo genera más violencia
(2) En ningún caso es aceptable el uso de la fuerza como método de lucha política	(4) El uso de la fuerza es un medio legítimo de lucha política

45. En relación con sus convicciones personales (políticas, religiosas o de otro tipo), ¿cuál de las siguientes frases se aplica más a usted? (elija solo UNA alternativa):	
(1) Estaría dispuesto a defender mis convicciones personales a toda costa	(2) Estaría dispuesto a cuestionar mis propias convicciones, si fuera necesario

46. En relación con sus ideas y posturas políticas, ¿diría usted que... ? (elija solo UNA alternativa):	
(1) Es muy difícil que cambie mis ideas políticas	(2) Podría cambiar mis ideas políticas en el futuro

47. ¿Con cuál de las siguientes afirmaciones se identifica más usted? (elija solo UNA alternativa):	
(1) Existen teorías y libros fundamentales que todo estudiante debería conocer para entender la sociedad	(2) Ningún libro o teoría contiene verdades universales válidas para toda época y sociedad

48. En relación con la democracia, la educación y la política en el Perú y en San Marcos, ¿está usted muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo o muy en desacuerdo con las siguientes afirmaciones?					
	Muy de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo	No sé
a. Las universidades públicas peruanas atraviesan una crisis	1	2	3	4	5
b. Para que cambien las ideas, primero tienen que cambiar las condiciones económicas	1	2	3	4	5
c. Actualmente San Marcos se encuentra en una mejor situación, con respecto a años pasados	1	2	3	4	5
d. Las tomas de locales son un medio legítimo de protesta	1	2	3	4	5
e. Es válido realizar una protesta siempre y cuando no se afecte el derecho a estudiar de quienes no desean participar en dicha protesta	1	2	3	4	5
f. Para que haya democracia debe haber respeto a los derechos humanos	1	2	3	4	5
g. Existen leyes históricas válidas para toda época y sociedad	1	2	3	4	5

49. Hasta antes de hoy, ¿sabía o había escuchado hablar acerca de la “Secretaría Nacional de la Juventud” o “SENAJU”?:	(1) Sí	(2) No
---	--------	--------